


Amor con vistas al mar

Eva Zamora



¿Tiene precio el amor verdadero?

MÁGICA romántica

Amor con vistas al mar

Eva Zamora



¿Tiene precio el amor verdadero?

MÁGICA romántica

Amor con vistas al mar

Eva Zamora

IMÁGICA romántica

Carlos L. García-Aranda, edición, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Alberto Santos, edición.

Rocío Cuervo, edición de ebook.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,
Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.

Mánager de internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)

Copyright ©2018 Eva Zamora.

Alberto Santos, Editor. Copyright ©2018 Imágica Ediciones, S. L.

1.ª edición en e-book: Noviembre, 2018.

Imágica Ediciones, S. L.

Alberto Santos, Editor.

Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-95772-98-5.

Tienda virtual: <http://www.albertosantoseditor.com>

Email: albertosantoseditor@gmail.com

Blog: albertosantoseditor.blogspot.com

Facebook: <http://www.facebook.com/albertosantoseditor>

A todos los que creen en el amor
y a los apasionados del mar.

Agradecimientos

Una vez más, en esta ocasión por séptima vez, me enfrento a una parte de la obra tan importante como difícil: los agradecimientos. Importante porque «de bien nacido es ser agradecido», y difícil por temor a olvidarme de alguien; espero que no ocurra.

Como siempre empezaré dando las gracias a mi marido, mi compañero de viaje, siempre a mi lado, alentándome en cualquier momento. También a mi hijo, por su cariño, empuje y comprensión cuando estoy en modo «desconectada del mundo frente a la pantalla», y por toda su ayuda; es el creador de los *booktrailers* y de algún *banner* que he usado para promoción. A mi madre y suegros, porque ellos son los mejores promotores que conozco, no paran de promover el boca a boca. A mis almas gemelas, Rita Turza y Luis Cuesta, porque con ellos he aprendido que las distancias no separan a las personas; cuantos más kilómetros los alejan de mí, más próximos los siento. A los amigos, os agradezco el apoyo, el cariño y sobre todo los ratitos de desconexión; esos no tienen precio. Al equipo de Autores Indie Advace-Books, Magda López-Reina y José Antonio Ríos, por ser tan buena gente y tan profesionales con el trabajo de promoción que hacen. Gracias a mis lectores, por el apoyo incondicional, por sus muestras de cariño y por su empuje diario a través de las redes. También a mis lectores cero, y en esta ocasión, en especial, tengo que dar un agradecimiento extra a Sonia Aguirre García; su ayuda, en todos los sentidos de la palabra, ha sido muy importante para mí.

Para finalizar, quiero volver a dar las gracias a mis librerías: Beatriz Guillén (Librería Guillén), Ana María Orgaz (+ Q Libros), Manuela Bravo (Librería Bravo), Olga Estecha (Tú Tienda), Belén Majolero (Papelería Sayri) y Olga Benítez (El cielo). Siempre digo lo mismo, el trabajo de las librerías para hacer llegar al lector a una autora menos conocida, es primordial. Gracias a ellas he llegado a muchos lectores, y sigo haciéndolo. Gracias a mis

editores, Alberto Santos y Carlos L. García-Aranda, por apostar por mí desde un principio, por seguir haciéndolo a día de hoy y por lo mucho que me han ayudado a crecer como escritora. Y, cómo no, gracias a ti, lector, que por primera vez vas a leer una de mis obras. Espero no defraudarte y que no sea la única de mis novelas que leas.

1

Ernesto Alvarado acababa de cumplir los veinticuatro años cuando decidió abandonar su país y cruzar el océano. Vivía en Barcelona, estaba recién licenciado en Ingeniería de Telecomunicaciones y era un alumno brillante. A lo largo de su carrera no había dejado de oír que en Nueva York se encontraba el futuro de la tecnología y que era la tierra de las oportunidades, y como su ambición era grande y necesitaba un lugar que le permitiera progresar, no dudó en irse a vivir a la Gran Manzana. Usando una carta de recomendación rubricada por un reputado profesor, enseguida consiguió trabajo en su sector, en una de las más prestigiosas empresas del país, y pocos años después pasó de ser un empleado asalariado a fundar, junto con otros socios, su propia compañía.

Pero durante ese tiempo Ernesto Alvarado no solo centró su vida en el trabajo, también conoció a la mujer de sus sueños: Helen Gray. Rubia, de ojos azules, preciosa, elegante, dulce y cariñosa, le robó el corazón en unos segundos. Ernesto se enamoró como jamás pensó que podría enamorarse y, tras un brevísimo noviazgo, en menos de un año se dieron el «sí quiero». Fruto de su amor, y tras un parto complicado, nació su primer hijo: Víctor Alvarado Gray. El bebé les colmó de felicidad, y Ernesto se sintió afortunado en todos los sentidos: era un empresario que despuntaba, había encontrado a la mujer ideal y había formado una familia.

Cuando el niño cumplió un año, Helen le comunicó a su marido su deseo de darle un hermano a Víctor, pero Ernesto se negó en rotundo. No estaba por la labor; ya había tenido problemas en el primer parto y a él le angustiaba mucho pensar que esta vez pudiera perderla, como llegaron a temer los médicos. Poco más de tres meses duró el desacuerdo entre ellos, hasta que Helen, insistente, terminó saliéndose con la suya y se quedó embarazada de nuevo. Pero por desgracia, el miedo más profundo de Ernesto se hizo realidad con la llegada al mundo de Samuel, pues su nacimiento le costó la vida a su madre. Cuando se enteró de la noticia, el hombre lloró a gritos, chilló como un enajenado, maldijo cientos de veces... No había consuelo para él, y a punto estuvo de volverse loco. Se negó tajantemente a ver al recién nacido porque no le importaba si estaba vivo o muerto, solo quería que le

devolvieran a su querida esposa. Tras el funeral, devastado emocionalmente, peregrinó como un alma en pena del trabajo a su casa, y durante semanas siguió sin ver al pequeño, del que no quería ni oír hablar.

Cuando Samuel cumplió un mes, su padre no lo conocía ni tenía ganas de hacerlo, pero una madrugada, el niño sufrió un cólico de lactante y nada parecía poder aplacar su llanto. La niñera, que ya no sabía qué hacer para calmarlo, no paraba de mecerlo en sus brazos, yendo de un lado a otro de la alcoba mientras le masajeaba la tripita y le susurraba nanas. Víctor, que por entonces contaba solo dos años, también se despertó y, asustado, decidió unirse al llanto de Samuel. Filiberto, el hombre a cargo de la casa de los Alvarado, lo que en otros tiempos se denominaba mayordomo, preocupado por aquel llanto a dúo, fuerte y elevado, se levantó enseguida a ver qué ocurría. Fue él quien tomó en brazos a Víctor mientras intentaba oír lo que la niñera, claramente intranquila, le intentaba contar. De repente, Ernesto irrumpió en la habitación como un toro bravo, casi echando humo por las fosas nasales y con ganas de embestir y de llevarse por delante a cualquiera.

—¡Haced el favor de callar a ese maldito crío! —chilló como un energúmeno.

Víctor calló de inmediato al oír la voz atronadora y autoritaria de su padre, y Filiberto percibió el miedo en la mirada del pequeño. Samuel, como era natural, siguió llorando, incluso parecía que lo hacía más fuerte.

—Señor Alvarado —dijo Filiberto—, igual deberíamos llamar al médico; nunca ha llorado así.

—No se va a llamar a nadie, solo quiero que lo hagáis callar —volvió a chillar.

—Pero, señor...

—¿Qué he dicho? —voceó como un demente.

—Es solo un niño —replicó Filiberto, sin salir de su asombro.

—No. —Ernesto Alvarado negó con la cabeza, enfurecido—. Es un asesino; ha matado a su madre —sentenció, y abandonó la habitación como alma que lleva el diablo.

Desde esa noche, el padre de los hermanos dedicó su vida a castigar a Samuel, al que consideraba responsable de la muerte de su esposa, y para conseguirlo se decantó por lo que creía el mayor de los castigos: el agravio

comparativo, alabar en todo a Víctor y menospreciar a Samuel. Desde el principio fue más que obvia la diferencia de trato, y ambos hermanos aprendieron a sufrirlo desde su más tierna infancia, desde que tenían uso de razón. Sobre todo Samuel, que siempre veía como su padre beneficiaba a su hermano. La manipuladora mano de su progenitor, desde una penumbra que perpetuamente vislumbraba la luz, se encargó de mantenerlos en continua emulación para que la competitividad entre ellos surgiera con cualquier cosa: notas de estudios, clases extraescolares, hípica, tenis, natación, kárate... Se enfrentaban incluso por los amigos, por quién tenía más y mejores. Llegaron a hacerlo por el juego más tonto, como si aquella rivalidad fuera lo único que daba sentido a sus vidas, y en consecuencia, a medida que se hacían mayores, su relación se fue complicando hasta volverse realmente tormentosa. Consistía en una sucesión de sentimientos encontrados; amor y odio a partes iguales, pues, como hermanos que eran, se querían, pero aquella excesiva competitividad alentada por su padre los conducía al enfrentamiento y a la disputa una y otra vez.

Pero la acritud que Ernesto mostraba a diario hacia Samuel no hizo que él se sintiera desgraciado; todo lo contrario: a medida que crecía, sentía más el impulso y la necesidad de esforzarse el doble para demostrarle a su padre que él valía tanto o más que su hermano. Y era lógico, porque es de justicia decir que la competitividad solía despuntar más en Samuel. Víctor no tenía por costumbre iniciar el desafío, se limitaba a entrar al trapo para provocar a su hermano, porque esa era una regla establecida, muda pero obvia, por parte de su progenitor. Al llegar a la etapa adulta, Samuel se había convertido en un muchacho fuerte que tenía muy bien medido a su hermano. Conocía sus puntos débiles porque se había pasado la vida entera estudiándolos con la intención de dañarlo cuando no consiguiera quedar por encima del niño bonito de papá. Su obsesión, y su meta, era ser mejor que Víctor en todo.

La situación arreció cuando Samuel, dispuesto a demostrar sus dotes y valía de la forma que fuera, empezó a competir con Víctor en temas relacionados con las mujeres. Por eso, cuando su padre decidió que su primogénito conociera a la hija de un importante accionista de la empresa, él supo lo que debía hacer. Por lo poco que había oído de ella, Samuel sabía que no le resultaría difícil embaucarla, y, además, contaba con dos armas de las que su hermano carecía: era más simpático y tenía más labia. Seducir a esa mujer iba a ser pan comido para él y todo un agravio para su hermano y su

padre, una buena patada en el estómago que ambos se merecían. A la vez que maquinaba la estrategia, pensar en semejante ofensa le dibujaba una sonrisa de lo más generosa, de esas que parecen imposibles de borrar, y en un chasquear de dedos Samuel pasó del pensamiento a los actos. Sin más dilación, le dijo a su hermano que la muchacha había llamado para avisar de que llegaría más tarde, y este se tragó el anzuelo. De ese modo, cuando la joven llegó puntual a casa de los Alvarado fue recibida por Samuel, mientras su hermano se arreglaba y no se enteraba de nada. Con una actitud muy educada, Samuel le presentó a la joven disculpas en nombre de su hermano, alegando que Víctor no se encontraba bien, y anuló la cita. Pero aún fue más lejos, porque fingió sentirse mal por la situación y, para compensarla, la invitó a tomar algo en el pub de moda de la ciudad. Horas después, Samuel se encontraba en la cama de un lujoso hotel haciendo jadear a la rubia de ojos de gata y cuerpo de modelo que, según los planes de su padre, debía ser para Víctor, y cuando alcanzó el orgasmo, no solo vibró de placer, sino que casi se carcajeó viendo que su plan había salido a la perfección.

No obstante, para poder regodearse en su victoria, a Samuel le faltaba un detalle: hacérselo saber a su hermano. Y fue lo que hizo nada más levantarse a la mañana siguiente, mientras desayunaban: contarle su aventura a Víctor, quien, aunque al principio no dio crédito a lo que estaba escuchando, acabó enfadándose mucho, hasta terminar gruñendo sulfurado. Víctor no pudo esquivar a la humillación, que le propinó unos duros golpes en su amor propio, y Samuel sintió un regocijo que se expandió gozoso por sus entrañas. Haberse acostado con una mujer de bandera había estado muy bien, pero joderle la cita a su hermano y echar por tierra los planes de su progenitor le produjeron más placer que el propio clímax del sexo.

No sería la última vez que Samuel fastidiara a Víctor arrebatándole una cita, porque le llenaba de satisfacción comprobar cuánto enojaba aquello a su hermano. Se sentía resarcido por todo el amor fraterno que Víctor le usurpaba siendo tan perfecto a ojos de su padre. Víctor, por su parte, pese a tener la oportunidad en bandeja en más de una ocasión, nunca intentó devolverle aquellas jugadas a su hermano; le parecía demasiado rastroso, así que decidió no tomarse la revancha usando tretas como esas y combatió las provocaciones de Samuel de diferentes formas y como buenamente pudo. Con el paso del tiempo Víctor entendió que el comportamiento de su padre había conducido a Samuel a esa postura de desafío perpetuo, pero también

era consciente de que la cobardía que él mismo sentía, y que se enroscaba a su cuerpo con frecuencia, le impedía hacer ver a su padre el daño que estaba ocasionándoles a ambos con su nociva conducta, de la cual él siempre salía indemne. A Víctor le envenenaba sentir tanto dolor: el que le provocaba, por un lado, su padre, por el sinsentido de sus actos, y por otro, su hermano, con su respuesta desproporcionada a la provocación. Y era esa posición de Samuel, al que veía como víctima y verdugo, lo que al mayor de los Alvarado le ocasionaba una compleja e incómoda digestión de sentimientos, lo que le hacía querer a su hermano tanto como odiarlo.

Ernesto Alvarado falleció cuando Víctor tenía veintiséis años. Murió en tan solo cinco meses, de un tumor cuya metástasis le acortó la vida de manera radical. A Samuel no le sorprendió que el testamento le beneficiara a él menos que a su hermano; lo extraño habría sido un reparto proporcional. Las casas, el dinero, los depósitos bancarios, las joyas y demás posesiones sí se distribuyeron a partes iguales entre ambos, pero no así la empresa, el mayor patrimonio de la familia. Del sesenta y cinco por ciento de las acciones que poseía Ernesto, a Samuel solo le dejaba el diez; el resto era para su favorito. Víctor no se sintió bien con aquella decisión porque pensaba que, siendo ambos hijos suyos, su padre debería haber sido ecuánime en el reparto. Sabía que su progenitor lo había convertido en un arma arrojadiza contra su hermano hacía años, pero en el tema de la herencia, la igualdad debería haber sido absoluta. Pero Ernesto Alvarado no lo había visto así y había actuado siguiendo el dictado de sus sentimientos hasta su último aliento. Estaba claro que, en silencio, seguía despreciando a su hijo menor, porque, aunque solo lo había acusado de la muerte de su madre en una ocasión, cuando era un bebé, llevado por la rabia que le otorgaba el dolor, y nadie volvió a oírle decir tal barbaridad en alto, los hechos hablaban por sí solos. Víctor nunca había entendido por qué su padre castigaba a su hermano de ese modo, por qué le tenía aquella inquina, por qué lo convertía de continuo en el objetivo de su rabia, atacándolo sin dilación. Mientras él se sentía atrapado entre los dos, en medio de aquella absurda contienda en la que su padre no paraba de acariciarlo para provocar a Samuel, y este, en respuesta, siempre acababa abofeteándolo a él. Era una situación invariable que se repetía una y otra vez, como un círculo vicioso.

Cuando las aguas se calmaron con respecto a la herencia, Samuel, hastiado, decidió tomarse un año sabático y alejarse de todo. Total, nadie lo

echaría en falta, pensaba él. Pero lo que iba a ser un año terminó convirtiéndose en un lustro, cinco años durante los cuales Samuel permaneció lejos del hogar, de su hermano, de la empresa y de todo lo que lo vinculara a su familia; cinco años saltando de cama en cama, de fiesta en fiesta, de borrachera en borrachera, de escándalo en escándalo...; cinco años que acabaron el día que Víctor recibió una llamada desde el Hospital Presbiteriano de Nueva York, un prestigioso centro situado en el Alto Manhattan donde Samuel se encontraba ingresado porque había mostrado dificultades para caminar.

Antes de morir su padre, los hermanos Alvarado Gray habían vivido a caballo entre Barcelona y Nueva York, ciudad natal de su difunta madre y la que los acogió durante sus primeros años de vida. Cuando regresaron de nuevo a Barcelona, alternaron su residencia entre esta ciudad y Nueva York, donde pasaban los veranos con sus abuelos maternos, en la actualidad ya fallecidos. Al llegar a la etapa adulta, y gracias a que los negocios no solo se lo permitían, sino que se lo demandaban, Samuel y Víctor solían pasar medio año en cada ciudad, a veces algo más, dependiendo de las circunstancias. Por eso a Víctor no le sorprendió que la llamada del hospital proviniera precisamente de allí, de Nueva York, donde Samuel había vivido su autoimpuesto exilio.

Víctor no dudó un segundo en coger el primer vuelo disponible. No solo sentía a esa ciudad como su segunda casa por ser el hogar de su madre y el suyo propio durante su infancia, o por haber pasado grandes periodos de tiempo en ella, no. Víctor tenía con Nueva York un vínculo más laboral que sentimental porque allí se encontraba una de las mayores sedes de su compañía: la primera, la fundadora, el corazón de su imperio.

Cuando llegó al hospital, antes de ver a su hermano prefirió hablar con los médicos que lo estaban atendiendo. Las noticias que le dieron no fueron muy alentadoras, pues no sabían qué le sucedía y debían hacerle bastantes pruebas. Al entrar en la habitación donde se encontraba Samuel, lo primero que vio Víctor fue a Filiberto, que estaba sentado en un alto sillón. Aquel hombre, que llevaba sirviendo en su casa desde hacía treinta y cinco años, era como un padre para los dos hermanos.

—Buenas tardes, señor —saludó Filiberto levantándose, nada más percatarse de la presencia de Víctor.

—¡Joder, Fil! —espetó Samuel malhumorado—. ¿Por qué has tenido que llamarlo?

—Señor, es su hermano, debía hacerlo —advirtió serio.

—Por supuesto que debías hacerlo, Filiberto —intervino Víctor—. Haz oídos sordos a Samuel.

—Eso, a mí que no me haga caso nadie, como siempre, para no variar —soltó molesto.

—No empieces a dramatizar, hermano, por favor, y cuéntame cómo te encuentras —solicitó.

—¿A qué has venido, a reírte de mí o a sentir pena? —preguntó enojado—. Pues lo siento, Víctor, pero no te voy a dar tal satisfacción porque aun tullido soy mejor que tú en todo.

—Samuel, deja esa rivalidad y tus tonterías aparte —le rogó—. He venido porque soy tu hermano y me importa todo lo que te ocurra.

Los ojos de Samuel se incrustaron en la cara de Víctor cual cristales.

—¿Que te importa? ¿De verdad? ¿Te importa tanto como yo le importaba a papá? —demandó enrabiado.

Víctor sopló fuerte y entrecerró los ojos, alzando por unos segundos la cabeza al techo antes de volver a mirar a su hermano.

—Mira, Samuel, papá ya no está aquí, lo enterramos hace cinco años —repuso serio, y añadió—: Y te puedo garantizar que yo no soy como él.

—¿Ah, no? —rebatió con reticencia—. Por eso, porque no eres como él, te has preocupado por mí durante estos cinco años —le reprochó.

—Te recuerdo que fuiste tú el que te largaste —respondió Víctor con aplomo.

—Claro que me largué, para qué quedarme en un lugar en el que no se me quería. Dime, ¿para qué? —escupió furioso.

—A pesar de todas nuestras discrepancias, yo te quiero, Samuel.

—¡Y una mierda, hermano! ¡Y una mierda! —repitió con aspereza—. No me has hecho una puta llamada en todo este tiempo y tienes la desfachatez de decirme que me quieres. Lo tuyo es muy fuerte, joder —siseó furioso.

—Señor, si me permite...

—¡Calla, Filiberto! —chillaron los dos, volteando las caras hacia él.

Filiberto, con la boca aún abierta por la interrupción, calló y se sentó de nuevo.

—Tú tampoco me has llamado a mí, ¿sabes? —le echó en cara Víctor.

—Porque no soy un hipócrita de mierda como tú. Yo solo hago lo que me apetece, no lo que interesa por quedar bien.

—Yo no te habré llamado a ti, imbécil desagradecido, pero he sabido cuanto hacías hasta ayer —aclaró resentido.

—¡Cómo! —exclamó, desviando la cabeza de nuevo hacia Filiberto, sentenciándolo con la más dura de sus miradas—. Has sido tú, traidor. Tú hablabas con mi hermano y no me lo contabas, ¿a que sí? —preguntó con sus inquisidores ojos clavados en el hombre, que ya no sabía si contestar o permanecer callado.

—Filiberto no tenía que decirte nada porque así se lo pedí yo —añadió Víctor de inmediato, viendo en la tesitura que se encontraba el pobre hombre—. Así que déjale en paz, solo ha cumplido las órdenes que le he dado.

—Vaya hatajo de conspiradores estáis hechos. —Zarandeo la cabeza—. Todos estáis en mi contra, ninguno me comprendéis. No comprendéis cómo me siento, no lo entendéis ni lo haréis nunca, no podéis. —El labio inferior le comenzó a temblar de rabia.

—Samuel, entiendo más de lo que tú crees y piensas, te lo aseguro —declaró con cierta resignación.

—¿Sí, listillo? —Le lanzó una incisiva mirada—. ¿Entiendes cómo me siento? ¿Eres capaz de entender el rencor que siento gracias a nuestro padre, el dolor de verme humillado hasta el último día de su vida y tener que tragar con las migajas de su herencia, con darme una limosna de la compañía? Y porque no pudo desheredarme, joder, si no, lo hubiera hecho sin dudar. —Una lágrima cargada de furia saltó a su mejilla y se la sacudió de un manotazo—. ¿Entiendes lo que siento, Víctor? ¿Entiendes que para nuestro padre yo haya valido siempre menos que tu sombra? ¿Lo comprendes? —demandó lleno de cólera, entumecido por la frialdad con que su corazón se envolvió al tratar el tema—. Pues si lo entiendes, entonces explícamelo a mí a ver si de esa forma me duele menos —manifestó, desprendiéndose de la fina capa de cordialidad que los mantenía unidos como hermanos.

—¡Olvida eso ya, Samuel! ¡Olvida a papá de una vez! —exigió cabreado—. Sé que menospreciarte no estuvo nada bien, pero ya no se puede cambiar, y él está muerto. Olvídalo y vive, hermano. Olvida todo y vuelve a casa conmigo. Solo nos tenemos el uno al otro. —Hizo una breve pausa con la que tomar aliento y, en tono endeble, añadió—: Intentemos empezar de cero, por favor.

Tras oír las palabras de su hermano, los ojos azules de Samuel pasaron de la gelidez a vislumbrar un ramalazo de vulnerabilidad. Repentinamente, las lágrimas le brotaron con fuerza. Las emociones embistieron a Víctor de golpe, llegaron en tropel y empezaron a retorcerse por sus entrañas como culebras. Le daba pena ver a su hermano así, roto de dolor, llorando como un niño desvalido. Su mente se convirtió en un hervidero de pensamientos, ocupada por los recuerdos de las diferencias que hacía su padre con ellos, cómo marginaba a su hermano y cómo él nunca dispuso del valor de enfrentarse a su progenitor, de pararle los pies, de hacerle ver lo mal que lo estaba haciendo y el daño que le provocaba a Samuel, un menoscabo que siempre terminaba rebotando en él. Igual que olas embravecidas, un sinfín de sentimientos lo asaltaron mientras escuchaba a su hermano llorando fuerte, con el vigor de un torrente. Víctor lo abrazó, sin poder reprimir sus ganas de darle calor y afecto. Filiberto terminó abrazándose a ambos porque tampoco pudo contener el impulso de dar consuelo a sus dos niños, convertidos ya en hombres y marcados de por vida por el implacable y cruel Ernesto Alvarado, su progenitor y mayor tormento.

Trascurridos dos meses, y después de múltiples pruebas, los médicos diagnosticaron a Samuel una enfermedad degenerativa del sistema nervioso. Una de esas que se denominan «raras» por la escasa cantidad de casos. Debido a ello, los especialistas no sabían cómo iría avanzando, porque todo dependería de las crisis que tuviera Samuel y de lo fuertes que fueran. Lo único que tenía claro aquel grupo de doctores era lo primero que se vería afectado: su capacidad de andar, de lo que ya comenzaba a resentirse. Le aconsejaron contratar a un buen fisioterapeuta para tratar los músculos y evitar en la medida de lo posible el agarrotamiento ligado a la enfermedad, y además le prescribieron una medicación que debía tomar a diario, pero ante

todo le recomendaron no esforzarse; de lo contrario, los dolores serían más fuertes y las crisis más frecuentes. Por último, le sugirieron que se comprara una silla de ruedas, porque de seguro que en breve iba a necesitarla, y con el paso del tiempo se convertiría en su fiel e imprescindible compañera.

El golpe que acarrió aquel diagnóstico fue muy duro. Y lo fue tanto para Samuel como para Víctor, que lo veía de lo más injusto; e incluso para Filiberto, que los quería como hijos. El impacto machacó de lleno a los tres. Samuel era muy joven, tan solo contaba veintinueve años y aún tenía toda la vida por delante. Una vida que acababa de truncársele con ese duro varapalo. No obstante, Samuel estaba hecho de otra pasta y no se vino abajo. Tan solo se resignó, pensó que debía adaptarse lo antes posible a su nueva vida y aceptó regresar a Barcelona a vivir con su hermano. Se iniciaba una etapa distinta en la que no echaría la vista atrás. Intentaría borrar de la memoria todas las calamidades afectivas y eliminaría cualquier resquicio de malos recuerdos. Había decidido que solo iba a centrarse en disfrutar del tiempo que le quedara antes de convertirse en un vegetal, y para conseguirlo debía hacerlo desde la liberación emocional. Tenía que intentarlo y esperaba conseguirlo.

2

Silvia Ribas Manzano ya no podía más con su vida. Estaba sulfurada, asqueada, quemada, indignada, humillada y demás adjetivos que acabasen en «ada» y pertenecieran a la familia ligada a los sentimientos irritantes. Aunque, sin duda alguna, lo que más se sentía era abatida. Ya no tenía ánimo para lidiar con este mundo, para continuar peleando en él día tras día sin conseguir nada a cambio. Su vida siempre había sido dura, todo un camino de espinas, si bien había sabido salir airoso y con tan solo unos cuantos desgarrones que calaron hondo en su alma pero que sirvieron para endurecerle el corazón. Sin embargo, en este conciso instante se encontraba en un punto más allá del cual no podía llegar; se hallaba en un estrecho callejón sin salida y se estaba asfixiando.

Silvia vivía con su alocada y descerebrada hermana de veintidós años, cinco más joven que ella. Mirian, que así se llamaba, solo pensaba en tres cosas: fiestas, hombres y borracheras, nada más le robaba el sosiego. Debido a esa conducta, los trabajos le duraban dos días y su aportación a la casa era más que nula: era del todo inexistente. No conforme con no contribuir, Mirian, además, poseía una habilidad especial para encontrar el dinero que su hermana ganaba y escondía, un dinero necesario para subsistir, cubrir el alquiler, los gastos y la comida. Pero daba igual el lugar en el que Silvia lo escondiera, Mirian parecía tener un olfato especial para el dinero y siempre lo descubría. En eso era igual que su madre: una egoísta que solo pensaba en ella y su bienestar, sin ninguna responsabilidad, sin importarles lo más mínimo los demás. Empatía, esa era la gran carencia de Mirian; y además tenía un grave defecto heredado de su progenitora: el interés.

Precisamente por eso las dejó su madre, por su interés, por dinero. Un buen día, cuando Silvia cumplió los dieciocho años, la mayoría de edad, su madre les dijo a ella y a su hermana que se iba a vivir con un hombre muy rico, pero que no deseaba arrastrar cargas. Les pidió que la entendieran, porque no podía perder semejante oportunidad, y se largó sin ningún remordimiento de conciencia, dejándolas con una mano delante y otra detrás; en otras palabras, sin nada. Su progenitor ya lo había hecho con anterioridad: las abandonó al poco de cumplir Silvia los quince años. Silvia adoraba a su

padre; sin embargo, él no soportaba a su madre, algo que no le podía reprochar, pues ni ella misma la aguantaba. Una inesperada mañana, su padre decidió mirar solo por él y por nadie más, le dio un tierno beso en la mejilla a su primogénita, le dijo que la quería y que no lo olvidase nunca, y se marchó. Jamás regresó ni supieron de él, lo mismito que si se lo hubiera tragado la tierra. Durante largos meses, Silvia lloró su ausencia. Lloró de día y de noche, a solas y con su amiga, en cualquier lugar, incluso por la calle. Lloró hasta secarse, hasta agotar todo el caudal de su lagrimal. Todo lo contrario a cuando su madre las dejó, que dio palmas de alegría a pesar de la situación de carencia y penuria a la que estaban sometidas. Pero la hinchió de felicidad no tener que soportar más el egoísmo plagado de egocentrismo de la mujer que la trajo a este mundo y que, sin ejercer como tal, se hacía llamar *madre*.

Silvia trabajaba desde los dieciséis años en cualquier tipo de ocupación que le saliera. Cuidando niños, como camarera, de teleoperadora, empleada de hogar, operaria en fábricas... Pero desde hacía un par de años, y gracias a su amiga Lara, la mejor persona que había y habría en su vida, trabajaba de polivalente en el mismo supermercado que ella. Aunque el sueldo era más que justo, se las apañaba para llegar a fin de mes y nunca se quejaba. De lo único que se lamentaba era de haberse visto obligada a abandonar los estudios; únicamente consiguió sacarse la educación secundaria, la obligatoria, nada más. Debía elegir y escogió sobrevivir, y para eso tenía que trabajar, y no solo las ocho horas que le correspondían por contrato, sino horas extras, con lo cual su jornada laboral se alargaba hasta doce horas. Era imposible compatibilizar ese horario con los estudios, por mucho que le disgustase, pero, como la persona ávida de adquirir conocimientos que era, leía cuanto podía, cualquier tipo de libro que cayera en sus manos. Además, no había un solo día que el periódico del encargado no acabara delante de sus ojos para estar al tanto de lo que ocurría en el mundo. No tendría estudios superiores, pero tampoco andaba falta de cultura.

Al llegar la crisis al país, el supermercado se vio obligado a hacer reducción de plantilla, y Silvia, junto a otras tres compañeras, fueron despedidas. Solo dejaron a las más antiguas, y entre ellas a su gran amiga Lara, hecho que al menos la alivió un poco. Sin embargo, su desgracia ya duraba demasiado tiempo: llevaba más de un año dando tumbos de un trabajo a otro y el sueldo cada vez era más miserable. Y para mayor inri, en los últimos seis meses no había conseguido ni un solo empleo, ni siquiera

limpiando, ni trabajando sin contrato; nada de nada. Ella y su hermana se mantenían gracias a la comida que les proporcionaba Caritas y a la ayuda de su leal amiga, pero pagar el alquiler de aquel viejo y ruinoso edificio lleno de desconchones era otro tema, uno más espinoso que se prorrogaba ya por sexto mes consecutivo; porque acumulaban seis meses de impago de arrendamiento. El casero, desde hacía un tiempo, venía un día sí y otro también a reclamar lo que le correspondía, y en las últimas semanas había añadido a su demanda de la renta una amenaza: las echaría a la calle por vía legal si no pagaban.

Silvia vivía en el barrio de la Barceloneta, un lugar que debía su existencia a los terrenos ganados al mar allá por el siglo XVIII. En principio, fue un barrio marinero que limitaba con las playas, el mar y el muelle del puerto, pero durante el siglo XIX tuvo un importante desarrollo industrial y se llenó de grandes fábricas desaparecidas a día de hoy. Silvia adoraba la historia de su barrio, una zona de gente luchadora y trabajadora, si bien la crónica presente era otra muy distinta. Pero ella había echado los dientes en ese lugar, no recordaba haber vivido en otro sitio: desde que tenía uso de razón, esa desmedrada vivienda del barrio de la Barceloneta había sido su hogar. Incluso cuando su madre las abandonó, siguieron viviendo allí. Silvia se hizo cargo del alquiler, que por suerte no era muy alto, y ese era el problema, porque en la actualidad la Barceloneta era víctima de la especulación inmobiliaria y la mayoría de los propietarios buscaban aumentar el coste de los alquileres para enriquecerse. Por eso el casero había puesto en su punto de mira echarlas, para poder alquilar de nuevo la vivienda casi al triple de lo que Silvia venía pagando. La notificación que acababa de recoger lo dejaba patente: el juzgado la instaba a abonar la cantidad pendiente en quince días o, en su defecto, serían desalojadas de inmediato. Eso había sido el detonante final para Silvia, que ya no podía con su vida. No encontraba salida alguna, le habían taponado todas y cada una de ellas. Por primera vez, era más de lo que podía soportar.

Cuando entró en casa, cansada por haberse pateado una decena de lugares en busca de trabajo y agotada mentalmente por tanta preocupación, escuchó un rechinar de muelles. Silvia aguzó el oído y oyó unas respiraciones entrecortadas que provenían de la habitación de su hermana. Se acercó con cuidado, andando de puntillas. El ruido pasó a ser más fuerte, más acelerado, y las agitadas respiraciones sonaron a gemidos. Abrió la puerta de par en par

y se encontró a Mirian encima de un hombre, desnuda, moviendo sus caderas como una loca y sin parar de soltar tal cantidad de obscenidades que harían ruborizarse al mayor de los descarados.

—Pero ¿qué porras haces? —gritó Silvia presa de la incredulidad.

—¡Mierda! ¿Y esta quién es? —preguntó el hombre, apartando de prisa a Mirian y tapándose.

—¡Joder, Silvia! —se quejó su hermana—. ¿No sabes respetar la intimidad? —interpeló cabreada.

—No me lo puedo creer, Mirian —escupió, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Esta es tu forma de buscar trabajo? —inquirió con voz chillona.

—En eso estaba, hermanita, en conseguir un trabajo —anunció molesta, cubriéndose con una bata.

—¿Cómo? ¿Follándote a un tío que podría ser tu padre? —Le dedicó una mirada de odio.

—Este tío me iba a dar un trabajo si me lo ganaba. Y estaba en ello cuando has interrumpido, gilipollas —recalcó la última palabra.

—¿Yo? ¿Yo te iba a dar un trabajo? ¿No eres prostituta? —preguntó el hombre, ya casi vestido.

—Pero ¿qué mierdas dices? ¿Acaso tengo pinta de eso, imbécil?

—La verdad es que sí, no lo niegues —añadió Silvia muy mosqueada.

—Yo así lo creía e iba pagarte por tus servicios al terminar —admitió él.

—¡Ah, sí! Pues págame, capullo. —Puso la palma de la mano delante de su cara—. Son cincuenta euros.

—Pero si no lo hemos terminado de hacer, y además dices que no eres prostituta —murmuró.

—Págame ahora mismo o mañana me presento en tu tienda y les digo a tus empleados que solicitas los servicios de prostitutas. Como, según tú, tengo pinta de puta, me creerán a pies juntillas. —Sonrió con cinismo.

El hombre sacó la cartera y le puso un billete de cincuenta euros en la mano mientras sacudía la cabeza y soplaba con cabreo. Al segundo, y como una exhalación, abandonó la habitación y el piso, dando un fuerte portazo al cerrar.

—Mirian, de verdad, lo tuyo no tiene nombre, estoy más que harta de ti. Y como ya no puedo yo sola con esto, toma. —Puso en su mano la notificación del juzgado que acababa de recoger en Correos.

—¿Y qué es esto? —preguntó desconcertada.

—Sabes leer, ¿no? Pues lee y dame una solución.

Sulfurada, Silvia cogió de nuevo el bolso y se marchó con celeridad de allí. Necesitaba aire que respirar, un lugar donde gritar y un hombro para llorar, o al menos apaciguarse. Miró el reloj y vio que estaban a punto de dar las cinco de la tarde, la hora de salida de Lara del supermercado, y se encaminó al lugar. Precisaba hablar con su amiga, ver si a ella se le ocurría algo; su cabeza ya no podía pensar, estaba embotada y saturada. Requería de ayuda, de un milagro, de alguien con un plan que le sacase de una vez por todas de la miseria, o por lo menos, que le sirviera de bombona de oxígeno para poder respirar.

3

Había transcurrido un año desde que Samuel regresara a su hogar junto a su hermano y el leal Filiberto. A pesar de que Nueva York le gustaba mucho, debía reconocer que durante esos doce meses no lo había echado en falta. Su verdadera ciudad era Barcelona, él se sentía barcelonés; y lo cierto era que mientras permaneció en la ciudad de los rascacielos añoró la bella imagen de su mar, la misma de la que ahora disfrutaba a diario. Samuel y Víctor vivían en la zona Diagonal Mar, en un mayúsculo ático dúplex de diseño con el Mediterráneo de fondo. Era uno de los barrios más nuevos y prestigiosos de la ciudad condal, diseñado gracias al plan urbanístico llevado a cabo para la celebración del Fórum Universal de las Culturas en el 2004. Sobra decir que si era una zona de diseño, lo era para gente con dinero.

Ernesto Alvarado, con la intención de invertir, compró dos áticos colindantes a los que de no tenía intención de dar uso a corto plazo, ni siquiera a medio. Sin embargo, a su muerte, los hermanos Alvarado decidieron mudarse a ese nuevo espacio. Creyeron más oportuno vender su imponente y habitual vivienda, ubicada en el lujoso barrio de Pedralbes, pues la casa familiar guardaba demasiados recuerdos y bastante dolor, y ellos querían y necesitaban olvidar. No dudaron un segundo en realizar el cambio y trasladarse a aquel majestuoso y espacioso último piso coronado por una terraza con unas vistas de quitar el hipo. El considerable tamaño de la vivienda se debía a que los dos áticos conformaban uno, tan solo separado por un amplio arco de medio punto con una gran puerta corredera de cristal. De esa forma, las viviendas estaban juntas, aunque no unidas, y, llegado el momento, cada uno de los hermanos podía disponer de su propia privacidad.

Durante ese año de convivencia los dos hermanos habían limado asperezas, pero su relación no se había suavizado del todo. Samuel todavía guardaba una cierta rivalidad con Víctor y le costaba desprenderse de ella. Quería dejar de ser la sombra de su hermano, que era en lo que le había convertido su padre, y aun sabiendo que Víctor no era como su progenitor, y a pesar de la constante mano tendida de su hermano, le costaba desarraigar esos sentimientos de su alma. Incluso después de escucharle decir que el trato de su padre hacia él había sido injusto e hiriente, que el reparto de acciones

de la compañía era leonino y por lo tanto inaceptable, y hasta reconociendo y vituperando su hermano tales cuestiones tan agravantes y brindándole su afecto, Samuel no era capaz de liquidar sus reservas ni de bajar la guardia. Menos después de que Víctor, con la intención de enmendar el desatino, quisiera cederle el veinte por ciento de las acciones obtenidas en testamento. De ese modo casi estarían a la par, como debía ser, aunque Samuel, lejos de ver en ese acto la intención de un equilibrio en la balanza empresarial, lo sintió como una ofensa. Él tenía orgullo, y su amor propio no le permitía aceptar limosnas, por mucho que Víctor insistiera en hacerle creer que no le estaba regalando nada, que tan solo era lo que le pertenecía porque la New Technology Company era tan suya como de él. Samuel no se dejó embaucar por sus palabras y no se tragó el señuelo, porque precisamente eso era lo que su padre tendría que haber visto, que sus dos hijos debían ser herederos a partes iguales; sin embargo, no lo hizo. Ahora él no estaba dispuesto a que, para intentar limpiar la memoria de su padre, su hermano le cediera lo que le había sido otorgado. Ese era un acto que a él no le correspondía y no pensaba aceptarlo, así que lo rechazó de forma rotunda.

A Samuel le encantaba salir a la enorme terraza del ático dúplex y admirar el mar con la vista perdida en el horizonte, donde agua y cielo se unían conformando un todo, dejando de ser líquido y aire para convertirse en infinito. Allí, sentado en su silla de ruedas, la cual, tal y como le habían advertido los médicos, se había convertido en inseparable para él, avistaba durante horas el infinito que tanto le gustaba. Y mientras tanto, meditaba y reflexionaba una idea que le rondaba por la cabeza desde otoño. Había sido suscitada por los últimos amigos que habían pasado por la vicaría. Porque algunos de sus amigos se iban casando, otros estaban a puertas de hacerlo y el resto tenía pareja; el único soltero y sin compromiso era él. Nunca había pensado en el matrimonio pese a haber vivido un tiempo en pareja; sin embargo, ahora, la idea de compartir momentos con una mujer que le hiciera sentir a gusto le seducía cada vez más. Aunque llegar a alcanzar tal fin era difícil debido a su situación, gracias a su «rara» enfermedad de la cual no había sido capaz ni de aprenderse el nombre; o quizá la odiaba tanto que lo último que quería era memorizarlo. Porque por su culpa las mujeres ya no se fijaban como antes en él, que con solo dar un chasquido de dedos tenía un coro de féminas suspirando a su alrededor. Ahora la que se acercaba a él solo era por dos razones: lástima o dinero. Él sabía que la lástima duraba poco, pero el dinero era otra historia: mientras existiera, la compañía no era tan

perecedera. Por consiguiente, había tenido una idea que pensaba compartir sin falta con su hermano. Todavía estaba a tiempo de llevarla a cabo y tan solo sería por un tiempo definido; pero quería probarlo, pues nada tenía que perder.

Filiberto, como cada tarde, salió a la terraza a ver cómo se encontraba. Portaba en las manos una fina manta aterciopelada, anticipándose a que él se la demandara. Porque a pesar de ser una tarde soleada de mediados de mayo, arreciaba un fino viento que igual dejaba frío a Samuel y le causaba un resfriado, estado que no podía permitirse debido a su bajo sistema inmunitario. Cualquier complicación en su salud podía desencadenar una crisis, y con cada crisis, Samuel empeoraba, sus músculos se atrofiaban, sus células se destruían y su sistema nervioso perdía funciones psicomotrices. Durante el año que había pasado desde que le diagnosticaran la enfermedad sufrió dos, y la capacidad de caminar, e incluso de ponerse en pie, había mermado hasta casi la invalidez.

—Señor, ¿qué tal se encuentra? ¿Quiere taparse un poco? —preguntó Filiberto.

—No, tranquilo, Fil, estoy bien, hace calor —respondió Samuel, junto a una mirada de agradecimiento.

—¿Le apetece beber algo?

—De momento no. Pero cuando venga mi hermano me gustaría que subieras la botella de Jack Daniel's y dos vasos con hielo.

Filiberto frunció el entrecejo dejando asomar una mirada reprobadora.

—Señor, permítame recordarle que no debe tomar alcohol junto con su medicación. Sabe que se lo advirtió el médico —habló con gravedad.

—Fil, por favor, no me eches un sermón. Un día es un día.

—¿Y acaso hoy es un día especial para usted? ¿Va a celebrar algo? —interpeló con curiosidad, despojándose de la severidad.

—Sí, hoy celebraré algo, una decisión —aseguró risueño—. Aunque no te voy adelantar nada hasta que hable con Víctor —agregó—. Quizás a él se le atragante mi idea, pero ya está tomada y es irrevocable. Solo espero contar con tu apoyo llegado el momento.

—Dependerá del tipo de decisión que vaya a tomar, señor. —La sonrisa

de Samuel le cambió el gesto, y el hombre lo miró con cariño.

—Una para mejorar mi vida, Fil. —Volvió a sonreír.

—En ese caso, seguro que le apoyaré. —Intentó estirar los labios él también.

—Pero que mi hermano no comprenderá y le pondrá de mala hostia —añadió, soltando una corta carcajada—. Aunque ya he pensado de qué forma persuadirlo.

—Señor, me está asustando —repuso serio, borrando cualquier resquicio de su anterior amago por sonreír.

—Pues yo estoy ansioso por la llegada de Víctor y por ver su reacción. —Asintió.

—No creo que tarde mucho —confirmó, mirando el reloj—. Voy a ir preparando ese whisky para subirlo en cuando llegue.

—Gracias, Fil.

Casi una hora después Víctor estaba en la terraza junto a su hermano, sentado en un cómodo sillón con su caro traje de firma, la corbata desanudada, la camisa desabotonada hasta el segundo botón y alternando su cara de cansancio con la expectación. Esperaba una explicación coherente de Samuel a por qué debían beber whisky. Al menos por qué quería hacerlo él cuando sabía que no debía mezclar alcohol con la medicación.

—Verás, Víctor, quiero contarte una cosa y he pensado que sería mejor beber un poco.

—¿Pretendes emborracharme, hermano? —interpeló con asombro.

—No, es para que no se te reseque la garganta con toda la ristra de vocablos que me soltarás después de escucharme.

—¡Oh, Señor! —espetó—. No sé por qué me da la impresión de que esta conversación no va a gustarme. —Lo miró serio y se echó un trago.

—Seguro que no te gusta. Pero antes de nada quiero decirte que no pido tu aprobación. Voy a hacerlo, digas lo que digas —le recalcó.

—Desembucha de una vez, me estás poniendo nervioso —soltó cabreado.

—Como sabrás, de un tiempo a esta parte me he convertido en un tullido que, por muy bueno que esté —arqueó las cejas—, ninguna tía quiere a su lado.

—¡Venga ya, Samuel! No digas estupideces.

Víctor sintió un puñetazo en la boca del estómago con las palabras de su hermano. Sabía que tal afirmación estaba marcada por lo ocurrido con Judith, y le dolía ver lo cegado que estaba Samuel, que hasta se atrevía a decir en voz alta lo mucho que se menospreciaba.

—No seas un puto hipócrita, sabes que no lo soporto. —Samuel alzó la voz—. Es la realidad, a la que debo enfrentarme. Y no me da miedo, hermano, no pienses que soy un acojonado de mierda.

Víctor se quedó callado, observándolo fijo. Sabía que su hermano era mil veces más valiente que él en todos los aspectos, aunque nunca se lo hubiera confesado. En su fuero interno reconocía que él nunca habría soportado los desprecios de su padre, ser siempre el segundón al que le costaba hasta mirar. Él nunca habría resistido aquel acoso y derribo por parte de su progenitor, bastante le supuso sufrir su papel. Sin embargo, Samuel se había crecido ante aquellas insoportables circunstancias; y ver su crecimiento, a Víctor le dio miedo. Sintió terror al imaginar que él pasara a ocupar ese relegado lugar. Por eso aceptaba sus desafíos, su rivalidad, su dura competencia... No quería habitar en el lado de la humillación porque él no era tan fuerte como Samuel y se derrumbaría al tener que vivir de esa forma, demostrando de continuo su valía a quien no la quería ver.

—¿Te he dejado mudo, hermano? —preguntó Samuel con desdén.

—¡Por supuesto que no! —Víctor se encogió de hombros fingiendo indiferencia—. Habla, escupe de una vez lo que quieras.

—Pues, como iba a decirte, ninguna tía quiere salir conmigo gracias a mi amiga. —Señaló la silla de ruedas—. Y la que lo haga lo hará solo por una razón: me verá como una billetera, no como un hombre —explicó con seguridad—. Llevo meses pensando en compartir mi vida con alguien, ahora que todavía puedo disfrutarla, aunque no lo pueda hacer igual que antes. Pero quizá de aquí a dos años me convierta en un vegetal, y entonces ya será tarde.

—Tú no puedes saber esas cosas, ni siquiera los médicos saben cómo vas

a evolucionar. Igual me entierras a mí antes. —Víctor volvió a echarse un trago de whisky.

—Ves como el whisky iba a venir bien. —Sonrió y bebió un pequeño sorbo—. Me da igual lo que digan los médicos, Víctor, yo he visto como en un año casi he dejado de andar. A duras penas me mantengo en pie para salir de la cama, vestirme y sentarme de nuevo en esta silla, y viceversa.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —preguntó, notando que la paciencia se le empezaba a esfumar.

—Quiero tener a alguien junto a mí con quien compartir momentos, los buenos momentos que me queden. Alguien que hable conmigo, que ría a mi lado, que me dé un abrazo, un beso, amor. Quiero casarme, Víctor.

Su hermano lo miró fijo, perdido y desorientado.

—Pero ¿no acabas de decirme que las mujeres no quieren saber de ti salvo por dinero?

—Por eso mismo voy a contratar un matrimonio por un tiempo definido —reveló con orgullo—. Buscaré una mujer a la que ofreceré una jugosa cantidad por comportarse como mi esposa. Total, si van a quererme por mi dinero, yo pondré las reglas.

—Tú has perdido la cabeza por completo —dijo levantándose de inmediato, igual que lanzado por un resorte—. Eso no funciona así. El amor no se compra, es lo único que no puede comprarse en este mundo —explicó mirándolo asombrado, todavía no podía creer lo que acababa de oír.

—Todo, absolutamente todo, tiene un precio en esta vida —subrayó Samuel con énfasis—. No creía que fueras tan ignorante, hermano. ¡Menudo pelele! —siseó.

—Te estás tirando un farol. —Víctor sacudió la cabeza—. No tienes huevos para hacer algo así, ¡es una locura! —Elevó el tono.

Samuel lo miró anonadado. Su hermano le estaba retando, le había dicho que no tenía huevos a él, que llevaba toda su vida sacando coraje hasta de debajo de las piedras. Definitivamente, Víctor era el que había perdido la cabeza.

—¿Crees que no soy capaz de hacer algo así? ¿Me desafías? ¿Tú me desafías a mí? —preguntó de seguido, malhumorado.

—No te estoy desafiando, intento apelar a tu cordura, que es distinto.

Víctor llenó su vaso con más whisky y se lo bebió de un solo trago, sin respirar.

—No creo que sea tan descabellado, se trata de una pura transacción comercial. Un contrato con ciertas cláusulas a cumplir, por el que yo le remuneraré a ella de forma mensual y con un jugoso finiquito al término; siempre y cuando haya cumplido todos los acuerdos de dicho contrato.

—¿Te das cuenta de que hablas de una persona, de una mujer? —demandó su hermano, perplejo.

—Desde luego, ambas partes deberemos estar de acuerdo antes de firmar. Y ambas partes somos personas —formuló con rotundidad.

—¿Un contrato por cuánto?

—Un año. Más seis meses de noviazgo para hacerlo creíble ante los demás. No tengo ganas de cuchicheos impertinentes a mis espaldas que terminarán llegando a mis oídos. Además, igual ese tipo de habladurías puede repercutir en el negocio, y eso no nos conviene. De ahí que deba ser verosímil a ojos de los demás.

—¡Vaya, parece que lo tienes todo muy estudiado! —exclamó Víctor, tomando una honda bocanada de aire.

—Desde luego, llevo meses meditándolo.

—¿Y cómo demonios vas a buscar a esa mujer?

—Fácil, poniendo un anuncio en Internet. —Estiró los labios.

—¡Ni de coña! —Víctor zarandeo repetidas veces la cabeza—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? No puedes estar hablando en serio.

—Me estás cansando con tanto repetir lo mismo, hermano. No estoy bromeando —confirmó serio—. Pondré un anuncio especificando lo que busco, pidiendo un vídeo en el que se presenten y hablen de ellas en un tiempo breve, de noventa segundos. Filtraré y seleccionaré a unas cuantas, a las que llamaré para hacer una entrevista y darles el contrato para que lo lean. En él también añadiré una cláusula de confidencialidad, como es obvio. Después, de las que decidan firmar, elegiré a una para casarme.

—¡Madre mía, sí que lo tienes todo pensado, sí! —anunció en alto, silbando a continuación.

—Ya me conoces, siempre dejo todo bien atado —corroboró arrogante.

Víctor lo contempló por unos segundos. Observó ese rostro tan familiar para él, el de la victoria, el de haber quedado por encima de su hermano una vez más.

—Todo no, se te ha escapado algo —añadió con calma.

—¡Ah, sí! ¿El qué, Víctor? —preguntó con mofa. Sabía que nada en absoluto se le había podido escapar, llevaba meses entretejiendo aquel plan.

—Que quizá las mujeres sientan que las tratan como prostitutas con un anuncio así, pagándoles por sus servicios, y ninguna conteste.

—Perdona, pero al que se le olvidan dos importantes detalles es a ti. Primero: el dinero puede comprarlo todo, hasta los principios. Y segundo: el sexo no se dará en ese matrimonio, a mi polla le sucede como a mis piernas, no me responde con regularidad —matizó con cinismo—. Y te voy a recalcar algo más que se me ha quedado antes en el tintero: nunca olvides que, a pesar de que no se me empine, sigo teniendo muchos huevos. Más de los que nunca tendrás tú, hermano —resolvió con aspereza—. Y me marchó. Ya te he puesto al corriente de lo que pienso hacer, te guste o no. Mañana mismo pondré el anuncio y esperaré con impaciencia. Lástima que haya creído que podías ayudarme en el proceso de selección y con el contrato, pero ya veo que una vez más no puedo contar contigo.

Samuel abandonó la terraza y se dirigió al ascensor para bajar a su habitación. Víctor se quedó allí, parado, mirando al mar que tenía de fondo, sopesando las palabras de su hermano, que le resultaban tan incomprensibles como escandalosas. ¿Cómo pretendía comprar el amor de una mujer? Poner precio a su entrega, a su dedicación. Al amor no se le puede poner precio porque en ese mismo instante dejaría de llamarse así. El amor brota de forma desinteresada; si lo hace de la mano del egoísmo, por obtener un beneficio a cambio, tampoco puede denominarse amor. Su hermano buscaba una mujer de compañía, pero una especial, una que ejerciera las funciones de asistente personal las veinticuatro horas y que al llegar a la cama se conformase con dormir a su lado, sin ningún añadido más, sin convertir el lecho en un paraje sexual. Y esa era otra importante cuestión a debatir, el tema del sexo. Porque su hermano no podía mantener relaciones sexuales, pero esa mujer tampoco podría hacerlo mientras estuviera con él, debería vivir en celibato total. Si había que aparentar un matrimonio real a ojos de los demás, no podría salir ni

dejarse ver con otros hombres, cuando menos meterse en cama ajena. Víctor se dio cuenta de que debía pensar en ese contrato, en sus cláusulas, para eso era abogado. Si su hermano iba a llevar a cabo tan insensata acción, debía salvaguardar sus derechos y, por supuesto, los de la compañía. Debía evitar que nadie vulnerase el acuerdo y, con tal acción, pudiera ocasionarles un perjuicio. Ahora que la New Technology Company estaba en uno de sus mejores momentos y en expansión, no pensaba permitir que nada volviera a dañarla. Debía hablar con Samuel para saber qué condiciones quería exponer en ese contrato y ejercer su profesión de letrado.

4

Silvia llegó al supermercado donde trabajaba su amiga Lara cinco minutos antes de que esta terminara su turno y esperó apoyada en un coche. Ansiaba que saliera de una vez y poder desahogar con ella su pena. Lara era su amiga incondicional desde la infancia, la única que la había ayudado en los momentos más duros de su vida, porque para los buenos y divertidos le salían amigos de cualquier lugar. Aunque de sobra sabía ella con qué palabra denominar a esas personas: «interesados», y de esos ya tenía más que suficientes en su vida, empezando con su propia hermana.

Lara le había demostrado continuamente a Silvia lo gran amiga que era y que podía contar con ella en cualquier momento y para lo que precisara. Daba igual si se trataba de hablar, reír, llorar o despotricar sobre Mirian y cuánto le sacaba de quicio su actitud individualista, calcada a la de su madre. En los últimos meses, la leal entrega de Lara había llegado incluso más lejos, porque la estaba abasteciendo de comida y hasta de dinero para que Silvia pudiera pagar el suministro de luz y agua. Nadie, ni siquiera sus padres, sus propios progenitores, se habían sacrificado de forma similar por su bienestar. Pero a Lara, aun andando justa de recursos económicos, nunca le había importado compartir lo poco que tenía para que ella no pasara más penurias de las acostumbradas. Silvia, sin embargo, ya no podía vivir así, a costa de la ayuda de su amiga, de su generosidad, lo que a ella le suponía restar dinero para su casa y para ella misma. La situación llevaba alargándose meses, y a saber cuánto más duraría si seguía sin encontrar trabajo, un asunto que parecía una misión imposible.

Silvia no hacía más que pensar a dónde irían su hermana y ella si las echaban de la vivienda. De pronto, un sudor frío y angustioso le recorrió el cuerpo al imaginarse durmiendo en cualquier rincón de su Barceloneta querida, tapándose con cartones y pidiendo limosna a los vecinos para poder llevarse un mendrugo a la boca. Con la imagen sin parar de pulularle por la mente, la garganta se le ahogó y sintió unas extremas ganas de llorar; estaba desesperada. Aunque lo que más se sentía era condenada al desahucio, a la calle, a la desolación... Silvia peleó contra la oleada de lágrimas que se avecinaba, de las que sus ojos eran veraces avisadores, aunque sin éxito. No

pudo eludir el llanto, era demasiado duro soportar esa exasperante situación. Necesitaba una solución, pero no la tenía, no la encontraba. No, lo que necesitaba era un milagro, y esos no existían, nunca creyó en ellos; la forma en que la había tratado la vida se encargó de hacerla escéptica al respecto.

Nada más salir a la calle, Lara divisó la silueta de Silvia, que se cubría el rostro con las manos. Rápidamente, y porque conocía a su amiga casi tan bien como a ella misma, supo que aquella acción no auguraba nada bueno; era presagio de malas noticias. Cruzó la calle y, tres pasos antes de llegar a su altura, escuchó el llanto. Como se temía, Silvia estaba llorando.

—¡Eh, Silvi, florecilla!, ¿qué te pasa? —preguntó preocupada, retirando con delicadeza las manos del rostro de su amiga.

—¡Oh, Lara, qué voy a hacer! —exclamó abrazándose a ella con desesperación, como un náufrago a un salvavidas.

—Cariño, estás temblando y helada, ¿qué ocurre, por favor? —interpeló, separándola y mirándole fijamente el rostro anegado en lágrimas.

—Me echan del piso, no tengo dinero, no encuentro trabajo, no tengo nada, soy una fracasada —soltó de carrerilla, con el pecho agitado, hipando, llorando con tanta pena que Lara sintió que el corazón se le rompía.

—Flor, florecilla, cálmate, te lo ruego —dijo con voz temblorosa. Ella también estaba a punto de llorar al verla tan deshecha—. Vamos a mi casa y hablamos allí. Intentaremos buscar una solución, ¿vale?

Silvia dio como respuesta un nuevo e impetuoso sollozo, y asintió. El brazo de Lara arropó el compungido cuerpo de su amiga y, andando despacio, se dirigieron a la Barceloneta.

La vivienda de Lara se encontraba en el mismo barrio que la de Silvia; de hecho, bastante cerca la una de la otra. Lara vivía con Pilar, su madre, en un minúsculo piso donde las paredes se descascarillaban de continuo y reinaba un aire de abandono. Tenía dos hermanos más, de los cuales no sabía nada porque se marcharon al cumplir los dieciocho y nunca dieron señales de vida, ni para bien ni para mal. Era la pequeña de la casa y nunca llegó a conocer a su padre, que los abandonó cuando su madre estaba embarazada de ella, de casi siete meses. Su familia estaba tan desestructurada como la de Silvia, por eso ellas se entendían a la perfección desde pequeñas, porque sus vidas eran paralelas.

Cuando entraron, no había nadie; Pilar ya se había marchado a trabajar. La mujer cuidaba durante seis horas, de cinco a once, de una señora mayor a la que los hijos no podían atender en ese horario. Una vez sentadas, el sollozo de Silvia cambió a un leve gimoteo que terminó dando paso a unos suspiros que escapaban por su boca de vez en cuando. Lara volvió a decirle lo mismo que llevaba tiempo pidiéndole, que se mudara a vivir con ellas; aunque el espacio era escaso, se apañarían. Pero Silvia no quería. O más bien no podía. Sabía que irse allí con su hermana supondría un infierno tanto para Lara como para su madre y en menos de una semana se habrían tirado de los pelos; ninguna se soportaba. Lara tenía entre ojos a Mirian por su egoísmo. En el caso de su madre, las razones eran más extensas, pues la tachaba de fresca, alocada y sinvergüenza; y no estaba falta de razón. Por otra parte, Mirian arremetía contra Lara en cuanto esta le decía cuatro verdades, las que no quería oír, y con su madre era aún más cruel, no paraba de decir que Pilar era una bruja fea, envidiosa y frígida. Ponerlas bajo el mismo techo sería como lanzar una bomba atómica: la detonación provocaría auténticos estragos y daños irreparables. Mejor ni intentarlo. Y una vez más, Silvia rechazó el generoso ofrecimiento de su amiga.

—Pero, Silvi, debes mirar por ti. Tu hermana te está arruinando la vida, ¿no lo ves? —Levantó la voz—. Si esta situación fuera a la inversa ella no pensaría en ti, te daría una patada y se marcharía igual que hizo tu madre. Deja de una vez que ella se busque la vida y vente a mi casa hasta que puedas vivir de nuevo por tus medios —le rogó, cogiéndole las manos de forma cariñosa.

—No puedo hacerlo, Lara, no podría vivir con eso a mis espaldas. —Sacudió la cabeza—. Sé que mi hermana no miraría nunca por mí, lo sé. ¡Si ni siquiera lo hace ahora que también le incumbe a ella! —aclaró molesta—. Pero yo no soy así, ya me conoces. Yo no puedo hacer algo tan ruin, entiéndelo.

—O sea que prefieres verte en la calle con ella antes que venirte a mi casa —soltó un poco mosqueada.

—No es eso, no tergiverses lo que digo. —Su labio perfiló una mueca de disgusto.

—Entonces tú dirás qué es lo que quieres decir —siseó.

—Lo que digo y quiero es encontrar una solución para las dos, no solo

para mí. Pero no doy con más salidas, las he agotado todas, Lara, todas al completo. —Suspiró con languidez—. Ya sabes todo lo que me he visto obligada a hacer para poder sobrevivir, todo lo que he malvendido: mi *forito* —así denominaba al viejo Ford Fiesta que su padre le dejó— y lo poco de valor que había en mi casa, que era tan escaso que no nos dio ni para pagar el alquiler de un mes. ¡Por Dios, si he llegado a vender hasta mis óvulos! —admitió con una mueca de amargura que desfiguró sus facciones—. No tengo nada más de valor, nada. —Vaciló antes de seguir—: A menos que... —Guardó silencio.

—¿Qué? —preguntó intrigada su amiga.

—A menos que... venda un riñón —confesó en un murmullo.

—¡¡¡Cómo!!! —interpeló Lara casi en un grito.

—Es algo que también me estoy planteando.

—¡Pero qué barbaridad acabas de soltar, Silvi! —declaró con algo de acritud, mirándola con los ojos a punto de salirse de sus cuencas—. Lo estarás diciendo de broma, ¿verdad?

—No, no estoy bromeando, Lara. Estoy desesperada —puntualizó—. Y esa es una solución tan desesperada como mi situación —contestó de seguido, contemplando a su fiel amiga, con la que llevaba compartiendo sus calamidades y desdichas toda la vida—. He leído en el periódico que en Internet se pueden encontrar anuncios de ese tipo, de compra de órganos, y por lo visto los pagan bien. Esa podría ser una solución para salir de este agujero, al menos de forma temporal.

—No puedo creer lo que estoy oyendo, has perdido la razón por completo. —Puso el grito en el cielo, observándola boquiabierta—. ¿Prefieres vender un riñón antes que deshacerte de la garrapata de tu hermana? Porque, aunque no te guste oírlo, eso es Mirian, una garrapata que lleva chupándote la sangre desde que tu madre se marchó.

—¡Es mi garrapata! —reafirmó Silvia con malhumorada resignación.

—Y vender un riñón es tráfico de órganos y es ilegal, lo sabes tan bien como yo.

—Claro, y las drogas también son ilegales, ¡no te fastidia!, pero la gente las sigue consumiendo —arguyó.

—¡Oh, corta el rollo y no compares! —bufó Lara.

—No pretendo hacer comparaciones, tan solo quiero echar un ojo a ese tipo de anuncios —dijo con calma—. Tú tienes Internet y esa tableta de segunda mano que compraste hace poco... ¡Anda, por fa! —suplicó melosa.

—¡Ni hablar! —contestó rotunda, amonestándola con la mirada.

—Te lo ruego, Lara —suplicó una vez más, observando con ojitos de pena la lechosa tez de su amiga salpicada por un sinfín de pecas. Apelando con su rostro a la incondicional amistad que esa mujer pelirroja, de belleza normal pero de corazón extraordinario e inmenso, siempre le había demostrado.

—Si me vas a mirar con ojos de carnero degollado no puedo negarme. —Emitió un sumiso suspiro—. Pero te aviso, solo echaremos un ojo, no voy a consentir que hagas tal disparate. Miramos anuncios en general, de todo, a ver si encontramos algo que merezca la pena, no uno que pueda costarte la vida —explicó mientras se levantaba a por la tableta.

Silvia y Lara estuvieron mirando anuncios durante más de dos horas sin llegar a un consenso. Los que a Silvia le parecían bien, porque por un riñón pagaban un buen pico, a Lara le abrían las carnes y se los saltaba de inmediato, llamándola loca sin parar. Y los que Lara contemplaba con buenos ojos eran para trabajar como interna en una casa, algo que dejaba a Mirian en la calle, porque, al tener todos los gastos cubiertos, el sueldo era bajo, y su hermana no podría hacer frente al alquiler y demás pagos. Evidentemente, Silvia no iba ni a plantearse coger uno de esos trabajos que no cubrían a su hermana. De hecho, por eso mismo, porque Mirian no acabara vagabundeando y sin un techo bajo el que cobijarse, no se mudaba a vivir con su gran amiga. A Lara, la actitud de madre abnegada y protectora en extremo de Silvia le sacaba de quicio, por eso no dejaba de advertirle que su hermana era un lastre que la estaba llevando a la deriva y que no pararía hasta acabar con su vida. Silvia sabía que las palabras de su gran amiga eran certeras, no exageraba, pero no disponía del valor suficiente para dejar desamparada a Mirian. Su hermana era su sangre y su responsabilidad, no podía abandonarla a su suerte.

A punto de dar por concluida la sesión de anuncios por distintos portales y con los ánimos de Silvia más hundidos que al empezar, Lara soltó un grito de asombro.

—¡Señor, cómo está la gente! Mira este anuncio. ¡Qué fuerte! —afirmó, meneando la cabeza.

Silvia posó la vista en el lugar que el dedo de su amiga, boquiabierta, señalaba, y comenzó a leer en alto:

«Busco mujer entre veinticinco a treinta años para contrato matrimonial por un año. Compensación económica con alta retribución mensual. Finiquito cuantioso al término de contrato, siempre y cuando se hayan respetado y cumplido las cláusulas de dicho acuerdo. Requisitos: buena presencia, aspecto físico agradable, educada, con saber estar y un nivel aceptable de cultura, que será verificado por un test de coeficiente intelectual. Abstenerse las que no cumplan todos los requisitos mencionados. Si los cumples y estás interesada, manda un vídeo presentación que no exceda de noventa segundos describiendo tus cualidades, defectos, gustos y aficiones a la dirección de correo electrónico indicada debajo de este anuncio. La fecha límite de recepción de vídeos será el veinticinco de mayo. No olvides adjuntar tu nombre, dirección y teléfono. Todas las participantes que, cumpliendo los requisitos impuestos, no sean elegidas, serán recompensadas con cien euros por las molestias».

—¡Flipo en colores! ¡Un matrimonio por contrato! —exclamó Lara estupefacta—. Pero ¿qué cretino puede hacer un *casting* para buscar mujer como quien busca una dependienta? Casarse no es un trabajo, ¡no te jode! Uno solo lo hace por amor, no por dinero u obligación. Desde luego, no sé a qué tipo de payaso se le ha ocurrido poner un anuncio semejante, pero con los requisitos que pide, ¿qué mujer guapa, educada e inteligente contestaría? Ninguna en sus cabales, imbécil —afirmó, dirigiéndose a la tableta como si fuera el propio anunciante.

—Una desesperada, muy desesperada.

La vista de Lara se desvió con celeridad hacia su amiga, quien, mirándola fija, le dio la respuesta con sus ojos.

—¡¿No?! —manifestó alucinada.

—Sí. —Silvia asintió repetidas veces.

—¡Ni de broma! No puedes hablar en serio. —Levantó la voz.

—Desde luego que hablo en serio. Muy en serio. —También subió el tono.

—¡Coño, que esto es peor que vender un riñón! —espetó—. Vendes tu alma, tus principios. No sabes ni cómo es ese hombre, qué edad tiene, qué pretende... Ni si está loco, si es un degenerado...

—Necesito ese dinero, a ese hombre —la interrumpió casi gritando—. No retuerzas todo tanto, es un contrato de trabajo por un año y parece ser que bien pagado. El tío debe de tener pasta, piensa pagar hasta a las que se queden fuera.

—¿Y cómo puedes confiar en que esté diciendo la verdad? Igual luego dice que ninguna cumple los requisitos para ahorrarse la pasta.

—¿Es eso lo que crees, Lara? ¿Crees que no cumplo los requisitos? ¿Me crees fea, tonta y maleducada? —inquirió molesta.

—¡Oye, yo no he dicho eso, vale! —soltó indignada—. Solo digo que se trata de casarse con un total desconocido, y eso es de descerebrados.

—Será desconocido al principio, luego nos iremos conociendo, ¿no crees?

—Claro que os conoceréis, convivirás con él. ¿Y sabes una cosa, Silvi? Existe una pequeñez insignificante que igual no te has parado a pensar.

—¿El qué? —preguntó irritada por escuchar tanta traba a una buena solución.

—Que la convivencia termina despertando sentimientos, buenos o malos, es indiferente. Lo que importa es que jugar con ellos te puede perjudicar.

—No se trata de ningún juego ni de amor, es un contrato, un trabajo, los sentimientos quedan al margen —declaró tajante—. ¿Qué debo hacer? Interpretar el papel de esposa de cara a los demás, nada más. ¿Qué puedo perder? ¡Nada, leches, si no tengo nada! —Su voz alcanzó un tono estridente que le arañó las cuerdas vocales. Paró un segundo para tomar aire ante la incrédula mirada de Lara, que no daba crédito—. Pero la mejor pregunta es qué puedo ganar, y la respuesta es todo. Podría seguir con mi casa, que mi hermana tenga techo y comida, y yo también. Incluso dependiendo de lo que pague hasta puede que me dé para ahorrar. Así cuando acabe el trabajo tendré un pequeño colchón monetario mientras encuentro otro.

—¡Oh, claro! —replicó Lara con sarcasmo, asombrada por cuanto acababa de decir su amiga—. Y se te olvida lo mejor, Silvi, luego puedes añadirlo en tu currículum, igual te salen más matrimonios como ese y te

especializas en la materia —siseó irritada.

—Me da igual lo que digas o que te enfades, Lara, voy a hacer ese vídeo y lo voy a mandar. Al menos lo intentaré, y si no soy la elegida, por lo menos ganaré cien euros.

—¡Ah, sí, cierto, qué estúpida! —exclamó, colocándose la palma de la mano sobre la frente—. Perdóname, se me habían olvidado los cien euros. No había caído en la cuenta de que eso resolverá todos tus problemas —añadió con cinismo, gruñendo.

—Caray, Lara, creí que querías ayudarme, no ponerme más zancadillas —expresó entristecida—. Creí que podía contar contigo, que podría grabar ese vídeo con tu tableta, dar tu número de móvil y mandarlo por tu mail, yo no tengo ninguna de esas cosas, no puedo mantenerlas. No puedo mantener nada, ni a mí misma. —La voz se le quebró.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de Silvia; estaba muy desesperada. Sabía que cuanto su amiga le estaba diciendo era cierto, pero necesitaba dinero y debía intentar lo que fuera. Y entre un falso matrimonio durante un año y quedarse sin un riñón de por vida, optaba por lo primero sin dudarlo. El fluido salado de su lagrimal tomó su rostro con celeridad, resbalando por sus mejillas a tal velocidad que daba vértigo. Lara, viéndola de ese modo, la abrazó con fuerza.

—Vale, vale, florecilla, no llores, lo haremos —le dijo, intentado calmarla—. Total, llevas razón, no tienes nada que perder —enunció, pensando que de seguro ni siquiera la llamarían. Igual ese anuncio era solo una tomadura de pelo.

—Necesito a ese hombre, Lara, lo necesito —sollozó.

Lara no pudo evitar echarse a reír, hecho que desconcertó por completo a Silvia, que, separándose veloz de ella, la observó con dureza.

—¿Te hace gracia? —preguntó sulfurada.

—Hombre, es que tal y como lo has dicho sonaba a «tía salida en busca de un polvo» —prosiguió riendo.

Silvia tampoco pudo esquivar la carcajada que le sobrevino al oír lo que su amiga le acababa de decir, pues en realidad su corta frase había sonado a eso, a mujer desesperada por meterse en la cama con un hombre. Durante unos largos segundos, ambas rieron sin parar. Después, más serias y

calmadas, Lara le comentó que iba a peinarla y a maquillarla para hacer el vídeo. Incluso buscaría por su armario ropa más apropiada con la que vestirla, la sudadera y el pantalón de chándal no quedarían muy bien como primera imagen. Silvia la abrazó con todas sus fuerzas, sin parar de darle las gracias, y luego la besó repetidas veces las mejillas. Lara, aunque agradecida por sus muestras de cariño tan gentiles, le avisó de que no debían perder más tiempo, había que ponerse manos a la obra de inmediato. Según indicaba el anuncio, la fecha límite de recepción de vídeos era el veinticinco de mayo y estaban a veintitrés, en solo cuarenta y ocho horas el plazo expiraría. Silvia asintió de seguido, dando su absoluta conformidad, y ambas se marcharon a la habitación de Lara. Acababa de comenzar el plan que Silvia no paraba de rogar a Dios para que fuera el milagro que estaba buscando, el que de una vez por todas la reflotara de su desdichada vida y le hiciera creer que los hechos inexplicables de origen divino sí existían.

5

Samuel había puesto en marcha la maquinaria de su plan «Matrimonio por contrato». Había publicado el anuncio en varias páginas de Internet con un margen de diez días para recibir los vídeos. Aunque, siendo previsor como era, también había sopesado la posibilidad de que ese periodo de tiempo fuera demasiado breve, en cuyo caso lo alargaría otros diez días. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando, al llegar al ecuador del plazo, en su bandeja de correo electrónico ya había acumulados más de cien mensajes. Con una imponente sonrisa en los labios, decidió empezar a visionar los vídeos, a ver si alguna de las mujeres cumplía sus expectativas.

A punto de llegar a la mitad, y un poco desanimado por el poco interés que le suscitaban las candidatas, encontró a la primera que despertó su atención. Era todo un caramelito: rubia y de seductores ojos verdes, con un escote que dejaba ver la generosidad de sus pechos, o mejor decir la gran abundancia. Se expresaba con elegancia, se notaba que tenía educación y cultura, y además, Samuel no paraba de repetirse que estaba muy buena. Apuntó su nombre, Esmeralda, su dirección y teléfono, y pensó lo que en otro tiempo habría hecho con la tal Esmeralda en la cama, con esos pechos capaces de desatar mil fantasías en los hombres. Pero ni con esos pensamientos fue capaz de excitarse, su virilidad no respondía, y se maldijo por ello cientos de veces. Apartando todo de su cabeza, se regañó a sí mismo. No podía perder el tiempo compadeciéndose, debía concentrarse en lo que estaba haciendo, buscar una mujer para disfrutar de su compañía como esposa, y prosiguió.

Al llegar al último correo le sorprendió otra exuberante rubia de ojos azules, labios tentadores y pechos destacados y turgentes. Elva había sido secretaria de dirección en una multinacional durante muchos años, pero ahora estaba en paro y pasaba por una mala racha económica. Otra candidata más a la lista, se dijo, y anotó sus datos antes de apagar el monitor.

Mirando la oscura pantalla del ordenador, aunque con la vista perdida en la nada, Samuel comenzó a meditar. De momento, en cinco días, de algo más de cien correos había seleccionado dos mujeres, proporción que no estaba

mal teniendo en cuenta lo selectivo que estaba siendo. Él había pensado escoger, a lo sumo, seis candidatas para la entrevista. Y, si se daba la misma estadística y recibía otros cien correos en los cinco días que quedaban, podría elegir un par más, lo que sumarían cuatro mujeres entre las que debatirse antes de decidir, un número que le agradó. Luego solo debía esperar que ellas, una vez leído el contrato, decidieran firmarlo. Entonces, de las que lo hicieran, se decantaría por una. La sonrisa invadió sus labios y sorprendió a Filiberto, que entraba en ese instante en el despacho para avisarle de que la comida le esperaba. Berta, la cocinera, había hecho uno de sus platos favoritos: Risotto con boletus. Samuel ensanchó la sonrisa y, con celeridad y ánimo optimista, se marchó en su silla de ruedas junto a Filiberto. El tema de los vídeos parecía marchar bien y se sintió feliz por ello. Además, no había tiempo que perder para saborear la exquisitez que le aguardaba en la mesa.

Al llegar la tarde, Samuel se encontraba de nuevo en la terraza de su ático dúplex contemplando la inmensidad del mar. Escuchó unos pasos y pensó que sería Filiberto, que, en su línea habitual, vendría a ver qué tal se encontraba, y no volteó la cabeza. Pero se sorprendió al escuchar la voz de Víctor dando las buenas tardes. Se giró de inmediato, era temprano para que su hermano ya estuviera en casa, no solía llegar hasta casi la noche.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —interpeló Samuel casi en un reproche.

—¿Acaso me vas a descontar horas? —preguntó Víctor de forma tosca.

—No, no puedo hacerlo. Para eso tendría que mandar más en la compañía —soltó con aire irónico, burlándose de sí mismo por lo poco que representaba en New Technology Company.

—No mandas más porque no quieres, podrías tener las mismas acciones que yo, lo sabes.

—No quiero hablar de ese tema. De sobra sabes que no quiero limosnas —respondió serio, casi molesto.

—El tema lo has sacado tú, hermano, no yo —matizó Víctor con un ápice de malhumor.

—Cierto. Así que dejémoslo —resolvió Samuel, y mirando la carpeta que

su hermano portaba en la mano preguntó—: ¿Qué llevas ahí?

—Es un contrato que he redactado sobre tu loco matrimonio —respondió, dejando vislumbrar una pizca de acatamiento—. No sé aún cómo me has convencido para hacer semejante disparate, pero ya está hecho y quería que le echases un vistazo, a ver qué te parece. Creo que he abordado todas las cuestiones que me comentaste anteayer, pero como tú eres la parte contratante, deberás decirme si quieres incluir algo más.

—Muy bien, gracias. —Cogió la carpeta y la abrió para echar un ojo, a la vez que disimulaba su asombro ante la actuación de su hermano.

—¡Ah! Y he pensado que la cláusula de confidencialidad debe ser firmada en cuanto lleguen las candidatas, antes de pasar a hacer la entrevista. De ese modo nos ahorraremos que vayan largando por ahí quién está buscando una esposa por contrato. Porque, de incumplirla, deberán atenerse a las consecuencias. Se tomarán acciones legales al respecto.

—¡Coño, Víctor! ¿Pretendes acojonarme a las candidatas antes de verme? —inquirió mirándolo pasmado.

—Pretendo cubrirnos las espaldas para evitar un posible escándalo, hermano. Ya tuvimos bastantes, no quiero recordarlo —recalcó las palabras —, y mucho menos volver a vivir algo semejante.

—Como usted diga, abogado —concluyó Samuel. Sabía que su hermano velaba por los intereses generales, no le iba a discutir.

—He hecho especial hincapié en el tema del sexo. Ya que evidentemente es algo que no va a darse en este matrimonio, la elegida tampoco podrá tener ningún tipo de relación con otro hombre. Durante el año y medio, tiempo total entre noviazgo y matrimonio, vivirá en celibato. Y, de incumplir esa cláusula, no habrá lugar al «jugoso finiquito» —explicó con retintín.

—Veo que sigue sin gustarte la cantidad que tengo pensada como liquidación.

—¡Por supuesto que no me gusta! Me parece excesiva, raya en lo obsceno —aseguró indignado—. Al igual que las mensualidades, ¡menudo sueldazo! —Silbó—. ¡Por ese dinero cualquiera querría casarse!

—¡Anda, ¿qué acabo de oír?! ¡Si resulta que el amor puede comprarse! —replicó con sarcasmo—. Creí entenderte hace unos días que era lo único que el dinero no podía comprar, aunque ya veo que te has dado cuenta de que

todo tiene un precio. Puede que a veces sea uno muy elevado, Víctor, pero lo tiene.

Samuel emitió una media sonrisa viendo que acababa de darle un puyazo a su hermano en todo el cogote. De nuevo quedaba por encima de él.

—Desde luego, puedo garantizarte que el de una mujer íntegra y con principios no lo comprará —ratificó muy digno, enderezándose del rejonazo que le acababa de asestar Samuel.

—Pues hoy he elegido a dos candidatas que a simple vista parecen mujeres con principios y dignidad, pero la puñetera crisis hace estragos en sus vidas y el dinero es su única salida. Y si para ello deben vender su amor, lo harán, hermano.

—A lo que tú estás buscando no se le puede llamar amor, entérate de una vez, Samuel —entonó molesto—. Estamos hablando solo de un contrato de trabajo.

—De acuerdo. Pero será un contrato que, mientras dure, las obligará a fingir amor hacia mí y a hacerme dulce y satisfactoria la vida. De modo que hacer tal cosa se puede comprar, tiene un precio. —Sonrió con desvergüenza—. Y voy a decirte algo más, Víctor, seguramente haya matrimonios por ahí menos gratificantes y más falsos que el que yo solicito, porque el mío, al menos, tendrá las cartas sobre la mesa desde el principio.

Samuel volvió a sentirse victorioso con su respuesta, sabía que había desarmado todos los argumentos de su hermano. Víctor posó la mirada en él pensando que su respuesta no estaba falta de razón; lo sabía, lo veía en el entorno en el que ellos se movían. En su mundo había bastantes hombres casados con mujeres más jóvenes que no los querían precisamente por su inexistente atractivo, sino que habían sido seducidas por su abultada chequera. Eran toda una farsa, un tácito pacto en el que ambas partes sacaban un beneficio: ellas, tener todos los caprichos que quisieran y se les antojasen; ellos, acostarse con una réplica de la Barbie y lucir ante los demás a una bella y joven mujer como parte de su patrimonio. Las dos partes se satisfacían por un interés común, no por amor, pero lo aparentaban de cara a los demás. Lo mismo que Samuel pretendía, salvo que en su caso yendo de frente, aclarándolo de antemano.

—Quizá no sea tan descabellado, no sé... —terminó confesando Víctor.

—¡Joder, eso sí que no me lo esperaba! —Samuel silbó asombrado—. ¿Es mi impresión o la edad te está haciendo perder cualidades competitivas? Porque cada vez te machaco antes, hermano.

—Pero ¿qué dices? —Alzó la voz—. Ni es la edad, ni mi rivalidad ha mermado cualidades, ni tú me machacas, listo —soltó con desdén—. Solo se me ha pasado por la cabeza que a lo mejor pudiera no ser tan disparatado como pensé en un primer momento. Ni más ni menos.

—Me alegra saber que no eres tan payaso como pensé tras escucharte decir que el dinero no podía comprarlo todo. Entender que no eres tan ingenuo me hará dormir mejor esta noche.

—Muy gracioso, me parto contigo. —Víctor sonrió de mala gana, zarandeando la cabeza con desaprobación.

—Aunque antes de dormir tendremos que cenar, ¿no? —preguntó Samuel con una leve sonrisa.

—Así es, habrá que bajar a tomar algo. No obstante, antes de cenar podías enseñarme el vídeo de esas dos mujeres que has seleccionado.

—De acuerdo. —Asintió—. Verás qué dos pibones; están buenísimas. —Estiró las comisuras de los labios al máximo.

—Me imagino que habrás elegido a las más guapas, el físico por encima de todo. —Sonó a reproche.

—No, si quieres elijo a una fea, ¡qué cachondo! —soltó asombrado—. Ya verás como cuando las veas no me reprochas nada. A ti también te alegrará el día tener por casa a una tía buena, ¿o no lo has pensado? —Arqueó las cejas.

—La verdad es que no —respondió, examinando las palabras de su hermano.

Víctor no había reparado en el cambio que para él también se avecinaba, pues en breve viviría en su casa una desconocida con la que se vería a diario. Y por muy guapa que fuera, como si era miss Universo, la idea ni le seducía ni le agradaba.

—Pues deberías, Víctor. Deberías pensar que a ti también te gustará. Tú y yo siempre hemos tenido el mismo gusto con las mujeres, por eso me he acostado con más de una de tus citas. —Se carcajeó.

Los intestinos de Víctor se retorcieron ante las mofas de su hermano. Le

dieron ganas de estrangularlo por burlarse de él de forma tan descarada. Pero al segundo, la rabia que había empezado a corroerlo se convirtió en lástima al ver a Samuel sentado en la silla de ruedas, postrado a los caprichos del destino. Bastante tenía con la enfermedad que le había tocado padecer, con ir perdiendo todas las facultades poco a poco. Daba igual que por un momento su hermano se riera de él, de algo que ya había olvidado y superado, podía soportarlo. Lo que jamás resistiría sería aguantar el peso con que cargaba él, el sarcasmo y la crueldad con que la vida lo había azotado y continuaba haciéndolo. Y decidió hablar de ello, intentó hacerlo sin mostrar ningún resentimiento al respecto.

—Sí, es cierto, me levantaste unas cuantas. Aunque a mí en su momento no me produjo tanta risa, claro. Pero ya es agua pasada.

—No lo podía evitar, Víctor, tenías el mismo gusto que yo, te gustaban rubias y tetonas. Además, yo siempre he tenido más labia que tú, por eso me las terminaba llevando a mi cama.

—Es cierto, era tu labia, no las continuas ganas de joderme y de revancha —escupió. No pudo rehuirlo por más que lo intentó, el tema aún le levantaba ampollas.

—Bueno, eso también, no lo negaré, hermano —aseguró, pasando al ascensor sin parar de sonreír, mientras Víctor recordaba con algo de amargura la de veces que Samuel le había hecho aquel tipo de jugarretas.

El plazo para mandar vídeos había finalizado, y Samuel decidió visionar los cuarenta y seis que le quedaban. En total, a lo largo de los diez días había recibido doscientos cincuenta y un vídeos, y ya tenía seleccionada a otra candidata. Esta vez era una mujer pelirroja que le parecía intrigante y, cómo no, para él tenía dos excelentes razones que despuntaban en abundancia de su torso, además de estar buenísima. Con ese último visionado esperaba encontrar al menos una candidata más; debían ser cuatro las seleccionadas. A Samuel le gustaban los números pares, era una de sus manías, y el cuatro en particular era uno de sus números favoritos. Pero de no ser así, de no hallar una candidata más, si no le quedaba más remedio y casi odiando ese número por ser impar, entrevistaría a las tres que ya tenía elegidas sin dar más

vueltas.

Nada más abrir el primer correo y pinchar en el vídeo, le gustó la imagen de la mujer que vio. No sabía por qué, pero solo con esos breves segundos de silencio, a su cerebro acudió la palabra «diferente». La pantalla mostraba un bellezón de ondulada y morena melena, tan oscura como la noche; de ojos grandes, rasgados, negros y profundos que invitaban a penetrar en ellos. Iba enfundada en un vestido granate, corto y escotado que ensalzaba sus marcadas curvas y considerables pechos. Más atento que nunca, prestó atención a cada una de las palabras que la mujer decía.

—Hola —saludó con timidez—. Me llamo Silvia Ribas Manzano, tengo veintisiete años y estoy soltera, evidentemente: si no, no podría casarme contigo, claro. Bueno, suponiendo que me escojas, por supuesto —aclaró de forma atropellada, después calló unos segundos intentando encontrar de nuevo la concentración que había perdido—. En fin, continuaré con mi presentación, que si no se acaba el tiempo. —Sonrió—. La verdad es que soy una mujer muy normal, aunque no por ello aburrida, que conste. Me considero cariñosa, empática, generosa, tenaz y fiel a mis principios. Me gusta el mar, leer, pasear, el cine, los animales y disfrutar de una buena comida. No soporto el tabaco y me pierde el chocolate. Sé hacer muchas cosas, he trabajado en bastantes lugares, a cual más variopinto. Y respecto a la casa, sé cocinar, limpiar, coser, planchar, administrar... Como ya te he dicho, sé hacer casi de todo. —Volvió a sonreír—. Bueno, si tengo que ser sincera, hay algo que nunca he sabido hacer: el nudo de la corbata —soltó sin pensar—. Y mira que lo he intentado en muchas ocasiones, pero siempre se me resiste, y eso que yo no soy nada torpe, todo lo contrario. Quizá no lo haya conseguido por no ponerle el suficiente empeño, o porque tampoco creo que no saber hacerlo sea trascendental en mi vida. Para mí hay otras cosas mucho más importantes, como por ejemplo proteger a las personas que me importan y quiero, saber sacarles una sonrisa y hacerles sentir mi amor. —Soltó un leve suspiro, aunque cargado de resignación—. Y si estoy haciendo esto es porque mi situación económica es deplorable y necesito el dinero tanto como respirar. Tengo una hermana que mantener y estamos a punto de quedarnos en la calle. —La voz le tembló y volvió a hacer una pausa, pero sentía que se ahogaba y prefirió dar por acabada la grabación—. Adiós —concluyó, agitando la mano a modo de despedida.

Samuel se quedó impactado tras visionar y escuchar el vídeo, y lo hizo

por varios y diferentes motivos. El primero, por la frescura que esa mujer desprendía al hablar. No tenía preparado un guion, sino que decía lo que le salía en el momento, se notaba que no estaba ensayado ni preparado. En las demás candidatas, la planificación era más que obvia. La segunda, por ser guapa, sencilla pero preciosa. Como se había definido ella, era una mujer normal, aunque Samuel a eso le añadió que tenía cintura de avispa, unas buenas caderas y un imponente par de tetas que le atraía bastante. La tercera, porque le parecía simpática e ingeniosa, lo de no saber hacer el nudo de la corbata le había resultado muy gracioso y le había hecho pensar que él nunca había sido de corbatas, sino de pajaritas. Y por último, por los sentimientos que había expresado, por creer que lo más importante era sacar una sonrisa y mostrar amor a las personas que le importaban.

Tuvo el presentimiento de que esa mujer se había presentado al *casting* más por amparar a su hermana que a ella misma, y eso le hizo deducir que era una persona entregada y desprendida, algo difícil de encontrar en los tiempos actuales. Y por si toda aquella lista de *pros* a su favor fuera poco, además su nombre le gustaba. *Silvia* empezaba por ese, su letra favorita, y compartía la primera inicial con su nombre, *Samuel*. Los dos compartían tan ilustre letra, pues con ese se escribían las palabras: *superación, sinceridad, sagacidad, sutileza, simpatía y supervivencia*, entre muchas otras cualidades. Esas seis palabras formaban parte de su personalidad y carácter, y parecía, a simple vista, que del de Silvia también. Además, ambos nombres tenían seis letras y dos sílabas. Todo era par. Todo parecía ser igual. Las manías de Samuel se sintieron saciadas, y en ese mismo momento sintió un palpito, un buen presentimiento. Sin dudar un solo segundo, apuntó en la lista a Silvia Ribas, cuarta candidata para entrevistar.

Prosiguió visionando vídeos, los cuarenta y cinco que restaban, pero después de ver la espontaneidad con la que hablaba y se expresaba Silvia, a Samuel todos los demás le parecieron forzados, meras actuaciones, y no le gustaron. En ese conciso instante dio por clausurado su particular *casting* con el nombre de cuatro mujeres: Esmeralda, Elva, Lucía y Silvia. Y él ya tenía una firme elección hecha, una candidata favorita. Ahora todo dependía de si ella, tras la entrevista, estaba dispuesta a firmar el contrato. Cruzaría los dedos porque así fuera.

6

Eran más de las cinco y media de la tarde cuando por fin Silvia entraba en su casa después de haberse pateado más de catorce establecimientos distintos. En esta ocasión había evitado ir a cafeterías y restaurantes en busca de trabajo como camarera, algo en lo que también tenía experiencia. Se encontraba más que cansada; la palabra apropiada sería *reventada*. Ya no aguantaba más el espantoso dolor de pies por haber andado tanto. Aunque bien sabía ella que el mayor dolor no se hallaba en sus pies, sino en lo más hondo de su alma. Se sentía muy frustrada por no encontrar empleo, y el tormento de la humillación al ver malogrados todos sus intentos era mil veces peor que cualquier dolor físico. Más aún cuando se estaba en una desesperada cuenta atrás y cada negativa suponía hundirse en el fango, próxima a tocar fondo.

Abatida por completo, Silvia decidió descansar un rato su cuerpo y lo estampó en el sofá casi con saña. Apenas había empezado a reposar y a estirar los pies para ponerlos en el borde de la mesa baja cuando sonó el portero automático. Maldiciendo, se levantó para ver quién era el estúpido que llamaba. Su hermana no podía ser, tenía llaves, el casero no había vuelto a hacer acto de presencia desde que le llegó la notificación del juzgado, y no esperaba ninguna visita. Imaginó que podía ser un cartero comercial y se sulfuró. Descolgando el telefonillo con rabia, pensó en decirle cuatro cosas por tener la mala costumbre de llamar siempre a su piso, como si no hubiera más vecinos que ella en el bloque.

—¿Quién? —entonó con mal genio.

—Soy Lara. Abre, malas pulgas —contestó de forma apresurada.

Silvia apretó de inmediato el botón que abría la puerta del portal, preguntándose para qué venía Lara si no habían quedado en verse. Suspirando con fuerza y con la intención de controlar el malhumor, esperó impaciente con la puerta de su casa de par en par, escuchando los pasos de su amiga subiendo veloces los peldaños.

—¿Qué haces aquí? —preguntó nada más verla.

—Hola, Silvi, ¿qué tal? Yo bien, gracias —respondió con sarcasmo—.

¡Hija, qué modales tienes hoy! —le reprobó.

—Perdona, Lara, lo siento —admitió arrepentida—. Hola.

—Creo que no hace falta ser un lumbrera para ver lo que te pasa. Parece que no has tenido un buen día —aseguró, entrando.

—No lo parece, es que no lo tengo —avisó, dando un fuerte portazo—. Me he recorrido catorce comercios distintos en busca de trabajo y en todos he recibido la misma respuesta: «No me hace falta más personal». —Resopló con indignación.

—Pues mira por donde yo te traigo una noticia que por lo menos te alegrará un poco.

—¿Sí? ¿El qué? ¿Sabes de un trabajo para mí? —interpeló con cierto resentimiento—. Porque eso es lo único que podría alegrarme, todo lo demás será en vano.

—Casi, casi puede llegar a ser un trabajo. —Sonrió.

—¿De veras? —La emoción de Silvia se despertó de golpe.

—Así es, flor. Porque tengo un *whatsapp* en mi móvil en el que te comunican que eres una de las seleccionadas para ese matrimonio de pacotilla. Deberás hacer una entrevista pasado mañana, tienes que estar allí a las diez. Toma —dijo dándole el móvil—, ahí lo tienes, léelo.

Silvia sintió una extraña sensación que contenía alegría y temor a partes iguales. Alegría por haber sido seleccionada y temor de no conseguir su objetivo final. Ese trabajo, aunque *a priori* pareciera del todo descabellado, no dejaba de ser una posibilidad de sustento económico para ella y su hermana. Y lo quería. Quería ser la elegida. Quería conseguir dinero y respirar al menos por un año. Después ya vería.

Mirando el móvil de Lara sin pestañear, leyó y releyó el mensaje una y otra vez.

—¿Te has quedado muda? Di algo, florecilla.

—¡Caray, debo ir a la zona Diagonal Mar! A la calle... —Guardó silencio, pensando unos segundos—. Esa calle creo que se encuentra más o menos por donde el centro comercial y el Hotel Hilton Diagonal.

—Sí, justo detrás, ya lo he comprobado.

—Esa es una de las zonas más caras y prestigiosas de Barcelona. Desde luego, el tío debe de tener pasta.

—Hombre, un muerto de hambre como nosotras no creo que sea, Silvi, va a pagar un sueldo a una tía por ser su mujer durante un año.

Por unos segundos, Silvia posó la mirada en los ojos de su amiga. Un brevísimo instante durante el cual una pregunta no dejó de revolotear por su cerebro.

—¿Crees que será un extranjero en busca de conseguir la nacionalidad?

—¡Ajá! ¡Claro! ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! Mira que estoy corta de reflejos últimamente —anunció Lara de forma cínica, posando su mano con brusquedad en el hombro de Silvia—. Pero ¿a ti qué porras te pasa? ¿Acaso lo de tu hermana es contagioso y te has vuelto tonta del culo como ella? ¡Silvi, espabila, por Dios! —Chasqueó los dedos frente a sus ojos—. El tío tiene pasta para comprar un matrimonio y no puede «conseguir» la nacionalidad, ¿en qué mundo vives? ¿De verdad has pensado lo que acabas de decirme? —La observó perpleja.

—Ya no sé ni lo que digo o pienso, Lara. Estoy muy rayada, no consigo ni dormir pensando que puedo verme en la calle, sin un techo, sin nada. —La voz le tembló—. Y a la vez que quiero conseguir ese trabajo casándome con un total desconocido, me pregunto por qué quiere hacerlo y me da miedo, no sé...

—Todo saldrá bien, Silvi, ya lo verás.

Silvia miró a Lara con gesto turbado.

—¡Caramba, ahora la asombrada soy yo! —exclamó desconcertada—. El otro día no decías eso, más bien era todo lo contrario.

—Ya, lo sé, pero saldrá bien. —Asintió, observándola con cariño—. Y será así porque te lo mereces, te lo tienes ganado.

—Madre mía, Lara, ese sí que es un argumento firme y sólido —bufó con ironía.

—Sé que no lo es, Silvi, y al igual que tú, yo me pregunto muchas cosas a las que no encuentro respuesta lógica. No sé por qué ese tío busca un matrimonio por contrato y con una duración de un año. —Calló unos segundos—. ¡Si los tíos huyen del matrimonio! Muchos pagarían, pero por lo

contrario, por deshacerse de su mujer —añadió haciendo aspavientos, algo que hizo sonreír a Silvia por un instante, y prosiguió—: Ni tampoco sé cuántas mujeres acudirán a esa entrevista, amiga, cuántas desesperadas como tú verán a ese hombre.

—¡Buf! Gracias por tu sinceridad, Lara —escupió de forma cínica.

—¿Acaso es mentira lo que digo? ¿Acudirías de no estar tan desesperada?

Silvia bajó la cabeza antes de contestar.

—No, llevas razón. No acudiría si no estuviera bailando con la desesperación.

—Pues ya está, no te ofendas, flor. Y si me dejas terminar, lo que trataba de decirte es que ya conoces mis corazonadas, no suelen equivocarse, y esta vez la tengo. Sé que ese hombre te elegirá a ti.

Silvia volvió a pensar en la absurdez de la argumentación de su amiga. Sabía que Lara se movía por pálpitos a los que ella definía como premoniciones, pero ella siempre lo había puesto en duda, aunque no de forma abierta. Tampoco creía necesario manifestarlo ahora y entablar una discusión, mejor callar y seguirle la corriente.

—Ojalá, Lara, ojalá —repuso con un suspiro cargado de melancolía.

—Pero para asegurarnos de que ese tío te elija a ti y solo a ti, vamos a hacer algo que será infalible para convencerlo a la hora de tomar la decisión. —Enarcó las cejas una y otra vez.

—¡Oh...oh! —canturreó Silvia—. Cuando haces ese gesto resultas peligrosa.

—¡Qué peligro ni qué ocho cuartos, Silvi! Simplemente vamos a coger al toro por los cuernos. Vamos a irnos de compras... —Silvia abrió la boca para protestar; no tenía dinero y no iba a permitir que, una vez más, Lara gastase con ella el poco del que disponía. Pero su amiga le puso la mano en la boca, le lanzó una de sus miradas de «tema zanjado», y la obligó a callar—. Ni una sola palabra, Silvia Ribas, vamos a ir de compras y te voy a regalar algo que dejará a ese tío anonadado. Y no caigas en el error garrafal de pensar en un vestido. No. —Zarandéó la cabeza—. A los tíos les pone ver a una mujer marcando, con un pantalón ajustado, unos vaqueros que perfilen tu culito respingón. Tan solo tenemos que encontrar unos que te queden a la

perfección para impactarlo. —Sonrió con desvergüenza—. Y para estar de infarto lo conjuntaremos con un fino jersey de fibra de amplio escote a pico, que quede entallado, que se te vea un generoso canalillo desde cien metros de distancia; eso los hace babear. —Asintió sin apartar la sonrisa de su cara—. Te lo digo por propia experiencia, amiga. Cada vez que quiero cambiar turno o pedir algún favor, me pongo un escote provocador para ir a hablar con mi encargado. Y siempre me contesta que no hay problema, mirándome más las tetas que la cara, pero yo me salgo con la mía. —Le guiñó el ojo.

—¡Eh, qué calladito te lo tenías, golfa! —espetó Silvia con asombro.

—Silvi, una no puede ir contando por ahí cuáles son sus armas de mujer —soltó con envanecimiento, y ambas se echaron a reír.

—Así que marcando culo y tetas, de ese modo quieres que acuda a la entrevista.

—De esa forma conseguirás ese trabajo tan necesario para ti. —Tomó sus manos con dulzura—. Guapa ya eres, flor, por eso precisamente te llamo así desde pequeña, porque eres igual de bella que una flor. Ahora solo debes exhibir un poco tu precioso cuerpo con ropa provocativa. Te aseguro que esa opción es mejor que la del vestido porque todas las demás irán con uno, me juego lo que quieras, y tú te desmarcarás del resto.

—Como tú digas. Te haré caso, parece muy segura. —Asintió—. Pero si consigo el trabajo, Lara Riaza, te juro que te haré un buen regalo por toda tu ayuda.

—Trato hecho, florecilla. —Sonrió—. Y ahora vámonos ya y no perdamos más tiempo.

—¡Pues vamos! —exclamó Silvia cogiendo el bolso, y ambas abandonaron el piso con celeridad.

7

La noche anterior a la entrevista, a Silvia le costó mucho conciliar el sueño, veía pasar las horas sin dejar de dar vueltas en la cama. Escuchó llegar a su hermana a eso de las tres de la madrugada, y por las risitas supo que venía acompañada, para no variar. La última vez que había mirado el reloj eran casi las cinco de la mañana; en poco más de tres horas tendría que levantarse y todavía no había sido capaz de pegar ojo. Cuando por fin empezó a relajarse, víctima del sueño, sonó el despertador. Se levantó agotada y como un manojo de nervios por cuánto se jugaba con esa entrevista. Sabía que en unas horas todo podía cambiar para bien o suponer el mayor de los desastres. Tenía puestas todas sus esperanzas en ese «peculiar trabajo»; se había agarrado a él igual que a un clavo ardiendo. No tenía nada más a lo que aferrarse.

Se duchó con celeridad, peinó su morena, ondulada y larga mata de pelo, que le tapaba media espalda, y se marchó a vestir. Una vez ataviada con unos vaqueros que se ajustaban a su silueta cual guante, un fino jersey azul cielo que realzaba sus abundantes pechos y subida a unos altos tacones negros, pensó que no estaba nada mal. Pero después de maquillarse de la manera recomendada por Lara, el «no estoy nada mal» subió de inmediato al escalón de «¡caray, estoy muy buena!». Silvia no era de maquillarse ni arreglarse en exceso, aunque siempre iba limpia y pulcra, eso por descontado. Y no era de acicalarse tan solo porque era consciente de en qué debía gastar el dinero, en absolutas necesidades. Hacía años que en su lista de prioridades la ropa y los cosméticos habían sido desbancados por el pago del alquiler, el agua, la luz y la comida. Por eso solía vestir con ropa de saldo, prendas que abundaban en el mercadillo callejero al que acudía de vez en cuando y ropajes que en la mayoría de ocasiones no le favorecían pero la vestían. Las tiendas de moda, a pesar de gustarle, no eran un lugar que frecuentase porque no podía hacer frente a sus precios. De modo que ahora, vestida con ropa que le favorecía, contemplándose en el espejo así de guapa y femenina, como en su vida, su autoestima se elevó como poco medio metro. Se sintió genial, con una seguridad absoluta, como seguramente les ocurría a las supermodelos y a las divas al ser admiradas por el público.

Al salir de su dormitorio escuchó un cuchicheo procedente de la habitación de su hermana, parecía que ya se había despertado y estaba tonteando con su «visita». Silvia pensó en lo promiscua que era Mirian, en la cantidad de hombres con los que se había acostado sin sentir nada más que una mera atracción física, ni un solo sentimiento, tan solo un buen calentón, y no lo comprendía. Para ella el sexo siempre iba ligado a algún tipo de sentimiento, no concebía acostarse con alguien que acababa de conocer, como la gran mayoría de veces hacía su hermana. Pero no sería ella quién la juzgase, allá Mirian con su cuerpo y su vida. En lo único que sí se pronunciaba, porque le molestaba en exceso, era en su gran egoísmo y su falta de ayuda.

Intentando anular los pensamientos para concentrarse solo en lo que le interesaba en ese momento, la entrevista, cogió su bolso y observó que el monedero no estaba cerrado como ella lo había dejado. Con angustia y rapidez, se dispuso a comprobar si faltaba algo, y, para su disgusto, lo encontró vacío. Los veinte euros que Lara le había dado para coger el autobús o un taxi habían desaparecido.

—¡La madre que la parió, la mato! —escupió entre dientes.

Sin perder un solo segundo, y por completo sulfurada, se encaminó a la habitación de Mirian con la intención de, como mínimo, estrangularla. Su cólera abrió tan fuerte la puerta que el picaporte chocó contra la pared, haciéndola retumbar.

—¿Dónde leches está mi dinero? Dime. ¿Dónde? —preguntó feroz, pillando a su hermana y a su amigo desnudos, tonteando en la cama.

—¡¿Otra vez haciendo una entrada triunfal?! ¿Vas a aprender algún día a llamar antes a la puerta? —chilló.

—¡Joder! —silbó su amigo, un joven más o menos de la edad de su hermana—. ¿De dónde sale este bombón? ¿Quieres unirse a la fiesta, guapa? —Le guiñó el ojo.

—Y tú quieres cerrar el pico o prefieres que te lo cierre yo de un bofetón, gilipollas —respondió Silvia.

Mirian, molesta con las palabras de su «amigo», le soltó una sonora colleja que le hizo encogerse. Presuroso y añadiendo una queja lastimera, el joven se llevó la mano a la nuca, casi en un acto reflejo.

—Dime, ¿dónde está mi dinero? —preguntó de nuevo, llena de rabia, masticando las palabras.

—¿Y adónde vas tú así, Silvia? ¿A poner cachondo a algún tío? —Gesticuló con la cabeza.

Silvia la miró con ojos aniquiladores y contó hasta tres para calmarse. En ese momento se despertó en su interior un instinto asesino que desconocía que conviviera con ella.

—No me saques de quicio y contéstame de una vez, ¿dónde está mi dinero, mis veinte euros? —Alzó la voz, desafiándola.

—Los cogí para pillar unas birras y algo de picoteo. La nevera está pelada, no hay de nada en esta casa —contestó enojada.

—¡Oh, eres una insensata! —vociferó—. Una absoluta insensata que no se entera de nada, ¡mierda! —le imprecó—. Ese dinero que te has gastado en cervezas y guarrerías era para coger el autobús, tengo una entrevista de trabajo a las diez y media. ¿Ahora cómo voy a ir, imbécil? —interpeló molesta, dejando a Mirian muda. Cabreada como nunca y sin dejar de clavarle los ojos a su hermana igual que si fueran puñales, añadió—: Claro que no hay de nada en esta casa, porque falta dinero. Y el dinero no crece en los árboles, se consigue trabajando. Y un trabajo era lo que yo estaba a punto de obtener y tú lo has fastidiado —gritó airada.

—Yo no lo sabía, Silvia. —Mirian bajó la voz hasta modular un susurro compungido con el que pretendía dar lástima a su hermana.

—Tú nunca sabes nada salvo irte de juerga, beber y follarte a todo el que puedes —voceó.

—Mujer, ella no lo sabía, no lo ha hecho con mala intención —intervino el joven, defendiéndola.

—Tú calla, estúpido, nadie te ha dado vela en este entierro —escupió Silvia.

—Me llamo Joan.

—Me importa una mierda como te llames —contestó furiosa, y volvió a dirigirse a su hermana—: Mirian, están a punto de echarnos a la calle, pero ya veo que a ti te da lo mismo, parece que el problema no va contigo, como siempre. —La mirada cargada de rabia e irritación de Silvia no cesaba de

fulminarla e hizo que su hermana terminase agachando la cabeza.

Cerrando los ojos, Silvia zarandeo la cabeza y apretó los puños, no podía creer lo que estaba sucediendo, que la única posibilidad de trabajo que tenía a la vista hubiera sido malograda por su hermana y sus vicios. Y lo peor era que por primera vez ella no tenía un plan B, como en otras ocasiones; sin dinero y sin tiempo se había quedado sin opciones. Porque desde su Barceloneta natal hasta Diagonal Mar había casi una hora de trayecto andando, llegaría demasiado tarde a la entrevista. Un impetuoso enfurecimiento entró por la barriga de Silvia como una lanza, sesgándole las tripas. Era consciente de lo que había perdido gracias a la egoísta y descerebrada de Mirian: la única oportunidad laboral de los últimos meses. La furia que se deslizaba por sus entrañas la oprimió tan fuerte que terminó clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—¡Oye, Silvia! —dijo el joven de repente, con absoluta familiaridad.

—No te acabo de decir que te calles —soltó ella con ira.

—Por favor, paz —clamó Joan con cautela—. Sé que estás cabreada, pero déjame hablar, creo que tengo una solución.

—Sí, ¿cuál? ¿Me vas a dar tú los veinte euros? ¿Eh? —inquirió con exigencia.

—No, eso no. Estoy sin blanca y no cobro hasta dentro de una semana —respondió junto a un mohín—. Pero puedo prestarte mi bicicleta, está abajo. Ya tienes un transporte —resolvió.

—Claro, y pedaleo con estos taconazos, ¿no? —Los señaló.

—No creo que sean muy cómodos para ir en bici —repuso Joan—. Yo te aconsejaría usar unas deportivas.

—¡Eso es! —exclamó Mirian—. Ponte unas deportivas y guarda los zapatos y el bolso en la mochila —enunció entusiasmada, igual que si hubiera descubierto el invento del siglo.

Intentando dominar los sentimientos iracundos que la avasallaban sin piedad, Silvia meditó unos segundos lo que ambos le acababan de proponer.

—Puede que sea una solución —añadió, bajándose de los tacones—. Y total, no me queda otra, así que me pongo las deportivas y me voy con tu bici —afirmó.

Bajó las escaleras corriendo, metiendo los zapatos y el bolso en una pequeña mochila que cargó a su espalda. Quitó el candado a la bicicleta, se montó en ella y miró la hora; eran pasadas las diez, no iba a llegar a tiempo. Pedaleando sin parar, se sumó al tráfico sin dejar de pensar en Mirian, en lo descerebrada que era. Muy guapa, muy mona, con ojos seductores, labios provocadores y cuerpo de infarto, pero toda una cabeza de chorlito. Y egoísta, sumamente egoísta. A veces le parecía mentira que fueran hermanas; sus caracteres se situaban en las antípodas el uno del otro. Miriam le había hecho muchas jugarretas. Silvia incluso había llegado a pasar hambre en más de una ocasión porque ella se había comido lo poco que quedaba en la nevera en lugar de compartirlo. Le sulfuraba en extremo su actitud egocéntrica que tanto le recordaba a su madre.

Silvia prefirió aparcar los malos recuerdos y despejar la mente. Estaba a punto de llegar a su destino, en cuanto girara la esquina cogería la calle indicada, y quería concentrarse en eso. Pero al ir a desviarse, y por culpa de la turbación en su cerebro, se olvidó de señalizarlo con el brazo. En ese momento, un flamante Mercedes SLC rojo se vio obligado a frenar de forma brusca para no arrollarla, con el considerable sobresalto para ella, que se vio casi atropellada y terminó cayéndose al suelo.

El conductor del Mercedes se dio un gran susto al ver cómo se cruzaba en su camino una bicicleta conducida por una mujer de melena morena ondeando al viento. Iba sin casco, una imprudencia que no solo podía acarrearle una grave lesión al caerse, sino una buena multa, pensó. Frenó en seco, con el consecuente chirrido de neumáticos al adherirse al asfalto. En cuanto vio como la ciclista caía al suelo, pese a no haber chocado con ella, se apeó del vehículo todo lo deprisa que pudo y se acercó a comprobar si la joven se había hecho daño.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, haciendo ademán de ayudarla a levantarse.

Silvia apartó el brazo con brusquedad; no quería que ese desconocido la tocara. Estaba tan cabreada, tan enojada, tan furiosa por todo lo ocurrido, más ese inoportuno contratiempo, que no deseaba la ayuda de nadie.

—¿Acaso estás ciego? ¿No me has visto? —interpeló poniéndose en pie. Se colocó la mochila, se sacudió y comprobó si se había manchado o roto la ropa.

—No has señalado que ibas a girar, no tengo telepatía —contestó él, un poco molesto por su tosca actitud.

Silvia levantó la mirada hacia el estúpido que la había hecho caer de la bicicleta y perder más tiempo. Un tipo de unos treinta y pico años, con una abundante mata de pelo de intrigantes tonos que iban del dorado al rubio platino, ojos azules como el cielo y trajeado y con porte estaba delante de ella con cara de arrogante.

—Por supuesto que he señalado el desvío —mintió—. A saber en lo que ibas pensando tú para no verlo. Seguro que en las musarañas —dijo con aplomo.

—De eso nada, no lo has indicado. —El hombre alzó la voz—. Iba pendiente de la carretera y de ti, que ibas delante, para ver qué hacías y si podía adelantarte.

—Lo ves, has querido adelantarme y casi me llevas por delante —soltó molesta, levantando la bicicleta del suelo.

—Mira, di lo que quieras, pero sabes que no has señalado el giro, ¡y punto! —gritó con mal genio, pensando que era una mentirosa y que igual con esa falacia pretendía sacar dinero.

—¡Oye, a mí no me grites, gilipollas! —espetó Silvia, enrabiada; estaba a punto de reventar por cuanto acumulaba.

—Y a ti no se te ocurra insultarme porque yo no te he faltado el respeto, ¿vale? —vociferó él, intimidatorio, casi amenazante.

—Yo no te he insultado, solo te he dicho la verdad, estúpido —afirmó, mirándolo con altivez.

—Serás deslenguada y chula —respondió el hombre de inmediato, sintiéndose atacado.

—Pero ¿tú de qué vas? ¿Crees que porque conduces un Mercedes puedes tratarme como un déspota?

—¿Y tú, lista? ¿Te crees mejor que yo?

—No lo creo, estoy segura que lo soy, so pijo —aseguró indignada.

—¡Cómo! ¿Ahora también soy pijo? ¡Lo tuyo es alucinante! —siseó—. Pues este pijo te va a decir algo, aunque como tú eres tan perfecta lo sabrás: no llevas casco y está prohibido circular sin uno, tanto en bicicleta como en

moto. ¿O es que te crees más que nadie y eso te da derecho a saltarte las normas?

—¿Y? —preguntó Silvia con burla.

—¡Cómo que y! —La miró confuso.

—Sí, que a ti si llevo casco o no ni te va ni te viene, no eres policía. Como si quiero ir en pelota picada por la calle, no es tu problema, así que métete en tus asuntos —contestó con irritación. Le fastidiaban muchísimo los hombres que iban de listos por la vida.

—Joder con la señora, ¡qué ínfulas!

—Perdona, aquí el único vanidoso eres tú, niño rico que se cree superior.

—¡Oh, ya veo! Ya sé lo que tú eres, una tocapelotas. Una de esas tías que aun sabiendo que está falta de razón debe quedar siempre por encima de un hombre. Pues paso de seguirte el juego, niñata, ¡que te den! —escupió, y, girando sobre sus tobillos, se encaminó a su automóvil.

—Más quisieras tú darme, machista engreído, pero te vas a quedar con las ganas, no lo conseguirías ni en sueños. Yo sí que paso de ti, de los tíos presuntuosos como tú. ¡Que te folle un pez, imbécil! —exclamó, subiendo a la bicicleta.

—Y encima verdulera. Eres toda una joyita. —Silbó.

El hombre se subió al coche con un considerable cabreo; esa mujer le había parecido la más impertinente del mundo.

Silvia dirigió la mirada hacia él, levantó la mano derecha, elevó el dedo corazón y le regaló una peineta junto a un cruce de mangas y una descarada sonrisa que gritaba «qué te jodan, chulito de mierda». Era lo mínimo que se merecía ese hombre por creerse tan divino.

Boquiabierto y perplejo, Víctor Alvarado, el conductor del Mercedes SLC rojo que casi atropella a Silvia, contempló el grosero gesto y vio marcharse de una vez a la cretina. Sin parar de sacudir la cabeza e intentando calmar el malhumor que le había despertado aquella maleducada, hizo intención de arrancar el vehículo. En ese justo instante recibió una llamada de teléfono, lo reclamaban sin falta en su empresa para firmar unas gestiones. Miró el reloj; eran algo más de las diez y media, su hermano iba a realizar las

entrevistas y él quería estar presente, si bien no podía eludir sus responsabilidades. Con desgana, llamó a Samuel para pedirle que empezara sin él. Con suerte, en una hora y media estaría de vuelta. Añadió que Filiberto se encargase de que las candidatas firmaran la cláusula de confidencialidad nada más entrar y colgó. Sin dilación, y olvidándose de la estúpida de la bicicleta, se dirigió a su empresa.

8

Silvia llegó cabreada y nerviosa al lugar indicado, un ático en un lujoso edificio enclavado en una zona exclusiva de Barcelona. La puerta que daba paso al portal era muy grande, dos anchas hojas de hierro forjado en tonos negros y dorados. Un hombre de mediana edad, alto y delgado, uniformado con casaca, pantalón gris y gorra negra de plato, le abrió dicha puerta y la saludó. Silvia, anonadada viéndole con una vestimenta tan arcaica, le devolvió el saludo pensando en el ridículo atavío con el que hacían vestirse al pobre empleado. A continuación, el hombre le preguntó a qué piso iba. Tras su respuesta, le indicó dónde se encontraban los ascensores. Silvia observó la elegante entrada presidida por un gran espejo con bordes en relieve; el resto, suelos, paredes y escaleras, estaba forrado del más bello mármol, conjuntando distintas tonalidades. Esperó unos segundos la llegada del ascensor, intentando calmarse, y lo consiguió. Cuando entró y vio la luna de cuerpo entero que vestía uno de sus laterales, la serenidad se esfumó y, de súbito, se trasformó en desasosiego, mientras se contemplaba con atención para comprobar si se había manchado la ropa con la caída; no daría buena impresión llegar sucia a la entrevista.

Entretanto se observaba, le fue imposible no recordar al gilipollas del Mercedes rojo. Estaba segura de que era el típico engreído que se creía mejor que los demás por el mero hecho de tener dinero, algo que Silvia había deducido tras ver el carísimo automóvil que conducía y el trajecito que lucía, que a la legua se percibía no era de saldo, sino de firma. Pero ella no era de esas personas que se dejan impresionar por el vil metal y no se callaba ante semejante clase de arrogantes. Y aunque sabía que parte de la culpa en aquel «accidente» había sido suya por no haber señalado el giro, también estaba convencida de que él no iba tan atento como había pretendido hacerle creer. De haber ido con los cinco sentidos puestos en el volante, la habría visto antes de estar casi encima de ella, a punto de arrollarla.

Al abandonar el ascensor cayó en la cuenta de que no se había quitado las deportivas. No podía entrar así a la entrevista, ese tipo de calzado desarmaría su aspecto seductor. Con rapidez y sin pensarlo un segundo, se quitó la mochila de los hombros, se sentó en el suelo y empezó a quitarse las

zapatillas. De pronto, una puerta se abrió sin darle tiempo a ponerse en pie. Sus ojos contemplaron a un hombre mayor, alto, de pelo gris y aspecto serio pero no intimidador, con pequeños y cansados ojos marrones escondidos tras unas gafas de montura al aire y vestido con un traje negro. Era Filiberto, que la miró algo aturdido e impactado al verla allí, tirada en el frío suelo de mármol.

—¿Se ha caído, señorita? —le preguntó, apresurándose hasta su lado para ayudarla a levantarse.

—No, tranquilo, solo me estaba cambiando de calzado —contestó, cogiéndole la mano como apoyo para alzarse.

—Pero si ahí mismo tiene usted un banco para sentarse —avisó extrañado, señalando el que había enfrente de la puerta de entrada al ático.

—¡Jo, qué imbécil soy! Ni siquiera lo he visto —replicó Silvia sintiéndose ridícula y notando cómo una oleada de rubor se le atropellaba en el rostro—. Discúlpeme, pero entre que llego tarde y los nervios que traigo..., la verdad es que ni veo.

—¿Viene usted a la entrevista?

—Sí. —Asintió.

—Pues estese tranquila, señorita, porque aún no han empezado. Siempre deben darse diez minutos de cortesía, así que ha llegado a tiempo.

—¡Menos mal! —Sopló aliviada.

—Me llamo Filiberto. ¿Y usted?

—Silvia —respondió, estrechándole la mano.

—Si no le importa, señorita Silvia, pasemos adentro. Tiene que firmar un documento y hacer un test para valorar su coeficiente intelectual.

Filiberto, con un gesto de la mano, la invitó a pasar al ático y a continuación cerró la puerta. Silvia se quedó impactada solo con ver el espacioso y moderno recibidor de diseño vanguardista en el que se encontraba.

—Por favor, lea este documento con atención y después fírmelo —dijo, dándole unos papeles—. El test lo puede realizar mientras espera su turno, usted es la última.

—¿Y cuántas hay por delante de mí? —preguntó con curiosidad.

—Tres mujeres más.

—¿Solo tres?

—Solo —añadió Filiberto con rotundidad.

Contenta con esa información, sonrió para sus adentros; eran menos contrincantes de lo que nunca hubiera imaginado. Bajando la cabeza, miró con atención el documento que tenía delante de ella. El encabezado, con letras mayúsculas y en negrita, decía: «CLÁUSULA DE CONFIDENCIALIDAD».

—¿Y por qué tengo que firmar una cláusula de confidencialidad? —interpeló desorientada.

—Señorita, lea el documento y, si quiere, fírmelo. Si no, pues no lo haga. Pero si no lo firma no habrá entrevista, así de sencillo.

Silvia no hizo ningún comentario más y comenzó a leer, intrigada y con la dichosa palabra *confidencialidad* danzando en su cabeza. Apenas había leído las primeras líneas cuando fue consciente de que nadie podría rebatir la evidencia de que el documento había sido redactado por un abogado. Y nadie podría contradecirlo por una mera cuestión: no había quién entendiera ni la mitad de los términos escritos en el folio, era jerga jurídica. Pero lo que tenía que entender, lo comprendió a la perfección. Firmar ese papel la obligaba a no contar a nadie por quién iba a ser entrevistada ni nada de lo que allí se hablase. Si lo hacía, se enfrentaría a una demanda por vía judicial que le exigiría una indemnización por daños y perjuicios contra el honor.

—¡Lo que me faltaba ya! —soltó en un murmullo vapuleador.

—¿Cómo dice? —preguntó Filiberto.

—Nada, perdón, creí que no hablaba en alto —contestó, pensando que lo último que necesitaba su pésima vida era una demanda.

Firmó con cierto temor, sin parar de preguntarse el porqué de tanto secretismo, y, con los interrogantes rondándole por la cabeza, le dio el documento a Filiberto. Tras guardarlo, este le sugirió que le entregara la mochila y Silvia se la dio. El hombre la acompañó por un largo pasillo hasta llegar a un pequeño habitáculo, a modo de sala de espera, donde aguardaban sentadas las otras tres candidatas. Con un rápido repaso visual, Silvia analizó a sus rivales: dos rubias despampanantes y una pelirroja. Comprobó que, tal y como le había asegurado Lara, las tres llevaban elegantes vestidos. La

primera lucía uno negro con mucho estilo; la segunda, que emanaba elegancia hasta sentada, uno azul eléctrico, y la última había elegido una combinación de negro y granate que le favorecía en exceso. En ese momento, lejos de sentirse triunfadora, pensó que vestida con vaqueros y un jersey con escote a pico quedaba ridícula. Hasta sintió los gestos de mofa de sus contrincantes clavándose en su nuca como puñales mientras se acercaba a uno de los asientos. Pero ya estaba allí, no había vuelta atrás, así que se sentó, sintiéndose del todo estúpida y fuera de lugar. Y lo peor, dando por perdido ese trabajo que consistía en casarse con vete a saber quién y que tenía un matiz de secretismo que llegaba a asustarla, pero que, de forma paradójica, resultaba ser la solución a todos sus problemas.

Al terminar el test, Silvia emitió un suspiro de alivio no solo por haberlo acabado, sino porque no había tenido problemas con ninguna de las cincuenta y dos preguntas. Por lo menos, el hombre misterioso vería que no era ni mucho menos tonta, pese a no haber elegido la ropa adecuada para venir. Cuando levantó los ojos del test, la tercera candidata salía por la misma puerta por la que había entrado, la que debía cruzar ella en cuanto Filiberto se lo pidiese.

Los nervios ante la espera le hicieron sentir un insólito fuego en el estómago, sus tripas eran un hervidero de ansiedad y agitación. Esa continua ebullición de inquietud le impedía permanecer sentada, la estaba consumiendo, y se levantó con la intención de andar de un lado al otro de la habitación donde, ahora mismo, se encontraba sola. Al alzarse, le sobrecogió un desprevenido dolor en la cadera derecha que le hizo recordar la caída, causa de la molestia. Rememorando la grosera actitud del cretino que la había hecho caer al suelo, el borboteo se expandió hasta el interior de sus venas, quemándole la sangre. Le habría gustado soltarle un bofetón a aquel tipejo, cruzarle la cara para bajarle los humos y lo creído que se lo tenía tan solo por ser guapo y rico. Además, eso le habría servido para paliar la rabia, la que le había despertado su hermana, una vez más, con su actitud egoísta. Porque si Mirian no le hubiera quitado el dinero, aquella caída no habría ocurrido, no se habría topado con el niño rico y prepotente que la había sacado de sus casillas y ahora no estaría dolorida. Al meditar las palabras *niño rico* y

prepotente, un escalofrío le recorrió el cuerpo. El vello se le puso de punta al imaginarse de esa forma al desconocido que estaba a punto de entrevistarla: altivo y arrogante. Pensó que si el hombre que se encontraba tras la puerta que los mantenía separados era igual de vanidoso que el imbécil del Mercedes, no lo soportaría, ni siquiera sería capaz de pasar una semana a su lado. Eso siempre y cuando ella fuera la elegida, algo que después de examinar a sus contrincantes cada vez veía más lejano.

9

—Señorita Silvia, ya puede entrar —anunció Filiberto de repente, desconectándola de sus pensamientos.

Silvia se encaminó con paso firme y entró en la sala cuya puerta Filiberto mantenía abierta. En cuanto lo hizo, cerró y la dejó a solas con un atractivo hombre de unos treinta años, pelo castaño, ojos azules, tez clara y sonrisa de niño bueno, tan tierna como irresistible, de las que era imposible negarles nada. El interminable estiramiento de labios del hombre, junto a su embelesadora mirada, parecían saludar a Silvia, darle los buenos días de forma cortés a la vez que cautivadora. Se encontraba sentado a una gran mesa de aspecto carísimo, la noble madera y el trabajo de marquetería que la adornaba lo evidenciaban. Tras un breve repaso a la habitación, Silvia comprobó que no solo la mesa tenía ese aspecto, cuanto allí había tenía pinta de costar mucho dinero y de haber sido colocado y distribuido por un decorador. Los contrastes, el ambiente, los colores... Contemplar esa sala era como ver una revista de alta decoración. Ese hombre parecía ser asquerosamente rico, y lo mejor, era extremadamente guapo. Pero había algo de lo más chocante: parecía un poco maleducado, pues no había sido capaz de levantarse para recibirla y saludarla.

—Silvia Ribas Manzano, ¿verdad? —preguntó con un tono de voz muy bonito.

—Sí, esa soy yo. —Desplegó con sutileza los labios.

—Pero, por favor, siéntate; de momento no me como a nadie —bromeó—. Me llamo Samuel Alvarado Gray. —Silvia se sentó frente a él, quien alargó la mano para estrecharla con ella. Saludarla de esa forma, sin ponerse en pie, le seguía resultando de lo más extraño—. Muy bien, Silvia, me das el test para que lo examine antes de comenzar la entrevista.

—¡Oh, sí, por supuesto! —Se lo tendió—. Tome.

—Por favor, tutéame.

—De acuerdo. Toma.

Samuel lo cogió y comenzó a revisarlo con celeridad bajo la atenta

mirada de ella, que no paraba de examinarlo a él. La primera impresión, en apariencia y dejando a un lado el desconcertante hecho de no haberse levantado, había sido agradable para Silvia. Era un hombre más o menos de su edad, muy guapo, y parecía amable y hasta gracioso, otro punto a favor. Pero de inmediato se planteó una cuestión: ¿Por qué un hombre así, guapo y con dinero, buscaba un matrimonio a través de un contrato? ¿Acaso no le sobraban mujeres? Ella estaba convencida de que sí, solo con echarle un vistazo bastaba para saberlo. Era uno de esos hombres que se grababa en la mente de las mujeres, que de inmediato se acomodaba en un lugar preferente del pensamiento femenino y lograba arrancar suspiros además de inducir tentaciones. ¿Por qué semejante varón buscaba una esposa de esa forma? No le encontraba sentido, y la pregunta se quedó estancada en su cabeza.

Mientras observaba las respuestas del test, Samuel pensaba que esa mujer era más guapa en persona que en el vídeo, y además era inteligente; el test lo demostraba. Y lo que más le gustaba era ver de nuevo esa frescura en ella, ese algo distinto que quedaba de manifiesto incluso en su forma de vestir, completamente diferente a la de las demás candidatas. Debía reconocer que le gustaba Silvia, ya le había entrado por los ojos con el vídeo de presentación, pero la primera impresión cara a cara le había hecho ganar más puntos; todos, en realidad. No obstante, aquel convenio no dependía en exclusiva de su decisión, ahora ella debía leer el contrato y, si estaba de acuerdo, firmarlo.

—Muy bien. El test está muy bien. —Asintió.

—Gracias.

—Pero hay un problema —aseguró Samuel serio, mirándola a los ojos.

—¿Cuál? —preguntó tensándose, dando en ese mismo instante el «trabajo» por perdido.

—Que no sabes hacer el nudo de la corbata. —Esbozó una dulce sonrisa.

Silvia también sonrió, al ver que Samuel estaba bromeando, y de inmediato se relajó. Hasta se sorprendió al comprobar que ese desconocido le caía bien.

—Pues no sé hacerlo, es cierto. Es una de las pocas cosas que se me resisten, qué le vamos a hacer —bromeó ella también.

—Tranquila, Silvia —aseveró él sin perder la sonrisa—. Como bien decías en tu vídeo, no creo que sea algo trascendental para la vida de nadie.

Silvia sintió un hormigueo cargado de felicidad circulando por su cuerpo, confirmar que Samuel recordaba lo que había dicho en su vídeo de presentación se lo producía. O al menos recordaba esa parte, el tema de la corbata, algo que no tenía pensado decir pero que le salió espontáneo.

Samuel comenzó a preguntar distintas cosas a Silvia, más bien a hacerle un cuestionario sobre su forma y costumbres de vida. Después añadió que, por el vídeo, era conocedor de su mala situación económica y lo sentía mucho. Sin más demora, le explicó que el contrato tenía una validez de dieciocho meses, seis de noviazgo y un año de matrimonio.

—Pero el anuncio decía que solo era por un año —lo interrumpió ella, desconcertada.

—Y así es. El matrimonio será por un año. Pero para hacerlo creíble a ojos de los demás necesito un tiempo de noviazgo que he estipulado en seis meses. Todo será remunerado de la misma forma, a mes vencido y con la misma cuantía económica. Aquí, en el contrato, se explica cuánto percibirás y las cláusulas precisas e indispensables que hay que cumplir. —Le extendió una carpeta y la dejó encima de la mesa, cerca de las manos de ella.

Cogiéndola, Silvia hizo intención de abrirla para echarle un vistazo al documento que contenía.

—No. No la abras. Llévatela a casa y lee el contrato con calma antes de darme una contestación. Pero quiero una respuesta a lo sumo en setenta y dos horas. Luego, entre las candidatas que decidáis firmar, yo elegiré a una. Y respecto a la cláusula sobre el sexo...

—¡¡¡Sexo!!! —La palabra retumbó en la estancia cual trueno, como que el eco en la montaña.

—Tranquila...

—Cómo que tranquila —lo interrumpió de nuevo con brusquedad—. Creí que era un falso matrimonio en el que no habría sexo —confesó azorada.

—Si me dejas terminar te lo explico, Silvia —enunció algo serio, reprobándole su comportamiento con la mirada.

—De acuerdo, perdona —repuso, aún confusa.

—Como iba a decirte, estate tranquila porque, desde luego, no habrá sexo dentro del ficticio matrimonio. Pero tampoco lo tendremos ninguno de

nosotros dos con terceros; de eso va esa cláusula, ya la leerás. Ahora respira, por favor. —Volvió a bromear, mostrando una cálida sonrisa.

Y Silvia respiró. Porque por un momento, en verdad, le había faltado el aire.

Para finalizar, y sin habersele borrado aún la sonrisa de la boca, Samuel le formuló una pregunta:

—Y tú, ¿quieres consultarme algo, Silvia?

—Sí —contestó rotunda, sin dudar.

—Pues habla.

—Es algo que pensaba preguntarte antes de marcharme. Me puede la curiosidad desde que te he visto.

—Di, por favor. —La voz de Samuel se tiñó de intriga.

—¿Por qué un hombre atractivo como tú busca una mujer con la que casarse a través de un contrato casi mercantil? ¿No puedes conseguir una mujer de otra forma más tradicional? Ya sabes, chico conoce a chica, se gustan, se enamoran y con el tiempo se casan. Lo normal de toda la vida.

Contemplándola, Samuel pensó que le gustaba su sinceridad, que fuera así de directa, que no se anduviera por las ramas, y decidió salir de detrás de la mesa para que ella descubriera a su gran amiga, la silla de ruedas. De seguro que eso contestaba a su pregunta sin necesidad de añadir más. Sin embargo, en ese conciso instante la puerta se abrió y Samuel se detuvo mirando al frente. Silvia volteó la cabeza y se quedó blanca como la cal al ver quién entraba en la sala: el engreído gilipollas del Mercedes rojo que casi la atropella. Aunque la reacción de Víctor fue aún peor: su desencajado rostro al encontrarse en su casa a la estúpida de la bicicleta era indescriptible.

—¿Qué coño haces tú aquí? —profirió Víctor en grito, tan sorprendido como enojado.

—¿Y tú? —interpeló Silvia a la defensiva, aturdida con la situación.

—Yo vivo aquí, espabilada —escupió—. No sé cómo te has enterado tú, pero lo sabía. ¡Lo sabía! —repitió con furia, levantando más la voz—. Sabía que intentarías sacarme dinero. ¡Oh, claro que sí! Conozco a la gente de tu calaña —dijo en tono acusador—. Pero conmigo has topado en hueso, lo llevas claro, muerta de hambre —pronunció con énfasis.

—¡Oye, gilipollas! —gritó Silvia levantándose disparada de la silla—. No he venido aquí para pedir nada, y mucho menos para verte a ti la cara, arrogante de mierda —soltó enojada—. Seré una muerta de hambre, pero te garantizo que tengo mucha más dignidad que la que tendrás tú en toda tu vida.

—¡Oh, sí! —replicó Víctor con sarcasmo—. Ya conozco yo esa clase de dignidad, con la que intentáis desplumar al primer tío con dinero que se os cruza en el camino.

Silvia no daba crédito a las tonterías que estaba diciendo el estúpido en cuestión y en lo altivo que era, algo que le ponía de los nervios y sacaba su mal carácter.

—¡Madre mía!, todavía eres más necio de lo que parece. Tú de pequeño debiste caerte de la cuna y golpearte la cabeza, ¿verdad? Por eso eres tan capullo y tan insoportable —siseó malhumorada—. Seguro que no hay persona humana que te aguante. —Elevó el timbre con la última frase, defendiéndose de sus ataques.

—¡Joder, eres...! —La miró con desdén y antipatía—. Eres vulgar, deslenguada y barriobajera.

—Y tú un chulo, un niño —afirmó Silvia con firmeza.

—Verdulerá.

—Pijo de mierda.

—Cínica.

—Estúpido gilipollas.

—Y tú...

—¡Eh, eh, eh! ¡Basta! —interrumpió Samuel a gritos, y los dos callaron de inmediato. Observándolos con una mirada cargada de censura, se sintió desorientado por la sarta de menosprecios que acababa de oír. En principio asistió gustoso a ellos, sobre todo por los que venían por parte de Silvia, pero no entendía lo que pasaba—. ¡Vaya!, al parecer ya os conocéis y no os caéis muy bien. Y no me preguntéis cómo me he percatado, soy así de sagaz —ironizó, turnando la mirada entre los dos, que seguían mudos—. Pero os diré algo: si no os gustáis, no es mi problema. Así que os pido, por favor, cerréis vuestras soeces bocas de una vez y me escuchéis a mí —añadió, mientras sus

ojos ganaban seriedad.

Un incómodo silencio se instaló en la habitación. Silvia asintió despacio, sintiendo una súbita vergüenza por haber ofrecido tan lamentable espectáculo, pero aquel tipo la sacaba de quicio y había dado rienda suelta a su malhumor. Víctor, tomando una bocanada de aire que devolvió a la atmósfera en forma de lánguido suspiro, también asintió.

—Vamos a empezar de cero —anunció Samuel—. Ella es Silvia Ribas, una de las candidatas para mi contrato matrimonial —aclaró mirando a su hermano, que se quedó boquiabierto con la noticia. Después, desviando la mirada hacia Silvia, explicó—: Él es Víctor, mi hermano, y te pido disculpas en su nombre. Es abogado y nunca se fía de nadie, salvo de sí mismo.

—Lo siento, no sabía que era una de las candidatas —dijo Víctor en bajo.

—Ni yo sé qué ha pasado entre vosotros, pero veo que no habéis empezado con buen pie. Lo que sí sé es que las disculpas no me las debes a mí, hermano, sino a Silvia. Al fin y al cabo, haya ocurrido entre vosotros lo que sea, tú has entrado atacándola.

Víctor miró a su hermano con el semblante desfigurado. Samuel desconocía lo ocurrido, y por lo tanto no tenía ningún derecho a pedirle que se disculpara con aquella malhablada que no había parado de insultarle desde el primer momento, tanto ahora como antes. Y para dejar clara y patente su intención de no formular dicha petición, frunció los labios, declarando con ese gesto que de ellos no saldría palabra alguna.

—Tranquilo, Samuel, no necesito sus disculpas —añadió Silvia con mesura—. Creo que tu hermano y yo ya nos lo hemos dicho todo.

En ese instante, cuando la calma se había vuelto a apoderar del lugar, Samuel salió de detrás de su mesa con parsimonia. Silvia, impactada, comprobó que estaba sentado en una silla de ruedas. El hombre guapo, atractivo y simpático estaba inválido. Por eso no se había levantado para recibirla; no podía. Su corazón se estrechó y una abrumadora pena la sobrecogió sin entender el porqué. No era la única persona del mundo en esa situación, Samuel no era un caso excepcional, y había que reconocer que, gracias a su holgada posición económica, su condición sería mucho más llevadera que la de la gran mayoría. No como la de Josep, su inválido vecino, sin ir más lejos, que apenas bajaba a la calle porque su portal no disponía de ascensor y en los alrededores de su barrio no había rampas que le facilitaran

la movilidad. Salir para él era una auténtica odisea que en más de una ocasión había abatido su ánimo e incluso lo había llevado a llorar de impotencia. Eso sí era una desgracia, no la de Samuel. Porque él tenía cuanto necesitaba para facilitarle la vida; tener dinero le permitía disponer de todas las comodidades. De él no debía sentir lástima ni pena; pero, de forma incomprensible, le resultaba imposible apartar esos sentimientos de su alma.

—Ha sido un placer conocerte en persona, Silvia. —Estrecharon las manos, y Samuel percibió que a ella le había sorprendido verlo sentado en la silla de ruedas. Pero no pensaba añadir nada al respecto, los hechos hablaban por sí solos—. Por favor, lee el contrato y dame una contestación lo antes posible. Y si algo te genera dudas, puedes llamarme cuando sea.

—De acuerdo, muchas gracias, Samuel. Adiós.

Silvia se marchó sin dirigir la vista a Víctor, y mucho menos una sola palabra en forma de despedida. Ese arrogante no merecía que ella malgastara su saliva, que era más valiosa que todo él. Abandonó el ático con un desagradable sabor de boca provocado por el miedo que le empezó a recorrer el cuerpo. Temía que el imbécil cuyo nombre era Víctor, y por desgracia hermano de Samuel, le influyese a la hora de elegir una candidata. Porque desde luego, y sin lugar a dudas, a ella ya la había descartado. Pero también temía que pudiera ocurrir lo contrario, que Samuel la eligiera y ella tuviera que verse a menudo con su hermano, el vanidoso que se creía superior al resto de los humanos. Con un pesar iracundo, volvió a montarse en la bicicleta para regresar a su casa, donde, nada más llegar, leería el contrato que Samuel le había entregado y que había suscitado toda su curiosidad.

Nada más cerrarse la puerta de la sala, Víctor lanzó una mirada sulfurada a Samuel.

—Ni se te ocurra elegir a esa tía, lo digo en serio —avisó con malos humos.

—¿De qué coño la conoces? ¿O desde cuándo? —preguntó Samuel perplejo.

—Por desgracia, la he conocido esta mañana, hace menos de un par de

horas —contestó enrabiado—. Se ha cruzado delante de mi coche montada en una bicicleta. No ha señalado el giro y encima me ha puesto verde, la estúpida, que es tan inconsciente que iba sin casco. Y porque se lo he dicho, a poco me muerde, la muy grosera. Así que ni pienses en ella, ya has visto como es.

—Y según tú, ¿cómo es, hermano?

—Cómo que según yo —Víctor lo miró asombrado—. ¿Acaso tú no lo acabas de ver? ¿No has visto de qué forma me ha tratado?

—Yo he visto que has sido tú el que ha entrado atacándola, la has llamado muerta de hambre, palabras muy feas.

—Porque tú no has presenciado cómo me ha tratado esta mañana. —Resopló con mal genio—. Pero me ha levantado una mala leche que en cuanto la he vuelto a ver...

—Te la ha vuelto a levantar, ya lo he visto —atajó Samuel—. Y me refiero a la mala leche, que conste —declaró con ironía, chasqueando la lengua.

—Esto no es para bromear, Samuel, esa mujer es una maleducada, una ordinaria y con ínfulas de Dios, a pesar de ser una muerta de hambre. No me gusta nada, ni un pelo —expresó con rabia.

—Pues a mí sí me gusta mucho, está muy buena. —Sonrió—. Tú también te has fijado, y yo tampoco estoy bromeando, ¿a que sí, Víctor? —preguntó con perspicacia.

—¿En qué crees que me he fijado? —Lo miró al bies.

—En que es una hermosa mujer de ojos negros y cuerpo de escándalo, no lo puedes negar.

—Mira, tiene tan mal carácter que ni siquiera me he dado cuenta de esos detalles.

—¡Venga, Víctor, que nos conocemos! —replicó con desdén—. Estoy seguro de que mientras te chillaba tú tenías puesta toda la atención en sus dos buenos atributos, sus generosos pechos, y tu entrepierna se ha empezado a despertar. Y no me digas que no porque a mí su generoso escote incitador de fantasías me la ha puesto un poco dura; y eso, en mi caso, es casi un milagro, hermano. Llevo meses sin tener una erección, meses —repitió refunfuñando

—. Da igual que vea una peli porno o veinte, mi miembro no me responde. —Negó con la cabeza y de pronto empezó a estirar la comisura izquierda de su labio—. Pero, oye, entre su fuerte carácter, sus tetas, el culito que le marcaba el vaquero y ver como no eras capaz de achantarla ni un solo segundo lo ha conseguido. —Se carcajeó.

—Pues me alegro mucho por ti, Samuel —dijo Víctor con sarcasmo—. Me alegra que esa maleducada haya hecho palpitar a tu entrepierna, pero en mi caso no ha conseguido más que encabronarme —bufó.

—Me gusta esa mujer. Silvia es lo que necesito; está buena y tiene carácter. Y encima ha conseguido revivir la polla de un tullido como yo. ¡Aleluya! —gritó entre risas, alzando las manos al cielo.

—Pues enhorabuena —soltó su hermano, molesto.

—Venga, Víctor, dímelo. ¡Anda, confiesa! —Sonrió de forma sarcástica—. Los dos lo sabemos, no lo niegues. —Le guiñó el ojo con picardía—. Si ha logrado algo así en mí no quiero ni imaginar lo que es capaz de provocar en un tío normal como tú. —Imitó un escalofrío.

—Ni me he fijado en ella, Samuel —contestó con adustez—. Te confesaré que a mí una verdulera como esa no me la empuja por muy buena que esté. Y tú no vas a escogerla ni de broma.

—¿Por? —preguntó con chulería.

—Porque esa estúpida nos dejará en evidencia a la primera de cambio, en la primera fiesta a la que acudas, y seremos el hazmerreír de todos nuestros conocidos. De eso nada —murmuró enfurecido.

—No pienso discutir contigo hasta que decida ella. —Meneó la cabeza—. Pero te aseguro que si Silvia decide firmar, pasará a ser tu fingida cuñada, te guste o no.

—Lo haces solo para irritarme, ¿verdad? —inquirió en alto.

—Me conoces como si fueras mi hermano —admitió con mofa.

—Pues eso ya lo veremos, Samuel.

—¡Oh!, ¿me retas? ¿Me estás retando, Víctor? —preguntó desconcertado, notando que se tensaba en extremo la fina capa de cordialidad que mantenían—. Te recuerdo que me encantan los retos y que siempre suelo ganarlos, hermano. ¿O ya lo has olvidado?

Víctor, displicente, enfrentándose a Samuel con la mirada y sin añadir una palabra, abandonó la sala dando un fuerte portazo al cerrar. Le desesperaba en exceso pensar que esa estúpida pudiera estar en breve paseándose por su casa y que tuviera que soportarla. Le desesperaba la actitud de desafío continuo que siempre expresaba su hermano, las ganas de quedar siempre por encima de él, fuera por lo que fuese, dijera o hiciese. Le desesperaba sentir el dolor retorcido de la impotencia desgañitándose a gritos por su interior cada vez que Samuel volvía a retarlo, algo de lo que él quería olvidarse, pues su progenitor ya no estaba en este mundo para seguir instigando esa rivalidad. Le desesperaba reconocerse a sí mismo que aquella mujer era guapa y tenía una preciosa silueta, y que sí se había fijado en ella, tal y como aseguraba su hermano. Pero con su desagradable carácter, lo que le provocaba eran ganas de estrangularla, no de acostarse con ella, como hubiera pensado con cualquier otra. A Víctor, en ese momento, le desesperaba todo en general. Pero debía calmarse para poder pensar un plan, por si, llegado el caso, Samuel elegía casarse con la tal Silvia para salirse de nuevo con la suya.

10

Cuando Silvia llegó a su casa se alegró de que Mirian no estuviera, de ese modo no tendría que encerrarse en su habitación para poder leer el contrato. Porque de ninguna manera iba a contarle a su hermana en qué consistía el trabajo ni dónde había asistido para esa entrevista. Nunca había pensado hacerlo, pero ahora, con una cláusula de confidencialidad firmada, menos que nunca. Mirian era una bocazas y podría ponerla en serios aprietos si mencionaba por ahí algo de ese peculiar trabajo.

Se sentó en el sofá, sacó con urgencia el contrato de la mochila y se dispuso a leerlo. Para no variar, los primeros párrafos empezaban con unos vocablos farragosos propios del lenguaje jurídico. De seguro que el cretino, cuyo nombre era Víctor, había redactado dicho documento, pues Samuel le había dicho que su hermano era abogado. Silvia ojeó esa parte por encima, hasta llegar a los términos que más le importaban, y en ellos concentró los cinco sentidos; no quería que se le escapara ni el menor de los detalles. Esa parte, en la que se encontraban las cláusulas del contrato, estaba dividida en tres apartados, cada uno subdividido numéricamente en varios puntos.

1. ESPECIFICACIÓN DE LAS FUNCIONES DE LA CONTRATADA.

1) La contratada deberá acudir a cualquier lugar que el contratante determine sin negarse, a pesar de no ser de su agrado, dándose las circunstancias de la índole que fueren, englobando desde lo más colectivo a lo más personal. Tanto si se tratase de fiestas, reuniones, citas con amigos, eventos variados o una simple charla, paseo, sesión de cine o reclamación de lectura por parte del contratante.

2) La contratada siempre deberá mantener una actitud alegre y cariñosa con el contratante en el día a día.

3) La contratada también deberá ser educada y afectuosa con todas las personas con las cuales, junto al contratante, deba relacionarse.

4) La contratada dará muestras de cariño en público al contratante, que nunca excederán más allá de un simple y casto beso en los labios, siempre y cuando fuese reclamado por el contratante para dar con ello credibilidad a la relación.

5) A lo largo de todo el tiempo estipulado por contrato, la contratada no podrá discutir, reprobar ni reprochar nada al contratante. Deberá entender que en dicho acuerdo, y por el bien común, tendrá que prevalecer una buena convivencia.

6) La contratada deberá vivir en la vivienda del contratante desde el inicio del contrato, disponiendo de un día a la semana para asuntos propios, aunque debiendo volver antes de las diez de la noche para dormir en el hogar del contratante. En dichas salidas, la contratada siempre tendrá presente la cláusula de confidencialidad firmada, recordará que nadie de su entorno, ni siquiera su familia más directa, deberá conocer la existencia de este contrato ni imaginar que el matrimonio no sea única y exclusivamente por amor.

7) El contratante será quien decida y elija todo lo relacionado con la boda: día, lugar e invitados. La boda será un acto íntimo y la contratada no podrá invitar a más de diez personas. De verse obligada a invitar más, lo serán únicamente por probada justificación familiar de cercanía consanguínea (parentela más directa), y siempre bajo la aprobación del contratante.

8) La contratada deberá ver este acuerdo de la misma forma que cualquier otra clase de empleo: remunerado mensualmente, con una prima extra por su buen hacer y un finiquito en concepto de liquidación. Por los motivos anteriormente mencionados, la contratada contemplará dicho contrato con ojos de trabajadora asalariada cuya misión es cumplir de forma escrupulosa su cometido sin contrariar al contratante. De no hacerlo, de incumplir las cláusulas que claramente se le han expuesto y explicado, dará lugar a la finalización del acuerdo, pérdida de prima y de liquidación. (Véase puntos 2, 3 y 5 del tercer apartado.)

9) Por su parte, el contratante se compromete a proceder en el trato con la contratada de manera respetuosa y con aprecio, atendiendo con ello que siempre reine una cordialidad mutua. De incumplirse dicha cláusula por parte del contratante, a efecto probada, dará lugar a la extinción del contrato y conllevará una indemnización para la contratada. (Véase punto 3 del tercer apartado.)

2. CONSUMACIÓN MARITAL.

1) Dadas las circunstancias del contratante y obviamente la naturaleza de simulación sentimental de este contrato, la consumación marital no dará lugar.

2) La contratada, durante la duración de dicho contrato, no podrá verse de forma íntima con ningún hombre y se acogerá a un celibato absoluto. Se debe entender que a pesar de ser este un acuerdo en el que se pacta un matrimonio ficticio, el mantener una relación con una tercera persona se considerará traición, y tal acción no puede ser aprobada ni tolerada por el contratante.

3) Por su parte, el contratante tampoco podrá expresar sentimientos a otras mujeres que no sean la contratada. De igual forma, dicha actuación se podría

contemplar como un menosprecio y humillación para la parte contratada y sería de justicia dar lugar a la extinción del contrato, siempre que la contratada lo solicitase y con la correspondiente indemnización para ella. (Véase punto 4 del tercer apartado.)

4) Igualmente, de incumplir la contratada el punto 2 de este apartado, daría lugar a la ruptura del contrato y a una indemnización al contratante. (Véase punto 5 del tercer apartado.)

3. REMUNERACIÓN SALARIAL A PERCIBIR POR LA PARTE CONTRATADA.

1) Debido a lo inusual del trabajo, a que la contratada deberá emplearse las veinticuatro horas y pensando en la separación familiar que eso conllevará durante el tiempo estipulado, la remuneración salarial se fijará en 5000 € mensuales; independientes de tener cubiertas todas las necesidades vitales y exonerados de cargas extras. Es decir, aparte de disfrutar de vivienda y alimento, cualquier gasto en ropa, calzado y accesorios debido a un evento de características especiales será costado por el contratante.

2) El contrato se regirá por un tiempo de 18 meses. Al término del primer año, y en función de las buenas virtudes de la contratada, esta podrá ser beneficiada con una prima de 6000 €, siempre y cuando su buen hacer le haya hecho ser merecedora de dicha cantidad extra.

3) A la expiración del contrato, siempre y cuando las cláusulas hayan sido respetadas y llevadas a la práctica tal y como se solicita en dicho acuerdo, la parte contratada recibirá un finiquito de 100 000 € por los servicios prestados.

4) En caso de incumplimiento de contrato por el contratante, además de la ruptura inmediata de este, la contratada igualmente recibirá su finiquito y por la misma cantidad mencionada en el punto 3 de este apartado.

5) En el caso de incumplimiento por la contratada, conllevará la finalización del contrato y no dará lugar a finiquito. E incluso, siendo el motivo de la ruptura no respetar el punto 2 del segundo apartado (consumación marital), se le pedirá una indemnización que consistirá en devolver el 50% de lo entregado desde el inicio del contrato hasta el momento del incumplimiento, pues se supone que el incumplimiento se da desde el principio.

Una vez expuestas y explicadas todas las cláusulas, quiero hacer a bien saber que este contrato será efectivo desde el instante que ambas partes, contratante y contratada, lo rubriquen, y tendrá una duración de 18 meses que se distribuirán de la siguiente manera:

- Los seis primeros meses servirán para una etapa de noviazgo, tras la cual el contratante y la contratada se casarán en un acto civil íntimo.
- Durante los doce meses siguientes, el contratante y la contratada ejercerán

de esposo y esposa.

- Trascurrido ese periodo de tiempo, el contratante solicitará de inmediato el divorcio y correrá con todos los gastos que dichos trámites conlleven.

- La cláusula de confidencialidad no expirará con el contrato. La contratada deberá mantener en silencio toda la simulación matrimonial conllevada por acuerdo y hacer creer que dicho matrimonio, fruto del amor, se disipó por diferencias irreconciliables. En caso de incumplimiento, el contratante se verá obligado a recurrir a los tribunales e interponer una demanda contra la contratada por daños al honor.

De estar ambas partes de acuerdo con todo lo redactado, ruego rubriquen su firma en el lugar señalado, adjuntando los nombres completos y el número del documento nacional de identidad.

Silvia llegó a la última página con el corazón agitado, llena de sorpresa, de emoción, turbación, alegría, desasosiego... Un sinfín de sentimientos corría por sus venas, le desbocaban el alma. Desde luego, el tal Samuel tenía que estar podrido de dinero para poder pagar semejante salario, hecho que con inminencia la llevó a pensar que de seguro él ganaría más del doble o del triple de lo que ofrecía.

Parándose un momento a meditar las cantidades, se quedó sin aire al comprobar la suma total de todas las cifras allí escritas. Cinco mil euros al mes multiplicados por dieciocho meses daban lugar a la friolera de noventa mil euros, que, sumados a los cien mil del finiquito, ascendían a un inimaginable total de ciento noventa mil. Eso sin contar los seis mil de prima extra, porque añadiéndolos la cantidad se acercaba a los doscientos mil euros, suma con la que ella tendría la vida resuelta. ¿Quién podría decir que no a eso?, le preguntó su conciencia. Nadie, se contestó al instante. Nadie podía hacer ascos a semejante e indecente cantidad. Nadie podía decir que no a esa importante suma de dinero a cambio de pasar dieciocho meses junto a un atractivo hombre que parecía simpático y agradable, y que, pese a estar en silla de ruedas, nada hacía intuir que la experiencia fuera a resultar algo desapacible.

Silvia creyó poder cumplir todo lo que le solicitaba el contrato. No sería un problema acudir con Samuel a donde le pidiese, ni charlar con él o leerle, ni ninguna de las cuestiones que se ponían de manifiesto en aquellas cláusulas. Ni siquiera la de besarle delante de gente para dotar de credibilidad

a la fingida relación, pues Samuel era un hombre muy guapo, casi sería un plus añadido para ella. Y en lo referente al tema sexual no debía preocuparse, sabía que cumpliría esa cláusula de manera rigurosa. Nunca había tenido una vida sexual tan agitada como su hermana, y esa cuestión no entrañaría ningún problema. Y entre los argumentos y meditaciones, la pregunta regresó de nuevo a su cabeza, esta vez con más fuerza: ¿por qué un hombre que estaba de muy buen ver no podía encontrar esposa de forma normal? Ella no creía que el hecho de estar postrado en una silla de ruedas pudiera ser el impedimento. Samuel no solo era guapo, también se le apreciaba simpático y desprendía algo que te hacía pensar que era buena gente, todo lo contrario al estúpido arrogante de su hermano. Desde luego, eran la cara y la cruz de la misma moneda, nada que ver a pesar de llevar el mismo ADN, pero prefirió dejar de pensar en los posibles motivos que habían llevado a Samuel a tomar aquella decisión, y lo hizo porque le sobraban casi doscientas mil razones diferentes a su favor. Y tomó la decisión en ese mismo momento.

—Sí, quiero, Samuel Alvarado Gray —dijo en alto, emitiendo un pequeño chillido de felicidad. A continuación se le escapó una escandalosa carcajada que parecía no tener fin.

Sin embargo, los escalofríos hicieron cesar la jubilosa risa de Silvia. Se le cortó al pensar que era Samuel quién debía elegir a una de las cuatro candidatas. Meditando, creyó que lo tenía muy difícil, que partía con desventaja al contar con un elemento en su contra: Un sujeto alto, de complexión musculosa, pelo rubio con destellos platinos, ojos azul cielo, orgulloso, vanidoso e imposible de soportar. Un hombre que compartía nombre con uno de sus escritores favoritos: Víctor Hugo. Aunque nada tenía que ver la admiración que ella le profesaba al poeta y novelista francés con lo que sentía por Víctor Alvarado Gray. Ese hombre le despertaba desprecio, tanto como parecía causarle ella a él. Sin duda alguna, Víctor Alvarado era su mayor hándicap, estaba convencida. De seguro que mayor que cualquiera de las otras tres imponentes candidatas. Porque, de forma inequívoca, nadie más que un hermano conviviendo bajo el mismo techo podría ser lo suficiente influyente para ayudar a tomar una decisión de semejante calibre. Una que inclinara la balanza a favor de una u otra candidata. Sabía que tener a Víctor en contra había mermado sus posibilidades de triunfo, pero ya no tenía remedio ni solución. Solo podía esperar a ver qué decisión tomaba Samuel. Esperar desesperadamente un milagro que la condujese a ser la elegida, a

pesar de no creer en las intervenciones sobrenaturales o de origen divino. Pero en un momento tan crucial, tan decisivo, pensó que debía aferrarse a lo que fuera, puesto que la esperanza era lo último que se perdía.

11

Cuando Lara salió del supermercado, Silvia ya la esperaba con impaciencia, y no solo para hablar con ella, sino porque necesitaba su móvil para mandar un mensaje a Samuel con el que confirmar que estaba dispuesta a firmar el contrato. Con los nervios formando un ovillo con sus tripas, vio salir a Lara del trabajo, pizpireta como siempre, algo que le encantaba y admiraba de ella. Su amiga era una mujer que sabía enfrentarse a las adversidades sin perder la sonrisa y guiñándoles el ojo con coquetería. Ella también era una luchadora y solía crecerse antes las dificultades, aunque en su caso la sonrisa se perdía y entraba en escena un gesto duro y reprochador. Echaba en cara a la vida todos los obstáculos que le ponía, las contrariedades que no dejaba de regalarle y lo mal que se lo hacía pasar con tanto y tanto inconveniente. Era obvio que sabía afrontar las desdichas igual que Lara, sin embargo, ambas lo hacían de modo muy diferente, a pesar de obtener el mismo resultado: sobrevivir.

Lara cruzó con celeridad la calle que las separaba, mostrando una gran sonrisa. Tan grande era que casi le tapaba el rostro.

—Dime, ¿qué ha ocurrido? —inquirió de inmediato, sin mediar ni un saludo a Silvia.

—Hola, Lara, ¿qué tal estás? Yo no estoy mal —respondió, recordándole de esa forma las mismas palabras que su amiga le dedicó días antes.

—Perdona, tienes razón, ni siquiera te he saludado. Hola, Silvi. Y ahora me vas a contar cómo te ha ido o voy a tener que someterte al tercer grado —comentó con impaciencia.

—Pues he tenido de todo. —Se encogió de hombros—. Primero me ha ido mal, luego bien y, además, tengo algo que no debo contar.

—¿Que no debes contar? —preguntó extrañada, repitiendo sus palabras.

—Exacto —afirmó de forma categórica.

—Pero no deber no es lo mismo que no poder, flor. Así que no debes pero me lo puedes contar, ya sabes que soy una tumba. —Le soltó un codazo, añadiendo otra de sus sonrisas.

—Esto no es un juego, Lara, me lo han prohibido, he firmado hasta una cláusula de confidencialidad —matizó seria.

—¡Coño, ¿una cláusula de confidencialidad?! —exclamó casi en grito.

—Sí, pero habla más bajo.

—Vale, vale, perdón —murmuró—. Aunque entiende que la noticia sobresalta a cualquiera, una cláusula de confidencialidad. —Silbó mirando a Silvia, que permanecía en silencio—. ¿Me vas a empezar a contar algo o quieres que me coma las uñas?

—Vamos para tu casa y te cuento. Y deja en paz tus uñas que no tienen culpa de nada —bromeó, entrelazándose con el brazo de su amiga y comenzando a andar.

Una vez en casa de Lara, Silvia le contó todo lo ocurrido esa mañana antes de llegar a la entrevista: el saqueo de su hermana que le había dejado sin medio de transporte, cómo se había visto obligada a ir en la bicicleta del ligue de Mirian al lugar acordado y el desagradable encuentro con el imbécil del Mercedes rojo que casi la atropella. Lara primero se sobrecogió por su amiga y se asustó por lo que podía haberle ocurrido. A continuación no paró de maldecir a Mirian, incluso llegó a utilizar insultos muy desagradables que dañaban los tímpanos. Aunque, en honor a la verdad, no estaban faltos de razón; la hermana de Silvia se merecía todos y cada uno de ellos.

Cuando Lara se hubo desahogado de lo lindo, Silvia comenzó a explicarle lo referente a la entrevista desde su llegada: el hombre mayor, atento y educado que la recibió; el ático de ensueño con el que se podía percibir, sin tener que esforzarse, el nivel económico de aquel hombre; la firma de la cláusula de confidencialidad; el encuentro con las tres imponentes candidatas, que esperaban ataviadas con unos elegantes vestidos; sus nervios; cómo se había sentido ridícula gracias a su vestimenta; su temor... y paró de hablar.

—¡Eh, sigue, no te calles! No puedes dejarme así, debes contarme cómo te ha ido la entrevista, con quién te has visto, cómo es, todo eso.

—Lara, como te he dicho, he firmado una cláusula de confidencialidad y ya sabes más cosas de las que deberías. Hasta conoces la dirección adonde he acudido para la entrevista, te la mandaron a tu móvil creyendo que era mío.

—Y tú sabes que soy una absoluta tumba, Silvi, y que desconfíes de mí me hiere profundamente. —Arrugó los labios.

—No desconfío, Lara, pero me da miedo que por alguna razón alguien se entere de esto y encima me caiga una demanda, es lo único que me falta —siseó.

—Nadie se enterará por mí, nunca. Antes me matan que sonsacarme una palabra. Y lo sabes —refunfuñó.

—De acueeeerdo —declaró, cediendo. Algo que más pronto que tarde sabía que ocurriría. A Lara no le iba a ocultar nada, podía confiar en ella plenamente—. Pero solo lo sabrás tú y nadie más. Con mi hermana ya me inventaré un cuento lo suficientemente creíble.

—Con las pocas luces que tiene no te será difícil —manifestó en tono de mofa—. ¡Pero habla, por Dios, que me tienes en ascuas, florecilla!

Silvia sonrió ante la impaciencia de su amiga que se iba acrecentando por milésimas de segundo, y dijo:

—El hombre en cuestión se llama Samuel Alvarado Gray, es más o menos de mi edad, muy guapo, de pelo castaño claro, ojos azules, sonrisa bonita de niño bueno, simpático y agradable. —Silbó.

—¡Vaya! ¿Es un bombón? —preguntó boquiabierta.

—Realmente, sí. —Asintió Silvia, estirando los labios.

—¡Oh, qué suerte! Pagan por estar con un tío bueno. Si lo sé me apunto yo también —afirmó con rotundidad.

—Jolín, parece que la idea, que te parecía una locura desde el principio, te va seduciendo.

—Mujer, es que por lo que cuentas..., ¿a quién le amarga un dulce? —Le guiñó el ojo y se echaron a reír.

—También hay algo más. —Hizo una pausa que no duró más que un mero parpadeo—. Samuel está en silla de ruedas.

—¿Y qué? —preguntó Lara, encogiéndose de hombros.

—Nada, solo te lo comento porque, al no esperarlo, a mí me ha impactado.

—No creo que sea ningún problema, ¿no?

—No, desde luego. Al menos eso no lo es. Pero hay algo más que sí es un auténtico problema para mí. —Frunció los labios.

—¿El qué? —preguntó inquieta, no le gustó el gesto con que su amiga acompañó a las palabras—. Por favor, Silvi, suéltalo todo de una vez, no vayas a plazos que me tienes desesperada.

—El imbécil del Mercedes rojo se presentó en la misma sala donde estaba con Samuel, resulta que es su hermano.

—¡¡¡Joder!!! —soltó Lara anonadada.

—¡Sí, exacto! Eso mismo pensé yo al verlo allí: ¡¡¡Joder!!! —Alzó la voz con malhumor—. Y encima el tío entró atacándome, a saco conmigo. —Sopló—. Tuvimos un intercambio de palabras delante de Samuel, o mejor corrijo: nos insultamos con Samuel de testigo. De hecho, nos tuvo que parar él, ¡qué vergüenza! —Calló un segundo—. ¡Pero es que ese tío es tan impertinente que me saca de mis casillas! —Resopló, llevándose las manos a la cabeza.

—Manda huevos, ¡qué casualidad! —escupió Lara irritada—. Con todas las personas que hay en Barcelona, tienes que toparte con el estúpido de su hermano. Ver para creer —bufó.

—Desde luego que hay que tener puntería, porque con todos los vehículos que circulan por esa zona tuve que cruzarme con el único que podía resultar perjudicial para mí. —Hizo una mueca de desagrado—. Y después de nuestro encontronazo, como comprenderás, le dirá a su hermano que no se le ocurra escogerme, algo muy normal debido a nuestra instantánea ojeriza, y que yo también haría estando en su posición. Así que ya parto con desventaja respecto a las otras tres candidatas.

—¡Eh! No adelantes aún nada, Silvi, espera a ver qué pasa. Sé positiva, a lo mejor su hermano no es tan influyente para él como tú crees.

—Ojalá sea así, Lara. —Emitió un profundo suspiro.

—¿Y te ha hablado de dinero? ¿De cuánto piensa pagar? —preguntó con curiosidad.

—No, directamente no. —Silvia zarandéó la cabeza—. Me ha dado un contrato para que lo leyera tranquila en casa, en él viene cuanto debo hacer y cumplir y la remuneración a percibir. Lo traigo conmigo —anunció, sacándolo del bolso.

Lara la miró con la boca abierta, sacudiendo la cabeza a la vez.

—De modo que pensabas contármelo todo, pelleja, porque de lo contrario no lo hubieras traído, ¿verdad? —Arqueó las cejas sin parar.

—Pues claro, tonta, sé que en ti puedo confiar. Pero quería hacerte sufrir un poco. Por ejemplo, hasta que me lo suplicas —bromeó.

—¡Oh, serás rastrera! —Le tiró un cojín del sofá a la cara.

—¡Eh, no seas bruta! —protestó medio riendo—. Anda, toma. —Se lo dio—. Y ahora que ya tienes con lo que entretenerte, déjame tu móvil. Debo contestar a Samuel.

—Espérate a que lea antes el contrato, ¿no?

—¿Para qué? Si cuando lo leas me suplicarás que le conteste que sí, así que voy a ir adelantando. —Le guiñó el ojo.

—De acuerdo, como tú digas, florecilla.

Lara lanzó el móvil a las manos de Silvia y cada una empezó a hacer lo que le correspondía en ese instante: en el caso de Lara, leer, y en el de Silvia, escribir.

Lara no pudo evitar soltar un grito, mejor decir un aullido, al leer las cuantías económicas que incluía el contrato. Y no solo gritó o aulló, sino que al sumar las cantidades allí descritas comenzó a saltar y a abrazar a Silvia como una loca, le sobraban casi doscientas mil razones para hacerlo. Turnó los gritos, los saltos y los abrazos con las palabras «sí, sí y sí, dile mil veces sí», y tanta era la alegría que emanaba de ella que hasta las lágrimas le encharcaron los ojos. Pero Silvia, en su papel de persona cauta y precavida, frenó la exagerada reacción por parte de su amiga. Samuel aún no había elegido a una candidata y ella contaba con tres rivales, además del propio hermano del contratante.

—¡Eh, no seas cortarrollos, Silvi! —espetó Lara, decepcionada—. Disfrutemos de este momento imaginando que fueras la elegida y bebamos unas cervezas para celebrar que quizás en unos días te toque la lotería. —Le guiñó el ojo, henchida de alegría—. ¿Sabes? Dicen que si lo sueñas, se cumple. ¡Suéñalo, joder! —Le zarandéó el hombro con la intención de espabilar su actitud pesimista.

—Vale, lo soñaré, señorita positivismo —expresó, marcando media sonrisa.

—Eso está mucho mejor, brindaremos por ello. —Chasqueó la lengua.

Lara se marchó a la cocina en busca de las cervezas cuando su móvil emitió un zumbido indicando la entrada de un mensaje. De inmediato, Silvia lo miró para ver si, por casualidad, era la respuesta de Samuel a su anterior *whatsapp*.

¿Puedo llamarte? ¿Te cojo en buen momento para hablar a solas?

Desde luego que era la respuesta de Samuel, y además le decía que quería hablar con ella. Silvia se tensó en cuestión de segundos, los nervios plagaron su cuerpo, no pudo evitarlo. Y tampoco pudo eludir el tremebundo nerviosismo porque no sabía si que él quisiera hablar con ella presagiaba buenas noticias o, por el contrario, dictaminaría el fin de su sueño. El bochornoso espectáculo entre Víctor y ella no había sido la mejor carta de presentación. Igual ese hecho, después de sopesado en frío y con lo que su hermano le hubiera querido contar, había llevado a Samuel a tomar una decisión respecto a ella sin más demora. Podía ser, no sonaba descabellado. O quizá quería hablar para que le ofreciera su versión. También podía ser, tampoco era algo disparatado.

Armándose de coraje, aunque temblorosa cual flan, decidió poner las cartas encima de la mesa; y cuanto antes se hiciera, mejor para todos. No quería albergar ilusiones que, con el paso de los días, más daño podrían ocasionarle de encontrarse con un *no*. Sin dilación, cogió el móvil de Lara y contestó a Samuel que podía llamarla, esperando con ansia que lo hiciera; necesitaba acabar con la agonía que se había enmarañado en su ser durante ese breve espacio de tiempo. Para su suerte, en pocos segundos la llamada estaba entrando en el móvil. Inhalando una gran bocanada de aire que expulsó al exterior de golpe, descolgó.

—Hola, Samuel, ¿qué tal estás? —preguntó, intentando aparentar calma.

—Bien, muy bien. Por fortuna, igual que me has dejado hace unas horas —bromeó.

Silvia notó que Samuel sonreía con la última frase y eso le empezó a

destensar las vísceras.

—Pues qué bien, me alegro.

—Yo también —terminó carcajeándose.

En ese momento, Lara llegó al salón con las cervezas y se quedó pasmada mirando a Silvia, que no hacía más que gesticular con rapidez, señalando el contrato, el teléfono y viceversa, tratando de decirle a su amiga con quién hablaba, algo que Lara parecía no entender.

—¿Estás ahí? —preguntó Samuel al no escuchar la voz de Silvia.

—Sí, tranquilo, estoy aquí, Samuel —remarcó su nombre—. Solo esperaba a ver qué quieres contarme, para qué me has llamado.

Lara dejó de inmediato las cervezas sobre la mesa y, asombrada, se echó las manos a la boca. Ahora, tras haber escuchado el nombre de la persona con la que hablaba Silvia, comprendía lo que trataba de decirle.

—Tampoco es necesario que pongas ese énfasis al pronunciar mi nombre. —De nuevo Samuel rio.

—¡Ah! ¿Lo he entonado fuerte? Pues ni me he dado cuenta, lo siento —mintió con descaro, casi había masticado cada letra en su afán por que Lara conociera el nombre del emisor de la llamada.

—No te preocupes, no pasa nada, hasta me ha gustado. Pero bueno, no nos dispersemos y vayamos al grano. Quería hablar contigo para confirmar que habías leído el contrato y que estabas de acuerdo con él, que vas a firmarlo. El *whatsapp* es lo que dice, pero quería oírlo de viva voz.

—Sí, confirmado. Lo he leído y puedo cumplirlo sin ningún problema. Lo firmaré, Samuel.

—Me alegra mucho oír eso. Y te voy a contar un secreto: eres la primera que ha contestado —dijo en un susurro.

Silvia se echó a reír con sutileza. Samuel era una persona con mucho sentido del humor y le resultaba muy gracioso.

—Espero que tengas en cuenta que he sido la primera en hacerlo —anunció entre risas.

—Todo se tendrá en cuenta, Silvia, no lo dudes. Todo.

Con ese «todo» recalcado, Silvia recordó al hermano de Samuel y la

ración de insultos que se habían repartido, y el estómago se le comprimió.

—Pues ya que hablamos de tener todo en cuenta, espero que eches en olvido el rifirrafe con tu hermano. Sé que ha sido algo fuera de lugar, Samuel, lo siento, pero tu hermano me ha herido y yo solo me he defendido. Aunque, de todas formas, te pido disculpas.

—Creo que has hecho algo más que defenderte, tú también lo has atacado bien —aseguró—. ¿Y sabes?, eso me ha gustado, Silvia. A veces a Víctor no le viene nada mal que alguien le baje los humos.

Se sintió halagada al oír esas palabras, porque, desde luego, para ella Víctor era un cretino vanidoso.

—En ese caso, gracias. —Volvió a estirar los labios, esta vez de forma triunfadora.

—Gracias a ti por hacerme pasar un rato tan divertido —confesó Samuel. Y recordó el ramalazo de deseo que esa mujer le había provocado, tanto por su físico como por su carácter. Silvia desató el milagro en esa parte de su cuerpo que llevaba meses inoperativa—. Te espero el viernes a las once de la mañana, en el mismo lugar que hoy, para comunicaros a las cuatro candidatas quién es la elegida. ¿Ok?

—Ok. A las once estaré allí.

—¡Ah, Silvia! Y mejor cógete un taxi, por favor, no vaya a ser que te vuelvas a cruzar con Víctor y de nuevo vayas sin casco. —Se echó a reír.

—Vale, lo haré. —Silvia se unió a su risa dándose cuenta de que su hermano le había puesto al corriente de lo sucedido entre los dos; y parecía que a Samuel, lejos de molestarle, le causaba gracia—. Hasta el viernes, Samuel.

—Chao, Silvia.

Nada más colgar, desplegó los labios de oreja a oreja sin parar de contemplar a Lara, que estaba boquiabierta.

—¿Qué quería? —preguntó su amiga llena de intriga y entusiasmo al ver la cara de felicidad que exhibía Silvia.

—Quedar para vernos el viernes, entonces nos dirá a quién elige. Y parece ser, querida amiga mía, que aún tengo todas las papeletas para que me toque la lotería, al menos juego con el veinticinco por ciento, igual que el

resto de candidatas —declaró con efusividad—. A Samuel le importa un bledo la opinión de su hermano; de hecho, se divirtió viéndome atacarlo. De modo que brindemos por ello. —Alzó la voz.

—¡¡¡Bien!!! ¡¡¡Brindemos!!! —gritó Lara.

Silvia cogió una de las latas de cerveza que había traído Lara y la abrió a la par que su amiga hacía lo propio con la otra. Después las chocaron y se echaron un buen trago del brebaje de cebada y lúpulo que no solo servía para hidratar sus gargantas, en alguna que otra ocasión, y sobre todo con la intención de olvidar las penas, también les había nutrido de risas al beber en exceso. Al acabar el largo trago, se abrazaron y rieron sin parar, con lágrimas aflorando a sus ojos. Lara y Silvia estaban ebrias, aunque no de alcohol, no habían bebido tanto. Esta vez se encontraban embriagadas de alegría y felicidad.

12

Los hermanos Alvarado apenas se dirigieron la palabra durante los días posteriores a la entrevista de las candidatas. Víctor seguía molesto, estaba convencido de que el estúpido de Samuel sería capaz de elegir a aquella maleducada y grosera solo por fastidiarlo, y eso le sulfuraba en extremo. No paraba de repetirse que debía haber sido menos impulsivo y más inteligente, haber aplicado con su hermano la psicología inversa. Estaba convencido de que de esa forma, viendo que a él no le importaba que eligiera a la cretina de pelo azabache y ojos negros, delgada pero con sinuosas curvas y generosos pechos, Samuel no la habría colocado en el primer puesto de la lista. Era más, debería habérsela recomendado. Cómo no lo había pensado antes, se regañó a sí mismo. Porque de seguro que si él le hubiera dado el visto bueno con un «adelante», su hermano la habría echado para atrás en un abrir y cerrar de ojos. Pero ya era tarde para lamentarse, ya estaba hecho. Una vez más, no había podido reprimir sus impulsos y su hermano había sabido sacar provecho de ello, como siempre.

Por su parte, Samuel no pensaba rebajarse a Víctor. No estaba por la labor de dirigirle la palabra, no fuera a ser que su hermano lo malinterpretase como un hipotético remordimiento de conciencia, una inquietud. Porque no existía dicho sentimiento por una simple cuestión: él no se arrepentía de su decisión. Aún podía permitirse el lujo de hacer lo que le viniera en gana sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera a Víctor; y era lo que iba a hacer. Ese contrato no dependía del beneplácito de su hermano, sino de la conformidad de las candidatas, y Silvia había dicho que sí lo iba a firmar. Aunque no había sido la única, las otras tres seleccionadas también estaban dispuestas a rubricarlo. Pero Samuel solo podía elegir a una, y ya había determinado quién lo acompañaría durante dieciocho meses de su vida. Y a pesar de gustarle por su atrayente físico, debía reconocer que en parte se había inclinado en elegir a Silvia Ribas por llevar la contraria a Víctor. No obstante, también admitía la cualidad que más lo había seducido para elegirla: su carácter. Le había fascinado conocer a alguien que en el desapacible terreno de encararse a Víctor fuera parecido a él, que supiera desbancar la arrogancia que a veces desprendía su hermano, y que él comprendía como pura fachada para

esconder su vulnerabilidad, y que además lo hiciera sin despeinarse. Sin un ápice de duda, con todos esos puntos a su favor, tanto físicos como de personalidad, quería a Silvia. Si a su hermano no le gustaba o no lo aceptaba, a él no le iba a afectar ni le haría cambiar de idea. Era más, conocer su rechazo le agradaba, le causaba satisfacción. Resultaba un reto más que de nuevo iba a ganar y que, otra vez, lo llevaría a vanagloriarse.

Esa mañana en cuestión, cuando Silvia debía acudir a la cita con Samuel para saber si era la elegida, su cuerpo era un hervidero de nervios. Se esforzaba por mantener a raya las emociones, la incertidumbre, la expectación, el temor..., pero no lo conseguía. Era muy consciente de cuánto se jugaba, de que en unas horas la esperanza a la que llevaba días agarrándose casi con desesperación podía desvanecerse. Porque, de salirle mal la jugada, su vida se iría al garete: en una semana pondrían a su hermana y a ella de patitas en la calle. Por eso su cuerpo estaba dominado por unos nervios atroces que terminaban convirtiéndose en pánico. Pánico al desahucio, a la penuria, a sentirse una fracasada... Pánico por todo, en general. Y con el pánico a punto de controlarla, intentaba pensar en otras cosas para no perder la cordura e imaginaba lo fácil que sería vivir sin preocupaciones, lo bonita que debía de ser la vida de esa forma, sin un solo problema económico. A veces llegaba a imaginarse pareciéndose más a su hermana, una persona que nunca pensaba en nada que no fuera divertirse, que tenía la mente vacía de preocupaciones y a la que todo se lo daban resuelto y solucionado. Pero acto seguido se regañaba a sí misma. Cómo podía envidiar ser igual que Mirian, una descerebrada y egoísta. Aunque debía reconocer que en ocasiones casi necesitaba fantasear con ello para dejar de rayar la locura que le producía verse tan desamparada, tan menesterosa.

Silvia aún no le había contado a su hermana nada referente a ese trabajo que, si lo obtenía, podía sacarlas de la miseria en la que últimamente, por desgracia, andaban más hundidas. No tenía intención de adelantar acontecimientos hasta tenerlo seguro y atado. Bien amarrado. Pero como persona previsora que era, y ante la situación de insomnio a la que noche tras noche estaba sometida, sí había pensado en qué le contaría a su hermana de ser contratada. El trabajo que se inventaría para Mirian consistiría en servir

de interna para una pareja de jubilados extranjeros que alternaban su residencia entre su país y España, en una preciosa casa frente a la playa de un lugar que ya determinaría. Y eso le hizo pensar en el mar, en cuánto les encantaba a su hermana y a ella, su gusto por esa masa de agua salada era prácticamente lo único que tenían en común. Por eso cuando su madre las abandonó, y con la intención de contrarrestar la aflicción de una niña de solo doce años, todos los domingos Silvia bajaba a Mirian a la playa a pasar el día. Allí no paraba de jugar con ella, de saltar las olas, de hacer castillos de arena... Incluso permitía que su pequeña hermana la enterrase medio cuerpo en el arenoso barrizal cercano a la orilla. Durante el tiempo que pasaban en la playa de su Barceloneta querida, ambas eran felices; Mirian por corretear como una loca y Silvia por ver su felicidad.

Silvia era consciente de que con solo dieciocho años pasó de ser hermana a madre, y tener en esos duros momentos a Lara a su lado no solo le fue necesario, sino primordial. Lara era el puntal de su vida y la persona que más admiraba, pues siempre veía el lado positivo de las cosas. Hacía unos años se adueñó de una frase e hizo de ella su lema: «Nada va a poder con Lara Riaza, ni nadie me va a hacer perder la sonrisa. La vida es más bella con los labios estirados hacia arriba». Y en verdad aquella frase no era un mero eslogan en su vida, Lara lo llevaba a la práctica siempre; era su insignia. El mismo estandarte que portaba Silvia en cuanto a ser una mujer de coraje y peleona, aunque más seria que Lara. Los golpes a ella le agriaban de forma puntual el carácter y le impedían sonreír, pero tampoco era persona de regodearse en sus penas y miserias. Ambas sabían afrontar las dificultades y no amedrentarse ante ellas, pero en lo referente a sobrellevarlas, Lara y Silvia eran muy diferentes, y por tanto absolutamente complementarias.

Silvia decidió hacer caso a Samuel y para acudir a su casa tomó un taxi. Pudo hacerlo gracias al dinero que de nuevo le dio Lara, y que esta vez guardó entre sus pechos, en el sujetador, que ni siquiera se quitó para dormir a pesar de la incomodidad que le provocaba. Nada más bajarse del vehículo, unos nervios agresivos le aguijonearon el estómago y los intestinos. Las punzadas eran tan intensas que por unos segundos, mientras se acercaba al lujoso portal, llegó a sentirse mareada. Aunque era muy razonable que la

angustia le agujerease las tripas cuando estaba jugándose todo. Todo a una sola apuesta. Sí, todo o nada. En unos minutos su vida cambiaría para siempre, aunque podía hacerlo en direcciones muy opuestas dependiendo de la contestación de Samuel. Podía salir victoriosa o descalabrada, laureada o derrotada. Era lógico y normal estar de los nervios en un momento tan crítico y decisivo.

El uniformado portero volvió a abrirle la puerta y la saludó, ella respondió con un simple «hola» que osciló entre sus labios. Medio temblando, subió en el ascensor hasta el ático, aunque esta vez no reparó en mirarse en el espejo, su vista andaba anclada en la pared metálica, en una nada angustiada. Al salir, le sorprendió ver a Filiberto al lado de la puerta de la vivienda, como si estuviera aguardando su llegada. En ese mismo instante Silvia comprendió que debía templarse, era vital. Nadie debía percibir su carne trémula, agitada, ni comprobar el encrespamiento de piel que, debido a los continuos escalofríos, le ponían el vello de punta.

—Buenos días, señorita Silvia. Hoy ha sido muy puntual —comentó Filiberto nada más verla aparecer.

La aludida se quedó impresionada viéndolo tan imponente, vestido con su impecable traje negro, su semblante ataviado con una seriedad cariñosa inspiradora de confianza. Ese hombre le causaba una extraña mezcla de sensaciones, le infundía respeto a pesar de ser un mero trabajador de los Alvarado. Y quizá por esa misma razón, por ser el lacayo de aquellos hombres, le despertaba simpatía, casi cierta ternura. O igual lo que causaba la ternura era ver en sus ojos un ramalazo de buena persona, de nobleza. Le deslumbró el hecho de que recordara su nombre. Recibió a cuatro desconocidas el día de la entrevista, y lo lógico es que lo hubiera olvidado o se hubiera confundido con otro, algo nada reprochable. Ella, sin embargo, que solo debía acordarse del suyo, de uno solo, no lo recordaba con claridad.

—Buenos días..., ¿Gilberto? —expresó dudosa, pensando que ese no era su nombre, el suyo era aún más raro.

—Filiberto, señorita.

—¡Ah!, ya sabía yo que me equivocaba. Perdona, Filiberto.

—Perdonada. Aunque por un momento debo reconocer que me ha preocupado.

—¿Por? —interpeló Silvia con extrañeza.

—Porque como ha tardado tanto en contestar pensé en la posibilidad de que se hubiera quedado muda. —Forzó una torcida sonrisa que se esfumó con un simple pestañeo.

—¡Vaya! Es usted gracioso a pesar de su imagen seria.

Filiberto volvió a estirar de forma leve los labios en un nuevo intento por sonreír. Esa mujer desprendía algo que le agradaba, le suscitaba afecto. Silvia le parecía un alma honrada y generosa, virtudes que harían mucho bien a Samuel, pensaba él. Estaba convencido de que su compañía sería de lo más beneficiosa para el joven de los Alvarado.

—Si es un cumplido se lo agradezco, señorita Silvia.

—No sé si estará considerado un cumplido, yo solo he dicho lo que creo. Y ahora le pido que esté tranquilo y no se preocupe, como ha comprobado no estoy muda —bromeó junto a una sonrisa—. Tan solo intentaba recordar su nombre, por eso el largo silencio. Me daba cierto apuro no recordarlo cuando usted sí se acordaba del mío. Aunque en mi defensa alegaré que no es un nombre muy común que digamos.

—No se preocupe por eso, no es a la única persona que le ha ocurrido, y seguramente no será la última. —Una vez más hizo un intento por sonreír, aunque de la misma forma sutil—. Pero, por favor, pase, el señor Samuel la espera en la terraza —explicó mientras se adentraban en el ático.

—¿En la terraza? —preguntó con asombro.

—Sí. Al señor Samuel le encanta esa parte de la casa, adora estar frente al mar.

De inmediato, Silvia pensó que Samuel y ella ya tenían algo en común: el mar. A ella también le encantaba admirarlo y disfrutarlo.

—Pues vamos a la terraza, Filiberto. —Estiró los labios, andando junto a él.

—¿Le gustaría tomar un café, infusión, zumo o refresco? —preguntó el hombre mientras andaban por un largo pasillo de suelos de mármol y paredes decoradas con cuadros modernistas que los condujo hasta un ascensor.

Silvia estaba anonada contemplando la vivienda y se quedó asombrada al ver un ascensor dentro del ático. Pero al momento comprendió que ese

aparato era necesario para Samuel y su silla de ruedas. En menos de un segundo, el incipiente asombro mutó a lástima una vez más. No podía reprimir la compasión que le florecía hacia Samuel, un hombre muy joven al que su invalidez le había hipotecado la vida.

—Señorita Silvia, ¿le apetece tomar algo o no? —repitió Filiberto—. Vuelve a quedarse muda, no me ha respondido —recalcó, pulsando el correspondiente botón para que el ascensor se abriera.

—¡Oh, sí, perdone, perdone! —contestó con rapidez—. Lo siento, ahora me ha dejado muda la casa. Bueno, lo que estoy viendo. Es tan... tan... ¡Guau! —exclamó, contemplándola con cara de admiración.

—Si por «¡guau!» quiere decir que la casa tiene clase y estilo, no puedo negárselo.

—Yo diría clase y estilo muy lujoso, de los que cuestan un pico. —Silbó.

—Pero nunca confunda la clase y estilo de los hermanos Alvarado Gray con la ostentación, eso no va en el carácter ni en la personalidad de ninguno de ellos.

—Aún no puedo hacer ese tipo de valoraciones, para eso debería ver la casa al completo y convivir cierto tiempo aquí con ellos. Pero ya le adelanto que con solo el valor de uno de esos cuadros —señaló a los colgados por el pasillo— podría mantenerme por un largo espacio de tiempo.

—Eso tampoco se lo discutiré, señorita Silvia. Y ahora, si es tan amable, puede decirme si le apetece tomar algo.

—Claro, perdone de nuevo, Filiberto. Si no le importa tráigame un café.

—¿Cómo lo quiere?

—Solo y con una cucharada de azúcar.

—Muy bien. Ahora suba a la planta de arriba, allí la espera el señor Samuel. En unos minutos le llevo su café.

—Gracias, Filiberto.

—Y una cosa más, puede tutearme si quiere. —Apretó el botón para que el ascensor subiera.

—De acuerdo, lo haré —dijo ella, y las puertas se cerraron.

13

A Silvia no le resultó difícil saber dónde se encontraba la terraza, pues la amplia puerta de cristal se hallaba a pocos metros del ascensor. Además, la luz que entraba, unida al fresco olor de la brisa marina, marcaba un invisible pero patente camino. Al poner los pies en ella volvió a sentir un miedo punzante y desgarrador, los agresivos nervios se despertaron y, una vez más, le acribillaban las entrañas. Hasta notó como si el corazón quisiera abandonar su pecho y lanzarse al vacío para escapar. Inhaló una larga bocanada mientras sus impresionados ojos admiraban la decoración que exhibía el espacio al aire libre. La entrada estaba flanqueada por unas gigantescas macetas que contenían preciosos árboles y alguna que otra pequeña palmera. El suelo se vestía de las más bellas baldosas, conformando un mosaico en diferentes tonos de blancos y azules. Un gran cenador ocupaba una de las esquinas y daba cobijo a una larga mesa rodeada de sillas. Esparcidas por el lugar, aunque bien colocadas, había hamacas y pequeñas mesas, incluso alguna que otra silla. Farolas blancas, ornamentada su forja de forma magistral, bordeaban el perímetro de la enorme terraza. Se sumaban a la decoración un par de divanes haciendo juego con las farolas, un gran columpio y, completando el conjunto, antorchas esperando a ser encendidas al llegar la noche... A Silvia la terraza le pareció de ensueño; no le faltaba nada, ni el más mínimo de los detalles. Y no solo predominaba el buen gusto, a la legua podía comprobarse que, aparte de ser bonito, todo lo que contenía debía de ser extremadamente caro.

Pero a Silvia aún le faltaba admirar lo mejor, lo que en verdad tenía un valor incalculable en esa terraza: las vistas. Cegada por la tensión, no amplió su mirada más allá del hábitat al aire libre; tan solo vislumbró a Samuel sentado en su silla de ruedas, ocupando una pequeña parte de ese espacio de dimensiones magistrales. Con un pie delante de otro, echó a andar en dirección a él, despacio, con miedo pero de seguido, batiéndose en duelo con la esperanza y la desesperación a cada paso que daba. En ese instante, cuando se acercaba el crucial momento, su corazón empezó a latir desbocado. Mientras andaba, y como en un acto reflejo, alzó la vista en la misma dirección que Samuel miraba. De súbito, Silvia perdió el aliento al

contemplar el mar de fondo, la maravillosa vista que ofrecía desde esa perspectiva.

Samuel no volteó la cabeza, parecía absorto en la imagen, hipnotizado por ella. Silvia prosiguió acercándose con pasos cortos, pero sin parecer vacilante, aun siendo presa de los nervios de forma violenta. Era tal la desazón que la estaba gobernando que incluso creyó que las piernas le fallarían en cualquier momento; las sentía tan débiles que sería comprensible que cedieran y le hiciesen caer. Armándose de valor, intentó calmarse; debía aparentar tranquilidad. Y creyendo que lo estaba consiguiendo, que era capaz de dominarse, una cuestión asaltó su cabeza. Con una velocidad pasmosa, semejante a la de la luz, el asunto penetró en su cerebro y retumbó en él, dando al traste con la serenidad conseguida por unos escasos segundos. No paraba de preguntarse por qué estaba sola en la terraza, sin el resto de candidatas, si era la primera en llegar o Samuel las había citado a diferentes horas.

Por fin, Samuel ladeó la cabeza y vio a Silvia, que estaba prácticamente a su lado. De nuevo esa atractiva mujer venía con aquellos pantalones vaqueros que tan bien le sentaban y que a él, en concreto, le encantaban. Pero esta vez no llevaba el jersey con escote a pico que le incitaba a fantasear con sus generosos pechos. Ahora lucía una blusa color crema, entallada y desabrochada hasta el tercer botón, que solo dejaba asomar el principio de su pronunciado canalillo. Samuel volvió a rogar al cielo para que se produjese el milagro y, una vez más, su entrepierna reaccionara ante la visión. Sin embargo, en esta ocasión no sucedió nada, ni la más mínima palpitación de deseo. Aunque no se frustró por ello, sabía que lo anormal fue sentir revivir esa parte de su anatomía casi muerta. De modo que, sin más preámbulos compasivos de su desgracia, recibió a su elegida como se merecía, con una radiante sonrisa.

—Buenos días, Silvia, ¿qué tal? —preguntó con amabilidad.

—Bien... —vaciló—. No, no te voy a mentir, estoy algo nerviosa — admitió, sabiendo que decir que estaba «algo nerviosa» era una gran falacia, pues se encontraba angustiada por completo.

—Pues tranquilízate, no debes estar nerviosa, mujer. Anda, siéntate un momento y admira el mar, eso suele relajar mucho, o al menos a mí me sucede cuando lo contemplo.

Silvia cogió una silla, la acercó al lado de Samuel y se sentó de cara al mar, aunque con los mismos agónicos nervios en contienda con sus vísceras. Para Samuel era fácil pedirle que estuviera tranquila, él no tenía ni idea de cuánto se jugaba ella con su contestación. Las preguntas sobre las otras mujeres no paraban de taladrarle el cerebro, haciendo su interrogante mayor por segundos. Con tanta interpelación y dudas pululándole por las neuronas, no pudo evitar soltar un enérgico suspiro.

—¿Y ese suspiro? —preguntó Samuel, mirándola fijo.

—¿Y el resto de candidatas? —demandó, haciendo caso omiso a su pregunta.

—No debes preocuparte por ellas —repuso serio.

—No, es cierto. Pero sí quiero saber qué has decidido respecto a mí.

En ese momento Filiberto hizo acto de presencia.

—Señorita Silvia, aquí tiene su café, solo y con una cucharada de azúcar —dijo dejárselo sobre una mesita que había acercado hasta su lado—. Espero que sea de su agrado. No sé cómo le gusta, si suave o cargado.

—Seguro que está perfecto. Gracias, Filiberto.

—¿Desea algo usted, señor?

—No, Fil, gracias, puedes marcharte. Quizás en un rato te necesitemos, pero por el momento no. Y de precisar tus servicios te llamaré, ya lo sabes —aseguró, mostrándole el teléfono móvil.

—De acuerdo —concluyó el hombre, y abandonó la terraza con su paso tan firme como elegante.

—Ahora tómate el café y después hablamos del tema que tenemos que tratar —explicó Samuel a Silvia.

—¿Y qué más te da decírmelo ya? ¿Por qué debo tomarme el café antes? —protestó llena de incertidumbre, estaba al borde de la desesperación y requería conocer cuanto antes su respuesta.

—Porque diez minutos más o menos ya no van a cambiar nada, ¿no crees?

—Pues vale, me lo tomaré —murmuró con resignación.

Silvia tomó la taza con la intención de beberse el café de un trago, pero el

líquido estaba bastante caliente.

—¡Mierda, cómo quema! —soltó cabreada, dejándolo veloz sobre el plato.

La boca de Samuel despidió una imprevista carcajada. Le resultaba muy graciosa y espontánea esa mujer de melena oscura a juego con sus ojos negros como la noche. Sabía que había acertado con la elección en todos los aspectos, tanto físicos como en su conjunto de cualidades personales.

—Es normal, Fil lo acaba de hacer, ¿cómo pensabas que iba a estar? Sopla un poquito.

—¿Y a ti qué más te da darme tu respuesta de una vez? —interpeló casi a la defensiva, enrabiada como una niña pequeña. La alteración que contenía su ánimo no hacía más que golpearla de seguido con puños intolerantes, y el cerebro no paraba de gritarle la misma frase una y otra vez: «Peligro, no sabe cómo deshacerse de ti».

—¿Y a ti te cuesta tanto esperar? —preguntó Samuel en un tono de cierto reproche, pues su comportamiento impaciente le pareció un poco pueril.

—Pues mira sí —afirmó rotunda—. ¿Y sabes por qué? Porque no me gustan nada los rodeos. Siempre suelo ser clara e ir de frente, y así quiero que lo hagan conmigo. De modo que si estás tratando de alargar el momento porque no sabes cómo decirme que no he sido la elegida, suéltalo de una vez y punto, sin más florituras ni cafés de por medio —manifestó de seguido, y, tras tomar aire, agregó—: Sé encajar las derrotas, Samuel, no pienses que voy a ponerme a llorar como una chiquilla desvalida, te puedo garantizar que de peores situaciones he salido con la cabeza muy alta. —Dejó asomar una arrogancia ensoberbecida—. Además, te voy a ser muy franca, no espero ser la elegida, sé que mis rivales son mujeres muy guapas, con mucha clase y estilo, y seguramente con estudios superiores, con carreras, algo de lo que yo carezco —explicó asintiendo—. Aunque te diré una cosa: no tendré un título en el que diga que soy licenciada en algo, pero no soy tonta. Me considero una persona inteligente que siempre ha intentado aprender y superarse, y lo he conseguido a base de adquirir conocimientos por mi cuenta. De hecho, tú mismo me dijiste que el test estaba muy bien, y yo sé que era así, no me costó ningún esfuerzo hacerlo, no vayas a pensar que fue de chiripa. Si bien lo que creo que más me distancia de las otras es algo que tú tampoco habrás pasado por alto: una clase social diferente. —Paseó la mirada por Samuel que

permanecía callado, contemplándola con una expresión comedida, y prosiguió con su soliloquio—: Sí, hablemos claramente, sin tapujos, tú eres un niño rico y yo soy de clase muy humilde. O, como diría tu hermano, el gran arrogante, una muerta de hambre. Pero ¿sabes una cosa? No tendré dinero, sin embargo me sobran principios —admitió con orgullo—. Estaba dispuesta a aceptar este peculiar trabajo solo por una causa, por no ver a mi hermana en la calle; ella es mi responsabilidad. Y lo admití porque las cláusulas me parecen muy coherentes y porque no tendré que hacer ninguna acción que me avergüence o me haga sentir como una prostituta —declaró llena de dignidad—. Pero, como te he dicho, sé encajar las derrotas y no me gusta que nadie sienta pena de mí, sé apañármelas, llevo años haciéndolo. Así que escúpelo de una vez sin más coba para que pueda marcharme de aquí a la mayor brevedad. —Tomó una honda bocanada de aire que devolvió de forma lenta a la atmósfera, cargada en ese momento de un incómodo silencio.

—¿Has acabado? —preguntó Samuel observándola serio, mucho.

—Yo sí, ahora acaba tú cuanto antes —sugirió, poniéndose de pie.

—Primero, no me gusta que me echen sermones, y tú acabas de echarme uno de los buenos. —Silbó—. Segundo, tampoco me gusta que la gente hable por mí, como tú acabas de hacer.

—Perdona, yo solo he sido sincera, he expuesto hechos obvios y...

Samuel la interrumpió con un impetuoso movimiento de la mano, haciéndola callar, amonestándola con la mirada tanto como con su dominador silencio.

—Te pido que no me interrumpas, tal y como yo he hecho —le solicitó con exigencia—. Te he escuchado de principio a fin, a pesar de no estar de acuerdo con muchas de las cuestiones que has dicho y dado por sentado. ¿Vale?

—Sí —contestó ella en voz queda, aunque reprimiendo un tono enfurecido. En ese momento la paciencia había dejado de ser una de sus virtudes.

—Cuando puse el anuncio, que yo recuerde, Silvia, no mencioné nada sobre tener carrera o un determinado estatus social. Mis requisitos fueron: buena presencia, aspecto físico agradable, educada, con saber estar y un nivel aceptable de cultura, que sería verificado por un test con el que demostrar el

coeficiente intelectual. Creí que tú cumplías todos los requisitos, por eso fuiste una de las seleccionadas —explicó con un timbre teñido de amonestación. Y haciendo una breve pausa emitió un suspiro y, más calmado, continuó—: Cuando ideé este trabajo era consciente de que debía estar bien pagado por lo que supone, al igual que comprendía que nadie que estuviera en una situación holgada contestaría a semejante anuncio. De hecho, nadie en tal posición buscaría en Internet ningún tipo de trabajo. Todas las candidatas atravesáis un mal momento económico y todas necesitáis ese dinero, lo habéis recalcado en el vídeo sin ni siquiera saber cuánto percibiríais. Pero en ti vi algo que en las otras no, y ahora tú, con tu explicación, me lo acabas de confirmar. Tú buscas el bienestar de tu hermana más que el tuyo propio, te sacrificas por ella, y eso me hace entender que eres una persona muy generosa y entregada, valores difíciles de encontrar a día de hoy. Valores que yo busco y necesito.

Silvia hizo intención de abrir la boca, pero la mirada de desacuerdo de Samuel la llevó a no despegar los labios. Era cierto que él no la había interrumpido en ningún momento, y resultaba de mala educación hacerlo por segunda vez después de haber sido reprendida al respecto.

—Si me permites acabar, solo añadiré que estoy seguro de que eres una mujer de principios y que nunca he tenido en cuenta la diferencia social que pueda existir entre tú y yo. Me he fijado en que eres una mujer con carácter que sabe valerse muy bien por sí sola, eres de las que se pone el mundo por montera y hace frente a los problemas tan solo buscando soluciones, algo que admiro mucho. —Asintió con firmeza—. Por eso mismo sé que, debido a tu personalidad, no eres ninguna desvalida y sabes encajar y superar las derrotas, seguro que te creces ante ellas —aseguró, convencido de que Silvia era una luchadora nata como él.

Con ganas de hablar pero con el miedo de ser amonestada por tercera vez, Silvia permaneció en silencio, mirando a los azules ojos de Samuel que en ese momento parecían asomar un atisbo de admiración.

—¿Qué pasa? ¿Ahora no quieres decir nada? —preguntó confuso.

—Perdona, no sabía si habías terminado y quería volver a interrumpirte.

—Pues ya he acabado, ya te lo he dicho todo.

—Todo no. No me has dicho lo único que te he preguntado —habló veloz—. Yo te habré echado un sermón, pero tú no te has quedado corto, y encima

no me has aclarado nada.

Una estridente carcajada brotó de Samuel dejando a Silvia más desconcertada todavía.

—¿Te estás riendo de mí? —inquirió con malos humos.

—No, para nada —afirmó entre risas—. Desde luego que no me río de ti, pero no puedo entender que aún me digas que no te he contestado.

—¡Joder, es que no lo has hecho! —exclamó haciendo aspavientos.

Samuel, sonriendo y zarandeando la cabeza, cogió el teléfono y se comunicó con Filiberto.

—Por favor, sube lo que te he indicado antes. Y rápido. Gracias. —Colgó.

De inmediato, Silvia pensó que con ese «lo que te he indicado antes» Samuel se referiría a pagarle los cien euros que prometía el anuncio para las seleccionadas.

—Pero siéntate, por favor —le solicitó mirándola y sin perder la sonrisa.

—No gracias, estoy bien de pie, no te preocupes por mí. —Otro suspiro, esta vez lacónico, volvió a escapar de su boca entretanto pensaba qué iba a hacer. No había conseguido el trabajo, todas sus esperanzas se habían esfumado y estaba perdida.

—¿Sabes? Me gustas, Silvia, me gustas mucho.

—Claro, por eso mismo no me has elegido, porque te gusto mucho —escupió con ironía.

—No te enteras de nada, ¿verdad?

—Samuel, créeme, no estoy para adivinanzas ni tengo ganas de hablar. Me habías caído simpático, de modo que no lo estropees. Mejor conservar un grato recuerdo. —Resopló.

Filiberto apareció de repente portando una cubitera plateada con una botella de champán y dos copas colgando de ella. Silvia miró confundida a Samuel y después a Filiberto, quien depositó la cubitera sobre la mesa en la que permanecía el café de Silvia. Sacó la botella, la descorchó y llenó ambas copas.

—Habrá que brindar, señorita Silvia —enunció Filiberto al tenderles

ambas copas, pero el único en cogerla fue Samuel.

—Claro, encima brindamos. ¡Qué bien! —exclamó de forma sardónica, sin salir aún de su aturdimiento aunque imaginando que con ese detalle lo que Samuel pretendía era demostrar que podía descorchar champán cuando quisiera y le diera la gana, habiendo motivo o no. Ya le veía dándole un sobre con el dinero fijado mientras le decía: «Lo importante es participar, Silvia. Anda, brindemos». Pero para ella lo primordial era ganar, conseguir ese trabajo; y se indignó más con sus pensamientos. Tanto, que tuvo que apretar los dientes, los puños y todo su cuerpo para contener las ganas de derramar el champán por la cara de ambos.

—Filiberto, puedes marcharte —anunció Samuel, posando la copa sobre la mesa.

El hombre hizo lo mismo y dejó en la mesa la copa que Silvia acababa de despreciar. Acto seguido, y confundido por la reacción de esta, abandonó la terraza sin mediar palabra.

—¿Brindar?! ¡Qué desfachatez, por Dios! —exclamó Silvia enojada—. Encima os burláis de mí y en mi propia cara, descaradamente —siseó—. Mira, mejor me marchó antes de cometer alguna insensatez de la que luego pueda arrepentirme.

Los pies de Silvia, sin la menor vacilación y taconeando con brusquedad los altos zapatos de Lara, se encaminaron veloces hacia la salida de la terraza. Samuel se quedó tan sorprendido como aturdido por su reacción, Silvia no había entendido nada de nada, lo había malinterpretado todo y debía aclarárselo antes de que se marchara.

14

—¡Silvia, oye, espera! —grito Samuel, empujando con celeridad las ruedas de su silla para seguirla y pararla. Pero Silvia no aminoró la marcha a pesar de escucharle y de intuir que iba tras ella—. ¡Silvia, para, por favor! —vociferó de nuevo.

Samuel consiguió llegar a ella antes de que alcanzara la puerta de salida y la sujetó del brazo, pero Silvia se zafó de su mano con un brusco tirón y, dándose la vuelta, lo miró con rabia.

—¿Qué pasa, no te has reído ya bastante de mí? ¿Quieres más? —chilló, levantando el orgullo en su defensa tanto como su voz.

—Silvia, cálmate y piensa, por favor.

—¿Y qué más quieres que piense? Te he dicho que no estaba para adivinanzas, así que no me toques más las narices, Samuel —respondió a voz alzada, cabreada, clavándole la mirada.

Samuel la contempló con un matiz de forzosa paciencia.

—Uno brinda para celebrar algo, Silvia. ¿No crees?

—Pues celébralo con tu elegida, no marcándote un brindis conmigo por pena, como premio de consolación —soltó enojada—. Eso sería lo más razonable, ¿no crees? —repitió su pregunta con burla.

—Eso trato de hacer. —Suspiró—. Pero la elegida se ha empeinado en no serlo y quiere marcharse. Parece ser que no se entera de nada.

Silvia lo miró boquiabierta, estudiando sus palabras, dejando abrirse a su cerebro que estaba muy cerrado, bloqueado, sugestionado creyéndose el perdedor de la partida. Procesó uno a uno los vocablos de Samuel mientras contemplaba una risueña sonrisa en sus labios.

—A ver, ¿te has enterado ya de que tú eres la elegida para el trabajo, Silvia? Por eso Filiberto ha traído el champán y te ha invitado a brindar, y por eso yo trato de celebrarlo contigo antes de firmar el contrato.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó titubeando.

—Creo que no es un tema para bromear, ni mucho menos —aseveró,

esperando que reaccionase.

—¡Dios, perdona! —exclamó avergonzada, hundiendo su rostro entre las manos. Durante un largo rato, la tensión que originó su silencio fue la protagonista. Hasta que al fin decidió desenterrar la cara y mirar a Samuel, que esperaba sus palabras con impaciencia—. Pensarás que soy una auténtica gilipollas, algo que no puedo censurarte. —Resopló con fuerza, sintiendo al rubor quemarle las mejillas.

—No creo que seas ninguna gilipollas, Silvia —comentó con calma—. Pero admitiré que hoy parece que andas muy corta de reflejos, todo lo contrario al otro día con mi hermano, desde luego. —La comisura izquierda del labio de Samuel se estiró ligeramente mientras él recordaba la escena.

—¡Oh, por favor, no me hables de tu hermano ni me recuerdes lo del otro día! —De nuevo resopló, aunque esta vez a la expulsión de aire no la acompañaba la vergüenza, sino la rabia. Un fuerte enojo al recordar lo que pasó—. Mejor olvidemos eso, ¿vale? Y en cuanto a lo de hoy, no sé..., he tenido la sensación de que querías alargar la respuesta, y cuando uno da largas es porque no sabe cómo quitarse el muerto de encima.

—¡Ah! Pero ¿también había un muerto? —bromeó.

—Tú ya me has entendido, no te hagas el tonto —replicó cortante, aún se encontraba un poco a la defensiva—. Las personas como tú también saben expresarse con una jerga más de barrio. Y no solo eso, además sabéis hablar mal y decir tacos. Algunos muchos. Aunque la gran mayoría lo soléis hacer en privado por el qué dirán.

—¿Las personas como yo? —interpeló, frunciendo los labios.

—Sí, los ricos, la gente pudiente, adinerada. Los que pensáis que estáis por encima de los demás por vuestro estatus. Los que presumís de tener mucha educación y luego sois unos hipócritas que mostráis vuestra finura de cara a la galería y al final resultáis ser como el resto de los mortales —vertió sin tapujos—. He calado a muchos de esos, he sido empleada para alguno de ellos. En una ocasión trabajé durante un verano ayudando a la niñera de un importante empresario que tenía cuatro hijos. El tipo sería muy rico e importante, pero tenía una boca de lo más soez. En más de una ocasión tuve que reprimirme las ganas de llamarle la atención, e incluso me apeteció lavársela con jabón —explicó casi con enojo—. Y te aseguro que no solo tienen una boquita de lo más grosera, algunos son mala gente y tienen el

corazón de piedra. Quieren aprovecharse de las miserias de sus trabajadores, creen que con dinero o con poder pueden comprarlo todo, no conocen el significado de la palabra *empatía* y son incapaces de mostrar piedad por nadie.

—¡Joder, vaya repaso nos has dado a los de mi «estatus»! —Samuel recalcó la última palabra con énfasis.

—Perdona si he sido demasiado clara, pero no suelo tener pelos en la lengua. Aunque también sé que no se debe generalizar y tampoco quiero que te sientas ofendido; en realidad, yo aún no puedo juzgarte en ese sentido, no te conozco lo suficiente. Sin embargo, sí te adelanto que estoy convencida de que tu hermano encaja en esa descripción de manera perfecta.

—A mí también me gusta la sinceridad, Silvia, y no te voy engañar, llevas mucha razón en lo que dices. —Asintió—. Lo sé de buena tinta porque yo he sido espectador de esos estirados trajeados que creen estar por encima del bien y el mal, que suelen soltar barbaridades por la boca dejando al descubierto su verdadera personalidad, rastrera y cruel —convino—. Es más, te puedo asegurar que cuando algo sale mal en nuestra compañía, la junta de accionistas se convierte en lo más ordinario que podrías imaginar y en todo un nido de víboras. La blasfemia junto a la más tosca y violenta imprecación toman el control. Serían capaces de despellejarse entre ellos mismos con tal de ascender, por no hablar de la tiranía con la que tratan a los que están por debajo.

Silvia sacudió la cabeza y dijo:

—No me descubres nada nuevo. —Hizo una breve pausa con la que no paró de escudriñarlo con la mirada—. Pero ¿y tú? Tú no te has incluido, Samuel. ¿Acaso tú eres la excepción que confirma la regla? ¿Tú eres el niño bueno que no habla mal ni hace daño a nadie? —preguntó con un ápice de mordacidad, cruzándose de brazos y cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro a espera de su respuesta.

—No, ni mucho menos, yo también guardo lo mío. Reconozco que soy mal hablado, que en más de una ocasión soy el protagonista de una larga ristra de palabrotas y groserías de importante calibre. Aunque, como bien dices, eso lo dejo para la intimidad o con los más conocidos, de cara al resto mantengo las formas. Al igual que no negaré haber sido cruel con algunas personas a las que he lastimado, si bien alegraré que siempre lo he hecho para

defenderme. —Pensó en la relación con su padre y hermano, las personas con las que siempre había estado en continuo estado de ataque-defensa. Aunque de inmediato desalojó esos pensamientos para centrarse en lo que le importaba en ese momento—. Pero, por favor, retomemos lo nuestro, nos hemos desviado enormemente del tema que estábamos tratando y se me han quedado en el tintero un par de cosas que quería decirte.

—¿Cuáles? —interpeló Silvia mientras lo analizaba. En verdad le parecía sincero, de los que no se mordían la lengua a la hora de exponer hechos, y eso le agradó.

—Pues la primera, aunque ya te la he dicho, quería explicarla —observó—. No pienso que seas una gilipollas, como tú crees, tan solo opino que venías muy sugestionada, casi convencida de que no serías la elegida, y por eso no has sabido interpretar mi explicación. Le has dado la versión que tú has querido, ni más ni menos, y te has confundido. ¿Y sabes por qué ha sucedido? Porque te has infravalorado desde un principio. ¿A que llevo razón?

Silvia se quedó asombrada tras oírle, parecía que Samuel le había leído la mente.

—Sí, la llevas, no te lo voy a negar. Desde que vi a las otras tres candidatas me he creído inferior a ellas —confesó asertiva.

—Pues mal hecho, Silvia, nunca debes sentirte menos que nadie. Tú eres tú, y como tú no hay nadie más en el mundo. Cada uno de nosotros somos únicos, recuérdalo.

—Lo haré, muchas gracias. —Sonrió; por un momento, esas palabras le hicieron sentirse especial—. ¿Y qué más querías decirme?

—Lo segundo es sobre mi hermano, al que tú consideras un arrogante, un chulo y un pijo de mierda, entre otras cosas. Al menos eso te oí decir el otro día, y hoy aún le has catalogado de cosas peores con tu explicación sobre las personas de nuestro «estatus». —Masticó la última palabra.

—Lo siento yo...

—¡Chisssss! No voy a pedirte que te disculpes, eso son cosas entre Víctor y tú, yo no tengo nada que ver. Lo único que quería comentarte es que, gracias a ese niño, como también lo llamaste, yo he podido conocer un poco tu carácter, al menos estando cabreada. —Perfiló una media sonrisa—. Y hoy

he descubierto otra parte de tu personalidad: la reacción ante el desconcierto, cuando te encuentras algo perdida o tus planes no salen como esperabas. En ambas situaciones muestras las uñas y te pones en posición de ataque. Me gusta esa actitud, Silvia, no soporto a las personas que se amilanan y solo saben compadecerse de sus desgracias en lugar de pelear. Porque eso es la vida, una lucha continua —concluyó observándola con firmeza, a la vez que en meros segundos repasaba su vida, la batalla que había venido librando desde que tenía uso de razón.

Silvia lo contempló marcando una sutil sonrisa, sintiendo cómo revivía su ánimo y empezando a comprender que había sido la elegida para tan peculiar trabajo. Su corazón había empezado a gritárselo a pleno pulmón, a la par que daba un toque de atención a su cerebro para que reaccionara de una vez. Y, sintiendo expandirse por su cuerpo un cosquilleo que le colmaba la boca del estómago de júbilo, la sonrisa se hizo amplia, grande, inmensa.

—Creo que tú también vas a gustarme, Samuel —reconoció, anhelando firmar el contrato cuanto antes para ver su deseo hecho realidad—. Desde luego, el tiempo que pase junto a ti va a resultarme de lo más grato e interesante. Tienes tres cualidades muy importantes para mí: eres sincero, no pareces un creído y, sobre todo, no eres ningún muermo de hombre.

—Gracias por los halagos, señorita —declaró orgulloso—. Estoy seguro de que tú y yo vamos a empastar muy bien y disfrutaremos de esos dieciocho meses a tope. —Le guiñó el ojo.

—¡Lo ves! Ahora sí has sido claro del todo. Esa era la frase que tenías que haber dicho desde un principio.

—Pues te la digo ahora: Eres la elegida, Silvia. Aunque llevo diciéndotelo de diferentes formas desde que has llegado. Asímelo de una vez, eres tú la que firmará el contrato. —Estiró los labios hasta casi rozarle las orejas.

Tras oír las frases de Samuel, Silvia notó cómo se desplegaba por sus adentros un batir de alas inconmensurable. Se sintió vencedora y, con la premura de la pólvora, subió los peldaños de la esperanza; lo hizo de dos en dos, hasta llegar al más alto, en él se proclamó ganadora. Pero batalló por dominar el sinfín de emociones que la embargaba, el vendaval que arrasaba su alma tras remolonear en su paladar la clara respuesta de Samuel, la solución a sus problemas, el milagro que precisaba y parecía existir. En ese

momento tenía el corazón tan rebotante de felicidad que no sabía si sería capaz de contenerse. Quería gritar, reír, llorar... Y, dominando la contención mientras se colocaba una imaginaria corona de laurel encima de su ficticio pódium, le miró con los ojos chispeantes y vidriosos, alojados en alegría, cargados de sentimientos..., y ensanchó la sonrisa hasta más no poder.

—Pues entonces primero firmemos el contrato y después brindemos.

—¡Vaya! También eres una mujer muy precavida. Primero zanjar el asunto y después celebrarlo.

—Dicen que mujer precavida vale por dos. ¿O no lo has oído nunca?

—Cada vez me gustas más, a pesar de tu incomprensible lapsus ante mis explicaciones. —Sonrió de nuevo, sacando de un lateral de la silla un documento, el contrato y un bolígrafo—. ¿Nos acercamos a la mesa y rubricamos el acuerdo?

—Desde luego —contestó ella, empujando la silla de Samuel hasta la mesita, algo que a él le pilló desprevenido, aunque le resultó gracioso por las súbitas prisas.

Sin embargo, de repente, mientras Silvia sujetaba el bolígrafo a punto de estampar su firma, paró. Su gesto tornó a seriedad y, de un plumazo, se esfumó cualquier resquicio de sonrisa en su boca. Despacio, ascendió la vista hacia Samuel e intentó hablar, aunque su actitud para vaciar vocablos fue de lo más vacilante. Abría la boca, pero no articulaba sonido alguno, como si no supiera qué decir o no encontrara las palabras adecuadas; y volvía a cerrarla por un par de segundos. Eso desconcertó mucho a Samuel.

—¿Qué ocurre, Silvia? —preguntó inquieto. El gesto de la bella joven había dado un radical giro de ciento ochenta grados.

—Antes... —Silvia cerró los ojos un instante, rogando al universo que no hubiera problemas con lo que iba a solicitar. Al abrirlos, fijó su vista en los ojos azules de Samuel—. Antes de firmar debo pedirte un gran favor. —Su voz adquirió un tono lastimero.

—¿El qué?

—Es sobre el dinero —susurró con apuro, notando el pulso renqueante.

—¿Qué ocurre con el dinero? —inquirió Samuel, desconcertado.

—Verás, estoy en serios aprietos y preciso que me adelantes por lo menos

medio mes. Debo seis meses de alquiler y, si no lo pago antes de una semana, perderé el piso. —El rubor le atropelló el rostro al confesar algo tan personal, de índole tan privada—. Es cierto que yo tengo donde vivir ahora, por el tiempo de duración del contrato, pero mi hermana no. —La tristeza hizo mella en su semblante.

Samuel, sin tener que esforzarse, apreció la pena y vergüenza con que Silvia había hecho esa íntima confesión y sintió lástima de ella.

—No te preocupes, te adelantaré el mes entero. Rellena el espacio de los datos bancarios que hay en el contrato y mañana mismo lo tendrás a tu disposición.

—Si no te importa, preferiría que me pagaras en efectivo, por favor. Tanto ahora como el resto del tiempo. —Su voz rogaba igual o más que sus palabras.

Silvia había elaborado un plan y para ello necesitaba que el pago por su trabajo no fuera ingresado en la cuenta corriente de su entidad bancaria. Tenía que cubrirse las espaldas con respecto a su hermana, y para lograrlo ella no debía enterarse de lo que iba a ganar. Porque, de ser Mirian conocedora de la remuneración salarial, estaba convencida de que llevaría un tren de vida tan alto que en dos días se habría dilapidado todo el dinero disponible, y más. Por eso Silvia, llegado el caso de conseguir el trabajo, había confeccionado una estrategia que consistía en pasarle a Mirian una cantidad fija con la que poder vivir holgadamente. El resto del dinero lo ahorraría, y para ello abriría una cuenta en otro banco e iría guardándolo para cuando el trabajo llegara a su fin. De ese modo, ambas podrían sobrevivir durante un amplio espacio de tiempo hasta que ella consiguiera otro empleo. Había que ser previsor, palabra que no se encontraba en el escaso vocabulario de Mirian pero que ella dominaba a la perfección.

Al ver que Samuel no respondía a su petición, Silvia pensó que su plan podía malograrse y la angustia la apesó.

—Te lo ruego, Samuel. —Su mirada se impregnó de un cariz muy tristón, henchido de desasosiego—. ¿O supone un problema para ti?

—No, ninguno, pero...

Samuel calló de nuevo y la miró extrañado. Para tal cantidad de dinero era mejor hacer una transferencia bancaria, pero ante la tristeza que emanaba

de Silvia creyó oportuno no discutir. Era duro ver cómo, en milésimas de segundo, el semblante se le tiñó de desconsuelo y la aflicción danzó por sus ojos negros adueñándose de su alma. Percibir esa pena desfigurando la alegría de hacía unos minutos logró que su corazón le sacudiera con ímpetu. Fue entonces cuando comprendió que la situación de esa bella mujer era peor de lo que le había expuesto; en verdad parecía ser de extrema penuria.

—No te preocupes. El lunes, cuando te vengas a vivir aquí, te daré el dinero —resolvió, añadiendo una mirada pesarosa y posando la mano encima de la de Silvia a modo de ánimo.

—¿El lunes? ¿Tan pronto? —preguntó intranquila, apartando su mano en un puro acto reflejo.

—Sí, el lunes. Debes darte a conocer como mi asistente personal, de la que en unos meses me habré enamorado y le pediré matrimonio. No quiero demorar más todo esto, no puedo permitírmelo, Silvia. ¿Algún problema al respecto?

—No, claro. Pero...

—Pero ¿qué? —la interrumpió.

—Que me resulta extraño oírte hablar de esa forma, diciendo que no puedes permitirte ir más despacio con esto. ¿Por qué? ¿Por qué no puedes? —demandó sin pensar.

Samuel la contempló con recelo, Silvia desconocía su enfermedad y a lo mejor, de saberlo, no estaría dispuesta a firmar el contrato. Era fácil que durante los próximos dieciocho meses él sufriera alguna crisis, su salud se resintiera, empeorase. Pero también tenía muy claro que ella no sería la que tendría que velar por él, sino los médicos. Y el primero en dar la voz de alarma y activar el protocolo a seguir sería Filiberto, como siempre. A Silvia no le iba a afectar en nada lo que le ocurriese, no variaría el contrato ni sus cláusulas; si bien se reconocía a sí mismo que en algún momento debería contarle la verdad.

—Algún día sabrás el porqué, pero por el momento prefiero no hablar de ello. —Su gesto se tensó.

—Desde luego, perdona —contestó Silvia, pensando que igual se estaba metiendo en donde no la llamaban. Cambiando el tema de conversación, con voz dulce dijo—: Y muchas gracias, Samuel, no sabes lo necesario que es

este trabajo para mí.

—Pues entonces firmemos de una vez y brindemos por ello, ¿no?

—Sí, hagámoslo. —Asintió, variando de nuevo su actitud y mostrando una radiante sonrisa. Todo se estaba resolviendo de forma favorable para ella.

De improviso, y para su asombro, Samuel le quitó el bolígrafo a Silvia, que se quedó boquiabierta mientras le observaba rubricar el contrato. A continuación, y añadiendo un pestañeo de ojo, se lo devolvió y admiró cómo lo firmaba ella. Contempló la templanza a la hora de mover el bolígrafo sobre el papel, las curvas de su primera inicial, la suavidad en las demás letras, el movimiento rápido de los últimos trazos... Su firma tenía estilo. Era bonita a la par que elegante. Muy señorial. Era un sello que marcaba una distinción en Silvia. No todo el mundo tenía clase a la hora de estampar su nombre.

Con una sonrisa, ambos estrecharon las manos y Samuel guardó el contrato en el mismo lugar del que lo había sacado. Silvia observó con obstinación el mar, con las manos colocadas en el regazo, una sobre otra, y aspiró el aire fresco de la brisa marina que se adueñaba de la terraza. Después Samuel tomó su copa y le ofreció a ella la suya. Las chocaron y brindaron por su nueva y finita vida en común.

—Jamás habría imaginado firmar un contrato de trabajo con tan buen escenario de fondo —comentó Silvia nada más terminar de dar el primer sorbo de champán, sin apartar la mirada del hermoso y bello mar que tenía frente a ella.

—Sí, es el lugar más bello del mundo. Adoro estar en esta terraza observándolo, llenándome de su paz y su aroma. Es la mejor vista, al menos para mí.

—Estoy de acuerdo contigo, para mí tampoco puede haber una vista mejor. Yo también soy una enamorada del mar.

Un imprevisto viento se levantó y ondeó sin parar la morena melena de Silvia, que se vio obligada a sujetarla con rapidez, esbozando una sonrisa cargada de alivio y a la vez de infinita felicidad. Samuel la miraba embelesado; en realidad, le parecía una mujer tan bella como inteligente, y echó otro trago de champán para ahogar un suspiro henchido de melancolía por lo que él era, por lo que ya nunca podría ser: el hombre de antaño.

—Te aseguro que siempre recordaré este mágico momento en el que por

fin mi vida ha cambiado para mejorar, aunque solo sea por un tiempo limitado —explicó Silvia volteando la cabeza para mirarlo, y descubriendo en sus ojos un asomo de sosegada tristeza que prefirió ignorar—. Estaba harta de saborear siempre las hieles en lugar de las mieles.

—Pues brindemos una vez más. —Samuel se despojó de la súbita aflicción y desplegó los labios para regalarle a Silvia una bonita sonrisa—. Ahora hagámoslo por tu nuevo y dulce sabor de boca, por estas preciosas vistas, por el contrato y por nuestro mutuo cambio.

—Muy bien, brindemos de nuevo. —Acercó su copa a la de Samuel.

—Brindaremos por nuestro contrato matrimonial, cuyo escenario ha sido el mar. ¡Chin, chin! —exclamó, chocando la copa.

—Buena observación. ¡Salud!

Samuel y Silvia bebieron un trago de champán y continuaron admirando la bella imagen del Mediterráneo, el mar que tanto les fascinaba. Lo hicieron sin perder la sonrisa que les otorgaba haber colocado la primera piedra en su pactada relación. Una sonrisa que se fue agrandando, que se ensanchó por segundos, que parecía haberse quedado tatuada en sus felices rostros con vistas al mar.

15

Silvia regresó a su casa tan feliz y contenta que subió los escalones bailando y cantando a la vez. El reloj acariciaba la una del mediodía cuando entraba en su hogar y se encontraba a Mirian tirada en el sofá viendo la televisión, pero ni eso consiguió molestarla o evaporar su felicidad. Lejos de cabrearse por ver a la gandula de su hermana así, para no variar, se acercó a ella y le soltó un beso con todas sus ganas.

—¡Eh! ¿Qué mosca te ha picado? ¿Por qué estás tan contenta? ¿Acaso te has enrollado con un tío? —preguntó Mirian de carrerilla.

—¡Oye! ¿Es que una mujer solo puede ser feliz si se lía con un hombre? —le respondió con otra pregunta.

—En tu caso seguro. Que yo recuerde, la última vez que te vi con un tío fue hace más de dos años.

—¿Y? —Se encogió de hombros.

—Que llevar todo ese tiempo sin sexo es lo que te tiene tan amargada, lo que hace que estés de mala hostia siempre —enunció con firmeza.

—Te equivocas, Mirian —afirmó rotunda, aunque con sosiego—. Lo que me tiene de muy mala leche es no tener un duro, que nos esté medio manteniendo Lara y la caridad de Caritas y que tú no seas capaz de mover el culo para buscar un trabajo —explicó sin gritar, y hasta concluyó con una leve sonrisa.

—¡¡¡Joder!!! —espetó Mirian asombrada, incorporándose con rapidez del sofá—. ¿Estás segura de que no has echado un polvo? Porque por primera vez en meses no me hablas gritando y hasta te han invadido unas inusuales ganas de sonreír. Se te ve... contenta —dijo rayando la incredulidad.

—No me he acostado con ningún hombre, ni falta que me hace. Y sí, estoy feliz. —Sonrió una vez más—. Y lo estoy porque he conseguido un trabajo. ¡Un trabajo por dieciocho meses! —Se echó a reír.

Mirian se quedó pasmada mirándola y terminó acompañando a su hermana en la risotada a la que no era capaz de poner fin. Le dolía la mandíbula de tanto hacerlo, porque desde que había salido de casa de Samuel

no había logrado relajar los músculos de los labios, le era imposible.

—¿Un trabajo? ¿Un trabajo por dieciocho meses? —volvió a preguntar Mirian de seguido.

—Sí. —Asintió Silvia sin dejar de encorvar los labios.

—Y ¿qué clase de trabajo es?

—Uno de interna.

—¿¿¿Interna??? —La pregunta rebotó por los tímpanos de Silvia una y otra vez, permitiéndole comprobar la desaprobación de su hermana.

—Sí. Trabajaré para un matrimonio alemán que desea pasar su jubilación en Lloret de Mar, en una preciosa casa frente a la playa. Pero estarán épocas aquí y otras en Alemania, por eso el contrato, de momento, será por dieciocho meses.

Silvia soltó su patraña sin pestañear, sonando tan creíble que, por un momento, hasta ella fue víctima de su propia farsa. Se vio allí, en esa imaginaria vivienda en la playa, con una adorable pareja de edad avanzada, rubia y tostada por el sol, que le sonreía sin parar.

—Pero interna significa que debes vivir con ellos, en su casa —murmuró Miriam algo enfurruñada. Sonó con una extraña mezcla a medio camino entre el enfado, la incertidumbre y el hastío. Silvia sabía que esa actitud era consecuencia de lo que temía se le avecinaba: llevar por primera vez las riendas de su vida en lugar de ir a remolque.

—Veo que conoces a la perfección el significado de la palabra, Mirian. Me alegro —dijo en tono burlesco.

—Entonces, ¿no vendrás en dieciocho meses? —preguntó escandalizada.

—Tendré un día libre a la semana, aunque tendré que volver a dormir allí. El sueldo no es para tirar cohetes, si sopesamos que mi jornada laboral comenzará nada más amanecer y no terminará hasta que me marche a la cama, pero también hay que tener en cuenta que tengo cubierta la alimentación y el techo. Aun así, es una cantidad que resolverá nuestros problemas —aseguró feliz—. Con ella no perderemos la casa y tú podrás mantener los gastos y comer. Eso sí, deberás administrarte bien para llegar a fin de mes.

—¿¿¿Yo??? —preguntó azorada, dejando patente una queja.

—Tú, exacto.

—Yo no puedo hacer eso, no sé. Tú siempre lo has organizado todo: la compra, las comidas, las facturas... —Sopló tan enojada como desorientada—. Sabes que soy un auténtico desastre, Silvia, no sabré hacerlo —protestó como una niña chica.

—Pues deberás empezar a aprender, hermanita, porque yo no soy tu madre, aunque haya ejercido como tal. Y ya es hora de que madures y te hagas responsable, tienes veintidós años, no eres una cría, sino una mujer.

—¡No voy a poder con todo, es mucha responsabilidad, coño! —escupió con disconformidad.

—Podrás y lo harás, no te queda más remedio, Mirian. Yo acabo de firmar el contrato y empiezo a trabajar el lunes.

—¿El lunes? ¿Este lunes? ¿Pasado mañana? —inquirió en grito, llevándose las manos a la cabeza con desesperación.

—Sí, exacto, has escuchado bien, el oído te funciona a la perfección —contestó Silvia, dejando aflorar a la ironía—. Y a partir de ese día te las tendrás que apañar tú sola. Pero organizándote no deberías tener problemas; relájate.

Silvia vio como Mirian empalidecía y hasta sintió de qué forma le temblaba el cuerpo. Por primera vez en su vida, su hermana debía empezar a hacer las cosas por ella misma, algo a lo que no estaba acostumbrada, y el nerviosismo la atrapó y la hizo su presa.

—Mirian, cálmate, sabrás hacerlo, yo te daré las pautas para organizarte. Todos los meses te ingresaré en nuestra cuenta mil euros, tendrás de sobra. Hasta podrías ahorrar.

—¿Ahorrar? —La miró anonadada—. Perdona, pero aquí la hormiguita siempre has sido tú, yo nunca he sabido ahorrar, siempre me ha faltado dinero, que es distinto. ¿Tendré con mil euros para pasar el mes? —La angustia hizo la pregunta por ella.

—Hemos sobrevivido las dos con menos, Mirian, y ahora solo eres tú. Claro que tendrás.

—Y lo que debemos de alquiler, ¿cómo lo vamos a pagar?

—Eso déjame a mí. Yo hablaré con el casero y llegaré a un acuerdo

para pagárselo poco a poco, mes a mes, no te preocupes.

Mirian la observó denotando espanto.

—Entonces, ¿debes descontar más dinero de esos mil euros? —Sonó aterrada, y se frotó los nudillos nerviosa.

—No, tranquila —respondió Silvia clamando serenidad—. Mi sueldo es de mil cuatrocientos euros, acordaré con el casero pagarle trescientos euros cada mes hasta saldar la deuda. A mí me bastan cien euros para mis gastos. Total, no voy a salir mucho. —Sonrió.

—¿Y con ese dinero yo debo hacer frente al alquiler, la luz, el agua, la recarga de mi móvil y comprar la comida?

—Exacto, y te dará para todo. Incluso podrás comparte de vez en cuando algo de ropa. Barata, desde luego.

—¡Joder, Silvia, no sé si voy a saber hacerlo! —Se abrazó a su hermana, muerta de miedo por la carga a la que debía enfrentarse a partir de ahora.

—Que sí, Mirian, que sí. —Se separó de ella y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos, los tenía llenos de pánico y vidriosos, estaba a punto de llorar—. Ni se te ocurra derramar una lágrima, por favor. —La voz de Silvia se quebró levemente al ver tan perdida y asustada a su hermana—. Esto es muy fácil, solo hay que tener cabeza y no gastar más de lo que se tiene. Con quinientos euros cubres el alquiler y demás gastos de sobra, aún te quedan más de quinientos para comer, comprarte ropa e incluso darte un caprichito.

—¿Me ayudarás, por favor? —gimoteó.

—Vendré por aquí en mi día libre. Tengo que verte, ¿no?

—Más te vale o iré a buscarte yo —contestó amenazante.

—Pues cuando venga iremos viendo la organización, te daré pautas y te ayudaré todo lo que pueda. ¡No te agobies! —La besó repetidas veces en la mejilla.

—Te voy a echar mucho de menos —gimoteó una vez más.

—No mientas, Mirian. —Meneó la cabeza mirando con firmeza a los castaños ojos de su hermana que tanto le recordaban a los de su madre—. Echarás de menos mis comidas y mi papel materno, nada más. Pero, aun así, siendo tan egoísta como eres, te quiero, hermana. Está claro que debo de ser masoquista.

—Yo también te quiero —reveló, y añadió de inmediato—: A pesar de que la gran mayoría de veces no te soporto porque eres una marimandona y tienes muy mala leche.

—Te aseguro que no suelo ser así, pero tú tienes una habilidad especial para despertarme esos comportamientos, que es distinto.

—Pues hasta tus gritos y tu mal genio los echaré en falta —exclamó lloriqueando, lanzándose a sus brazos—. ¡Joder, Silvia, qué voy a hacer sin ti!

Las dos se fundieron en un abrazo capaz de suavizar sus desavenencias por unos minutos. El cuerpo de Mirian aún estaba tembloroso, el peso de la carga de ser independiente de forma forzada la había sobrepasado. Pero confiaría en los consejos de su hermana y no le negaría su ayuda; al fin y al cabo, Silvia siempre había sabido solucionarlo todo, solventaba de continuo cualquier tipo de contratiempo. Mirian reconocía que su hermana le había sacado de todo apuro, aunque nunca lo hubiera puesto en su conocimiento ni pensara admitirlo.

16

Una vez más, Silvia se acercó al supermercado donde trabajaba Lara para esperarla. Ansiaba que acabara su turno de una vez y saliera de allí. Precisaba contarle que había sido la elegida para el trabajo, que ya había firmado el contrato y que incluso Samuel le adelantaría el sueldo del mes para poder hacer frente a la deuda del alquiler. Sentía una imperiosa necesidad por explicarle que todo estaba solucionado, que esa simple firma había girado su vida ciento ochenta grados, que por fin estaría tranquila por un largo periodo de tiempo y dejaría de maldecir su suerte.

No podía parar de sonreír pensando en la cantidad de dinero que iba a ganar en ese año y medio, y le parecía imposible. A veces hasta se pellizcaba para creer que aquello le había sucedido de verdad, que no era un sueño. Y cuando era consciente de la realidad en la que a partir de ahora iba a vivir, le costaba hacerse a la idea. Seguramente lo iría digiriendo con el paso de los días, una vez se viera viviendo con Samuel en el magnífico ático del que solo conocía la entrada, la sala en la que estuvo esperando el día de la entrevista, el largo pasillo que conducía al ascensor y aquella terraza de ensueño con vistas al mar. Tenía muchas ganas de ver el ático al completo y sentía curiosidad por saber cómo sería el resto de la vivienda en general, y en particular el dormitorio. De pronto, se preguntó cuántas habitaciones habría en total. Al hacerlo, la imagen del arrogante hermano de Samuel inundó su cerebro y a Silvia dejó de suscitarle interés el número de habitaciones de la casa, en ese instante solo le preocupó saber cuántas veces tendría que ver la cara de semejante imbécil. Si eran muchas ocasiones, no sabía si podría soportarlo. Aunque si el tal Víctor no abría la boca ni la ofendía con la mirada, lo toleraría sin ningún problema, o sin más remedio. Pero visto lo visto, dudaba que ese hombre lograra tal objetivo: callar para no humillar.

Lara salió del trabajo y cruzó la calle con agilidad de gacela. Corrió hasta el lado de Silvia, quien no paraba de mirarla fija pero sin mostrar ninguna expresión en su cara; hecho que la desconcertó por no saber qué lectura darle: positiva o negativa.

—¡Hola, florecilla! ¿Qué ha pasado? Cuéntame —habló de carrerilla.

—Hola, Lara, parece que estás ansiosa por saber —observó, mostrando media sonrisa.

Lara, al segundo, interpretó ese mero gesto como un hecho positivo.

—Si mi intuición no se equivoca, sé que traes buenas noticias, las mejores. —Sonrió, expectante ante su respuesta.

—Pues en esta ocasión, tu intuición... —Calló unos segundos.

—¿Qué? ¿Mi intuición qué? ¡Habla, dime! —exigió con ansiedad.

—¡Tu intuición, una vez más, no ha fallado, amiga! —exclamó dando un brinco.

—¡Yujuuuuuuu! —gritó Lara, abrazándose a ella y saltando las dos sin parar—. ¡Joder, Silvia, qué bien! —chilló más fuerte.

—Yo aún ni me lo creo —confesó dejando de saltar pero sin separarse de los brazos de su amiga—. He llegado a pellizcarme para comprobar que no fuera un sueño.

—No lo es, flor, no lo es —añadió, separándose con delicadeza de ella y mirándola a sus ojos negros repletos de felicidad—. Bueno, es un sueño, pero hecho realidad. ¡Joder, Silvia, vas a ser una tía con pasta!

—¡Chissssss! —Silvia posó su dedo índice en medio de los labios, ordenando callar a Lara, y añadió en un feroz susurro—: No hables de eso en alto, no quiero que nadie se entere de nada; es más, no puedo contarlo. Recuerda la cláusula de confidencialidad que firmé.

Lara, veloz, se echó la mano a la boca con gesto de turbación, mirando sorprendida a su amiga por la torpeza cometida.

—Cierto, perdona, Silvi —dijo al cabo de unos segundos—. Me he dejado llevar por la emoción del momento y no me he acordado.

—Espero que no lo olvides nunca más, esto es serio. Muy serio —recalcó.

—No lo haré, lo juro, puedes estar tranquila —afirmó tajante.

—Además, mi hermana no puede enterarse de lo que voy a cobrar en realidad, a ella ya le he contado un cuento y se lo ha tragado por completo. —Sonrió de forma leve—. Tendrías que haber visto su cara de miedo, de aturdimiento, al saber que debe organizarlo todo ella, que no voy a estar aquí durante dieciocho meses. Hasta ha lloriqueado.

—¡Coño, me lo he perdido! —se quejó molesta—. ¡Cómo no has esperado para contárselo delante de mí! ¿Tú sabes lo que yo hubiera disfrutado de ese momento? Joder, habría pagado por verlo.

—Lo sé. Sé que hubieras disfrutado de lo lindo, pero tampoco hay que ser tan mala persona y regocijarse con las, llamémoslas, desgracias de mi hermana.

—Pues ella bien que ha disfrutado de las tuyas —agregó malhumorada.

—Pero yo no soy ella. Punto —respondió seria.

—De acuerdo, no te enfades.

—No lo he hecho. Solo te he manifestado mi opinión.

—¿Y qué le has contado a tu hermana?

—Vamos a tomarnos una cerveza para celebrarlo y te lo cuento todo. Todo, todito, todo. —Chasqueó la lengua—. Porque no veas con el mal pie que he empezado con Samuel, mi cerebro ha entrado en bucle, se ha cerrado y ha versionado la realidad a su antojo.

—¿Versionar la realidad? ¿De qué demonios hablas? —preguntó con curiosidad, arrugando la nariz con extrañeza.

—Como te he dicho, vamos a tomar algo y te lo cuento; es largo.

—Pues arreando que es gerundio, pongámonos en marcha. —Echó a andar agarrada al brazo de Silvia.

—Y si no te importa, paga tú, por favor. No tengo un duro, me lo he gastado todo en el taxi.

—No te preocupes, flor, yo pago. Eso sí, te aviso, cuando cobres tu primer sueldo ya puedes invitarme a una buena comida, no a una simple cerveza. —Enarcó las cejas.

—Por supuesto, amiga. A partir de ahora, en mi día libre te invitaré a comer.

—Te tomo la palabra, Silvi. Pero tendremos que cuadrar tu día libre con uno de los míos. Así podremos disfrutar de nuestra compañía y tú me contarás todo lo que te haya pasado a lo largo de la semana.

—Trato hecho. ¡Ay, cuánto te quiero, Lara! —exclamó, abrazándola y dándole un fuerte beso en la mejilla.

Lara y Silvia se sentaron en una terraza. Hacía una agradable tarde de principios de junio y el tiempo se prestaba a ello, a estar en la calle disfrutando del sol. Mientras saboreaban unas copas de cerveza bien fría, Silvia empezó a hablar. Lo primero que le contó fue lo acontecido con Samuel, el embrollo mental que ella solita se había formado. Lara no daba crédito, no comprendía que hubiera reaccionado de esa manera, negándose a ver lo que ponían de manifiesto las palabras de ese hombre. Para ella era obvio, no hacía falta ser más claro, tan solo saber leer entre líneas, y en eso Silvia era una experta. Pero parecía que en esa ocasión había rehusado a usar su pericia con los significados no explícitos, y todo se debía a su falta de confianza, opinión que Lara compartía con Samuel. Sabía que la poca esperanza de conseguir el trabajo fue la causa de la sugestión de Silvia.

Después de echarle un pequeño rapapolvo por su falta de seguridad, Lara terminó felicitándola de nuevo por haber logrado el peculiar y bien remunerado trabajo. Aunque la conversación cambió por completo al explicarle Silvia la reacción de Mirian al cuento que se había inventado para ella, pero que a partir de ese momento sería el mismo guion de cara a los demás. Lara no podía parar de reír imaginando la situación, viendo en su cabeza a Mirian amedrentada por el peso de la responsabilidad, circunstancia de la que había huido toda su vida gracias a Silvia, su hermana mayor, su madre putativa. Una vez más, volvió a felicitar a su amiga. Esta vez por su ingeniosa idea de pasar una cantidad fija a su hermana y administrar ella el resto. Sabía que aquel dinero estaría a buen recaudo en las gerentes manos de Silvia; sin embargo, tenía serias dudas de que Mirian fuera capaz de llegar a fin de mes, a pesar de la cuantiosa cantidad que recibiría. Era *vox populi* entre el vecindario lo manirrota que era, toda una derrochona que no sabía mantener un solo euro dentro del monedero. Parecía que a Mirian el dinero le quemaba las manos.

—Te voy a decir algo y no te molestes, Silvi, pero que se joda tu hermana —entonó feliz—. Que se joda con todas las letras y en mayúscula. Que empiece de una vez a saber lo que es la vida. Y en su caso va a ser de lo más sencillo, ya quisiera yo que me ingresaran todos los meses mil euros y no tener otra ocupación que saber administrarlos. —Chasqueó los labios—. En

mi opinión, la has malacostumbrado desde un principio, te lo he dicho más de una vez. Y entre que ella ha sabido tomarte la medida y tú la has sobreprotegido cargándotelo todo a las espaldas, Mirian ha sabido montárselo de vicio.

Con un resignado suspiro, Silvia asintió despacio, soportando la mirada acusadora de Lara.

—Sé que parte de culpa la he tenido yo, pero el egoísmo te aseguro que ya le venía de nacimiento. Ese se lo dejó mi madre de herencia genética.

—No te lo discuto, Silvi, pero admite que has sido muy blandita —advirtió con deje censurador—. Y esa forma de proceder ha sido una ventaja para tu hermana, que siempre ha sabido tocarte la fibra. Ha sido muy lista, a pesar de ser un zoquete que no tiene dos dedos de frente.

—También sé que es una descerebrada que solo piensa en ella, en juergas y en tíos, pero es mi hermana, Lara. —Calló un segundo—. Es lo único que tengo —susurró con pena. Tan bajo, casi para sus adentros, que a su amiga le costó oírlo.

—Sí, ya lo sé. Es tu responsabilidad, tu obligación, me lo has repetido cien mil veces. Igual que yo te he repetido cien mil veces más que algún día te la jugará, como lo hizo tu madre, y pasará de ti. Ella no pensará que tú eres lo único que tiene, está contigo porque eres su sustento económico, el día que no le cuadre algo, te dará un puyazo en toda la nuca sin pestañear.

—¡Caray, eres única para darme ánimos! —prorrumpió. Alterada, Silvia se removió en el asiento de la cafetería.

—Perdona, soy muy positiva, pero también realista, y sabes que siempre franca con este tema. Tu hermana es así y tarde o temprano te clavará un puñal por la espalda sin el menor remordimiento. Tú continuamente dices que no eres como ella, pero ella tampoco es como tú. Mirian no sacrificaría un solo segundo de su vida por ti. Tú, en cambio, mira hasta dónde eres capaz de llegar por no verla en la calle. Vas a... —Lara calló un instante, bajando la cabeza con gesto desaprobatorio.

—No te calles, sigue, di lo que tienes en mente —le exigió Silvia, desafiante.

—¿Quieres que te lo diga? ¿Acaso tú no lo sabes también aunque no lo digas? —siseó con un poco de furia, clavándole la pupila.

—Quiero escuchártelo —dijo con sequedad.

—De acuerdo, ahí va: vas a casarte con un tío a través de un contrato, y eso, amiga, es casi vender tu alma por ella.

—¡Oye! —le reprendió con dureza, mostrando un gesto que ahondaba en la hostilidad—. ¿Cómo puedes pensar tal cosa? Yo no he vendido mi alma ni mis principios. No voy a acostarme con él, solo voy a interpretar un papel.

—Pues ten cuidado, que igual de interpretarlo tan bien acabas creyéndotelo —adicionó malhumorada.

—¿Piensas que voy a enamorarme? —preguntó incrédula.

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Solo sé que no es bueno jugar con los sentimientos, siempre puede salir alguien perjudicado. O todos.

Silvia sintió que las palabras se agolpaban en su garganta, deseosas de salir al exterior. No podía creer que su mejor amiga dudara de ella, de sus principios, de su dignidad.

—Lara, tengo muy claras mis ideas. Parece mentira que tú me digas algo así, me conoces mejor que nadie —la reprendió—. Además, creía que ya lo habías aceptado y entendido. Es más, hace unos días me dijiste que, de haber sabido lo bien pagado que estaba este trabajo, también te habrías apuntado.

—Hombre, llegaste diciéndome que el tipo con el que vas a casarte es muy guapo, simpático y va a pagarte una pasta gansa... Me lo planteé por unos segundos. Pero en cuanto lo hubiera meditado fríamente, jamás lo habría hecho. Para mí eso no es un trabajo, yo no lo considero así porque es exponerse demasiado.

—Pues para mí sí lo es —declaró molesta, más bien dolida, y bajó la cabeza con pesar—. Es un trabajo más y lo cumpliré tan bien como cualquier otro. Y al acabar el contrato, de vuelta a mi casa y a mi mundo.

Una molestia aguda atravesó el estómago de Lara al ver la reacción de Silvia. Había sido dura con su amiga, que no se merecía esas palabras que la acusaban y juzgaban. Lamentó haberlas dicho, pues en verdad había pagado su malestar con Silvia, la persona equivocada; en realidad, quien le sulfuraba era Mirian y su actitud, su dañino y ciego egoísmo, la manera que siempre tenía de manipular a su hermana.

—¡Eh, Silvi, florecilla, perdona! —Le alzó la barbilla para verle la cara—. Lo siento, discúlpame, por favor. Pero entiéndeme, tengo miedo por ti, de que te hagan daño, de que sufras. Y cuando pienso que todo esto lo haces por la egoísta de tu hermana, una persona que es incapaz de mover un solo dedo por ayudarte, me molesta en extremo. Me duele mucho y saca todo el rencor que guardo hacia ella —manifestó sin tapujos—. Tienes demasiado aguante con Mirian, yo ya le habría soltado dos hostias hace tiempo y le habría puesto las cosas muy claritas —habló con desprecio.

—Pero todos no somos iguales, Lara —murmuró con paciencia.

—Eso también me lo sé de memoria, me lo has repetido otros cien mil millones de veces. —Resopló con fuerza.

—Porque es lo que yo siento, y no lo puedo evitar ni cuando Mirian me exaspera. No te negaré que a veces me dan ganas de estranglarla por ser como es, pero al segundo veo a la pequeña niña desamparada de tan solo doce años a la que sus padres abandonaron a su suerte, y lo olvido todo.

—Perdona, pero a ti también te abandonaron, Silvi —le recordó con cierto enojo.

—Sí, lo sé; me acuerdo, nunca puedo apartarlo de mi mente. Pero cuando mi madre se marchó yo era mayor de edad y andaba bastante curtida, sentimentalmente hablando. Mirian, en cambio, ni siquiera era una mujer, tan solo era una niña. Una niña muy vulnerable.

La mirada de Silvia se anegó en lágrimas y se enturbió ante los recuerdos.

—Yo tampoco puedo olvidar lo mal que tú lo pasaste cuando tu padre os abandonó, la de meses que lloraste, Silvi. No daba más de mí para consolarte, mi hombro se convirtió en tu segundo hogar.

—También lo sé, yo tampoco lo olvido. —Se apartó el pelo de la cara y, de forma nerviosa, se lo llevó detrás de la oreja—. Pero también recuerdo que Mirian entonces solo contaba con nueve años, y tres años después, cuando ella ya había olvidado cuánto lloré por la ausencia de nuestro padre, mi madre nos dejó a nuestra suerte. Era demasiado para ella, alguien debía protegerla; y eso hice.

Silvia sorbió la incipiente mucosidad que traía consigo el llanto que trataba de frenar.

—¿Y a ti? ¿Quién te protegía a ti? —le preguntó asombrada—. Porque,

desde luego, Mirian no —aseguró de forma acusatoria—. Mirian nunca ha tenido una palabra de consuelo para ti en ningún momento, ni siquiera de agradecimiento. Eso es lo que me duele, Silvi —añadió enojada—. Ver como tú sacrificas toda tu vida por ella, por una desagradecida. Me parte el corazón.

—A mí siempre me has protegido tú, amiga —contestó, haciendo caso omiso a lo demás, que bien sabía que era cierto—. Y sigues haciéndolo —concluyó, modulando la voz hasta convertirla en un susurro desesperado, haciendo de sus palabras un sonido apenas audible.

Silvia agachó la cabeza al notar que los ojos se le cargaban de lágrimas. Peleó de nuevo por detener la oleada de llanto que se avecinaba tras recordar esos angustiosos momentos de su adolescencia y juventud, esa familiar punzada de dolor.

—¡Eh!, ni se te ocurra derramar una sola lágrima por quien no la merece, te lo he dicho infinidad de veces.

—No voy a llorar, tranquila —dijo con voz temblorosa.

—Desde luego que no lo vas a hacer. ¿Y sabes por qué? Porque vamos a ahogar las penas en alcohol. Dudo que las muy puñeteras sepan nadar —bromeó—. ¿Vale?

—Vale, por qué no —contestó, luchando contra una furtiva lágrima que saltó al vacío, pero que enjugó con celeridad en cuanto su amiga volteó la cabeza.

—¡Camarero, un par de cervezas dobles! —gritó Lara, levantando el brazo para llamar la atención del joven que atendía la terraza.

El camarero asintió y tomó nota del pedido.

—¡¿Dobles?! —formuló Silvia.

—Exacto, dobles. Y después de esas, dos más; vamos a emborracharnos. Bueno, tampoco exageremos; mejor nos pillamos un puntillo, el justo con el que no se puede parar de reír, ¿qué me dices? —Le dio una suave friega en el brazo.

—Que necesito deshacerme de las penas, al menos durante un rato, así que ahoguemos a las muy condenadas —contestó apesadumbrada.

—Pues no se hable más. —Lara observó el entristecido semblante de Silvia y le cogió la mano con cariño, mostrándole el gesto de complicidad

que siempre las había unido—. Vamos, florecilla, siento ser dura contigo, pero te quiero tanto que solo trato de abrirte los ojos, y espero no morirme antes de conseguirlo. —Emitió una media sonrisa con mofa—. Pero ahora olvidémonos de todo eso y únicamente centrémonos en el lado positivo de la historia.

—¿Y cuál es ese? —interpeló desconcertada, recomponiéndose de la aflicción una vez más, como tantas veces lo había logrado a lo largo de su vida.

—Es el lado en el que te sobran casi doscientas mil razones para sonreír, hazlo —le pidió, haciendo un guiño a la cantidad de dinero que iba a percibir por el matrimonio por contrato.

Silvia terminó sonriendo con Lara, su gran amiga, la persona más importante del mundo para ella, la que siempre iba de frente, la que no le regalaba el oído, sino que sabía zarandearla para que reaccionase, pero sobre todo, la que siempre intentaba hacerle aparcarse las penas y en muchas ocasiones lo conseguía.

Samuel aguardaba la llegada de Víctor con ganas. Debía comunicarle que el contrato ya estaba firmado y que a partir del lunes tendrían una huésped en su casa. Cada vez que pensaba en su reacción, cuando le hiciese saber a su hermano quién sería esa invitada, la sonrisa le brotaba y se le ensanchaba tanto que llegaba a hundirse en sus mejillas. Se había pasado el día planeando la forma de contárselo, de darle a conocer el nombre de la mujer que había firmado el contrato, que era Silvia Ribas Manzano, la maleducada, según su hermano, que no soportaba.

De esa gratificante forma trascurrió la tarde para Samuel, debatiendo consigo mismo la manera de decírselo a Víctor, que buenamente podía ser sin más rodeos, aunque también estaba la tentadora opción de darle digresión al asunto. No obstante, de la forma que lo hiciera, sabía que la diversión estaba garantizada para él. Si optaba por soltarlo sin preámbulos, cogería a su hermano desprevenido y la reacción podría ser tan devastadora como la de una bomba nuclear. Una faceta que a Samuel le encantaba despertar en Víctor, la desquiciada, cuando perdía toda cordura. Pero si alargaba el tema, bordeando el asunto principal, sacaría otra faz de su hermano muy gratificante para él: la desesperación por no ir al grano. Y a ambas había que sumarles el resultado final: la detonación, en medio de imprecaciones, al conocer la resolución que menos le agradaría, o que más le importunaría. De esa manera, imaginando la reacción de su hermano, no podía parar de sonreír y no era capaz de decantarse por un modo de anunciar su determinación.

Eran casi las nueve de la noche y Samuel todavía no había decidido cómo decírselo para sulfurarlo más, aunque comprendió que se había quedado sin tiempo cuando lo vio aparecer en la terraza. Llegaba con cara de cansancio y sin la americana de su elegante y moderno traje de Hugo Boss. Mientras se acercaba a él empezó a desanudarse la corbata de seda con una mano, la otra la tenía ocupada portando un vaso lleno de whisky.

—Buenas noches, hermano. ¿Esa va a ser tu cena? —Samuel señaló el vaso que llevaba Víctor.

—Puede —respondió con poco aliento.

Víctor aproximó un sillón de mimbre, con mullido respaldo y asiento, y se dejó caer a plomo en él.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que no has tenido un buen día —reparó Samuel, contemplando como bebía un largo trago de whisky.

—Ha sido peor que eso, ha sido un día espantoso —aseguró con mala cara—. Hemos tenido junta de accionistas. ¿O ya no recuerdas que era hoy?

—Sinceramente, no. —Samuel sacudió la cabeza—. No lo recordaba.

—¡Pues qué suerte la tuya!

—Suerte no, fue una decisión —añadió de forma adusta—. Decidí no acudir a las juntas de accionistas, y en verdad fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Total, para el poco peso que tiene mi voto dada mi escasa cantidad de acciones, ¿para qué perder el tiempo entre ese hatajo de buitres carroñeros?

Víctor miró a Samuel con gesto desaprobatorio.

—Te recuerdo, por enésima vez, que no tienes más acciones porque no te da la gana, porque tu orgullo te lo impide. Sabes que yo te he ofrecido cederte el veinte por ciento de las mías.

—No las quiero —concluyó categórico.

—Eso ya lo sé.

—Y también sabes el porqué, no me gustan las limosnas. Prefiero ganarme las cosas, no que me las regalen —manifestó en tono defensivo, uno que a la vez invitaba al ataque.

—Mira, Samuel, no tengo ganas de discutir, de modo que zanjemos el tema. Bastante he tenido que soportar con esa panda de estúpidos que solo saben poner pegas a todo y no ven el esfuerzo del personal. Les ponía yo a trabajar de verdad para que hablasen con conocimiento de causa —soltó malhumorado, con gelidez, pasándose la mano por su dorada melena con mechones pajizos.

—¿Y se puede saber qué ha pasado para que te hayan sacado de tus casillas? Porque tú sueles tener mucho aguante con esos gilipollas.

Víctor bebió el contenido que quedaba en el vaso de un solo trago y a continuación se desabrochó los dos primeros botones de su camisa Brook Brothers azul cielo.

—Ha habido problemas en la fabricación del nuevo portátil, del LHG1. —Expulsó un lánguido suspiro—. El problema viene de la central, de Nueva York, pero, como es obvio, repercute en las demás empresas. Más aún cuando tanto aquí como en Londres ya habíamos anticipado que para primeros de julio saldría al mercado. ¡Nos adelantamos, mierda! —profirió con un humor de perros—. Y ahora los de Nueva York están rebotados por haber hablado antes de tiempo. Dicen que ellos no son los responsables. Los problemas se pueden dar en cualquier momento, pero si nadie adelanta nada, nadie sabrá que hay retraso, ni nadie se preguntará el porqué de este. —Resopló con vigor—. Y no están faltos de razón.

—Y el retraso se debe a... —Samuel esperó la respuesta de su hermano durante unos estruendosos segundos de silencio.

—A un problema en el *software* de aplicación —respondió por fin Víctor.

—¡Vaya! —chasqueó la lengua.

—Sí, vaya. —Suspiró con resignación.

—Solo puedo decirte que espero se resuelva lo más rápido posible. Pero si precisas mi ayuda, ya sabes dónde encontrarme, no suelo moverme de aquí —bromeó.

—Eso es cierto, últimamente te mueves poco. —Víctor le siguió la broma.

—Porque aunque esté en silla de ruedas, te recuerdo que mi cerebro todavía funciona. Me alegraría saber que no has olvidado que soy ingeniero informático de sistemas *hardware* y *software*, que sé trabajar manchándome las manos y que soy el diseñador y creador de un novedoso sistema operativo para dispositivos móviles. El mismo que nuestro padre no quiso poner en marcha dentro de la compañía pero sí supo vender al mejor postor —declaró resentido, junto a una mirada que albergaba pesar.

Víctor notó el dolor que contenían las palabras de su hermano, si bien no podía rebatírselas, estaban cargadas de razón. Su padre, en otro intento por menospreciarlo, vendió su brillante idea con la intención de desacreditar su capacidad creativa. Y no solo se conformó con eso, añadió que era mejor ver descalabrarse a otros a que lo hiciera la compañía que él había fundado. Nunca fue capaz de admitir su gran equivocación, o cabezonería, ni aun viendo las ganancias que aportó aquel sistema operativo a otras compañías.

—No he olvidado tu profesión, tranquilo, y muchas gracias, Samuel — habló en un tono muy cordial, casi teñido de compasión—. Sé que en cuestiones de ingeniería tecnológica eres un cerebritito, pero ya están trabajando muchas manos para reparar el problema lo antes posible. Y eso es lo que no entienden los imbéciles de la junta de accionistas, que se está trabajando a contrarreloj —dijo con la mandíbula en tensión—. Pero a ellos todo el esfuerzo les da igual, solo quieren resultados sin atender a razones ni a problemas, sin comprender que somos seres humanos y por lo tanto podemos equivocarnos. Los muy cretinos hasta han llegado a solicitar la cabeza de dos de nuestros mejores ingenieros, ¿te lo puedes creer? —Alzó la voz—. Claro que yo me he negado en rotundo y al final les he hecho razonar. Y después de eso han seguido despotricando de unos y de otros, nadie es válido para ellos, nadie sabe hacer su trabajo excepto ellos y solo exigen una cosa: resultados. Como si los demás no los quisiéramos o no nos estuviéramos partiendo la espalda con esto —bufó cabreado—. Tengo unas ganas de que el dichoso portátil salga al mercado de una puñetera vez... y de marcharme a cien mil kilómetros de aquí.

—Desde luego que has tenido un día fantástico. —Samuel silbó.

Víctor se levantó del sofá y aspiró el aire con fuerza, quería llenar los pulmones con la brisa marina que llegaba hasta la terraza, colmarse de su frescura. Callado, admiró la puesta de sol, el mágico momento en el que el astro luminoso e irradiante parecía hundirse en el mar y ser engullido por él hasta disolverse, el instante en el que la luz solar se iba debilitando y se extinguía dando paso a un cielo teñido de añil, y la luna y las estrellas, encargadas de iluminar la atmósfera nocturna, tomaban el relevo. Podría contemplar eternamente esa espectacular imagen: el sol desapareciendo, la noche abriéndose camino entre los últimos suspiros del día y el mar reflejando la luminiscencia plateada de la luna. Era un momento de calma, de paz. El momento que siempre precisaba, pero que hoy requería más que nunca. Era su momento con vistas al mar.

—Me voy a dar una ducha y a zambullirme en la cama. —Víctor, con voz agotada, fracturó el largo lapso de mutismo—. Paso hasta de cenar, estoy muerto.

Samuel comprendió que había llegado su hora, el momento de hacerle saber a su hermano la noticia. Y en ese conciso instante, viéndolo tan falto de energía, decidió que lo mejor era soltarlo sin rodeos.

—Antes de irte debo comunicarte algo importante —anunció con una firmeza y seguridad innegables.

—¿El qué? —preguntó su hermano, tratando de poner toda su atención; su tono entintado de gravedad le había alertado.

—Ya he elegido a una candidata. Hoy hemos firmado el contrato y...

—¡Cómo! —La sorpresa lo apresó.

—Te pido que no me interrumpas. Déjame contártelo todo y luego me preguntas cuanto quieras.

—Está bien, habla —respondió, estupefacto aún, observándolo con una inquisidora mirada.

—Hoy hemos firmado el contrato y el lunes ella se mudará a vivir aquí. La haré pasar por mi asistente personal ante el servicio y mi fisioterapeuta. Pasados unos meses, les diré que nos hemos enamorado y que vamos a casarnos. Entonces se hará público entre todos nuestros conocidos. He decidido que la boda tendrá lugar antes de navidades.

—¡Dios, no desaprovechas el tiempo! —escupió, mirándolo con tanta sorpresa como molestia—. No pensaba que ibas a tomar la decisión tan deprisa. Creí que algo de índole tan relevante, como es pasar dieciocho meses de tu vida junto a una desconocida, lo sopesarías con calma —explicó turbado—. Ni tampoco imaginé que no me lo dirías, al menos para ser testigo en la firma del contrato.

—He preferido no hacerlo porque sé de sobra que la compañía elegida no es de tu agrado.

—¡No! —exclamó, zarandeando la cabeza repetidas veces—. ¡No puedes hablar en serio, Samuel! —gritó, observándolo con inquietud—. Sé que la gran mayoría de cosas que has hecho a lo largo de tu vida han sido con la intención de fastidiarme, pero esto va mucho más allá, con esto te joderás tú. Has elegido a una verdulera para hacer el papel de tu esposa, no sabrá estar a tu altura y te dejará en ridículo a la primera de cambio. —Sopló, enfadado y con nerviosismo, y se rascó la nuca mientras meditaba. Ansiaba liberar otras palabras, a las que no sabía si permitirles salir pero que lo estaban ahogando—. ¿Por qué? Dime por qué. ¿Tanto me odias que con tal de quedar por encima de mí prefieres ser el hazmerreír de todos? —preguntó al fin, con incredulidad, con asombro, con enojo..., con un sinfín de contrariedades, de

claroscuros pululando por su cerebro.

Samuel soportó el peso de la mirada de Víctor, que se había convertido en acusadora y censuraba sus palabras, y lo contrarrestó con sus ojos.

—Víctor, aunque te cueste creerlo, la decisión de elegir a Silvia no la he tomado para fastidiarte —confesó con solemnidad—. No obstante, tampoco negaré que saber que ella no es santo de tu devoción ha sido un plus añadido, pero no me he decantado por ella por eso.

—Entonces, ¿qué has visto en esa tía para elegirla? Dime. ¿El qué? —demandó sulfurado.

—Muchas razones —afirmó con aplomo.

—¡Y una mierda! —regurgitó Víctor con ira—. Dime una. Una sola. Una coherente. ¡Vamos! —exigió con expresión recriminatoria, con una mirada fría, glacial; sus ojos parecían dos bloques de hielo.

—Está bien, no te diré una, te diré unas cuantas —repuso comedido, aunque sin dejar de estar a la defensiva—. Es guapa, sincera, espontánea, inteligente, educada y sabe comportarse, aunque no lo creas. Otro asunto es que haya perdido las formas contigo, pero tú también sabes perderlas cuando quieres. Sabes maldecir, arremeter contra otra persona y decir palabrotas, como todos los humanos, como lo estás haciendo ahora.

—Me has cabreado, mi reacción es normal —se defendió con voz chillona.

—Igual que le ocurrió a ella, la cabreaste y reaccionó.

—¡Venga ya! —replicó de modo tosco, haciendo un aspaviento con la mano—. Admite que lo has hecho para tocarme las narices y punto. ¡Vamos, Samuel! —Lo contempló con rabia—. Hablas de ella como si fuera la única que merecía la pena, y las otras tres candidatas, ¿no la merecían? ¿No eran guapas, inteligentes y educadas? —preguntó de forma corrosiva—. Lo dudo mucho —chilló—. Vi el vídeo de dos de ellas y le daban cien mil vueltas a esa deslenguada.

—Cree lo que quieras, yo ya te he explicado por qué la he elegido. Y en ningún momento he dicho o he dado a entender que las otras tres no fueran guapas, inteligentes y educadas; lo eran, pero Silvia tiene algo más que ellas no tenían.

—Por supuesto que tiene algo más: mi desaprobación. Por eso te ha gustado tanto, ¡no te fastidia! —escupió con impertinencia, entrelazando las manos sobre la nuca y soplando.

—Me han gustado sus valores, Víctor. —Levantó la voz también—. Esa mujer es generosa, entregada y con principios.

—¿¿¿Principios??? —preguntó en grito—. Estás de broma, ¿verdad? —Soltó una risa estridente plagada de mofa.

—No. No estoy de broma —confesó muy serio—. Y sí. Sí tiene muchos principios. Muchos más que cualquiera de los que hoy te han puesto la cabeza a punto de estallar en esa puta junta de accionistas, te lo aseguro.

De manera inesperada para Samuel, Víctor mostró una cínica sonrisa.

—Y cuéntame, Samuel, ilumíname, por favor, hermano, a ver si lo entiendo. —Volvió a burlarse, esta vez con una insulsa risa—. Porque hay algo que no me encaja; no, de ninguna manera. —Chistó a la par que negaba con la cabeza—. Porque si tiene tantos principios, explícame por qué ha firmado semejante contrato. ¿Eh? ¿Por qué se vende por un tiempo definido? ¿Acaso ha aparcado sus principios durante dieciocho meses? —demandó con sarcasmo.

El significado que contenían esas preguntas fueron todo un golpe bajo para Samuel. Parecía que Víctor estaba convencido de que nadie con moral podía firmar aquel contrato, que estaba llevando a cabo algo sucio y solo un alma impura y sin dignidad podría aceptarlo. Pero no le iba a dar a su hermano el placer de saber que lo había herido, así que, con una aparente calma, contestó:

—Primero: ese contrato no la llevará a perder sus principios porque en él no hay nada que pueda denigrarla como mujer ni hacerla sentirse como una prostituta. Y segundo: lo hace por una imperiosa necesidad económica, por no verse en la calle, por proteger a su hermana —explicó con firmeza, sin dejar de observar a Víctor para que pudiera percibir la extrema seriedad que contenían sus ojos—. De hecho, Silvia mira más por su hermana que por ella misma, y esa actitud me hace ver sus valores y principios. Ha aceptado este trabajo para proteger a su hermana, pero también porque sabe que no va a perder su dignidad.

—¡Fantástica exposición, bravo! —Víctor aplaudió con sorna.

—¿Acaso no me crees? —inquirió con una frustrante impotencia, mirándose a los ojos un par de segundos, lo justo para medirse. El espacio que los separaba ganó tensión gracias al mutuo enojo—. Pues que sepas que esa mujer...

—¡Cállate un momento y escúchame a mí! —lo interrumpió desafiante, posando las manos sobre la silla de Samuel e inclinando el cuerpo para ponerse frente a frente con su hermano—. Yo te he escuchado, crea o no lo que has dicho, pero ahora tú me vas a oír a mí —le exigió con los dientes apretados—. Tú has tomado una decisión, has elegido a una descarada deslenguada y has firmado el contrato con ella. Pues muy bien, es tu elección, aunque yo no tengo por qué aceptarla y mucho menos aguantar a la susodicha. Así que, como tú has decidido lo que te ha venido en gana, yo haré lo mismo; por consiguiente, me marcho de aquí. —Se irguió y se apartó de él.

—¡Cómo que te marchas!

Samuel observó a Víctor desencajado, sin comprender lo que estaba diciendo.

—Sí, me voy. Me iré a Nueva York por una larga temporada, no quiero cruzarme con esa grosera cada día. Yo no he firmado ningún contrato, no tengo que soportar a semejante barriobajera. Me despertaría cada día de mala leche solo por saber que vive bajo mi mismo techo.

—¿No crees que estás siendo demasiado extremista? Ni siquiera la conoces. Habéis empezado con mal pie, sí, pero es una mujer agradable, simpática y coherente.

Víctor sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

—Eres muy osado al decir todo eso de ella porque tú tampoco la conoces, hermano —enunció con frialdad—. Pero me alegro por ti si en verdad crees lo que dices. Toda para ti, Samuel, que disfrutes de la tal Silvia, alias la verdulera. Ahora, yo me largo en el primer vuelo que encuentre. Y fin de la conversación.

—Joder, Víctor...

—He dicho fin de la conversación. —Elevó el tono, cargando sus ojos de gravedad por lo que esa situación suponía para él—. Me voy a la ducha y después buscaré un vuelo, hasta mañana.

Víctor abandonó la terraza echando pestes por la boca y farfullando de forma furiosa entre dientes. Saber que Samuel había elegido a esa mujer que él detestaba le había sentado igual que una patada en la boca del estómago. Pero si su hermano creía que lo iba a torturar obligándolo a verla día tras día, andaba muy equivocado. Él pondría tierra de por medio, una distancia lo bastante grande, la que separaba Barcelona de Nueva York, su segunda ciudad. Lo haría sin la menor vacilación y cuanto antes.

Samuel frunció los labios pensando que jamás habría podido imaginar semejante reacción en su hermano. Él creía que se molestaría y se enfadaría, que soltaría una indecente cantidad de palabrotas e imprecaciones hasta desahogarse, pero nada más. En unos días el asunto estaría olvidado, Víctor haría su vida como de costumbre y él iniciaría esa nueva etapa con Silvia. Las aguas volverían a su cauce, como otras veces, y tan solo sería una pelea más a añadir a su larga lista. Aunque, en honor a la verdad, Víctor había dejado de entrar en su juego desde el mismo día que falleció su padre. Sin embargo, él todavía guardaba resquicios de la rivalidad con su hermano, a pesar de haber intentado limarlos, algo que casi había logrado en el último año de convivencia fraternal, y en ocasiones afloraban. Asomaban, surgían, brotaban... Los residuos de su antagonismo siempre regresaban y, tarde o temprano, terminaba mostrándolos, tal y como había ocurrido con el tema del peculiar contrato y de la elegida para cumplirlo.

18

El lunes, a las diez de la mañana, Silvia ya estaba frente a la puerta del ático de Samuel. Portaba en la mano derecha una maleta con toda su ropa. Siempre había sabido que sus pertenencias eran escasas, pero ver que ni siquiera llenaban la maleta que Lara le había prestado la hizo sentirse algo deprimida. Aunque, intentando ver el lado positivo de la historia, pensó que ahora, con el salario que percibiría, podría comprarse ropa nueva todos los meses. De esa forma, al acabar el contrato, abandonaría aquel lugar con un par de maletas más como mínimo, y eso le contentó. No obstante, lo que más le alegraba era saber cuánto dinero acumularía su cuenta bancaria para poder vivir desahogada. Echando de nuevo esas cuentas en su cabeza, Filiberto le abrió la puerta y la recibió con una leve sonrisa.

—Buenos días, señorita Silvia.

—Buenos días, Filiberto, ¿qué tal está? —preguntó con afabilidad.

—Muy bien, esperando su llegada. Pero tutéeme, por favor —le recordó.

—Cierto, lo había olvidado.

—Permítame cogerle la maleta, y pase, por favor. Pase a la que a partir de ahora va a ser su casa —dijo cargando su escueto equipaje.

Oír decir esas palabras: «Pase a la que a partir de ahora va a ser su casa», a Silvia la llenó de un gran nerviosismo, superlativo, y las entrañas se le encogieron. En ese momento fue consciente de que el trabajo por fin daba comienzo, era de verdad, y casi sintió vértigo.

—Sígueme, por favor —le solicitó Filiberto—, la llevaré a su dormitorio.

—¿Y Samuel? —preguntó mientras intentaba recuperar la calma, observando el entorno con expectación.

—El señor está en su sesión de fisioterapia, terminará a las once. Pero si quiere saludarlo antes, la acerco a su habitación.

—¿La sesión de fisioterapia la recibe en su habitación? —interpeló extrañada.

—Sí. Ramón... Bueno, el fisioterapeuta decidió que era el mejor lugar de

la casa e instalaron una camilla allí; además de algún que otro artilugio para sus ejercicios. Había espacio de sobra.

—¡Ah!, que viene el fisioterapeuta aquí.

—Claro —afirmó Filiberto, contemplando de nuevo en Silvia el alma honrada y generosa que despertaba su afecto.

Silvia se sintió un poco tonta con el apunte referido. Cómo no iba a ir el fisioterapeuta a casa de Samuel, estaban hablando de un hombre con dinero, con múltiples recursos. Él no debía amoldarse a los demás; con Samuel, los demás se adaptaban a él, venían a su casa, le facilitaban la vida íntegramente. De seguro que en el horario que él elegía y sin ningún problema al respecto. A Samuel no le ocurría como a Rosa, la vecina de Lara, que padecía de lumbalgias y tenía que acudir al fisioterapeuta una vez por semana. El más cercano, o mejor puntualizar, el que ella podía costearse, se encontraba a casi media hora de distancia, una hora total de camino entre ida y vuelta. A ella nadie le facilitaba el acceso a esa consulta, pero el dinero sí lo hacía. El señor don dinero lo compraba todo y Silvia debía acostumbrarse a que esa gente, las personas adineradas, vivían de forma muy diferente a lo que ella estaba habituada. El dinero facilitaba su mundo, lo ponía a sus pies; ellos solo debían ordenar y los demás obedecían por un coste acordado de antemano, tal y como le había sucedido a ella, sin ir más lejos. Si bien su trabajo distaba bastante de lo común; ejercer de esposa durante un determinado tiempo no era un empleo corriente ni usual.

—Esta es su habitación, señorita Silvia —anunció Filiberto abriendo la puerta—. Espero que esté a su gusto, pero no dude en comunicarme cualquier cambio; estoy a su entera disposición.

El asombro de Silvia se quedó clavado en la puerta de la entrada, frente a los pequeños ojos marrones de Filiberto. Había dicho que él estaba a su entera disposición, ¿acaso también iba a disponer del servicio?, se preguntó. De inmediato pensó que a ella no le hacía falta nada de eso, sabía valerse por sí misma, llevaba haciéndolo toda la vida.

—Señorita, este es su dormitorio —repitió el hombre al verla parada sin dejar de observarlo—. Perdone el atrevimiento, pero hoy parece que está sorda en lugar de muda —bromeó, pincelando una sutil sonrisa en su cara.

—Perdón, Filiberto, perdón —dijo, sacudiéndose la marabunta de pensamientos y entrando al fin.

Silvia enmudeció al pasar; era tan grande como la mitad de su piso. La habitación estaba ocupada por una cama de matrimonio con el cabecero acolchado para poder reposar la espalda en él si le apetecía leer antes de dormir, algo que a ella le encantaba, y decorada con un alto chifonier de madera oscura que hacía juego con la alargada mesilla que había al lado de la cama y con el escritorio del fondo. Adornando un rincón, y situado estratégicamente bajo una ventana vestida con unos cortos paneles japoneses en color crema, descansaba un comfortable sillón de cuero en tono chocolate, acompañado de una mesa rectangular baja de la misma tonalidad. La pared contraria, sin embargo, estaba despejada, solo la embellecían dos puertas blancas.

—¡Guau! ¡Madre mía, qué habitación! —exclamó Silvia al cabo de unos largos segundos, sorprendida, sin dejar de admirar y curiosear el lugar.

—¿Le gusta? —interpeló Filiberto, contemplando su cara de deslumbramiento.

—Más que eso, me encanta —contestó fascinada, sin parar de pasear la vista de un lugar a otro.

—La puerta derecha es el cuarto de baño; y la izquierda, el vestidor.

—¿Vestidor? ¿Tengo un cuarto de baño dentro de la habitación y también un vestidor? —preguntó con estupor.

—Exacto.

Los pies de Silvia se apresuraron para ver las dos estancias. Primero abrió la puerta del cuarto de baño y se encontró con un amplio espacio de pavimento y azulejos blancos y grises, lleno de aparatos sanitarios combinados en el mismo color, más una enorme ducha que le impactó. Tan grande era que pensó que hasta tumbada cogería. Después, ilusionada y feliz como un niño con zapatos nuevos, se acercó a la otra puerta y, al abrirla, quedó con la boca abierta. Se encontraba tan sorprendida que no fue capaz de articular palabra, lo que estaba viendo sobrepasaba todo lo que pudiera imaginar. El habitáculo, enmoquetado en tono melocotón, era tan grande como el lugar donde había dormido durante veintisiete años, los mismos que tenía. Estaba rodeado de armarios con puertas de luna, convirtiendo las paredes en un gran espejo. El centro estaba ocupado por un mueble alto de color blanco lleno de cajones, y bajo él, y rodeándolo, un banco del mismo tono con base tapizada en muselina melocotón. Todo conjuntado, todo

componiendo armonía y calidez. Con disimulo, pues Filiberto estaba detrás de ella, se pellizcó el brazo izquierdo para comprobar que no dormía, que no era un sueño. Y no era la primera vez que lo hacía para confirmar que no estaba soñando, pero debía cerciorarse de nuevo.

—¿Todo a su gusto? —preguntó una vez más el hombre.

—Claro que está todo a mi gusto; esto es un sueño, Filiberto —afirmó con emoción.

—Pues cuando quiera puede deshacer la maleta y empezar a llenar los armarios. O si prefiere que primero la lleve a ver al señor Samuel, pues...

—No —contestó, cortándolo—. No voy a interrumpir su sesión, esperaré a que termine. En cuanto a llenar los armarios, creo que con media puerta me sobraré. —Hizo un mohín con matiz de pena.

—No se preocupe, ya irá llenándolos poco a poco. Ahora, si quiere, puedo presentarle al resto del servicio y también ofrecerle un café.

La palabra *servicio* retumbó en la mente de Silvia una y otra vez, igual que los truenos en una tormenta de verano.

—¿Cuántos más componéis el servicio? —inquirió con curiosidad.

—Tres personas más. Berta, la cocinera, y Amanda y Celia, que se encargan de la limpieza de los áticos.

—¿Áticos? —preguntó confusa.

—Sí, áticos. En verdad este ático son dos. Están juntos pero separados por una puerta corredera de cristal.

—¿Y por qué?

Por un instante Silvia no entendía nada, ¿estaban los áticos juntos o no?, ¿eran uno o dos?

—Por si en algún momento el señor Víctor o el señor Samuel necesitan intimidad.

—¡Oh, el estúpido de Víctor! —farfulló en bajo.

—¿Cómo dice? No la he entendido.

—Digo que de acuerdo. Llévame a conocer al resto de personal y te acepto ese café. —Su rostro se vistió con una fingida sonrisa. Recordar a Víctor le había cambiado el humor.

—Muy bien. Entonces venga conmigo, por favor.

Filiberto condujo a Silvia por las estancias de la casa en busca de Amanda y Celia, sin recrearse en explicaciones sobre la vivienda, tan solo añadiendo un breve y escueto titular, a modo de presentación, de cada habitáculo. Aun así, pese a no poder deleitarse la vista cuanto le apetecía, era innegable que Silvia no podía salir de su asombro viendo lo grande que era la vivienda, el buen gusto del que estaba inundada y el lujo predominante. Cuadros de renombre, muebles que eran joyas, antigüedades de coleccionistas, esculturas imponentes cuya firma dejaba sin habla, tapices que cortaban la respiración tanto por su imponente tamaño como por su hermosura, alfombras persas revistiendo los suelos del más precioso mármol, lámparas de araña de cristal de Bohemia colgando de los altos techos, armonizando con alguna que otra preciosa Tiffany de pared, de pie, de mesa... Silvia lo contemplaba todo con la boca abierta y sin parar de pensar en el dineral invertido en esa decoración. Aunque debía reconocer que no era un lujo ostentoso o pomposo, de esos que alguna vez había visto en las revistas encargadas de mostrar al resto de los mortales la forma de vida de la gente de alto estatus. El mobiliario, los adornos y los demás enseres podían ser caros, pero evitando que prevaleciera el abuso de cosas innecesarias. Y en ese aspecto, el hogar de los Alvarado se libraba de la etiqueta que muchos ricos colgaban a sus viviendas: la de lujo asiático, o sea, en extremo.

Filiberto y Silvia llegaron al final del primer ático sin que Amanda y Celia dieran señales de vida, si bien la puerta de la que Filiberto acababa de hablarle, esa corredera de cristal opaco que separaba las dos viviendas, estaba abierta, con lo cual era probable que se encontraran en el otro ático. El embelesamiento de Silvia era cada vez mayor, crecía con cada paso que daba, con cada estancia que veía, con cada adorno, cuadro o escultura que admiraba. Pero el deslumbramiento fue más allá y se convirtió en algo inconmensurable, una sensación casi abrumadora que la envolvió hasta dejarla sin aire. Fue cuando entraron en una sala cuyas paredes altas y planas estaban cubiertas con lo que a ella más le gustaba: libros. Era una biblioteca revestida de estanterías repletas de obras literarias, con ese aroma tan particular de las páginas cargadas de letras, de historias, de sabiduría... Un olor que le produjo una intensa punzada de nostalgia al recordar todo lo que ella se había perdido por no poder seguir estudiando, pero también un olor que le evocaba ilusión, complacencia por saber cuánto podía tener al alcance

de sus manos, cuánto escondían aquellas obras y cuántas eran sus ganas por adivinarlo.

De pronto, unos pitidos rompieron el expectante silencio de Silvia haciéndole girar la cabeza hacia Filiberto, quien sacó un móvil de su bolsillo, el origen de los agudos sonidos.

—Discúlpeme un momento —dijo, apartándose de allí.

A Silvia no le importó la interrupción, más bien todo lo contrario, porque le sirvió para acercarse hasta una de las estanterías y comenzar a leer los títulos de algunos de los libros. Había de todo tipo: clásicos, contemporáneos, históricos, ensayos, poesía... Y alentada por una oleada de ilusión y emoción, no pudo evitar coger uno de ellos y empezar a hojearlo; era una tentación ineludible.

—Señorita Silvia, tengo que ir un momento a la cocina, el portero me ha comunicado que traen un pedido. —Filiberto la desconectó de su concentración.

—De acuerdo, no te preocupes, Filiberto.

—Puede seguir viendo el resto de la vivienda, en un momento estoy de vuelta.

—Ok, tranquilo —contestó, llevando de nuevo sus ojos a las páginas.

Filiberto se marchó presuroso y Silvia se quedó un rato más recreándose con todos aquellos libros. Acababa de declarar a esa estancia su preferida. Iría a por libros para leer antes de dormir, y, observándola con detenimiento, comprendió que tenía mucha lectura por descubrir en ese lugar con olor a cuero añejo.

Silvia escuchó unos ruidos imprevistos, unas pisadas que parecían provenir del fondo de la vivienda, junto a un sonido similar al arrastrar de algo. Pensó que serían Amanda y Celia, que se encontrarían por allí, y decidió abandonar de forma temporal la biblioteca, el lugar que había prendado a su corazón. Continuó andando por el largo pasillo sin dejar de observarlo todo, cautivada con cuanto admiraba a la par que pensaba que debía presentarse como la asistente personal de Samuel, tal y como él le había explicado el viernes.

Los ruidos cada vez se oían más cercanos; esas mujeres debían de estar muy próximas a ella, quizá limpiando justo a la vuelta de la esquina. Pero al

torcer el recodo del pasillo, Silvia se encontró con lo que menos pensaba, ni hubiera imaginado, y su sorpresa fue mayúscula. Era Víctor, el arrogante hermano de Samuel. Víctor y unas cuantas maletas en fila india ocupaban el final del pasillo. Se quedó petrificada, anquilosada ante la impensable imagen. En menos de un segundo, se le empezó a despertar el mal genio; ese hombre le resultaba exasperante.

La cara de Víctor al ver a Silvia era indescriptible. Por un lado asombro y estupor; y por otro, molestia, coraje, soberbia... De la misma forma que le había sucedido a ella, se quedó inmóvil, aturdido, sin saber qué hacer o decir, turbado. Pero la turbación le duró escasos segundos, se repuso enseguida y se colocó el armazón que le vestía de arrogancia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de manera tosca.

—Voy a vivir aquí a partir de hoy —contestó Silvia muy seria, asomando su orgullo por la punta de la nariz—. Me imagino que lo sabrás, que tu hermano te lo habrá dicho.

—Eso ya lo sé, no me descubres nada nuevo —pronunció con sarcasmo, casi burlándose de ella—. Me refiero a qué haces en esta parte de la casa, en el ala izquierda. Este es mi ático, mi parte de la vivienda desde la puerta corredera de cristal, y tú no puedes estar aquí —añadió de muy malas formas.

—¡Oh, perdona! —replicó con desdén—. No sabía que esta era «tu parte» —expresó con retintín—. Estaba buscando a Amanda y a Celia, a ver si por un segundo piensas que venía a verte a ti. De haber sabido que esta era «tu parte» y que podía encontrarme contigo no hubiera pisado por aquí ni en sueños. —Le dedicó una mirada colérica.

—Pues ahora que ya lo sabes espero que no se te ocurra volver —avisó, arrastrando las ruedas de una maleta hasta la pared de enfrente.

—Puedes dormir tranquilo, no pisaré por aquí ni de broma —soltó con menosprecio.

Pero al decir eso, Silvia pensó en la biblioteca, en la estancia de sus sueños, que se encontraba en esa parte, en la vivienda de Víctor, en territorio hostil. La necesidad de esos libros era del todo imperiosa para ella, vital, y no podía permitirse no acudir a esa sala, la recién nombrada como su preferida.

—Tan solo me acercaré a la biblioteca para coger algún libro de vez en cuando. Pero nada más —declaró sin pensar. Las palabras salieron de su

alma, no de sus cuerdas vocales.

Víctor se quedó tan sorprendido como estupefacto al escuchar aquello. La maleducada quería acudir a la biblioteca, quería coger libros; le dejó desconcertado.

—¿Te gusta leer? —inquirió sin salir de su asombro.

—Sí, mucho. Aunque para ti sea algo inconcebible porque me ves como una verdulera y pensarás que soy una inculta analfabeta.

—Yo no he dicho eso —replicó malhumorado.

—Pero lo piensas, que para el caso es lo mismo. —Lo miró de soslayo. No quería mirarle a la cara aun siendo un hombre guapo, pues a Víctor le perdía la arrogancia que dimanaba su piel.

—Mira, puedes coger todos los libros que desees y enterrarte con ellos si quieres, a mí ni me va ni me viene —siseó con desdén—. Además, no voy a estar aquí para soportarte ni para verte la cara.

Los ojos de Silvia, en menos de una milésima, dejaron de mirar de costado para hacerlo de frente. La noticia que acababa de soltar Víctor le había impresionado, era música celestial para sus oídos, le parecía otro milagro más.

—Mejor, no sabes la alegría tan grande que acabas de darme. —Suspiró aliviada—. Cada vez que pensaba que me cruzaría contigo, te aseguro que me hervía la sangre.

—¡Qué casualidad! —exclamó él con una sonrisa tintada de mordacidad—. Porque yo pensaba y sentía exactamente lo mismo. Pero así, sin tener que vernos ni aguantarnos, ambos seremos felices; tú con Samuel, a lo tuyo, y yo con mi vida, como siempre.

—Desde luego, parece mentira que seáis hermanos, sois el día y la noche. Tú un completo borde y tu hermano supersimpático.

Víctor se contuvo para no decirle lo que le parecía ella, tan solo le ofreció una fugaz mirada cargada de abrasadora e implacable rabia.

—Pues siento desilusionarte, porque, aunque no lo creas, somos hermanos. Y te diré más, yo seré muy impertinente y mi hermano muy majó, pero no soy ningún ingenuo, como sí lo es él. Yo te he calado, y eso es lo que en realidad no soportas. Lo sabes.

—Tu eres un...

—Ahórrate otra de tus groseras palabras y escúchame, por favor —dijo, interrumpiéndola, aunque sin levantar ni un ápice la voz. A Silvia le pilló desprevenida esa actitud alejada del ataque y calló, mirándolo pasmada ante su insólito «por favor»—. Según tú soy un gilipollas, un pijo, un arrogante de mierda y no sé cuántas cosas más, pero voy a decirte algo y quiero que escuches bien: Más te vale cumplir a rajatabla el contrato que has firmado con Samuel o te arrepentirás de haber conocido a este vanidoso. —La mirada de Víctor comenzó a desprender tanta gelidez que Silvia creyó poder acabar con hipotermia—. Y no solo espero que lo cumplas, sino que trates adecuadamente a mi hermano, que sea más que feliz mientras dure ese contrato. Porque, de no ser así, te juro que yo me encargaré de pulverizarte —sentenció.

—Oye, tú no eres nadie para decirme esas cosas —alegó Silvia muy molesta, saliendo de su momentánea turbación.

—Claro que lo soy. Soy el hermano de Samuel, te guste o no. Y a pesar de las diferencias que pueda haber entre nosotros, siempre velaré por sus intereses. Siempre —subrayó con fuerza.

Silvia zarandó la cabeza repetidas veces antes de hablar.

—Reconoce de una vez lo que de verdad te molesta a ti. No soportas que Samuel me haya escogido, no puedes negarlo.

—Desde luego que no lo soporto; o mejor dicho, no te soporto a ti. Pero pese a mi desaprobación, eso no significa que yo no vaya a estar del lado de mi hermano a la mínima jugarreta que le hagas.

Poniendo las manos en jarras, su postura de guerra, Silvia soportó el peso de la mirada de Víctor, que en ese momento andaba escarbando en sus ojos.

—Y por eso te marchas, para no tener que verme —aseguró con una seguridad rotunda.

—Esa es una de mis principales razones, sí —afirmó Víctor sin dejar de clavarle los ojos, ahondando más en ellos—. Pero igualmente, ten cuidado, porque que no esté aquí no significa que no vaya a estar al corriente de todos tus movimientos. No lo olvides.

En el rostro de Víctor se alojó una mezcla de dureza e intimidación que a Silvia le hizo sentirse ofendida, y no pensaba quedar callada sin más.

—Ahora te diré yo a ti algo, si bien no te debo explicación alguna, tenlo muy claro y tampoco lo olvides. —Lo miró desafiante, alzando la barbilla tanto como su estimación propia—. Sé cumplir un contrato, sé lo que debo hacer y lo que no, como te he dicho antes, sé leer. Y no es el primer contrato que leo, firmo y cumplo, aunque no haya sido por un trabajo similar ni parecido a este. Por más que te cueste creerlo, soy una persona muy responsable.

—Más te vale serlo —concluyó, observándola de forma severa, haciendo que Silvia se sintiera atacada por sus ojos azules llenos de exigencia, por sus palabras, que actuaban de la misma forma que una bofetada.

Cogiendo el asa de una de las maletas y echándola a rodar por el suelo de mármol, Víctor se marchó dejando sola a Silvia, que en ese instante se encontraba sulfurada, enojada y enrabiada por la amenazante actitud de aquel vanidoso imbécil.

Después del molesto intercambio de palabras con Víctor, perdió todo interés por seguir viendo la casa o por conocer a Amanda y a Celia. El cruce dialéctico no solo la cabreó, también le había absorbido los ánimos. Sin pensar más, decidió desandar lo andado y regresar al punto de partida: su habitación. Allí esperaría a que dieran las once y Samuel terminase su sesión con el fisioterapeuta.

A punto de llegar a la puerta de su dormitorio, Silvia se topó con la silueta de Filiberto.

—¡Ah! Ya está de vuelta. ¿Ha visto la casa? ¿Ha encontrado a Celia y Amanda? —preguntó de seguido.

—No. —Meneó la cabeza—. Me he quedado hipnotizada con la biblioteca y cuando he vuelto a la realidad he decidido regresar a tomar un café.

Omitió por completo su encuentro con Víctor, o mejor decir su desencuentro. No creyó oportuno mencionárselo a Filiberto.

—Pues en ese caso, acompáñeme a la cocina. Allí le presentaré a Berta y le prepararé un café. ¿Lo quiere como el otro día, solo y con una cucharada de azúcar?

—Sí, por favor —respondió, echando a andar con él.

—Seguro que cuando acabe su sesión el señor Samuel le enseña toda la

vivienda más detenidamente. Incluso le presentará al resto del personal.

—Seguro. —Silvia asintió con una sutil sonrisa y un amargo sabor de boca por lo acontecido con Víctor.

19

Berta se encontraba lavando un voluminoso pescado en una esquina de aquella cocina grande, moderna y vestida de muebles de diseño y electrodomésticos de acero. Encima de la vitrocerámica había una cacerola, algo se estaba cocinando y desprendía un olor celestial, delicioso. La estancia, aromatizada, despertaba los sentidos, al menos los culinarios.

Silvia contempló detenidamente a Berta mientras se acercaba a ella; era una mujer de unos cuarenta años, muy morena, de rasgos sudamericanos, ojos oscuros y alegres, rostro dulce y labios estirados en forma de sonrisa. Era risueña. Emanaba felicidad por los cuatro costados, algo que se deducía solo con escuchar su continuo canturreo. Tras el primer repaso visual supuso que esa mujer se ganaría a la gente aunque no abriera la boca, usando solo su caída de pestañas tan agradable y la amabilidad que desprendía.

—Hola, Berta, te traigo una visita —anunció Filiberto, y la aludida paró de cantar—. Es la señorita Silvia, ha sido contratada para ser la asistente personal del señor Samuel. Empieza a trabajar hoy mismo y vivirá en la casa como interna.

—Oh, señorita, es un placer, mucho gusto. —Berta, veloz, se limpió las manos antes de ofrecérselas a Silvia.

—El gusto es mío, Berta. —Estrechó la mano con ella—. No sé qué está cocinando pero huele muy bien, se me ha hecho la boca agua solo con el delicioso olor.

—Muchas gracias, señorita. —Sonrió halagada.

—Mejor llámeme Silvia, por favor.

—Por supuesto, Silvia —contestó Berta con su agradable acento y su inacabable sonrisa—. Pero en ese caso no me llame de usted, por favor, que me hace muy viejita —explicó entre medias de una leve risa.

—Vale, de acuerdo. —Ella también sonrió—. ¿Y qué estás cocinando?

—Una zarzuela de pescado y marisco, es el plato de hoy. Al señor Samuel le gusta mucho el pescado, y más aún el marisco, y se chupa los dedos con mi zarzuela —manifestó orgullosa.

—Desde luego, no me extraña. Porque si sabe la mitad de lo bien que huele, estará deliciosa.

—Ya me lo contará después de comer, Silvia.

—Ah, ¿yo también voy a comer eso? —preguntó.

—Claro, mi niña, todos comemos lo mismo en esta casa. Es una norma de los señores.

Las continuas quejas de Lola, una conocida de Silvia que trabajaba de cocinera en casa de un distinguido empresario, acometieron su mente. Lola no paraba de repetir lo tacaños que eran con ellos, la comida del servicio era siempre pasta y arroz, nunca el menú de los señores, que era única y exclusivamente para ellos. Pero Lola, amparándose en ser la cocinera, lo probaba mil veces, explicaba presumiendo. Al menos de ese modo se daba el gusto de comer un poco de las exquisiteces que le mandaba elaborar la estirada señora, y que el resto del personal tenía prohibido degustar.

—¡Vaya, qué generosos! —exclamó Silvia con asombro.

—Sí, lo son, ya los conocerá —añadió la cocinera con un meloso tono de voz.

—¿De dónde eres, Berta? —La curiosidad de Silvia no pudo aguantar más, debía saber de qué nacionalidad era su bonito acento.

—De Colombia, mi niña. Pero llevo viviendo acá, en España, casi más años que allá.

—¿Y llevas mucho sirviendo aquí?

—Casi siete años. Comencé unos meses antes de que el señor Ernesto Alvarado falleciera. ¡Que Dios lo tenga en su gloria, mamita! —Se santiguó—. Para mí esta es una de las mejores casas de todas en las que he trabajado. Los señores son muy atentos y respetuosos, pagan bien y siempre te escuchan. ¡Ojalá me jubile acá, mi niña, ojalá! —enunció casi en una súplica.

Silvia se alegró de oír esas palabras, la cocinera acababa de dejar de manifiesto que los hermanos Alvarado no eran unos déspotas, aunque ella tuviera serias dudas con respecto a Víctor. Sonrió a Berta y, aprovechando el momento, contempló el orden y limpieza que predominaban en la cocina; parecía que no hubiera sido usada nunca. En medio de su escudriñamiento, advirtió que Filiberto estaba terminando de prepararle el café.

—Espero que cuide muy bien del señor Samuel —dijo de pronto Berta, sorprendiendo a Silvia—. Me da tanta pena por él, con lo joven y bueno que es y teniendo que sufrir...

—Berta, a tu trabajo —la interrumpió Filiberto en tono de regañina.

—Cierto, perdone, lo siento —se disculpó, agregando de nuevo una leve sonrisa en su rostro.

Silvia pensó en la situación de Samuel y comprendió que no solo a ella le producía pena. Sintió una extraña inquietud por saber qué más quería decir Berta y por qué Filiberto la había silenciado. En realidad, desde que lo había conocido, se había preguntado muchas veces qué le había ocurrido para estar en silla de ruedas; y la curiosidad la consumía.

—Ya que ha conocido a Berta —añadió Filiberto—, mejor le acerco el café al comedor y se lo toma allí mientras espera al señor Samuel. En menos de diez minutos ya habrá acabado.

—No te preocupes, ya lo llevo yo, Filiberto.

—No, señorita, yo lo hago —expresó con rotundidad.

—Vale, como quieras —dijo vacilante.

Despidiéndose de Berta, Silvia caminó al lado de Filiberto, quien portaba su café en una pequeña bandeja plateada. Se sintió ridícula por no poder llevarlo ella y por tener al servicio a su disposición.

Una vez en el comedor, Silvia se sentó en el sofá y Filiberto depositó la bandeja encima de la mesa.

—¿Se le ofrece algo más?

—No —contestó ella, haciendo una pausa sin apartar la mirada de él—. Bueno, sí. Quería decirte algo.

—Pues dígame —la animó, sonriéndole con su habitual y sutil forma.

—Yo podía haberme traído el café, tengo dos manos y sé hacerlo.

Sin mediar palabra, Filiberto se acercó hasta la puerta del salón y la cerró con cuidado, sin hacer el menor ruido. Luego giró sobre sus talones y regresó de nuevo al lado de Silvia, que no comprendía nada y estaba desorientada.

—Señorita Silvia, nadie del servicio, a excepción mía, conoce para lo que en verdad usted está aquí; y yo, discúlpeme, no puedo tratarla de un modo

diferente que al señor Samuel. En breve, ustedes se casarán; no es alguien más del servicio, aunque los demás lo crean. Tampoco sospecharán nada porque la trate de otra forma, pues yo les he advertido de que, al ser usted como la sombra del señor, el trato, al menos por mi parte, va a ser diferente al del resto del personal. Aunque, siendo honesto, también les he solicitado que ellos hagan lo mismo.

Asimilando la información que Filiberto acababa de poner en su conocimiento, Silvia permaneció en silencio.

—¿Me entiende ahora, señorita Silvia?

—¿Quiere decir eso que voy a tener a todo el servicio a mi disposición?
—contestó con otra pregunta.

—Exacto. —Asintió.

—Pero..., pero... no sé si voy a saber hacer eso. Yo pensé que hasta que no se anunciara nuestro compromiso sería una trabajadora más. Y ese tiempo, esos meses, me ayudarían a mentalizarme de los cambios que se avecinan. Pero así, de golpe y porrazo... —Emitió un suspiro cargado de desconcierto.

—Pues tendrá que aprender. Y lo hará pronto, ya lo verá. A lo bueno todo el mundo se acostumbra con rapidez. ¿Algo más o alguna duda que le pueda resolver?

Vacilando unos segundos, Silvia terminó claudicando a la intriga que consumía su mente. Un interrogante que la carcomía de la misma manera que las termitas hacían con la madera, royéndola de forma continua y progresiva.

—Sí, me gustaría preguntarte algo más.

—Usted dirá.

—¿Qué le ocurrió a Samuel? Me refiero a por qué está en silla de ruedas.

—Señorita, esa pregunta...

La puerta del comedor se abrió de repente y ambos voltearon las cabezas en esa dirección.

—Pero ¿qué hacéis aquí encerrados? —demandó Samuel confundido, entrando en el salón junto a un hombre de mediana edad vestido con pantalón y casaca blanca, un conjunto sanitario igual que el de un médico.

—Oh, nada, señor —contestó de inmediato Filiberto, a la vez que Silvia se ponía en pie—. Tan solo estaba poniendo a la señorita Ribas al corriente

de todo.

—Oye, no mela vayas a asustar el primer día, Fil —bromeó—. Ya sabes que la señorita Ribas es directamente competencia mía.

—No se preocupe, señor Alvarado —dijo Silvia entrando en la conversación, tratándole con la misma fórmula de cortesía que había empleado él—, Filiberto solo...

—¡Oh, no me llames de usted! —exclamó Samuel, interrumpiéndola, dejándola confusa—. O mejor, no nos hablemos así, tuteémonos, ¿vale?

—De acuerdo, Samuel —contestó, mientras él la guiñaba el ojo—. Pues, como trataba de decirte, Filiberto tan solo me ha preparado un café y me daba conversación a la espera de que tu sesión con el fisioterapeuta terminase.

—Ese soy yo, y ya he acabado —intervino el hombre que vestía de blanco, con otro peculiar acento que no era español.

—Es Ramón, mi fisioterapeuta. —Samuel se dirigió a Silvia y prosiguió —: Un cubano que, aparte de tener unas manos divinas, no para de hacerme reír en la sesión, a pesar del daño que en ocasiones me provoca. —Esbozó una sonrisa, mirándolo—. Y ella es Silvia, Ramón, la asistente personal de la que te he hablado.

Ramón y Silvia se aproximaron el uno al otro para saludarse. Ella se quedó con la mano tendida, pues él se adelantó a darle dos besos como recibimiento.

—Discúlpeme, pero prefiero dar dos besos a las mujeres, estrechar la mano lo dejo para los hombres, que no suelen ser tan guapos como las damas —enunció con ingenio.

—Disculpado —añadió Silvia, le pareció gracioso.

—Y ahora, con tu permiso, me marchó. Encantado de conocerte, Silvia, ya nos iremos viendo a diario. Porque yo también puedo tutearte, ¿verdad?

—Desde luego, Ramón. —Sonrió—. Un placer.

—Espere, lo acompaño a la salida —dijo Filiberto, y ambos abandonaron el comedor.

Samuel contempló a Silvia durante unos segundos, hoy le parecía aún más guapa, y desplegó los labios.

—Bueno, bienvenida a mi casa. Tu hogar durante dieciocho meses, Silvia

Ribas.

—Muchas gracias, Samuel Alvarado.

—¿Y qué? ¿Todo bien?

—Quitando el corte que me has dado para pedirme que te tuteara, bien.

—Hay que hacer esto creíble de todas las maneras. —Volvió a guiñarle el ojo.

Silvia dejó sus labios en modo sonrisa y, por un breve espacio de tiempo, se sintió cohibida, con cierta vergüenza. De súbito, se fraguó un silencio que se le antojó de lo más incómodo y violento; no sabía qué decir, de qué hablar.

—¿Has dejado tus pertenencias en la habitación? —preguntó Samuel, rompiendo la tensión de la abrumadora mudez.

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—¿Y a quién no? Es una pasada de dormitorio.

—Me alegro. ¿Quieres que te enseñe la casa?

—Vale, aunque ya he visto parte de ella.

—Ah, ¿sí? —preguntó con sorpresa.

—Sí. Filiberto me ha enseñado gran parte.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la maravillosa biblioteca que tenéis.

—¡Vaya! Entonces has visto tres cuartas partes de la vivienda.

—Y podría haberla visto toda, pero Filiberto se ha tenido que marchar un momento y yo..., yo me he cruzado con tu hermano. —Sopló, denotando desagrado.

—¡Joder, qué bien has empezado! —bromeó.

—Sí, de maravilla —ironizó.

Samuel la observó un instante antes de preguntarle por el tema clave.

—¿Os habéis vuelto a pelear?

—No, pero la conversación no ha sido nada grata, no nos soportamos el uno al otro.

—¡Qué cabrón! Ha venido a despedirse de mí pero no te ha mencionado para nada.

—Ya sé que se marcha, y, llámame mala persona, pero me alegro infinitamente. Te juro que no sé si podría soportarle, no me cae nada bien.

—Él no es quien te tiene que caer bien, sino yo.

—Lo sé. Y gracias a Dios tú sí me caes genial. —Estiró los labios.

—Genial. —Samuel silbó—. Eso significa que te caigo mejor que bien.

—Así es.

—Pues olvida de una vez al estúpido de Víctor.

—Ya está olvidado.

—Perfecto, porque tenemos mucho trabajo por delante y no podemos perder el tiempo descentrándonos en banalidades, Silvia. Debemos conocernos para que cuando llegue el momento de hacer público lo nuestro sepamos hablar el uno del otro, conozcamos nuestros gustos, aficiones, etc.

Las comisuras de los labios de Silvia se estiraron con sutileza y se acercó más a Samuel, hasta estar justo a su lado.

—Por supuesto. Somos unos desconocidos y debemos conocernos si queremos dar credibilidad a nuestro contrato y parecer una pareja de verdad.

—No puedes llevar más razón —convino feliz—. Así que ahora, bella dama, sígame, le voy a hacer un *tour* por toda la vivienda. Después subiremos a la terraza, hace un día precioso y sería injusto desaprovecharlo. Allí empezaremos a conocernos.

—Vamos a ello. —Silvia asintió, y ambos abandonaron el comedor.

20

Los días pasaron a gran velocidad debido a la buena relación que estaba germinando entre Silvia y Samuel, que además prosperaba en muchos aspectos. Samuel era un hombre jovial, agradable y divertido, de los que siempre tenía algún chascarrillo con la intención de sonsacar una sonrisa en los labios de todos, últimamente, con mayor ahínco, en los de Silvia. Además, junto a él la vida era muy fácil. Silvia no debía preocuparse de nada, ni siquiera de pensar; se lo daban todo hecho y resuelto.

En alguna ocasión, a lo largo de ese tiempo bajo el techo de Samuel, Silvia llegó a pensar que aquel contrato era una recompensa a todos los sacrificios de su vida. Porque no solo iba a percibir una remuneración económica excesivamente alta, sino que el acuerdo conllevaba una gratificación especial: dejar de vivir en el mundo de las preocupaciones y pensar solo en ella, además de estar relajada y disfrutar. Ni tan siquiera Mirian, su descerebrada hermana, le había dado excesivos quebraderos de cabeza durante ese periodo de tiempo, algo que la tenía sorprendida a la par que emocionada; al fin parecía que comenzaba a madurar. Y de esa forma, con la tranquilidad siendo su más fiel aliada y junto a un hombre que además de guapo no paraba de hacerla reír, el tiempo corrió presuroso y las hojas del calendario fueron cayendo de una en una hasta plantarse en el mes de septiembre. Casi tres meses de convivencia junto a Samuel. Cerca de noventa días en los que ambos interpretaron a la perfección sus papeles de cara al servicio.

Durante todos esos días, casi un verano que estaba llegando a su fin, Silvia conoció de manera más personal al servicio, con el que compartió ratos de charlas y confidencias. E incluso llegó a crear un vínculo especial con Filiberto, que la trataba como a una hija; o así le parecía a ella por sus continuas muestras de afecto y cariño. Pero ese tiempo le sirvió, sobre todo, para conocer de forma íntima a Samuel, del que debía entender las cualidades más fundamentales de su vida, al igual que él las de ella.

Durante todos esos días, que sumaban once semanas, Silvia memorizó los aspectos más importantes del hombre con el que debía casarse: fecha de

cumpleaños, horóscopo, ideología, gustos culinarios, deportivos, culturales, artísticos, aficiones... Igual que hizo Samuel con ella. Él cumplía los años el 16 de enero, y ella el 21 de octubre; el horóscopo de Samuel era Capricornio, el de Silvia Libra. Las ideologías de cada uno eran muy similares, aunque discrepaban en algunos aspectos. Sin embargo, sus gustos en temas culinarios eran bien distintos; mientras que Silvia se decantaba por la comida tradicional y casera, Samuel y su paladar sibarita preferían saborear la alta cocina, la de autor. Con los deportes era más de lo mismo; Silvia era una aficionada al baloncesto, Samuel al fútbol y la Fórmula Uno. En temas culturales y artísticos tenían mayor afinidad, a ambos les gustaba el cine, amaban la lectura, la música, la pintura y la escultura. En ese aspecto coincidían de pleno.

Durante todos esos días, que acumularon muchas horas de conversaciones, Samuel descubrió que a Silvia le encantaba pasear por la playa, algo que él no podía hacer con ella debido a su situación de invalidez, o al menos no de pie, como cualquier otra persona. También supo de su fascinación por las puestas de sol, un momento mágico para ella, y esa cuestión lo llevó a recordar a Víctor, su hermano, otro enamorado del instante en el que el sol se perdía en el horizonte. Por último conoció su amor por los animales. Silvia siempre había convivido con alguno, pero desde hacía algo más de un año, al morir Rufo, su perro, decidió no tener más mascotas por el momento porque había sufrido mucho con su pérdida. Eso trajo a la memoria de Samuel las infinitas negativas de su padre ante sus miles de peticiones suplicando un animal de compañía. Pero su progenitor no se conmovía con sus lloros, el llanto de un niño que solo pretendía tener un animal para sentir cariño, para darlo. Por el contrario, Ernesto Alvarado parecía disfrutar con el sufrimiento que sus negativas provocaban en su hijo. Un día Samuel dejó de lloriquear, desechó la idea de tener una mascota y se centró más aún en rivalizar con su hermano; debía demostrar a su progenitor de qué pasta estaba hecho.

Durante todos esos días, que se convirtieron en meses, Silvia y Samuel usaron el tiempo en exclusiva para ganar confianza. Charlas sobre política, deportes, economía, cine, gastronomía, ciudades, moda... En más de una ocasión hasta se contaron chistes y bromearon cuanto pudieron. Aunque también hubo tiempo para la seriedad e incluso para el debate. El primero y más extenso fue cuando intercambiaron opiniones con respecto a sus libros y

autores favoritos. El asunto se alargó durante semanas sin alcanzar una clara conclusión, pues cada uno de ellos defendió a ultranza su libro de cabecera; Silvia, *Los miserables*, de Víctor Hugo, y Samuel, *La metamorfosis*, de Franz Kafka. Ambos adoraban tales obras porque, de alguna forma, se sentían identificados con ellas. Silvia debido a su condición social, al estigma con el que la sociedad la había marcado, pues en verdad, más que hacerla sentir pobre, la humillaban. Por eso adoraba esa novela, por su clara defensa a los oprimidos, estuvieran dónde estuviesen y se encontraran en la situación sociohistórica que fuese. Algo similar le sucedía a Samuel, acérrimo admirador de *La metamorfosis* porque siempre se había visto como el protagonista de la novela, Gregorio Samsa, un hombre despreciado por su familia. Aunque en el caso de Samuel, el menosprecio al que había sido sometido lo recibía, de forma constante, de un solo miembro: su padre. Con su hermano era diferente, mantenían una relación en la que a ratos se querían y a veces llegaban a odiarse; si bien, de una u otra manera, siempre habían permanecido unidos. Pero en lo que Samuel se veía por completo reflejado en la novela de Kafka era en sentirse igual que un bicho raro. Él no se había convertido en un insecto, como le sucedía a Gregorio, pero había sido tratado por su padre de esa misma manera, con total falta de aprecio, rozando el odio.

Sin embargo, durante aquellos meses, en los que hubo mucho tiempo para charlas, coloquios, debates y algún que otro chascarrillo, no hubo un solo momento para que Silvia o Samuel desnudasen sus almas. Y era una cuestión necesaria que Samuel debía resolver. Silvia tenía que conocer ciertos aspectos de su vida porque cualquier día, más pronto que tarde, le demandaría la explicación que él tanto silenciaba, que trataba de asfixiar. Se la callaba porque no le apetecía hablar sobre su maldita enfermedad; precisaba olvidarse de ella para poder vivir. Pero Silvia acabaría preguntándole por qué iba en silla de ruedas, y él tendría que darle una respuesta y hablar sobre ello... Solo pensarlo le resultaba insoportable. Por eso se había cerrado a cal y canto, para no tener que mencionar la condenada enfermedad que, en un simple chasquear de dedos, le cambió la vida de la noche a la mañana y lo convirtió en un bicho raro, como le sucedía al protagonista de la novela de Kafka.

Durante todos esos días, Silvia, además de verse un día de cada semana con su gran amiga Lara y compartir con ella cuanto le acontecía, alcanzó a vislumbrar muchas cosas que Samuel mantenía ocultas, guardadas en su

interior. *A priori*, parecía que aquel hombre no había tenido una vida fácil, al menos en lo relacionado con temas familiares, de estimación. Con lo poco que alguna vez dejaba asomar a la superficie, Silvia intuyó que la relación con su padre y hermano había sido difícil, quizá demasiado. Pero hasta el momento, Samuel no le permitía profundizar. En cuanto intentaba extraerle una palabra más, el tema de conversación daba un giro radical y se notaba que la firme intención de él era callarla. Aunque Silvia suponía cuánto dolor podía guardar ese férreo silencio que Samuel mantenía, algo que le estremecía el corazón y le hacía sentir lástima de él.

La primera vez que Silvia sospechó que Samuel creció falto de cariño fue después de leerle. Porque todos los días, y bajo su petición, ella le leía durante un par de horas. Samuel le dejaba escoger el libro que más le apeteciera y la escuchaba atento, hasta que, pasados los días, llegaba al fin. Le encantaba oír la dulce voz de Silvia narrando historias, su manera de interpretar a los personajes, cambiándoles hasta la entonación. A ella no le importaba leerle, todo lo contrario, pues de ese modo también hacía una de las cosas que más le gustaba: descubrir historias. Si bien un día, pasado el primer mes y sin ninguna intención maliciosa por su parte, tras acabar la lectura, Silvia le formuló una pregunta.

—¿Por qué te gusta tanto que te lea? ¿No prefieres hacerlo tú?

Al cabo de un largo tiempo de mutismo ensordecedor, en el que el semblante de Samuel se desfiguró y Silvia tuvo la certeza de haber preguntado algo inoportuno, con voz melancólica, él contestó:

—Igual es porque nadie me leyó de pequeño —murmuró, haciendo a continuación una breve pausa ante la atenta expectación de ella, que se sintió acongojada por la declaración—. No tenía madre, murió cuando yo nací, y mi padre nunca lo hizo, al menos no conmigo. Alguna vez lo intentó Filiberto, pero mi padre se lo prohibió —confesó, bajando la cabeza con pesar.

El alma de Silvia se quebró entera tras oír esas palabras. Eran frases cargadas de dolor, henchidas de él, tan sinceras que rozaban la crueldad. Sin embargo, su curiosidad era ambiciosa y quería saber, o, mejor dicho, necesitaba entender. Debía comprender por qué un padre se comportaba de forma tan insensible, por qué no le bastaba con no perder el tiempo en su hijo, sino que además le prohibía a los demás prestarle un momento, darle un rato de su atención. Y su boca, sin planteárselo, volvió a la carga.

—Has dicho «al menos no conmigo», ¿significa eso que tu padre le leía a tu hermano y a ti no? —interpeló con algo de temor ante la respuesta.

Pero la contestación de Samuel fue la menos esperada por ella, y la dejó tan perdida como confusa.

—Creo que se está haciendo muy tarde, va a ser la hora de cenar, ¿bajamos? —preguntó serio, expresando melancolía con los ojos, no con la voz.

Y viendo el desvío radical que tomó la conversación, aunque esta vez sumándole un gesto taciturno que desconocía en Samuel, Silvia calló. Era más que obvio que él no quería hablar ni recordar aquello, y eso ponía de manifiesto lo doloroso que debía de ser. Desde ese conciso instante comprendió lo marcado que se encontraba ese hombre, aunque tratara de esconderlo en lo más profundo de su ser e intentase disfrazarlo con sus continuas sonrisas.

Pero Silvia continuó descubriendo muchas más cosas de Samuel durante esos días. Entre ellas, que dentro de ese hombre falto de cariño paternal pero fuerte, de los que aguantaban las bofetadas esbozando una sonrisa, de los que vestían su alma de alegría a pesar de encontrarse rota, también convivía una persona con ciertas manías. El número seis era su talismán; en contraposición, odiaba el tres. Sentía la necesidad de tener todo a pares por una amplia aversión a los números impares, y la letra s era su favorita. Aunque Silvia no tenía una explicación a todo aquello ni tampoco una confirmación. Solo lo dedujo porque las actitudes de Samuel lo evidenciaban con claridad, pero sin una exposición o aclaración por parte de él y sus peculiares obsesiones. Y en medio de todo ese conocimiento intuitivo gracias a su gran observación y deducción, había algo que ella aún desconocía y le suscitaba mucho interés. Tanta era su inclinación por descubrirlo que por las noches no dejaba de pensar ni de barajar diferentes hipótesis. Eso la llevaba a no poder conciliar el sueño o a costarle de manera exagerada entregarse a él. Y cada día, al levantarse, se debatía entre preguntárselo a Samuel de forma abierta o esperar. Por un lado ansiaba hacerlo, aunque por otro le daba miedo herirlo; pero ella debía saberlo, lo precisaba. Estaba convencida de que él también lo sabía, comprendía que era necesario que lo supiera. No obstante, Samuel nunca sacaba el tema, bajo ningún concepto, ni por lo más remoto.

En vista de su silencio, que sumaba ya casi tres meses, Silvia pensó en

hacerse con la respuesta por otros medios: preguntándose al servicio, principalmente a Filiberto, que era con el que mayor confianza tenía. De modo que un día, sin meditar más y viendo que Samuel nunca pensaba abordar tal tema, se lo preguntó.

—Filiberto, ¿qué le ocurrió a Samuel para acabar en silla de ruedas?

El hombre la miró a los ojos con atención mientras colmaba a sus pulmones, después, lleno de aprieto, de reparo, exhaló el aire. Sabía que esa pregunta volvería a llegar tarde o temprano, puesto que Silvia ya se la hizo el primer día y él sabía que ella no había obtenido todavía una respuesta. Pero también sabía que él no era el encargado de resolverle esa duda, por mucho que comprendiera su necesidad de respuesta. De ahí su conflicto interno, su suspiro lleno de apuro.

La contestación de Filiberto se basó en otra pregunta:

—¿Y por qué no se lo pregunta a él, señorita Silvia?

—Porque me da miedo molestarlo —respondió ella con aflicción—. Pero Samuel nunca saca el tema, y es algo que debo saber, entiéndelo. —Lo observó, esperando su aprobación.

—Lo comprendo. —Asintió—. Al igual que comprendo, porque conozco muy bien al señor Samuel, que se molestará más si se entera de que usted anda preguntando sobre ello a sus espaldas.

Silvia se quedó unos segundos en silencio, sopesando las palabras de Filiberto. Palabras que estaban cargadas de razón. Debía preguntárselo a Samuel, sin implicar a nadie; era cierto. Y en caso de sentirse ofendido, le explicaría la necesidad de conocer los motivos, que no obedecían exclusivamente a la mera curiosidad. Si querían dar credibilidad al contrato que los convertiría en marido y mujer, precisaba conocer algo tan primordial.

—Llevas razón, tengo que preguntárselo a él. —Dejó escapar una ligera bocanada de aliento—. Lo haré esta semana, a más tardar.

—Me parece perfecto. Ahora, si no se le ofrece nada más y me disculpa, tengo cosas que hacer.

—Por supuesto, Filiberto, tú a lo tuyo. Perdona por haberte puesto en un compromiso.

—No se preocupe, señorita Silvia. Y termine su café, se le va a enfriar.

—Sonrió de manera leve, como era su costumbre, y abandonó el salón, lugar donde Silvia solía esperar a que Samuel terminase su sesión de fisioterapia.

Y así, viendo como pasaba la semana, justo la que sumaba tres meses de convivencia, la que los colocaba en el ecuador del noviazgo establecido, la que iniciaría el periodo de compromiso en breve, Silvia elaboró un plan con el que hacerle sentir menos molesto a Samuel, pero que resultase infalible para que él, al fin, se abriera con ella.

21

El día en cuestión, Silvia pidió a Filiberto que les sirviera la cena en la terraza. Eran las primeras horas de la tarde y todo hacía presagiar que esa noche, de mediados de septiembre, sería muy agradable para tal menester, pues pretendía convertir la velada en el marco apropiado para su estrategia de confesiones. Sin embargo, se sorprendió al oír de Filiberto que era donde iban a cenar, Samuel le había solicitado lo mismo por la mañana y le había confesado el deseo de celebrar el tercer mes de convivencia cenando con la puesta de sol y las vistas del mar de fondo. Contemplando el rostro de Silvia, cargado de desconocimiento, Filiberto fue consciente de que ella no estaba al corriente. De inmediato le rogó que no le comentara nada a Samuel, temiendo haber fastidiado lo que parecía ser una sorpresa. Haciéndole saber que no debía preocuparse, Silvia se marchó a su estancia favorita: la biblioteca, aunque esta vez lo hizo con la intención de buscar un rincón donde pensar, unos minutos para meditar, no solo para buscar un nuevo libro que leerle a su prometido por contrato. Debía saber pisar el terreno para que él, por fin, le contase lo que ella tanto quería saber y él llevaba tres meses callando.

Al llegar la noche, Silvia, que iba con la idea de hacerse la sorprendida, terminó maravillándose de verdad. Ver la decoración que engalanaba al admirable escenario con vistas al Mediterráneo la dejó boquiabierta, asombrada por completo. Mantel de lino, vajilla de porcelana fina, copas de cristal de bohemia, velas encendidas, centro de flores sobre la mesa y antorchas alrededor del cenador lograban una visión fascinante; además, una agradable música de fondo lo envolvía todo... Por supuesto que no podía salir de su asombro, era la primera vez desde que vivía allí que veía la terraza así y que iba a ser protagonista de una cena como esa, de gala.

Divisó a Samuel sentado en su silla, al lado de la mesa, esperándola. Enfocó su mirada hacia él, que le sonreía de oreja a oreja, y comprobó el centelleo que sus ojos desprendían; un brillo triunfal.

—¡Caray! ¿Y todo esto a qué se debe? —preguntó ella sin salir de su admiración y haciéndose a la vez la ingenua.

—A que hoy es una noche muy especial y hay que celebrarla como Dios manda. Y parece que tú así lo comprendías, porque vienes vestida para la ocasión. —Resbaló su mirada por el vestido blanco y corto que Silvia lucía, hasta llegar a los pies y encontrarse con unas preciosas sandalias de tacón. Silbando volvió a subir la vista.

—Es cierto. Hoy es nuestro tercer mes de convivencia y por eso me he arreglado más. —Asintió, dibujando también una sonrisa.

Silvia acercó una silla hasta Samuel y tomó asiento a su vera.

—Es más que eso, Silvia. A partir de hoy debemos dar otro paso, tenemos que empezar a hacer público lo nuestro.

—Sí, también lo sé.

Filiberto entró en ese justo instante en la terraza. Empujaba una mesita de ruedas en la que portaba unas bandejas con canapés y una cubitera con una botella de champán. Dejó los platos encima de la mesa, descorchó el espumoso, llenó las copas de ambos, volvió a meter la botella en la cubitera llena de hielos y, con una suave sonrisa, se retiró.

—Brindemos por ello, Silvia. Porque el resto de la convivencia sea tan bueno como hasta ahora. —Cogió su copa.

Silvia tomó la suya y la acercó a la de Samuel hasta escuchar el delicado tintineo del cristal al chocar.

—¡Brindemos! —exclamó ella.

Bebieron un largo trago, y tras eso Samuel le pidió empezar a cenar. Silvia le hizo caso y tomó unos cuantos canapés, aunque sin dejar de pensar en qué momento sacar su plan a la palestra, o a colación de qué. Aunque después de unas cuantas copas y de muchos canapés ingeridos, Samuel le ofreció la oportunidad en bandeja.

—¿Sabes qué me gustaría hacer ahora mismo? Bueno, si pudiera, claro. —Hizo un mohín a la par que cabeceaba.

—¿El qué?

—Bailar —declaró, escuchando la música de fondo que amenizaba la velada—. Bailar contigo, Silvia. —Emitió un profundo suspiro que terminó

en una tenue sonrisa con matiz de frustración.

Esquivando la desdichada sonrisa anunciadora de un malogrado deseo, Silvia aprovechó la puerta que acababa de abrirle Samuel y se introdujo de lleno por ella.

—A propósito del tema, yo... —Pasó la mano de manera nerviosa por su melena—. Yo necesito saber algo, Samuel, y tú lo sabes. Necesito saber por qué te encuentras en una silla de ruedas —soltó de seguido, tragando saliva.

La cara de Samuel cambió de forma repentina. La sutil sonrisa se le congeló en la boca, las facciones se le endurecieron y sus ojos reflejaron un ramalazo de vulnerabilidad, algo que Silvia jamás había visto en él. El miedo ante la mutación de Samuel, ante la ausencia de sonrisa, ante la ganancia de seriedad, ante el temor a ser herido que asomó por su mirar llevó a Silvia con rapidez a establecer otras reglas; unas que ya había sopesado.

—Mira, hagamos una cosa, Samuel, confesémonos. —Él la observó extrañado—. Sí, como lo oyes, no me mires así. Es muy fácil, yo te cuento a ti cosas íntimas de mi vida y, a cambio, tú me cuentas a mí aspectos igual de íntimos de la tuya. Por ejemplo, por qué estás en esa silla de ruedas.

Contemplándola desorientado y confundido, Samuel prosiguió:

—He entendido lo que has dicho, Silvia —aseguró con seriedad—. Si te miro confuso es porque no creo que sea necesario que tú me cuentes algo para que yo te responda a esa pregunta.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo, creo que es justo. Así ambos sabremos más sobre nuestras vidas, algo que me parece muy importante si queremos hacer que esto sea verosímil a ojos de los demás. Cuanto más sepamos el uno del otro sobre aspectos íntimos, más podremos hablar de nosotros, y eso le dará credibilidad, ¿no?

El suspiro que dejó escapar Samuel fue ruidoso en extremo y ciertamente sobrecogedor. A Silvia esa expulsión de aire cargado de perturbación le pareció que guardaba un secreto importante, y en verdad era cierto. Samuel supo que el tiempo se le había terminado, que había llegado el momento de enfrentarse a la verdad, de hacérsela conocer a Silvia.

—Vale, confesémonos. Empieza. —Esperó atento.

—Ahora mismo.

Silvia se llenó la copa de champán y se la bebió de un trago.

—¡Eh, calma! —exclamó Samuel—. Si tienes que beber de esa forma creo que lo que vas a contarme no me gustará, no pienso que vaya a ser algo bueno.

—Júzgalo tú mismo —repuso tajante—. Pero te adelantaré que aunque no sea bueno siempre es peor guardárselo, porque eso te carcome por dentro. Viene bien exteriorizar de vez en cuando, vaciarse y no acumular. Y ahora, cuando me escuches, te darás cuenta de cuánto he pasado; mi vida no ha sido nada fácil, Samuel.

—Tampoco pienses que la mía lo ha sido, porque te equivocas por completo —replicó, defendiéndose con rapidez, con recelo. Y tratando de aplacar su actitud, dijo—: Perdona mi interrupción y empieza, por favor.

Una repentina oleada de aire llegó hasta la terraza y comenzó a agitar en ángulos la morena melena de Silvia, obligándola a sostenerse el cabello para que no le cubriese la cara ni se le metiera en los ojos. Unas cuantas velas terminaron apagándose con la inesperada ráfaga, que por suerte solo duró unos segundos.

—¡Vaya!, hasta el viento quiere crear una atmósfera más íntima para que escuches el relato de mi vida, y apaga las velas. —Medio sonrió.

—Eso parece. —Samuel no apartó la mirada de ella.

—Pues, sin más demora y a media luz, empiezo —carraspeó, preparando la voz—. Aunque esto no es nada nuevo para ti porque ya lo sabes, provengo de una familia con pocos recursos económicos y, como comprenderás, eso ya ha hecho difícil o limitada mi vida. —Enarcó las cejas apretando los labios—. Me he criado en el barrio de la Barceloneta, un lugar que adoro, pero en el que también he pasado por momentos muy duros. —Suspiró profundo—. Desde mi más tierna infancia escuché discutir a mis padres, lo hacían constantemente, a todas horas, se llevaban como el perro y el gato. Y de continuo el tema de discusión era el dinero, la falta de él. Mi padre no siempre tenía trabajo y mi madre no sabía administrar una casa, así que todo era un caos. Tuve que madurar deprisa, a golpe de cortes de luz y de agua y de tener la despensa con telarañas, la nevera vacía y nada que llevarme a la boca... —La voz de Silvia tembló por unos segundos, pero, armándose de coraje, algo a lo que estaba acostumbrada, templó la aflicción que soportaban sus recuerdos bajo la atenta mirada de Samuel—. Adoraba a mi padre, lo

quería muchísimo. Él siempre era cariñoso conmigo, me quería y de manera continua me lo demostró. Pero un día no pudo más, se despidió de mí y se marchó. Nunca se lo he reprochado, aguantar a mi madre era todo un infierno, una tarea insoportable e imposible. Elvira Manzano era una mujer frívola, egoísta e insensible.

—¡Coño, vaya calificativos acabas de utilizar para describirla!—espetó, añadiendo un silbido, pensado que nunca podría asemejarse a la falta de piedad de su padre.

—Pues te garantizo que he sido muy generosa con los adjetivos que he utilizado. —Asintió, teñida de dureza—. En fin, cuando mi padre se fue yo tenía quince años y lo pasé muy mal, él era para mí todo lo que tenía. Me habría encantado irme con él, me habría dado igual a dónde se marchara. —Se encogió de hombros—. Pero me dejó con mi madre y hermana, y lo único que supe hacer fue llorar su ausencia, lo hice durante meses.

—Tuvo que ser muy duro, cómo no ibas a llorar. Es una reacción bastante normal, alguien a quien querías te dejó, te abandonó, y eso es muy doloroso. Y el dolor conlleva pena y tristeza, que, a su vez, están ligadas a las lágrimas —explicó, observando como la sombra de la nostalgia cruzaba el semblante de Silvia al hablar de sus recuerdos.

—Lo sé. —Asintió—. Y sé que debía vaciar todo mi pesar. Y lo vacié. Me llevó meses, pero lo logré. Lo volqué todo en el hombro de mi buena amiga Lara, la única con la que podía contar, la que siempre ha estado a mi lado, ayudándome. —Calló un segundo recordando a Lara y sus continuos ánimos ante las situaciones adversas. Samuel seguía observándola sin pestañear, y Silvia continuó—: Como también sabes, tengo una hermana, Mirian, que es cinco años menor que yo. Lo que desconoces es que nunca he podido contar con su ayuda; al revés, yo debía velar por ella porque cuando cumplí los dieciocho años fue mi madre la que nos abandonó: nos dejó a nuestra suerte. Aunque yo se lo agradecí infinitamente a Dios, pues, al igual que mi padre, tampoco la soportaba. Me hice cargo de mi hermana; tanto, que a partir de ese momento me convertí en su madre. Traté de que no le afectase crecer sin sus progenitores, o que, de hacerlo, lo hiciera de la forma más leve, y para ello le di todo mi amor, me volqué de lleno en ella. Pero mi hermana, lejos de agradecerme los esfuerzos, comenzó a exigirme más. —Sopló, destilando amargura—. Mirian es una egoísta que no tiene dos dedos de frente, una persona del todo irresponsable. Y vaga. Vaga como ella sola. Los

trabajos le duran dos días. Sin embargo, no quiere que le falte el techo, ni la comida, ni el dinero; es digna hija de nuestra madre, idéntica a ella.

—Veo que tu hermana es toda una joyita. —Samuel silbó de nuevo—. Alguien imprescindible en tu vida, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Sin Mirian no habría podido sobrevivir, es un encanto de persona, abnegada y dispuesta —dijo con el mayor de los cinismos, callando un instante antes de continuar con una voz pincelada de decepción y pena—. Le ha valido porque ha dado con una tonta como yo que le ha consentido todo por lástima, que desde siempre he trabajado como una mula para poder pagar el alquiler y mantenernos, y nunca le ha importado hacerlo. Pero como la crisis hace estragos en este país, nadie valora tu trabajo, lo entregada que hayas sido o tu profesionalidad. Por eso, cuando el supermercado donde llevaba trabajando un par de años se vio obligado a reducir personal, me despidió sin ninguna consideración a mi esfuerzo —siseó con furia—. Desde entonces fui dando tumbos de un trabajo a otro, cada vez peor pagado, cada vez más abusivo; aunque nunca me quejaba, el caso era llevar dinero a casa y punto. Pero en el último año no he encontrado un solo trabajo, ni mal pagado, ni siquiera sin contrato, nada de nada. —Sacudió la cabeza—. Mi gran amiga Lara me ha estado ayudando económicamente, me ha pagado la luz y el agua, incluso me ha dado de comer, al igual que Caritas.

—¿Caritas? ¿La beneficencia? —preguntó boquiabierto, casi espantado al oír una confesión que jamás hubiera imaginado.

—Sí, Caritas, has oído bien y no me avergüenza decirlo —declaró, observando el gesto de consternación de Samuel—. Pero, claro, una cosa es pagar la luz, el agua y la comida, y otra bien distinta hacer frente al arrendamiento de la vivienda, con él ya no podía ayudarme nadie. Debía seis meses de alquiler, el juzgado estaba a punto de echarnos del piso, nos íbamos a la calle. —Se echó las manos a la cara y sopló fuerte, el recuerdo de la angustia que vivió durante esos días le sobrecogió de nuevo—. Ya no tenía nada para hacer frente a esa deuda, había vendido lo poco de valor que tenía... Incluso estaba pensando en vender un órgano...

—¡Cielo santo! —Samuel silbó por tercera vez, interrumpiéndola—. ¿Has pensado en serio en vender un órgano? —interpeló con el rostro aterrado.

—Completamente —aseguró Silvia con circunspección—. La

desesperación no te deja muchas salidas, Samuel, créeme. Fue entonces, buscando anuncios de ese tipo, cuando me topé con el tuyo y pensé que era la solución a todos mis problemas. El resto ya lo conoces. Ahora valora mi vida y atrévete a decir que no ha sido tan difícil, porque si lo haces me tiro por la terraza. —Volvió a llenar la copa y se la bebió otra vez de un trago, sentía la boca seca.

—¡Oh, Señor! —Samuel volvió a silbar—. Nunca podría decir lo contrario, desde luego que has tenido una vida jodida, mucho —recalcó—. Menos mal que tu hermana te ha ayudado siempre —soltó con ironía.

—Sí, gracias a Dios que siempre he podido contar con la mano que me ha echado Mirian; eso sí, al cuello —puntualizó su sarcasmo, e hizo un mohín que hacía equilibrios entre la pena y la rabia. Samuel, como en un acto reflejo, también hizo otro—. En fin, menos mal que para contrarrestar la desconsideración y egoísmo de mi hermana he tenido y tengo a mi increíble amiga Lara, ella lo es todo para mí —dijo con un orgullo que asomó en un santiamén.

—Tu vida ha sido difícil e injusta, pero al menos puedes decir que has tenido a alguien, que cuentas con una buena amiga. Eso ya es más de lo que yo puedo decir.

—¡Venga, Samuel! —replicó, sintiéndose ofendida—. A ver si ahora vas a decirme que tú no has tenido ningún amigo, que has estado solo, que eres un marginado.

—Silvia, no te equivoques, no creas que mi vida ha sido de ensueño. Lo único que nos diferencia a ti y a mí es la posición económica. En mi caso, el dinero nunca ha sido un problema, pero he tenido otros con los que lidiar.

—No te discuto que no hayas tenido problemas, todo el mundo, en mayor o menor medida, los tiene; hasta los ricos como tú. Pero ¿sabes lo que dicen? Que las penas con pan son menos penas, y es una realidad.

Samuel clavó la mirada en la pupila de Silvia, quien observó cómo su iris azul se desprendió del candor y se volvió gélido, frío como el acero. En ese instante, sus ojos eran dos bloques de granito impregnados de resentimiento.

—No te confundas, Silvia, el dinero no da la felicidad —explicó, congelando el ambiente con la frialdad que desprendía su mirada.

—No digo que la dé, pero sin duda ayuda mucho.

—No lo es todo, te lo garantizo —añadió con malhumor, frunciendo los labios en señal de desacuerdo.

—Claro, eso es fácil de decir desde tu posición. Desde tu holgada posición —subrayó, asomando las uñas.

—¿Mi posición? —La miró desafiante, congelando el aire que los distanciaba—. Tú no tienes ni idea de cuál ha sido mi posición, ni cuánto he tenido que pelear. —Elevó la voz.

—Las luchas con todos los gastos pagados son más fáciles de llevar, eso también te lo aseguro yo. —El tono de Silvia se alzó en armas—. Con dinero todo es más fácil porque eso te da margen de maniobra —respondió resentida.

Los ojos de Samuel comenzaron a lanzar al aire carámbanos de hielo para construirse un muro de defensa. Se sintió atacado por su condición social. Silvia daba por hecho que, por tener dinero, su felicidad estaba garantizada, y eso era toda una falacia. Una farsa igual de absurda que la de pensar que siendo delgado se era más feliz. La felicidad solo era un estado de grata satisfacción. Un estado que no venía dado por una situación o condición, sino por unos sentimientos que atestaban el alma hasta hacerla sentir pletórica de regocijo. La felicidad no se podía comprar, solo se podía sentir o experimentar.

—Pues ¿sabes qué te digo? —preguntó enfurecido—. Que yo hubiera preferido no tener los gastos pagados, como tú dices, porque el dinero no ha evitado mis traumas ni que mi alma esté marcada para siempre. Habría cambiado mi margen de maniobra, todo lo que tenía y tengo solo por una cosa: por tener cariño, por sentirme querido; y también puedo asegurártelo. Así que no se te ocurra creer que mi vida ha sido feliz y dichosa solo por tener dinero. Ni te atrevas —escupió molesto, ofendido, entristecido, irritado..., con un maremágnun de sentimientos recorriéndole sin parar.

El corazón de Silvia se encogió tras escucharle. Y no solo por las palabras que acababa de decir, sino por la pena y rabia que trasmitían. Ese sentir la traspasó de arriba abajo, le caló el alma, su ser entero. Eran unas palabras y sentimientos que le hicieron entender que la vida de ese hombre, pese a ser rico, tampoco había sido un camino de rosas.

—Lo siento —añadió con tribulación.

—¿Qué sientes, Silvia? —preguntó en alto, en actitud de defensa—. ¿Sientes que mi padre no me haya querido nunca, que me haya menospreciado siempre, que no hubiera más hijo para él que Víctor? ¿O sientes que toda mi vida la haya pasado rivalizando con mi hermano, intentado demostrar que soy tan bueno como él o mejor y al final me premien sentándome en una silla de ruedas? ¿Qué sientes? ¡Dime! —inquirió con furia.

Silvia agachó la cabeza sin saber qué decir ni qué contestar después de oír una confesión que dejaba de manifiesto la desdichada vida de Samuel con respecto a su relación paternal y fraternal.

—Ni se te ocurra sentir lástima por mí, eso sí que lo odio y detesto —anunció con acritud—. Ya he asumido y superado todo eso, sé vivir con ello, lo llevo haciendo desde que tengo uso de razón.

—Yo... —dijo ella alzando la cabeza, contemplando en los ojos de Samuel un dolor insondable compitiendo con una pena iracunda. Pero él levantó la mano, indicándole callar, y Silvia guardó silencio.

—En cuanto a cómo llegué a estar en esta silla de ruedas, sé que debía haberte dado una explicación hace tiempo, pero pensé que igual llegaba antes una de mis crisis y con ello me resultaría más fácil explicártelo.

—¿Crisis? —preguntó desconcertada.

—Sí, crisis. —Asintió repetidas veces—. Tengo una enfermedad —reveló al fin—. Te ruego no me hagas decir su nombre, la odio tanto que no he querido aprendérmelo, ni siquiera sus aterradoras siglas —avisó, asomando por sus palabras una gran brecha de dolor—. Solo te diré que es una de esas enfermedades que los médicos denominan raras y que ni siquiera ellos saben muy bien cómo evoluciona. Voy perdiendo funciones psicomotrices, eso en principio, de ahí que no pueda caminar. Con cada crisis empeoro, mis células se resienten, se deterioran, mueren. En unos años seré un completo vegetal —murmuró alicaído—. Ahora ya lo sabes todo, Silvia. Pero tú no debes preocuparte por ello, el día que una de las crisis vuelva a hacerme una visita, Filiberto sabe lo que debe hacer. —Comenzó a frotarse la barbilla, nervioso.

Silvia enmudeció con la impensable noticia. Todo su cuerpo quedó en tensión, impactado. En ninguna de sus hipótesis había barajado jamás algo así. Quería saber más. Sentía la imperiosa necesidad de saber más, de conocer

los detalles, todos los pormenores; aunque, viendo el dolor que él guardaba en su interior, que lo estaba consumiendo, le daba miedo preguntar. No obstante, ya que había comenzado a hablar, no era cuestión de perder la oportunidad. Viendo cuánto le había costado abrirse a Samuel, igual nunca más volvía a darse el caso y las incógnitas que pululaban por su mente la concomerían día a día.

—¿Puedo preguntarte algo? —formuló solícita.

—Pregunta —respondió él con resignación.

—¿Cuándo te descubrieron la enfermedad?

—Hace algo más de un año —contestó de forma seca.

—¿Y has sufrido muchas crisis desde entonces?

—Un par de ellas. Durante ese año he perdido la facultad de caminar. Avanza rápido, la puñetera, porque últimamente también noto los brazos un poco torpes. —Dejó escapar un suspiro de desaliento.

—¿No tienes un tratamiento?

—No hay tratamiento, Silvia, aunque, según dicen, están investigando. Igual, con suerte, antes de morirme dan con uno —resolvió con sarcasmo.

—No hables así, por favor.

—Es la verdad. Y prefiero reírme de ella, no le tengo miedo —respondió impertérrito.

—Entonces, ¿no tomas nada?

—Sí que tomo algunas pastillas, lo que me recetaron los médicos para intentar paliar su veloz desarrollo, que no es lo mismo que frenarla por completo. Además de mis sesiones de fisioterapia, con la intención de que los músculos no se atrofien a la velocidad de la luz.

—Lo que no entiendo es por qué no me lo has contado antes.

Samuel siseó con furia un par de veces junto a una sonrisa plagada de cinismo.

—¿Habrías firmado el contrato sabiendo que tengo esta enfermedad, que puedo estar muchísimo peor al termino de nuestro acuerdo? Sé franca.

—Por supuesto que lo hubiera firmado —contestó de inmediato, sin titubear, engalanándose de sinceridad.

—No sé si creerlo. —Sacudió la cabeza.

—Pues puedo jurártelo, de veras —afirmó, sin dejar de contemplarlo. Pasados unos segundos, Silvia comprendió una cosa más y, de manera inminente, la puso en su conocimiento—. Y por eso lo del matrimonio por contrato, ¿verdad?

—Desde luego, ¿por qué si no? Si fuera una persona normal y sana no me haría falta pagar a nadie para que estuviera a mi lado —contestó junto a un resoplido de ininteligible lectura—. Lo único que deseaba era disfrutar de compañía mientras esté en condiciones, no quería sentirme solo. ¿Y quién iba a querer estar con un tullido como yo? Uno que empeora día tras día. Dime. ¿Quién? —Subió el tono—. Nadie. Nadie, Silvia. Nadie salvo por dinero. Y para eso prefiero poner yo las reglas, todos los requisitos y pagar mes a mes, igual que cualquier otro trabajo —concluyó más mesurado.

—Creo que te infravaloras más que nadie, Samuel —enunció apenada.

—¡Cómo! —volvió a sisear, negando con la cabeza y emitiendo una sonrisa llena de mordacidad—. Creí que no eras una ingenua, Silvia. ¡Por favor, mírame! —Levantó de nuevo la voz, mostrando un gesto frío y casi despiadado—. Desde luego que no valgo nada, no valgo ni una mierda, no puedo valerme por mí mismo como cualquier otra persona, ¿o no lo ves? —vociferó.

Silvia meditó unos segundos antes de hablar. Un tiempo con el que desenterró una remembranza.

—Deberías aplicarte lo mismo que me dijiste a mí el día que firmamos el contrato, ¿lo recuerdas?

—No tengo ni puta idea de lo que hablas. —Sacudió la cabeza con enfado; hablar de su enfermedad no le gustaba nada, le agriaba el carácter.

—Pues te refrescaré la memoria —dijo mirándole a los ojos—. Sucedió tras confesarte que me creí inferior a las otras tres candidatas y por eso me sugestioné y me vi perdedora. Recuerdo perfectamente lo que me dijiste: que nunca debía sentirme inferior, que como yo no había nadie más en el mundo, que cada uno de nosotros somos únicos. Ahora aplícate tú el consejo, Samuel, porque la valía de las personas no se mide por sus piernas, brazos o rostro, tan solo se mide por su corazón, por tener uno grande, generoso y empático —aclaró con calma—. Y tú lo tienes, Samuel. Eres una buena persona, llevo

tres meses conviviendo contigo y lo he comprobado. Veo cómo tratas al servicio, con respeto y cariño, por no hablar de Filiberto; a él lo quieres mucho. Todo eso me ha demostrado lo buena gente que eres, y eso es lo único que importa de las personas, ahí está su verdadera valía. Aunque la vida no te haya tratado bien, nunca olvides que eres alguien especial y nunca te menosprecies por tu enfermedad —le recomendó casi en un ruego.

—Me dejaron por esta miserable enfermedad. —Samuel masticó con rabia cada una de las palabras que expulsó por la boca—. La mujer de la que estaba enamorado huyó en cuanto supo que iba a convertirme en un lisiado. Siento haber destruido tu bonita e idílica exposición —soltó con una ironía que rozaba lo malévol.

Silvia se quedó conturbada con la confesión. No comprendía cómo una persona, estando enamorada de verdad, podía abandonar a su amor por una enfermedad en lugar de apoyarlo y permanecer a su lado por siempre.

—Perdona que sea tan clara, Samuel, pero es obvio que si te abandonó era porque no te quería. Cuando uno ama no ve las dificultades ni los impedimentos, los salta todos con tal de no separarse de su amor.

—¡Oh, venga, corta el rollo! —escupió con desdén.

—¿Acaso tú lo hubieras hecho? De haber sido al revés, ¿tú la habrías dejado? —preguntó de inmediato.

El silencio se apoderó de Samuel por unos segundos, un tiempo en el que rebobinó sus recuerdos de forma veloz.

—No, nunca —contestó con un hilo de voz—. A pesar de que no teníamos una relación muy estable, yo la quería.

—¿Por parte de quién no resultaba ser muy estable? —interpeló con rapidez.

La pregunta de Silvia cogió desprevenido a Samuel, que se debatió entre responderla o no; al fin y al cabo, él no le debía a ella explicación alguna sobre su vida amorosa. Pero, llegado a ese punto en el que se estaba vaciando, y habiendo sido él quien había sacado a la palestra a Judith, pensó que debía contestar.

—Por parte de los dos, era una relación llena de altibajos. Nos dejábamos con frecuencia, una vez lo hacía ella y otra vez yo; pero en unos meses volvíamos de nuevo. —Llenó su copa con champán y se la bebió de un trago

—. Unos meses antes de diagnosticarme la enfermedad llevábamos un tiempo más calmados, parecía que no sabíamos vivir el uno sin el otro. Aunque se ve que no era así, al menos no por su parte.

Silvia creyó que ya no debía preguntar más, había recabado mucha más información de la que buscaba y se había encontrado con demasiado dolor, así que calló. Guardó silencio, al igual que lo hizo Samuel, y eso fue lo que predominó durante unos larguísimos segundos, un silencio que retumbaba en las bajas paredes de la terraza, rebotaba de un lugar a otro atronándoles los oídos.

—Samuel —dijo al fin Silvia—, si me permites un consejo, olvida a esa mujer, no se merece un solo segundo de tu vida. Te ha demostrado que es una egoísta, y como todo egoísta, no sabe amar; esos solo saben quererse a sí mismos.

De repente, la imagen de su madre y hermana ocuparon la cabeza de Silvia. Ella sabía de lo que hablaba, aunque se tratara de amores diferentes, pero igualmente se denominaba amor.

—No te preocupes ya está olvidada, y sé que no merece un solo pensamiento mío. Lo que ocurre es que hablar de este tema me ha removido todo. Mi vida entera —declaró conturbado.

—Pues olvidemos este tema para siempre y retomemos la velada. Se suponía que iba a ser una noche muy especial para celebrar nuestro tercer mes de convivencia —explicó Silvia, intentado cambiar por completo la conversación para dejar de ver afligido a Samuel. Quería tornar su rostro a la felicidad de la que estaba acostumbrada a disfrutar.

—Llevas razón, centrémonos en la velada. —Estiró con sutileza los labios y le dijo—: Como ya sabes, debemos hacer público lo nuestro, en esta semana sin más tardar. Quiero que nuestro enlace sea próximo a las navidades y debemos dar unas cuantas fiestas antes, para que todos te conozcan y poder anunciar el compromiso formal.

—Entonces llenemos las copas y brindemos por nuestro compromiso, señor Alvarado. —Silvia echó el champán y entregó su copa a Samuel—. Por nuestro futuro matrimonio.

—Por nuestro futuro matrimonio. —Chocaron las copas y bebieron el contenido de un solo trago. De pronto, Silvia lanzó la suya hacia atrás,

haciéndola caer al suelo y rompiéndola en mil pedazos—. Pero ¿qué haces? —preguntó Samuel, asombrado.

—No sé, ha sido un impulso. —Se encogió de hombros con gesto guasón—. Algo que siempre he tenido ganas de hacer, lo vi en una película. Y oye, me he dado el capricho. —Sonrió—. Seguro que tenéis más copas o podéis comprarlas.

Samuel comenzó a carcajearse y Silvia lo acompañó. De repente, él también lanzó su copa hacia atrás y el fino cristal se hizo añicos al estrellarse contra una de las grandes macetas. La risotada que les provocó el acto sin sentido se alargó por un buen rato, hasta que las lágrimas asomaron a los ojos. La hilaridad ocupó el lugar, desterrando al dolor, la rabia y la pena de momentos antes.

—Ahora tendrán que comprar dos en lugar de una —avisó Samuel entre risas.

—¿A que te ha sentado bien? —preguntó ella, sin dejar de reír y enjugándose las incipientes lágrimas de alegría.

—De maravilla, la verdad. —En ese momento, la risa de Samuel comenzó a bajar el tono hasta extinguirse. Miró fijo a Silvia, demasiado, y esta terminó apagando su risotada también—. ¿Y sabes qué más me sentaría de maravilla?

—¿El qué?

—Un abrazo tuyo. ¿Quieres hacer el favor de dármelo?

Sin meditarlo un solo segundo, Silvia se levantó y abrazó a Samuel, quien la estrechó con fuerza. La atmósfera se cargó de afecto y de cariño. Silvia lo notaba fluir de Samuel, y él lo sentía igualmente por parte de ella. La carga era tan densa, tan emotiva con ese abrazo del que ninguno quería despegarse, que a Silvia se le antojó ir un paso más allá y terminó besando una y otra vez la mejilla de Samuel. Él, con ternura, le cogió la cara entre sus manos y contempló sus negros ojos, los labios sonrientes, la frescura que tanto le atraía, su belleza llena de sinceridad... Ambos terminaron besándose en la boca. Un beso corto, tierno, casto, por el que no afloraba pasión, tan solo un cariño entrañable. Esos tres meses habían servido para que las almas de Samuel y Silvia conectasen, y ese beso era la prueba irrefutable para confirmar esa concatenación. O al menos así era en el caso de Silvia, porque

a Samuel parecían despertársele otro tipo de sentimientos más ligados a la atracción y alejados de los fraternales que le provocaba su futura mujer por contrato.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, Samuel anunció al servicio su compromiso con Silvia. La inesperada noticia supuso toda una sorpresa, a la vez que una festividad. Berta, la cocinera, lo felicitó al menos mil veces. Se sentía feliz. Mucho. Aunque turnaba el sentimiento de felicidad con el agradecimiento. Agradecía a Dios haber puesto a Silvia en el camino del joven Alvarado.

Cuando Silvia despertó, la noticia ya era conocida por todos y ninguno perdió tiempo para expresarle su alegría y satisfacción. La primera felicitación le llegó de Berta; la mujer estaba más que contenta, incluso llegó a confesarle que ella había tenido el presentimiento de que terminarían enamorándose. Silvia pensó en lo fallidas que eran sus intuiciones, pero le agradeció las palabras con un gran estiramiento de labios. Las siguientes en felicitarla fueron Amanda y Celia, que también estaban muy felices con la primicia. En ese momento todo era regocijo, alegría, júbilo... Y con tanta efusividad por el anuncio de compromiso, Silvia se sintió mal, pues los estaba engañando a todos. Pero se despojó del malestar con premura porque representar ese papel no era idea suya, sino de Samuel. Ella tan solo era una trabajadora cumpliendo de manera escrupulosa con su cometido, con un contrato. Repitiéndose las frases con insistencia, continuó con su magistral interpretación, debía celebrar las muestras de entusiasmo que le estaban ofreciendo. Así que en la cocina y con una botella de champán, las cuatro mujeres brindaron y bebieron por la felicidad de Silvia y Samuel.

—¿Y para cuándo la boda, mi niña? —interpeló Berta con su incombustible sonrisa.

—Para antes de las navidades, sobre mediados de diciembre. Tenemos que confirmar la fecha en el Ayuntamiento.

—¿Tan pronto? —preguntó Celia.

—Sí, Samuel no quiere perder el tiempo. —Esbozó una sonrisa.

—Mujer, yo en su caso tampoco lo perdería —añadió Amanda, bebiendo un sorbo de champán.

—¡Calla, descarada! —la reprendió Berta—. Ten más consideración, estás hablando del señor y del futuro marido de Silvia.

Las mejillas de Amanda tomaron color al momento, la vergüenza se apoderó de su rostro de forma rauda.

—Lo siento, no me he dado cuenta, Silvia —habló en un susurro, mirándola ruborizada.

—Tú nunca te das cuenta de nada, además de *maleta, güeva*. —Berta prosiguió regañándola, ahora con expresiones típicas de su tierra.

—Tranquilizaos, por favor. —Silvia se dirigió a las dos con calma—. No pasa nada, todos sabemos que Samuel tiene una enfermedad, no es un tabú. Pero aclararé que las prisas no son por eso, sino porque estamos enamorados y no queremos desperdiciar el tiempo. ¿Para qué? —Se encogió de hombros pensando en cuánto estaba mintiendo, pero convenciéndose de que era parte de su trabajo.

—Pues claro que sí, ¡viva el amor! —Celia alzó su copa e invitó a las demás a hacer un nuevo brindis, algo que no se hizo esperar un segundo.

—¡Que viva el amor! —dijeron las cuatro mujeres al unísono, juntándolas hasta oír el tintineo del cristal. Luego ingirieron el contenido que quedaba.

—¡Cuánto me alegro por ti, Silvia, mi niña! —exclamó Berta con cariño, dándole un abrazo.

—Yo también me alegro mucho, de verdad —dijo Celia, uniéndose a ellas.

—Y yo, Silvia —añadió Amanda, que se sumó también al ceñir de brazos.

—Y yo me alegro muchísimo de haberos conocido a vosotras, a Filiberto y a Ramón, sois maravillosos —anunció un poco emocionada—. Aunque sobre todo me alegro de haber conocido a Samuel, tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

Todas se separaron a la par que confirmaban las palabras de Silvia; Samuel era un buen hombre.

—Y además es guapísimo —matizó Celia, con una pícaro sonrisa.

—Bueno, eso no lo podemos negar y no creo que molestemos a Silvia. El

señor Samuel es muy guapo —declaró Berta con una sonrisilla picarona.

—Cierto, lo es —convino Silvia.

—Sí, lo es —reconoció Amanda—. Pero sin pretender ofender a Silvia, para mí aún es más guapo Víctor. Está como un queso, ¡buf! —resopló—. La de veces que habré soñado con esos ojos azules canallescros mirándome, devorándome, acercándose, estando encima de mí... ¡Oh, Señor, me acaloro cuando lo pienso! —exclamó, abanicándose con la mano—. O igual este calor es producto del champán, no estoy acostumbrada a beber a las diez de la mañana. —Se echó a reír.

—Yo creo que tu calor es consecuencia de tu calenturienta mente. — Berta volvió a hablarle en tono de regañina.

—Berta, mi mente no es calenturienta, tan solo estoy manifestando una evidencia. El señor Víctor está muy bueno y eso incita a fantasear con su cuerpo. —Se mordió el labio inferior.

—Lástima que lo mate su arrogancia. —Silvia no pudo evitar soltar esas palabras, para el asombro de las tres mujeres, que la miraron extrañadas, perplejas.

—¿Arrogante el señor Víctor? —preguntó Celia arqueando las cejas.

—Sí —aseguró ella—. Arrogante, vanidoso, creído...

—Mi niña, creo que usted y nosotras no conocemos al mismo hombre. — Berta la miró desencajada—. Puede que en apariencia el señor Víctor sea más serio que el señor Samuel, pero también es un gran hombre. Nada de arrogante, ni creído, ni vanidoso. —Negó repetidas veces.

—Desde luego que no —recalcó Amanda, a la vez que las tres mujeres miraban a Silvia de hito en hito, sin salir de su incredulidad.

—Pues entonces lo habré conocido en un mal día —dijo, meditando que igual eran ellas las que en verdad no lo conocían.

—Seguramente, Silvia. —Celia asintió con la cabeza y un pestañeo.

Filiberto entró en ese instante en la cocina. De inmediato, Celia, Amanda y Berta dejaron las copas sobre la encimera, con miedo a una reprimenda por no estar en sus labores.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió serio, turnando la vista por ellas.

—Nada, Filiberto, que estamos brindando por mi compromiso con

Samuel. ¿Te unes a nosotras?

—Señorita Silvia, cómo no voy a brindar por su compromiso con el señor. Desde luego, y le doy mi más sincera enhorabuena. —En su línea habitual, estiró los labios con sutileza.

—Muchas gracias, Filiberto.

Berta corrió a por otra copa, Amanda la llenó de champán y Celia se la pasó a Filiberto mostrando una media sonrisa. Silvia echó un poco más en el resto de copas, repartiendo el líquido hasta vaciar la botella, y de nuevo brindaron por el compromiso. Entre felices risas y burbujas espumosas bebieron hasta acabar el contenido. Después, Filiberto mandó a cada una a su ocupación y, sin una mala cara ni una mala protesta, todas regresaron a lo suyo. Silvia, como era su costumbre, se marchó a la biblioteca a leer un rato mientras hacía tiempo para que Samuel terminase su sesión de fisioterapia.

Cerca de las once, Silvia se encaminó al dormitorio de su futuro marido. La sesión con el fisioterapeuta empezaba a las nueve y ella no se veía con Samuel hasta que terminaba. Lo primero que hacían al verse, aparte de darse los buenos días y dos besos, era tomarse un café y charlar un rato. Acto seguido, ella le leía a Samuel y, tras el espacio de lectura, el mediodía se les echaba encima, y con ello, la hora de comer. Las tardes solían ser menos rutinarias, y durante el último mes, más entretenidas, pues algún día, y con la ayuda y compañía de Filiberto, aunque desde una distancia prudencial con la intención de dejarles intimidad, habían salido a pasear por la ciudad, a cenar, al cine e incluso una noche acudieron al teatro.

Cuando Silvia llegó a la puerta de la habitación de Samuel, el fisioterapeuta la abandonaba en ese momento.

—Hola, Ramón, buenos días —le saludó sonriente.

—Hola, Silvia. Enhorabuena por tu compromiso con Samuel, ya me ha contado todo. —Arqueó las cejas y arrugó los labios—. Y me alegro mucho, de veras, pero me gustaría hablar contigo a solas un momento. —La voz de Ramón parecía denotar inquietud.

—Claro, pero ¿por qué? ¿Le ocurre algo a Samuel? —preguntó un poco turbada.

—No. De momento no. Aunque por eso mismo quiero hablar contigo en un lugar privado, donde nadie pueda interrumpirnos.

—Me empiezas a preocupar, Ramón.

—Tranquila, es un tema más preventivo que otra cosa, pero lo tengo que tratar contigo. Es por el bien de Samuel, y es muy importante.

Examinado el rostro de Ramón, Silvia lo notó extraño. Su habitual sonrisa andaba extraviada, por completo perdida. Por primera vez su mirada denotaba atisbos de desasosiego, algo que, dado su carácter sereno y apacible, le parecía impensable llegar a contemplar. Esa inusual muestra de expresiones le produjo una ansiosa intriga por saber qué tenía que decirle Ramón.

—En ese caso, creo que el lugar con más intimidad es mi dormitorio.

—Pues vamos, por favor.

Mientras andaban por el pasillo, en dirección a la habitación, Silvia no paraba de pensar en qué querría contarle Ramón, cada vez más meditabundo. Las entrañas se le anudaron formando un ovillo, los nervios ante el desconocido carácter de ese hombre apresaron su organismo.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme? —le preguntó Silvia nada más entrar en la alcoba, con la voz atropellada por el nerviosismo que la gobernaba. Ramón se frotó la barbilla con el dedo índice, mostrando un aire irresoluto, alargando con su silencio la respuesta—. Por favor, habla de una vez —exigió Silvia, interrogándolo con la mirada.

—Creo —comenzó casi en un susurro difícil de oír e hizo una pausa para aclararse la garganta—. Creo que igual no te gusta lo que voy a decirte. —Su voz adquirió un tono normal, audible—. No quiero que te lo tomes a mal ni que me malinterpretes, por favor, Silvia. Solo quiero que lo veas como un beneficio para Samuel. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... —titubeó ella—. Pero de verdad que no entiendo nada de nada. Estás muy raro, serio, pensativo... ¿Acaso es malo que Samuel se haya comprometido conmigo? —interpeló con incompreensión.

—No es eso directamente, Silvia. —Negó con la cabeza—. Es lo que conlleva un compromiso, o mejor dicho, lo que entraña una relación con una mujer. —Calló unos segundos y al fin dijo—: Me refiero al tema del sexo.

—¿Sexo? —preguntó sorprendida y desorientada.

—Sí, tranquila, no te dé vergüenza —se apresuró en decir—. Samuel ya

me lo ha contado, tenemos mucha confianza; es preciso por su estado. Aunque no se trata de confianza, sino de salud, porque cualquier exceso le pasará factura.

Silvia miró perpleja a Ramón, preguntándose una y otra vez qué le había contado Samuel sobre ellos y las relaciones sexuales. Y aun sin comprender qué ocurría, intuyó que no iba a gustarle lo que estaba a punto de oír.

—Por favor, te importaría explicarte mejor. No soy mucho de adivinanzas.

Ramón la miró a los ojos y vio en ellos trazas de incompreensión y ansiedad por saber. Pensó que el tema había que tratarlo de forma abierta, llamando a las cosas por su nombre para no dar lugar a malos entendidos ni confusiones. Al fin y al cabo, los dos buscaban lo mismo, el bienestar de Samuel.

—Por supuesto, voy a ser muy claro para que lo comprendas a la perfección. —Suspiró profundo, metiendo las manos en los bolsillos de su casaca de médico—. Lo primero, recalcaré que Samuel es un luchador, pero contra una enfermedad de esta índole no se puede ganar, tan solo intentar hacerla llevadera y menos dolorosa. Y tras esta breve aclaración, te contaré lo que me preocupa. Entiendo que eres una mujer joven, y por lo tanto fogosa, eso que vaya por delante. Sin embargo, cuando Samuel me ha contado vuestro primer encuentro sexual, que fue de lo más pasional y vehemente, aunque eso lo sabes tú mejor que yo, dentro de mí han saltado todas las alarmas.

—Que te ha contado nuestro primer encuentro. —Los ojos de Silvia estuvieron a punto de salirse de las cuencas. Y la vergüenza, enredada de rabia, hizo que su corazón bombease de forma tan brusca que la respiración se le entrecortó.

—Ya te he dicho que no te molestaras, Silvia. Como mi paciente que es, debo conocer su vida, todo lo que implique un esfuerzo en sus músculos, y en el sexo se da ese tipo de esfuerzos. Perdona que sea tan directo, pero jamás, de ningún modo, debes dejarle que tome Viagra.

—¿¿¿Viagra??? —La pregunta retumbó cual disparo.

—Sí, Viagra. No hagas como que no lo sabes, Silvia, estuvisteis practicando sexo durante horas. Un tío normal no aguanta una erección todo

ese tiempo, y mucho menos Samuel en sus condiciones. De hecho, él ya daba por muerta esa parte de su anatomía. —Hizo una breve pausa—. Ya me ha explicado que eres superfogosa y que lo hizo con la única intención de satisfacerte, porque está locamente enamorado de ti. Pero, aun así, no me parece nada bien por tu parte. Y si su médico se enterase, te aseguro que pondría el grito en el cielo; la medicación que toma Samuel no es compatible con la Viagra. Menos mal que no le ha producido arritmias u otros trastornos peores. —Soltó una bocanada de aire despacio, pensando, y añadió—: Eres una mujer muy guapa y seductora, tú sola puedes valerte para excitarlo, aunque te lleve más tiempo de lo normal.

Las mejillas de Silvia notaron un repentino y supremo calor. Samuel le había contado a Ramón que habían estado practicando sexo durante horas, que ella era una mujer muy fogosa, que había tomado Viagra para poder satisfacer su extremo apetito sexual... ¿Qué pensaría ese hombre de ella a partir de ahora? Con la respuesta sintió que se moría de vergüenza, pues era obvio que Ramón creería que era una devora hombres, o peor aún, una ninfómana.

—Lo siento, no lo pensé —dijo al fin, sin ser capaz de levantar la cabeza por el bochorno; sofoco que fue observado por Ramón—. No te preocupes, no le dejaré que la tome nunca más —añadió en bajo, ruborizada, pensando que iba a estrangular a Samuel en cuanto lo viera.

—Silvia —Ramón le alzó la barbilla para ver su rostro—, como te he dicho antes, entiendo que eres una mujer joven y que tu cuerpo precisa sexo. No hay nada malo en ello, el sexo es algo natural y necesario para las personas —explicó con calma—. Pero hay muchas otras formas con las que Samuel puede complacerte sin que corra el riesgo de sufrir una crisis y empeorar su frágil salud, al igual que tú a él —avisó serio.

—Claro, desde luego. —Asintió—. Para eso están los besos y las caricias —añadió.

—Sin olvidar la masturbación y el sexo oral, algo con lo que ambos podéis satisfaceros sin riesgo para Samuel —propuso con la misma serenidad.

Silvia se emancipó de todo el rubor para empalidecer. Oír las palabras que había soltado Ramón con total tranquilidad, la recomendación de lo que Samuel debía hacerle, le hizo desprenderse de sonrojo y color hasta quedar

lívica. Acababa de hablar de algo tan privado e íntimo como el que charlaba del tiempo o de cualquier otra banalidad. Como si mencionar esas formas de buscar el placer fueran tan naturales como elegir menú en un restaurante.

—Por favor, Silvia, no es mi intención avergonzarte, te lo garantizo — declaró él, observando el cambio en su semblante—. Yo solo miro esto desde un punto de vista médico, por el bien de Samuel, por el tuyo, por el de todos. ¿De acuerdo?

—Sí, por supuesto —respondió ella, asintiendo.

—Pues aclarado todo, me marchó. Y de corazón te digo que me alegro mucho de vuestro compromiso. Samuel es una gran persona y se merece ser feliz.

—Muchas gracias por la advertencia y los consejos, Ramón. —La indignación había conquistado sus entrañas y estaba haciendo una fogata en ellas.

—De nada. Y si en cualquier momento tienes dudas con respecto a su salud, pregúntame. Lo que no sepa contestarte lo consultaré, pero me tienes a tu entera disposición, Silvia.

—Gracias de nuevo.

Ramón abandonó el dormitorio y Silvia esperó unos segundos antes de hacerlo ella e ir en busca de Samuel. Pensaba decirle cuatro cosas bien dichas por la vergüenza que le había hecho pasar, por hablarle a Ramón de su «fogosidad inacabable» y por la imagen que a partir de ahora tendría el fisioterapeuta acerca de ella.

Samuel se encontraba en la terraza tomando el sol, además de un zumo de naranja. El día era muy agradable, los rayos solares se alargaban con fuerza, acariciándole con delicadeza la piel. De pronto, en la terraza irrumpió Silvia. Por la cara de perro que traía, Samuel imaginó que Ramón había hablado con ella. Parecía que no le habían bastado las palabras de amonestación que le propinó a él, sino que su preocupación lo había llevado a dar un paso más, que para Samuel suponía problemas. Porque, siendo como era Ramón, una persona sin pelos en la lengua, le habría contado a Silvia cuanto él se había inventado para dar credibilidad a su relación a ojos de otro hombre. Uno que pasaba con él muchas horas a lo largo del último año y con el que había entablado bastantes conversaciones que acababan en confesiones íntimas. De ahí, sin duda, la cara de pocos amigos que Silvia traía.

—No hace falta que me chilles ni grites. —Samuel se adelantó a cualquier palabra de ella—. Puedo ver que estás cabreada, que Ramón ha hablado contigo.

—¿Cómo has podido contarle todo eso de mí? Casi me has descrito como una ninfómana —explicó molesta.

—¡Eh! Tampoco exageres —dijo serio, sin apartar la vista de sus ojos—. Yo solo pretendía dar credibilidad a nuestra relación.

—¿Que exagero? ¿Que yo exagero? —preguntó aturdida, sosteniéndole la mirada con firmeza—. Tú me dirás cómo calificas el hecho de que hayamos tenido sexo salvaje, sin parar durante horas debido a que yo soy una mujer superfogosa. Tanto, que para complacerme has tenido hasta que tomar Viagra —recalcó con énfasis la última palabra—. ¡Joder! —profirió, supurando malhumor—. Dime quién exagera aquí, ¿tú o yo? —interpeló cabreada.

—Bueno..., quizá yo —contestó, mostrando una sonrisa torcida.

—Quizá no; seguro —sentenció—. Has exagerado hasta el extremo, Samuel. —Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y se cruzó de brazos delante de él, en posición de reprobación total—. Si querías dar credibilidad a lo nuestro te había bastado con contarle que nos habíamos besado, que una

cosa llevó a la otra y que terminamos haciendo el amor. Tuvimos un encuentro dulce y bonito en el que ambos nos dimos placer y nos sentimos satisfechos. Ni más ni menos. Punto —habló enfurecida.

—O sea, que tú eres más de sexo dulcificado.

—¿Perdona? —Frunció el entrecejo, mirándolo con estupor.

—Que si yo de verdad hubiera tenido un encuentro sexual contigo habría sido tal y como le he contado a Ramón; a excepción de tomar Viagra, claro, eso no me haría falta —puntualizó supurando jactancia—. Aunque aclararé que hablo de los tiempos en los que era un hombre normal, no de ahora. Y siendo por entonces, por mi parte habría sido calcado a lo que le expliqué a Ramón: sexo salvaje, fogoso, desatado, sin parar hasta desfallecer. Vamos, lo que siempre he venido practicado. —En ese momento su orgullo lloraba y sonreía al mismo tiempo, viendo lo que fue y lo que era, pero, aun así, sacó pecho, se estiró y añadió—: Pero, por lo que se ve, parece que tú eres más de otro tipo de sexo, el del color de los cuentos, el rosa —añadió con cierta ironía.

Silvia se quedó boquiabierta tras oír la última frase y terminó negando con la cabeza, entrecerrando los ojos y exhalando una bocanada de aire cargado de rabia.

—Mira, te voy a dejar algo muy clarito: a ti, cómo me guste a mí practicar sexo ni te va ni te viene, ni te lo pienso contar nunca. Eso es algo mío, íntimo, aunque a partir de ahora sea *vox populi* entre Ramón y tú, que ya me habéis colgado la etiqueta de «mujer ardiente que nunca se ve saciada».

—¡Venga, Silvia, tómatelo como una broma!

—¿Una broma? ¿A ti jugar con mi reputación te parece una broma? —preguntó asombrada.

Samuel la observó circunspecto. Jamás pensó que pudiera encajar tan mal sus palabras, creyendo que estaba en juego su reputación. La frase le sonó a un par de siglos antes de la época actual.

—Silvia, por favor, que solo he hablado de esto con Ramón, y lo he hecho con la intención de darle credibilidad a lo nuestro —aclaró, demandando comprensión—. Él me conoce, en más de una ocasión le he hablado de mi vida sexual. De la que tuve, evidentemente —matizó, bajando el tono hasta rozar la añoranza—. Pero lo último que quiero es hacerte

enfadar o que te sientas molesta. No debes preocuparte, Ramón es una tumba, no va a contar a nadie lo que le he dicho. Si te preocupa tu reputación, tranquila, está a salvo. Y cuando te hablo de tomártelo a broma me refiero a que pienses lo mismo que yo, lo envidioso que se sentirá Ramón a partir de ahora.

—¿Envidioso? —preguntó con incompreensión.

—Claro. Ahora me tendrá envidia, mucha. —Desplegó los labios—. Pensaré que no solo tengo a mi lado a una mujer guapísima, simpática e inteligente, sino también a una pantera capaz de devorarme en la cama. Y qué hombre no querría tener una mujer así a su lado —bromeó, guiñándole el ojo.

—De verdad que no sé si estrangularte o reírme. —Zarandéo la cabeza.

—Mejor ríete, por favor, estás muy guapa cuando lo haces.

Silvia destensó el malhumor y su postura de defensa y, sentándose al lado de Samuel, terminó sonriendo.

—Casi mejor no te mato para no ensuciar de sangre este bello escenario —anunció burlona.

—Te lo agradezco. —Sonrió, y una larga pausa cargó la atmósfera de silencio. Samuel cavilaba cómo reparar el mal rato que le había hecho pasar a Silvia.

—¿Qué piensas?

—En que tengo que compensarte. Para ello, voy a adelantarte una sorpresa que tenía preparada para pasado mañana.

—No será que vas a poner una pancarta en el salón contando mis gustos sexuales —ironizó.

—¡Mira, esa es una buena idea! —manifestó chistoso—. No se me había ocurrido, pero la tendré en cuenta.

La mano de Silvia soltó un manotazo en el brazo de Samuel, que se quejó bromeando.

—Anda, calla y dime cuál es esa sorpresa. Y más te vale que sea buena, creo que me la merezco.

—¿Te compenso si pasas conmigo un día en Madrid? —preguntó, mostrando una dulce curvatura de boca.

—¿En Madrid? —Lo miró impresionada.

—Eso he dicho. —Asintió, sonriendo de oreja a oreja al ver la cara de sorpresa de Silvia—. Por tu rostro deduzco que eso te compensa.

—Eso parece. —Estiró los labios, feliz, pero al instante volvió a tensarlos—. ¿Sabes? Nunca he estado en Madrid. En realidad nunca he estado en ninguna parte, no he salido de Barcelona. —Hizo un mohín.

—Pues ya va siendo hora de que veas más ciudades, así que pasaremos el sábado en Madrid. Te llevaré al centro y después comeremos en Xujiente, un restaurante de alta cocina. El chef es un tipo muy majo, seguro que te gusta, y la comida ni te cuento.

—Por lo que se ve ya has ido más veces allí.

—Sí, es mi capricho y suelo frecuentarlo. O solía hacerlo, ahora no voy tanto debido a mi escasa movilidad, sumada a la distancia.

Silvia pensó de inmediato en los kilómetros que habría hasta Madrid.

—Y ese viaje, ¿cuántas horas de coche son? —interpeló con curiosidad.

—No vamos a ir en coche, Silvia, sino en avión.

—¿En avión? —Los ojos se le abrieron como platos.

—¿Te da miedo?

—No lo sé. —Se encogió de hombros, perfilando de nuevo una sutil sonrisa, esta vez llena de emoción—. Como deducirás, tampoco he montado en avión.

—Entonces el sábado vas a disfrutar de muchas cosas nuevas: viajar en avión, ver Madrid, disfrutar de la deliciosa comida de Xujiente... Y si nos da tiempo, nos acercaremos al casino, ¿qué te parece?

—¿También vas al casino? ¿Eres jugador? —preguntó sorprendida.

—No, qué va. —Negó con la cabeza—. Solo era porque lo conocieras, el Casino de Madrid es muy bonito y puedes tomarte algo sin tener que jugar a nada.

—Si no te importa, antes prefiero ver la ciudad. La ciudad de Madrid. —Sus labios volvieron a desplegarse con fuerza.

—Como tú quieras. Y ahora dime, ¿te sirve eso de compensación?

—¿Tú qué crees? ¡Es una pasada! —soltó una carcajada.

Samuel observó la felicidad de Silvia, la alegría que emanaban sus ojos, su boca y su piel. Le encantaba hacerla feliz, verla reír. Creía con firmeza que esa mujer se merecía todo eso y más porque era un alma noble, de las que tanto escaseaban en la vida. Entendía, sin la menor vacilación, que su cometido era sonsacarle una sonrisa. Y lo comprendía de esa forma porque tal acto a él le sentaba bien, la dicha de Silvia le acunaba el corazón y, sin lugar a dudas, lo iba a seguir haciendo a lo largo del contrato que habían firmado, hasta su fin.

24

—¡Hola, Lara! ¿Qué tal estás? —preguntó Silvia al otro lado del auricular.

—No también como tú, eso seguro, florecilla. Solo con oír esas cortas frases percibo lo feliz que eres. Y yo me alegro mucho, amiga —enunció con alegría.

—Sí, soy feliz, no puedo negarlo. —Desplegó los labios.

—Por eso no me he intranquilizado tras escucharte, a pesar de la extrañeza de tu llamada. Porque nunca me llamas por seguridad, debido a la dichosa cláusula de confidencialidad tan solo nos mandamos *whatsapp* de vez en cuando. Siempre dejas tu día de descanso para ponerme al corriente de cuanto te ha pasado a lo largo de la semana.

—Lo sé, pero esta vez no creo que vaya a darme de sí el día.

—¿Tantas cosas te han pasado? —interpeló con curiosidad.

—¡Buf, muchas, un montón! —exclamó con celeridad—. Resumiendo a estilo telegráfico: Samuel me ha confesado gran parte de su vida. Está marcado por falta de cariño. Por fin sé por qué está en silla de ruedas. Hemos hecho público nuestro compromiso. Mañana me voy con él a Madrid, en avión, y comeremos en un restaurante de alta cocina del que no recuerdo su nombre —concluyó riendo—. Ya te he puesto en antecedentes.

—¡Jolines, cómo te lo montas! —Silbó.

—No está mal, no —dijo con ironía—. Y a ti, ¿cómo te va?

—Uf, mi semana también ha sido muy entretenida, casi idéntica a la tuya. Verás, te resumo: Se me ha roto la lavadora. Me piden un pico por arreglarla y no sé qué hacer. He discutido con mi madre y no nos hablamos. Este domingo tengo que ir a currar para suplir una baja. No me lo van a pagar, me lo compensarán con un día de vacaciones, como si no supieran mi necesidad de dinero. A que son exactas nuestras vidas, ¿verdad? Auténticas réplicas —espetó con sarcasmo.

—¡Vaya, lo siento! —Silvia soltó un suspiro tembloroso y escuchó caer

su alma a los pies. Se le vino al suelo al saborear la desilusión y el toque amargo que contenían las palabras de su amiga.

—No te preocupes, tú no tienes la culpa de mis desgracias, Silvi.

—Lo sé, pero quiero ayudarte a combatir tus penas. Con lo de tu madre y el trabajo no puedo hacer nada, se escapa de mis manos; sin embargo, con el tema de la lavadora sí. Te prohíbo gastarte un euro en ese cascajo decrépito.

—¡Anda, qué graciosa! ¿Qué pretendes, que lave a mano?

—Por supuesto que no, tonta. Yo te compraré una —afirmó.

—¡Ah, no! No tienes por qué, Silvi, tienes que guardar todo lo que puedas para cuando el chollo de tu vida se haya acabado.

—Lara Riaza, me ofende mucho que me digas eso —se quejó molesta—. Tú siempre me has ayudado a mí, ¿o no lo recuerdas? Porque yo no puedo olvidarlo, no dejo de pensar qué hubiera sido de mí sin tu ayuda. Y ahora yo quiero devolverte todos los favores, y gracias a Dios puedo hacerlo, de modo que no pienso escuchar tonterías. El lunes iremos a buscar una y te la regalaré. Es lo mínimo que puedo hacer, amiga mía.

—¿Que es lo mínimo que puedes hacer? —preguntó con asombro—. Silvi, flor, durante estos tres meses me has comprado ropa, un móvil nuevo igual que el tuyo, un microondas que es la leche, una televisión de plasma y un centro de planchado último modelo, y cuando salimos los lunes voy con todos los gastos pagados, incluida peluquería y manicura. Y ahora quieres comprarme una lavadora, y te lo agradezco mucho, pero creo que es demasiado. Así no vas a ahorrar tanto como pretendías. —Emitió un fragoroso suspiro.

—Nada es demasiado para ti, Lara, nada —aseguró con aplomo—. Y me da igual si ahorro menos, quiero compensarte por cuanto has hecho por mí. Y no solo por mí, sino por mi hermana; a pesar de no poder tragarla, la has ayudado por ayudarme a mí. Te la voy a regalar igualmente, vengas o no a elegirla, de modo que será mejor que sea de tu agrado.

—Silvi, de verdad, yo...

—Lara, ni una palabra más —la interrumpió—. Lo hago completamente de corazón.

—Lo sé, florecilla, lo sé... —Calló unos segundos, el tiempo que le llevó

emitir otro suspiro, esta vez cargado de derrota—. Muchísimas gracias, te quiero mucho.

—Y yo a ti más, Lara.

—Disfruta a tope mañana, flor. Y quiero que me lo cuentes todo el lunes, con pelos y señales. Lo de Samuel, lo del compromiso y lo de Madrid. Todo —recalcó.

—Lo haré, lo sabes —aseguró Silvia—. Y te echaré de menos, mucho. Siempre había pensado que cuando hiciera un viaje lo haría contigo.

Un silencio, que tan solo duró un par de parpadeos, se instaló en los auriculares de los móviles.

—Ya lo haremos nosotras, no te preocupes —añadió Lara con dulzura—. Guarda un poquito de dinero para irnos un fin de semana por ahí cuando acabes el contrato.

—Eso está hecho, corazón. —Silvia notó a la emoción correr por su cuerpo, gobernar su ser; añoraba mucho a su alma gemela. Pero haciendo contención en los sentimientos, prosiguió—: Y ahora te dejo, Lara. Tengo que preparar las cosas para mañana. Buenas noches, amiga.

—Buenas noches, Silvi. Hasta el lunes.

El sábado por la mañana, mientras Filiberto ayudaba a Samuel a terminar de vestirse, notó algo que hacía tiempo no veía en ese joven hombre; estaba emocionado. Un hecho que lo llenó de alegría, pues era conocedor de la razón de su sentir: Silvia. Una mujer espontánea y simpática que de nuevo estaba colmando de entusiasmo al pequeño de los Alvarado. Porque desde la llegada de su enfermedad, Samuel nunca había vuelto a ser el de antaño, por mucho que intentara disfrazar su alma con una sonrisa. Filiberto sabía que la felicidad que mostraba solo era una fachada; una fingida apariencia ante los demás para que nadie sintiera pena de él, algo que no soportaba. Sin duda alguna, él lo había percibido, conocía a Samuel a la perfección, como a Víctor, porque los había visto nacer y crecer, había pasado toda la vida a su lado y sabía cuándo les cambiaba el ánimo. Por eso conocía la falta de fervor con que Samuel realizaba las cosas; por mucho que lo intentase disimular, a

él no había conseguido engañarlo nunca. Pero Silvia estaba cambiando todo eso. Silvia era un soplo de aire fresco en la vida de Samuel, la energía que lo había revitalizado, llenándolo de ilusión, de ganas. Él nunca dudó que el alma noble de Silvia traería cosas buenas a la vida de Samuel, aunque jamás llegó a imaginar que tan pronto ni con tanta vehemencia.

—Ya está, señor, listos para marcharnos —avisó Filiberto, mirándolo.

—¿Sabes una cosa, Fil? —Mostró una sonrisa distraída.

—No, dígame —contestó, cruzando las manos a su espalda.

—Le he contado a Silvia lo de mi enfermedad, que por culpa de ella estoy aquí. —Apoyó las manos en la silla de ruedas—. Y no solo eso, también le hablé un poco de la relación con mi padre y hermano, me desahogué con ella.

—Me parece bien, señor. Es bueno exteriorizar los sentimientos, no hacerlo puede consumirnos.

—¿Y sabes lo que más me sorprendió?

—Si no me lo cuenta, no, señor.

—Que me asegurase, con toda firmeza, que de haberlo sabido antes hubiera firmado el contrato igualmente. Llegó a decirme que mi valía no está en mis piernas, sino en mi corazón, y que no me menosprecie ni infravalore nunca.

—Sabias palabras; sí, señor. —Filiberto asintió, sintiendo una inmensa calma entretejida de alegría.

—Me gusta esa mujer, de verdad, Fil. Me gusta mucho. Me hizo sentir bien con todo lo que me dijo. Quizás eran palabras que necesitaba oír.

—¿Me permite decirle algo?

—Por supuesto, Fil, la duda ofende. Ya sabes que puedes decirme cuanto quieras.

—En ese caso le confesaré que a mí la señorita Silvia también me gusta mucho. Me refiero como persona, evidentemente —aclaró raudo—. Desde el principio vi que era un alma noble de gran corazón.

Samuel se quedó observando a Filiberto mientras sus labios comenzaron a trazar otra sonrisa.

—Desde luego que tuve buen ojo al elegirla, ¿verdad, Fil? —Sonrió hasta

los extremos.

—El mejor, señor, el mejor.

—Pues pongámonos en marcha, a ver si vamos a perder el vuelo. Estoy deseando hacerla disfrutar, nunca ha visto Madrid ni montado en avión. Quiero que no olvide este día.

—No se preocupe, no lo olvidará. De eso nos encargaremos los dos. — Estiró los labios con discreción.

—Gracias, Fil.

—No debe dármelas, señor, es mi trabajo.

—Tú nunca has hecho un trabajo con nosotros, Fil, nunca —aseguró, acompañando las palabras con la negación de su cabeza—. Tú siempre has hecho mucho más, y lo sabes. —Dejó escapar un suspiro ahogado—. Y ahora vayámonos antes de que nos pongamos melancólicos —bromeó, intentando soltar lastre a su agónico dolor, el que luchaba por abandonarle pero no quería partir.

—En marcha —dijo Filiberto abriendo la puerta para que Samuel saliera; y lo contempló con cariño, con los ojos irradiando ternura.

Montar en avión le resultó a Silvia una experiencia maravillosa. Por primera vez entraba dentro de esas aeronaves, enormes pájaros de metal que volaban por encima de las nubes, que daban la impresión de que no se movían, suspendidos en el cielo. Experimentar esa sensación hizo que le pareciera un acontecimiento de lo más inquietante, aunque sumamente gratificante. Y quizá por esa novedad, o por la curiosidad que le suscitaba todo, el vuelo se le había pasado en un periquete. Apenas se desabrochó el cinturón de seguridad, realizó una visita al baño, más por fisgonear que por necesidad, y tomó un refresco sin dejar de observar cómo surcaba el avión el cielo azul, el comandante anunció la llegada al aeropuerto de Madrid. Nunca una hora se le hizo tan corta, tan escasa; fue como si hubieran transcurrido cinco minutos.

El sol brillaba con un esplendor especial, con el mismo entusiasmo que rezumaba el cuerpo de Silvia por encontrarse en esa maravillosa ciudad: Madrid. Asomándose a la ventanilla del automóvil que había alquilado Samuel y conducía Filiberto, miraba con atención; no quería perderse una sola imagen de ese escenario tan ilustre. Estaba asombrada con el espectáculo de edificios, la combinación tradicional y vanguardista que Madrid entremezclaba por sus largas calles. No podía dejar de admirar todo boquiabierto, aunque había visto infinidad de veces la capital de España por la televisión o en fotos de libros, visitarla era muy distinto y a la vez fascinante. Se encontraba tan ilusionada que su corazón vibraba de continuo dentro de la caja torácica.

Filiberto estacionó el coche en el aparcamiento de un lujoso hotel de la capital, para ver la ciudad debían hacerlo a pie. Samuel había decidido mostrar a Silvia el Madrid de los Austrias, una zona muy bonita y con mucha historia; además, sabía que a Silvia le encantaba la Historia. Muchas veces sus conversaciones se habían centrado en ella, en comentar los sucesos y hechos acontecidos en el país e incluso a nivel mundial.

Durante el trayecto por el Madrid de los Austrias fue Silvia, la invitada a conocer la capital de España, quien no paró de hablar sobre episodios

pasados, vividos allí y dignos de memoria. Samuel tan solo hizo algún que otro apunte de vez en cuando. Incluso Filiberto se concedió la licencia de añadir alguna cuestión. Pero, sin lugar a dudas, la clase magistral la ofreció ella, que parecía una guía turística de la ciudad de Madrid. Una metrópoli que Silvia no había visitado nunca, pero de la que conocía todos los detalles.

Después de unas horas el recorrido terminó en la plaza Mayor, un lugar que a Silvia le pareció mágico, donde se recreó paseando despacio. Samuel miró el reloj; eran algo más de las dos de la tarde y había reservado mesa en el Xujiente para las tres menos cuarto. Sin más demora, pidió a Filiberto que se dirigiera al restaurante, que se encontraba a unos veinte minutos andando. El hombre empujó la silla de ruedas y los tres se encaminaron hacia el lugar mostrando distintas emociones; Samuel ilusionado, Filiberto exhibiendo una sonrisa distraída, y Silvia, deslumbrada, danzando y saltado por las calles de la bella villa de Madrid.

Xujiente era el nuevo restaurante de moda. Gracias a su alta cocina había ganado tres estrellas Michelin, el mayor prestigio dentro del mundo de los fogones. Su fachada y entrada era muy moderna, igual que todo el interior. El innovador lugar fracturaba la arquitectura histórica que lo rodeaba, y a la vez, de forma paradójica, estaba integrado en ella. Resultaba muy curioso y peculiar, pero, increíblemente, encajaba, se había mimetizado por completo con el entorno. Nada más entrar, el recepcionista confirmó la reserva de Samuel y los llevó hasta su mesa. Al momento, un camarero se acercó a dejarles las cartas y Samuel preguntó por Xuxo, el dueño y chef, quería saludarlo. El camarero le explicó que en ese momento le era imposible, la cocina estaba a pleno rendimiento. No obstante, le indicó que se lo diría, y en cuanto pudiera, Xuxo se acercaría a verle.

Dos horas más tarde, y con el estómago saciado de las mejores e inimaginables *delicatessen*, Filiberto los abandonó un momento con la excusa de dar una vuelta por los alrededores. Ni siquiera habían pasado dos minutos desde su marcha, cuando Xuxo se acercó a la mesa. Era un hombre de unos treinta y cinco años, guapo, de pelo rapado al cero, ojos azules y, por lo que parecía, lleno de tatuajes, pues la poca piel que mostraban las mangas de su chaquetilla así lo evidenciaba.

—¡Hombre, Samuel Alvarado! —exclamó entusiasmado—. ¿Qué tal? Cuanto tiempo sin dejarte caer por aquí. —Ambos estrecharon las manos.

—Sí, demasiado. Echaba mucho de menos venir a degustar tu exquisita cocina —aseguró Samuel, sonriendo.

—Nosotros también te echábamos de menos a ti, te lo garantizo —dijo, y desvió la vista hacia su compañía.

—Ella es Silvia —avisó Samuel a Xuxo, presentándosela.

—Hola, encantado. —Saludó, y estrecharon las manos—. Soy el chef y dueño del Xujiente, espero que hayas comido bien.

—Sí, muchas gracias, todo estaba exquisito. —Asintió con una gentil sonrisa.

—Me alegra mucho saberlo.

—Es la primera vez para ella —explicó Samuel.

—¡Oh, eras virgen! —bromeó—. Pues espero que tu primer encuentro con el Xujiente haya sido digno de recordar, memorable. Como dicen muchos de mis clientes, espero que tus papilas gustativas hayan tenido una experiencia orgásmica —aclaró con voz seductora.

—Ha sido un placer paladear tus exquisiteces, Suso...

—Xuxo con dos equis —aclaró Samuel interrumpiéndola.

—Exacto. —Xuxo chasqueó la lengua.

—Muy bien, Xuxo. —Silvia pronunció el nombre remarcando las equis—. De veras que la comida estaba deliciosa, pero, y sin ánimo de ofender, de ahí a compararla con una experiencia orgásmica... —Silbó, enfundándose en la sinceridad que tanto la caracterizaba.

—Es obvio que tendrás que repetir más veces y probar otras cosas de la carta, Silvia. —Asintió—. Ya sabes que a todos no nos gusta lo mismo, cada uno disfruta a su modo y manera. Pero todo es degustar, paladear, saborear... —enunció con voz sexi—. Si te dejas seducir por los aromas y el gusto, ya verás como llegas a alcanzar esa experiencia con mi comida —explicó con vanidad.

—Seguro que sí, tendrá que venir más veces —aseveró Samuel, interviniendo en la conversación—. Y ahora, por qué no te sientas a tomar un café con nosotros y me cuentas cómo va todo.

—De acuerdo, un descanso no me vendrá mal —dijo, tomando asiento al lado de Silvia.

Mientras tomaban el café comenzaron a charlar del buen funcionamiento del restaurante, de las muchas horas que Xuxo invertía en él, de las novedades que continuamente estaba diseñando el Xujiente, que cambiaba cada tres meses la carta para dar paso a nuevos platos, aunque sin descartar los que les habían llevado a estar en la cima de la alta cocina. Silvia sentía bastante curiosidad por el nombre del restaurante, le parecía muy singular, e incluso también por el del propio chef, al que había cambiado las eses por equis. Con su habitual espontaneidad y poco aguante para los acertijos, en menos de dos minutos ya le estaba pidiendo una explicación para ambas cosas.

—El nombre del restaurante es el resultado de un juego de palabras, me encantan las dobles lecturas —contestó Xuxo, con una abundante sonrisa—. *Xujiente* es una mezcla y combinación de *sugestivo*, *suave* y *crujiente*; un nombre con fundamento culinario.

—Vaya, es muy original —advirtió ella.

—La originalidad es un punto a favor en los fogones, pero lo primordial en la cocina es actuar con cuidado y cariño, con mucho mimo. La cocina es creación, hay platos que son verdaderas obras de arte. Yo disfruto creando un plato maravilloso, Silvia; tanto, que la satisfacción que me produce es como tener un orgasmo. Crear en la cocina me es tan placentero como tener sexo. —Asintió repetidas veces—. Y precisamente fue comparando la cocina con las artes amatorias como tres palabras quedaron de manifiesto: *exquisitez*, *experiencia* y *sexo*. Las tres contenían la letra equis, así que quise integrarla en el nombre del restaurante. Además, esas palabras hablan de mi personalidad, y por lo tanto también debía incluir la equis en mi nombre. ¿Saciada tu curiosidad? —preguntó medio sonriendo.

—Sí, satisfecha —respondió Silvia.

—Me alegro —comentó Xuxo, y Samuel inició otra charla.

Prosiguieron hablando de muchos otros temas, aunque en esa parte de la conversación lo que más predominó fue la curiosidad de Xuxo, que no paró de preguntarle cosas a Silvia, una mujer muy agradable a la vista que le atraía bastante. De esa forma salió a la palestra la Barceloneta, su barrio, en el que Xuxo había vivido durante un par de años hacía tiempo, pero del que no se olvidaba por lo mucho que le apasionó la cantidad de etnias que convivían. Al final, y sin quererlo, la protagonista de la tertulia fue ella, y entre charlas y

alguna que otra risa, los ojos de Xuxo no paraban de posarse en su cara, de regalarle sonrisas y hasta de susurrarle con la mirada.

Silvia, por no querer ser descortés, esperaba a que se Xuxo se marchase para ir al baño. Pero, en vista de que no se levantaba y su vejiga no aguantaba más, decidió abandonar la mesa un momento.

—Lo siento, pero debo ir al baño —dijo, solicitando a Xuxo que se levantara para dejarla salir.

—¡Oh, sí claro! Además, yo también debo marcharme ya, aún tengo mucho por hacer. —Se levantó—. Ha sido un placer volver a verte y charlar contigo, Samuel. —De nuevo estrecharon las manos para despedirse—. Espero que tu próxima visita no la demores tanto.

—Yo también lo espero, Xuxo.

—¿Sabes dónde está el cuarto de baño? —le preguntó a Silvia.

—No, ¿por dónde?

—No te preocupes, te acompaño, me pilla de paso para la cocina.

Silvia caminó detrás de Xuxo. Tras cruzar el restaurante y andar por un largo pasillo, llegaron a la puerta del baño. Él la abrió con una mano, y con la otra invitó a Silvia a pasar. Cuando la mujer entró, Xuxo también lo hizo, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella con la intención de bloquearla. Silvia se quedó sorprendida, no entendía nada, y Xuxo y su carita de niño bueno le regalaron una sonrisa con vivo interés.

—No hace falta que tú estés aquí, ¿no? —preguntó Silvia sin salir aún de su aturdimiento.

—No, ya lo sé, pero quería decirte algo y este es un buen lugar para hacerlo. —Su mirada se cargó de doble intención, destelló picardía.

—¿Y qué quieres decirme?

—Iré al grano, no me gustan los rodeos, siempre soy directo. —Asintió de seguido—. Eres una mujer guapa y simpática, me gustas, Silvia. No sé qué relación tienes con Samuel, no me ha quedado clara. Pero si por un casual no llegas a nada con él o simplemente te apetece pasar un buen rato, llámame, por favor —dijo, tendiéndole una tarjeta que sacó del bolsillo—. Ese es mi número privado, no el del restaurante. Me encantaría verme contigo, prepararte un menú especial en mi casa, uno que extasíe tus sentidos, que te

haga gemir de placer una y otra vez, entre plato y plato, con el que tendrás más de una experiencia orgásmica y todas a tu gusto. No lo olvides. —Le guiñó el ojo, dejando aturdida a Silvia, que no era capaz de abrir la boca. Luego se marchó.

Girándose despacio, sin entender nada y comprendiendo la doble lectura de cada incitadora palabra salida por boca de Xuxo, Silvia dejó la tarjeta sobre la encimera de los lavabos y se observó en el espejo del baño, en la luna rectangular. Aquel menú en su casa era toda una invitación para irse a la cama. Xuxo le acababa de lanzar toda la artillería pesada con un simple pestañeo.

—¡Caramba, Silvia, vaya tela! —murmuró, contemplando su reflejo. Luego abrió el grifo y se mojó levemente la nuca; se sentía acalorada—. Vamos a ver, o ese tío está muy desesperado o tú estás muy buena. —Calló unos segundos mientras se secaba con un papel—. Casi prefiero pensar lo segundo, al menos eso me levanta el ánimo y me da seguridad como mujer. —Suspiró fuerte—. ¡Caray! Lo que hace ir bien arreglada y con buena ropa; me entran a saco —dijo sin parar de admirarse, de frente y de costado—. Y yo sin saber que ponía de esa forma a los tíos. —Hizo un mohín y meditó unos segundos—. Está claro que el dinero cambia hasta eso: cómo te ven los hombres. —Asintió a su reflejo—. Bien dicen que nunca te acostarás sin saber una cosa más. —Chasqueó los labios.

Silvia salió del baño sin parar de pensar en lo ocurrido y regresó a la mesa junto a Samuel, que la esperaba con una sonrisa llena de picaresca.

—¡Vaya!, parece que le has gustado mucho a Xuxo. ¿Ya te ha tirado los tejos?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Porque es algo natural en él. Tiene fama de donjuán, por lo visto en su casa prepara unas deliciosas comidas para mujeres.

—Sí, unas que les hacen gemir de placer entre plato y plato, ¿verdad? —repitió las palabras que el propio Xuxo le había dicho.

—Por lo visto se ve que sí. La «experiencia orgásmica» de su comida ha sido paladeada por modelos y actrices muy conocidas, o eso cuentan. —Arqueó las cejas una y otra vez.

—¿Y a todas les entra en el baño y les tira los trastos directamente a la

cabeza?

—No sé, conmigo nunca lo ha hecho, se ve que no soy su tipo —ironizó—. Pero a ti no ha parado de desnudarte con los ojos, tú sí le has gustado. —Mostró una media sonrisa.

—Sí, claro, para echar un polvo. Porque por lo visto es lo único que busca y quiere de mí.

La torcida sonrisa de Samuel se borró de su gesto de inmediato.

—¿Te ha dicho algo que te haya molestado? —interpeló con cierto malestar.

—¡No, qué dices! —espetó, acompañando las palabras con un gesto de la mano que restaba importancia—. Ha sido directo pero fino. Si yo te contara con cada uno que me he topado por ahí... —Zarandéó la cabeza con los ojos entrecerrados—. Claro que Xuxo no me ha molestado, lo único que ha conseguido es levantarme el ego femenino. Además, déjale que fantasee. Total, es lo único que va a conseguir de mí. Yo soy solo tuya hasta el final de contrato. —Posó la mano sobre la de Samuel.

—Entonces, que sufra. —Sonrió con discreción, ahondando en su mirada. En ese momento deseó besarla, quería que ella volviera a darle un beso corto en los labios, igual que lo había hecho hacía unos días, y estranguló un suspiro—. Y ahora, vámonos. El avión de regreso sale en un par de horas.

—¿Y Filiberto?

—Allí, sentado al fondo —señaló con el mentón—, esperando mis órdenes.

—¿Por qué no ha vuelto aquí? —preguntó Silvia extrañada.

—Porque no ha querido —contestó rotundo—. Igual que se ha marchado para dejarnos solos, es así de protocolario y a estas alturas ya no le voy a poder cambiar. Se toma su trabajo al pie de la letra, está forjado a la vieja escuela.

—Parece que es mayordomo las veinticuatro horas, no desconecta nunca —afirmó.

—No me gusta llamarle de esa forma: «mayordomo». —Mostró cara de desagrado—. Es una denominación arcaica y caduca. Fil, como yo lo llamo desde pequeño, es mi hombre de confianza. No es alguien más del servicio,

para mí es lo más parecido a un padre que tengo; y sé que me aprecia y quiere. Nos quiere a Víctor y a mí. Pero nunca ha mezclado el afecto y la confianza que le damos con su trabajo, él es así.

—Y vosotros, al parecer, también sois muy diferentes a otra clase de gente adinerada. —Asintió una y otra vez, de seguido—. Sé de lo que hablo, Samuel, he tratado con algunos que ni te cuento. —Sopló al recordarlos—. Pero vosotros tratáis a las personas por igual, no sois clasistas. Bueno, al menos tú no lo eres.

—Ni Víctor tampoco, te lo aseguro. A ti te ha podido resultar un arrogante y un vanidoso, pero te garantizo que no es un déspota ni un tirano, para nada. —Meneó la cabeza—. Aunque en muchas ocasiones se escude en ese disfraz de persona altiva, tan solo es una coraza con la que poder defenderse, lo sé de sobra.

—Al fin y al cabo es tu hermano, qué vas a decirme —dijo con un matiz de aspereza.

Samuel miró con firmeza los ojos negros de Silvia y apretó su mano.

—Puedo contarte todos los fallos que tiene y cuánto me ha exasperado a lo largo de mi vida, pero no voy a mentirte. Víctor no es mala persona, tiene buen fondo.

—Lo tendrá tan, tan en el fondo que será difícil verlo.

—Silvia, aún no conoces a Víctor, tuvisteis un mal encuentro, solo eso. De la misma forma que él no te conoce a ti y puedo asegurarte que se está perdiendo a una mujer increíble.

La boca de Silvia regaló una sonrisa a Samuel por su última frase.

—Gracias por el halago, es muy bonito oírte decir algo así.

—De nada, tan solo es la verdad. Y marchémonos ya o nos quedaremos en tierra. —Apartó la mano de la de Silvia y la levantó para llamar la atención de Filiberto, que acudió al momento.

De regreso al aeropuerto, Silvia siguió observando Madrid con expectación, con una extraña mezcla de añoranza, pese a no haberlo abandonado todavía, y con la firme promesa de volver algún día. Y cuando lo hiciera, cuando de nuevo pisase sus calles con sabor a historia y regusto vanguardista, lo haría acompañada de su gran amiga Lara. Ese sería el viaje

que harían las dos: toda una semana recorriendo un Madrid que en tan solo unas horas la había enamorado y le había robado el corazón.

26

Dos semanas después de la maravillosa visita a Madrid, mientras Silvia cenaba con Samuel y este le comentaba que quería realizar dos fiestas de compromiso; una con sus amigos, de manera más informal y divertida, y otra a la que estaba obligado, más protocolaria y con algunos accionistas de la compañía, Víctor se coló en la conversación. Samuel había hablado con su hermano, quien le había anunciado su regreso por unas semanas porque debía resolver algunos asuntos en la empresa de Barcelona. Evidentemente, Samuel quería que ambos festejos coincidieran con la presencia de Víctor. A fin de cuentas, era su única familia y creía oportuno y necesario compartirlo con él, por no mencionar lo extraño que resultaría de cara a los demás que su único hermano no estuviera en tales eventos. Con la noticia, Silvia dejó de cenar de forma instantánea. Saber que Víctor estaría conviviendo bajo el mismo techo con ellos, aunque solo fuera por unas semanas, le quitó el apetito y las ganas de todo. No quería verlo, y menos soportarlo. Ese hombre no le caía bien, era un estirado que la miraba por encima del hombro y a ella le desquiciaba esa actitud de superioridad. No dejaba de pensar que Víctor no se parecía en nada a Samuel, y ella no había firmado un contrato con él ni tenía por qué aguantar su arrogancia.

—Silvia, por favor, no te lo tomes tan mal —le sugirió Samuel—. Te ha cambiado la cara y hasta has dejado de cenar.

—Porque no me hace la menor gracia tener que cruzarme con tu hermano cada día, no lo aguanto —declaró con malhumor.

—Cuando conozcas a Víctor de verdad verás que no es como piensas.

Silvia siseó un par de veces de forma cínica, mirando a Samuel con desgana.

—Mejor no haré comentarios al respecto.

—Por favor, Silvia, entierra el hacha de guerra con él —le suplicó—. Solo va a venir por unas semanas y no me gustaría que yo, sin tener culpa de nada, termine pagando las consecuencias de vuestro rifirrafe. Intenta llevarte bien con él. No digo que intimes o que le rías las gracias, tan solo que no haya hostilidades y que nosotros sigamos igual que estamos, con esta buena

sintonía. Hazlo por mí, te lo ruego —insistió, marcando cada sílaba.

La cabeza de Silvia procesó una a una las palabras de súplica de Samuel y creyó que llevaba toda la razón. No podía permitir que por culpa de Víctor su carácter cambiase y Samuel fuera el perjudicado. Era una mujer adulta, no debía comportarse como una cría a la que un berrinche la llevaba a enfadarse con el mundo entero. No era justo para nadie, pero para Samuel menos todavía. Él se portaba muy bien con ella. Nunca le hacía sentirse como una trabajadora, lo que en realidad era, sino que la trataba como si fuera una amiga; una compañera con la que pasaba buenos ratos, charlaba y disfrutaba. Siempre era atento, cariñoso y muy detallista. Se lo debía. Debía hacerlo por él. Debía soportar a Víctor con buena cara y fingir hasta que de nuevo se marchara. Debía hacerlo y lo haría.

—Perdóname, Samuel, llevas razón, toda la razón. Enterraré el hacha de guerra y soportaré a tu hermano mostrando mi mejor cara. No quiero que nuestra aversión te afecte. Como bien has dicho, tú no tienes la culpa y sería muy egoísta por mi parte. Me llevaré bien con él mientras esté aquí. Tan solo espero que tu hermano también ponga de su parte.

—No te preocupes, verás como sí —aseveró con firmeza—. Conozco a Víctor y, si tú no lo atacas, él no lo hará.

—Eso espero, porque yo voy a poner todo de mi parte. Y lo voy a hacer solo por ti.

—Y yo te lo agradeceré eternamente. —Samuel sonrió—. Además, en cuanto lleve aquí dos días y te conozca un poco, estará encantado contigo.

—No tengo que gustarle, ni tampoco lo pretendo, me basta con que no me agrede verbalmente.

—No volverá a hacerlo. Y ahora termina de cenar y luego dame un reconfortante abrazo. O mejor dame ese abrazo antes y termina luego de cenar —dijo abriendo los brazos, esperando a Silvia, que se levantó al momento y lo abrazó con ganas, le estaba cogiendo mucho cariño.

—Eres un sol, ¿lo sabes? —le preguntó tras separarse de él.

—Creo que soy un sol solo para ti —respondió Samuel, dándole un beso en la mejilla.

—Mejor, así no tengo que pelearme con nadie por ti —bromeó, y con ternura posó sus labios en la mejilla de Samuel, devolviéndole el beso, algo

que a él le encantó.

Mientras Silvia retornaba a su asiento, Samuel la contempló detenidamente. Durante esos meros segundos abrigó una esperanza con ella, creyó que algún día podría tener «más». En su imaginación visionó ese «más» con un beso enardecido en el que las arremolinadas lenguas invitaban a las caricias, a roces anhelantes, lujuriosos, temblorosos..., un contacto ardiente que terminaba arrojando a sus desnudos cuerpos con pasión. De súbito, una angustia le ascendió desde las entrañas a la cabeza, elevándole las pulsaciones; le apetecía llegar a ese extremo con Silvia, por supuesto que sí. Suspiraba por volver a sentirse hombre sobre su cuerpo, le encantaría, lo deseaba, lo codiciaba... Frenó. Paró en seco sus pensamientos y, sin dilación, despejó la mente. No debía fantasear. No podía soñar con cosas inalcanzables, tenía que ceñirse a su acuerdo y disfrutar de la compañía de esa preciosa mujer. Nada más. Cómo se había permitido imaginar estar sobre su cuerpo si, debido a su situación, sería ella la que tendría que estar encima de él, nunca al revés. Se regañó por la torpeza. Se regañó y se recordó que él ya no era un hombre como el resto, y además... Además estaba Judith. ¿A quién pretendía engañar? Silvia nunca podría ocupar el lugar de su gran amor, ni ella ni ninguna otra mujer, eso era del todo imposible. Desde hacía tiempo su corazón tenía dueña, cualquier otra fémina podría reemplazarla, pero ninguna la sustituiría, estaba convencido. Y como tal hecho era irrealizable aun empezando a experimentar ciertos sentimientos por Silvia, tenía que apartarlo de su cerebro y preocuparse de lo único que debía hacer, continuar con los preparativos de la boda.

—Y ahora quería decirte algo más en referencia a esas fiestas de compromiso —advirtió Samuel.

—Tú dirás —le animó Silvia a seguir.

—¿Quieres invitar a alguien? Eso sí, que sean los mismos que vayan a venir a la boda, y ya sabes que hay un límite de diez personas.

—Tranquilo, Samuel, me van a sobrar nueve invitados —expresó asertiva.

—¿Solo invitarás a tu hermana? —interpeló, dando por hecho que ella sería la única invitada.

—¿A mi hermana? —Silvia lo miró estupefacta y, acto seguido, sacudió la cabeza—. ¡No! Desde luego que Mirian no está invitada; de hecho, ella no

sabe ni va a enterarse de que me caso contigo —soltó de carrerilla.

—¿No se lo has dicho? —Alzó la voz mirándola asombrado.

—No —confirmó tajante.

—¿Y qué ocurrirá si se entera? Es fácil que la prensa se haga eco de la noticia, no es nada descabellado gracias a mi posición.

—¿Saldríamos en portada? —preguntó con algo de sarcasmo, conocía la respuesta.

—No, claro, la noticia se recogería en las páginas de sociedad.

—Pues entonces tranquilo, mi hermana jamás perderá su tiempo hojeando las páginas interiores de la prensa, ni siquiera de las revistas del corazón, tiene alergia a la lectura. A todo tipo de lectura. —Gesticuló con desaprobación.

—Entonces, ¿qué le has contado? —inquirió más extrañado aún.

—Me he inventado un cuento para ella, le he dicho que estoy trabajando de interna.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Por muchas razones, Samuel, pero no voy a explicártelas porque nos eternizaríamos.

—Al menos dime algo para satisfacer mi curiosidad.

—Vale, te contaré la más fundamental: por el tema económico. —Chasqueó la lengua—. Verás, Mirian y yo somos muy distintas en ese punto, bueno, y en casi todos. —Sopló—. El caso es que yo pretendo ahorrar de manera diligente, algo que ella desconoce por completo, no está en su vocabulario. Mi hermana no sabe tener un solo euro en el bolsillo, dilapida cuanto cae en sus manos. Por eso te pedí que me pagaras en efectivo, de esa forma yo le paso una cantidad fija y sanseacabó.

—¿Y? —demandó Samuel, le seguían faltando datos para comprender por qué no invitaba a su hermana.

—Y por esa misma razón, por su egoísmo y avaricia, no quiero que sepa de mi matrimonio contigo, eso sería mi perdición. Conozco a Mirian, en cuanto te vea olerá que estás forrado, te aseguro que tiene un olfato especial para el dinero, y entonces no parará de pedirme pasta, incluso sería capaz de pedírtela a ti.

—Pero ¿y si se entera? ¿No será peor?

—Samuel, estoy convencida de que mi hermana jamás se enterará, ni siquiera sospechará algo así, su cabeza no sería capaz de elucubrarlo ni en sueños. Y estoy tan segura porque, además, su círculo de amistades no suele comprar la prensa. Creo que lo más cerca que han estado de una revista ha sido viendo «las importantes razones» de la portada de Interviú; tampoco son personas de leer, solo de beber y de ir de juerga —dijo con desagrado.

—Bueno, si tú estás tan convencida y esa es tu decisión, de acuerdo. —Asintió pensativo—. Pero entonces, ¿a quién vas a invitar?, ¿a tu amiga?

—Exacto, a Lara —afirmó con una sonrisa.

—¿Ella sí sabe que vas a casarte conmigo?

—Sí. Ella sabe la verdad desde el principio —soltó sin darse ni cuenta.

—¡Cómo que sabe la verdad! —exclamó alterado.

Silvia reparó de inmediato en la metedura de pata. Pero ya era tarde para contar una mentira, Samuel no se lo merecía, debía hacerle saber la verdad.

—Tranquilízate y déjame que te explique.

—Habla —le exigió cabreado, con la traición merodeando por su alrededor.

—Verás, Samuel, encontré tu anuncio gracias a Lara, por eso ella lo sabe desde el primer día. Yo no tenía móvil, y mucho menos servicio de Internet. Buscamos juntas anuncios en su tableta, con su conexión. Ella grabó el vídeo, lo envié con su correo electrónico y adjunté su número de teléfono. Fue a ella a quien mandaste la respuesta, el mensaje que indicaba dónde debía acudir yo. Ella también conoce la cláusula de confidencialidad que firmé y no va a soltar una sola palabra, te lo garantizo. No debes temer nada.

Samuel emitió un fuerte resoplido a medio camino entre el malestar y la pena. Le incomodaba saber que una persona fuera del círculo que él había trazado supiera de ese contrato, y a la par le entristecía comprobar una vez más las limitaciones de la vida de Silvia por aquel entonces. La observó fijo, intentando mudar esos sentimientos por otros más agradables; al fin y al cabo, gracias a Lara había podido conocerla. No debía enfadarse ni sentir pena, solo tenía que estar agradecido y hacerla feliz, era lo que ella merecía.

—Si tú estás completamente segura de que tu amiga no dirá una sola

palabra, yo también. Invítala, estoy deseando conocerla. —Sonrió.

—Ves como eres un sol. —Silvia volvió a darle otro abrazo y él la estrechó con todas sus ganas. Sentir su calor y afecto le hacía mucho bien.

Al término de la cena, y con una taza de té con limón cada uno, Silvia pensó en una circunstancia que todavía desconocía por boca de Samuel, a pesar del tiempo transcurrido. El servicio y Filiberto le habían mitigado en parte su curiosidad; sin embargo, ella necesitaba saber más.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —demandó mientras movía el té con la cucharilla.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu trabajo, sobre vuestra compañía.

—¿Qué quieres saber?

—Todo; realmente tú no me has contado nada. —Sonó a reproche.

—¡Vamos, Silvia! —replicó, sonriendo de forma sardónica—. No irás a decirme que no sabes nada acerca de nuestro trabajo, no te creo.

—Pues me creas o no, en realidad no sé mucho, tan solo que estáis relacionados con la tecnología —contestó un tanto molesta—. Es lo único que he conseguido sonsacar al servicio, no pienses que me lo han contado de *motu proprio*.

—Son fieles empleados, no unos cotillas.

—¡Oye! Que yo... —Samuel le mandó callar levantando la mano derecha con un impetuoso gesto, algo que ella hizo al instante, percibiendo el rictus tan serio y autoritario que de pronto mostró.

—Si quieres saber algo será mejor que me lo preguntes a mí, no a los demás —le avisó, recriminándola—. Se supone que eres mi novia, no creo que esté bien que andes husmeando con el servicio lo que quieras conocer sobre mí. No es normal, a ellos les resultará extraño que lo hagas y no deseo que nadie desconfíe de lo nuestro. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, lo siento —contestó un poco abochornada, Samuel llevaba

razón.

—Y sí, tenemos una compañía de tecnología —enunció asintiendo—. ¿Has escuchado el nombre New Technology Company, o NTC?

Silvia se quedó pensando y recordó que los móviles que había comprado para Lara y ella eran de esa marca, NTC. Y esa compañía no solo fabricaba móviles, sino ordenadores, impresoras, escáner, cámaras de fotos... Lo miró boquiabierta.

—¿Sois los dueños de esa compañía?

—Sí. —Asintió de nuevo—. De las tres empresas que hay repartidas por el mundo y que forman la compañía.

El asombro de Silvia fue más que patente.

—¿Tres?!

—Eso he dicho; una en Barcelona, otra en Londres y la de Nueva York.

—¿New York?!

—Sí, esa fue la primera, fundada por mi abuelo y mi padre. En realidad es el corazón de New Technology Company.

—¿Has estado en Nueva York? —preguntó destilando embelesamiento.

—Nos criamos en esa ciudad. Mi madre y su familia eran de allí, por eso mi segundo apellido no es español.

—¡Guau, conoces Nueva York! Mejor dicho, te has criado allí —expresó fascinada.

—Bueno, solo hasta los cuatro años. Aunque siempre hemos vivido a caballo entre una ciudad y otra, o mejor dicho, entre un continente y otro. Mi madre falleció cuando yo nací, y después de unos años mi padre decidió volver a España. Entonces abrió la segunda empresa aquí, en Barcelona. La de Londres es la más joven, llevará unos seis años abierta. Mi padre no llegó a verla en funcionamiento y yo solo he estado en ella en una ocasión, el día de su inauguración. —Silvia miraba a Samuel sin pestañear, cautivada, y, ante su atención, él decidió continuar—: Al morir nuestro padre mi hermano cambió el nombre de la compañía, o mejor dicho añadió el *New* de «nuevo»; seguro que en un acto de rebeldía por hacerla suya... o nuestra —titubeó—. Antes de hacerlo me consultó. Le contesté que me daba lo mismo, que hiciera lo que quisiera. —Se encogió de hombros—. Total, con las escasas acciones

que mi padre me dejó, poco podía pelear contra mi hermano y el resto de la junta de accionistas, un hatajo de víboras que solo Víctor sabe calmar gracias a ser «el señor leyes» —enunció en un tono algo despectivo.

—¿El señor leyes? —Silvia lo observó confusa.

—Sí, el señor leyes, has oído bien. Mi hermanito estudió Derecho y Empresariales, las dos carreras que mi padre eligió para él y su futuro —explicó con una mezcla de amargura e ironía.

—¿Y tú qué estudiaste? ¿O qué te dijo tu padre que estudiaras? —interpeló repleta de expectación.

Samuel siseó antes de responder.

—A mi padre lo que yo hiciera le importaba un pimiento, Silvia —escupió con resentimiento, hablando con una sinceridad tan liberadora que rayaba en la crueldad—. Aunque, mirándolo por el lado positivo, de esa forma yo pude estudiar lo que me dio la gana. Y ya que Ernesto Alvarado había elegido a Víctor como el defensor a ultranza de la compañía, yo creí oportuno demostrarle que el hijo al que menospreciaba podía ser el que la hiciera crecer. Por eso me hice ingeniero de sistemas informáticos, *hardware* y *software*, además de hacer unos cuantos másteres en diseño de tecnologías. De hecho, ideé un novedoso sistema operativo, aunque mi padre lo despreció, como siempre hacía con todo lo referente a mí.

El tono áspero con el que Samuel manifestó el recuerdo puso en evidencia el dolor que seguía aguijoneándole el corazón, era demasiado obvio como para pasar inadvertido. Silvia sintió pena por él y lo miró con compasión.

—Samuel, olvídalo, no guardes eso en tu corazón, solo te hará daño. Hay padres que son así, por increíble que parezca. Ya te he contado mi vida, sé de lo que hablas.

—¿Que lo sabes? —preguntó enfurecido.

—Por supuesto, provengo de una familia desestructurada —respondió veloz.

—¿Y también te has sentido menospreciada siempre? ¿Has sentido que a tus padres les importabas menos que una mierda? ¿Has sentido ese dolor quemándote las venas? —interpeló de carrerilla.

—Mis padres me abandonaron, primero uno y después el otro —contestó en actitud de defensa—. ¿Crees que les importaba mucho?

—Perdona, Silvia, pero tú me dijiste que te sentías querida por tu padre, eso es mucho más de lo que yo puedo contar. Nunca me sentí querido por él, todo lo contrario, mi padre me odiaba.

—No creo que llegase a tanto. *Odiar* es una palabra muy dura —enunció con firmeza.

—¿Eso crees? ¿Crees que es una palabra dura? —Samuel elevó el tono y airado añadió—: Entonces dime qué pensarías tú si te contase que mi padre regaló a mi hermano lo que yo llevaba meses suplicando y Víctor ni siquiera quería o le gustaba. Que al protestar por lo injusto que me pareció tuviese que escuchar de voz de mi progenitor que lo injusto era que yo estuviera en este mundo. Dime, ¿crees que he utilizado una palabra dura? ¿Crees que no me odiaba?

No solo la ira resbaló por las palabras de Samuel, también lo hizo el dolor. Lo que en principio comenzó a explicar a voz alzada acabó siendo un susurro que hizo temblar a su labio inferior, a las últimas sílabas expulsadas por su boca.

Silvia se quedó impactada tras oírle. Era terrible revelar lo que ocultaba Samuel, la cota de aborrecimiento que, según decía, sintió su padre por él. Sus progenitores no lo habían hecho nada bien con ellas, y su madre peor aún, pero no alcanzaron aquel nivel de laceración sobre sus personas. Silvia se sacudió la impresión, se levantó y abrazó a Samuel con fuerza. Sabía que en momentos de esa índole las demostraciones afectivas venían muy bien, eran necesarias; a ella los abrazos de Lara siempre le habían resultado un bálsamo reparador. Era cierto que no arreglaban nada, no obstante, aliviaban por largo rato.

—¿Crees que exagero? —le preguntó Samuel refugiado entre sus brazos, sin querer apartarse de ella—. Porque podría contarte muchas más cosas que te harían comprender cuánto me despreciaba y odiaba mi padre.

El corazón de Silvia hizo un ruido estruendoso, se estaba desquebrajando de dolor por cuanto Samuel vaciaba de su ser.

—Yo también tengo profundas heridas en mi alma, en mi caso más por parte de mi madre, pero las tengo —confesó separándose de él con

delicadeza, mirándole a sus vidriosos ojos a punto de desbordarse—. Y te daré un consejo, Samuel, el mismo que me apliqué yo misma. A pesar del dolor que padezcamos por no sentirnos queridos por nuestros padres, en la medida de lo posible debemos superarlo y vivir. No puedes dejar que también te robe eso, tu vida.

—Pero cuando lo pienso es... es tan doloroso. —El labio inferior le volvió a temblar.

—Lo sé, mi madre me hizo aprender ese sentimiento —aseguró con aflicción—. Ya te conté que nos abandonó y que yo me hice cargo de mi hermana. Dos meses después de marcharse, Mirian cumplió los trece años y mi madre tuvo la caradura de mandarle una felicitación. Una postal desde Venecia, donde se encontraba con su amante ricachón. ¿Te lo puedes creer? —escupió enojada—. Y encima, le contaba lo feliz que era, lo bien que vivía y le mandaba besos. No tenía un ápice de vergüenza, la muy... —Sopló enfurecida, dejando la frase inconclusa—. Nos había dejado desamparadas, a nuestra suerte, y nos restregaba la suya. ¿Se podía ser más insolente y descarada? —Levantó la voz—. Mi ira rompió la tarjeta en mil pedazos. No quería que Mirian la viera, no quería que aquello le hiciera daño. Mi hermana se pasó el día de su cumpleaños llorando porque mi madre no le había llamado ni escrito, algo que le prometió hacer cuando se marchó. Y yo no paraba de sentirme mal por el dolor de mi hermana, por el descarado de mi madre, por su falta de cariño... La odié con todas mis fuerzas, como nunca creí que se pudiera odiar a nadie. Era tan sumamente egoísta que me desquiciaba. —Suspiró, entrecerrando los ojos—. Pero intenté sacar ese dolor para que no me carcomiera el alma durante el resto de mi vida. Me costó, sí, aunque con el paso del tiempo terminó resultándome indiferente. Mi madre no merece nada, ni afecto ni respeto; acabó siendo un vacío en mi vida.

—Joder, desde luego que tu madre y mi padre se hubieran llevado bien, a los dos les gustaba ofender y humillar a sus vástagos.

—Mi madre, más que humillar, sentía un amor excesivo por sí misma y solo se preocupaba por ella. Nosotras no le importábamos, nunca supo ejercer de madre, le vino muy grande ese papel —afirmó con una seguridad aplastante—. No pensaba que nos humillaba con su comportamiento porque solo le interesaba una cosa: su vida.

—Buena pieza también. —Asintió.

—No te puedes hacer una idea. —Sopló.

—En eso te equivocas, yo también sé de lo que me hablas. Ambos sabemos de lo que hablamos, Silvia, de lo que hemos sentido y vivido teniendo unos padres así.

Las últimas palabras de Samuel sonaron ahogadas y, ante el temor de derrumbarse, de manera instintiva, descendió la cabeza. Pero haciéndose el fuerte, como siempre, frenó a los sentimientos que se habían despertado de golpe tras hablar de aquello en voz alta. Detuvo al dolor, a la rabia, a la humillación... Suspendió todo para no dejar escapar de sus ojos ni una sola lágrima. Su padre no merecía su llanto. Nunca fue meritorio de él. Por eso mismo no fue capaz de derramar una lágrima el día que falleció, porque Ernesto Alvarado no se las merecía. Despacio, Samuel ascendió la mirada a los ojos de Silvia. Ella contempló el asomo de melancolía que cargaban y, de forma ineludible, su corazón volvió a estremecerse.

—Solo tú me entiendes, Silvia, solo tú —afirmó en tono bajo, casi en un murmullo—. Menos mal que al menos he encontrado algo bueno en mi vida, a ti. —Ladeó un poco el labio, en un frustrado intento por sonreír.

—Muchas gracias pero no llevas razón, Samuel, tienes a más gente a tu lado —aseguró con convencimiento—. Filiberto te quiere, eso se palpa y tú lo sabes. Y aunque me da la impresión de que tu hermano y tú no os lleváis bien del todo, estoy convencida de que, a vuestro modo, os queréis. Os defendéis el uno al otro, y eso es por algo, porque hay cariño. Es mucho más de lo que yo puedo decir respecto a mi hermana, ella nunca me defendería a mí, te lo puedo garantizar.

—Pero yo te defendería siempre, Silvia. Siempre —susurró.

Silvia terminó abrazándose a Samuel de nuevo, le partía el alma ver lo vulnerable que era, lo que había sufrido y cuánto dolor acumulaba. No sabía qué más decirle o de qué manera consolarle, por eso una vez más lo abrazó con la intención de erradicar su pena, su angustia, su dolor... Con ese gesto tan solo trataba de hacerle comprender que también podía contar con ella siempre.

El lunes, el día que Silvia se tomaba de descanso, Víctor regresó a Barcelona, a su hogar. Llevaba fuera casi cuatro meses; se marchó a mediados de junio y el calendario ya destacaba el mes de octubre. No era la primera vez que se alejaba tanto tiempo; había llegado a estar casi un año entero fuera, viviendo en Nueva York. Aunque debía reconocer que sus estancias más largas en la Gran Manzana no habían sido solo por trabajo, sino porque fue el lugar de exilio elegido por su hermano después de la muerte de su padre, tras la humillación que supuso para él recibir en herencia las migajas de la compañía. Víctor sabía lo dolido que se encontró Samuel en ese momento, y no era para menos, y que ese dolor le hizo buscar aliados poco recomendables que lo guiaron por el mal camino. Durante aquel largo periodo de tiempo fuera de España, las juergas, el alcohol e incluso alguna que otra droga se convirtieron en los fieles amigos de su hermano.

Samuel no había estado solo en Nueva York, Víctor le rogó a Filiberto que se fuera con él, y el hombre obedeció de inmediato, sin poner objeción alguna. Pero, aun sabiendo que su hermano estaba con la mejor compañía y en las mejores manos, Víctor había sentido la necesidad de permanecer en esa ciudad. Porque aunque estuviese alejado de Samuel, aunque su hermano no supiera que estaba en Nueva York, aunque entre ellos no hubiera comunicación alguna, él sentía que estar allí era su responsabilidad, su forma de cumplir con la única familia que tenía. Por eso el regreso a Barcelona solía posponerse en exceso. Y cuando no le quedaba más remedio que acudir a la ciudad condal, lo hacía en un viaje relámpago cuya máxima duración era de tres o cuatro días.

De esa forma, viviendo cada uno en una punta de Manhattan, Víctor pasó el primer año en la misma ciudad que su hermano, pero sin tenerlo bajo el mismo techo. Fue durante los tres años posteriores cuando tuvo que alternar su estancia entre varias ciudades; los negocios requerían su presencia tanto en Barcelona como en Londres, y pasar más de tres meses seguidos en Nueva York le era imposible. El año que hacía el quinto del exilio voluntario de Samuel apenas pudo pisar la ciudad de los rascacielos, tenía demasiados problemas en las sedes de las otras dos empresas y le fue imposible eludir su

responsabilidad. Durante ese año, cuando los excesos hicieron que Samuel casi tocase fondo, Víctor no pudo estar próximo a él, como siempre, separados solo por la distancia entre el alto y bajo Manhattan, aunque su hermano lo ignorase. Por eso cuando Filiberto lo llamó y le dijo que Samuel estaba ingresado en el hospital no solo se preocupó, sino que se sintió mal. Pensó que, de alguna forma, le había fallado, y creyó que no encontrarse en la misma ciudad que él era lo mismo que haberlo abandonado. Tras colgar el teléfono, dos atrevidas lágrimas saltaron a sus mejillas y surcaron su rostro con rabia.

Mientras volaba a Nueva York, Víctor no dejó de pensar que debía recuperar a su hermano. Ambos tenían que volver a hablarse, mantener una relación, porque llevaban cinco años sin hacerlo. Su padre ya no estaba vivo para hacer que se sintieran como eternos enemigos, ni para alejarlos más, ni para combustionar la rivalidad que había marcado en silencio al principio y a voces al final. Cuanto su hermano le había hecho, y lo que él le había hecho a su hermano, había sido propiciado por su padre, no por ellos. Era el momento de recobrar la fraternidad, y él iba a luchar por conseguirlo. Lo que no imaginaba Víctor era quién sería la encargada de hacer que Samuel regresara: su complicada enfermedad. Una enfermedad impensable fue la responsable de devolver a su hermano al hogar que tanto había añorado.

Víctor recordaba todos esos acontecimientos del pasado mientras entraba en su casa de Barcelona, soportando una gran carga de nostalgia hacia Samuel y rogando a Dios poder tolerar a su «contratada esposa», una mujer que, según su hermano y Filiberto, con los que se había comunicado con frecuencia, era maravillosa. Un adjetivo que, junto a otros pronunciados por boca de ambos, Víctor dejaba en absoluta cuarentena.

—¡Señor, bienvenido! —le saludó Filiberto nada más verlo.

—Hola, Filiberto, ¿qué tal? —Le sonrió.

—Bien, señor. Pero, cómo no me ha avisado para ir a recogerlo al aeropuerto.

—Para no molestarte más —respondió—. Te conozco bien y hubieras estado allí al menos una hora antes de lo indicado. Y todos sabemos que los vuelos son impuntuales y llegan con retraso, y estar esperando en el aeropuerto es un coñazo. Además, para qué están los taxis si no.

—Permítame cogerle el equipaje —dijo, tomándolo al segundo—. ¿Solo

trae estas dos maletas?

—Solo vengo para unas semanas, tres a lo sumo.

—¡Hombre!, ¿a quién tenemos aquí? —formuló Samuel apareciendo de repente, mientras Filiberto se marchaba portando el equipaje.

El corazón de Víctor se encogió una vez más, como siempre le ocurría al ver a Samuel sentado en aquella silla de ruedas que le había robado todo el futuro.

—Aquí tienes a tu hermano, ni más ni menos —contestó.

—Sí, el mismo que se dio a la fuga y desapareció —regurgitó, estaba deseoso de echárselo en cara.

—No empecemos, Samuel. Acabo de llegar, dame al menos un respiro.

—¡Oh, te estás haciendo viejo! Me estás pidiendo una tregua. —Rio a carcajada limpia.

—Llevo años pidiéndotela, y lo sabes. Los mismos que lleva enterrado nuestro padre —admitió con resquemor.

—Sí, lo sé. —Asintió, volatilizando cualquier ápice de la carcajada anterior—. Y yo te voy dando una de vez en cuando, cuando puedo.

Un halo de silencio embargó la estancia mientras cada uno de ellos batallaba con sus amargos recuerdos, los que su padre les había dejado en herencia, para toda la vida.

—En fin —Víctor rompió el silencio—, por qué no nos tomamos unas copas en la terraza, he echado de menos sus magníficas vistas. Además, estás solo, tu mujer por contrato no llegará hasta la noche —dijo con cierto sarcasmo—. Con un poco de suerte, espero haberme emborrachado para poder soportarla.

Samuel lo miró serio; no le hizo ninguna gracia el comentario derramado. Lo primero, por hablar de esa forma, refiriéndose a Silvia como un simple contrato, haciéndole sentir como un mero comprador de compañía, recordándole que estaba tullido y que nunca nadie lo querría de verdad; la única razón de la existencia de tal acuerdo. Y después por mencionarla en tono peyorativo sin haberla tratado, sin conocer la gran persona que se escondía en su interior.

—Mira, antes de beber te voy a aclarar algo, hermano —soltó molesto,

masticando la última palabra—. Silvia es una mujer maravillosa, de gran corazón, simpática, atenta, sincera... Tiene todo cuanto un hombre busca en una mujer, te lo puedo garantizar.

—¡Oh, Señor! —exclamó Víctor observándolo desencajado. A continuación se sentó y añadió—: ¿Tú te has oído? Porque... porque... ¿Te estás enamorando de ella, Samuel? —preguntó perplejo.

Suspirando en silencio, Samuel soportó la mirada confusa de su hermano; Víctor parecía estar descolocado.

—No. No me estoy enamorando, pero no negaré que esa mujer me ha despertado sentimientos. Me siento muy bien a su lado y cada día me gusta más disfrutar de su compañía. Le estoy cogiendo mucho cariño.

—¡Dios, Dios, Dios! —repitió de seguido, frotándose la cara con ambas manos, sin salir del aturdimiento—. Samuel, hermano, estás tergiversándolo todo —avisó preocupado—. Tus sentimientos no son más que una alucinación. Esa situación es una ilusión y no existe la persona que estás creando. No te confundas. —Sacudió la cabeza.

Samuel siseó repetidas veces con fuerza, pero sobre todo con mucha incredulidad.

—¡Ah, no! ¿No existe Silvia? Pues vaya, es una alucinación muy creíble porque tiene hasta DNI —enunció en alto—. Pero ¿tú estás tonto o qué te pasa? ¿Qué sandez acabas de soltar?

—Estoy hablando muy en serio. Sé lo que he dicho y te lo repetiré con otras palabras: estás viviendo un espejismo, Samuel —aclaró subiendo el tono—. Has contratado a esa mujer para casarse contigo por un tiempo estipulado, y ella ha aceptado unas cláusulas en las que se le impone ser cariñosa y amable si quiere cobrar cada mes y conseguir el abultado finiquito. Eso no es amor, no hay sentimientos verdaderos, todo está pactado y comprado con dinero; es interés puro y duro. Y lo es tanto por tu parte como por la suya, ¿o no lo ves? —preguntó indignado.

—Tú no la conoces y no sé cómo te atreves a hacer ese juicio de valor sobre ella. —Samuel se sintió atacado por las palabras de su hermano, y el enfado comenzó a tomar su cuerpo—. Silvia es una mujer diferente, no es egoísta, no todo lo hace por afán lucrativo —escupió con los dientes apretados.

—Deja de pagarle un mes y después me lo cuentas. —Víctor habló desafiante.

—Te jode verme feliz, ¿verdad? —preguntó Samuel, clavando la mirada a Víctor con tanta violencia que este sintió un golpe en la boca del estómago que le hizo retroceder un paso.

—Pero ¿qué dices? ¡Pues claro que no! No digas bobadas. —Desvió la mirada del agresivo iris de su hermano—. Solo te digo la verdad, aunque no te guste escucharla.

—¿Y cuál es la verdad? —interpeló con acritud—. ¿La de no ser un hombre como los demás gracias a estar en esta puta mierda de silla de ruedas? ¿O la de que ninguna mujer querría estar con un tullido como yo a menos que le pague? Dime, ¿cuál es la verdad? ¿Qué verdad tienes en tu mente? —inquirió rabioso, colándose en cada palabra un deje de reproche por falta de sinceridad.

Víctor paladeó el tono defensivo y amargo de Samuel, y de nuevo sintió cómo su hermano empezaba a empuñar su escudo y se preparaba para alzarse en armas.

—Todo eso lo has dicho tú, no yo —advirtió serio, enfundándose en su coraza—. Yo no pienso semejantes paparruchas. Una vez más, trataba de decirte que el amor no puede comprarse, solo quiero recordarte que estás alquilando una compañía, que es diferente. No quiero que confundas las cosas y eso te lleve a tener sentimientos que en tu caso podrían ser verdaderos, pero que ella jamás tendrá —explicó con firmeza, bajo la atenta mirada de Samuel, que, de nuevo, se sintió atacado con sus «esclarecedoras» palabras.

—Claro, de mí nunca podría enamorarse. En mi situación nadie lo haría desinteresadamente, cierto. —Asintió frunciendo los labios—. Sin embargo, de ti sí podría hacerlo, ¿a que sí, Víctor?

—Tampoco he dicho ni insinuado tal cosa.

—Pero lo piensas, claro que sí. Piensas que Silvia sí podría suspirar por ti, porque tú reúnes las tres cualidades más primordiales: eres guapo, rico y sobre todo un hombre que puede valerse por sí mismo, y eso te basta para conseguir a la mujer que te dé la gana. Sin embargo yo ya nunca podré lograrlo; a mí me falta la cualidad más importante, da igual que concurran las

otras dos en mi persona —declaró con pesadumbre—. Esa es la verdad, hermano, admítelo, ten cojones para decirlo claramente —demandó una respuesta con tanta rabia como necesidad.

Víctor permaneció unos segundos en silencio, pensando que Samuel no llevaba razón, que sí habría mujeres que podrían enamorarse de él; su condición no supondría ningún impedimento si surgía el amor. Pero ese no era el caso de Silvia, a ella solo la movía la cuestión monetaria, un contrato con una alta cantidad pactada de antemano. Le daba miedo que su hermano llegara a creerse su propia mentira, que despertasen sentimientos en él imaginándose que era correspondido por la espabilada de Silvia.

—La única verdad es que estás diciendo chorradas, Samuel —reconvino—. Las personas no solo se enamoran por el físico, sino de la forma de ser, del interior; y tú, a pesar de tener defectos y de ser un tocapelotas, eres una buena persona.

—¡Venga, no seas sarcástico conmigo! —Alzó la voz—. Sé que estás disfrutando mucho de mi situación, de mi inválida situación que me ha mermado bastantes facultades —recalcó algo sulfurado—. Siempre te has creído mejor que yo en todo, Víctor. Nuestro padre te lo hizo creer y tú te lo creíste. Pero en tu fuero interno sabes que no es cierto, yo era y sigo siendo mejor que tú por una simple cuestión: porque tengo más huevos —subrayó con énfasis—. Y te voy a poner el ejemplo más obvio de todos. Antes, cuando era un hombre normal, como tú, te robaba tus ligues cuando quería y me venía en gana, ¿y tú qué hacías? Nada. Te enrabetabas y echabas pestes por la boca, pero jamás me pagaste con la misma moneda. ¿Por qué? Por tu falta de huevos, como siempre te ha ocurrido —explicó, rezumando una innegable satisfacción provocada por el coraje del que se sentía dotado.

—No era por eso, imbécil, no quería ponerme a tu mismo nivel. Era una cuestión de principios, que es diferente —escupió su hermano, indignado por tal acusación.

Víctor tuvo que morderse la lengua tan fuerte que creyó que sangraría. Una vez más, calló que no se había acostado con Judith porque no quiso, no porque ella no se lo hubiera puesto fácil. Cuando la encontró en su cama desnuda y suplicando que la amara, no se planteó ni un solo segundo hacer el amor con ella solo para fastidiar a Samuel. Pensó que su hermano la amaba y que él no iba a traspasar esa línea roja, pues lo cierto era que Samuel se había

llevado a la cama a mujeres poco importantes para él, las que lo habían seducido pero no enamorado. Sabía que si se acostaba con Judith rompería una relación en la que su hermano sí había depositado el corazón, por eso la rechazó.

—¡Oh, sí, principios! —escupió Samuel con sarcasmo—. Claro, claro, lo que tú digas, hermano. —Se carcajeó—. No lo hiciste porque sabías que jamás podrías ponerte a mi nivel, nunca me hubieras igualado en nada.

—No sabes lo que estás diciendo, pero me estás tocando... —Calló enfurecido.

—¿El qué? ¿Las pelotas, los huevos, los cojones? Llevo tocándotelos toda la vida —aseguró con aplomo—. Lo que ocurre es que parece gustarte, debiste de cogerle gustillo, porque nunca has respondido como debieras. —Le dedicó una mirada que contenía trazas de odio.

—Y ¿cómo querías que respondiera? ¿Quitándote todos los amigos? ¿Follándome a todos tus ligues? —gritó, e hizo una pausa sosteniéndole la agresiva mirada—. ¿O acostándome solo con tu novia, eh? —preguntó con moderación, sabía que esas palabras propinaban un duro rejonazo a su hermano.

Samuel apretó la mandíbula con fuerza, se tensó por completo y clavó en Víctor una mirada que lo desafiaba en duelo. Oír esa frase de boca de su hermano y sopesar tal posibilidad le hizo arder por dentro, le abrasó las vísceras. Él se había acostado con muchas citas de Víctor, pero siempre lo había hecho con un criterio: debían ser mujeres con las que su hermano iba a salir por primera vez, o como mucho que habían salido solo en una ocasión, un tiempo corto que casi no podía considerarse una cita. Pero si Víctor iba a verse de nuevo con esa mujer, de forma automática la tachaba de la lista. Él no pretendía romper una relación, tan solo levantarle un ligue pasajero con la intención de demostrarle que aquellas mujeres le preferían antes a él.

—Poniéndote a mi nivel de la forma que hubiese sido necesaria —contestó por fin—. Pero si hubieras puesto un solo dedo encima de Judith te habría partido el alma, lo juro —habló con rabia.

—Ojalá lo hubiera hecho para darte un escarmiento ejemplar. Ojalá me hubiera puesto a tu mismo nivel, igual eso había terminado con todo esto de una vez —soltó Víctor, airado.

—Eso deberías haber hecho, sacar valor y devolverme la jugada duplicada. Si yo me acostaba con uno de tus ligues, tú con dos; si yo te robaba a un amigo, haberme arrebatado el doble. Eso es lo que yo habría hecho de estar en el lado contrario. —Calló un segundo y tomó aire—. Pero, bueno, seamos honestos; entonces no lo hiciste, no te pusiste a mi nivel, pero ahora sí lo estás. —Asintió con calma, meditando durante otra leve pausa—. Es más, piensas que estás muy por encima de mí y con ello te crees en situación de ventaja. Lo veo siempre en tus ojos, que me miran con compasión y haciéndote a ti vencedor de la batalla. Pues te demostraré que te equivocas aunque me vaya la vida en ello, así que acepto el reto.

La mirada de desconcierto que Víctor lanzó a Samuel fue tan intensa que por un instante creyó haber recibido una pedrada en toda la frente, entre ceja y ceja.

—¿Qué reto? ¿De qué demonios hablas? —interpeló su aturdimiento en alto.

—Del reto del amor, hermano —respondió Samuel con cinismo.

—¿Qué quieres decir? No... no te comprendo —tartamudeó, tan enrabietado como confuso.

—Muy fácil. Según tú, Silvia nunca podría tener un sentimiento hacía mí, jamás se enamoraría. ¿Cierto?

—Vuelvo a repetirte que esa deslenguada se mueve por dinero, no por sentimientos. De hecho, este matrimonio, cuando se dé, trata de eso, de intereses mutuos, no de amor. Me duele la garganta de decirte que el verdadero amor no puede comprarse, nace del corazón y es del todo desinteresado. Está por encima de cualquier precio, por alto que sea.

Samuel sabía que esas palabras eran ciertas; el amor no podía comprarse, ningún sentimiento, siempre que fuera de verdad, tenía precio. Y aunque él había intentado hacerle creer a Víctor que todo en esta vida podía conseguirse con dinero, sabía que los sentimientos estaban exentos de ello. Si bien no pensaba dar su brazo a torcer. No quería que su hermano creyera ni por un segundo que llevaba la razón y eso le hiciera sentirse mejor que él, porque no lo soportaba. No toleraba la arrogancia con la que se envolvía Víctor en ocasiones, en muchas últimamente, para su gusto. No le gustaba la mirada de Dios todopoderoso que a veces le lanzaba, que parecía estar por encima del bien y el mal, que era capaz de perdonar la vida al creerse con ese don. Desde

luego, que no iba a darle la razón, jamás. Lo que debía hacer era seguir instigándolo, hasta confundirlo, para que cayera en su red.

—Entonces, por esa conclusión —continuó Samuel—, si durante este tiempo Silvia se enamora de otro hombre se anularía el contrato y ella perdería el finiquito. ¿No es cierto?

—No creo que sea tan tonta. —Víctor negó con la cabeza—. Aguantaría hasta el final para ganar todo ese dinero y después lo disfrutaría con su amor.

—Pero si el amor es tan fuerte como cuentas y está por encima del dinero no podrá reprimirse y terminará incumpliendo una de las cláusulas, seguramente la del celibato. Las pasiones tampoco suelen atender a razones, ¿no?

—Quizá... —Gesticuló con los labios—. De ocurrir, pudiera ser, sí —contestó dubitativo—. Pero ¿se puede saber a dónde quieres llegar? Te juro que estoy perdido.

—Te estoy proponiendo un reto, hermano. —Arqueó las cejas sonriendo con perspicacia—. Acabo de darme cuenta de que quiero resarcirte por todas las veces que me acosté con uno de tus ligues, darte la oportunidad de taparme la boca si me demuestras que el amor está por encima de todo. Hasta podría aceptar las acciones de la empresa que has pretendido regalarme en más de una ocasión; eso sí, ganándomelas. Así, si llegamos a tener casi el mismo número de acciones, podrás limpiar tu conciencia por haber sido el ojito derecho de papá —habló con mordacidad—. Todo son ventajas para ti si ganas —concluyó con voz tranquila y firme.

—Sigo sin entenderte, ¿te puedes explicar de una vez? —demandó inquieto.

—Por supuesto, Víctor. Tú y yo contamos cada uno con un inconveniente para realizar este reto, con lo cual partimos con la misma ventaja, o desventaja. Yo por mi situación, una enfermedad que entorpece mi vida, que la sabotea a diario; y tú por una jugosa e indecente cantidad de dinero. —Asintió, y de inmediato explicó—: El reto consiste en demostrarme que cuando una mujer se enamora con pasión no mira nada más, que es capaz de perderlo todo. Intenta acostarte con Silvia, sedúcela hasta hacerle perder la cabeza y que por ese amor ella sea capaz de incumplir el contrato y perder el finiquito, que incluso pueda costarle dinero. Demuéstrame que el amor está por encima de todo y que tú vales más que yo —le desafió con habilidad.

—¿Estás de broma o estás loco? —preguntó incrédulo. No podía creer lo que acababa de oír.

—Ninguna de las dos cosas, siento defraudarte, Víctor. —Emitió una descarada sonrisa—. Y tú, ¿tienes miedo de que una vez más quede por encima de ti, hermano? —preguntó con soniquete de burla.

—No tengo ningún miedo, Samuel, y lo sabes —contestó, molesto por la duda—. Simplemente no me parece nada bien lo que has propuesto, es descabellado y retorcido.

—¡Ah, claro! —Ensanchó la desvergonzada sonrisa—. Ya sé lo que te da miedo: que Silvia no puede ni verte, no te traga. Jamás se fijaría en ti aunque le pagaras el doble que yo, y tú también lo sabes —se mofó.

Víctor miró sin pestañear a su hermano. Le parecía irreal lo que estaba sucediendo.

—¿En serio me estás retando?

—Por supuesto, pero será un reto con premio. —Apretó los labios, borrando cualquier resquicio de su anterior sonrisa—. Como sabes, todo desafío tiene dos caras: suele ser la oportunidad para obtener algún beneficio o darse la circunstancia de perder un bien. Y una vez hecha la introducción, te comento. Si ganas, si consigues callarme la boca, si eres capaz de acostarte con Silvia, me comeré mi orgullo y aceptaré tu limosna, ese veinte por ciento de acciones que nuestro padre no quiso dejarme a mí pero tú te empeñas en darme. Y si gano yo, si no logras que Silvia incumpla el contrato, que ni el amor ni la pasión ni la atracción consigan hacerla renunciar a su dinero y menos a su finiquito, te cederé cuanto tengo de New Technology Company, mi diez por ciento de acciones.

—Me parece que se te ha ido por completo la cabeza, de verdad. —Víctor sopló turbado.

—¿Eres un rajado o un achantado? ¡Vaya!, si nuestro padre levantase la cabeza y viera lo acojonado que eres se volvería a morir del disgusto; y yo aplaudiría.

—No metas a nuestro padre en esto, él ya no está aquí —gruñó.

—Pues entonces entra tú en la apuesta, ten coraje y demuéstrame tu razón —dijo clavándole la mirada.

Víctor lo observó con desdén. Sin embargo, las palabras de su hermano lo instigaban tanto como sus ojos; y el aire competitivo, la rivalidad, impregnó el ambiente hasta gobernarlo.

—Tú lo has querido, estúpido —soltó con desprecio, dejando escapar un ahogado suspiro de derrota—. Te demostraré que llevo razón, como siempre. —Sacó pecho.

—Pues demuéstremelo cuanto antes porque tienes menos de tres meses para hacerlo, hasta que me case con ella. Luego la apuesta quedará anulada y, de ganar yo, que así será, quedará probado que el amor tiene un precio. Que una mujer puede aplazar sus sentimientos hasta cumplir un contrato remunerado con una sustanciosa cantidad. Que aunque la seduzcas sin parar, nada le hará perder la cabeza antes de tiempo.

—Te demostraré que te equivocas, que cuando uno se enamora pierde el norte y no se para a pensar en nada —anunció Víctor de seguido, con celeridad—. Seduciré a esa mujer y en un mes la tendré comiendo de la palma de mi mano; en dos, deseándome en exceso, y antes de la boda, estará en mi cama jadeando como una loca —concluyó, tomando una larga bocanada de aire.

—Pues perfecto.

—Pero yo también añadiré algo —dijo Víctor de repente.

—¿El qué?

—Si gano, esta será la última vez que vuelvas a retarme, a desafiarme o a estar en continua posición de competir. No quiero más rivalidad entre tú y yo, la enterrarás de forma definitiva, para siempre.

Samuel pensó la proposición de su hermano durante unos segundos, pero confiaba tanto en ganar que creyó absurdo preocuparse por algo que no sucedería. La rivalidad prevalecería hasta que él muriera o hasta que su maldita enfermedad ya no le permitiera desafiar a Víctor.

—Trato hecho. —Samuel le tendió la mano.

—Por supuesto, trato hecho. —Las estrecharon.

Víctor anuló el plan de subir a la terraza y, malhumorado, se marchó a su habitación. No dejaba de pensar en cómo iba a seducir a la verdulera deslenguada que lo soportaba tan poco o menos que él a ella. Era obvio que si

quería dar un escarmiento a su hermano, y con ello que echase en olvido su afán por rivalizar, tenía que poner toda la carne en el asador y emplearse a fondo con la tal Silvia. Debía empezar pidiéndole disculpas, y a partir de ahí intentar ganarse su confianza. Y no podía perder tiempo, disponía de menos de tres meses, debía empezar ese mismo día. Debía hacerlo y lo haría. Debía enamorarla, o al menos acabar en la cama con ella.

Lara esperaba a Silvia en la cafetería donde solían quedar los lunes. Sentada en su mesa habitual, pensaba en cuánto había cambiado la vida de su amiga desde que firmara aquel contrato del que ella seguía recelando. Desconfiaba de él porque temía que, de alguna manera, Silvia pudiera salir malparada, sentimentalmente hablando. Cada lunes percibía el cariño que su amiga estaba cogiéndole a Samuel, y del cariño al amor tan solo había un paso, una sutil línea que cruzar. Porque después de unos meses de convivencia Silvia no solo le había puesto al corriente de los gustos y manías del joven Alvarado, también se deshacía en halagos hacia él. A veces, lo que empezaba de una manera podía acabar de otra muy distinta, y a Lara su intuición le decía que Silvia podría estar enamorándose. Sin embargo, no quería prevenirle ni aconsejarle nada al respecto, la veía tan feliz, como nunca recordaba, que no deseaba amargarla con sus presentimientos.

Por fin, Lara vio aparecer a Silvia. Lucía una gabardina de color crema que gracias a su buen porte le quedaba fenomenal. No la llevaba abotonada y se le veía la ropa: una blusa blanca entallada, pantalones negros, rectos, de talle bajo. Sus pies calzaban unos botines marrones de piel, con un fino tacón. Estaba espectacular, como una modelo de anuncio. Además, a su aspecto había que sumarle su elegancia al andar, algo de lo que gozaba por naturaleza y que ahora, vestida así, le acentuaba la femineidad. Mientras la veía acercarse, Lara pensó que tampoco sería descabellado que el tal Samuel terminara enamorándose de su amiga, porque, sin duda alguna, cualquier hombre podría hacerlo. Silvia era una mujer guapa, siempre lo había sido, pero desde que vivía en aquella casa podía permitirse otro tipo de ropa, acudía a la peluquería una vez a la semana y hasta se maquillaba; estaba hecha toda una belleza.

—Hola, Lara, buenos días —saludó, dando dos besos a su amiga.

—¡Hola, Silvi, tía buena! —exclamó con jocosidad, con el fondo de verdad que tenía cualquier broma.

—¡Eh! ¿Me estás tirando los tejos? —preguntó burlona, tomando asiento.

—Desde luego, si fuera lesbiana solo pensaría en la forma de llevarte a la

cama. ¡Hija, cada día estás más insoportablemente guapa!

—¡Qué exagerada eres! —Hizo un aspaviento con la mano.

—De exagerada nada, es la verdad. Y tú, que te miras al espejo a diario, así que lo sabes.

—A ver, no negaré que ir más arreglada ha mejorado mi imagen. —Asintió.

—No lo puedes negar porque de hacerlo serías una cínica. Y si no, recuerda cómo te entró el tal Xuxo ese. —Le soltó un leve codazo.

—Ok. Tú ganas, como siempre —confirmó Silvia, rememorando la «experiencia orgásmica» a la que la invitó Xuxo—. Y una vez que he confesado, ¿nos pedimos un café o qué? No quiero perder mucho tiempo aquí, tenemos muy apretada la agenda de hoy, Lara. Debemos ir de compras y no sé cuánto tardaremos en dar con lo que busco. Luego comeremos, y a las cuatro tenemos una cita.

—¿Una cita? —preguntó extrañada.

—Sí, vamos a ir a un balneario urbano. He contratado una sesión de *spa* para las dos. Eso nos relajará de las compras. —Le guiñó el ojo.

—¡Madre mía! —Silbó—. ¿Te das cuenta de que ya hablas como los ricos, Silvi? —La miró con asombro.

—Es muy fácil acostumbrarte a esta vida, la verdad. Yo creí que iba a costarme, ¡qué estupidez! —Meneó la cabeza—. Como me dijo Filiberto, a lo bueno uno se acostumbra rápido, y es cierto.

—¿Y qué vamos a comprar?

—Un vestido. —Desplegó una sonrisa—. Un maravilloso vestido con sus zapatos y todos los complementos necesarios. Un vestido con el que acudirás a mi fiesta de compromiso, ¿quieres?

Lara se quedó boquiabierta, observándola. Había escuchado «fiesta de compromiso». Silvia la estaba invitando a su fiesta de compromiso. El corazón le dio un vuelco de alegría y otro más de vértigo. Su amiga iba a casarse en breve, pero no por haberse enamorado, sino por haber ofrecido su compañía a un ricachón. Se sentía feliz por su cambio de vida, por lo que ese trabajo le estaba remunerando, aunque a la vez la reconcomía una extraña congoja; sabía cuánto estaba exponiendo Silvia sin ni siquiera ser consciente

de ello.

—¡Eh! ¿Quieres? —insistió Silvia.

—Claro que quiero ir, cómo no —declaró emocionada—. Pero no hace falta que me compres un vestido, puedo ir con el mismo que fui a la comunión de la hija de mi prima. Tan solo me lo puse ese día, y de eso no han pasado ni dos años. De peso estoy igual que entonces, así que me valdrá, y no está pasado de moda.

—Quiero regalarte un vestido y no se hable más. Punto —advirtió seria.

Lara suspiró antes de claudicar a sus reprobadores ojos.

—En ese caso, muchas gracias, flor. —Posó su mano encima de la de Silvia, de forma cariñosa—. ¿Y tú? También tendrás que compartir uno, ¿no?

—Sí, pero en mi caso esos gastos corren por parte de Samuel y él se encarga.

—¿No vas a elegirlo tú? —preguntó desconcertada.

—Sí, claro —respondió de inmediato—. Mañana vendrá la modista a casa para tomarme las medidas y decidir la tela y el modelo.

—¡Joder, tú como los ricos! —exclamó entre risas.

—Ya ves, ¿quién me lo iba a decir a mí hace cuatro meses? —Se echó a reír también. Aunque su carcajada se disipó en un par de segundos y tornó a seriedad, una que venía acompañada por un suspiro de hastío—. Pero no creas que todo es felicidad en esta nueva vida que tengo, Lara. —Zarandeo la cabeza—. Cuando vuelva hoy a casa de Samuel me espera algo que... —Resopló cabreada mientras lo meditaba—. Por eso decidí pedir cita en el *spa* y añadir un maravilloso masaje relajante para concluir. Necesito estar muy, pero que muy calmada para hacer frente a lo que se me viene encima. Cada vez que lo pienso me pongo de mala leche —bufó.

—¿Qué cosa se te avecina, florecilla? —inquirió Lara, preocupada a la par que inquieta.

—No es una cosa, es un gilipollas —escupió con mal genio—. El engreído hermano de Samuel, el tal Víctor, alias el arrogante.

—¡Mierda! —espetó—. ¿Vuelve?

—Sí, por desgracia, regresa. —Arrugó los labios—. Por lo visto va a

quedarse unas semanas y Samuel quiere aprovechar la ocasión para celebrar las fiestas de compromiso.

—¿Fiestas? ¿Va a haber más de una? —preguntó sorprendida.

—Sí, habrá dos. Una, más informal, para los amigos; y otra, más protocolaria, a la que acudirán los accionistas de la compañía y gente del mundo de las finanzas. Tíos aburridos. —Gesticuló una expresión que hacía equilibrio entre el tedio y el sopor.

—A mí me llevarás a la primera, ¿verdad? —preguntó Lara un tanto asustada.

—Por supuesto. —Silvia sonrió—. No pienso mezclarte con esos carcas soporíferos.

—¿Sopo... qué? ¿Qué has dicho que son, criatura? —Rio.

—Tíos que te aburrirían tanto que te harían dormir. —Estiró más los labios—. No, desde luego que no te mezclaré con ellos, bastante es que tenga que soportarlos yo. Y esperemos que no sean igual de estúpidos e inaguantables que Víctor, «el señor leyes», como le llama Samuel, porque de ser así me cortaré la venas —declaró.

—¡Anda, no dramatices, Silvi! —le aconsejó—. Pero a mí llévame a la de los amigos, que será mejor fiesta. Seguro que hay algún tío bueno con el que recrearme la vista. —Le guiñó el ojo con picardía.

—¡Eh, Lara, Larita, Lara! —canturreó—. A ver si ahora vas a ligarte tú a uno de esos jóvenes ricachones. —Le dio un pellizquito en la mejilla.

—Pues mira, no estaría nada mal. —Asintió, apretando los labios. De pronto se levantó y exclamó—: ¡Vamos!

—Cómo que vamos. No hemos tomado ni un café —protestó Silvia.

—Ya nos lo tomaremos, no podemos perder tiempo —anunció con celeridad—. Venga, que tengo que encontrar un vestido muy sugestivo. Uno corto, muy corto. Y con escote, con uno muy grande, de vértigo, de esos que hacen que a los hombres se les salgan los ojos de las cuencas. ¡Vamos! —insistió con exigencia, tirando del brazo de Silvia para levantarla.

—¡Dios, te has transformado en un depredador, Lara! —avisó con sorna, sin dejar de observarla.

—No. —Chistó repetidas veces, negando—. Aclaremos algo, Silvi: con

mi vestido voy a convertir a uno de esos invitados en mi depredador. — Arqueó las cejas sonriendo con picardía—. O al menos lo intentaré. Así que tira, ¡vamos, vamos, no perdamos tiempo! —Empujó a su amiga para abandonar la cafetería y las dos se marcharon deprisa, sin parar de reír por el camino.

Cuando llegó al portal de la que ahora era su casa, Silvia rogó a Dios que le diera paciencia con Víctor. Samuel le había pedido que se comportara con él, y debía cumplirlo. Ahora solo esperaba que, tal y como Samuel le había asegurado, Víctor también cumpliera con su parte.

Mientras subía en el ascensor pensó en lo bien que se lo había pasado con Lara, en la maravillosa sesión de *spa* y en el gratificante masaje que la había dejado de lo más relajada. Pero en lo que más pensaba era en lo guapa que estaba su amiga con el vestido elegido, y en el buen rato de risas que se habían echado. Lara no paró de bromear contando todo lo que iba a ligar con esa prenda que la hacía fantasear hasta a ella misma. Era verde oscuro, de tela satinada y falda vaporosa hasta medio muslo, con corpiño de lentejuelas mezclado en tonos plata. Lo habían conjuntado con zapato y bolso plateado, más unos maravillosos y finos pendientes de circonitas, bastante largos. El tono verde resaltaba la melena pelirroja de Lara y el plata le iluminaba las facciones; estaba guapísima. Hasta ella se asombró al verse en el espejo de la boutique. Fue ahí cuando comenzó a decir que haría unas tarjetas de visita para repartirlas entre los invitados, puesto que todos querrían tener una cita con ella y habría que gestionarlas con fecha y hora. Con ese tipo de chascarrillos, las risas estuvieron aseguradas a lo largo del día. Sin embargo, lo que le esperaba a Silvia ahora podía calificarlo de muchas maneras excepto de gracioso. Solo pensar en Víctor la enojaba, sulfuraba, irritaba... y demás verbos que tuvieran que ver con la ira y que al conjugarlos acabasen en *aba*.

Filiberto dio las buenas noches a Silvia junto a su escueta sonrisa y la habitual dulzura que emanaba de sus ojos. Nada más cerrar la puerta del ático, le anunció que los hermanos Alvarado estaban cenando en la terraza y que en un momento le subía la cena a ella.

—No, tranquilo, Filiberto, no tengo apetito, he picado algo por ahí.

Subiré a saludar a Samuel y me marcharé a la cama, estoy muy cansada — mintió. En su empeño por no verse con Víctor más de lo estrictamente necesario, no pensaba compartir mesa con él. Al menos no hoy.

—Como usted diga, señorita —concluyó el hombre, y se marchó.

Silvia se dirigió al ascensor y subió a la terraza. Al fondo, bajo el cenador, vio a los hermanos cenando en silencio. Samuel estaba de espaldas a ella; Víctor, de frente. Precisamente por eso fue el primero en verla, aunque Samuel solo tardó un segundo en deducirlo, pues por la expresión tensa en el rictus de su hermano adivinó enseguida que Silvia ya había llegado. Con una sonrisa, se giró de inmediato para recibirla.

—Buenas noches, Silvia. Llegas a tiempo de acompañarnos. —Con un gesto de la mano, la invitó a sentarse.

—Buenas noches —dijo acercándose a la mesa—. Muchas gracias, Samuel, pero no os acompañaré, he tomado algo por ahí y me voy ya a la cama. Solo he subido a saludar.

Víctor dudó si levantarse o no, si saludarla de forma más afable o meramente correcta. No sabía qué hacer, cómo acertar para comenzar con buen pie, debía empezar a ganársela. Pero tampoco podía parecer exagerado, y menos aún que ese primer paso hacia sus propósitos se percibiera forzado.

Silvia se inclinó para dar dos besos a Samuel y Víctor la observó fijo. La deslenguada estaba muy guapa, más que antes. No sabría decir si era la ropa, el peinado, el maquillaje o la suma del conjunto en general, pero era innegable que irradiaba belleza. En verdad parecía una mujer distinta de la que se quedó cuando él se marchó. Aunque le cayera mal, debía reconocer y aceptar la obviedad: era guapa a rabiar. No era de extrañar que Samuel se sintiera atraído por esa mujer, pues cualquier hombre se fijaría en ella.

—Buenas noches, Silvia —dijo al fin, levantándose y ofreciéndole la mano.

Silvia acercó la suya con algo de recelo y, mientras se saludaban, lo miró a sus ojos azules, casi transparentes. En ese momento no percibió ni un ápice de arrogancia o altanería en él, y eso la relajó. Si Víctor se comportaba así durante su visita, ella podría soportarlo sin ningún problema.

—Buenas noches, Víctor. Y en fin, adiós a los dos. Me marchó, mañana nos veremos.

—Que descanses —anunció él, para asombro de Silvia y del propio Samuel, que sonrió con satisfacción al ver lo pronto que había entrado al trapo su hermano.

—Muchas gracias —contestó ella, extrañada. Ese hombre le parecía otro muy distinto del que se había marchado hacía casi cuatro meses.

—Descansa, preciosa —añadió Samuel, dándole un beso en la mano—. Recuerda que mañana te espera un día muy ajetreado, viene la modista.

—Tranquilo, no lo he olvidado. Hasta mañana. —Silvia abandonó la terraza bajo la atenta mirada de Víctor.

Después de unos segundos de silencio, con los que Samuel se aseguró de que Silvia hubiera tomado el ascensor e incluso llegado a la planta de abajo, sonrió a su hermano con cinismo.

—¿Qué? —preguntó Víctor.

—Eso digo yo, ¿qué? —formuló en tono burlón—. Te ha faltado tiempo para empezar a limar asperezas. ¡Santo Dios! —Silbó.

—Tengo mucho trabajo por hacer, no puedo perder tiempo. Voy contrarreloj.

—¡Oh, según tú te sobraré tiempo! —escupió con regocijo—. Al menos eso me has dicho esta mañana. Pero me alegra ver que tienes mucho interés por ganar la apuesta, por acostarte con ella. Y no te lo reprocho, Silvia está muy buena, ¿a que sí?

Víctor calló unos segundos.

—Está distinta —contestó sin más.

—Define ese «distinta».

—No hay nada que definir, la palabra ya lo especifica.

—Dilo de forma clara, por favor, Víctor. Nunca he soportado esa manera tuya de llamar a las cosas por otro nombre, queriendo ser siempre un maestro de la diplomacia. ¡Dilo, hombre!

—Vale, sí, está buena. Muy buena —admitió molesto. No le gustaba el tono autoritario que adquiría su hermano en ocasiones, le recordaba a su padre.

Samuel soltó una leve carcajada tras oír la respuesta de su hermano.

—No, si al final, si ganas, hasta te estoy haciendo un favor. —Volvió a reír—. Te voy a servir en bandeja la oportunidad de follarte a una tía que está como un tren, con la que a mí me encantaría poder echar un polvo, o diez. —Asintió sin dejar de observarlo—. La pena es que no ganarás la apuesta, Víctor, Silvia nunca se acostará contigo —afirmó entre risas.

El semblante de Víctor se tiñó de dureza.

—Samuel, nunca metas la mano en el fuego por nadie. Jamás —resolvió con firmeza, con una extrema frialdad en su tono de voz, y se levantó de la mesa.

—¡Vaya! ¿Te vas? —preguntó con asombro, pero sin apartar la risa de su boca.

—No tengo ganas de que me sigas tocando las narices, ya lo has hecho bastante por hoy. Pero recuerda una cosa: antes de la boda me la habré follado, imbécil. —Se encaminó con ligereza a la salida.

—Venga, Víctor, no seas tan susceptible —habló regodeándose—. Tienes que cambiar esa manía tuya de tomarte todo tan a pecho, sobre todo las verdades. —Rio a carcajada limpia.

Víctor abandonó la terraza con un humor de perros y bajó hasta la planta de abajo. Con pasos veloces, cruzó el ático para dirigirse a su habitación. Al pasar por la biblioteca vio que la puerta estaba entornada y asomaba luz. Abrió con cuidado y se sorprendió al descubrir a Silvia. Estaba de espaldas, alargando su brazo para intentar coger un libro de los estantes más altos. Contemplando su silueta, la cinturilla que marcaba la entallada blusa y el culito redondo y respingón que se escondía bajo el pantalón, se acercó a ella, silente. Desde detrás de ella alzó la mano y alcanzó el libro. Silvia se volvió con presteza, asustada, no había escuchado llegar a nadie.

—¡Dios, qué susto! —acertó a decir mirando a Víctor con asombro, con la mano sobre el pecho para sujetarse el corazón.

—Perdón, lo siento, no trataba de asustarte. Iba a mi habitación y he visto luz. No llegabas a coger el libro... Solo pretendía ayudarte —dijo con cautela.

—Y ¿cómo has entrado, de puntillas? Porque no he escuchado un solo paso. —Sonó a reproche.

—Será por las suelas de estos zapatos, son de goma y no hacen ruido.

Silvia deslizó la mirada al suelo, Víctor llevaba unos mocasines de *sport*. De forma progresiva, ascendió la vista y observó que vestía vaqueros y una camisa blanca a rayas azules. Antes ni se había fijado. Era la primera vez que lo veía sin traje, vistiendo de manera más informal.

—Pues gracias por tu inesperada ayuda —anunció al llegar al rostro de Víctor. Una bonita cara de tez clara, con un cabello indecible de tonos rubios, platinos, dorados... y con ojos azules como el cielo en los que apreció un detalle que le había pasado desapercibido hasta ese instante: sus iris terminaban en un anillo azul oscuro, casi gris.

—Silvia —pronunció su nombre con un ronco susurro—, quería pedirte disculpas por mi comportamiento. No estuvo nada bien tratarte de esa forma, me avergüenza cada vez que lo recuerdo. Espero que puedas perdonarme y que empecemos de nuevo.

Silvia no podía salir de su asombro, Víctor le estaba pidiendo disculpas. Pero lo mejor no estaba en sus palabras, sino en su tono y actitud, que las hacían parecer sinceras. Pensó que al final el servicio iba a llevar razón y Víctor era una persona agradable. A lo mejor le cogió en un mal día y pagó su malhumor con ella. Aunque, por el momento, mejor dejaba esa conducta de arrepentimiento en cuarentena, le daría una oportunidad, pero sin bajar la guardia.

—De acuerdo, acepto tus disculpas —dijo, y añadió—: Y yo también te pido perdón si te ofendí en algo.

—Perdonada y olvidado. Empecemos de cero. —Hizo una pausa—. ¡Hola! Me llamo Víctor, ¿y tú?

La sonrisa de Silvia no se hizo esperar ante lo cómico que le resultó aquello.

—Yo Silvia.

Víctor se acercó a ella y le dio dos besos, absorbiendo con sorpresa el aroma que desprendía.

—¿Sabes que hueles a chocolate? —preguntó al separarse.

Silvia se echó a reír.

—Sí, me han dado un masaje con chocolate y el olor se impregna en la piel aunque te duches. Pero es delicioso, ¿o no te lo parece?

—Me encanta el chocolate, creo que con eso ya te he contestado. —Los dos sonrieron.

—En fin —dijo Silvia rescatando el libro de las manos de él y estrechándolo contra su pecho—, me voy a leer un rato antes de dormir. Buenas noches otra vez, Víctor.

—Buenas noches de nuevo, Silvia. Hasta mañana.

Silvia se marchó a su habitación con el corazón feliz. Se sentía contenta porque Víctor le había pedido disculpas, aunque se andaría con pies de plomo por si acaso solo se trataba de una treta. Aun así, con esa cautela en mente, se sentía alegre y contenta.

Víctor se marchó a su habitación sin dejar de pensar que debía ganarse la confianza de Silvia, seducirla y terminar acostándose con ella. Debía lograrlo para ganar el reto, para quedar por encima de su hermano, para darle las acciones que él sabía que le correspondían y para que jamás volviera a retarlo. Pero, además, cada vez le atraía más la idea de darse un buen revolcón con ella. Silvia era una mujer muy guapa con un cuerpo precioso, y pasar una noche entre sus piernas debía de ser todo un regalo para un hombre. Quería acostarse con ella por partida doble: para ganar el reto y para darse una buena sesión de sexo; a nadie le amargaba un dulce. Y sería una sesión en la que se emplearía a fondo, sin prisas, con sumas ganas, y con la que se daría un buen homenaje, puesto que Silvia era su premio. Al término, brindaría a la salud del tocapelotas de Samuel, perdedor de la apuesta, derrotado en su razón y vencido en su orgullo.

Con el reto de los hermanos Alvarado en marcha, los planes de Víctor se vieron alterados. Su estancia, que en principio no iba alargarse más de tres semanas, pasó a no tener billete de vuelta para Nueva York. Su regreso dependería del tiempo que le llevara ganar la apuesta o, en su defecto, aguantar hasta que Samuel se casara con Silvia, pero no más. Asistiría a la ficticia boda y se marcharía al día siguiente. Y aunque no ganara, nadie iba a hacerle cambiar de opinión, sus pensamientos serían los mismos, seguiría creyendo que el amor estaba por encima de todo: dinero, religión, etnias, clases... Víctor sabía que cuando surgía el amor verdadero, lo arrasaba todo sin miramientos; el amor era ciego y solo se dejaba guiar por una cosa: los sentimientos. Él no lo sabía por haberlo vivido o padecido, porque aún no se había enamorado; sin embargo, sí había sido espectador de las locuras realizadas en nombre del amor.

El enamoramiento más cercano del que Víctor había sido testigo fue el de su hermano por Judith; una tormentosa relación llena de altibajos en la que Samuel la dejaba para tontear con otras mujeres, pero siempre volvía a buscarla. Judith acabó convirtiéndose en su refugio, en el ánfora que contenía su corazón, Samuel no concebía la vida sin ella. Pero Víctor también asistió en directo al sufrimiento de su hermano cuando la maldita enfermedad lo separó definitivamente de Judith. Él le escuchó llorar cuando creía que nadie podía hacerlo, pero jamás se lo dijo ni se lo diría, porque, además, él nunca lo reconocería. Como tampoco admitiría las veces que lloró cuando era pequeño, sufriendo los menosprecios de su progenitor. Aunque Víctor sabía que a Samuel aquellos llantos derramados en la infancia, lejos de hacerle débil, lo habían curtido de forma bárbara y lo habían convertido en una persona casi inmune a los desprecios de su padre. Por eso, al llegar a la etapa adulta las hirientes lanzas de Ernesto Alvarado no eran capaces ni de arañar la epidermis de Samuel. Su piel, debido a la falta de estima y cariño por parte de su progenitor, se había transformado en una roca. Lo mismo le sucedía con respecto a Víctor. Samuel sabía cómo y cuándo dañar a su hermano, pero a él era difícil herirlo porque se había endurecido y costaba mucho traspasar su coraza. Y eso que Víctor no buscaba causarle dolor; al contrario, quería

aliviar el ya sufrido y de continuo intentaba conciliar las hostilidades. Aun así, con su buena disposición, reconocía que la relación con Samuel siempre había ido a trompicones; en otras palabras, a veces regular, a veces mal y en ocasiones peor. Pero sin duda alguna, en los pocos ratos que su hermano bajaba la guardia con él comprendía que también había cariño, y por parte de ambos. No obstante, al igual que le había ocurrido con Judith, a Samuel le era difícil mantener una relación exenta de desafíos. Ernesto Alvarado le había enseñado a vivir de esa forma, y él ya no entendía de otro modo la vida si no era demostrando una y otra vez su valía.

A principios de octubre llegó la primera fiesta de compromiso. Samuel había invitado a una docena de amigos, aunque en verdad eran seis, pero como ya estaban casados o emparejados, sumaban doce. Víctor invitó solo a tres: dos de sus mejores amigos y a una amiga que en otro tiempo fue algo más, y de las pocas con las que Samuel no terminó en la cama. Nuria y él se llevaban muy bien desde la adolescencia, y tras una larga amistad, y sin saber muy bien cómo, terminaron siendo pareja, aunque la relación no prosperó. Después de poco más de dos meses Víctor creyó que era mejor continuar siendo amigos, y a día de hoy, Nuria y él mantenían una sólida amistad. Silvia solo invitó a Lara, pero se sentía tan feliz y llena con su presencia que equivalía a haber invitado a cien personas. Lara le aportaba cuanto necesitaba y requería, no le hacía falta nadie más.

Esa noche los hermanos Alvarado vestían pantalones de pinzas en tono gris antracita de Dolce&Gabbana, camisas blancas de Ralph Lauren y americanas de Armani en color vivo. A juego con las chaquetas, Samuel llevaba una pajarita mostaza y Víctor una corbata granate. El salón había sido decorado para el evento de forma primorosa, no faltaba ni el más mínimo detalle. Y allí precisamente, en el salón, sentados, ambos hermanos aguardaban la llegada de Silvia, que se estaba haciendo de rogar.

Samuel comenzaba a impacientarse, la tardanza de Silvia lo estaba poniendo nervioso. Quería que ella estuviera a su lado cuando comenzasen a llegar los amigos; era lo apropiado, puesto que era una de las anfitrionas, además de lo correctamente establecido por ser ella la protagonista de la presentación. Víctor, percatándose de la intranquilidad de su hermano, se

ofreció para ir a buscarla. El reloj estaba a punto de dar las ocho y los invitados estaban al caer.

Los pies de Víctor anduvieron por el ala derecha raudos, en dirección a la habitación de Silvia. De pronto, por el largo pasillo, escuchó unas pisadas que se acercaban a él, y se detuvo. Un paso corto, un taconear elegante, decidido... Indudablemente, era la forma de caminar de Silvia, que apareció ante sus ojos sin darse ni cuenta. Lucía un vestido de gasa color berenjena en corte palabra de honor, con falda vaporosa por encima de la rodilla que dejaba asomar unas preciosas piernas que acababan en unos zapatos negros de alto y fino tacón. Se quedó impactado viéndola tan bella, y su vista, despacio, hizo el recorrido a la inversa, de pies a cabeza. Observó el cabello moreno recogido en un moño italiano y cómo su delgado cuello lucía seductor. Aunque esa definición podía emplearse para toda ella; Silvia estaba arrebatadoramente seductora, su belleza resplandecía como nunca. Sus ojos, negros como la noche, estaban pintados de atrevimiento, y los carnosos labios, pincelados de rojo provocación. Silvia era toda una tentación, una muy sugestiva y demasiado apetecible. Víctor ya no sabía si sería su imaginación, pero cada día la veía más hermosa. Y a pesar de que ganarse su confianza estaba siendo un trabajo difícil, mucho más de lo que llegó a suponer, sabía que la mutua e inicial animadversión se había desprendido de ambos, y ese era ya un gran paso, uno importante.

—¡Guau! Estás preciosa —anunció con absoluta sinceridad.

—Muchas gracias. —Sonrió—. ¿Y qué haces tú por aquí? —preguntó, admirando lo bien que le sentaba el color granate de la americana.

—Venía a buscarte —respondió—. Los invitados están al llegar y Samuel empieza a ponerse nervioso por tu falta de puntualidad. Para él es un día muy importante.

—Y para mí también —afirmó con calma—. No lo demoremos más, ¡vamos!

Echaron a andar hacia el salón, callados, sin pronunciar palabra alguna. Cuando Samuel la vio aparecer primero respiró aliviado, y luego no pudo evitar lanzar un silbido con el que piropearla.

—¡Por favor, Silvia! —Silbó de nuevo—. Estás tan guapa que te van a multar por exceso de belleza.

—¡Oh, mira que eres tonto! —Se rio—. Pero me encantan los piropos que me dices, no lo negaré. —Le dio un beso en la mejilla, y Samuel la abrazó.

—Sabes que nos tendremos que dar algún que otro beso delante de los invitados.

—Lo sé —contestó ella.

—Pero lo que no sabes es que quizá sufra un ataque al corazón al besar tus maravillosos labios.

—Ves como eres muy tonto. —Volvió a reír—. Por eso me caes tan bien, porque no paras de bromear y de hacerme reír.

Samuel volvió a admirarla de arriba abajo.

—Estás muy guapa, pero te falta algo para estar aún más irresistible.

—Eso lo dudo —añadió Víctor sin pensarlo, dejando asombrada a Silvia y molesto a Samuel, quien lo fulminó con la mirada por inmiscuirse en donde no le llamaban.

Después de admirar la rabia que se desprendía de los ojos de su hermano, Víctor pensó que era mejor callar. No hablaría hasta que le diesen paso, o si se veía en la obligación de contestar a una pregunta, nada más. Al fin y al cabo, esa no era su noche, sino la de Samuel, y él no tenía ninguna intención de fastidiarla.

—¿Qué me falta? —preguntó ella con interés.

—Agáchate, cierra los ojos y te lo diré.

Silvia lo hizo en el acto. Samuel sacó una caja del bolsillo lateral de su silla de ruedas, la abrió, cogió el collar que contenía y vistió con él el desnudo cuello de Silvia, quien, sin abrir los ojos, ya sabía de lo que se trataba.

—Es mi regalo de compromiso. Ahora ya puedes mirarte en un espejo.

Silvia abrió los ojos de inmediato, con la misma rapidez con la que su mano se posó encima del collar. Bajó la mirada para contemplarlo, pero al ser corto no pudo admirarlo bien. Se acercó deprisa a una de las vitrinas del mueble y lo vio resaltando en su cuello. Era fino y elegante, una doble fila de pequeños brillantes que acababa en una lágrima. Era precioso.

—Gracias, Samuel, muchas gracias. —Corrió a su lado y le dio un beso

en la mejilla—. Pero yo no te he comprado nada, ni siquiera lo he pensado — confesó entristecida.

—¡Cómo que no! ¿Y quién me ha regalado este Cartier que llevo puesto? —Mostró un impresionante reloj que cortó la respiración de Silvia—. Tú, cariño. Así te llamaré en más de una ocasión a partir de ahora.

El gesto de Silvia retornó a la felicidad inicial, y volvió a sonreír.

—¿A que tengo buen gusto con los relojes? —bromeó entre risas—. Ni eligiéndolo tú mismo te hubiera gustado tanto.

—Desde luego. —Se carcajeó y se dirigió a su hermano—: ¿Ves, Víctor? ¿A que es una mujer encantadora? Simpática, cariñosa, alegre, divertida... y muy guapa.

—Sí, la verdad es que es una mujer muy especial —admitió sin apartar la mirada de Silvia, cuyos ojos se sintieron halagados por la forma de contemplarla, de los iris de Víctor manaba un trato afectuoso.

En ese instante Filiberto irrumpió en el salón con los primeros invitados, unos amigos de Samuel. Las presentaciones comenzaron, y con ello la actuación por parte de los tres. Poco a poco, y de forma continua, fueron llegando los demás invitados, y Silvia se convirtió en la indiscutible protagonista de la velada. Todos querían charlar con ella y conocer a la futura esposa de Samuel Alvarado Gray.

La penúltima en llegar fue Lara, a la que Silvia se abrazó con enormes ganas nada más verla. Samuel se quedó impresionado cuando la vio. La había imaginado muy distinta, pero sobre todo nunca la habría visionado con el aura de energía positiva que irradiaba. Pensó que tener a su lado a una persona con ese carácter debía de ser maravilloso para Silvia.

Para Víctor, Lara también fue una sorpresa. Y no solo por ser una mujer extrovertida que desprendía buenas vibraciones y repartía afecto y cariño a gente que no conocía de nada, no, sino porque Lara, de manera indudable, se había convertido en un regalo para él por ser la amiga de Silvia, una buena fuente de información. De ella conseguiría las pesquisas que precisaba, necesarias y vitales si quería saber más sobre la prometida de su hermano para irse la ganando. Le faltó tiempo para ofrecerle una copa y comenzar a hablar con ella.

La última en llegar, casi con una hora de retraso, fue Nuria, la amiga de

Víctor. Él lo agradeció, pues ese margen de tiempo le sirvió para conseguir bastante información sobre Silvia; Lara y su charla superaron sus expectativas. Nuria se abrazó a él y luego lo besó repetidas veces; llevaban muchos meses sin verse, aunque mantenían la comunicación. A partir de ese momento no se separó de Víctor en toda la noche; si bien a él, pese a estar muy a gusto en su compañía, en más de una ocasión le fue imposible no buscar a Silvia con la mirada.

Silvia, por su parte, tampoco podía reprimir el impulso de observar a la amiga de Víctor: una mujer muy atractiva, rubia, de ojos azules, con cara de muñeca y cuerpo asquerosamente perfecto. Era una Barbie; y parecía, por cómo se comía a Víctor con los ojos, que quería hacer de él su Ken. Y aunque ella no había visto nada que dejara entrever que entre ellos había algo, intuyó que sí podía haberlo, o que lo había habido.

La velada trascurrió entre los coqueteos de Lara con Alejandro y Carles, amigos de Víctor que lo estaban pasando muy bien en su compañía, la simpatía que todos le ofrecieron a Silvia, los continuos brindis por la pareja, algún que otro beso de los prometidos, las miradas de Víctor a Silvia y los interrogantes de esta con respecto a la amiga de Víctor y lo que habría entre ellos. Curiosidad que no entendía por qué, pero no paraba de asaltarla.

De pronto, Lara se acercó a Silvia para preguntarle dónde estaba el cuarto de baño.

—Ven, está por aquí, te acompaño —dijo, y abandonaron el salón.

—¡Chica, vaya collar llevas! —Lara silbó.

—¿Te gusta? —preguntó, llevándose la mano a él.

—Cómo no va a gustarme, si es precioso.

—Es el regalo de compromiso que me ha hecho Samuel.

—¡Jolines con Samuel, menudos regalos te hace! —exclamó alucinada—. ¡Ay, Silvi, yo quiero un Samuel en mi vida! —Simuló lloriquear.

—A ver si te aclaras, guapa, porque tan pronto me regañas por esto como lo envidias. Me vas a volver loca —le reprochó, aunque de forma cariñosa.

—Yo quiero un Samuel pero de verdad, uno del que enamorarme —dijo suspirando. Y de súbito se paró a observar la vivienda, la decoración que exhibía el pasillo por el que andaban, contemplándolo todo con los ojos

abiertos como platos—. ¡Madre mía! Esta casa es alucinante, florecilla.

—Sí.

—¿Me vas a enseñar tu habitación?

—¿Adónde crees que te llevo? Al cuarto de baño de mi habitación.

—¡Oh, eres la mejor, Silvi! Cómo me conoces. —Sonrió.

—¿Y quién de esos dos te va a conocer primero, eh? —Le guiñó el ojo, parándose ante su puerta.

—Creo que Alejandro. ¡Está buenísimo! —Se echó a reír.

—Buen gusto, a mí también me gusta más que Carles —añadió, abriendo la puerta.

La cara de Lara se desencajó al ver la enorme habitación y la elegante decoración. Silvia se adelantó a ella y a su deslumbramiento y abrió la puerta del cuarto de baño, invitándola con la mano a pasar. Lara entró en él boquiabierta, y así comenzó a vaciar su vejiga. Al acabar, y sin conseguir despojarse de su fascinación, Silvia le enseñó el vestidor. Su amiga solo supo decir una palabra: *¡¡¡guau!!!* Y se sentó en el banco con base tapizada en muselina melocotón, el que rodeaba al mueble con cajones que ocupaba el centro del habitáculo.

—¡Por favor, Silvi, es una pasada! —exclamó exaltada.

—Ya te lo dije. —Estiró los labios.

—¿Y sabes lo que también es una pasada?

—¿El qué? —preguntó Silvia con curiosidad.

—Lo buenos que están Samuel y Víctor. —Sonrió de forma pícar—. ¡Madre mía, que dos bombones! —Se mordió el labio inferior mirándola a los ojos—. Aunque, siendo sincera, si tuviera que decantarme por uno de los dos, y sin ánimo de molestarte, escogería al imbécil que no soportabas hace unas semanas. ¡Qué polvo tiene el tío, por Dios! —Resopló.

—¡Oye! Que estás hablando de mi futuro cuñado, cuida tu lenguaje —bromeó. Si bien, y de forma fugaz, pensó en cuánta razón llevaba; Víctor era muy guapo.

—Pues tu futuro cuñado no veas las miraditas que te ha estado echando a lo largo de la noche, flor. —Chasqueó el labio.

—¿Qué dices? —preguntó Silvia, extrañada.

—Lo que oyes. Lo he visto con estos ojitos que tengo en la cara. —Se los señaló.

—No sé, yo no me he percatado de nada de eso.

—Pues estate más atenta porque parece que tiene un especial interés por ti. El rato que ha estado charlando conmigo solo hemos hablado de ti, flor.

—¿De mí? ¿Por qué? —interpeló con asombro.

—Porque, como te digo, parece que le interesas mucho. —Asintió.

—A lo mejor quería sonsacarte algún trapo sucio para después atacarme con él. A pesar de que su actitud conmigo ha cambiado mucho desde que ha regresado, no termino de fiarme de él.

—¡Qué dices! Estoy convencida de que los tiros no van por ahí, Silvi.

—No metas la mano en el fuego, Lara. —Sacudió la cabeza.

—¡Que no! Era interés por saber cosas como tus gustos, tus aficiones y cosas así. Trataba de conocerte a través de mí, que no soy tonta.

Silvia miró a Lara pensativa, sin entender nada, sin saber en qué consistía el repentino interés de Víctor por ella. Pensó que igual estaba urdiendo algo, tendiéndole una trampa, por eso había aplazado su viaje de vuelta a Nueva York. Quizá por eso estaba siendo amable con ella, quizá por eso la observaba, para ver si cometía alguna torpeza. Quizá...

—¡Silvia! —La voz de Samuel se escuchó de fondo.

Aparcando sus pensamientos, Silvia salió del vestidor.

—Sí, estoy aquí. ¿Quieres algo, Samuel?

—Quiero que estés conmigo en el salón. Es nuestra fiesta de compromiso, ¿lo recuerdas?

—Perdona, solo estaba enseñando a Lara mi...

—Ha sido culpa mía —atajó Lara saliendo del vestidor—. No la regañes a ella, por favor.

Samuel sonrió antes de contestar.

—No la estoy regañando, aunque haya podido sonar así. Solo quiero que esté conmigo en nuestra fiesta. Y ya que estamos a solas los tres, y como sé

que tú conoces la verdad de este compromiso, quiero decirte que agradezco mucho tu ayuda, Lara. Sin ti no habría encontrado a Silvia y me hubiera perdido conocer a una gran mujer. —Miró a su fingida prometida con cariño.

Silvia, estirando los labios y sintiéndose halagada por sus palabras, posó la mano de forma cariñosa sobre el hombro de Samuel.

—De nada —contestó Lara—. Tú también me has caído bien a mí, y me alegro de haber servido de vínculo conductor para que ambos os conocierais.

—Pues todos felices y contentos. Y ahora, dichos los cumplidos, volvamos a la fiesta —propuso, y de inmediato los tres abandonaron la habitación y se unieron a los demás.

30

Poco a poco, los invitados fueron abandonando la vivienda de los hermanos Alvarado. La última en marcharse, a horas intempestivas y con un taxi esperándola en la calle, fue Lara. O eso creía Silvia, que ningún invitado quedaba ya por allí.

Silvia se acercó con Samuel a la habitación de este y, en la misma puerta, se despidió de él con un abrazo y un par de besos. Caminando hacia su dormitorio sintió el deseo de absorber la fresca brisa y de admirar el plateado resplandor de la luna sobre el oscuro mar. Le apetecía tanto hacerlo que decidió subir a la terraza para saciar su capricho. En cuanto plantó el pie en ella, su sorpresa fue mayúscula, pues a solo un par de metros se encontró a Víctor y la Barbie besándose en la boca. Durante unos segundos no supo qué hacer ni qué decir, se quedó petrificada y muda. Pero Víctor, que no había cerrado los ojos mientras se besaba, se separó con premura de los labios de Nuria en cuanto la vio.

—Lo siento —dijo Silvia algo cohibida.

—Tranquila —respondió él, pensando que acababa de perder puntos con ella.

—No sabía que hubiera nadie y me apetecía admirar un momento la noche y el mar, empáparme de la brisa... —habló de manera acelerada.

—No pasa nada, nos estábamos despidiendo, ya me marcho —dijo Nuria. A continuación se dirigió a Víctor—: Estamos en contacto, ¿vale? Si piensas quedarte en Barcelona hasta que tu hermano se case podemos vernos algún que otro día. Te echo de menos, te haces mucho de rogar. —Emitió una media sonrisa con un ápice de frustración.

—Por supuesto, estamos en contacto. —Asintió.

Nuria caminó unos pasos y se aproximó a Silvia, que continuaba parada, quieta.

—Encantada de haberte conocido, Silvia. Espero que nos volvamos a ver pronto. —Le dio dos besos que la pillaron por completo desprevenida.

—Sí, a ver si nos vemos de nuevo —añadió mintiendo, en realidad no le

apetecía nada verla otra vez.

—Vas a quedarte fría —advirtió Víctor, admirando los desnudos y preciosos hombros de Silvia—. Toma mi chaqueta —dijo, quitándosela y poniéndola sobre ella.

—Gracias. —Silvia sujetó la americana por las solapas y le sonrió con agrado. Le pareció un gesto de lo más bonito y caballeroso.

—Voy a acompañar a Nuria a la salida. Buenas noches, Silvia.

—Hasta mañana —contestó ella, observándolos hasta perderlos de vista.

Silvia se adentró de forma lenta en la terraza y se apoyó en el pasamanos de acero de la moderna baranda de cristal templado que la rodeaba. Desde allí observó el vaivén de las olas meciendo con suavidad los barcos del puerto deportivo, el oleaje del mar siempre le resultaba hipnotizador. En medio de su embelesamiento, percibió un magnífico olor, y no era ni a salitre ni a brisa, los que solían inundar la terraza y a ella le encantaban, sino a perfume, a fragancia masculina: la colonia de Víctor. La americana desprendía un aroma dulce, meloso y entremezclado con notas de madera. Era un olor maravilloso, de los que envolvían, de los sugerentes, de los que se quedan grabados en la memoria y se asocian a un recuerdo. El recuerdo de esa noche. Pero el recuerdo se distorsionó y se dividió. O mejor dicho, Silvia lo cambió por dos preguntas. La primera: ¿qué había entre Nuria y Víctor? Se habían besado, ella lo había visto, pero no observó por parte de Víctor un fuerte deseo, ni siquiera uno normal; de hecho, ni tenía los ojos cerrados, y cuando uno besa con el alma de inmediato los párpados caen para no desconcentrarse con nada. Y la segunda: ¿lo había o lo hubo? Ese era el quid de la cuestión. Porque Nuria no había parado de comérselo con los ojos a lo largo de la noche, aunque Víctor no le había respondido de forma semejante ni parecida. Quizá tuvieron una relación, ahora inexistente, que ella quería reavivar. Silvia daba por sentado que era Nuria la que más ganas tenía de Víctor porque el hecho resaltaba, no porque ella fuera vidente ni tuviera presentimientos como su amiga Lara.

Con ese insistente runruneo en la cabeza, Silvia se marchó a su cuarto. Era muy tarde, estaba cansada y quería dormir, no tenía ganas de seguir dilucidando qué tipo de relación mantenían Nuria y Víctor. Inhalando de nuevo el fabuloso aroma que la americana desprendía, bajó en el ascensor. Mientras recorría el largo pasillo pensó en las palabras de su amiga, en ese

interés de Víctor por ella, y continuaba sin comprenderlo. Pero decidió no cuestionarse nada más; igual solo sentía curiosidad por conocer más sobre la persona que iba a compartir una larga temporada con su hermano. Desprendiéndose de todas las meditaciones, se adentró en su dormitorio. Con cuidado, colgó la chaqueta en el perchero y la acarició con delicadeza, entretanto pensaba que al día siguiente, en cuanto se levantara, se la devolvería a su dueño.

Mientras Ramón estaba dando su sesión de fisioterapia a Samuel, Silvia, como había tomado por costumbre, se marchó a la cocina a disfrutar de un café. Además, ese tiempo le servía para hablar con Berta, quien le ponía al corriente del menú para ese día, aparte de charlar sobre más asuntos y de reír un poco. La mujer era muy amable y divertida.

A punto de terminar el café, y con una grata conversación con la cocinera, Víctor se presentó en la cocina. Por el atuendo que vestía: unas mallas cortas con un culote sobre ellas, camiseta micro perforada para facilitar la transpiración y unas zapatillas deportivas último modelo era fácil deducir que venía de correr. Pero por si quedaba un ápice de duda, el patente sudor que lo cubría lo dejaba claro. Dando los buenos días de forma afable, abrió la nevera y tomó una bebida energética con la que reponer minerales. La abrió y bebió un largo trago. Luego se pasó el brazo por la frente para impedir que las gotas de sudor cayeran al suelo. Al final terminó quitándose la camiseta para asombro de Silvia, que admiró su esculpido pecho sin pestañear.

—¿Qué tal la carrera, señor? —preguntó Berta.

—Muy bien, gracias —contestó él pasando la camiseta, cual bayeta, por su torso, secándose la sudoración—. ¿Y ese delicioso olor qué es? ¿Con qué vas a deleitarnos hoy las papilas gustativas, Berta? —Esbozó una sonrisa.

—Estoy preparando arroz con bogavante, señor.

—¡Umm, qué rico! —Se relamió y, mirando a Silvia, le preguntó—: ¿Te gusta el menú?

—Me gusta cualquier plato que prepare Berta, tiene una excelente mano

para la cocina —aseguró.

—Cierto —convino él.

—¡Ay, muchas gracias! —exclamó la cocinera—. Tanto piropo me va a terminar poniendo roja. —Sonrió.

—Ponte roja si quieres, pero sabes que es la verdad. Echo mucho de menos tus comidas cuando estoy fuera —confesó Víctor.

—Gracias, señor —respondió ella con orgullo.

—Y ahora me voy a dar una ducha, necesito refrescarme y asearme.

—Pues me voy contigo y aprovecho para devolverte la americana, la tengo en mi habitación —dijo Silvia.

—Perfecto, vamos.

Se despidieron de Berta, que, tras oír los halagos a su cocina, se quedó tan contenta como si hubiera ganado un premio culinario y empezó a canturrear. Mientras andaban por el pasillo, Silvia se peleaba con su vista para no mirar el desnudo pecho de Víctor, y continuamente la desviaba para otro lado. Pero el rabillo del ojo terminó ganando la batalla y se recreó de lleno. Silvia se deleitó contemplando el musculado y atlético torso, los marcados abdominales, los oblicuos tan definidos... Víctor tenía un cuerpo trabajado, divino y, en consecuencia, del todo sofocante.

Al llegar al dormitorio, Silvia entró a por la americana y Víctor esperó apoyado en el quicio en la puerta.

—¡Vaya, bonita habitación! —manifestó, paseando la vista por ella.

—Sí, lo es. Preciosa y muy espaciosa —añadió, estirando la mano para devolverle la chaqueta.

—¡Oh! ¿No te importaría acercármela hasta mi dormitorio? No quiero tocarla estando sudado.

Los ojos de Víctor admiraron una vez más lo guapa que era Silvia, y de inmediato pensó qué opinaría del beso entre Nuria y él. No sabía cómo ni de qué manera, pero debía aclarárselo.

—No, no me importa, te la acerco —contestó, cerrando la puerta.

Tomando el ala izquierda, llegaron a la habitación de Víctor. Esta vez, Silvia ganó la contienda a su vista, pese a ser de lo más tentador, y mientras

andaban por el largo pasillo no volvió a observar el maravilloso pecho de Víctor. Él abrió la puerta y la invitó a pasar, pidiéndole que dejase la americana encima de la cama.

Silvia se quedó atónita con aquel espacio, más por su descomunal tamaño que por el mobiliario en sí, que estaba muy bien pero no era muy lujoso. Los metros cuadrados que allí se concentraban eran abundantes, mucho; en exceso para su gusto. No pudo disimular el deslumbramiento y terminó silbando.

—¡Caray! Tendrás planos para no perderte, ¿verdad?

Víctor se echó a reír, el comentario le resultó gracioso.

—No creo que me hagan falta, el espacio es bastante diáfano —respondió, señalándolo—. Como verás, tan solo hay un tabique que separa el cuarto de baño y el vestidor. Pero si te refieres al tamaño, te confesaré que esta habitación es tan grande porque en realidad son dos, las mandé unir.

—¿Y por qué? —interpeló con curiosidad.

—Porque me apetecía, sin más. —Se encogió de hombros.

—¡Ah, vale! —Volvió a lanzar una mirada fugaz a su fibroso torso digno de modelo—. En fin, antes de irme te vuelvo a dar las gracias por dejarme tu chaqueta.

Con las palabras de agradecimiento de Silvia, Víctor vio la oportunidad servida en bandeja, y la aprovechó.

—No, las gracias te las debo dar yo a ti.

—¿Tú? ¿A mí? —preguntó extrañada.

—Sí, yo a ti. Te agradezco que fueras anoche a la terraza y que nos interrumpieras a Nuria y a mí. No debí dejar que me besara. —Emitió un suspiro—. Pero igual, de no haber llegado tú, ese beso se nos hubiera ido de las manos y es probable que hubiésemos...

—Acabado en la cama —atajó Silvia.

—Seguramente, sí. —Asintió—. Y luego nos hubiéramos arrepentido de haberlo hecho.

—¿Por? —preguntó sin meditar.

—Porque Nuria y yo no buscamos lo mismo. —Lanzó una bocanada de

aire con toque amargo.

—¿Sois pareja? ¿O lo habéis sido? —Silvia sintió una tremenda inclinación por conocer la verdad.

—Estuvimos saliendo unos meses, durante la facultad —calló un segundo —, aunque no funcionó, estamos mejor siendo amigos. Es cierto que yo la quiero mucho, es una mujer muy especial para mí, pero, con franqueza, no la deseo como pareja. Sin embargo, anoche me dejé llevar por ella. —Sopló con fuerza—. Y si nos hubiéramos acostado habría confundido sus sentimientos, le habría hecho albergar algo que nunca se dará, y eso no está nada bien. —Negó con la cabeza—. No me gusta jugar con los sentimientos de la gente, al igual que no me gusta que jueguen con los míos. Por eso te doy las gracias por la interrupción, porque me devolvió la cabeza a su lugar.

Silvia no pudo evitar pensar que a los hombres eso les ocurría con mucha frecuencia. Todos perdían la cabeza cuando una mujer les ofrecía la oportunidad de irse a la cama con ella. Todos, en esos momentos, dejaban de pensar con el cerebro para hacerlo únicamente con la entrepierna. Y esa parte de la anatomía también tenía muchas terminaciones nerviosas, era evidente, pero ninguna con capacidad de raciocinio.

—Tampoco era necesario que me dieras tantas explicaciones.

—Lo sé, pero me apetecía que lo supieras —respondió, pensando que Silvia llevaba razón, le había contado demasiado.

—Pues ya lo sé. —Hizo un mueca—. Y ahora me marcho para que puedas ducharte. Hasta luego —dijo encaminándose a la salida.

—Hasta luego, Silvia.

Un repentino calor invadió a Víctor al imaginarse dentro de la ducha con ella. Pero en cuanto Silvia cerró la puerta, sopesó las palabras que acababa de decirle, acciones que eran ciertas pero que en su caso no iba a cumplir, y un remordimiento irrumpió en él agujereándole el alma. No le gustaba jugar con los sentimientos ajenos; no obstante, con ella lo haría, de llegar a ganar la apuesta. Por un momento se sintió miserable y su ánimo decayó. Debilitado de energía, se vio obligado a sentarse en el borde de la cama y comenzó a preguntarse si lo que iba a hacer con Silvia era disculpable. Pasados unos minutos pensó en el fin y terminó haciendo acopio de fuerzas para proseguir con el desafío. El fin justificaba los medios, y su fin no era otro que terminar

de una vez por todas con la rivalidad de su hermano. Su fin era vivir en calma y paz con respecto a Samuel, fuera de la forma que fuese o a costa de quien tuviera que ser. Con ese pensamiento se sintió menos despreciable. Creer que todo se debía a la búsqueda de una buena causa le hizo desprenderse de la piel de canalla con que se había envuelto desde que aceptó el reto de embaucador; le hizo recomponerse.

31

Dos semanas después de la primera fiesta de compromiso llegó el día de la segunda, más protocolaria o conservadora, pero sobre todo, Silvia lo daba por hecho, más aburrida.

Esa misma mañana, en la que Samuel estaba con su fisioterapeuta, como de costumbre, y, una vez más, Víctor había salido a correr, Silvia quiso entablar una conversación con Filiberto acerca de la relación entre los hermanos. Conocía una pequeña parte por Samuel, pero, obviamente, nada por Víctor. Aunque ahora su relación era cordial, no habían intimado tanto para hablar de ese tema. Pero en más de una ocasión ella había escuchado a los hermanos lanzarse acusaciones cuando creían que nadie los oía. Nada esclarecedor de por qué lo hacían, aunque confirmaba de forma ostensible que su relación era compleja. A Silvia le parecía que el vínculo de los Alvarado era similar al que ella mantenía con su hermana, si bien en su caso sabía el porqué de esa falta de armonía: el tremendo egoísmo de Mirian.

Mientras Filiberto revisaba la disposición de cada uno de los invitados en la mesa, Silvia, sin preámbulos y directa al grano, le preguntó:

—¿Me puedes contar a qué se debe la tensa relación entre los hermanos Alvarado? Samuel me ha comentado algo —añadió de inmediato—, poco, aunque lo suficiente para comprender que no fue querido por su padre y que Víctor fue el predilecto del progenitor.

Filiberto alzó la mirada al rostro de Silvia, un semblante dulce que desde el principio le resultó inspirador de confianza, y meditó. Tras un breve y mutuo silencio, expectante en el caso de Silvia, vacilante en cuanto a Filiberto, decidió que no hacía mal despejando sus inquietudes.

—Verá, señorita Silvia, cuando empecé a trabajar para el señor Ernesto Alvarado sus hijos todavía no estaban en este mundo. Acababa de casarse con la madre de Víctor y Samuel, la señora Helen Gray, una mujer bella de gran corazón. —Dejó de hablar un instante, pensativo—. Vi nacer a los dos hermanos, y también, desde el inicio y por desgracia, fui testigo del menosprecio del señor Ernesto por Samuel.

—¿Por qué? ¿Por qué odiaba su padre a Samuel? Porque él mismo utilizó

esa palabra, me dijo que le odiaba —demandó con impaciencia.

Filiberto se frotó la frente con la mano, era innegable que recordar aquello todavía le estremecía el alma. Intentó sacudirse las tristes remembranzas que más que levantarle ampollas le consumían la vida. Pensó en un pasado reciente y paseó por él hasta llegar al momento actual. La despiadada enfermedad de Samuel le había hecho retornar al hogar hacía un año; desde entonces, las aguas estaban más calmadas y ahora se respiraba cierto reposo.

—Explícame por qué —exigió Silvia casi con desesperación ante su amordazador silencio.

Filiberto clavó sus ojos en la pupila de Silvia.

—Cuando el señor Samuel nació, su madre murió en el parto. —De nuevo calló. Lo que estaba a punto de manifestar le ahogaba la voz.

—¿Y? —insistió Silvia, presa de la curiosidad.

—Su padre siempre le consideró responsable del fallecimiento de su esposa —declaró, sintiendo vergüenza ajena.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Descabellado! —Elevó el tono indignada.

—Lo sé. —Filiberto asintió con calma—. Pero el señor Ernesto Alvarado lo creyó así y dedicó toda su vida a alabar a Víctor y a despreciar a Samuel; y a enfrentarlos de continuo. —Suspiró compungido—. Al principio lo hacía con sutileza, aunque con el paso de los años se fue haciendo más patente, dejó de disimularlo. Parecía disfrutar mucho manejando los hilos invisibles con los que había convertido en marionetas a sus hijos; aunque estaba harto de ocultar sus manos y un día decidió mostrarlas.

—¡Cielos, qué mentalidad más retorcida! ¡Vaya padre! —replicó con desdén.

—El señor era un buen hombre hasta que perdió a la señora Helen. Estaba muy enamorado de ella, la quería a rabiar. Lo que ocurrió es que no supo encauzar su pérdida —reveló con un timbre apagado—. Cuando Víctor nació, a la señora le costó recuperarse del parto, bastante. El señor decidió que no tendrían más hijos, pero ella se empeñó en lo contrario, decía que no deseaba dejar a su hijo sin un hermano. Con su testarudez, volvió a quedarse embarazada y... —Emitió otro suspiro, esta vez teñido de tormento—. El señor no supo manejar el dolor que le supuso perderla, lo consumió, cambió

su carácter, estaba amargado... Ese tremendo resentimiento buscó un culpable y lo encontró: Samuel. Su hijo era el responsable y tendría un castigo ejemplar, de por vida, aunque en su afán por hacerle pagar las consecuencias amplió ese sufrimiento a su primogénito. Y lo peor es que nunca fue consciente del daño que procuró en sus hijos, lo mucho que les marcó la continua batalla en la que los mantuvo. —La voz se le quebró.

Filiberto apoyó las manos en el respaldo de una silla, parecía no tener fuerzas para soportar el peso de la pena que en ese momento le invadía. Silvia lo observó con la garganta anudada, le costaba hasta tragar saliva. Era tan triste oír todo eso, algo sin sentido, sin razón, tan demoledor como lacerante, que sintió ganas de llorar. Filiberto la miró y prosiguió:

—Yo los he visto nacer, crecer y hacerse adultos, personas de provecho —expresó con los ojos vidriosos—. En más de una ocasión he puesto paz entre ellos y les he hecho entrar en razón. Sé que a su modo se quieren, pero están muy marcados por la vida que su padre les impuso. —Apretó los labios e hizo otra pausa—. Yo los quiero como si fueran mis hijos —admitió asintiendo—. Sé que para ellos no soy alguien más del servicio; me aprecian, me tienen cariño, me ven como un padre y, sobre todo, me consideran su confesor. Víctor es más reservado que su hermano, le cuesta exteriorizar los sentimientos; a Samuel, en cambio, se le derraman por la boca, al menos conmigo. Siempre han venido a mí para contarme sus problemas o solo para desahogarse, porque aunque son muy distintos, los dos tienen un gran corazón, el mismo que su madre. Sé que soy parte importante en sus vidas, y le aseguro que ellos son cuanto yo tengo, señorita Silvia —afirmó con vehemencia, sin dejar margen a la contradicción.

Tras la dura y sincera confesión de Filiberto, Silvia se sintió muy triste y su pena le hizo tomar asiento, pesaba demasiado para sostenerla de pie. Las palabras ahondaron en su mente hasta encontrar un lugar donde echar raíces y meditar todo lo expuesto, que era importante y profundo. Filiberto, percibiendo el cambio de semblante y la incipiente aflicción que se adueñaba de ella, con la intención de aliviarla añadió:

—Pero usted ha hecho mucho bien al señor Samuel durante estos meses, está más contento que en bastante tiempo —avisó con un semblante tintado de felicidad.

Ignorando el cumplido implícito en las palabras del buen hombre, la

mente de Silvia no dejaba de sopesar lo que le había contado Samuel y ahora el propio Filiberto. En su reflexión, de pronto, trajo algo al recuerdo y lo escupió sin meditar.

—¿Tan feliz como cuando estaba con Judith? —Se sorprendió al escucharse demandar tal asunto.

—¿También sabe lo de la señorita Judith? —preguntó asombrado.

—Sí, lo sé, Samuel me lo contó. Me dijo que era su novia, que mantenían una relación complicada pero que él la amaba. Aunque ella lo dejó en cuanto supo de su enfermedad.

Filiberto sopló y agregó:

—Judith fue una persona muy importante en la vida de Samuel. Mantuvieron una relación larga, intermitente y tortuosa, pero había amor entre ellos.

—No creo que lo hubiera por parte de ella, si no, no lo habría dejado. —Se levantó de la silla malhumorada.

—No debemos juzgar a la señorita Judith —declaró con sobriedad—. No quiero que piense que le estoy dando la razón, pero me consta que Samuel tampoco se lo puso fácil. Fue el primero en menospreciarse y en creer que ella ya no lo querría.

—¡Venga ya! —espetó enojada—. Que ya conozco yo a ese tipo de mujeres, las que solo se quieren a sí mismas, las que todo va bien siempre y cuando no haya problemas de por medio. ¡Menuda cabrona! —soltó sin pensar. O pensando en su hermana y su egoísmo.

Filiberto estiró los labios de forma tenue, le resultó gracioso ese insulto que solo estaba promovido en defensa de Samuel.

—Pues esa cabrona, como usted la ha denominado, viene esta noche a la cena de compromiso. Será mejor que relaje su estado de ánimo.

Silvia abrió los ojos como platos.

—¡Qué! ¡Cómo! ¿Estás de broma? —preguntó de carrerilla, aturdida por la noticia.

—Señorita, nunca bromearía con algo así, sería de muy mal gusto —aseveró serio.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué viene esa bruja egoísta?

—Porque ha sido invitada, evidentemente.

—¿Samuel la ha invitado? —interpeló sin salir de su incomprensión.

—Verá, la señorita Judith es la hija de un importante accionista de la compañía. Está viudo y su hija lo es todo para él, no invitarla sería un agravio para su persona.

—¿Y los sentimientos de Samuel? ¿Acaso no importan? —Elevó el tono, enojada.

—Señorita Silvia, cálmese, por favor. Ha sido una decisión del señor Samuel, él sabrá lo que hace.

Silvia sopló repetidas veces y comenzó a dar paseos cortos de un lado a otro de la sala sin dejar de pensar. De repente se paró, miró a Filiberto y estiró los labios tanto que las comisuras casi le rozaron los lóbulos de las orejas.

Filiberto la observó confuso por la contrariedad manifiesta, Silvia pasó del enfado a la desbordante alegría en menos de un minuto. Era una actuación que cuando menos aturdía.

—¿Sabes qué te digo, Filiberto?

—No si no me lo cuenta, señorita.

—Que esta noche esa Judith se va a enterar del gran hombre que ha perdido por ser tan egoísta. —Asintió, y acabó riendo.

Filiberto, aún sin saber qué tenía Silvia en la cabeza, terminó sonriendo con ella. Debía reconocer que, fuera lo que fuese lo que hubiera ideado, era con la firme intención de resarcir de alguna forma a Samuel, y eso le alegraba. Pero sobre todo, lo que le sacaba una sonrisa era ver la gran empatía con la que estaba dotado el corazón de Silvia. Desde luego, esa bella joven era un alma noble, cada día se lo demostraba más.

La segunda fiesta de compromiso iba a ser muy distinta de la primera. En realidad se trataba de una cena formal para presentar a Silvia a los accionistas de la compañía y demás gente de las finanzas relacionadas con los Alvarado; por consiguiente, el atuendo con el que engalanarse también sería diferente. Para esta ocasión, los hermanos vestían con traje de Valentino en color negro, camisa blanca de doble puño con gemelos de oro y corbata y pajarita sobrias. Silvia lucía un vestido azul oscuro con incrustaciones de brillantes, de corte sirena, entallado y con caída hasta el suelo. Los zapatos iban a juego, forrados de la misma tela y con idénticos engastes. La sobriedad de la celebración se palpaba solamente con contemplar la manera de vestir de los tres. Aunque daba igual la vestimenta que se pusiera Silvia, era innegable que estaba bella con cualquier vestido. Un aspecto que no pasaron por alto ninguno de los hermanos, que se quedaron boquiabiertos al verla llegar al salón preparado para el evento.

—¡Vaya, estás sumamente preciosa! —Samuel silbó.

—Espectacular, diría yo —añadió Víctor, sin quitarle los ojos de encima.

—Muchas gracias por vuestros cumplidos. —Sonrió—. Vosotros también estáis muy guapos y elegantes.

—Bueno, aceptables —dijo Samuel, y, mirando a Víctor, le pregunto—: ¿A que sí, hermano?

—Sí, aceptables —contestó sin apartar la vista de Silvia, pensando que estaba deslumbrante.

Los invitados comenzaron a llegar con rigurosa puntualidad. En menos de diez minutos la treintena de asistentes ocupaba el salón, y entre ellos Judith. Era una mujer hermosa de melena castaña, ojos verdes, facciones perfectas y cuerpo de modelo. Acudió a la fiesta con una indumentaria que a pocas le sentaría bien y que menos sabrían lucir: un mono negro de gasa, con la espalda al aire, adornado por un cinturón ancho y dorado que le marcaba la cintura de avispa. Sobresalía de entre todas las mujeres que habían acudido, y no solo por ser de las más jóvenes, sino por su elegancia y belleza.

Silvia miró a Samuel y vio en sus ojos un asomo de melancolía al contemplarla; eso indicaba que su corazón todavía sentía algo por ella, era indudable.

Judith y su padre, un hombre fornido con una prominente barriga, se acercaron a saludarlos.

—¿Qué tal, Samuel? Cuánto tiempo sin verte —dijo él, estrechándole la mano de manera agradable.

—Bien, todo bien. Gracias, Guillermo —contestó con una sonrisa.

—Hola, Samuel —lo saludó Judith, agachándose para darle un abrazo y dos besos—. Te veo muy bien —añadió al separarse.

—Lo estoy, como le he dicho a tu padre. —Volvió a sonreír—. Y ahora, dejadme que os presente a mi prometida, Silvia Ribas Manzano, la mujer que me ha robado el corazón.

—Encantado. —Guillermo estrechó la mano de Silvia.

—Igualmente —contestó ella.

—Me alegra mucho conocerte —dijo Judith, estrechándole también la mano en lugar de darle dos besos.

—Yo también me alegro —respondió ella con una imborrable y cínica sonrisa en los labios.

—Pues como ya estamos todos, será mejor que tomemos asiento —anunció Samuel, haciendo una seña a Filiberto para que cada cual ocupase su lugar.

La cena, tal y como había imaginado Silvia, fue un aburrimiento; un muermo, en términos más coloquiales. Las conversaciones prácticamente eran monotemáticas, solo se centraban en la compañía y las finanzas. De vez en cuando, las mujeres se apartaban del tema central y hablaban de sus planes para las vacaciones de Navidad, comentaban y describían los modelitos que se habían comprado. En definitiva, todo un tedio para Silvia, que apenas participó en nada. Tan solo asentía, sonreía y poco más. Fue ese hastío el que le hizo fijarse en Víctor y observar que, de forma asidua, posaba su mirada en ella, tal y como le había advertido Lara en la anterior fiesta. De esa forma, los ojos de ambos se entrelazaron en muchas ocasiones, y lo que en principio empezó de forma inocente, la persistencia lo convirtió en provocador. El

cruce de miradas duró toda la cena y acaloró a Silvia más de una vez, pues Víctor parecía comérsela con sus ojos azules tan divinos, y por un momento no le hubiera importado ser devorada por ellos, engullida hasta las últimas consecuencias; y eso le asustó. La atracción que de repente, y sin saber ni cómo, suscitó Víctor en ella la desconcertó. Decidió parar, dejar de compartir miradas con él. Debía centrarse en la velada, en Samuel y en lo que tenía pensado para esa noche, en nada más.

Al llegar al postre, el servicio llenó las copas de los invitados de un excelente champán francés. De pronto se escuchó un suave y delicado golpeteo de metal sobre cristal de bohemia, un campanilleo que solicitaba silencio. Todos callaron de inmediato y Judith se levantó y tomó la copa con la mano derecha.

—Si me lo permitís, me gustaría proponer un brindis —dijo mirando a Samuel, que con un gesto le dio el beneplácito—. Solo quería decir que Samuel es una persona muy importante en mi vida, la mayoría sabéis que en otro tiempo hubo entre nosotros algo más que amistad, no es ningún secreto. Ahora solo somos amigos y me siento muy feliz de que haya encontrado a una persona con la que compartir la vida, incluso se va a casar, y eso que parecía alérgico al matrimonio. —Todos rieron con la última frase, incluido Samuel. Todos excepto Silvia, que estaba planeando la forma de vengar a su ficticio prometido—. En fin, os deseo un matrimonio muy feliz y para toda la vida. ¡Por los prometidos! —Levantó la copa y el resto la alzó a la vez, secundando el brindis. Se escuchó el suave tintineo del cristal al chocar, bebieron un sorbo de su contenido y Judith se sentó.

Cuando los invitados posaban la copa sobre la mesa, Silvia se puso en pie, para asombro de Samuel y también de Víctor. Aunque no fue una sorpresa para Filiberto, quien, inspeccionando desde una esquina del salón, entendió que la advertencia de Silvia daba su inicio de esa forma y en ese instante.

—Si me lo permiten todos ustedes a mí también me gustaría proponer un brindis —manifestó tomando su copa. Los invitados se levantaron de las sillas, al fin y al cabo, ella era la anfitriona y procedía tener esa deferencia—. Me gustaría que brindásemos por Samuel, un hombre maravilloso, cariñoso, simpático, noble y de gran corazón al que quiero con locura. —Lo miró y ambos se sonrieron de forma tierna—. Todos los que lo conozcan sabrán que no exagero en nada de lo que he dicho; al revés, seguramente me quede

escasa en calificativos. Y tú lo sabrás mejor que nadie —se dirigió a Judith con simpatía—, ¿a que sí? —Judith asintió despacio—. Ya que has sido tú la que ha iniciado los brindis, también quiero hacerte saber que te estoy muy agradecida, pues gracias a dejar de ser Samuel y tú «algo más que amigos» —arrastró las palabras, aunque disfrazándolas de alegría—, yo pude conocerlo y enamorarme de él. Nos enamoramos y vamos a casarnos en dos meses. Así que te doy las gracias por dejar libre al hombre de mi vida —anunció de forma divertida, restando la importancia con que iban preñadas las palabras, y contempló a Samuel—. Te quiero tanto, mi amor —declaró, aproximándose a su boca y besándolo con ganas. Con un apetito fingido, indiscutiblemente, pero tan bien interpretado que Samuel terminó derritiéndose en sus labios.

Los invitados dejaron las copas encima de la mesa para aplaudir el brindis, la declaración de amor y el beso. Judith lo hizo a regañadientes, no le había gustado la manera que Silvia había empleado para darle las gracias. Sus palabras aparentaban esconder algo, echárselo en cara, y se sintió molesta. Sin embargo, parecía que nadie más había advertido tal ofensa, ni siquiera su padre, que, para su estupefacción, aplaudía casi emocionado.

Una vez finalizó el aplauso, Samuel tomó su copa y los invitados lo emularon al segundo, a la voz de «por mi amada», invitó a brindar y a beber a todos los presentes. Judith eso sí lo hizo con ganas, se bebió de un trago la copa. Necesitaba adormecer al mal genio que se le estaba despertando, y qué mejor que ahogándolo. Miró con cierta rabia a Silvia y descubrió que también tenía puesta la vista en ella. Los ojos de ambas comenzaron a lanzarse puñales, hirientes armas ofensivas con una afilada punta de acero; acababan de declararse la guerra.

Silvia pasó el resto de la velada turnándose entre diferentes miradas. Por un lado, la de Judith, que no hacía más que alimentar el anhelo que tenía por darle otro toque de atención. Pero en esta ocasión deseaba agasajarla con una advertencia que no solo le doliera, quería que su orgullo sangrara. Por otro estaba la mirada de Víctor, que parecía estar pendiente de ella en todo momento y no entendía el porqué. Aunque, sin comprenderlo, a ella le gustaba entrecruzarse con su mirada, que a veces estaba cargada de dulzura y en otras parecía contener una pizca de malicia. Era incapaz de sacar de su cabeza el intercambio efectuado durante la cena, y de cuando en cuando volvía a sentir un calor extremo que intentaba aplacar de inmediato. Por

último estaba la mirada de Samuel, quien en más de una ocasión demandaba un abrazo y un beso en los labios para constatar el paripé de prometidos. Y con todo ese intercambio de miradas por parte de unos y de otros, la oportunidad por la que clamaba Silvia le fue concedida al ver a Judith encaminarse al baño.

Con absoluta premura, y comunicando su breve ausencia a Samuel, Silvia fue tras ella. Al llegar, Judith ya había entrado en el aseo y Silvia esperó con paciencia a que la hermosa mujer sin corazón ni alma saliera.

Un par de minutos después Judith abrió la puerta del aseo para abandonarlo y se topó de frente con Silvia. Se quedó blanca como la pared, pues no la esperaba, ni tampoco le apetecía verse con ella en una distancia tan corta, y mucho menos intercambiar palabra alguna.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó Silvia, aparentando inocencia.

—Sí, todo estaba exquisito —contestó Judith con una fingida sonrisa, mientras se lavaba las manos.

—Berta tiene una mano excelente para la cocina, la verdad.

—Cierto —respondió con sequedad.

—Oye, ¿te ocurre algo? Espero que no te hayan molestado mis palabras del brindis —dijo con cinismo—. Mi intención no era otra que agradecerte lo que te he dicho, que hubieras dejado a Samuel. Porque sé que lo dejaste tú, aunque no lo comprenda.

—Tú no tienes que comprender nada —resolvió a la defensiva.

—Desde luego que no. Pero me resulta sorprendente que tú no lo quisieras cuando es el hombre ideal de cualquier mujer. —Se encogió de hombros.

—¿Y tú qué sabrás? ¿Cómo te atreves a juzgarme? —Elevó la voz.

La actitud de Silvia cambió en un segundo. Dejó la hipocresía a un lado, se cruzó de brazos, su postura de guerra, y decidió poner las cartas sobre la mesa y llamar a las cosas por su nombre.

—No sé. —Volvió a encogerse de hombros—. Quizá porque dejaste a un hombre por una enfermedad en lugar de apoyarlo. Seguramente ese sea un argumento lo suficiente sólido para atreverme a juzgarte.

Judith hizo intención de abrir la boca, pero Silvia le mandó callar con un

gesto de su mano casi intimidador.

—Déjame terminar, aún no lo he hecho —avisó con aplomo. Y Judith, con desgana, calló—. Quiero aclararte una cuestión fundamental, lo más importante de una persona es el corazón, no sus piernas, y Samuel tiene uno que no le cabe en el pecho. Y te diré más, aunque no pueda caminar sigue siendo un hombre en todos los aspectos. En todos —subrayó—. Aunque eso lo sabrás igual de bien que yo; os habéis acostado, sabes lo fogoso que es en la cama. —Sonrió para fastidiarla—. Porque si lo que te preocupaba era que no fuera un hombre como los demás, no volver a tener sexo, te has equivocado. A Samuel no le funcionarán las piernas, pero su pene lo hace a las mil maravillas. Lo compruebo todas las noches y siempre me deja muy, pero que muy satisfecha. —Se mordió el labio inferior.

—Pero ¿cómo puedes decirme esas cosas? —preguntó indignada, sintiéndose humillada—. No sabes de lo que hablas, no tienes ni idea —chilló enfurecida.

—Ni la quiero tener, que te quede claro. —Silvia se puso a la defensiva—. Lo tuyo con Samuel ya es agua pasada. Ahora es mío, solo mío —le recalcó—. Y te vuelvo a agradecer ser tan sumamente egoísta porque gracias a ello yo me voy a casar con un hombre estupendo con el que voy a ser muy feliz.

Judith la miró llena de rabia.

—Ni se te ocurra llamarme egoísta porque...

—Te llamo lo que has demostrado ser —la interrumpió, dejando asomar su orgullo por encima de la nuca—. Aunque, para mi suerte, te lo agradezco. Eso siempre te lo agradeceré. Y ahora vamos a salir del baño igual que si no hubiera pasado nada, tú a lo tuyo y yo a lo mío —le aconsejó amenazante—. Más te vale cumplirlo, porque de lo contrario no seré sutil como lo he sido en el brindis. Si abres la boca te dejaré en evidencia delante de todos.

—Eres una ramera —dijo apretando los dientes, con rabia.

—Hasta ser tan miserable como tú me queda mucho camino todavía —concluyó, abandonando el baño.

Mientras andaba hacia el salón, Silvia se sentía como una justiciera. Ese sentimiento la llenó de tanta satisfacción que creyó haber engordado cinco kilos de golpe. Notaba a la felicidad recorriéndole las tripas, lo hacía igual

que una culebra, reptando por todos sus intestinos, poseyéndolos centímetro a centímetro de forma inconmensurable. La sonrisa se le fue ensanchando por segundos, al mismo tiempo que la alegría se expandía por sus vísceras.

Pero al llegar al salón, Silvia escuchó a Víctor hablando fuerte, y la sonrisa se le esfumó. Estaba con uno de los accionistas de la compañía, empleando un tono que denotaba malestar e incluso cabreo, y la curiosidad la pudo. De forma paulatina, se fue acercando a ellos, aguzando el oído, marcando la justa distancia para poder oírlos sin parecer que cotilleaba.

—¡Que no, Víctor, que no llevas razón! No trates de defender lo indefendible, ¡joder! —escupió con furia el hombre trajeado con aires de superioridad—. Los ingenieros y el jefe de equipo de Londres son unos ineptos. Y tú, en lugar de admitirlo, tratas de tapar todas sus chapuzas. Habría que ponerlos de patitas en la calle, y a los de Nueva York también —aseguró con rabia.

—El que no llevas razón eres tú, Velázquez, todos somos humanos y podemos errar. No son personas divinas que nunca se equivocan. ¡Por el amor de Dios son ingenieros! —Elevó la voz con crispación.

—Tienen la obligación de cumplir con su trabajo a la perfección, punto. Para eso cobran una buena cantidad de dinero que ya quisieran muchos. Pero tú no quieres verlo, te pones de su parte y no admites sus cagadas.

—Lo único que admitiré es que muy de vez en cuando cometen un error, como cualquier persona —recalcó—. Sin embargo, debemos tener en cuenta las veces que hacen bien su trabajo, de forma excepcional, que son muchas, prácticamente todas. Y eso tú no quieres verlo —le reprendió en tono acusador, molesto.

—Yo veo lo que nos cuesta un error, ¡coño! —exclamó, quejándose.

—Pues te voy a recordar algo con respecto a todos sus aciertos y espero que lo tengas muy presente siempre, Velázquez. Gracias a ellos, a cada uno de sus logros, a cada uno de los trabajadores que cumplen su cometido, tú y todos —señaló alrededor— estamos disfrutando de esta holgada situación en la que vivimos. Gracias a que ellos se parten la sesera y las costillas por sacar los trabajos adelante nosotros vivimos a cuerpo de rey.

—¡Venga, no seas demagogo! —regurgitó con altanería.

—No lo estoy siendo —respondió indignado.

—Lo eres. Lo eres y los defiendes —insistió de forma agresiva, encarándose a Víctor—. No te pareces en nada a tu padre, él habría sido contundente. Él habría sabido ponerles las cosas muy claras y ya estarían en la puta calle. —Masticó con dureza las palabras. Víctor se sintió retado con su tono y actitud.

—Desde luego que no soy como mi padre. —Alzó la voz con fuerza y, bajo la atenta mirada de los presentes, el murmullo predominante en la sala pasó a ser silencio. Pero a Víctor no le importó, en ese momento se sentía tan enojado que solo quería sacar lo que le estaba quemando las venas—. Gracias a Dios que no soy como mi padre, que no me parezco en absoluto a él, ni pretendo hacerlo, y me enorgullezco de ello. Y te recordaré algo que parece haber olvidado, esta ya no es su compañía, sino la mía —subrayó furioso—. La mía, la de mi hermano y la de un pequeño grupo de accionistas; pero la mayoría obra en mi poder. Si no te gusta cómo trabajan los empleados o cómo la dirijo, ya sabes lo que debes hacer: coger la puerta y largarte tú a la calle —escupió, y se marchó del salón con paso ligero y firme, dejando una evidente estela de rabia a su paso.

El estirado hombre también abandonó la casa de los Alvarado de muy malos modos, escupiendo pestes por la boca. Al salón regresó el murmullo, que se sumó al asombro de todos, esparciéndose a la velocidad de la luz. Silvia, igual que el resto, también se quedó sorprendida con aquella reacción. Aunque no lo hizo solo por las duras palabras que Víctor le echó en cara al tal Velázquez, o por su tono a la defensiva y de reproche. No. Lo que le había sorprendido era la protección que Víctor había hecho de sus empleados. Había sido capaz de enfrentarse a uno de los accionistas por defenderlos, y eso decía mucho de él. Lo primero y primordial, que tenía buen fondo, buen corazón como todos le habían comentado y ella aún mantenía en cuarentena. Sin embargo, ahora lo había comprobado en persona, escuchándole hablar, viéndole sacar la cara por sus trabajadores.

Silvia se alegró mucho y desplegó una sonrisa. La noche que se presentaba como tediosa había dado un inesperado giro de ciento ochenta grados, y se sentía feliz. Había logrado tocar las narices a Judith y, como premio, había visto luchar a un empresario por sus trabajadores, enfrentarse a uno de sus accionistas diciéndole que si no estaba a gusto se marchase él, no ninguno de sus empleados. Por unos segundos pensó que el mundo era un lugar fantástico y maravilloso, aunque enseguida relajó su exaltado

optimismo. Había sido espectadora de algo que creía impensable, pero el mundo, o la vida, no era un lugar de ensueño, sino un sitio en el que a veces recibías una de cal y en otras ocasiones una de arena. Un lugar con demasiados Judith y Velázquez, donde solían predominar las Mirian, por desgracia escaseaban las Laras y en muy puntuales circunstancias encontrabas a un jefe Víctor. La vida era así, una sinfonía de colores en la que unas veces abundaban los claros y en bastantes otras los oscuros; ya estaba inventada de esa forma mucho antes de que ella llegara. El mundo, simplemente, era tal y como las personas lo hacían. Sin más, sin añadir adjetivos, sin ensalzarlo, sin elevarlo al grado que no le pertenecía ni degradarlo al que no le correspondía. La sociedad tan solo era un reflejo de nosotros mismos y las consecuencias de nuestros actos.

Cuando todos los invitados se marcharon, Samuel propuso a Silvia tomar una copa de champán antes de dar por concluida la velada. Además, quería decirle una cuantas cosas y era el momento propicio para ello. Pero nada más sentarse, Silvia se adelantó a sus palabras.

—Vaya, cómo se ha puesto tu hermano con ese Velázquez. —Silbó—. Creo que eso va a ser la anécdota de esta velada de compromiso. —Asintió—. Aunque, si tengo que ser honesta, me ha alegrado mucho ver la forma en que ha defendido a vuestros empleados.

—La verdad es que he tenido que contenerme de reír al ver la cara que se le ha quedado al gilipollas de Velázquez. ¡Valiente cretino! —siseó, y al segundo sonrió con ganas—. Ves, en ese aspecto Víctor y yo somos iguales, respetamos a los trabajadores. Y lo hacemos porque ambos hemos empezado en la compañía desde abajo, estando a su lado, viviendo en primera persona el trabajo, el esfuerzo, los problemas... Eso te hace conocer mucho mejor las situaciones que se dan, estando sentado en una oficina la perspectiva es diferente, se distorsiona.

—¿Empezasteis desde abajo? —inquirió asombrada.

—Sí —afirmó, mirándola a sus ojos negros siempre tan vivos y despiertos—. Bueno, mi padre solo me mandó a mí, era otra forma más de hacerme sentir que no le importaba nada —confesó—. Sin embargo, Víctor se unió a mí sin mandárselo nadie. Decía que era la mejor manera de conocer la compañía y su funcionamiento, y es cierto. Por eso nosotros sabemos de lo que hablamos, entendemos lo que trabaja todo el personal mejor que ese hatajo de trajeados estirados. La compañía puede prescindir de cualquiera de esos estúpidos con corbata, pero no de ninguno de nuestros ingenieros. Tenemos a los mejores trabajando para nosotros, te lo aseguro.

—Entonces solo puedo añadir que podría haber en el mundo más jefes como vosotros, de ese modo la vida sería más fácil para todos. Así que brindemos por los hermanos Alvarado —dijo, chocando su copa con la de Samuel.

—Brindemos y bebamos —contestó, dando un sorbo. Después observó a

Silvia sin parar de sonreír—. Y cambiando de tema, ¿qué tal has pasado la velada?

—Bien, muy bien —confirmó—. Pero ¿por qué sonríes así?

—¿Cómo?

—Con picardía, Samuel, lo sabes.

—Veo que no piensas contármelo. —Zarandeo la cabeza—. ¡Ay, Silvia, Silvia! No me digas que voy a tener que someterte al tercer grado para sonsacártelo.

—¿Sonsacarme el qué?

Samuel paró de sonreír.

—¿Qué más le has dicho a Judith?

A Silvia le cambió la cara al instante.

—¿Cómo! ¿Te ha dicho algo ella? —inquirió molesta.

—No, lo acabas de hacer tú con esa respuesta, aunque yo lo intuía. —Asintió—. Al despedirse me ha dicho que seré muy feliz contigo porque me defenderás a capa y espada. Entonces lo he sospechado. Conozco muy bien a Judith, quizá demasiado —lamentó con un toque matizado de amargura y una extraña combinación de anhelo—. Venga, desembucha, Silvia, no te hagas de rogar.

—No le he dicho nada ofensivo, si es eso lo que te preocupa —contestó con una pizca de enojo.

—No me preocupa nada de lo que le hayas dicho, solo siento curiosidad, como es normal. Anda, dímelo. —Le guiñó el ojo.

Silvia sopló con fuerza y decidió contárselo, tenía derecho a saberlo.

—Solo le he restregado lo feliz que soy contigo y lo hombre que eres. Quería joderla un poquito y lo he hecho a lo grande, de forma parecida a como tú le hablaste a Ramón de mí, salvo que al contrario, aquí el fogoso insaciable eras tú. —Estiró los labios.

—¡Oh, eres una niña muy mala! —bromeó.

—Y aún puedo ser peor, no me tientes. —Terminó riendo. Samuel soltó una carcajada.

—Brindemos por nuestros salvajes encuentros sexuales a ojos de los

demás. —Chocaron las copas de nuevo y volvieron a beber.

—Y yo no he hablado de Viagra, que conste en acta. —Silvia rio una vez más.

—Me hubiera gustado ver su cara; mejor aún, oír vuestra conversación.

—Pues deberás conformarte con lo que yo te he contado, pero te aseguro que se ha ido enrabiada.

—¿Has enrabiado a Judith? ¡Oh, pobrecita! Con el berrinche fundirá la tarjeta de crédito. Al menos eso era lo que solía hacer cuando se cabreaba conmigo, irse de compras todo el día.

—Pues que le aproveche, y a ver si se queda sin saldo, la muy asquerosa. —Volvieron a reír.

Después de unos segundos, Samuel contempló a Silvia serio, borrando cualquier atisbo de sonrisa en su boca.

—Y ahora debemos abordar otra cuestión, Silvia.

—¿Cuál? —interpeló inquieta al ver el brusco cambio de Samuel.

—Es referente a nosotros. Me ha dicho Filiberto que el servicio empieza a sentirse extrañado al ver que no compartimos alcoba. Y es natural, estamos prometidos, nos vamos a casar en poco más de dos meses y vivimos en el siglo veintiuno. Debemos empezar a dormir juntos. —Asintió repetidas veces —. Juro que no me propararé hasta la boda —bromeó.

Silvia estiró un poco los labios, sabía que ese momento iba a llegar en cualquier instante, era lo normal.

—De acuerdo, pues empecemos a dormir juntos hoy mismo, para qué esperar más.

—Me encanta lo fácil que eres de convencer. —Sonrió.

—Pero no te acostumbres, que yo también tengo mi genio —avisó en tono burlón, y añadió—: Y por qué no nos vamos a la cama ya, estoy muy cansada. —Bostezó.

—De acuerdo, he cogido tu indirecta. Estás deseosa de meterte en la cama conmigo —habló con jocosidad.

—¡Me has pillado! —Chasqueó la lengua, y volvieron a reír mientras abandonaban el salón.

—Anda, pasa a tu habitación y recoge lo que necesites, te esperaré en la cama —le propuso Samuel.

—¿No quieres que te ayude?

—Tranquila, hasta ahora aún puedo hacerlo yo solo, pero gracias. Nos vemos en un momento. —Le guiñó el ojo.

Samuel se dirigió a la habitación mientras Silvia iba a la suya a desmaquillarse, lavarse los dientes y coger el pijama y algo de ropa para el día siguiente. En otro momento, más próximo a la boda y con la ayuda de Filiberto, haría la pequeña mudanza de un cuarto a otro. Tardó poco más de diez minutos en volver y ya se encontró con Samuel dentro de la cama, esperándola. Entró en el baño de la habitación para ponerse el pijama, un pantalón corto y una camiseta de tirantes, y al regresar entró en la cama con una sonrisa.

—Por fin me voy a meter en la cama contigo, creí que este día no iba a llegar nunca —expresó en tono bromista.

Samuel la miró sopesando sus palabras, meditando lo que habría hecho con ella en otro tiempo, cuando la cama le servía mucho más para retozar que para descansar. Recordó con pena la época en que era un hombre fogoso e insaciable y su virilidad le respondía con una eficacia abrumadora. Sin embargo, ahora todo era diferente, y por primera vez en su vida iba a compartir lecho con una mujer solo para dormir, no para gemir. Sintió un hondo dolor en el pecho, el mismo que siempre le aguijoneaba al recordar lo poco que valía en el momento actual, estando como estaba.

—Y también será la primera vez que duermas con un tullido, ¿a que sí? —le preguntó, hiriéndose más con sus palabras.

—No vuelvas a decir esas estupideces, Samuel. Te menosprecias tú más que nadie, vuelvo a repetírtelo.

—Solo digo la verdad, Silvia, y lo sabes. —La miró con dureza.

—Esa no es la verdad. —Sacudió la cabeza—. La verdad es que eres un hombre agradable, simpático, atento y con gran corazón, además de guapo.

Samuel sintió alivio con esas palabras, con la sinceridad que parecía desprenderse por boca de Silvia, una mujer preciosa que estaba a su lado, compartiendo cama, casi rozándose con él; su mano le acarició la mejilla en señal de gratitud. Silvia vio correr por la mirada de Samuel a la tristeza y al

deseo, estaban haciendo equilibrios mientras la admiraba con una especie de devoción.

—Gracias por haber tocado las narices a Judith con la única intención de vengarme de alguna forma. Nadie ha hecho algo semejante por mí.

—De nada. Lo he hecho muy gustosa. Me encanta fastidiar a ese tipo de gente, a las personas sin sentimientos ni corazón. He disfrutado haciéndolo —confesó rotunda.

—¿Me dejas que te dé un abrazo?

—Por supuesto.

Silvia y Samuel se abrazaron. Pecho contra pecho, los brazos envolviendo los cuerpos, el calor arropándolos... los latidos de sus corazones se agitaron por la íntima proximidad. Con delicadeza, y de manera sutil, las manos de Samuel comenzaron a circular por la espalda de Silvia, por su cintura, por su cadera. Separaron un poco las cabezas, lo justo para mirarse a los ojos, y, estando de acuerdo sus pupilas, aproximaron las bocas y se besaron. Fue un beso como otros que se habían dado, corto, casto, pero al que siguió otro, y uno más después, y un cuarto, quinto... y las lenguas tomaron el control dominando con un largo y húmedo beso. La atmósfera subió de grados en tan solo unos segundos. La sangre de Samuel latía con furor, le quemaba en las venas igual que si fuera un río de lava. De forma repentina notó palpar a su entrepierna. Se excitó. Consiguió una erección. El milagro volvía a darse con ella, con Silvia, y deseó con fuerza hacerle el amor. Las bocas se desataron, las lenguas peleaban sin descanso, no se daban tregua ni parecían quererla. La exaltación hizo que Samuel metiera la mano por el corto pantalón del pijama de ella; a la vez que se desgañitaban a besos, le acarició las nalgas. Pero al intentar cambiar la mano de lugar, al pretender invadir su intimidad, Silvia reaccionó.

—¡Para, para, para! —habló acelerada, separándose de él y apartándole la mano—. ¿Qué estamos haciendo, Samuel? ¿Qué hacemos? —repitió inquieta.

—Creo que intentábamos amarnos, ¿no? —demandó con la respiración agitada. Estaba muy excitado, como ya no recordaba.

—No —contestó tajante—. Nos hemos dejado llevar por lo sensibles que estamos, por la situación. Porque sé que ver a Judith te ha removido

sentimientos, y a mí me da coraje que se le haga daño a la buena gente. El cariño que te tengo ha querido vengarte y a la vez darte las gracias. —Exhaló una bocanada de aire—. Pero no debemos confundir nuestra situación, Samuel, o mañana nos arrepentiremos y ya será muy tarde. No debemos romper las cláusulas del contrato, ni cometer ningún error que lleve a desvirtuar nuestro acuerdo.

Emitiendo un fuerte suspiro, uno que hizo retumbar a la cama, Samuel asintió.

—Llevas razón, lo siento, Silvia. Me he dejado llevar por la situación, como bien has dicho. Te pido disculpas de nuevo.

—Olvidémoslo, ¿vale?

—Vale. —Volvió a asentir.

—Y ahora mejor durmamos. Buenas noches, Samuel.

—Buenas noches, Silvia.

Silvia y Samuel giraron sus cuerpos, se dieron la espalda e intentaron dormir. No obstante, conciliar el sueño no era tarea fácil después de lo ocurrido. Samuel no conseguía hacerlo porque todavía estaba excitado, por pensar en la milagrosa ocasión tan desaprovechada, por no poder apartar a Judith de la cabeza ni de su corazón y por desear a Silvia con ganas. Silvia no lograba conciliarlo por una única causa: por no parar de regañarse debido a la insensatez que había estado a punto de cometer. Sabía que sentía cariño y afecto por Samuel, que era un hombre guapo, que en parte le atraía, pero hacer el amor con él era una mala idea en todos los sentidos. Primero, por el contrato firmado con unas claras cláusulas explicando que el sexo nunca se daría entre ellos. Segundo, porque los sentimientos que Samuel había despertado en ella estaban más ligados a la estima que al amor apasionado, y jamás entregó su cuerpo por un mero calentón, solo lo había hecho por estar enamorada. Ella precisaba de amor para poder entregar no solo su cuerpo, sino su alma. Ese era el caso de su hermana, no el suyo. Mirian era la que actuaba así, dejándose llevar por el momento sin que hubiera sentimientos, solo mera atracción. Aunque, si no quería ser hipócrita, debía reconocer que en un momento puntual se podía perder la cabeza. Si no sabías poner freno a tiempo, el deseo obnubilaba y tenía la facultad de cegar. Acababa de ser víctima de esos efectos, no lo podía negar. Sin embargo, había sabido parar el ciclón de enardecimiento que los estaba arrastrando a una equivocación de la

que ambos terminarían arrepintiéndose, y con la que todo cambiaría. Su libido podía haber perdido la razón, pero su mente aún conservaba la cordura.

El día del cumpleaños de Silvia, el 21 de octubre, se presentó una semana después de la última fiesta de compromiso. Ambos hermanos, cada uno por su lado, le tenían preparada una sorpresa; dos, en el caso de Samuel. Víctor confiaba en ganar muchos puntos con su regalo y creía que podía ser la llave para que Silvia se abriera más a él y empezar a seducirla. Porque hasta el momento, la bella y simpática mujer estaba siendo un duro hueso de roer, y el mayor de los Alvarado era consciente de que el tiempo corría en su contra.

Ese día, Samuel organizó y repartió tareas para que entre unos y otros mantuvieran a Silvia fuera de la vivienda. Primero el servicio le cantó el *Cumpleaños feliz*, le hicieron soplar las velas de una tarta preparada por Berta, comieron una porción que regaron con una copa de cava, charlaron, rieron y las manecillas del reloj dieron una vuelta completa, sobrada; la entretuvieron más de una hora. Justo el tiempo que llevó a los operarios descargar el material que debían instalar en la terraza para su fiesta sorpresa. Después, Ramón, inventándose una excusa convincente, tenía que llevársela a tomar un café y no podían regresar antes de la una; ella no debía escuchar ruidos ni sospechar nada antes de tiempo. A Silvia, al contrario que le había sucedido con el servicio, la invitación de Ramón le pareció de lo más extraña. Terminó accediendo por su tenaz insistencia, no porque le apeteciera, y se marchó con él a una cafetería con vistas al mar. Todo el tiempo permaneció en posición de defensa, sin dejar de pensar que igual Ramón, siendo conocedor de su «fogosidad» gracias a Samuel y su ficticio encuentro sexual, buscaba con esa cita algo más que un café. Después de lo ocurrido con Xuxo, el chef madrileño, ya nada le resultaba descabellado.

De vuelta, Silvia venía relajada, la única intención de Ramón había sido compartir una bebida y unas risas con ella. Pero su distensión duró poco, porque nada más entrar por la puerta del ático, Samuel le pidió que se cambiase de ropa con premura. Había reservado mesa en uno de los mejores restaurantes de la ciudad condal para celebrar su cumpleaños, circunstancia que también la pilló desprevenida. Tras comer, y con la intención de dilatar la salida hasta que finalizasen los preparativos de la fiesta sorpresa, Samuel pidió a Filiberto llevarlos de compras; la renovación del vestuario de Silvia

iba a ser su regalo. Ella empezaba a encontrarse abrumada con tantas muestras de afecto, sorpresas y regalos. Jamás, ni sumando todos los cumpleaños que recordaba, había recibido ni la mitad de lo que estaba percibiendo a sus recién estrenados veintiocho años.

Después de dar buen uso a la tarjeta de crédito y cargados con bolsas de diferentes boutiques, el tiempo de espera para regresar a la vivienda por fin se agotó. Sin embargo, Silvia seguía sin hacer caso a lo que Samuel le había pedido, comprarse un vestido, algo similar al de la primera fiesta de compromiso, y antes de marcharse él volvió a hacer hincapié en ello, casi se lo ordenó. Silvia estaba desconcertada por tanta insistencia, no la entendía, pues Samuel sabía que normalmente ella vestía con pantalón, a lo sumo se ponía alguna minifalda. Aunque al final, y no solo por darle el capricho sino por acatar su mandato, claudicó.

Por fin, a las nueve de la noche, los tres volvían al ático. Silvia se sentía agotada, el día había sido muy ajetreado, de no parar, pero Samuel parecía estar muy antojadizo y le pidió, casi suplicó, una última cosa: ponerse el vestido y cenar con él en la terraza. Y Silvia, una vez más y pese a lo poco que le apetecía, terminó aceptando sin rechistar. Tenían un contrato con una cláusula en la que decía que no le debía contradecir, e iba a cumplirla.

Veinte minutos después, ataviada con un bonito vestido azul Klein corto y recto, unos preciosos botines negros de tacón alto y con el pelo recogido en un improvisado moño del cual caía un ondulado mechón en el lado derecho, Silvia subía a la terraza. Al salir del ascensor no percibió iluminación alguna, tan solo la luz de la luna llena, con su plateado resplandor, se colaba por los ventanales bañando la estancia que antecedía a la terraza. Le pareció extraño. Que todo estuviera así de oscuro presagiaba que Samuel, tal y como estaba de caprichoso ese día, hubiera cambiado de opinión en el último minuto. Después de haberse estado arreglando, algo le decía a Silvia que ya no cenaban en aquel lugar con vistas al mar que a ella tanto le fascinaba. La oscuridad reinante era importante, y para buscar el interruptor de la luz su mano tentó por la pared hasta encontrarlo. Lo apretó y...

—¡¡¡Sorpresa!!! —exclamaron unas voces en alto, para su asombro.

Silvia se quedó asombrada, observando boquiabierta. De forma inminente, y conmovida, se llevó las manos a la cara al ver a Samuel y Víctor junto a Alejandro y su gran amiga Lara. Los cuatro la aguardaban bajo una

carpa de un blanco resplandeciente, ornamentada con diminutas luces que creaban formas, con globos, guirnaldas de colores y muchos tipos de flores decorando la mesa, el entorno y aromatizándolo todo.

—Pero bueno, ¿qué es esto? —preguntó hablando rápido para que no se le trabase la lengua. Estaba deslumbrada, sorprendida, emocionada...

—Creo que lo llaman fiesta sorpresa —respondió Lara, que corrió hacia ella para abrazarla, felicitarla y darle dos besos.

—Sí, creo que esa es la definición correcta —añadió Samuel, sonriendo con naturalidad.

—¡Oh, Lara, qué alegría verte! —Silvia se abrazó a ella por un largo rato. Luego, cogidas por las cinturas, sin querer separarse, se acercaron a los demás.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Lara a su amiga.

—Qué calladito te lo tenías, mala pécora —declaró Silvia con jocosidad—. Cuando me has llamado para felicitar me te has lamentado mil veces por no poder verme hoy, incluso me has dicho lo deseosa que estabas de que llegara el lunes para tirarme de las orejas.

—He fingido bien, ¿eh? —demandó Lara, separándose de ella.

—A la perfección, amiga. —Sonrió, y miró al frente—. Aunque me parece que eso se le ha dado igual de bien a más de uno —dijo, y observó la taimada sonrisa que acababa de apoderarse de los labios de Samuel—. Por esto me habéis tenido hoy de un lado para otro sin dejarme parar ni un minuto aquí, ¿verdad?

—Evidentemente —contestó, guiñándole el ojo—. No debías enterarte de nada, cariño.

—Así son las fiestas sorpresas —advirtió Víctor, pensando que él no había podido participar en los preparativos porque se había pasado el día en la empresa, pero aportó alguna idea y estuvo al corriente de todo—. Muchas felicidades, Silvia. —Le dio dos besos.

Silvia, teniéndolo tan cerca, pegado a su cara, volvió a oler su fragancia, ese aroma dulzón con notas de madera fresca que tanto le agradaba. De manera inevitable, y sin comprender por qué, su corazón se balanceó.

—Muchas gracias, Víctor —respondió con un sutil estiramiento de

comisuras, humedeciéndose los labios que de pronto notó secos.

—Felicidades de nuevo, cariño. —Los ojos de Samuel le rogaron un beso. Uno de los que se daban de cara a los demás para dotar de credibilidad a su relación. Silvia lo entendió al momento, se acercó y se lo dio con rapidez. Era la primera vez que volvían a besarse después del momento de locura en el que estuvieron a punto de acostarse, y, como era lógico, estaba tensa.

—Gracias, mi amor —respondió, mientras Samuel le acariciaba la mejilla y comprobaba el nerviosismo que afloraba en ella tras ese beso.

—Felicidades, Silvia —dijo Alejandro, el amigo de Víctor, dándole dos besos también.

—Muchas gracias, Alejandro. Ha sido toda una sorpresa verte aquí.

—Espero que grata —bromeó.

—Eso por supuesto. Tu presencia siempre lo es.

—Me alegro. —Enarcó las cejas y sonrió de forma leve, víctima del halago.

—Y ahora quiero daros las gracias a todos por esta sorpresa que no me esperaba para nada —anunció, admirando de nuevo la preciosa carpa que los acogía y la primorosa decoración—. Desde luego que os habéis tomado muchas molestias con esto, no falta detalle. Aunque lo mejor, y sin pretender ofender ni menospreciar a nadie, es tener aquí conmigo a Lara. —Sonrió mirándola.

—Estoy de acuerdo contigo —anunció Alejandro—. La presencia de Lara es muy satisfactoria siempre.

—Muchas gracias por el cumplido. —Lara le sonrió con la felicidad que daba la adulación.

—Las que tú tienes. —Alejandro le guiñó el ojo. Lara, deleitada por el cumplido, ensanchó la sonrisa.

—Bueno, pues una vez finalizadas las felicitaciones y demás halagos, qué tal si nos sentamos —solicitó Samuel.

—Eso digo yo. —Silvia miró a Lara, que no dejaba de sonreír a Alejandro.

—Vale, sentémonos y empecemos a cenar, florecilla —dijo su amiga sin

mirarla, coqueteando con los ojos de Alejandro.

—¿Florequilla? —inquirió Samuel extrañado.

Los ojos de Lara voltearon hasta toparse con los de él.

—Sí, la suelo llamar flor o florecilla desde que éramos pequeñas — contestó con rapidez, anticipándose a Silvia que se quedó con la boca abierta, sin tiempo para decir una palabra.

—¿Y eso?

—Porque Silvia es tan bella como una flor. Es mi florecilla —aclaró, mirándola con afecto.

—Bonito apodo, sí. Y muy original —afirmó Víctor, contemplando a Silvia de una forma tan profunda que ella sintió que se le encogía el estómago. Era una mirada que divagaba entre el afecto y el deseo y que terminó plagándose de seducción. De tanta, que se vio obligada a apartarse de sus iris azules, casi transparentes por tanto como mostraban.

Filiberto y Berta sirvieron la cena y un buen cava catalán y abandonaron la terraza. La velada fue de lo más amena y divertida; charlas interesantes y momentos de risas abundaron a lo largo de la noche. Aunque no fue lo único que proliferó, los cruces de miradas entre Silvia y los hermanos Alvarado también predominaron. Cada uno por una causa o con una intención, pero cada dos por tres los ojos se entrelazaban y Silvia era quién recogía todo lo que parecían contar esas miradas. Con las de Samuel se llenaba de algo a medio camino entre la pena y el cariño; y con Víctor vacilaba entre la atracción que le empezaba a suscitar y la simpatía que le había despertado.

Lara y Alejandro parecían llevarse bien, se divertían juntos y hasta empezaban a flirtear, era un hecho a vista de todos. Y sin querer, o sin poder evitarlo, antes de llegar el fin de la noche los cinco habían compuesto dos bloques; por un lado, Silvia, Samuel y Víctor; por el otro, Lara y Alejandro.

Llegó el momento de los regalos, algo con lo que tampoco contaba Silvia, puesto que se había pasado toda la tarde de compras por gentileza de Samuel, que además le había organizado una fiesta sorpresa. No esperaba nada más; sin embargo, lo había. Aún le quedaban regalos por recibir. El primero por parte de Samuel: una preciosa pulsera de brillantes, en distintos tonos azules, con la que ella se deslumbró. El segundo venía de Alejandro: una preciosa pashmina de cachemir y seda que le encantó y de inmediato colocó en su

cuello. El tercero era de Lara: un frasco de perfume que sabía costaba caro. Silvia le lanzó su mirada de «pero esto cuesta una pasta, cómo te has gastado tanto, loca», y Lara, traduciendo sus ojos, levantó la mano con un elocuente gesto que decía «no se te ocurra decir ni media, te lo aviso», y ella no abrió la boca.

Víctor se excusó un momento para bajar a por su regalo. Minutos después, ante la expectación de todos, incluido Samuel, que no tenía la menor idea de lo que era, apareció en la terraza portando una cesta de mimbre. Pidió a Silvia cerrar los ojos y posar las manos sobre el regazo, con las palmas hacia arriba. Ella obedeció y esperó con impaciencia, sin parar de preguntarse qué podría ser. Jamás lo hubiera imaginado ni esperado, pero nada más notar el suave pelaje en sus manos lo intuyó. Sentir a esa bolita de cuatro patas sobre su piel hizo que lo supiera, si bien en cuanto abrió los ojos lo confirmó. Era un perro, un westie terrier, un pequeño cachorrito blanco como la nieve que daban ganas de comerse a besos.

—¡Oh, Víctor, qué cosita tan bonita, por Dios! —exclamó con emoción, Silvia adoraba a los animales—. Gracias, muchas gracias —habló con celeridad, cogiendo al cachorrito y estrechándolo contra su pecho.

—De nada —dijo él orgulloso, percibiendo cuánto le había gustado el regalo—. Me alegro mucho de que te guste. Es una hembra, ahora tendrás que buscarle un nombre.

—Es una perrita muy bonita. —Samuel le acarició la cabeza, sorprendido por el regalo, o más bien preguntándose cómo sabía su hermano que a Silvia le gustaban los animales.

Lara se acercó con premura a acariciar al cachorrito, que, sin duda alguna y en un mero segundo, se había convertido en el protagonista de la noche.

—¡Por favor, es una auténtica pocholada! —Lara lo cogió un momento—. ¿A que sí? ¿A que eres una perrita preciosa? —canturreó como una boba.

Silvia, mientras unos y otros no paraban de acariciar y admirar al animal, pensó qué nombre ponerle. Entre el entusiasmo de todos, habló:

—La voy a llamar *Linda*. Creo que es el mejor nombre por lo bonita que es.

—Es el nombre apropiado —convino Samuel.

—Sí, cierto. Además, así va acorde con tu apodo, *linda y florecilla* —

Víctor subrayó la última palabra, y sonrió.

—¡Vaya! Me parece a mí o va a ver cachondeo con mi apodo.

—No, para nada, ni mucho menos, puedes estar tranquila. Es un apodo muy bonito, me gusta, no pretendo burlarme de él. —Víctor la observó sin pestañear.

Silvia volvió a sentir en sus ojos la misma seducción de antes de empezar la cena, la que le encogió el estómago hasta comprimírselo en un ovillo, la que se había entrecruzado con su mirada en más de una ocasión a lo largo de la velada, aunque de forma más sutil, no como ahora, que volvía a ser a bocajarro. Sin pensárselo dos veces, cambió el ángulo de visión. Debía parar de observar los bonitos ojos azules de Víctor, que la hacían suspirar en silencio. Posó la mirada en Linda, su cachorrita, que la llevó de nuevo a pensar en Víctor, el responsable de tal regalo. De nuevo estranguló un suspiro, pensando fugazmente en lo guapo que era Víctor Alvarado y la atracción que le despertaba. Atracción. Se sentía atraída por él. Era horrible admitirlo, pero estaba sucediendo. Nerviosa, escondió el secreto en lo más profundo de su ser, en el espacio más abismal de su interior. Nadie podía saberlo ni intuirlo, ni siquiera ella misma podía permitirse reconocérselo; Víctor era el hermano del hombre con quien se casaría en breve, no podía convertirse en el ganador de su voluntad.

Lara se marchó acompañada por Alejandro y muy risueña. Samuel, contento pero cansado, decidió irse a la cama; Víctor abandonó la terraza sin dar más explicaciones, y Silvia, con Linda en los brazos, buscó a Filiberto para preguntarle dónde la dejaba, debían buscar una estancia cercana a la habitación de Samuel. Mientras acondicionaban una pequeña sala a modo de cuarto de estar que nadie utilizaba, contigua al dormitorio, Víctor llegó.

—¿La vas a instalar aquí? —preguntó.

—Sí, quiero que esté cerca de mí, por si le da por lloriquear por la noche —contestó, dejándola en la cesta de mimbre—. Es fácil que ocurra porque extrañe.

—Vaya, parece que entiendes de perros.

—Sí, he tenido unos cuantos. Y gatos también. Me encantan los animales.

—Voy a buscar un recipiente para ponerle comida y agua —dijo Filiberto, ausentándose.

—Mañana tendrás que ir a comprarle todo lo necesario —comentó Víctor, contemplándola con arrobó.

—Sí, mañana me acercaré a una tienda de mascotas. —Silvia volvió a coger a Linda, que buscaba cómo salir de la cestita, y la empezó a acariciar.

Víctor se aproximó a ella y también comenzó a pasar su mano por el pequeño lomo de la perrita, rozando con intención la mano de Silvia, que la retiró de inmediato y, como en un acto reflejo, miró a Víctor a los ojos. Su mirada azul la penetró con fuerza, como una daga directa al corazón.

—Quería decirte algo —anunció él.

Silvia bajó la vista, nerviosa, se apartó de él y dejó de nuevo a Linda en su cesta con la única intención de tomar distancia. Pero Víctor siguió sus pasos, hasta quedar pegado a su espalda, y acercó los labios a su oído. Silvia sintió latir a su corazón de forma acelerada.

—¿El qué? —preguntó sin darse la vuelta; no quería volver a verle la cara, los ojos que parecían querer comérsela y que, en ocasiones así, se lo hacían desear. Acalorada, retiró la pashmina de su cuello.

—Quiero decirte que te juzgué mal desde un principio y que me siento fatal por ello, espero que puedas olvidarlo algún día —enunció, y su aliento acarició de forma sensual la piel de Silvia, alterándola.

Víctor se apartó unos centímetros de ella, los justos para contemplar su precioso cuello desnudo, gracias a llevar el pelo recogido. No pudo eludir la tentación de rozarlo con las yemas de los dedos, regalándole a Silvia una caricia suave, aterciopelada, llena de intenciones..., un contacto que le erizó la piel al segundo. Dando un respingo, se volteó de inmediato, topándose con los ojos de Víctor y su mirada penetrante, que solía sacudirla.

—Ya está olvidado —contestó, exaltada por la estrecha cercanía con su rostro, por su contacto, por sus palabras, por su perfume, por el sentimiento que le nacía con ímpetu y le empezaba a preocupar—. Buenas noches —dijo, y se marchó de allí tan rápido como pudo; necesitaba poner distancia, quietud en su corazón y orden dentro de su cabeza.

Nada más quedarse solo, Víctor emitió un profundo suspiro que emanaba tanta derrota como esperanza. En cuanto Filiberto llegó con comida y agua para Linda, abandonó la sala y, con las manos metidas en los bolsillos, caminó despacio hacia su habitación. Sentía un extraño sosiego que, al mismo tiempo que intentaba tranquilizarlo, le consumía. Empezó a cavilar. Por un lado, sopesaba cómo lo había mirado Silvia y la reacción de su piel a la caricia de su mano. Su vello se había encrespado, sabía que le había gustado, y ese hecho le hacía albergar una esperanza. Sin embargo, por otra parte, comprendía que Silvia no iba a ser una mujer fácil de engatusar, ni mucho menos. No era de las que se dejaban llevar, sino de las que controlaban las situaciones. Pero lo peor de todo no eran esas cuestiones, sino la sensación que últimamente le recorría de continuo, la que lo llenaba de cierta angustia y le hacía debatirse entre lo que debía hacer y lo que empezaba a desear; ya no sabía si quería seducirla o enamorarla. Silvia había comenzado a suscitarle unos sentimientos desconocidos, se estaba convirtiendo casi en una obsesión, algo que jamás le había ocurrido con una mujer.

Ambos, cada uno por su lado, llegaron a su habitación y se metieron en la cama sin dejar de pensarse. Y cada uno por su lado, y desconociéndolo, llegaron al amanecer de la misma manera, embadurnando su noche con palpitantes sueños regados de pasión y deseo.

Después de las fiestas de compromiso y del cumpleaños de Silvia la normalidad regresó a casa de los Alvarado. Pasadas unas semanas, la fecha para la boda ya había sido elegida por Samuel y aceptada por ella. El lugar donde se unirían en matrimonio: el Ayuntamiento de la ciudad condal. Invitados: alrededor de unos veinte. Todos, a excepción de la amiga de Silvia, iban por parte de Samuel. Y todos, incluida Lara, cenarían a posteriori en el restaurante más lujoso de Barcelona. De luna de miel se marcharían a los Emiratos Árabes, un conjunto de estados situados al sudeste de la península arábiga, en el golfo Pérsico. En particular, iban a disfrutar de dos de sus siete emiratos: Abu Dabi y Dubái, visitados por Samuel hacía años y que lo habían impresionado.

Por eso mismo, por lo mucho que aquellos estados le deslumbraron en su momento, quería que fuesen el escenario de su luna de miel. Deseaba que Silvia disfrutase de esas ciudades de megaconstrucciones increíbles que a veces parecían ser de otro planeta. Allí se encontraban la torre más alta y espectacular del mundo y otras torcidas y retorcidas, archipiélagos artificiales, islas en forma de palmera, rascacielos que dejaban sin palabras por su diseño y dimensiones, y los mejores hoteles, los más impresionantes y lujosos del mundo. Visitar esas ciudades dejaba poso en el turista, además de un recuerdo indeleble en la retina, y él quería que Silvia viviera esa experiencia para que también gozase de esa grata remembranza. Eso fue lo que le hizo decidirse por los Emiratos en lugar de por Nueva York, ciudad que ella ansiaba visitar; y que visitaría, pues había planeado un viaje a la ciudad de los rascacielos justo antes de la boda. De esa forma no solo enseñaría a Silvia *New York City*, sino que la llevaría a conocer el corazón de *The New Technology Company*. Incluso acudiría a la sastrería de Martin Greenfield, uno de los mejores modistos de la ciudad, para que sus expertas manos le hicieran el traje de la boda. El de Silvia ya lo estaba confeccionando la misma modista que había cosido los de las fiestas de compromiso; la que tenía más renombre en España en ese momento.

Todos los planes de Samuel le parecieron magníficos a Silvia, y él actuó de inmediato. La boda tendría lugar el 20 de diciembre, así que reservó el

vuelo a Nueva York a primeros de ese mes, con idea de que la estancia durara alrededor de ocho días. Luego reservó otros vuelos para Dubái y Abu Dabi, con sus respectivos y lujosos hoteles; partirían para allí dos días después de su unión y no regresarían hasta después de Año Nuevo. Pasarían todas las navidades de luna miel, alejados del frío de Barcelona, envueltos en unas temperaturas muy agradables, pues en los emiratos, durante esa época del año, no solían superarse los veinticinco grados.

Con toda la maquinaria del evento nupcial funcionando a pleno rendimiento, Víctor comenzó a preocuparse por ver que se le agotaba el tiempo, le quedaba menos de un mes para seducir a Silvia. A lo largo de unos cincuenta días no había sido capaz de dar un paso más allá de las continuas miradas y alguna breve conversación casi banal, no había logrado derribar el muro con el que se había acorazado la bella mujer. Sabía que regalarle la preciosa cachorrita le había hecho ganar puntos, pero a la vez lo había limitado, pues era el único factor común que los unía y de cuanto podía hablar con Silvia. Extenderse más allá de esa conversación era imposible; si Víctor lo intentaba, ella siempre tenía una excusa para marcharse de su lado. Daba la impresión de que no quería intimar, parecía que deseaba eludirlo. Víctor empezaba a desesperar, pues el desafío de su hermano, que en un principio se le antojó la cosa más absurda a la que había accedido con él, pasadas siete semanas se convirtió en algo más que un reto. Uno del que por momentos pensaba desistir. Silvia era difícil de ganar con halagos, demasiado; un tipo de mujer con el que nunca se había topado. Sin embargo, fracasar no era una opción para él, no quería darle ese gusto a Samuel. Pero, por encima de todo, lo que más deseaba era que su fraternal rivalidad acabara para siempre, lo anhelaba con avidez. Por eso debía trazar otro tipo de estrategia con Silvia, una capaz de permitirle alcanzar su objetivo. Acostarse con ella le otorgaría la llave que cerraría el enfrentamiento de forma definitiva, y él tenía que luchar por conseguir ese fin.

Silvia no podía dormir. Esa noche era incapaz de conciliar el sueño. Contemplando a Samuel adormecido, tendido a su lado en la acogedora cama, se sintió traidora debido a sus pensamientos. Pensaba en Víctor de manera incesante, y con idéntica insistencia se preguntaba por qué. ¿Por qué

se sentía tan atraída por él? ¿Cómo era posible, si un par de meses atrás ni siquiera lo soportaba? ¿Cuándo se había metido de esa forma en su cabeza? Evocaba una y otra vez su pecho desnudo, sudado, fibroso... Fantasé con la idea de que sus labios lo recorrieran despacio, trazando un reguero de besos que llegase hasta la boca de Víctor. Se acaloró. Se exaltó y frenó. Paró su imaginación. Paró esos pensamientos que le hacían sentir mal. Paró de desear al hermano del hombre con el que estaba compartiendo cama en ese instante, con el que iba a casarse. Paró porque pensó que esas ganas por sentir el cuerpo de Víctor la convertían en infiel. Era cierto que entre ellos no había amor, solo se trataba de un acuerdo mercantil, interpretaban una farsa, pero sentía cariño por Samuel y no podía permitirse ese tipo de fantasías; moralmente, no le parecía bien. No obstante, no podía evitarlo. Últimamente, y de manera perpetua, en su mente se encontraban los ojos azules de Víctor; su forma de mirar provocadora, sugerente; su perfecta boca de gruesos y perfilados labios; su sonrisa, en ocasiones dulce, en otras picarona; su voz ronca y suave... Silvia no podía permanecer más en la cama, necesitaba un poco de aire para alejar todo eso de su cabeza, Víctor la había tomado contra su voluntad y regía a su cerebro.

De puntillas, despacio y sin hacer el menor ruido, salió de la habitación de Samuel. Sin saber adónde dirigirse, se acercó a la pequeña sala que habían acondicionado para Linda, ahora compuesta por la cestita de dormir, una caseta coqueta y un espacio para comer. La perrita dormía en ese instante panza arriba, con sus cuatro cortas patitas relajadas; era toda una monada. Silvia sonrió al verla así y sintió la tentación de acariciarla, aunque desechó la idea al segundo. De seguro que al tocarla se despertaría e igual le daba por lloriquear con sus pequeños ladridos, como había ocurrido durante la primera semana. A lo largo de esos días se quedó con ella en la habitación hasta que el animalito se dormía. En alguna ocasión incluso tuvo que volver de madrugada porque, al despertarse, volvía a aullar de forma quejumbrosa.

Con idéntico cuidado a como había salido de la habitación de Samuel, se marchó para no despertar a Linda. Pero en lugar de regresar a la cama, Silvia pensó en acercarse a la cocina a tomarse un vaso de leche o una infusión, algo que la ayudara a dormir, y se encaminó hacia ella. Al llegar se topó con lo que menos hubiera imaginado, con la persona de la que intentaba huir. Víctor se encontraba allí, registrando el frigorífico y ataviado solamente con un bóxer azul marino con letras blancas. Veloz, el mayor de los Alvarado

volteó la cabeza al oír ruido, y, medio encogido, intentó taparse con la puerta de la nevera. Sin embargo, al comprobar que era Silvia, también oyó a su cerebro dando palmas, y se enderezó. Sin el menor pudor, cerró el frigorífico y se mostró ante ella semidesnudo.

—Buenas noches, ¿qué haces por aquí? ¿No puedes dormir o tienes hambre? —preguntó apoyando su cuerpo en la encimera, posando en una postura con la que exhibirse más.

Silvia aún no había reaccionado, verlo vestido solo con esa minúscula prenda la había dejado petrificada. Aunque no pudo evitar admirar su cuerpo, el trabajado torso, la musculatura fibrosa de sus brazos, los marcados oblicuos que acababan ocultos tras el bóxer, los muslos atléticos... Se le cortó la respiración. El cuerpo de Víctor era de escándalo, todo un monumento. Sin ni siquiera pretenderlo, los ojos de Silvia también se encargaron de echar un vistazo a la entrepierna, que resaltaba con evidencia. Con una velocidad vertiginosa, elevó de nuevo la mirada hasta su rostro.

—No podía dormir —contestó al fin, acelerada—. Venía a tomarme un vaso de leche o una infusión. Pero creo que con lo primero bastará, eso será más rápido —dijo adentrándose en la cocina, acercándose al frigorífico con el corazón a más de mil revoluciones.

—Tranquila, yo te lo sirvo. Lo meto en el microondas y que se caliente un poco —añadió, tomando un vaso y sacando la leche.

—No hace falta que la calientes, me la tomo así y ya está.

—Pero es mucho mejor que esté caliente, eso te ayudará a dormir —aseguró, metiendo el vaso en el microondas y esperando de espaldas a ella—. Con cuarenta segundos estará lista.

—Vale, como quieras.

Silvia tomó asiento en una de las banquetas e intentó echar la vista a un lado, resistiéndose a volver a mirar el cuerpo de Víctor. Casi lo consiguió, pero después de unos segundos claudicó y terminó observándolo de reojo. Tenía una espalda preciosa, ancha y musculada, sencillamente perfecta. Los ojos se siguieron deslizando y terminaron posándose en ese lugar en el que la espalda perdía su nombre. Detrás de los ajustados bóxer se percibía un culito precioso, duro, firme, apetecible, de los que incitaban a tocar, de los que hacían suspirar; y Silvia suspiró en silencio.

Mientras la leche se calentaba, Víctor pensaba en lo sexi que estaba Silvia con el corto pijama que llevaba puesto. Sus piernas eran de vértigo, largas y perfectas, y la piel se apreciaba tan suave como el terciopelo; era toda una tentación. Pero aún le tentó más el amplio escote de la camiseta de tirantes, o deducir que debajo de la prenda los pechos de Silvia estaban desnudos, los turgentes y puntiagudos pezones lo ponían de manifiesto. La imagen se le antojó provocadora y le suscitó fantasías. Deseó despojarla de la camiseta, despacio, sin prisa, aumentando de esa manera el anhelo por admirar sus generosos pechos, que debían de ser tan perfectos como su cuerpo entero. Viviendo esa ficticia escena sufrió un leve pero vehemente acaloramiento. De forma inminente, sintió una palpitación en su miembro, el preludio del alzamiento, y frenó en seco a la mente. Estaba en calzoncillos y no deseaba que la imaginación fuera patente en su entrepierna, a ojos de Silvia.

Cuando sacó el vaso de leche y giró sobre sus talones para dárselo, comprobó que Silvia miraba para otro lado, no hacia él. Eso le desilusionó. Le hizo suponer que igual, lejos de que ella pudiera sentirse atraída por su cuerpo, se encontraba incómoda estando él sin apenas ropa. Aunque al girar Silvia la cabeza, a Víctor le acometieron sus chispeantes ojos, una mirada centelleante plagada de pretensión y propósitos; describía la génesis de la excitación. Eso le hizo creer que el desvío de visión de Silvia no era por incomodidad, sino por alteración de la libido, tal y como le estaba sucediendo a él. Se convenció de ello, no podía haber otra causa, y, crecido en su ego masculino, decidió jugar sus cartas.

—¿No te molestará que esté en ropa interior? —preguntó con intención, dejando el vaso de leche a su lado.

La vista de Silvia, como en un acto reflejo, volvió a centrarse en ese punto que acababa de nombrar Víctor: el bóxer y la resaltada protuberancia. Rauda, se dio una fuerte bofetada mental con la que *ipso facto* subióla vista a los ojos azules del mayor de los Alvarado, que en ese momento volvía a mirarla de forma seductora, como últimamente venía haciendo.

—No, tranquilo, no me incomoda —respondió fingiendo, y añadió—: Total, es igual que si estuvieras en bañador, ¿no? —Se encogió de hombros, restándole importancia para que él no notase nada extraño, como el calor que la estaba invadiendo.

—Exacto, es igual que si estuviera en bañador.

—De hecho, algún amigo mío se ha bañado así en la playa, en calzoncillos —advirtió, y bebió un sorbo de leche para sofocar su ardor.

—Pero ¿amigo, solo amigo, o era un novio? Bueno, si es que quieres contestarme —aclaró con celeridad, pensando que la pregunta igual pecaba de inapropiada.

Silvia lo observó confusa. No entendía por qué demandaba tal información. Qué más daba que fuera amigo o novio para haberse bañado de esa manera.

—Pues normalmente han sido amigos. Aunque tuve un novio al que un día se le olvidó traer el bañador y también lo hizo.

—¿Un novio formal? —preguntó Víctor, sin saber por qué.

—Sí..., puede..., más o menos —respondió dubitativa, bebiendo de nuevo un trago de leche.

—A ver, explícate —solicitó él, medio riendo—. ¿Fue novio formal o no?

—Fue novio, pero de formal tenía poco, era todo un capullo. —Suspiró.

—¡Uy! Eso no ha sonado nada bien —chistó.

—Nunca sonó bien. —Negó con la cabeza—. Duramos algo más de un año, aunque no sé cómo lo aguanté tanto —habló de forma endeble y reflexionó un segundo—. Seguramente porque no nos veíamos mucho. —Trató de suavizar el tono pesaroso del que se habían apropiado sus palabras ante el recuerdo.

—Vaya, siento que dieras con un tipo así. Espero que no haya habido más capullos en tu vida.

—Bueno, más o menos.

—Explícame eso, por favor.

—Pues meses más tarde estuve saliendo con otro chico con el que duré más tiempo, cerca de tres años, pero también era un poco capullo, discutíamos mucho y lo terminamos dejando. Además, yo no sabía siquiera si lo quería. —Zarandeo la cabeza—. Creía que sí, pero después me di cuenta de que no era así. Lo confirmé cuando, al dejarlo, lejos de dolerme, me sentí aliviada, y eso supone que no era amor de verdad. —Hizo un mohín.

—¿Y después? —preguntó Víctor con curiosidad.

—Después he salido con algún hombre más, aunque las relaciones han sido mucho más cortas, de un par de meses o menos.

—¿Qué pasa, no das con el hombre de tu vida?

Víctor se sentó en otro de los altos taburetes, pegado a Silvia, y ambos se quedaron fijos en los ojos del otro.

—Se ve que no —contestó en un murmullo, bajando la cabeza—. No me he enamorado nunca del todo, o eso creo.

Posando el índice y el pulgar en el mentón de Silvia, Víctor le elevó la cabeza y la miró a los ojos, lleno de firmeza y seguridad.

—Silvia, muchos hombres se fijarán en ti, eres una mujer muy guapa, ¿cómo no hacerlo? Aunque, por lo que cuentas, pocos han sabido ganar tu corazón. Estoy convencido de que no lo han hecho porque no te han valorado, solo han visto en ti un cuerpo, una imagen muy agradable a la vista, no una preciosa mente. —Cambió la mano de lugar, la puso en un lateral de la cabeza de Silvia, y añadió—: Y a esa mente se debe conquistar, siendo tú como eres.

—Y ¿cómo crees que soy? —preguntó con vivo interés.

—Eres una mujer inteligente, segura de ti misma, que sabe muy bien lo que quiere. —Asintió despacio—. Yo admiro mucho esas cualidades, con independencia de la belleza, creo que son determinantes para seducir a un hombre. Tienes mucha personalidad, y una mujer así es capaz de abrumar a muchos tíos, aunque también de hacer muy feliz al resto, a los que saben conquistar su mente, además del corazón. —Guardó silencio unos segundos y, con dulzura, susurró—: A mí me encantaría tener una mujer como tú a mi lado.

Víctor retiró de la cara de Silvia un mechón ondulado y, con delicadeza, lo llevó hasta detrás de su oreja. Ella, admirando sus ojos garzos que acaparaban toda su atención, sintió estremecerse a su estómago con ese roce, con las palabras, con el aliento pegado a su rostro, con el deseo que empezaba a estrangularle las vísceras. En su cerebro, algo le gritó «peligro», y ella volteó con urgencia la cabeza. Bebiéndose de un trago toda la leche que aún le quedaba en el vaso, se levantó del taburete como si hubiera sido lanzada por un resorte.

—Me marcho a la cama. Buenas noches, Víctor —anunció de carrerilla.

—¡Eh! ¿Acaso he dicho algo que te haya molestado? —inquirió viendo su brusca reacción.

—No, solo que es ya muy tarde y estoy cansada. Adiós. —Abandonó con urgencia la cocina.

Víctor se quedó allí sentando, maldiciendo entre murmullos. Deseaba a Silvia, y no solo por la apuesta con su hermano; esa mujer le atraía, le gustaba de verdad. Cuanto le había dicho era cierto, lo sentía de esa forma. La primera impresión que había tenido de ella estaba equivocada, Samuel llevaba razón. Durante los dos meses transcurridos desde su regreso de Nueva York se había dado cuenta de que era una gran persona, simpática, afectiva, con personalidad, con principios... Y precisamente esas últimas virtudes no iban a ayudarlo a llevar a cabo su cometido, pues, aunque Silvia pudiera sentirse atraída por él, tenía serias dudas de que incumpliera el contrato. Analizando su conjunto de características y cualidades, todo apuntaba a que era una mujer de palabra.

Expulsó una gran bocanada de aire en un soplo fuerte y rápido, llevándose las manos a la cara. Luego las subió hasta su cabello de diferentes tonos rubios y se echó el flequillo hacia atrás. Terminó apoyando los dedos sobre las sienes y apretándoselas; se encontraba en un dilema. No pretendía ser más directo de lo que había sido. Sabía que las continuas miradas cargadas de seducción habían sido elocuentes, y las palabras dichas hacía unos minutos revelaban de forma concisa su interés por ella. Estaba convencido de que Silvia también lo entendía así, era una mujer lista, ladina, y no deseaba presionarla más. Pero, de continuar en esa línea, quizás el tiempo expiraría sin haber conseguido su propósito. La boda llegaría, y con ella él se proclamaría perdedor y su hermano mantendría la continua rivalidad hasta quién sabe cuándo. Se había jurado en más de una ocasión no responder de forma irreflexiva a las provocaciones de Samuel, si bien su hermano tenía un talento prodigioso para buscar una estimulación a sus actos. Poseía una habilidad especial para tentarlo, para fastidiarlo hasta enrabietarlo, cegarlo y hacerlo actuar sin coherencia. No comprendía esa destreza de Samuel, el ingenio disimulado y mañoso para llevarlo a donde él quería, hasta que volvía a caer en el desafío y ya era tarde para recular. Por eso mismo Víctor debía ganar la apuesta, para desbancar de una vez por todas la rivalidad de su hermano, para que reinara la paz de forma definitiva entre ellos. Y para conseguirlo, por desgracia, Silvia iba a ser el sacrificio. Tan solo esperaba, de

lograr acostarse con ella, que fuera algo rápido, una locura transitoria, unos breves minutos en los que mandasen los cuerpos y los cerebros se durmieran. Lo esperaba de ese modo para no equivocarla, por temor a herir su amor propio, por miedo a desearla más de lo que le estaba ocurriendo... Rezaba porque, de llegar a hacer el amor, ese acto no significara nada para ninguno; también para que ella jamás se enterase de la apuesta entre su hermano y él.

Silvia llegó a la cama mucho más agitada de lo que había salido de ella. Huía de su imaginación, de los pensamientos que le suscitaba Víctor, de los sentimientos que le empezaban a nacer..., y había ido a toparse con él. Con él casi desnudo. Con un adonis de cuerpo cincelado. Con un hombre al que en principio consideró un necio engreído y ahora se moría por besarlo.

Mirando a Samuel, dormido como un lirón, de nuevo se sintió una traidora. Tan solo el hecho de fantasear con Víctor le hacía sentirse incumplidora del contrato. Meditó lo que estaba ocurriendo: todo había cambiado poco a poco y a la vez de forma brusca. Antes no quería ver a Víctor ni en pintura, y ahora ansiaba que llegara a su casa, había días que hasta contaba las horas que quedaban para verlo. Era cierto que intentaba relacionarse poco con él y apenas entablaba conversación, sabía que había hecho un excelente trabajo evitándolo, aunque ahora no era por no soportarlo, sino por miedo a terminar enamorándose de él. Jamás un hombre se había grabado de esa forma en su cabeza; la había ocupado entera, y eso le daba miedo. Más aun tratándose del hermano de su futuro marido y habiendo un acuerdo de por medio que no debía ni podía permitirse incumplir.

Con todo el hervidero de pensamientos y con la sangre quemándole las venas, conciliar el sueño fue para Silvia una misión imposible que acabó en cuanto la luz del alba se coló por la ventana del dormitorio, haciéndole plantar los pies en el suelo para empezar un nuevo día con el que seguir hurgando en sus nuevos y tentadores sentimientos.

Apenas eran las ocho de la mañana de un sábado de primeros de noviembre. Arreciaba un fresco y húmedo viento mientras Silvia se encontraba en la terraza, meditando. Reflexionaba con la vista puesta en el mar que tanto le gustaba, pero era incapaz de sacudirse los pensamientos que siempre regresaban al mismo punto: Víctor. Inhalando la brisa hasta colmar en profundidad sus pulmones, decidió llamar a Lara y desahogarse con ella; lo necesitaba. Sacó el móvil del pantalón vaquero, marcó, y con el tercer pitido su amiga descolgó.

—¿Ocurre algo, Silvi? —preguntó Lara preocupada.

—No, tranquila —contestó, fingiendo calma.

—Entonces, ¿por qué me llamas a estas horas? —inquirió confusa.

—...Vale, sí ocurre —admitió con un amasijo de sentimientos estrangulándole la mente—. Ocurre que me estoy volviendo loca, Lara. —La voz le tembló un segundo.

—¿De qué demonios hablas? —interpeló su amiga, angustiada.

—Hablo de Samuel..., de Víctor —respondió con la voz cargada de ansiedad.

Lara comenzó a temerse lo peor.

—¿Quieres aclararme algo más, por favor? Porque una cosa es que tenga presentimientos y otra muy distinta que sea adivina.

Silvia suspiró profundamente antes de aventurarse a contestar.

—Samuel es muy simpático y cariñoso, un hombre maravilloso, un...

—Pero ¿qué? —Lara la interrumpió, intranquila—. Porque hay un pero, está claro —avisó con un tono que sonó algo arisco.

—Pues sí, lo hay, es cierto —confirmó Silvia con voz endeble.

—¡Uy, madre de Dios! —exclamó llevándose la mano a la boca—. Creo que ya lo veo venir...

—¿Tú crees? —Silvia se preguntó si los palpitos de los que tanto

presumía su amiga serían ciertos.

—¡Joder! El «pero» es alto, rubio, guapísimo y de nombre Víctor —aseguró con firmeza.

—¡Bingo! —corroboró a media voz. Con su afirmación se había quedado sin fuerza para pronunciar.

—Te gusta Víctor, ¿a que sí?

—Sí, me gusta. Me gusta mucho, Lara. —Emitió un suspiro—. Es muy guapo, un bombón, toda una tentación. Me altera solo con hablarme cerca, me exalta si me susurra, si me mira con esos ojos cargados de seducción o si me sonríe con su preciosa boca, con el estiramiento de labios que en ocasiones llega a parecer canallesco y en otras meloso. —Volvió a suspirar, esta vez regurgitando un estímulo deseoso—. No puedo apartarlo de mi cabeza y, de forma irremediable, me hace fantasear. ¡Oh, Señor!, llega a resultarme pecaminoso —expresó con zozobra.

—A ver, explícate, por favor. ¿Te pone cachonda o te estás pillando por él? —le preguntó su amiga.

—¡Jolín, Lara! —espetó de malos modos.

—No, no, Silvi, esto es serio —reprobó con gravedad—. De modo que no te pongas a la defensiva y respóndeme, ¿piensas en ser la madre de sus hijos o en echarle el polvo de su vida?

—¡Lara, por Dios! ¿Por qué tienes que hablar de manera tan vulgar? Quitas todo ápice de romanticismo a la situación.

—¡Oye, perdona, pero hay que tener las cosas claras! —enunció con una pizca de incomodidad—. Además, que yo sepa, que un hombre te excite no deja de ser algo romántico, porque, de darse la situación, os entregaréis y os amaréis. ¿Puede haber algo más romántico que la entrega de cuerpos? —demandó una respuesta.

—Pues prefiero que lo expliques como lo has hecho ahora, de forma menos grosera, más romántica.

—¡Cielo santo! —espetó acelerada—. Quieres ser la madre de sus hijos, Silvi. —Sonó a reproche.

Un breve silencio se instaló entre las dos, pero otro fuerte suspiro de Silvia terminó quebrándolo.

—No sé, Lara, no sé —repitió inquieta—. De ahí todo el caos en mi cabeza, ¿no lo pillas? Me atrae Víctor, pero me debo a Samuel, a un contrato con él. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en Víctor ni de fantasear con él. No he pegado ojo en toda la noche reflexionando sobre el tema, y a altas horas de la madrugada decidí ir a la cocina a beber un vaso de leche y a despejarme. ¡Y voy y me lo encuentro allí! —Alzó la voz—. Huyo de él y ¡zas!, me topo con él. ¿Te lo puedes creer? Pues sí, créetelo. Allí estaba, vestido solo con un bóxer de Calvin Klein.

—¿Que lo has visto en calzoncillos?! —gritó Lara.

—Sí —contestó Silvia con calma—. Y por cierto, le quedaba de muerte. ¡Por favor, tiene un culo de infarto! —enunció mordiéndose el labio inferior.

—¿Y qué hizo él? —preguntó impaciente.

—Nada. Al principio se sorprendió por no esperar a nadie, pero después no sintió vergüenza alguna. De hecho, me preguntó con toda naturalidad si me ocurría algo. Le contesté que no podía dormir e iba a tomarme un vaso de leche, y se ofreció a ponérmelo.

—¿Y estuviste tomándote un vaso de leche con él en calzoncillos? —Volvió a subir el tono.

—Sí. Y charlando —añadió Silvia.

—¡Joder! ¿Y tú qué llevabas?

—Un pijama.

—¿Un pijama cómo? Descríbelo.

—De pantalón corto y camiseta de tirantes, los que suelo utilizar.

—Vamos, tapando también lo justo.

—¡Eh, yo iba mucho más tapada que él! —advirtió molesta.

Un silencio, que duró un parpadeo, se coló por los auriculares de los móviles.

—¡Dios! No me preguntes lo que acaba de venirme a la cabeza —soltó Lara.

—¿El qué? —preguntó Silvia, a la defensiva.

—Te he dicho que no me lo preguntes, Silvi, no va a gustarte escucharlo. —Se le escapó una sutil risa.

—Suéltalo de una vez, Lara —exigió seria.

—Está bien, tú lo has querido: ese encuentro en la cocina, semidesnudos, suena a... peli porno.

—Pero ¿qué dices? —medio chilló.

—Lo que oyes —respondió con jocosidad.

—Yo llevaba pijama, no estaba semidesnuda.

—Pijama corto, escueto, tapando lo justo.

—Pero..., pero... ¿qué sandez estás diciendo?

—Mira, te lo resumiré brevemente, a ver si no llevo razón —habló entre risas, no podía eludirlas imaginando la escena—. Mujer maciza llega a la cocina con un minúsculo pijama: «Hola, no puedo dormir y vengo a tomarme un vaso de leche». Y él, un tío bueno que está que cruje y casi desnudo, contesta: «¡Oh, yo te lo sirvo! ¿De qué tipo de leche prefieres, guapa?». Y ella responde: «No sé, dame de la que tú quieras». La poca ropa desaparece y lo hacéis encima de la mesa como conejos. Argumento total de peli porno. — Se carcajeó.

—¡Caramba, Lara, que esto es serio! —Se quejó en un tono que bordeaba la crítica y la reprobación—. ¿Cómo puedes bromear con algo así? —La pregunta quedó suspendida en el aire, y continuó—: Son mis sentimientos, estoy hecha un lío entre lo que deseo y lo que debo hacer. Me siento una traidora solo por pensar en Víctor, puesto que con quien debo estar es con Samuel. Estoy aquí para casarme con él, para cumplir un contrato que contiene una cláusula en la que quedan prohibidas todo tipo de relaciones con terceras personas hasta la finalización. Pero no puedo quitarme a Víctor ni un segundo de la cabeza, empiezo a sentir algo por él. Deseo casi con ansia que regrese del trabajo, verlo cuando viene de correr, incluso la cena se ha convertido en mi momento favorito del día porque él comparte mesa con nosotros. —Soltó un lánguido suspiro—. Y Linda no hace más que recordármelo todo el día porque ella es su regalo. Y entonces recuerdo su mirada, su sonrisa, su voz tan sexi...

Silvia calló. Su voz se ahogó en medio de un llanto rabioso que pretendía aflorar, pero que no estaba dispuesta a consentir, y se secó la nariz con la manga de la sudadera que llevaba puesta.

Después de oírla, Lara suspiró fuerte, trazó una mueca de resignación

forzosa y entrecerró los ojos. Al abrirlos, su mirada y rostro habían ganado seriedad, parecía comprender la gravedad de la situación. Lo que desde un principio le daba miedo de ese trabajo tan peculiar estaba sucediendo. Aunque ella siempre temió que Silvia se enamorase del hombre con el que debía casarse, jamás pensó que el problema lo iba a ocasionar otro allegado al contratante, tal posibilidad nunca la había considerado. Pero no debía juzgarla, sino ayudarla, pues en el amor uno nunca manda, siempre llega sin previo aviso.

—Silvia, cariño, no pienses que te lo estoy echando en cara, pero sabes que te avisé. Te advertí que no era bueno jugar con los sentimientos —explicó con indulgencia—. Porque de eso trata ese contrato, de comprar compañía, de algo que sin querer puede convertirse en amor. Creí que sentías algo por Samuel y estaba un tanto alerta, pero nunca hubiera imaginado que te fijarías en su hermano y que posiblemente te estés enamorando de él. —Resopló—. Yo lo único que puedo decirte es lo mismo que has dicho tú: tienes un contrato y debes cumplirlo. Ahora toca asumir y apechugar. O, como solemos decir, ajo y agua, a joderse y aguantarse hasta que llegue el fin. Tendrás que vivir de las fantasías que te despierte el tal Víctor Culo de Infarto —concluyó bromista, pretendiendo restar importancia al asunto para que Silvia se sintiera mejor.

Una vez más, un silencio arrollador envolvió el ambiente.

—Llevas razón, Lara. Debo cumplir ese contrato y contener mis pensamientos y deseos —afirmó, librando una batalla entre su mente y corazón, intentando esconder sus incipientes sentimientos en el rincón más profundo del alma.

—Espero que seas capaz de tener la cabeza fría y no caer en la tentación por más que te provoquen. Porque me da en la nariz que tú también despiertas algo en Víctor —comentó segura—. El día de la fiesta de compromiso me hizo un interrogatorio sobre ti, y para tu cumpleaños te regaló lo que le aseguré que más podría gustarte: un perro. Además, he visto cómo te mira, le atraes. —Hizo una brevísima pausa—. Por favor, piensa bien las cosas, Silvi, flor, no quiero que tú salgas malparada en ningún aspecto.

Silvia compartía esa idea con su amiga, ella también creía que Víctor tenía puestos los ojos en ella. Y por si no lo tenía claro al cien por cien, las

palabras que le había dicho hacía unas horas y que no había compartido con Lara lo habían ratificado. Él también se sentía atraído por ella.

Suspirando con fuerza, Silvia contestó con rotundidad:

—Tendré la cabeza fría y cumpliré mi contrato, tenlo por seguro.

—No espero menos de ti.

—Gracias, Lara. Tan solo necesitaba una de tus charlas para centrarme. Ahora lo veo todo con más claridad, siempre sabes ayudarme. Muchas gracias, amiga.

Lara sintió un ligero alivio al oír las firmes palabras de su amiga, que no daban muestras de la menor vacilación con respecto a su decisión.

—No hay de qué, Silvi, sabes que estoy siempre a tu disposición. Pero ahora, y sintiéndolo mucho, tengo que dejarte. Debo terminar de vestirme para ir al trabajo.

—Por supuesto, no te entretengo más. Nos vemos el lunes.

—Nos vemos, florecilla. Y recuerda, mente fría.

—No lo olvidaré. Chao.

Más de dos semanas después del encuentro entre Silvia y Víctor en la cocina todo seguía igual entre ellos. Silvia cada día deseaba verlo con más ansia, y a la vez debía evitarlo por cuanto le hacía sentir. Víctor, en los pocos ratos que coincidían, continuaba con sus seductoras miradas, cada vez más insistentes, con más ganas. Sus ojos ya no miraban, hablaban, le gritaban a Silvia que la deseaba; pero ella no quería verlos ni oírlos, los eludía en la medida de lo posible.

Samuel estaba al corriente del juego de su hermano, no porque él se lo hubiera contado, sino porque resultaba más que obvio. Igual de evidente que el caso omiso que Silvia hacía a la estrategia seductora de Víctor, regalándole indiferencia. Samuel disfrutaba mucho con ese acto, que de forma irremediable lo llevaba a verse ganador de la apuesta, y además, la impasible actitud de Silvia con respecto a su hermano era un plus añadido para él, pues gracias a ella la admiraba más. Su conducta manifestaba que era una mujer de altos principios, con gran dignidad, que jamás incumpliría el contrato ni lo engañaría, y eso le estaba creando un especial vínculo de cariño hacia ella.

De vez en cuando, en su papel de instigador, Samuel se lo restregaba a Víctor por la cara, mofándose de él. «No vas a llevarte a Silvia a la cama ni en sueños. Ni siquiera ahí te va a permitir acostarte con ella», le había dicho en más de una ocasión, riendo. Víctor, apretando la mandíbula, prefería callar, no deseaba entablar una discusión con él. Tan solo lo miraba de forma desdeñosa mientras tamborileaba los dedos en la mesa, malhumorado e intentando contenerse para no contestarle. En medio de sus burlas, comenzaba a beber un vaso de whisky a tragos en lugar de a sorbos. Samuel estaba disfrutando de lo lindo mientras veía agotarse el tiempo del reto y a su hermano vencido. Víctor lo sabía. Comprendía que lo tenía todo perdido, aunque aún no quería asumir la derrota. Pero sobre todo no quería pensar que jamás conseguiría a Silvia, que nunca podría saborear la ambrosía que se ocultaba bajo su piel, bajo su alma.

Pasados unos días, y pese a todos sus intentos, Víctor admitió que su plan de acoso y derribo no daba los resultados esperados con Silvia; era inútil. No era razonable prorrogar más lo inevitable: su fracaso. Estaban a menos de una semana de iniciar el mes de diciembre, fecha en la que Samuel se marcharía con ella a Nueva York durante diez días. A lo largo de ese tiempo no se verían, y a la vuelta, en solo once días, su hermano se casaría con Silvia. Era del todo imposible seducirla y ganar el reto; por lo tanto, se rendía. Mentalizado por completo, el domingo después de comer decidió tirar la toalla.

Por un momento, y debido a la determinación que acababa de tomar, Víctor sintió alivio. Su ser se encontraba ligero, despojado de peso. Pensó que por primera vez podía llevar a cabo lo que había decidido. Podía hacerlo porque su padre estaba muerto, pues estando vivo, rendirse no hubiera sido una opción. No. Su progenitor nunca lo hubiera aceptado, cuando menos permitido. A Ernesto no le importaba si su primogénito ganaba o perdía, pero no toleraba que no luchase hasta el final, o hasta que su padre decidiera. Sin embargo, ahora Víctor había resuelto no combatir, lo encontraba absurdo, y se sintió muy bien sabiendo que nadie lo iba a presionar para cambiar de idea. La decisión la tomaba él y solo él, y ya lo había hecho. Eso sí, a pesar de decidir no continuar con el reto y declararse perdedor, no podía dejar de pensar en Silvia, en las ganas que tenía de besarla, de perderse en su cuerpo, de amarla. Melancólico por ver frustrado ese deseo, se acercó hasta el piano del gran salón y se sentó frente a él.

Samuel últimamente estaba más agotado de lo habitual. Parecía que el tema de los preparativos nupciales, el simple hecho de pensar más de lo usual, le estaba pasando factura a su delicada salud. Después de comer se encontró tan mermado de fuerzas que decidió marcharse a su dormitorio a descansar. Silvia pensó en aprovechar ese tiempo leyendo, incluso ya sabía el libro que iba a coger mientras sus pasos la dirigían a la biblioteca. En ese instante escuchó a lo lejos el sonido de unas notas musicales y aguzó el oído. La suave melodía que danzaba por el aire le generó mucha curiosidad. Con rapidez, se acercó al lugar de donde provenía el sonido, el salón principal, para ver qué y quién lo creaba. Era Víctor. Víctor tocando el piano. Víctor deslizándose con delicadeza sus manos por las teclas blancas y negras, paseándolas con destreza por un terreno que ya dominaba. Emocionada,

Silvia caminó hasta aproximarse a él y quedar a su espalda. Desde esa corta cercanía siguió deleitándose con el dulce sonido que flotaba por la sala, encharcaba sus oídos y le penetraba en las venas sacudiéndole el corazón. Nunca había oído tocar el piano en directo, pero, para su corto entender, Víctor lo hacía de forma deliciosa. Las notas que creaba eran todo un regalo para los tímpanos y el alma.

Cuando Víctor terminó de tocar la pieza musical, ella aplaudió con efusividad. Él, sorprendido por los vítores, volteó la cabeza y se topó con los chispeantes ojos de Silvia observándolo embelesada; además, le regaló una sonrisa de admiración. Sonriendo con sutileza, Víctor le agradeció los aplausos con una inclinación de cabeza.

—¡Qué bien tocas, es maravilloso! —exclamó Silvia, cesando el palmoteo.

—Muchas gracias. Pero tan solo lo hago de manera aceptable —dijo él levantándose.

—Pues a mí me ha parecido fantástico. Me ha encrespado la piel —anunció frotándose los brazos ante el escalofrío que percibió.

—Con un público tan generoso como tú, da gusto. —Sonrió más, pensando, y le preguntó—: ¿Quieres tocar conmigo?

—¡Oh, yo no sé! No tengo ni idea —respondió medio riendo.

—No importa, yo puedo guiar tus manos. ¿Te apetece? —La miró a los ojos.

Silvia vaciló unos segundos.

—Vale. ¿Por qué no? —Se encogió de hombros.

—Entonces, siéntate, por favor.

Silvia tomó asiento y esperó a ver qué hacía Víctor. Se sorprendió al verle dar la vuelta, al sentirlo detrás de ella, con el pecho apoyado en la parte alta de su espalda. A continuación posó con delicadeza las manos sobre las suyas y empezó a dirigirlas por las teclas, que comenzaron a desprender una melodía celestial que volvió a ponerle el vello de punta.

Víctor absorbió el aroma a femineidad que emanaba de Silvia. Observó el escote de su blusa de seda, la tersa piel asomando, la concavidad que separaba sus pechos y la impertinencia de unos botones que, impidiendo ver

más, frustraban a la tentación. De reojo, admiró sus encarnados labios entreabiertos, carnosos, rosados, jugosos... De súbito, le emergió un ansia arrolladora por besarlos, por querer conocer el sabor de su piel. Deseaba tener a Silvia, lo anhelaba con extremas ganas, y la apetencia se hizo tan vigorosa que la sangre le comenzó a arder hasta abrasarle las venas.

Las manos de Víctor pararon, y con ellas las de Silvia. Ambos ladearon las cabezas y durante unos segundos las miradas permanecieron imantadas. Entre ellos se creó una conexión que elevó el deseo que los dos sentían. Sus rostros permanecieron parados a escasos centímetros, y durante ese tiempo los cálidos alientos entrechocaron en los labios del otro, enardecidos. La pasión contenida dejó de serlo, se convirtió en palpable. De forma fugaz Silvia observó el brillo de excitación que anidaba en los ojos de Víctor, y el cuerpo le tembló. Él mantuvo la respiración, el silencio, y lentamente se aproximó un poco más a la cara de Silvia, que sintió a su corazón dar un vuelco por la proximidad de las bocas. La invadieron unas inusuales ganas de dejarse llevar, quería pegarse a esos labios que desea con fervor. El corazón se le desbocó. Estar tan cerca de él, de su boca, la alteró en profundidad. Pero bajo ningún concepto debía cruzar esa línea, no solo por el contrato, sino por el cariño que le había cogido a Samuel y el respeto que le tenía. Su cabeza no paraba de recordárselo cuando Víctor acercó los labios un centímetro más, si bien su corazón opinaba de forma distinta; se sentía muy seducida por él y deseaba acabar entre sus brazos. Con la respiración acelerada, Silvia giró el rostro y miró al frente, al piano. El corazón le iba a más de mil latidos, estaba convencida que, de seguir así, podría reventarle en el pecho.

—¿Y desde cuándo sabes tocar el piano? —preguntó a Víctor de forma inesperada, rogando a Dios que le devolviera la calma.

Él, alterado también por haber estado a punto de rozar la sensual boca de Silvia, se apartó de ella despacio y se sentó a su lado. En segundos, intentó controlar la ola de excitación que lo había engullido, que hacía palpitar con agresividad al motor de su cuerpo e incluso despertaba con sutileza a su entrepierna.

—Aprendí cuando mi padre murió —respondió, fracturando el mutuo silencio—. Antes no pude hacerlo, él nunca me dejó. Para mi padre no resultaba algo muy masculino y no me lo iba a permitir —confesó. Silvia se quedó impactada con la declaración de Víctor. Con su revelación tuvo la impresión de que él tampoco fue muy bien tratado por su progenitor—. En

cuanto falleció me compré este piano y contraté a un profesor. Practicaba cinco días a la semana, tres horas diarias, y los fines de semana me machacaba sin parar —afirmó, mirando al piano—. De seguro que mi padre se retorcerá en la tumba cada vez que toco, pero yo soy muy feliz haciéndolo. —Sonrió de una forma extraña, a medio camino entre la alegría y el remordimiento.

—Vaya —dijo Silvia en voz queda, meditando sus palabras—. Ya sé que la relación con vuestro padre no era muy... llamémosla fácil. Samuel me ha contado algo.

El gesto de Víctor cambió de inmediato. Se sintió molesto al saber que Samuel había hablado con ella de ese tema. Aunque lo que más le incomodó fue creer que también le habría mencionado la suya como hermanos. Se sintió ofendido, de seguro que su hermano le habría contado a Silvia su verdad, no la realidad vivida. Samuel le habría hecho partícipe de sus sentimientos, no de todos los sentimientos sufridos, vividos y tolerados que se habían experimentado a lo largo de los años por ambas partes, no solo por él.

—¡Oh! —exclamó Víctor de forma áspera—. Samuel te habrá contado la película a su manera, siendo él la víctima, cómo no. ¿A que sí?

—Bueno, él... —dijo vacilante—, él me ha...

—Mejor no me digas nada porque voy a cabrearme —la interrumpió enojado—. Pero te diré algo, te aseguro que yo era tanto o más víctima que él —escupió con rabia.

—Tranquilo, Víctor —anunció Silvia al ver su brusco cambio de actitud—. Sé que siempre suele haber más de una versión dentro de la misma historia. Cada uno la cuenta según la ha vivido.

—Pues yo la viví en medio, recibiendo de los dos —contestó él a la defensiva—. Yo me encontraba entremedias de mi padre y de Samuel, a mí me tocó interpretar el papel más ingrato. Diga mi hermano lo que diga, te cuento lo que te cuente, fue así —explicó con los dientes apretados, en tono amargo.

Silvia lo observó apenada, parecía guardar tanto dolor que sintió ganas de abrazarlo para consolarlo. Pero en lugar de eso tan solo afirmó una evidencia.

—Está claro que no vivisteis una infancia muy feliz.

Víctor siseó de forma mordaz y, furioso, respondió:

—Ni infancia, ni adolescencia, ni nada de nada. Pero yo lo callaba, lo ocultaba, porque si hablaba o protestaba era peor, me ponía más en contra a mi padre y, por consiguiente, a Samuel. —Silvia contempló sus ojos, en ese instante eran un abismo de oscuridad.

—Parece que tu papel tampoco ha sido fácil —advirtió con cierta pena.

—Si yo te contara mi papel te darías cuenta de que estoy tan marcado como mi hermano. Por supuesto que sí. —Asintió—. Él se cree que yo era el favorito de mi padre, pero la realidad era otra, una muy distinta. Yo fui utilizado como arma arrojadiza contra Samuel, mi padre me empleó para dañarlo, y eso es algo que él todavía no ha querido admitir —habló con la mandíbula tensa—. Mi hermano solo ha querido comprender que el azotado por el implacable látigo de la indiferencia y el menosprecio era él. A día de hoy, no ha reparado en que esos azotes rebotaban directamente en mí, me desgaban el alma, me laceraban. Yo salía igual de lastimado que Samuel porque siempre, siempre estaba en medio. Y esa posición significaba recibir de manera incesante, nunca podía escaparme de la fustigación. De continuo era herido, como él.

Víctor calló bajo la atenta mirada de Silvia, que escuchando el sonido de su voz, el dolor, la rabia y angustia que se percibía en ella, oyó partirse a su corazón. Ese debía de haber sido el sonido más habitual en la vida de los hermanos Alvarado, el del resquebrajamiento debido a una vida traumática. Desde luego, tal y como le comentó Filiberto, Ernesto Alvarado había marcado a sus dos hijos; no había duda alguna de ello.

Bajando la cabeza, Víctor se dio cuenta de que por primera vez, aparte de con su psicólogo, se había desahogado con alguien, había soltado lastre al dolor y se sentía bien. Silvia, con su actitud de fiel oyente, sin juzgar, sin reprochar, siendo una mera espectadora del desalojo de sentimientos, le había hecho sentir bien. Volvió a subir la cabeza y, con los ojos, intentó darle las gracias; las palabras andaban anudadas entre las cuerdas vocales. Silvia pareció entenderlo y decidió dar cierre a la confesión que le acaba de hacer Víctor. Lo hizo regalándole unas tiernas palabras de ánimo y un abrazo. El estrechar de brazos fue todo un bálsamo reparador para él, le hizo sentirse en paz durante unos instantes, le aligeró los resentimientos. Al separarse de ella, Víctor deseó como nunca besarla. Sintió esa avidez tanto por anhelo como en agradecimiento, pues hasta ahora nadie le había suscitado la confianza suficiente para vaciar aquellos recuerdos, y, por consecuencia, la ira que con

ellos guardaba.

Silvia, por vez primera, contempló a Víctor con ojos distintos. Se dio cuenta de que era un hombre herido, marcado, magullado por el trato de su familia. En realidad, no se alejaba mucho de ella en ese sentido, aunque cada uno había reaccionado de diferente manera ante situaciones parecidas: Silvia se había puesto el mundo por montera y peleado como una jabata; Víctor, sin embargo, se vestía cada día de arrogancia; era su coraza para protegerse del mundo. Ahora entendía las palabras de Samuel; él conocía bien a su hermano, sabía la fachada que aparentaba, pero también que tenía buen fondo. De modo que, por deducción, Samuel también era consciente del papel que había tenido Víctor en la relación familiar, lo conocía de sobra, aunque se lo omitiera a su hermano y al mundo. A Silvia no le pareció justo ese silencio por parte de Samuel, y decidió hablar.

—Tu hermano sabe que tú estabas en medio de él y tu padre, estoy segura. Samuel te quiere, te defiende.

—No hables de lo que no sabes, Silvia.

—Pero es cierto, te defiende. Siempre me ha dicho que eres buena persona. No habla mal de ti, sino de vuestro padre. Él te quiere, Víctor. —Lo miró con compasión, con la necesidad de que creyera sus palabras.

—Puede que me quiera a su manera, pero te puedo asegurar que es muy distinta a la mía —resolvió, metiendo las manos entre su pelo con gesto de tristeza—. Mi hermano se ha pasado la vida retándome. ¿También te lo ha contado?

—No..., de eso no me ha hablado.

—Claro, porque eso no le conviene, pero ya te lo digo yo. —Sopló, rezumando dolor—. Toda su vida ha rivalizado conmigo, ha sido un desafío constante, agotador. —Suspiró—. Cuando nuestro padre murió le pedí, casi le supliqué, enterrar la competencia para siempre, y, aunque a regañadientes, pareció que accedía. Pero no ha sido así, sigue retándome cuando quiere y le viene en gana, tiene una necesidad imperiosa de quedar siempre por encima de mí. —Calló unos segundos, recordando recuerdos que creía olvidados pero que estaban guardados en él—. ¿Y sabes por qué lo hace? Porque se cree la víctima de todo lo vivido y necesita resarcirse buscando de alguna forma mi humillación. —Gesticuló con incompreensión, negando con la cabeza—. Yo, en cambio, nunca le he retado, tan solo aceptaba sus desafíos

por imposición paterna —expresó con pesar—. Intento limar todas nuestras asperezas, vivir como hermanos, como personas normales que no pasan toda su vida midiéndose, comprobando quién es mejor. —Soltó una bocanada de aire henchido de desaliento.

—Debes entender su postura, Víctor, ambos debéis entenderlas. Desde mi punto de vista, creo que necesitáis hablar, desahogaros entre vosotros. No tenéis que juzgaros, sino apoyaros. En realidad, los dos sois víctimas, los dos habéis recibido maltrato psicológico.

Víctor pensó en la cantidad de veces que le había repetido esas palabras su psicólogo: «Eres víctima de maltrato psicológico, Víctor, y eso tarda en cicatrizar». También meditó la de veces que había pensado en hablar con Samuel, otro consejo de su psicólogo, aunque nunca lo había hecho. Nadie sabía que había estado yendo a terapia, ni siquiera Filiberto, siempre lo ocultó por miedo a que su hermano se enterase y creyera que era débil.

—Sé de sobra que he recibido maltrato psicológico, Silvia —aseguró con firmeza, diciéndolo por primera vez en alto. Hizo una pausa y Silvia descubrió en sus ojos una profunda tristeza, un halo de derrota que oscilaba entre la vulnerabilidad que asomaba de lo más hondo de su alma—. Al igual que he entendido de forma constante el trato tan injusto que recibió mi hermano, pero él no quiso ver el que yo recibía. Podíamos habernos unido, pero él prefirió el enfrentamiento, y de eso se valió mi padre. —Parecía que las palabras se le anudaban en la lengua, y guardó otro corto silencio antes de añadir—: ¿Sabes? El día que murió no fui capaz de derramar una sola lágrima. No me salían y no las iba a fingir. Tras el funeral lo único que sentí fue paz. Una inmensa paz. La paz que deja una persona dominadora y manipuladora al llegar su fin. —De nuevo una breve omisión de palabra—. Ingenuamente creí que con su fin llegaría el inicio de nosotros como hermanos, pero la herencia alejó a Samuel de mí durante cinco años. Cinco largos años en los que no quiso saber de mí, aunque yo sí estuve al corriente de él. Luego su enfermedad, esa maldita que lo ha postrado en una silla de ruedas y robado la vida, lo trajo de vuelta a mi lado. —Las palabras estaban preñadas de sufrimiento, y un suspiro cargado de tormento se le deslizó por los labios antes de retomar su confesión—. Nuestra relación es muy compleja, hablamos de amor y de odio, sentimientos de digestión pesada. Creo que por su parte prevalece más el odio que por la mía. Yo enterré el mío hace unos años, seguramente junto a mi padre, aunque no me di cuenta hasta

más tarde.

Después de escuchar a Víctor, Silvia sintió una pena rotunda que le calaba el alma hasta traspasarle el corazón. Aun así, debía esconder ese pesaroso sentimiento y brindarle ánimo.

—Vuelvo a repetirte que debéis hablar de todo esto entre vosotros y aclararlo. Creo que aún estáis a tiempo de solucionarlo. —Asintió—. Y por mi parte solo decirte que puedes desahogarte conmigo siempre que lo desees, a veces es más que necesario hacerlo —dijo levantándose—. Ahora me marchó, tu hermano estará a punto de despertarse y querrá su rato de lectura.

—Muchas gracias por escucharme, Silvia. —Se levantó también y ambos se separaron del piano—. ¿Puedo darte dos besos en agradecimiento? —Más que una petición la frase sonó a súplica, un ruego que se vertió por sus labios dejando aflorar una leve sonrisa.

Silvia dudó una milésima de segundo, no sabía si era buena idea después de lo cerca que habían estado de besarse en la boca. Pero al contemplar la variación en el rostro de Víctor, la sonrisa melancólica que se desvanecía y acababa en un largo suspiro, accedió.

—Desde luego —contestó, acercándose a él.

Esos dos besos terminaron en un abrazo. Uno estrecho, fuerte, con los corazones de ambos latiendo sin control. Sentirse en los brazos del otro era hermoso y a la vez hiriente, algo que deseaban pero que Silvia no podía consentir. Tras separarse despacio de Víctor, y sin mediar palabra alguna, abandonó el salón. Los ojos de él no querían perderla de vista, querían ir tras ella, contarle lo que sentía y amarla en cualquier rincón de la casa. El alivio que le había proporcionado Silvia se esfumó con la misma rapidez con que sus ojos dejaron de verla. Elevó la vista al cielo y suplicó por un milagro. Uno que le hiciera ganar el corazón de esa hermosa mujer; aunque para ello tuviera que esperar a que el absurdo contrato llegara a su fin.

Mientras caminaba en dirección a la habitación de Samuel, Silvia no paraba de pensar en Víctor, en cuanto le había contado, en lo marcada que estaba su vida y, de forma inevitable, en lo mucho que le gustaba. No era el primer hombre por el que se sentía atraída, pero, emocionalmente, nunca sintió la chispa que notaba con él. Aunque a estas alturas, la chispa había crecido tanto que se había convertido en una llamarada. Cada vez que pensaba en él, que lo veía o que sus miradas se entrelazaban, lo notaba, sentía

el fuego en su interior, fundiéndola. Tenía el corazón en llamas, de entero ardiendo por Víctor, que la tenía prendada y ni siquiera podía comprender cuándo había ocurrido ni cómo, pero era todo un hecho.

Cinco días antes del viaje a Nueva York, todo cambió de repente. De madrugada, casi rozando el amanecer, a Samuel lo despertó una extrema tensión. No podía hacer el leve movimiento que sus piernas realizaban hasta ese momento, pero tampoco podía mover los brazos, no le respondían. El pánico lo atrapó. Estaba completamente entumecido. Se observó las manos, los nudillos se encontraban flexionados, estaban agarrotadas. Un punzante y repentino dolor le sobrecogió cual latigazo. Subió desde la planta del pie izquierdo hasta la ingle y, tras una pausa de menos de un par de segundos, continuó hasta la garganta y finalizó en la sien. Le atravesó el cuerpo de abajo arriba, y con cada continuo trallazo la rigidez se incrementaba.

—¡Silvia, Silvia! —exclamó todo lo alto que pudo. Ella abrió los ojos con premura al oír la voz de Samuel con un tono diferente, casi alarmista.

—¿Qué ocurre? —preguntó incorporándose y encendiendo la luz. De inmediato se fijó en el cuerpo de Samuel, parecía estar rígido.

—Llama a Filiberto, tengo una crisis, necesito que me lleven al hospital —anunció con dificultad, le costaba pronunciar.

—Tranquilo, Samuel, tranquilo —habló acelerada mientras salía de la cama—. No te preocupes, voy a buscar a Filiberto y ahora mismo llamamos a una ambulancia —dijo, y salió de prisa de la habitación.

Silvia corrió por el pasillo a la mayor velocidad posible para llegar al dormitorio de Filiberto.

—¡Filiberto, abre, por favor! —avisó aporreando la puerta—. Samuel está sufriendo una crisis, hay que llamar a una ambulancia y trasladarlo al hospital.

El hombre salió de la cama disparado y abrió la puerta con la misma celeridad.

—¿Qué le ocurre? ¿Cómo está?

—Me ha dicho que tiene una crisis y está absolutamente rígido.

—¡Oh, Señor! Con razón se quejaba últimamente de los brazos, de

sentirlos torpes, ya estaba barruntando otra de sus crisis. —Sopló angustiado—. Llamaré al hospital para que envíen una ambulancia y un médico lo antes posible. Ahora vaya con él, que no esté solo, por favor.

—¿Y Víctor? Habrá que decírselo también, ¿no? —preguntó Silvia.

—Desde luego, hay que avisarle. Corra y dígaselo, y vuelva con Samuel a la mayor brevedad.

Filiberto cogió el teléfono y empezó a marcar el número del hospital, se lo había aprendido de memoria. Silvia corrió de nuevo por el pasillo y se dirigió al ala izquierda para llegar a la habitación de Víctor. En cuanto llegó a la puerta clavó los nudillos en ella y llamó con insistencia.

—¡Víctor, ábreme! Samuel tiene una crisis. ¡Abre, por favor! —pidió sin parar de golpearla.

Sobresaltado por los golpes y las voces, Víctor salió de la cama con urgencia, con la misma que denotaba la voz de Silvia.

—¿Has dicho que Samuel tiene una crisis? —inquirió asustado, abriendo la puerta de par en par.

—Sí. Filiberto está llamando al hospital para que manden una ambulancia y un médico. Me voy con tu hermano —dijo echando a correr de nuevo.

Cuando Silvia llegó a la habitación Samuel se encontraba peor que antes. Sus manos, cada vez más agarrotadas, habían terminado cerrando los puños; la tensión que dominaba a su cuerpo se apreciaba más fuerte que cuando ella lo dejó. Pero lo que más impresionó a Silvia fue ver las venas de sus brazos resaltando de manera notable. Estaban de pleno en realce, sobresalían de una forma tan exagerada que parecía que iban a quebrarle la carne y a salir disparadas de su lugar.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —repitió, acariciándole la frente con cariño—. En breve te llevarán al hospital. Estate tranquilo, Samuel, todo va ir bien.

—Va..., va... le —contestó él tartamudeando, el entumecimiento le impedía hablar con normalidad.

Los ojos de Samuel denotaban miedo; los de Silvia, impotencia por no saber qué hacer ni cómo ayudarlo. Frente a su ignorancia ante tal enfermedad se decantó por el consuelo. Se tumbó a su lado y se dedicó a acariciarle el

cabello sin dejar de mirarle a sus ojos azules, temerosos y apagados en ese instante como nunca antes los había visto. Así esperó la llegada de la ambulancia, sin apartarse del lado de Samuel, hablándole con cariño y dándole continuos ánimos. Ese hombre, convertido en ese momento en un ser desvalido y dependiente, era cuanto requería.

Por fin, más de tres horas después de haber llegado al hospital, el médico se acercaba a hablar con ellos. Víctor, con cara de abatimiento y preocupación, se levantó con diligencia y caminó hacia él dando unas zancadas llenas de ansiedad. Silvia y Filiberto fueron detrás.

—¿Cómo se encuentra mi hermano, doctor? —interpeló temeroso.

—De momento está estable —contestó, intentando apelar a la calma con un gesto—. Le hemos inyectado varios relajantes musculares y parece que la rigidez va remitiendo de forma lenta pero progresiva. Aunque tendremos que esperar unas setenta y dos horas para saber qué daños ha dejado esta nueva crisis. Ha sido más fuerte que las anteriores.

—¿Puede perder la movilidad en los brazos? —preguntó Filiberto a renglón seguido.

—Pudiera ser. Si no total, parcial. Pero, por favor, no adelantemos acontecimientos hasta que trascurra el tiempo que les he dicho. Quizá no deje secuelas, o sean mínimas. Lo mejor es esperar sin hacer especulaciones —les aconsejó.

—Por supuesto, doctor —dijo Víctor, y lanzó un soplido de alivio.

—Lo único claro es que tendrá que permanecer ingresado varios días, igual una semana. Todo variará en función de la recuperación.

—¿Cree que estará bien para el día 20 de diciembre? —Silvia formuló la pregunta sin pensar—. Nos casamos ese día —agregó, gesticulando una mueca de preocupación.

—Estoy seguro de que sí. —El doctor sonrió con sutileza.

—¿Podemos verlo? —preguntó Víctor.

—Ahora mismo lo mejor para el paciente es descansar y estar tranquilo,

además está dormido, es un efecto secundario de los relajantes. Le hemos administrado unos muy fuertes. Tendrán que esperar hasta la tarde, entonces podrán hacerle una breve visita, no más de media hora. De modo que si quieren marcharse a descansar, pueden hacerlo.

—No, yo me quedaré aquí —avisó Silvia, buscando con la vista una silla en la sala de espera. A continuación se sentó.

Filiberto fue tras ella y se acomodó a su lado. Con ese acto ponía de manifiesto que él tampoco pensaba abandonar el hospital.

—Creo que preferimos quedarnos aquí por si hubiera cualquier cambio o pudiéramos pasar a verlo antes —explicó Víctor al doctor.

—Como ustedes quieran —contestó, y abandonó la sala.

Víctor se acercó a Filiberto y a Silvia y tomó asiento al lado de esta.

—Se pondrá bien y no le quedarán secuelas en los brazos, ya lo veréis —dijo en tono optimista—. Samuel es muy fuerte, en unos días estará de nuevo en casa y nos reiremos de esto. —Asintió, apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Les aguardaba una jornada larga, era mejor acomodarse al mobiliario.

Alrededor de las seis de la tarde una enfermera preguntó por los familiares de Samuel Alvarado Gray. Silvia, Filiberto y Víctor se levantaron de prisa, a la vez, y, tras oír la palabra «sígueme», anduvieron detrás de la enfermera por los pasillos del hospital. Al fin llegaron a la habitación que acogía a Samuel, un lugar espacioso, muy luminoso gracias a la luz artificial, que desprendía un olor aséptico a infecundidad y extrema esterilización. Samuel estaba tumbado en la cama, parecía tan desprotegido que causaba una pena profunda; arañaba el alma. Tenía pesadez en el rostro, cara de somnolencia; de seguro que la fuerte medicación aún hacía estragos en él.

—¡Hola, Samuel! —exclamó Silvia con dulzura, cogiéndole la mano libre de vía intravenosa entre las suyas—. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó con un timbre cargado de cariño.

—Algo mejor —contestó en voz queda.

—Hola, hermano. Me alegro de verte bien —saludó Víctor, emitiendo media sonrisa.

—Yo también me alegro de estarlo, aunque no sea uno de mis mejores días —bromeó, desviando la mirada hacia Filiberto—. ¿Y tú que dices, Fil?

—Que estoy muy contento de ver que no ha perdido el sentido del humor, señor —contestó feliz.

—Ese solo me lo arrebatará la muerte, y de momento ando esquivándola como puedo. —Emitió una breve sonrisa con la que los párpados se le bajaron unos segundos, aún le pesaban.

—¿Quieres que te dejemos dormir? —interpeló Silvia, notando el cansancio en su voz.

—No, quedaos un ratito y contadme algo, por favor. Pero si me duermo no penséis que me aburrís —bromeó de nuevo—, simplemente no puedo evitarlo. No me lo tengáis en cuenta. —Los párpados se le entrecerraron una vez más.

Los tres se quedaron con Samuel el tiempo que les habían concedido de visita, treinta minutos. Silvia aprovechó para contarle todo lo que tenían por hacer antes de la boda, incluso le comentó aspectos de la luna de miel. Lo hizo porque sabía que hablar de planes significaba tratar con el futuro cercano, algo que a Samuel le vendría bien, y además ese tema en particular seguro que era de su agrado. Charlando comprendió que el viaje a Nueva York no lo podrían realizar, solo quedaban cuatro días para iniciar ese primer viaje que Samuel había planificado, y él no estaba en condiciones de viajar; igual ni siquiera le daban el alta para entonces. Pero prefirió no sacar el tema, solo debía centrarse en proyectos, no en cancelaciones, porque era de lógica que ese viaje tendría que anularse. O mejor dicho, se pospondría para otro momento, para uno más adecuado. Aunque eso era lo que menos le importaba a Silvia en ese instante, lo único que deseaba y quería era que Samuel mejorase y se recuperase cuanto antes.

Pasadas las setenta y dos horas que los médicos consideraban primordiales para la evolución de Samuel, llegó el momento de conocer las secuelas que esa nueva crisis le había dejado. Todos soplaron aliviados cuando el doctor anunció que, de forma milagrosa, habían sido mínimas. Las piernas continuaban igual, Samuel no era capaz de sujetarse en pie con ellas ni de caminar, pero seguían teniendo una sutil movilidad en posición de reposo. En cuanto a los brazos, las extremidades que últimamente él venía observando un poco torpes, solo se había visto afectado el derecho de manera muy leve. Los análisis se encontraban más o menos en los parámetros de hacía seis meses; es decir, aceptables. Y con todo eso a su favor, solamente le iban a realizar un par de pruebas para estudiar a fondo los órganos internos. Si todo estaba bien, como parecían presagiar los indicios, a Samuel le darían el alta en unos días. La felicidad que produjo la noticia se esparció por la habitación a la velocidad de la luz. De forma instantánea y simultánea, los cuatro sonrieron; Samuel lo hizo aligerado de carga, Silvia con inmensa alegría, Filiberto sintiendo una gran paz interior y Víctor soportando una extraña mezcla de ternura y pena que le llevó a posar los ojos en su hermano. Observándolo, sintió un repentino llanto. Pero no podía expulsar esas lágrimas que peleaban por escapar, debía contenerse, y para lograrlo alejó la mirada de su hermano y contempló al resto de los presentes. En su pensamiento aunó la alegría de Silvia y la paz de Filiberto; las hizo suyas, propias. Armonizando esos sentimientos, a la par que agradecía una y otra vez la buena noticia sobre la salud de Samuel, consiguió frenar a la tristeza.

Después de marcharse el médico, los cuatro charlaron, bromearon y rieron. Lo hicieron durante largo rato, quizás un par de horas. Cuando las gargantas se resintieron por estar secas y deshidratadas, Víctor propuso acercarse a la cafetería a tomar algo y Silvia y Filiberto estuvieron conformes. A punto de salir los tres por la puerta, Samuel le pidió a su hermano quedarse un momento, quería hablar con él. No hizo falta añadir más, Filiberto, sin abrir la boca, invitó a Silvia a salir, ella, guardando el mayor de los mutismos, abandonó la habitación.

—En cuanto acabe me uno a vosotros —dijo Víctor.

Filiberto asintió antes de cerrar la puerta y dejar a los hermanos solos.

Mirando a Samuel, Víctor apoyó las manos en las caderas y esperó expectante sus palabras.

—Silvia es una mujer increíble, ¿verdad?.

—Sí, lo es —contestó Víctor sin titubear—. Ha estado tan pendiente de ti que en realidad parecía tu prometida.

—Es mi prometida, hermano —recalcó con orgullo.

Víctor prefirió no discutir con Samuel los términos de ese compromiso, no era ni el momento ni el lugar adecuado, de modo que decidió acabar la conversación.

—Si eso era lo que me querías decir, ya puedo irme, ¿no?

—No. No era eso. Mis palabras solo ha sido un comentario hacia el gran corazón de esa preciosa mujer.

—¿Y qué quieres decirme?

—Quería hablar contigo del viaje a Nueva York.

—¡Ah, tranquilo! —dijo presuroso—. No había caído en ello, pero lo cancelaré hoy mismo —afirmó.

—No —respondió Samuel contundente, aunque sin agresividad—. No quiero que lo canceles. —Lo miró serio.

Víctor se quedó confuso; no entendía la respuesta de su hermano.

—¿Entonces?

—Entonces alguien deberá ir con Silvia a ese viaje. Estaba muy ilusionada con conocer Nueva York, tiene el pasaporte hecho y la ropa casi dentro de la maleta. Me parece injusto que se pierda el viaje por mi culpa.

—¿Y qué has pensado, que vaya con su amiga?

—No. Tampoco. —Negó con la cabeza—. Su amiga no conoce la ciudad ni habla inglés.

—¿Y con quién va a ir? —demandó un tanto perdido.

—Quiero que tú vayas con ella.

—Pero..., pero... ¿qué coño dices? —preguntó perplejo. Incluso le costó articular la frase por pura incredulidad.

—Lo que oyes —contestó Samuel con rigor—. Tú puedes enseñarle la ciudad y nuestra compañía igual que yo.

—No voy a ir —dijo Víctor de forma tajante, desprendiéndose del inicial impacto.

—Claro que irás —declaró Samuel con aplomo, seco, casi brusco.

—Ni lo sueñes —replicó molesto.

—Irás —advirtió con prepotencia.

—He dicho que no, y no se hable más —anunció Víctor crispado.

Samuel meditó unos segundos la forma de inducirle para salirse con la suya, como siempre. De inmediato, su boca comenzó a dibujar una sonrisilla que portaba cierta malicia.

—Y ahora, ¿qué te hace gracia? —interpeló su hermano malhumorado.

—Ver tu miedo, Víctor. —Asintió.

—¿Miedo? ¿De qué hablas? —preguntó confuso.

—¡Oh, no te hagas el tonto! De sobra lo sabes. —Volvió a sonreír con sarcasmo—. No quieres estar a solas con Silvia porque temes su rechazo, te da miedo no poder superar el dolor en tu orgullo.

—¿Qué tipo de sandeces estás soltando, Samuel? —levantó la voz—. Está claro que tales disparates deben ser consecuencia de la medicación.

—No, hermano, sé muy bien lo que digo, quizá demasiado bien. Eres tú el que lo estás enfocando mal, y no debes verlo de esa manera —chistó—. Te ofrezco la última oportunidad para ganar el reto, ya no puedo hacer más, ¿no ves que te lo estoy sirviendo en bandeja? Juega bien tus cartas y gáname —explicó provocador.

Víctor se llevó las manos a la cabeza y contempló aturdido a Samuel. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Me parece imposible que me estés diciendo todo eso en este momento, después de la crisis que has tenido, encontrándote postrado en la cama de un hospital. ¡Santo Dios, es de locos! —escupió, desconcertado a la par que ofuscado.

—¿Acaso crees que esto me hace más débil? —siseó con rabia, estirándose con arrogancia—. Pues si lo piensas estás muy equivocado,

hermanito, siento defraudarte —vomitó con mordacidad—. Es más, añadiré que cuanto más difícil me lo pone la vida, más me crezco ante ella, más me sublevo. —Sonó amenazante.

Víctor lo miró boquiabierto, aunque terminó reaccionando.

—¿Y para ti estar en continua rivalidad conmigo es sublevarte con la vida? —preguntó un poco apabullado—. Yo nunca te he atacado, solo me he defendido, que es distinto —aclaró irritado, e hizo una pausa para tomar aire—. Jamás te he menospreciado, lo sabes. Nunca me porté de esa forma, nunca te he visto como un enemigo; eres mi hermano y quiero acabar con nuestras disputas de una vez por todas —avisó con paciencia, respirando hondo, derrotista—. Está bien, ya que tú jamás lo vas a hacer, seré yo quien dé ese primer paso, Samuel. Tú ganas, he abandonado el reto. Has ganado, hermano, aunque no es necesario que me des tus acciones, no las quiero.

El rostro de Samuel cambió la expresión por completo, la sarcástica sonrisa se esfumó tras escuchar a su hermano. Pero no solo dejó de sonreír, también notó una molestia agresiva en sus vísceras atravesándose las de arriba abajo. No quería ganar a Víctor tan fácilmente, de ese modo la victoria no sabía igual, no se disfrutaba al cien por cien. No podía aceptar su derrota antes del tiempo establecido, debía tentarle para que siguiera, debía demostrarle que ni aun encerrados en la misma habitación y desnudos sería capaz de acostarse con Silvia. Debía hacerle ver una vez más que él quedaba por encima, que era mejor que su hermano.

—¡*Mecagüenlaputa!* —soltó con mala leche—. ¿Qué te ocurre, Víctor? ¿Acaso te has vuelto un gallina, un pusilánime de mierda?

La actitud desafiante de Víctor se alzó en armas en menos de un segundo.

—No soy ningún cobarde —respondió con los dientes apretados—. Pero esto me parece la mayor estupidez a la que me has arrastrado. ¿No lo ves? Buscas a una mujer con la que pretendes casarte, la encuentras, firmas un contrato con ella en el que estableces que no puede acostarse con nadie, te sientes a gusto con ella, incluso la aprecias bastante, y sin embargo, parece que quieres que incumpla justamente esa cláusula. No te entiendo. —Sacudió la cabeza.

—Fuiste tú el que redactó esas cláusulas, no yo.

—Pero tú estuviste de acuerdo ¿no?

—Me resultó indiferente. —Se encogió de hombros—. Nunca pensé que estando la elegida conmigo, habiendo firmado un contrato por un tiempo específico y viviendo a mi lado fuera a acostarse con otro. Eso lo pensaste tú, Víctor.

—Yo es que tengo que ser muy retorcido —escupió con tanto sarcasmo como resentimiento—. Lo que está claro es que soy un estúpido y todavía no comprendo cómo fui capaz de acceder a tu descabellado reto.

—¿Acaso no quieres ganar y que deje de desafiarte? —preguntó, ignorando las anteriores palabras de su hermano. Samuel solo quería volver a instigarlo y debía conseguirlo como fuera—. Te recuerdo que esa fue tu condición, la única que pusiste, y, si ganas tú, cumpliré mi palabra de forma escrupulosa. —El silencio se instaló entre los dos—. ¡Vamos, Víctor! No me digas que te has cagado en los pantalones antes de terminar. —Se carcajeó—. Un tullido como yo es mil veces mejor que tú. Sin duda alguna tengo muchos más huevos de los que tú nunca tendrás.

—¡Cállate! —replicó a voz alzada.

—¡Venga, hermano, si lo estás deseando! —insistió—. No te lo niegues, los dos sabemos que quieres ganarme y con ello taparme la boca al fin. Los dos sabemos que deseas quedar por una vez encima de mí para que a partir de ese momento jamás vuelva a tentarte en un desafío. De esa forma siempre pensarás que tú eres el mejor, tal y como creía nuestro padre. —La última frase iba mezclada de tristeza y amargura.

—¡Cállate y no lo menciones! —Víctor se apretó las sienes con las palmas de las manos y soltó una larga bocanada de aire cargado de enojo.

—¡Oh, nuestro padre! —Samuel rio con descaro, teatralizando la frase—. Ernesto Alvarado debe de estar pataleando en la tumba sin cesar. Comprobar que yo siempre he tenido más agallas que tú le tiene que tener de muy mala hostia —comentó entre risas—. Sobre todo si sabe que yo he estado a punto de incumplir el contrato que redactaste, esa parte en la que dice que entre la contratada y yo nunca habrá sexo.

El rostro de Víctor denotó un complejo amasijo de sentimientos.

—¡Hostia, te ha cambiado la cara! —Samuel chasqueó la lengua.

—¿Qué has dicho? —inquirió con premura.

—Lo que has oído, Víctor, que estuve a punto de acostarme con Silvia.

—Arqueó las cejas con arrogancia—. A pesar de estar sentado en una silla de ruedas y de no funcionar bien la polla, casi lo consigo —le restregó por la cara; sabía que esa podía ser la fórmula para seguir con el reto.

Víctor lo observó con los ojos llenos de sorpresa y resquemor. Sorpresa por la confesión de haber intimado tanto con Silvia; resquemor porque siempre que discutían sacaba a colación a su padre, una persona de la que él no quería hablar ni oír. De pronto las palabras se sublevaron y escupieron lo que la mente de Víctor pensaba.

—Explícame eso bien. Cómo que estuviste a punto de acostarte con ella.

—¡Vaya! He despertado tu curiosidad. Me alegro. —Sonrió con desvergüenza. Parecía que empezaba a tener a su hermano donde él quería.

—Haz lo que te dé la gana. Si quieres me lo cuentas, y si no, me da igual —contestó, fingiendo indiferencia y clamando templanza a su malestar.

—¡Oh, no seas cínico! —escupió entre risas, adivinando en los ojos de Víctor sus ganas de saber—. Claro que no te da igual, claro que quieres saber qué ocurrió y, por supuesto, claro que te gustaría ganarme, aunque eso va a ser más difícil. —Río de nuevo. Víctor, por el contrario, cada vez se encontraba más malhumorado y ya no sabía qué hacer o decir. En vista del silencio, Samuel reanudó la conversación—. Te lo contaré, hermano. Verás, fue el día de la segunda fiesta de compromiso. Te comenté que Silvia había tenido unas palabras con Judith para intentar defenderme, ¿recuerdas?

—Sí. —Asintió, tratando de tragarse el enfurecimiento.

—Pues quise agradecerle ese gesto, tan loable por su parte, dándole un gran abrazo mientras estábamos en la cama, tumbados, en pijama. Aparte del abrazo nos dimos un beso, y luego otro, y uno más, y terminamos besándonos con lujuria, juntando nuestros cuerpos y acariciándonos con deseo. ¡Joder!, mi entrepierna reaccionó como en sus mejores tiempos, se empinó con celeridad. —Sonrió de oreja a oreja—. Sin embargo, Silvia frenó la locura que nos había poseído alegando que no debíamos incumplir el contrato —se lamentó, emitiendo un suspiro—. Por eso estoy tan seguro de que aunque te vayas con ella a Nueva York nunca se acostará contigo. —Negó con la cabeza sin parar de mostrar una sonrisa.

Las tripas de Víctor se sintieron repateadas con las palabras de Samuel. Él deseaba besar a Silvia y amarla sin medida, y su hermano había probado

sus labios e incluso estuvo a punto de poseer su cuerpo. Lo envidió, algo que jamás le había ocurrido, era un sentimiento nuevo para él. O igual no era envidia, sino celos. Temor a que la persona pretendida pudiera estar o irse con otro. Fuera por lo que fuese, envidia o celos, en ese instante Víctor decidió que quería hacer suya a Silvia más que nunca. Rendirse quizá no era la mejor opción.

—Nunca des nada por sentado, hermano, te lo he dicho mil veces. —La rabia de Víctor comenzó a salir por los poros de su piel. No soportaba esa actitud de sabio adivino en Samuel. Él no sabía lo que podía ocurrir, y por tanto no podía darlo por hecho. Le sulfuraba de forma extrema ese comportamiento.

—Estoy tan seguro de ello que pondría la mano en el fuego sin riesgo a quemarme. Jamás se acostará contigo —presumió—. Aunque te avisaré de algo, conmigo no lo ha hecho por ahora, pero de seguro que en un futuro, siendo marido y mujer, al final terminemos consumando el matrimonio. —Volvió a reír.

Los puños de Víctor se cerraron con fuerza mientras escuchaba la risotada de su hermano. Debido a la furia invertida, los nudillos comenzaron a quedarse blanquecinos. Pasados unos segundos, llegó el dolor ocasionado por las uñas al clavarse en la palma. Estaba tan cabreado..., tan rabioso..., tan enojado... De nuevo las palabras de su hermano y la habitual rivalidad que siempre esgrimía se incrustó en su alma. De nuevo Samuel le conducía por el camino que quería. De nuevo le sacaba de sus casillas. De nuevo Víctor entraba al trapo. De nuevo, de forma irreflexiva, tomaba la decisión que Samuel deseaba, de la que luego él se arrepentía.

—¿Así que de verdad quieres que me vaya con ella a Nueva York? —preguntó Víctor, aunque de forma retórica.

—Eso te he dicho desde el principio —contestó asomando su orgullo; había logrado su objetivo.

—Pues me voy a ir. —Asintió de seguido—. Me voy a ir y me voy a acostar con ella, Samuel —advirtió con seguridad—. Te demostraré que no puedes saber lo que va a hacer Silvia si se da una situación de deseo. Te demostraré que algo así es imposible de controlar. ¿Tan ofuscado estás que no lo ves? Nos estás arrastrando a los brazos del otro y pretendes que no ocurra nada, estás más loco de lo que a veces pienso. Deberías saber que a la

pasión no se le pueden poner barreras, recuérdalo cuando vuelva diciéndote que me he acostado con Silvia y he ganado la apuesta. —Sonrió de forma ácida.

Al girar sobre sus talones para irse, Víctor se topó con Filiberto y se sobresaltó. Las facciones no solo se le endurecieron, se le congelaron. De manera fugaz, contempló el semblante serio de Filiberto, su cara parecía encontrarse a medio camino entre la frustración y la decepción.

—¿Desde cuándo estás ahí? —le preguntó molesto.

—Desde ahora mismo, señor —respondió Filiberto con tono rígido, pensando que justo a tiempo de escuchar la última frase, lo suficiente para deducir que la rivalidad entre los hermanos de nuevo era un hecho, situación que no le gustó nada y que desaprobaba por completo.

—Pues la próxima vez que entres no lo hagas tan sigiloso y avisa, ¿vale?

—Perdone, señor, no pretendía molestar o estorbar —dijo con excesiva gravedad.

—Nunca estorbas, Fil, no quiero oírte decir tal cosa —intervino Samuel.

—Perdóname, Filiberto —añadió Víctor de inmediato—. Por supuesto que nunca molestas ni estorbas, tan solo me has asustado porque no te esperaba. —Desvió la mirada hacia la puerta—. ¿Y Silvia?

—La he dejado en la cafetería, esperándolo a usted. Yo regresaba con la intención de quedarme con el señor Samuel para que no estuviera solo.

—Ya me marchó. Muchas gracias, Filiberto. —Víctor echó a andar.

—Díselo a Silvia —le pidió Samuel—, debe terminar de hacer la maleta.

—No —contestó Víctor, girando la cabeza—. Se lo dirás tú cuando volvamos de la cafetería. Al fin y al cabo, es tu idea, no la mía. —Miró a Filiberto, y de nuevo se encaminó hacia la salida.

40

Víctor abandonó la habitación de Samuel con la mente turbada. No había andado ni dos metros cuando escuchó la voz de Filiberto.

—¡Señor, espere un segundo, por favor! —exclamó, alzando un poco el tono y andando de prisa hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó, parándose.

—Verá, lo que voy a decirle no es de mi incumbencia, de seguro que usted también lo pensará tras oírme, pero me arriesgaré y lo haré igualmente pensando en el bien común.

Víctor imaginó de qué iba a tratar esa charla, de seguro que Filiberto había oído algo de la conversación con su hermano. Sin embargo, como no lo sabía a ciencia cierta, esperó a ver qué decía.

—Habla, te escucho. —Se cruzó de brazos frente a él.

—Le rogaría que no me interrumpiera, pues no trato de entablar una discusión con usted, por supuesto. Solo quiero mostrarle mi opinión.

—Prometo no interrumpirte, pero dilo ya, Filiberto —le exigió, dando por hecho que le esperaba un pequeño sermón.

—Señor, no era mi intención oír la conversación con su hermano, pero lo he hecho. He oído sus últimas palabras, que mencionaban algo sobre Silvia y una apuesta —reveló, omitiendo la palabra *acostarse*—. Con todos mis respetos, permítame recordarle que no está bien jugar con los sentimientos de nadie, y usted lo sabe de primera mano. —Calló un instante, recordando las veces que Samuel le había quitado una mujer a Víctor—. Creí que por fin habían terminado las rivalidades entre ustedes y me alegraba mucho de ello, pero no solo he comprobado que no es así, sino que usted pretende jugar a lo mismo con lo que su hermano tantas veces le dañó —explicó, mirándole a los ojos con seriedad intransigente. Víctor no pudo soportar el peso de su mirada y agachó la cabeza—. La señorita Silvia no se merece estar en el centro de sus desavenencias, menos aún ser utilizada para saciar sus desafíos; es una buena persona.

—Sé que lo es. —Víctor ascendió la vista con premura.

—¿Entonces?

—No ha sido idea mía, sino de Samuel —respondió, defendiéndose.

—Excusas, señor, y no entiendo a qué juega.

—No he tenido más remedio —dijo cabreado. Filiberto hizo intención de replicar, aunque Víctor, veloz, levantó la mano ordenándole callar—. No hables, ahora me vas a escuchar a mí. Me gusta tan poco este juego como a ti, pero Silvia puede ser el peón que me lleve a ganar a mi hermano. Ella es la llave para que de una vez y para siempre Samuel abandone esa perpetua rivalidad. —Asintió repetidas veces—. Por eso no voy a desaprovechar la oportunidad. Estoy cansado, hartado de los desafíos de Samuel, quiero y necesito vivir en paz. —Sopló angustiado—. Lo entiendas o no, me da lo mismo, voy a quemar mi último cartucho. Tampoco me gusta que Silvia sea el sacrificio, pero será en pos de algo mayor: la paz entre dos hermanos.

Filiberto sopesó las palabras de Víctor, las meditó una a una, sílaba a sílaba. No obstante, seguían sin convencerle los argumentos manifestados, y lo expresó.

—Quizá no se dé cuenta de que no solo están en juego los sentimientos de la señorita Silvia, sino los de todos. Los de su hermano y los suyos propios también. Acuértese de lo que le digo: el sacrificio les salpicará a los tres, y cuando el daño está hecho, suele ser irreparable —sentenció, y se dio la vuelta en dirección a la habitación de Samuel.

Víctor sabía que Filiberto llevaba razón, y durante unos segundos se quedó apoyado en la pared, consternado. Con lentitud, terminó moviendo los pies en dirección a la cafetería. Por el camino no dejaron de asaltarle al recuerdo momentos muy amargos de su vida. Una vez más desenterró todos los menosprecios de su padre hacia Samuel, las humillaciones tan agraviantes, aquel daño que no solo le embadurnó, le empapó, anegándolo de dolor propio y ajeno. De nuevo, la misma aflicción volvió a poseerlo, aquel arponazo que le traspasaba el corazón. Una angustia que en verdad era vergüenza, turbación del ánimo por no haber tenido la valentía de enfrentarse a su padre con contundencia. Aun viendo sufrir a su hermano, calló. El silencio tomó y doblegó su voluntad. Al final, y sin desearlo, fueron dos contra uno, padre e hijo contra Samuel; aunque la gran mayoría de veces su hermano podía con los dos sin tener que esforzarse y le sobraba empuje para

arremeter contra quien fuera. Samuel aprendió a conciliar su dolor a base de un crecimiento personal abrumador, circunstancia que lo hizo mucho más fuerte de lo que nunca sería él; Víctor lo tenía asumido.

La cafetería estaba bastante vacía y a Víctor no le resultó difícil encontrar a Silvia, sentada ante una mesa tomándose un refresco. Con paso firme e intentado sacudirse los lacerantes pensamientos, se encaminó hacia ella. En la boca de Silvia nació una sonrisa al verlo llegar.

—¡Hombre, por fin! Iba a marcharme ya para la habitación. Primero me ha abandonado Filiberto y luego parecía que tú ibas a darme plantón.

—Lo siento, la charla con Samuel se ha alargado —contestó apagado.

—¿Sucede algo? Traes mala cara.

—Ocurren demasiadas cosas, Silvia. Hay días que me cuesta soportar el peso de todas ellas, y hoy es uno de ellos —explicó mirándola a sus ojos negros, pensando que no deseaba hacerle daño.

—Si necesitas desahogarte soy toda oídos, ya te lo dije —declaró con ternura, y añadió—: Mi vida tampoco ha sido fácil y he precisado vaciarme infinidad de veces con Lara, mi amiga, la persona más importante del mundo para mí.

Víctor sopesó su propuesta, aunque le asaltó una duda, y decidió preguntar primero.

—Sé que tienes una hermana, Samuel me lo contó. ¿Con ella no te vacías? Lo digo porque como solo has mencionado a Lara.

—A Mirian no le preocupan mis problemas, solo los suyos.

—¡Uf! —Víctor emitió un bufido—. Eso ha sonado a no muy buena relación.

—Digamos que es una relación difícil de definir. —Hizo una mueca.

—Vaya. Espero que no sea una relación como la que mi hermano tiene conmigo.

—Parecida —respondió contundente, asintiendo.

—¡Pues qué bien! —exclamó de forma cínica.

—Sí, es fantástico —ironizó ella, y bebió un sorbo del refresco a punto de acabarse.

Posando los brazos encima de la mesa, Víctor se acercó más a Silvia, como si pretendiera ganar cercanía para que nadie escuchara la conversación que deseaba iniciar. Le había suscitado curiosidad esa desconocida parte de su vida y quería saber más, por primera vez le hablaba de ella y deseaba conocer sus problemas.

—¿Te apetece contarme algo de vuestra relación fraternal? —le preguntó Víctor.

Silvia lo miró, encogiéndose de hombros.

—No tengo problema en resumírtela. Mi hermana es una maldita egoísta que solo mira por ella y únicamente por ella. Ya puedes hacerte una idea de la relación entre nosotras.

—¿Y tus padres? —demandó intrigado.

—Nos abandonaron. Primero lo hizo mi padre, puso tierra de por medio al no soportar más la situación con mi madre, y posteriormente lo hizo ella. Tuve una madre desnaturalizada que se largó dejándome con mi hermana, una persona a la que solo le importa su ombligo. Con dieciocho años me hice cargo de Mirian, que contaba por entonces con doce, y así me lo ha agradecido, chupándome la sangre. —Mostró un ápice de tristeza.

—¡Caray! Parece que tú tampoco te has aburrido con tu vida —ironizó.

—Eso parece, sí.

Víctor la contempló durante un silencio eterno, tratando de volver a guardar los tristes recuerdos en los cajones de su memoria. Pero era imposible, no había forma de encerrarlos y sintió la imperiosa necesidad de vaciarlos, de desalojar cuanto acumulaba en el mobiliario de su cerebro. Silvia le inspiraba confianza y además sabía comprenderle. Aunque ahora entendía por qué tenía esa capacidad empática, ella había vivido y vivía una situación parecida, en la que te sentías solo y apaleado dentro de tu propia familia. Por esa relación en el sentir y padecer, decidió formularle una pregunta más.

—¿Alguna vez piensas que si tus padres no os hubieran abandonado la actitud de tu hermana quizá fuera diferente?

La pregunta dejó un poco desconcertada a Silvia, pero su respuesta no se hizo esperar.

—Mirian es egoísta de nacimiento, lo lleva en los genes. Es herencia de mi madre, otra egoísta de marca mayor. Pero ¿a qué viene esa pregunta?

Víctor volvió a callar mientras pensaba en su respuesta, en la confesión que estaba a punto de realizar, que necesitaba compartir con alguien que supiera comprenderle. Silvia vislumbró en sus ojos angustia y esperó paciente su contestación. Por el semblante que empezó a mostrar, que lo trasfiguró de hombre a niño y lo mostró tan vulnerable como estos, presintió que la respuesta iba a ser dolorosa.

—Porque yo muchas veces pienso que igual... —Víctor movió la boca, pero no logró articular palabra.

—Tranquilo, puedes contarme lo que quieras, desahógate —dijo Silvia en un tono aterciopelado, envolvente como una caricia.

Tragando saliva para intentar deshacer el nudo de sus cuerdas vocales, Víctor carraspeó antes de reanudar su confesión.

—Pienso que igual, de haberme enfrentado a mi padre, de haber insistido una y otra vez en lo mal que se portaba con Samuel, nuestra relación habría sido distinta. —Se removió en el asiento, inquieto, manifestando elocuentes simas de sufrimiento con su revelación.

—¿Nunca te rebelaste contra él? —preguntó ella a quemarropa, sin dudar.

La voz de Víctor esperó unos segundos antes de decidirse a contestar.

—Sí, lo hice en una ocasión. —Asintió despacio—. Una única vez en la que le demostré mi postura de desacuerdo con su manera de actuar —reveló, trayendo al recuerdo la amenazante reacción de su padre, todo un aguijón para su valentía que le hizo amedrentarse y callar. Callar siempre.

—¿Y por qué fue? ¿Por qué te atreviste a plantarle cara esa vez?

—Por algo demasiado rastroso. —Hizo una pausa, Silvia aguardó en silencio—. Samuel tenía trece años y llevaba meses y meses, más de un año, pidiendo una moto, era su sueño. Tan solo quería una de baja cilindrada para empezar, lo acorde a su edad, pero la deseaba con ansia. ¿Y sabes qué hizo mi padre?

—Ni idea, ¿el qué?

—Regalármela a mí. A mí, Silvia. A mí que no la quería, ni tan siquiera

me gustaban. —Alzó la voz con malestar—. Lo hizo solo para que mi hermano viera cuánto lo menospreciaba y a la vez lo puso más en mi contra. Con soberbia, le dije que no la quería, que solo me la había regalado para fastidiar a Samuel y que no pensaba montarme en ella ni una vez. Mi padre se encaró conmigo como jamás lo había hecho, ni siquiera con mi hermano. Decir que me aniquiló con la mirada sería quedarse más que escaso. Como un energúmeno, me gritó que nunca se me ocurriera cuestionarle o lo lamentaría toda la vida. —Suspiró con amargura—. Jamás volví a abrir la boca, pese a ver cuánto hería y humillaba a Samuel y cómo lo enfrentaba de continuo a mí, igual que a un perro rabioso.

—¡Santo Dios! —profirió Silvia, y silbó—. Tu padre era un poquito bastante cabrón. —No pudo esquivar el taco que le sobrevino ante el asombroso relato.

—Era una persona amargada y eso lo volvió cruel, al menos con respecto a nosotros. Nos mantenía enfrentados y disfrutaba con ello —admitió en un murmullo, como si hablarlo en alto fuera a hacerle más daño.

—No debes pensarlo más, Víctor. Ni cuestionarte qué habría ocurrido de haber hecho esto o no. Ya no hay vuelta atrás, las cosas son como son y no podemos cambiarlas. Debemos asumirlas como pasado que son y mirar solo al frente, disfrutando del presente y caminando hacia el futuro.

—Bonita filosofía —reconoció.

Con las palabras de Silvia evocando un tiempo venidero, a Víctor le asaltó otro recuerdo. De nuevo le sobrecogió la calma y relajación que sintió cuando su padre falleció. Estaba mal admitirlo, pero era cierto. Un hecho indiscutible, obvio, manifiesto, patente... Solo dar sagrada sepultura a su progenitor le hizo poder visionar un futuro familiar, y eso lo llenó de alivio. En ese conciso momento de remembranza, sus sentimientos encontrados comenzaron a hacer equilibrios entre el profundo y habitual dolor que le agujereaba el alma y el que le hacía sentir paz desde su muerte. Con esa extraña amalgama oprimiéndole, decidió marcharse del hospital. No podía permanecer más allí, se ahogaba.

—Silvia, me tengo que ir, debo atender unos asuntos de la compañía —se excusó, levantándose con rapidez.

—Pero volverás luego, ¿no? —preguntó, extrañada por su reacción.

—Seguro —contestó armándose con su coraza de tipo duro, y se marchó.

Víctor abandonó el hospital arrastrando el lastre que suponían sus recuerdos. Evocaciones que no se conformaban con despojarle de su aparente fachada de firmeza, también eran capaces de mostrar toda su vulnerabilidad. Le hacían sentir desnudo. Aunque no solo se marchaba del lugar por la fragilidad que su alma comenzó a exhibir, sino por una cuestión más que le estaba corroyendo, que lo tenía atrapado entre los sentimientos que le nacían y el rencor acumulado. Rencor. Un encono que siempre estaba causado por acceder a las caprichosas provocaciones de Samuel, por serle imposible rehusarlas. Era un hecho que siempre se doblegaba a los desafíos de su hermano. Era un hecho que deseaba a Silvia. Era un hecho que se arrepentía de la ridícula apuesta. Por esa mezcla de sensaciones, tan aplastante como asfixiante, no podía seguir un segundo más en el hospital. Además, no deseaba estar presente cuando Samuel le comunicase a Silvia que iría a Nueva York con él. Ni tampoco quería estar delante de Filiberto para no sentirse despreciable, como parecía verlo él gracias a la actuación que pensaba llevar a cabo. Lo que ni Samuel ni Filiberto conocían ni imaginaban era que bajo las intenciones de Víctor en verdad había sentimientos. Él sabía que estaba jugando con ellos, y que en realidad era un juego peligroso. Pero, aun así, teniendo la certeza de estar jugando con fuego, quería conseguir a Silvia de la forma que fuera.

Sin ser capaz de ordenar las ideas y al borde de un llanto plagado de rabia que intentaba mantener a raya, Víctor montó en su Mercedes rojo, recostó la espalda y la cabeza en el asiento de cuero beige y expulsó una bocanada de aire con gran malestar. Cerró los anegados ojos unos segundos y las lágrimas quedaron colgando de sus pestañas. Las limpió con urgencia; no iba a consentir que ninguna de ellas escapara y le recorriese el rostro. De ninguna manera. Jamás. Se metió los dedos por su cabello de infinitos matices rubios, tiró de él para atrás y exhaló de nuevo un golpe de aire. Intentó relajarse, despojarse de la tensión que lo envolvía; necesitaba sacudirse la rabia que le ahogaba. Tomó el dispositivo USB y lo colocó en la radio. Entre el sinfín de canciones almacenadas, buscó con paciencia una en especial: *blues*. Un ritmo lento y melancólico, justo lo que precisaba su alma cuando, como ahora, requería de un rato de paz. La música empezó a sonar invadiendo el habitáculo. B. B. King y su guitarra lo arrollaron, le empaparon los oídos con su sonido gratificante y espiritual. Suspiró hondo, escuchando la milagrosa

música que habitualmente era capaz de vaciarle la cabeza durante un amplio espacio de tiempo. Minutos después, más calmado gracias a la melancólica melodía, bálsamo reconstructor en él, puso rumbo a casa.

Silvia puso el grito en el cielo al escuchar la decisión de Samuel, esa descabellada idea de irse a Nueva York con Víctor. En principio se opuso; era absurdo no anular el viaje estando él en el hospital, pero tras un argumento bien razonado por parte de Samuel, en el que le subrayó en más de una ocasión que era su deseo y no debía temer por nada, pues estando allí no podía estar en mejores manos, y adjuntando una mirada reprobadora por censurarle, acabó convenciéndola. Silvia cedió con docilidad. Lo hizo porque ella, que solía leer bien entre líneas, creyó entender en su exposición y en sus ojos que era una parte más a cumplir dentro del contrato, y no debía cuestionarla. Al fin y al cabo, como le había recalado Samuel, era su deseo, y una de las cláusulas de dicho acuerdo trataba de no discutir y de satisfacer a la parte contratante. Lo tomaría siendo lo que era, una trabajadora que debía acatar las órdenes de su jefe. Eso sí, atragantándose por callarse la verdad, por aguantar las ganas de chillarle que la principal razón de no querer ir a Nueva York era no quedarse a solas con Víctor, porque temía por el deseo que sentía por él, el mismo que parecía nacer en su hermano. Pero al tiempo que se consumía por gritar sus emociones y advertir a Samuel, sintió un profundo anhelo por verse allí con el mayor de los Alvarado. Sentimientos contradictorios. Silvia estaba llena de ellos. No quería hacer ese viaje pero lo deseaba. Anhelaba a Víctor y a la vez quería olvidarlo. Fue esa paradoja la que le destensó las cuerdas vocales y la sumió en la mayor mudez. De forma irremediable debía hacer lo que le había pedido Samuel. Debía empezar a hacer la maleta. Y debía hacerlo rápido porque en cuarenta y ocho horas estaría volando rumbo a una ciudad que tenía muchas ganas de conocer.

Silvia hizo todos sus deberes antes de iniciar el viaje. Lo primero, llamó a su hermana para informarle de que no acudiría el lunes, como de costumbre. La excusa convincente que ideó recayó en la maravillosa pareja de jubilados para los que trabajaba, los cuales iban a tener invitados y le habían solicitado quedarse ese día. Mirian se lo tragó sin problemas, resultaba fácil engañarla. Aunque, con su habitual egoísmo, comunicó a Silvia que era un abuso y deberían pagárselo como horas extras de día festivo, añadiendo que ese mes andaba muy justa de dinero. Esas palabras dejaban caer sus intenciones, que

no eran otras que pedir una parte de la remuneración extra. Poniendo los ojos en blanco por pura incredulidad, Silvia le aseguró que le ingresaría la mitad de lo que percibiera por esa jornada. Mirian le dio las gracias y colgó sin preocuparse de nada más, ni siquiera le preguntó cómo estaba. A Silvia le entraron ganas de ir a buscarla y estrangularla, no conocía a una persona más interesada que ella.

Después de la conversación con Mirian, e intentando relajar el mal genio que se le había despertado, Silvia llamó a su buena amiga Lara. Cuando le comunicó la noticia de su partida a Nueva York, pero con cambio de pareja, esta no podía salir del aturdimiento. Manifestando su desacuerdo, Lara le cuestionó el acto de dejar a Samuel en el hospital y marcharse de viaje. Silvia le explicó cuanto Samuel le había argumentado a ella, señalando que tan solo cumplía sus órdenes, los acuerdos de un contrato. Pero la queja de Lara se centraba más en otra cuestión: estaba preocupada por quién acompañaba a su amiga. Víctor era un hombre por el que Silvia se sentía muy atraída, y ella estaba segura de que a él le ocurría lo mismo. Ese viaje podía convertirse en una jaula imantada donde la atracción sería imposible de esquivar o eludir. Quería decírselo, prevenirla, echarle de nuevo un sermón sobre los sentimientos y las consecuencias de jugar con ellos. No obstante, pensó que no debía ser pesada, creyó que Silvia tenía la suficiente coherencia y sabría qué hacer. Tan solo añadió una frase con la que dejó su opinión sumamente clara: «Mente fría, Silvia». Unos segundos de silencio ocuparon los altavoces de los móviles antes de que ella contestara: «La tendré, Lara». Y ya no se mencionó nada más al respecto. Se despidieron con mucho cariño y con la firme promesa por parte de Silvia de mandarle alguna foto y algún que otro *whatsapp*, algo que Lara insistió en que no olvidara.

Terminando de hacer la maleta, Silvia oyó unos nudillos tocar en la puerta, y con inminencia la voz de Filiberto le solicitó pasar. Tras su afirmación, el hombre entró. De forma lenta, con pasos cortos, se acercó a ella.

—¿Precisa de mi ayuda, señorita Silvia? —preguntó con gesto más triste que serio.

—No, muchas gracias —contestó, y se sentó en la cama con el ánimo un poco abatido.

—¿Le ocurre algo? —demandó Filiberto preocupado.

Silvia levantó la vista e intentó sonreír, aunque no pudo. Tenía un nudo en el estómago y cien mil ideas pululándole por la mente y avasallándole el corazón.

—Me ocurre que no entiendo por qué Samuel no ha querido anular el viaje. ¿Tú lo entiendes?

—Ha sido su decisión.

—Ya, pero yo no me siento bien marchándome y dejándolo en el hospital —se lamentó, emitiendo un suspiro atribulado.

—Seguramente el lunes estará de vuelta en casa, señorita Silvia. No debe preocuparse, el señor Samuel ya se encuentra bien.

—¿Y no sería mejor dejarlo para después, para cuando ya estemos casados? ¡Nueva York siempre va a estar ahí! —exclamó con incompreensión—. No entiendo por qué tanta insistencia en que vaya y tenga que ir con Víctor.

—Vuelvo a repetirle: ha sido su decisión —dijo Filiberto, maldiciéndose, sintiéndose fatal por callar lo que sabía, silenciando el motivo de la insistencia de Samuel y los propósitos de Víctor respecto a ese viaje. Pero él no debía abrir la boca, era un hombre leal, pero precisamente la fidelidad que les debía a los hermanos Alvarado no paraba de carcomerlo por dentro. Sabía que su víctima era Silvia y le partía el alma ocultarlo, no prevenirla. No era justo que Samuel jugara con ella, que la hubiera convertido en el trofeo del desafío sin pensar en sus sentimientos. Resultaba tan grotesco habiendo aportado Silvia tanto bienestar en su vida durante los últimos meses, que le sulfuraba. Y de repente le preguntó—: ¿Me permite que le dé un consejo?

—Por supuesto, Filiberto.

—Olvídese de todo y solo piense en usted. Ni Samuel ni Víctor, únicamente Silvia Ribas. Disfrute y vea la ciudad entera. Nueva York tiene mucho que visitar, no desperdicie ni un solo minuto dentro del apartamento —se atrevió a decir a modo de sutil aviso.

—Tendré que dormir, ¿no? —bromeó Silvia.

—Duerma solo lo justo. Es joven, tiene mucha energía —dijo, tomándose la licencia de sentarse a su lado—. Ya recuperará el sueño perdido a la vuelta. En el avión puede darse una larga cabezada, el vuelo dura alrededor de nueve horas.

—Sí, muy larga. —Sonrió, recostando la cabeza en el hombro de Filiberto—. Llamaré todos los días para hablar con Samuel, quiero comprobar que está bien.

—Lo estará —respondió él, levantándose. Silvia también se puso en pie, mirándolo—. Usted preocúpese de cuidarse, nosotros cuidaremos de él.

—De acuerdo. —Asintió, y añadió—: Y también espero que cuidéis de Linda, Berta me ha asegurado que la mimará cuanto pueda. Hace un momento he ido a despedirme de ella, pero dormía de forma tan plácida que me ha sabido mal despertarla.

—Tranquila, la cuidaremos tan bien que al animalito no le va a dar tiempo a echarla de menos. Como le he dicho, tan solo preocúpese de usted —subrayó—, de disfrutar de toda la ciudad.

Con un impulso incontenible, Silvia se abrazó a Filiberto; durante esos meses le había cogido mucho cariño. Al hombre, el ceñir de la joven lo pilló tan desprevenido que de primeras ni se inmutó, no sabía qué hacer. Segundos más tarde, sus brazos se estrecharon a la espalda de Silvia de forma afectuosa, él también la apreciaba bastante. Ambos permanecieron fundidos en un abrazo. Silvia, temerosa de cometer un error irreparable que daría al traste con todo; Filiberto, dolido por callar una acción tan desacertada como lastimosa. Tentados de hablar, a punto de desahogar sus corazones, oyeron unos toques en la puerta que los devolvió a la realidad.

—¿Se puede? —preguntó Víctor desde el umbral. Filiberto se separó con rapidez de Silvia.

—Por supuesto, señor. Tan solo me despedía de la señorita Silvia. Y ya que están aquí los dos, les deseo un agradable vuelo y una tranquila estancia —dijo dirigiendo la mirada a Víctor, suplicándole con los ojos piedad con Silvia.

—Gracias, Filiberto —respondió él, entendiendo el mensaje y volviendo a sentirse mezquino.

—Buenas noches —se despidió Filiberto.

—Buenas noches —respondieron al unísono Silvia y Víctor, y el hombre abandonó la habitación.

—No sé si es cosa mía o Filiberto está raro —comentó Silvia.

—Estos días nos han revuelto a todos, como es normal —advirtió Víctor en tono convincente.

—Será eso. —Asintió—. ¿Querías algo?

—Nada en particular. Me he acercado por si necesitabas ayuda.

—No, tranquilo, ya tengo la maleta hecha. Pero muchas gracias, Víctor. —Mostró una media sonrisa.

—Entonces, ¿no hay nada en lo que pueda ayudarte? —reiteró, observándola fijo.

—No —respondió ella sin apartar los ojos de él, y Víctor estrechó la distancia.

—Vas a un país extranjero, vas a ausentarte de tu hogar, de lo conocido, de tu zona de confort. No estarás sola, yo estaré contigo, los dos estaremos juntos. Pero, aun así, ¿de veras que no necesitas algún tipo de ayuda? ¿No quieres preguntar, no sientes curiosidad?

Silvia no abrió la boca, tan solo continuó con los ojos fijos en Víctor. Ambos se contemplaron en silencio; ella, peleándose con su corazón, que se había desbocado, disfrutando de la resplandeciente mirada de Víctor, que no dejaba de pasearse por su rostro cual caricia satinada; él, deseándola como a ninguna otra mujer, ansioso de acercar los labios a su boca, de acabar dando rienda suelta a la pasión que le generaba Silvia. Volvió a dar unos pasos hacia ella, el espacio que los separaba ganó tensión gracias al mutuo deseo que desprendían. Silvia no era capaz de retirar los ojos de la mirada garza de Víctor, parecía hipnotizada. Él sintió que el impetuoso deseo lo empujaba a besarla, pues nunca la había sentido tan receptiva como en ese momento.

—¿No vas a contestarme? ¿No vas a decirme si necesitas algo de mí? —insistió, a solo unos centímetros de su boca.

—Creo... creo... —Silvia tartamudeó, no podía ni pensar. Todos sus órganos se tambaleaban teniendo a Víctor tan sumamente cerca.

—¿Qué crees? —susurró él. Su aliento entrecrocó con los labios de Silvia, que notó cómo se le encrespaba la piel.

—Que debemos acostarnos.

—¿Qué? —Víctor se quedó impactado por lo que acababa de oír.

—¡No, no, no! —exclamó Silvia de carrerilla, separándose inmediatamente de él, clamando al sosiego—. No quiero decir que tú y yo, no, no es eso, no, no juntos —se corrigió atropelladamente, y, tomando una larga inhalación de aire, añadió—: Lo que quería decir...

—Es que nos marchemos a dormir, cada uno a su cama —atajó Víctor.

—Exacto —respondió ella, notando la vigorosa bofetada del bochorno en su rostro, sintiéndose estúpida por haberse expresado tan mal.

—Tranquila, Silvia, te he entendido. Dicen que no hay palabra mal dicha, sino mal interpretada, y créeme que la he comprendido bien —explicó maldiciendo para sus adentros, decepcionado por otro rechazo.

—Pues entonces a dormir, que mañana hay que madrugar bastante —anunció sin querer añadir más, con ganas de quedarse a solas para serenarse.

—Sí, debemos estar en el aeropuerto a las siete de la mañana. Hasta mañana, Silvia.

—Hasta dentro de unas horas, Víctor —se despidió, descendiendo la mirada.

Víctor salió de la habitación y Silvia interpuso la puerta entre los dos en menos de un segundo. Apoyándose en ella, cerró los ojos, bajó la cabeza y suspiró profundo, muy hondo. Ya no podía negárselo más. La verdad de sus sentimientos se abrió paso en su corazón a golpe de machete, la atacó sin piedad, sin consideración, a bocajarro. Estaba enamorada de Víctor. Por supuesto que lo estaba. Sí, de Víctor; el hombre de apariencia arrogante que en verdad solo era víctima de un padre autoritario, amargado y vengativo que lo había utilizado como escudo de sus frustraciones. Un padre que lo colocó en el punto de mira de su hermano, el dardo que de continuo estaba preparado para hacer diana en él. ¡Pobres hermanos! Tanto Víctor como Samuel habían sido utilizados por su progenitor, eran almas heridas, tan heridas como ella. Pero a pesar de sentir cariño por Samuel y de saber lo marcado que estaba, Silvia ansiaba curar todas las secuelas de Víctor. Víctor Alvarado Gray, el hombre que la había enamorado de forma irremediable. Comprendió que estaba perdida, que cambiar sus sentimientos era una acción inviable, y sintió una fuerte compresión en el pecho con la que, de forma instintiva, se

envolvió el cuerpo con los brazos, como si tratara de protegérselo. De súbito, le asaltó un molesto picor de ojos. Al segundo sintió un desagradable escozor en la nariz. Se la frotó con la mano en un intento de ahogar el llanto que se avecinaba, no estaba dispuesta a dejarle ver la luz. No quería llorar. De ninguna manera. Antes prefería gritar. Instantáneamente la razón abdicó, cedió el trono y la corona, y a la revolución de sentimientos le faltó tiempo para tomar su corazón. Silvia se encontraba en un momento anárquico, de desconcierto e incoherencia. Estaba en medio de dos hermanos. Uno, por obligación, al que se debía por un contrato; otro, por decisión, del que se había enamorado, al que deseaba con ganas. Era más de lo que cualquier mente en su sano juicio podía soportar. Era más de lo que ella podría resistir. Víctima del desasosiego, se lanzó a la cama con saña, desesperada con la situación y deseando chillar. Pero como no podía hacerlo, contuvo los gritos que se le acumulaban en la garganta y solo hizo una cosa: golpear con rabia una y otra vez el colchón, hasta quedar exhausta.

La ciudad de Nueva York es la más poblada de todo el Estado. Se compone de cinco distritos: Bronx, Brooklyn, Manhattan, Queens y Staten Island. Es una urbe increíble repleta de rascacielos, un hervidero de gente, todo tipo de etnias conviviendo, un fluido de tráfico descomunal, inconmensurable.

Silvia admiraba por la ventanilla del vehículo la cosmopolita isla de Manhattan. Conducía Will, el chofer de Víctor, un hombre de mediana edad, afroamericano, muy simpático y con gran dominio del español. De hecho, lo hablaba tan bien como su lengua materna. Tan impresionada estaba Silvia por cuanto contemplaba, que sin remedio su mente puso banda sonora a las imágenes. A la par que la maravillosa ciudad le asaltaba *New York, New York*, de Frank Sinatra, se contrapeaba con otro *New York* más actual, el de Alicia Keys y el rapero Jay-Z. Y agitando y mezclando ambas canciones, que sonaban de fondo en su cerebro, siguió contemplándolo todo sin pestañear.

Víctor explicaba a Silvia las zonas por donde pasaban a la vez que asistía a su deslumbramiento sin dejar de sonreír. Se dirigían a su apartamento, que se encontraba en el Upper East Side, entre Central Park y el East River, un barrio de prestigio que acogía a los neoyorquinos más adinerados. También albergaba algunos de los museos más importantes de la ciudad, y la Biblioteca Pública, lugares que Silvia, de forma indiscutible, pensaba visitar. Desde que Samuel le propusiera el viaje a Nueva York se había anotado cuanto deseaba ver y aprendido de memoria el recorrido que quería hacer. Se había empapado tanto de la historia de la ciudad y había indagado tantísimo sobre ella, que sin haber visitado nunca la Gran Manzana le parecía conocerla. Sabía de forma precisa dónde se encontraba cada monumento, cada edificio, sitio o lugar que pensaba admirar. Hasta conocía los nombres de los ríos que la rodeaban. Por saber, hasta sabía que Manhattan se dividía en tres zonas: el Uptown, el Midtown y el Downtown, y que estaba conectada por puentes y túneles a Nueva Jersey y otros tres Estados; sin embargo, para llegar al distrito de Staten Island había que hacerlo en ferry. Aunque por mucho que le apasionara su historia y geografía, por lo que más suspiraba Silvia, además de por Nueva York en general y Manhattan en particular, era

por la gran diversidad cultural que ofrecía, de la cual pretendía disfrutar por entero.

A Silvia le gustó la comodidad que desprendía el apartamento de Víctor y la simpleza de mobiliario. Moderno, minimalista, justo. Con buen gusto pero sin lujos, evitando lo superfluo. De los que ella pensaba prácticos y funcionales. De los que no daba miedo tocar por si se arañaba o se causaba un daño irreparable en él. Lo único que destacaba, y parecía lo más caro, era una colección de jarrones de porcelana y calamina de estilo renacentista, con espectaculares motivos florales. Todos reposaban sobre unas baldas de madera maciza en un cuarto destinado a despacho.

No le impactó la importante cantidad de metros cuadrados de la vivienda, Silvia se había habituado al ático de Barcelona, y el apartamento de Manhattan era de similar tamaño. O quizá no se asombró porque, entre lo poco que había visto de la ciudad y lo mucho que había curioseado sobre ella antes de llegar, sabía que en Nueva York todo era más impresionante e incluso extravagante que en otros lugares. Los edificios solían ser los más altos, y las tiendas, más grandes que en cualquier otra ciudad. Incluso la ciudad en sí no podía compararse con ninguna otra del mundo. Pero lo que sí impresionó a Silvia fue el maravilloso piano de cola blanco que presidía el salón, majestuoso e imponente; y en la otra punta, una chimenea grande y moderna que daba calidez a la estancia.

A pesar de tener pocos muebles el apartamento resultaba acogedor. Tan solo cinco minutos en él, recorriéndolo, le habían bastado a Silvia para sentirse como en casa. Era una sensación extraña por la celeridad con que había sucedido, pero era cierta. Nada que ver con lo que le costó habituarse al ático de Barcelona.

—Y bien, ¿qué te parece? —preguntó Víctor, mientras Will dejaba la última maleta y se despedía.

—Que está muy bien. Es más, si tengo que ser sincera, casi lo prefiero al ático de Barcelona. En él tenéis muebles más señoriales y obras de arte, objetos y mobiliario que da miedo tocar por si los fastidias. Cualquiera sabe que valen una pasta. —Enarcó las cejas.

—Tampoco creas que estos muebles me los han regalado —bromeó.

—Hombre, ya me imagino. —Sonrió.

—Pero es verdad, llevas razón. En este apartamento yo también me siento más cómodo, todo es más práctico que lujoso. —Asintió—. Y ahora ven conmigo a elegir la habitación que quieres ocupar. En breve llegará Glady, te hará la cama y nos deshará las maletas.

—¿Glady? ¿Deshacer maletas? —preguntó confusa.

—Glady Harper es la señora que cuida del apartamento, tanto en mi ausencia como cuando estoy aquí. Por eso quiero que me digas en qué habitación deseas dormir, para que ella la prepare y cuelgue tu ropa en el armario.

—Yo puedo hacerlo, deshacer la maleta y colgar la ropa —dijo un tanto a la defensiva.

—Pero yo le pago para que ella haga ese tipo de cosas, es parte de su trabajo —añadió Víctor, un poco aturdido por su reacción.

—Pues a mí no me gusta que hurguen en mi ropa, lo siento. Así que muéstrame las habitaciones y yo me encargo de mi maleta.

Víctor sonrió al ver que el motivo del cambio de carácter de Silvia se debía más a pudor que a otra causa. Él, sin embargo, ya estaba acostumbrado a que otra persona hurgase en su ropa y la colocara en las perchas y cajones.

—De acuerdo, como quieras. Vamos a elegir habitación, deshaces la maleta, te das una ducha, te cambias y, si quieres, nos acercamos a dar una vuelta por Central Park. ¿Te parece bien?

—¡Caray! ¿Me estás poniendo deberes? —preguntó con ironía.

—¡No, por favor! —Volvió a sonreír—. Tan solo era una sugerencia.

—Más bien unas cuantas —señaló, mostrando una sonrisa que contenía asombro—. Mejor lo vamos viendo sobre la marcha, el viaje ha sido largo y estoy muy cansada —aclaró—. Seguro que me marcho pronto a la cama para estar fresca mañana.

—Mañana iremos a la compañía, tengo unas cosillas que hacer por allí —manifestó—. Le pediré a Emilio que mientras tanto te haga una gira turística por ella, así la conoces.

—¿Emilio? ¿Es español?

—No, es neoyorquino, pero de descendencia puertorriqueña. Eso sí, habla español y podrás entenderte muy bien con él. Como con Will.

—Muy bien, si habla español no habrá problemas. Ya te he comentado que el inglés es una de mis asignaturas pendientes. —Hizo un mohín.

—Y yo te he dicho que si quieres puedo ayudarte a aprender el idioma.

—Lo tendré en cuenta. Pero mañana va a ser un mal día para impartirme una clase, entre otras cosas porque estarás trabajando.

—No creo que tarde mucho en atender los asuntos pendientes, seguro que acabo antes que Emilio. Es un extraordinario ingeniero, pero se enrolla como las persianas. —Rio con sutileza—. Si quieres podemos dedicar la tarde a practicar el idioma mientras disfrutamos de los alrededores, La Quinta Avenida, el Empire State... Y el resto de días haremos turismo para que conozcas la ciudad, y seguiremos practicando el inglés americano.

—¡Vaya, todo suena genial! Turismo y clases de idioma. —Asintió.

—Eso es —confirmó Víctor.

—Con lo del idioma no contaba, pero con el turismo sí, de modo que ya tengo una lista de los lugares a los que quiero ir, y entre ellos están esos dos que has mencionado —reconoció—. Pero ahora, si no te importa, muéstrame la habitación que estoy deseando tomar una ducha.

—Por supuesto.

Silvia y Víctor se adentraron en un pasillo con cuatro puertas, dos a cada lado. Víctor abrió tres y la invitó a ver las habitaciones para que se decidiera por una. Los tres dormitorios eran muy grandes y espaciosos, parecidos entre sí, con muebles de diseño moderno y aire vanguardista. Lo único que cambiaba entre ellos era el tono de los colores de la decoración. En los dos primeros predominaban los neutros, un gran abanico de grises, y en el último las tonalidades cálidas, una gama que iba del crema al asalmonado. Silvia se decantó por esa alcoba porque le parecía más alegre y las vistas a Central Park eran una maravilla. Antes de retirarse, Víctor le anunció que su habitación era justo la de al lado, por si precisaba de algo. Después abandonó el lugar y se fue a su dormitorio. Dejó la maleta y, sin pensarlo un segundo, entró en el baño; él también necesitaba una ducha y relajarse.

The New Technology Company estaba en el Midtown Manhattan, el

mayor distrito financiero y comercial de los Estados Unidos y lugar elegido por Ernesto Alvarado para fundar su compañía. Esa zona comprendía muchos barrios y la gran mayoría de rascacielos de la ciudad, y The New Technology Company, como no podía ser de otra forma, ocupaba uno de esos abrumadores edificios que casi acariciaban las nubes, que resplandecía más que los de alrededor porque todas las paredes exteriores eran de espejo. Silvia proseguía sin salir de su asombro. Tanto por subir hasta la planta ciento quince, donde se encontraba el despacho de Víctor y que con solo pensar en la altura le hacía sentir vértigo, como por la relación de camaradería que tenía con sus trabajadores y la armonía que se desprendía por la compañía.

Tras presentarle a un montón de gente, la gran mayoría neoyorquinos, aunque también había de otras nacionalidades, Víctor solicitó a Emilio que le enseñara a Silvia el resto de la compañía mientras él atendía sus asuntos. Emilio era moreno, de pelo ensortijado, ojos pequeños color coñac, labios finos, alto y fornido. Aparentaba ser algo mayor que Víctor, y a primera vista parecía simpático y agradable, aunque también un poco charlatán, tal y como Víctor le había avisado. El hombre, muy amablemente, la fue conduciendo por las instalaciones a la par que le explicaba desde el más insignificante de los pormenores hasta las cuestiones más tecnológicas y por completo alejadas a sus conocimientos. Pero ella le prestó atención mostrando una grata sonrisa, pese a no comprender ni una palabra de lo que le estaba diciendo. Los conceptos *hardware* y *software* los había oído más de una vez, vivíamos en la era tecnológica, cómo no hacerlo; sin embargo, era consciente de que se le escapaba su minucioso significado.

Víctor llamó a Emilio para preguntarle en qué lugar se encontraban e ir a su encuentro. Porque tal y como predijo el mayor de los hermanos Alvarado, antes de que el ingeniero hubiera terminado el recorrido por The New Technology Company y diera por concluida la clase magistral que le estaría impartiendo a Silvia, él ya habría acabado. Al colgar, Emilio miró a Silvia, sonrió y dijo:

—Víctor estará aquí en unos diez minutos. Lo siento, no me ha dado tiempo a mostrárselo todo. No sé si seguirá él o tendrá que regresar otro día para ver el resto.

—No importa, me ha enseñado y explicado mucho. Gracias, Emilio — respondió con amabilidad, pensando que hablaba como una cotorra.

—¿Quiere tomar un café mientras lo esperamos? —preguntó, señalando una máquina cercana.

—De acuerdo, como usted quiera.

—Voy a invitarla pero con una condición.

—¿Cuál? —inquirió intrigada.

—Ambos somos jóvenes, tuteémonos, por favor.

Silvia asintió y sonrió al mismo tiempo, dando así su conformidad. El hombre, con un gesto de la mano, la invitó a acercarse a la máquina de café. Tras unos breves pasos ambos llegaron a ella. Silvia solicitó un capuchino y Emilio sacó dos, otro para él. Mientras movían la cucharilla de plástico para mezclar el café con la espuma de leche y disolver el azúcar, Emilio siguió hablando de lo mismo, aunque ahora con menos formalismos y más cercanía. Amparada en la confianza que le ofrecía, Silvia pensó que Emilio podía ser una buena fuente de información. De súbito, su curiosidad le dio un toque de atención; debía jugar bien sus cartas, sonsacarle sin que lo pareciera, y debía apremiar por la inminente llegada de Víctor. Pensando en la manera de abordar lo que le interesaba, decidió no perder un segundo en llevar la conversación por otros derroteros alejados de la informática y las tecnologías.

—Es una empresa muy grande, era imposible verla en unas horas, Emilio. Yo creo que necesitaría el día entero.

—Cierto, es algo más grande que la de Londres o la de Barcelona. Aunque me imagino que ya te habrás dado cuenta. Porque las conocerás, ¿no? Al menos la de Barcelona —se apresuró en decir.

—Sí, claro, la de Barcelona ya la he visto —mintió, sin saber por qué—. La de Londres la tengo pendiente, seguro que en breve la visitaré.

—Seguro que tendrás mucho tiempo para conocer la compañía al completo. Para la de Tokio tendrás que esperar un poco; ya sabes que está en proceso de construcción y por lo menos hasta dentro de un año no estará en funcionamiento.

—Tokio, Japón —dijo sorprendida pero disimulando; nadie le había hablado de ella.

—Sí, exacto. Y allí más vale que te haga de guía Samuel, dudo que tengas la suerte de encontrar a alguien que hable español. —Sonrió—.

Aunque también puedes aprender inglés, Samuel puede enseñarte. Bueno, puedes hacer muchas cosas, vas a casarte con él y con él visitarás las empresas en más de una ocasión. —Calló un segundo—. De hecho, siendo sincero, aquí todos contábamos con su presencia, no con la de Víctor.

—De esa forma iba a ser, pero a última hora Samuel no se encontraba bien y decidió no venir. Pero como yo estaba tan ilusionada por conocer Nueva York, no quiso cancelar el viaje y determinó que viniera con su hermano —explicó, y dio un sorbo al café.

—Discúlpame el atrevimiento, pero... —Hizo una pausa, dubitativo.

—Pero ¿qué?, di.

—Pues que imagino que la decisión habrá sido de ambos. Tal y como lo has expresado sonaba a orden y acatamiento —anunció extrañado—. Al menos así me ha sonado a mí.

Silvia meditó unos segundos; era consciente de que no había sido decisión suya realizar el viaje, sino imposición de Samuel, pero debía reconocer que una parte de ella sí deseaba estar donde estaba. Deseaba estar con Víctor. Deseaba lo que jamás pensó que pudiera desear y además le estaba prohibido. Samuel lo decidió, en efecto, pero ella no fue capaz de argumentar algo firme para disuadirlo. Solo se conformó y aceptó su decisión, no por el contrato, como trató de convencerse a sí misma, sino por la atracción y el anhelo que sentía por Víctor. Se encontraba en la encrucijada de querer verlo a todas horas y a la vez querer huir de él, una extraña y compleja contrariedad que la estaba volviendo loca.

—Desde luego que ha sido una decisión mutua, nadie me ha obligado a venir, cómo no —respondió al fin, sonriendo—. Y a propósito de la compañía, ¿llevas mucho trabajando en ella, Emilio?

—Sí, casi diez años. Una década trabajando como ingeniero jefe en The New Technology Company, o TNT, como prefieras llamarla.

—Mejor TNT, es más corto y lo pronuncio mejor. Mi inglés es lamentable, por no decir inexistente. —Rio durante un par de segundos.

—Pues a partir de ahora la llamaremos TNT, no te preocupes.

—Te lo agradezco, Emilio —dijo, y de inmediato reanudó la conversación—. De modo que llevas casi diez años trabajando aquí.

—Exacto.

—Entonces conocerás muy bien a Samuel y a Víctor —formuló de forma retórica.

—Por supuesto, hemos trabajado incontables horas codo con codo. Además, también tenemos bastante amistad, aunque a Samuel llevo sin verlo más de un año, desde que regresó a Barcelona. Pero siempre que Víctor está en Nueva York, solemos salir juntos.

—¿Os vais juntos de juerga? —preguntó intrigada.

—De juerga, de cena, de copas... Me apunto con él a lo que sea. Es un buen tipo —aseguró sonriendo—. Pero no le cuentes nada de esto, por favor.

—¿Qué quieres que me calle? ¿Que os vais juntos de juerga o que es un buen tipo?

—Ambas cosas.

—Tranquilo, mis labios están sellados, te doy mi palabra.

—Gracias. —Emilio dio un sorbo al café.

—Y si llevas tanto tiempo trabajando aquí también conocerías a su difunto padre, a Ernesto Alvarado. —Silvia comenzó a pisar el terreno que quería.

—Sí, por supuesto. —Su sonrisa se tornó a seriedad.

Con la breve respuesta, Silvia notó un cambio en la modulación de Emilio, parecía contener una pizca de resquemor.

—Sé que Ernesto fue un padre duro con sus hijos, no es un secreto para mí. Y por tu tono he querido comprender que para ti tampoco, ¿verdad?

Emilio volvió a dar un trago al café mientras Silvia lo miraba expectante.

—No, no lo es —contestó, arrugando los labios—. Para nadie que lleve el mismo tiempo que yo lo es —advirtió con pesar—. Pero tras su muerte fue peor. Víctor se vio solo con la compañía y con los quebraderos de cabeza que le dio su hermano durante años. Llegamos a temer lo peor y todos arrimamos el hombro para sacar adelante a TNT. Y lo conseguimos, incluso la hicimos más fuerte. Y cuando todo volvía a la normalidad, ¡bum! La enfermedad de Samuel llegó como un mazazo... —Sopló con fuerza—. Menos mal que Samuel ha tenido mucha suerte de tener el hermano que tiene, te lo garantizo.

—¿Por? —preguntó de inmediato.

Emilio la miró y dudó si seguir hablando, igual ya estaba contando demasiado. Además, no sabía si ella era conocedora de lo que él hablaba o, por el contrario, no tenía ni idea. El silencio predominó por largo rato y Silvia se percató de su desconfianza.

—Emilio, puedes hablar conmigo sin temor, no tengas recelo. Conozco de sobra la vida de los hermanos Alvarado —declaró en un intento por ganarse su confianza, se había quedado intrigada y necesitaba saciar su curiosidad.

—Si es así, si conoces su historia, ya sabrás cuánto ha peleado Víctor por recuperar a Samuel desde que falleciera el señor Alvarado. —Su tono estaba teñido de suspicacia.

—Por supuesto que lo sé —mintió—. Igual que sé cuánto lo humillaba su padre y que gracias a él pinta muy poco en esta compañía —añadió, con la intención de que Emilio y su lengua se soltaran de una vez.

—Su padre se portó muy mal con él, es cierto, aquí es un secreto a voces. Ya sabes que por eso vinieron todos los problemas, porque su padre apenas le dejó acciones, algo que su hermano siempre ha tratado de enmendar.

—Bueno, igual en eso discrepo un poco.

—¡Cómo! —preguntó aturdido—. Es imposible discrepar, Víctor ha intentado cederle una y otra vez parte de sus acciones para que así tenga las que le corresponden, pero él nunca las ha aceptado. —Sacudió la cabeza—. Sin ánimo de ofenderte, a Samuel le puede el orgullo.

—No siempre, a veces —comentó, intentando dar credibilidad a la conversación.

—Respecto a ese tema, siempre, eso es indiscutible. —Sonó censor —. Víctor no tiene la culpa de lo que hizo su padre, pero está claro que esa última humillación de Ernesto Alvarado fue la que hizo desvariar a Samuel.

—Sí, también me lo ha contado. Sé que desvarió mucho —manifestó, engañándolo.

—Muchísimo. Samuel se dio a la mala vida en todos los aspectos. Buscó una vía de escape, pero buscó la peor.

—Sí, fue una época de muchos excesos, demasiados —prosiguió con su

falacia.

—Ya te digo —siseó con cierta rabia—. Durante los tres primeros años después del fallecimiento de su padre, su vida fue un escándalo público continuo, solo se centró en borracheras, drogas, mujeres por doquier...

—Oye, tampoco exageres con el tema de las mujeres —añadió Silvia, haciendo creer que sabía de lo que hablaba—. Por lo que tengo entendido, más bien se centró en una, aunque eso sí, bastante complicada. También conozco la relación de Samuel con Judith.

Emilio la observó fijo, con gesto serio, taciturno.

—Creo que mejor dejamos la conversación aquí, parece que no te han contado todo tal cual sucedió.

—No, por favor, continúa. —Los ojos de Silvia imploraron una aclaración—. Esta conversación nunca saldrá de aquí, tienes mi palabra.

—Vas a casarte con Samuel, debería ser él quien te cuente su vida, no yo —repuso con un matiz reprobador.

—Te lo ruego, Emilio. Quiero conocer esa etapa de su vida, cuánto desvarió en verdad. Estoy en mi derecho por eso mismo, porque voy a casarme con él.

Emilio permaneció unos segundos en conflicto consigo mismo, hablar o callar libraban una ardua batalla en su cabeza. Pero la mirada de Silvia rogaba de forma bárbara, y creyó que sus palabras eran ciertas, estaba en su derecho de conocer esa etapa de Samuel, que iba a ser su marido. Además, podía saber de ese periodo tan solo tirando de hemeroteca en Internet, no era ningún misterio o algo oculto.

—Está bien —cedió al fin—. Es cierto que tenía una relación con la señorita Judith Riera. Una bastante complicada, como bien has dicho. Pero esa denominación no puede achacársele a ella, fue debido al carácter que mantuvo Samuel a lo largo de esos años. Y entremedias de esa relación casi tormentosa, durante los periodos en que dejaba a Judith, toda mujer que se le cruzase en su camino era válida para llevársela a la cama. Como si eran a pares. —Suspiró—. Samuel cayó en una etapa de autodestrucción.

—Perdona, Emilio, pero disiento en parte contigo —habló muy seria, vacilando un segundo antes de explicarse—. Samuel y ella mantenían una relación llena de altibajos por culpa de uno u otro, o de los dos, eso no lo sé.

Pero lo que sí sé es que fue Judith quien dejó a Samuel cuando se enteró de su enfermedad, y eso es miserable —recalcó, tensando la mandíbula.

Emilio zarandeo la cabeza antes de hablar.

—Discúlpame de nuevo, pero es evidente que no te han contado todo como fue —avisó con gravedad—. Al igual que conozco a Samuel y a Víctor, conozco a Judith. Tuve muy buena relación con ella cuando era la novia de Samuel, y la sigo teniendo, sé de lo que hablo —aseveró asintiendo—. Tampoco quiero que me malinterpretes con lo que voy a decirte: sé que en el fondo Samuel es buena persona, pero durante ese tiempo se comportó como un verdadero enemigo. En lugar de aliarse con su hermano puso en peligro la compañía —reveló con cierta amargura—. No imaginas la presión que son capaces de ejercer los accionistas, no tienes ni la más remota idea. Víctor no paró de tenerlos en su contra por no acceder a su petición, la que realizaban cada día y con insistencia.

—¿Cuál? —interpeló intrigada.

—Pedían su cabeza.

—¿De quién, de Samuel o de Víctor? —preguntó confundida.

—De Samuel, evidentemente —contestó raudo—. Los accionistas no querían que su nombre fuera vinculado a la compañía, lo querían fuera de ella, pero Víctor nunca lo consintió. La actitud de Samuel dañó a TNT en su momento más vulnerable. Fue muy egoísta, solo pensó en él y su dolor. —Suspiró, y añadió—: Por eso te digo que no es todo como te han contado —aseguró con una pincelada de enojo.

—Puede que lleves razón en esa parte, no te lo voy a negar, pero no puedes contradecirme con Judith, Emilio. Ella le dejó tirado cuando él más precisaba de su amor. Como tampoco me puedes rebatir que es un hecho despreciable.

—Judith lo dejó porque se vio obligada a hacerlo, porque él creyó que no lo querría estando enfermo —soltó con extrema seriedad—. Samuel no para de menospreciarse desde que tiene esa enfermedad, se cree que nadie puede estimarlo, mucho menos quererlo —declaró, estrujando con fuerza el vaso vacío de plástico del café hasta reducirlo y tirarlo a la papelera—. Menos mal que durante este tiempo viviendo con Víctor en Barcelona parece que ha reflexionado. Y por supuesto, al casarse contigo, también parece que al fin ha

encontrado la estabilidad emocional que precisaba, porque si no...

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó Víctor de repente, interrumpiendo a Emilio—. No os encontraba, te había entendido que estabais en la zona este de la planta en lugar de en la oeste.

El corazón de Silvia se desbocó al verlo aparecer. Desde las últimas semanas no paraba de sucederle lo mismo cuando veía a Víctor, el motor de su cuerpo se le aceleraba y las tripas notaban un batir desmesurado, como si dentro de ellas tuviera cien mil mariposas agitando las alas. La imagen de ese bello hombre, la proximidad ante él, le llegaba a quitar el sueño y hasta el apetito. Tal y como le había ocurrido la noche anterior, que no fue capaz de probar bocado de la cena de bienvenida que la señora Glady les había preparado, y conciliar el sueño le costó un triunfo. Era consciente de que Víctor se había convertido en una tentación para ella y no debía estar a solas con él. Debía evitarlo para calmar a su agitado corazón, que no paraba de gritarle que quería a Víctor, deseaba amarlo.

—Pues aquí estamos, tomando un café mientras te esperábamos —respondió Emilio—. ¿Te apetece uno?

—No, gracias —contestó él, y de inmediato se dirigió a Silvia—: ¿Qué tal la visita? —interpeló.

—¡Oh, muy interesante y productiva! —Estiró con sutileza los labios, pensando en el granito de arena que había aportado Emilio para conocer algo más sobre la vida de los hermanos Alvarado. Una parte que ni imaginaba y que escondía la gran persona que era Víctor. Un hombre en apariencia arrogante, que al principio ella no podía soportar, y que ahora solo la hacía suspirar de amor. Aunque había logrado enamorarla después de despojarse de su coraza de altivez y de empezar a mostrarse como en verdad era. Y cada vez le gustaba más, Silvia sabía que era un hecho irremediable.

—Vamos a comer, ¿te unes a nosotros? —preguntó Víctor a Emilio.

—No sé...

—Sí, anda, vente —le pidió Silvia, de ese modo no estaría a solas con Víctor. Además, le había caído bien Emilio, parecía una persona sincera que iba de frente. Valores importantes para ella, que apreciaba mucho.

—¡Anda!, no te hagas de rogar —agregó Víctor, posando de forma afectuosa la mano encima de su hombro.

—Si os empeñáis, me uno a vosotros. —Sonrió—. ¡Vamos!

Era primeros de diciembre, y en esas fechas hacía frío en Nueva York. Bastante frío. El aire casi era gélido. Silvia, Víctor y Emilio tuvieron constancia del clima neoyorquino después de abandonar el restaurante en el que habían comido, cuando, al salir, recibieron una vigorosa bofetada de aire helado. Con rapidez, evitando no estar parados mucho tiempo y en consecuencia quedar congelados, Emilio se despidió de ellos y regresó a la compañía. Víctor y Silvia, abrigándose bien, con gorros y manoplas incluidas, decidieron recorrer a pie la Quinta Avenida, el paraíso de las compras, donde se ubicaban las mejores tiendas y los negocios más famosos del mundo en moda, joyas, perfumes...

Y así, paseando y recreándose entre escaparates, llegaron a Times Square, una zona que destacaba por el colorido de los innumerables carteles publicitarios luminosos que la adornaban, donde innumerables personas celebraban el Fin de Año y daban la bienvenida al año nuevo. Circunstancia que tendría lugar en unas pocas semanas, pues diciembre no solo era un mes frío que daba paso al invierno, sino también el mes de la Navidad, y la ciudad de Nueva York, hasta el más mínimo rincón, ya estaba engalanada con los típicos adornos y luces.

A pesar de las bajas temperaturas, Silvia se sentía acalorada. Aunque su calor no era resultado del cálido abrigo que llevaba, ni del resto de prendas que la arropaban; se debía a Víctor. A sus seductoras miradas, llenas de propósitos que no habían parado de entrelazarse con sus ojos, logrando que la temperatura corporal de Silvia ascendiera. Y aunque ella intentaba esquivar su pretenciosa vista hablando sin apenas mirarle al rostro, tratando de charlar de cualquier cosa banal, escudándose en el tema navideño y haciendo alusión a la decoración que reinaba en las calles, con la que ella intentaba distraerse, la tensión entre ambos era un hecho destacado y palpable, la culpable de su calorina interna. Y por aquel ardor que le abrasaba las venas, producto de las insinuantes miradas de ese hombre guapísimo, Silvia decidió levantar entre ambos un muro cuya transparencia solo les permitiera conjeturar o entrever, nada más, que no posibilitase un contacto visual nítido, y mucho menos un acercamiento, un roce o una sutil caricia. No podía tolerar que su deseo por

Víctor traspasara ese invisible muro que había levantado.

Sin embargo, la teoría es una cosa y la práctica otra bien distinta, y en la práctica, el muro se vino abajo con un simple chasquear de dedos. Ocurrió cuando fue con él a cenar a un restaurante, nada más dejar la carta sobre la mesa, alzar la vista y descubrir los ojos azules de Víctor contemplándola, examinando su rostro con atención. Lo hacían con tanto cuidado y esmero que sintió miedo. Temía que Víctor, analizándola de esa manera, pudiera ver en el fondo de su alma, donde guardaba su gran secreto: lo amaba. No podía dejar sus sentimientos al descubierto. Ni podía ni debía. A veces ni tan siquiera ella quería verlos ni reconocérselos.

—¿Qué vas a cenar? —terminó preguntando Víctor, sin apartar los ojos del rostro de Silvia.

—No sé, cualquier cosa que sea rápida. Apenas tengo apetito, estoy muy cansada y solo quiero irme a dormir —contestó mirando para otro lado; no podía soportar su mirada.

—Silvia, ¿te ocurre algo? —Estiró la mano por encima de la mesa hasta posarla sobre la suya.

De manera instintiva, en un puro acto reflejo, como cuando una llama quema la piel, Silvia retiró la mano, dejándola caer en su regazo.

—No me pasa nada, solo quiero irme ya. —Se levantó de la silla y de nuevo alzó el ficticio muro que por unos segundos había sido derribado.

Víctor se quedó desconcertado por la reacción tan impulsiva de Silvia. No solo porque acababan de llegar y sin siquiera cenar ya quisiera marcharse, sino porque había momentos en los que, de forma indudable, le parecía ver que se sentía atraída por él, y otros, como ese, que más bien le hacía pensar en todo lo contrario.

—Pues vámonos —dijo resignado, levantándose también.

—Te lo agradezco. —Sin esperarlo, se dirigió a la salida. Víctor fue detrás de ella con paciencia.

Al llegar al apartamento, se mantenía el mismo silencio que los había acompañado desde la salida del restaurante y durante el trayecto en el automóvil. Con un «buenas noches» en voz queda, y sin levantar la cabeza, Silvia se despidió de Víctor, entró en su habitación y se lanzó en la cama sintiendo un ahogo extremo. Contenerse de lo que tanto deseaba estaba

siendo peor que una condena.

Víctor pasó a su dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Seguía pensando en el radical cambio de Silvia, le era inevitable. Habían disfrutado de una tarde maravillosa en la que creyó haber avanzado; sin embargo, habían bastado unos segundos para retroceder lo ganado en unas cuantas horas. Miró hacia la pared que separaba su habitación de la de Silvia, un mero tabique que se interponía entre los dos, y prosiguió meditando. Estaba tan cerca de ella y a la vez tan lejos, a años luz, que no dejaba de suspirar compungido. Se moría por estar a su lado, por rozar su piel, por pasar toda la noche perdido en sus dulces ojos tan negros. Cayó en la cuenta de que últimamente Silvia se había convertido en el eje de sus pensamientos. Pensaba en ella a todas horas, a cada minuto. El primer pensamiento de la mañana era sobre Silvia, y el último del día también; no podía sacársela de la cabeza. No podía, ni quería. Y de ese modo, reflexionando, terminó tumbando el cuerpo en la cama, vestido, mirando al techo, asombrado al escucharse rogar a Dios por ella, por poder ser algún día el dueño de su corazón.

Los días siguientes Silvia y Víctor los dedicaron en exclusiva a turismo y ocio. Samuel, que ya había sido dado de alta y se encontraba en casa, le pidió a Silvia que no se marchara de la ciudad sin acudir al teatro. Con ella usó la petición, la sugerencia; con Víctor utilizó la exigencia, la ordenanza. Una vez más, imponía las normas, como casi siempre, unas veces de forma más maquiavélica y en ocasiones, como ahora, de manera abierta y sin dobleces. Víctor, sin tener ganas de rebatir su imposición, accedió con docilidad. Sin vacilar, llamó a su secretaria y le solicitó sacar unas entradas para ver el mejor espectáculo de Broadway. Al fin y al cabo, esa salida también podía ser beneficiosa para él y su propósito, y eso era lo único que iba a tener en cuenta.

Durante esos días visitaron uno de los rascacielos más conocidos y

frecuentados de la ciudad: el Empire State. Vieron la sede de la ONU, su edificio central, la Biblioteca Dag Hammarskjöld y todo el complejo, que destacaba por sus jardines y esculturas al aire. Silvia estaba impresionada, cada sitio al que acudía era más fascinante que el anterior o la historia que lo acompañaba resultaba sensacional. Pero su impacto fue mayor el día que se detuvieron en el lugar donde, el 11 de septiembre de 2001, la ciudad de Nueva York y el mundo entero cambiaron, el sitio donde ocurrieron los horribles atentados que acabaron con miles de vidas. Ahora, en ese lugar llamado durante años Zona Cero, donde se ubicaban las Torres Gemelas, contra las cuales los terroristas estrellaron aviones llenos de pasajeros, se alzaba imponente otro rascacielos bautizado con el nombre One World Trade Center. Silvia y Víctor, acunados por la mano de la tristeza, conversaron sobre aquella amarga masacre cometida por un grupo de radicales. Por suerte, en esas fechas los hermanos Alvarado no estaban en Manhattan, sino en Barcelona. Pero, pese a no haber vivido aquel infierno en primera persona, Víctor también había sido víctima de sus consecuencias. Algunos conocidos suyos resultaron heridos y aún soportaban las secuelas, otros no tuvieron tanta suerte y fallecieron ese fatídico día. Recordaba el temor que le supuso regresar a Nueva York, subirse de nuevo a un avión, el incremento de los sistemas de seguridad en los aeropuertos, la incertidumbre reinante y el cambio que percibió al pisar Manhattan: en el ambiente, en la gente y, cómo no, en la propia arquitectura. Aseguraba que la brecha que se abrió ese día en la ciudad se había cerrado con el paso de los años, pero la cicatriz dejada era palpable a cada momento e imposible de eludir. Ese día supuso un antes y un después para todos los neoyorquinos, para los Estados Unidos, para el resto del mundo. Tras hablar largo y tendido de aquel recuerdo plagado de sinsabor del que, a día de hoy, aún brotaba sangre, Víctor decidió que debían tornar el ánimo. Para ello llevó a Silvia a visitar el Rockefeller Center, un complejo de edificios comerciales donde contemplaron su gran pista de hielo y su famoso árbol de navidad, de considerables dimensiones. Eso por fin les permitió deshacerse del amargo sabor de boca y les adornó de nuevo los rostros con una sonrisa.

A lo largo de esos días, Silvia y Víctor también visitaron el Madison Square Garden, el Radio City Music Hall y la Biblioteca Pública de Nueva York, donde ella disfrutó muchísimo, tanto como en el Museo Metropolitano de Arte. Acudieron a Broadway y degustaron uno de sus espectaculares musicales, que la dejó tan asombrada como emocionada. Pasearon por

Greenwich Village, por el Lower East Side y sus pintorescas casas. Comieron en un exclusivo restaurante del SoHo, cruzaron en automóvil el puente de Brooklyn y se acercaron en ferry a la isla Ellis, próxima a la bahía de Nueva Jersey. Y por supuesto, también visitaron la isla donde está enclavado el monumento más importante y representativo de Nueva York: La estatua de la Libertad.

Fueron unos días ajetreados y agotadores, los que Silvia buscaba. Evitaba al máximo estar a solas con Víctor, y en medio de tanta gente era una manera eficaz de lograrlo. Prolongaba cuanto podía la entrada al apartamento y, al llegar, se marchaba enseguida a la cama, sin mediar palabras y dando solo las buenas noches. Era lo que quería y lo estaba consiguiendo. En tan solo tres días volverían al aeropuerto John F. Kennedy y regresarían a Barcelona. La tentación habría sido superada y no tendría que arrepentirse de nada. Solo debía aprender a vivir con los sentimientos que Víctor le había despertado, con el amor que sentía por él pero no podía permitirse hacer público.

Viendo que se le agotaba el tiempo, que solo les quedaban tres días en la ciudad y Silvia cada vez parecía estar más lejana a él, Víctor estableció un plan. Fraguó una idea con la que deseaba fracturar el frío muro con el que parecía haberse recubierto Silvia: fingió haber quedado con Emilio y su pareja en uno de los mejores lugares de copas de Manhattan y le propuso salir. Tras meditarlo, Silvia terminó accediendo. Le apetecía mucho conocer la noche neoyorquina y le relajaba saber que no estarían solos. Con el sí de Silvia danzando en sus oídos, Víctor comenzó a allanar el camino que podría permitirle alcanzar su objetivo: acabar en la cama con ella.

En Nueva York, la ciudad que nunca duerme, algunos de los mejores bares y terrazas no se encuentran a ras del suelo, sino más arriba, en el aire. Justo ahí estaba el 230 Fifth, un elegante bar enclavado en una azotea, que presumía de tener las mejores vista de toda la ciudad. Situado en la Quinta Avenida, desde él se podía contemplar el Empire State de cerca y varios rascacielos del Midtown Manhattan, entre ellos el deThe New Technology Company. Además, disponía de un amplio jardín que en los días más fríos del año, como era el caso, estaba climatizado de forma parcial. Incluso se podía pedir a los camareros un cálido albornoz con el que envolverse y estar calentito.

Silvia se quedó sin habla ni respiración ante semejante escenario, y lo hizo por las vistas, porque no existían palabras para describirlas, y por contemplar el precioso jardín y el espectáculo de albornoces rojos con los que mucha gente vestía para abrigarse. Pero más asombrada se quedó al ver los ojos azul cielo de Víctor contemplándola con deseo, a la par que sus perfilados labios se ensanchaban regalándole una sonrisa llena de intenciones. No pudo apartar la mirada de él y permaneció unos segundos admirándolo. Estaba tan guapo con aquel jersey gris de cuello alto que la hacía suspirar en silencio. Sin embargo, la alteración que la embistió de golpe, cual mazazo, también le hizo bajar la vista con prontitud.

Víctor se quitó el abrigo y solicitó a Silvia el suyo para colgarlos. Le preguntó si quería un albornoz y, tras una negativa con la que alegó no tener frío, le dio la prenda. Mientras Víctor se acercaba a la percha, Silvia volvió a observarlo con atención. Los vaqueros le quedaban de muerte, le marcaban un culo de infarto, el mismo que presenció cubierto solo por un bóxer. El corazón le palpitó con violencia. De inmediato se sentó y le suplicó calma, debía recuperar su ritmo. Desvió la mirada; sería lo mejor para ralentizar las pulsaciones. Dejó de admirar al hombre y se concentró en el gentío que inundaba el 230 Fifth.

Al volver Víctor a la mesa, Silvia, que todavía andaba buscando serenidad, cogió la carta de cócteles y empezó a echarle un vistazo. Su

asombro fue mayúsculo al descubrir los elevados precios de las múltiples combinaciones allí descritas. Observar las vistas bebiendo una copa desde ese lugar costaba un buen pico. Víctor le sugirió pedir un cóctel especial de la casa, tenían fama de ser el mejor elixir del mundo. Ella, inexperta en ese tipo de asuntos, se dejó aconsejar y aceptó probarlo. Cuando el camarero se acercó a tomarles nota, sus ojos otearon los alrededores en busca de Emilio, que no había aparecido aún y hacía rato que lo esperaban. Al marcharse el joven que los atendía, le faltó tiempo para ponerlo en conocimiento de Víctor.

—Emilio se está demorando bastante, ¿no crees?

—La verdad es que sí —respondió asintiendo—. Tenía que estar aquí hace más de veinte minutos. Voy a llamarlo, a ver si viene ya —dijo levantándose y apartándose de Silvia.

Como era obvio, Víctor no hizo ninguna llamada, tan solo fingió hacerla, hablar con Emilio. Silvia lo miraba atenta, casi sin pestañear. Él, viéndola con la mirada clavada en su rostro, empezó a gesticular y a poner cara de circunstancia para dar credibilidad a la ficticia conversación. Aunque ese tiempo también le sirvió para deleitarse con ella, quien, despojada del abrigo y luciendo una minifalda, dejaba asomar unas largas y estilizadas piernas. Aparentaban ser suaves como la seda, y así se le antojaban a él, que se moría por acariciarlas. Suspiraba por rozar su pronunciado escote, que le incitaba a fantasear con sus pechos; unos senos que de seguro serían divinos, tanto como toda ella. Un ramalazo de deseo le arremetió con fuerza mientras continuaba con aquel paripé de llamada, a la vez que se veía con ella en la cama, desnudos, enzarzados en una lucha amorosa y sexual. Se vio obligado a cambiar el ángulo de su mirada, debía dejar de observarla para amortiguar sus ganas y sosegar. Segundos después, cuando creyó conseguirlo, colgó, volvió a posar sus ojos en ella, hizo un aspaviento con las manos y se acercó de nuevo a la mesa.

—No puede venir —aseveró junto a un chasquear de lengua, sentándose.

—¿Y eso? —La curiosidad ejerció de contrapeso de la inquietud que se le acababa de despertar a Silvia. Víctor y ella no iban a tener compañía, estarían a solas, y eso le hacía sentir temor.

—Su novia no se encontraba muy bien y...

—¡Víctor! ¡Víctor Alvarado! —exclamó una voz varonil

interrumpiéndolo. Con premura, volteó la cabeza para ver quién lo llamaba —. ¡Víctor, eres tú! ¡Cuánto tiempo! —continuó diciendo el recién llegado pero en inglés, idioma del que Silvia no entendía palabra.

Víctor se levantó al ver a Michael Smith, viejo amigo de su padre e importante hombre de negocios con residencia en Miami, al que había perdido la pista hacía un tiempo.

—Hola, Michael —saludó en inglés y con un ápice de frialdad, hecho que no pasó por alto Silvia a pesar de no entender la lengua—. ¿Qué tal? —preguntó, estrechándole la mano.

—Bien —contestó el hombre con afabilidad, palmeándole la espalda—. Aunque no tan bien como tú, ya quisiera yo tener tu edad y tu vitalidad. Pero los años van pesando —anunció con paciencia aunque sin perder la sonrisa—. ¿Cómo te va todo?

—Bien, como de costumbre.

—Me alegra mucho oír eso, muchacho —afirmó, posando la mano encima del hombro de Víctor—. Sé que no has pasado por una buena racha —enunció mirándolo a los ojos—. La muerte de tu padre descolocó muchas cosas a nivel empresarial. O mejor dicho, los escándalos de tu hermano tras la muerte de vuestro padre.

—Eso ya es agua pasada —añadió tenso.

—Lo sé. Sé que ahora la compañía va viento en popa y a toda vela. —Asintió—. Ha llegado a mis oídos que antes de finalizar el próximo año The New Technology Company abrirá sus puertas en Tokio.

—Has oído bien —aseguró de forma seca.

—Estás haciendo un buen trabajo, Víctor. Desde luego que sí, muchacho —dijo de forma muy cordial—. Si tu padre pudiera ver lo que ha crecido su compañía estaría orgulloso de ti.

Silvia, a pesar de no entender nada de lo que conversaban, interpretó, por la tonalidad de voz, que ese hombre hablaba de manera afectuosa. Sin embargo, la cara de Víctor decía lo contrario, y ese hecho la aturdía.

Víctor se mordió la lengua al escuchar decir a Michael semejante majadería. Pensó que su padre solo estuvo orgulloso de ver a sus hijos enfrentados y dañándose. Y el habitual dolor que tan bien conocía volvió a

atravesarle las entrañas.

—Mejor dejemos a mi padre en paz —concluyó con cierto malestar.

—Como tú quieras. —Apartó la mano de su hombro—. En fin, te dejo que me están esperando. Me ha alegrado mucho verte, de verdad. Disfruta de la velada, de la compañía —expresó mirando a Silvia— y de tus negocios. Adiós.

—Adiós, Michael. —Víctor se despidió cortante, pensando que a él no le había alegrado nada verlo.

Cuando volvió a sentarse la cara le había cambiado, hecho del que Silvia ya se había percatado. Pero por si le quedaba una mínima duda, al estar frente a él, comprobó que tenía el semblante tenso y los ojos entristecidos.

—¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió tajante.

—Víctor, si no me lo quieres contar, no importa, pero no trates de tomarme por tonta, eso es algo que no soporto.

—No estoy tratándote de tonta —contestó serio.

—Sí, sí lo estás haciendo —confirmó molesta—. Me quieres convencer de que no te pasa nada, pero tu actitud ha cambiado por completo. Aunque no haya entendido nada de lo que has hablado con ese hombre porque mi nivel de inglés es nulo, el lenguaje gestual es universal y sí lo entiendo. Y desde luego, ha sido verlo y te has convertido en otra persona distinta de la de hace cinco minutos.

Víctor calló unos segundos, repasando cien mil cosas en la mente. Cien mil actos dolorosos. Cien mil hechos de los que quería olvidarse, que tenía asumidos y digeridos, pero que nunca lo abandonaban, como a él le gustaría. Elevó la vista y miró a Silvia de frente, a su preciosa cara, a sus maravillosos ojos que tanto le seducían, y decidió compartir un poco más de su vida con ella.

—Verás, ese hombre, Michael Smith, era un amigo de mi padre —reveló con la aspereza de una lija, y calló de nuevo.

El pulso del silencio previo hizo confirmar a Silvia que la respuesta de Víctor iba a contener recuerdos dolorosos. Por no mencionar la mueca que dibujó su semblante, que lo desfiguró y denotaba la aflicción que podía

expulsar. Pero, aun así, la pregunta que vibraba en sus labios desde hacía unos minutos decidió escapar de ellos.

—¿Y? ¿No te cae bien? —interpeló.

—No es eso exactamente. —Se detuvo un momento, tratando de ordenar sus ideas—. Me recuerda cosas que no me hacen bien —puntualizó con tristeza.

—¿Como qué? —La curiosidad de Silvia se entremezcló con un profundo deseo por consolarlo, aliviarlo. Un anhelo que trató de ahogar dando un pequeño sorbo al cóctel que el camarero había dejado frente a ella mientras Víctor hablaba con aquel hombre.

—Muchas cosas que trato de olvidar. La primera, a mi padre —aclaró, suspirando fuerte. Esa forma de exhalar aire corroboró a Silvia el dolor que a Víctor le ocasionaba todo lo relacionado con su progenitor—. Mi padre y Michael se conocieron aquí, en Nueva York. Mi padre decidió venir a la Gran Manzana nada más acabar la carrera de ingeniería, era la tierra de las oportunidades. Conoció a Michael y le ofreció empleo en la empresa donde él trabajaba, por entonces era una de las más prestigiosas del país. Buscaban ingenieros porque en ese momento estaban sucumbiendo a un importante cambio, empezaban a transformarse en una empresa dedicada a la informática. En dicha empresa también conoció a mi abuelo, que formaba parte de la junta directiva. Mi abuelo vio que mi padre era un brillante ingeniero de telecomunicaciones y ambos, junto a otros empresarios, emprendieron el camino para crear la que hoy es nuestra compañía. Aunque entonces se llamaba The Technology Company. —Volvió a callar un segundo para seguir escarbando en sus recuerdos—. Pero cuando falleció mi padre y yo asumí su cargo, le cambié el nombre añadiendo el *new*. Es la nueva era tecnológica, es nuestra —subrayó, rememorando los difíciles años a los que se había enfrentado, cuánto había luchado por ella—. No es solo lo que mi padre fundó, ¿sabes?, ni mi padre nunca estaría orgulloso de mí como muchos creen —explicó frunciendo el ceño, con la mandíbula en tensión y la voz cargada de resentimiento.

Silvia no sabía qué decir o qué opinar. Tan solo sentía la rabia que conllevaban las palabras que estaba manifestando Víctor, y el daño que ocultaban; era demasiado palpable como para pasar inadvertido.

—¿Ya no quieres preguntar más? ¿Te he dejado sin palabras? Parece que

sí —afirmó Víctor de forma ácida, echando un trago del cóctel.

—¿Quieres mi opinión?

—Por supuesto, di lo que quieras. —Se encogió de hombros, casi con indiferencia.

—Creo que guardas mucho dolor, Víctor, y que igual te venía bien soltarlo —expuso con calidez.

—Solo quiero olvidarlo, y si no lo pienso, no duele.

—No es cuestión de olvidarlo, sino de afrontarlo para poder vivir. Ya te he contado cómo ha sido mi vida, puedes hacerte la idea de que no ha sido un lecho de rosas, ni mucho menos. Pero ¿sabes qué? He sobrevivido. Le he hecho frente y he sabido vaciarme para desalojar el dolor; aunque las cicatrices persistan.

—Cicatrices —repitió, pronunciando con énfasis la palabra—. Como bien has dicho, esas siempre persisten aunque te vacíes. Porque me he vaciado, Silvia —señaló con desaliento, sin dejar de observarla—. Estuve vaciándome durante más de dos años con un psicólogo después de la muerte de mi padre —le confesó con un leve temblor de voz. Silvia lo miró perpleja pero expectante porque prosiguiera, y Víctor, reponiéndose veloz, continuó —: Él me ayudó a ver muchas cosas, entre ellas que Samuel no era el culpable, sino un títere en manos de mi padre que lo hacía actuar contra mí. —Se detuvo, como si hacer esa pausa entre sus recuerdos fuera de necesidad vital para él—. Le perdoné a mi hermano todo lo que me hizo, porque me hizo putadas muy gordas durante años —siseó airado, desenterrando de su memoria las mujeres que le quitó en su afán de demostrarle su superioridad.

—Samuel opina que él fue siempre el menospreciado y que tú te crees superior a él —se atrevió a decir.

Víctor la miró con adustez.

—Él fue menospreciado por mi padre, no por mí —aseveró rotundo—. Samuel cree que yo pienso que soy mejor que él, pero eso no es cierto —dijo un poco sulfurado—. Yo nunca le he dado motivos para pensar algo semejante, no lo he humillado, ni retado, ni mucho menos pagado con la misma moneda con la que él lo hacía. Y no será porque no tuve la oportunidad. —Llegó a su recuerdo Judith desnuda, esperándolo en la cama —. Sin embargo, fue mi opción. Elegí no devolverle el mismo daño —señaló,

sincerándose.

—Está claro que siempre podemos elegir, o casi siempre —contestó, pensando que a ella, por pura necesidad económica, no le quedó otra opción que aceptar casarse con Samuel. Y, viendo la tristeza que encarcelaba al rostro de Víctor, decidió distender los ánimos con una broma—. Mira si se puede elegir que ahora estoy en Nueva York contigo, con un tipo al que hace unos meses detestaba. —Estiró los labios.

Víctor no sonrió como ella pretendía. De hecho, descendió la vista a la mesa y una vez más guardó unos segundos de silencio.

—Hubo un tiempo en que mi hermano también me detestaba —aseguró, y volvió a callar. Luego levantó la mirada y contempló con ternura los ojos de Silvia—. No sé si te ocurre a ti, pero yo a veces pienso que, a pesar de tener una posición social tan distinta, en lo afectivo, tú y yo somos iguales. Tenemos muchas similitudes, los dos estamos marcados por la falta de cariño familiar.

—Tu hermano nunca habrá llegado a detestarte, Víctor. A pesar de todas vuestras disputas me consta que te aprecia —enunció, dejando al margen todo lo demás expuesto, aunque sabiendo que era cierto. Tanto los hermanos como ella estaban estigmatizados por su familia más cercana y directa.

—Ahora es distinto, Silvia, tú has conocido a otro Samuel. —Arrugó los labios, frotándose la barbilla—. Pero te puedo asegurar que hubo un largo tiempo que lo hizo, me tenía la misma aversión que a nuestro progenitor. Aunque no se lo reprocharé nunca, seguro que me lo merecía por no haber sido capaz de parar a mi padre.

—Víctor, no puedes pasarte toda la vida machacándote con eso —le anunció de inmediato.

—Tú no lo entiendes. —Negó con la cabeza.

—Te entiendo pero no comparto esa forma de torturarte.

—No. No lo entiendes. —Alzó un poco la voz—. No entiendes que accedí a esa competitividad porque me aterraba ocupar el puesto de Samuel. Yo no era tan fuerte como él, no soportaría ese tipo de maltrato psicológico por parte de mi padre —confesó de seguido—. Por eso él no paraba de premiarme a mí, aunque Samuel me diera mil vueltas en cualquier cosa, porque mi miedo terminaba accediendo a entrar en su juego cruel y

manipulador. Mi hermano sobresalía en todo, y mi padre, con la única intención de humillarlo, aún le decía que podía hacerlo mejor, que aprendiera un poco de mí —siseó con furia—. Ernesto Alvarado y su maldito gusto por el agravio comparativo; siempre comparándonos con la intención de ofender y dañar, de enfrentarnos. Samuel no hizo nada para cambiar la situación, pero ¿yo qué hice? Callar. Estaba en medio, soportando los golpes y zarandeos mutuos, y callaba. Nunca paré los pies a mi padre por miedo, y eso nos llevó a mi hermano y a mí a mantener una relación de amor-odio. Por mi cobardía, por callarme, me gané a pulso que mi hermano me detestase —se reprochó a sí mismo con rabia, embozándose el rostro por un instante.

—Víctor, ninguno de los dos tuvisteis la culpa, erais unos niños y vuestro padre casi se podría decir que os adiestró como a perros de caza.

—Sí, ese podría ser un término apropiado —afirmó con pesar—. Nos azuzaba contra nosotros mismos; éramos el depredador y la presa a la vez. Es una buena definición, y además podemos añadir que nunca nos revolvimos a morder la mano del instigador. Bueno, Samuel sí lo hizo, en muchas ocasiones y a su manera, que no era aliándose conmigo, sino contra mí. ¿Y sabes lo más irónico? Que mi hermano se queja de no sentirse querido, como si yo hubiera tenido cariño por parte de mi padre o de él. —Resopló con aflicción—. Sin embargo, te puedo asegurar que yo sí quiero a Samuel, Silvia. —Asintió de forma categórica, con una mirada enturbiada por el sufrimiento que estaba desalojando—. No te negaré que a veces lo estrangularía, sobre todo cuando no para de provocarme y desafiarme, lo juro. Pero es mi sangre, mi hermano, Samuel es lo único que tengo. —La voz se le quebró con la última palabra, y se bebió el cóctel de un trago.

A Silvia se le encogió el corazón escuchándolo, se le contrajo por pena y dolor; era tan triste sentir el tormento y resentimiento que acumulaba. Aunque también se le estrechó porque le pareció verse a sí misma reflejada en él. Víctor hablaba de su hermano como ella de su hermana, alguien a quien quería a pesar de todo lo que le había hecho. Una persona a la que en ocasiones deseaba matar y que, a la vez, por el sentimiento de ternura que despertaba en ella, le hacía olvidar sus jugarretas.

—Vale, Víctor, tranquilízate, por favor —le rogó posando la mano encima de la suya, a modo de consuelo—. Solo añadiré que los sentimientos son un tema complejo y delicado, más aún con lo que habéis tenido que soportar, con esa rivalidad tan retorcida que vuestro padre os impuso antes de

que tuvierais uso de razón. Pero sé que Samuel también te quiere; a su forma, pero lo hace. O ambos lo hacéis a vuestra manera —aclaró. Víctor hizo intención de hablar, pero Silvia, posando la mano que le quedaba libre encima de sus labios, le silenció—. Por favor, aparquemos este tema que nos ha puesto serios y tristes e intentemos pasarlo bien. ¿Te parece? —preguntó, apartando la mano de su boca.

—Llevas razón. —Víctor sopló con energía—. Olvidemos el tema y bebamos algo más. —Llamó al camarero y acto seguido volvió a mirar a Silvia mostrando una sonrisilla maliciosa—. De modo que estás en Nueva York con alguien que detestabas.

—¡Oh, por Dios! —exclamó llevándose las manos a las mejillas—. No sé ni por qué he dicho tal cosa. —Se encogió de hombros.

—Al menos has hablado en pasado, «me detestabas», y eso es bueno, ¿no?

—Eso parece. —Sonrió—. Y dejemos ese tema también, te lo ruego. No quiero volver a recordarte como eras entonces, sino como eres ahora.

—De acuerdo, tema enterrado —afirmó, y añadió—: Pero... con una condición.

—¿Cuál?

—Vas a tener que beberte el cóctel de un trago porque te voy a pedir otro ahora mismo. —Levantó la mano para llamar al camarero.

—¡Eh, dame tiempo! —protestó bromeando.

—Pues compagina hablar con beber y así no se te acumularán. ¿No presumís las mujeres de saber hacer dos cosas a la vez? —formuló con arrogancia.

—¡Oh, tú lo has querido, amiguito! —Silvia tomó la copa y se bebió el coctel de un trago, con rapidez, sin respirar. Ambos se miraron y, de forma instantánea, comenzaron a reír. Rieron sin parar. Las carcajadas no se disiparon hasta que el camarero se acercó a tomarles nota de nuevo.

Después de abandonar la increíble azotea del 230 Fifth, Víctor llevó a Silvia a uno de sus clubs favoritos. En él, distintos grupos solían tocar música en directo, sobre todo la que más le gustaba y que sonaba cuando entraron: el *jazz*. Sentados ante una mesa pequeña y redonda, y acompañados de unas copas, disfrutaron de un buen rato de saxofón, trompeta y piano. La armonía que desprendían los instrumentos se fusionó de forma magnífica, les acarició el alma tanto como los tímpanos, los nutrió. Aunque Víctor y Silvia no solo se deleitaron con la melodía, también, entre canción y canción, complacieron e hidrataron las gargantas.

Silvia empezaba a notar el efecto del alcohol, su poder de desinhibición, ese que te hace actuar con espontaneidad y te afloja la risa. Y Víctor, dándose perfecta cuenta y ayudado por una continua campaña de insistencia, logró sacarla a bailar. Mientras sus pies se adueñaban de la pista de baile, un solo de saxofón comenzó a sonar de forma envolvente. De inmediato el seductor sonido tornó la atmósfera y la volvió muy sensual. Las notas musicales danzaban sinuosamente por el aire hasta acomodarse en los oídos, lo hacían con voluptuosidad, de forma gozosa, como se posaron las manos de Víctor en la cintura de Silvia. Él suspiró al sentir el tacto de su talle de avispa, que abría paso a unas provocadoras caderas que deseaba embestir. Las palmas de Silvia, siguiendo el mismo compás lento y aterciopelado de la música, se dejaron caer sobre los anchos y musculados hombros de Víctor. Ambos se miraron fijamente, clavando sus pupilas en los ojos del otro, pensando en lo cerca que estaban sus cuerpos, en contacto como nunca antes. La desconocida proximidad los mantenía en tensión, aunque cada uno la estaba viviendo de distinta manera. Silvia lo hacía inquieta; Víctor, impaciente. Por eso, y a pesar de estar muy juntos, los agitados sentimientos seguían distanciándolos. Pero la música comenzó a hacer su trabajo, se ciñó a ellos y extrajo su tensión. Los relajó y convirtió a sus cuerpos en imanes, uniéndolos en una distancia imposible de reducir más, ni el mismísimo aire podía circular entremedias de ellos. Con esa peligrosa y estrecha cercanía, la tensión sexual no solo se acrecentó, sino que era del todo masticable, y los labios de Víctor, inevitablemente, se aproximaron a la boca de Silvia. Ella, aun deseosa de ese

beso como nunca y con el corazón desbocado, se apartó de él y susurró:

—No, por favor. No sigas, Víctor, esto no está bien. —Agachó la cabeza, no podía mirarle a los ojos, precisaba calma.

—¿Por qué no? —preguntó él, contrariado—. Los dos sabemos que nos sentimos atraídos, no podemos negar lo evidente, Silvia.

—Tengo un contrato con tu hermano que debo cumplir —contestó elevando la vista, mirándole a sus ojos garzos que tanto le gustaban y seducían—. No puedo —dijo en un tono quebradizo, sacudiendo la cabeza—. No debo incumplirlo, ni traicionarlo a él —añadió con un hilo de voz.

—Si no hay amor, no puede llamarse traición, no es una infidelidad —se apresuró en aclarar.

—Sí sería una traición —afirmó ella.

—Solo lo sería de haber algo más —advirtió, y, algo temeroso, le preguntó—: ¿Lo hay? ¿Acaso tú sientes algo por Samuel?

—No —contestó Silvia rotunda, sin dar señales de la menor duda—. Le tengo afecto, pero no estoy enamorada de él.

—Tú misma acabas de contestarte, sin amor no hay traición.

—No, Víctor. —Negó con la cabeza—. Aunque no estoy enamorada de Samuel mi opinión no varía, sigo pensando que incumplir mi contrato, aparte de no estar bien, me hará sentir una traidora. —Lanzó un suspiro de frustración.

—Los sentimientos no pueden comprarse, Silvia. Del mismo modo que lo que sentimos nosotros no se puede obviar, y mucho menos rehusar —declaró intentando persuadirla, acariciándole la mejilla mientras la abrazaba con la mirada.

Silvia tembló con el roce satinado de la mano de Víctor, más todavía con la manera tan envolvente de contemplarla. Pidió sosiego a su corazón, se lo exigió a su cerebro, pero a duras penas lograban hacerle caso; era lógico, le costaba mucho privarse de lo que en realidad quería y deseaba: a Víctor.

—Sé que tanto el afecto como el amor no pueden comprarse, y te aseguro que Samuel no lo ha hecho. —Zarandé la cabeza con suavidad, sin apartar la vista de sus ojos—. Tan solo paga por mi compañía y exige lealtad, que es diferente. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo de sobra —respondió molesto—. Fui yo quien redactó ese ridículo contrato y quien ideó la dichosa cláusula. —Emitió un suspiro henchido de arrepentimiento mientras se maldecía.

—¿Tú la ideaste? —preguntó sorprendida.

—Sí, por desgracia, yo y mi estupidez planeamos esa absurda condición —aseveró Víctor en tono derrotista.

—Entonces tú también acabas de contestarme, sabes a lo que me debo —enunció, vituperando para sus adentros la maldita idea.

—Claro que lo sé, y puedo entenderte, Silvia. Pero también entiendo que hay cosas que no se deben condicionar porque no podemos controlarlas, como por ejemplo los sentimientos —habló atropelladamente. Paró un segundo a tomar aire y, más pausado, prosiguió—: Los sentimientos nacen, fluyen de uno mismo, no atienden a intereses, se dan o no se dan, así de simple. Los sentimientos tratan de sensaciones, de sensibilidad, de sentir... Y yo siento algo muy fuerte por ti, Silvia.

—Víctor, dejémoslo, te lo ruego —suplicó con tristeza. Oír esas palabras, saber que ella sentía lo mismo pero estaba esclavizada a otros intereses, hacía mella en su corazón.

—Pero, Silvia...

—Por favor, no lo hagas más difícil, Víctor —dijo interrumpiéndolo, suplicándole con sus brunos ojos.

—De acuerdo, como tú digas —convino con forzosa resignación—. Perdona si te he molestado —se disculpó con la esperanza luchando en su corazón, no quería rendirse.

Silvia dio media vuelta y abandonó la pista; Víctor, desanimado, la siguió. En silencio cogieron sus abrigos, se los pusieron y abandonaron el club de *jazz* donde habían estado a punto de perder la cabeza.

Will, el chofer, aguardaba dentro del vehículo la llegada de Silvia y Víctor para llevarlos de nuevo al apartamento. Ambos entraron en el auto con rapidez, con tanta que a Will no le dio tiempo a salir para abrirles la puerta. De inmediato, tras saludarlos y verlos acomodarse en los asientos, puso rumbo al Upper East Side.

Durante el trayecto, Silvia no dejó de mirar por la ventanilla para evitar la

preciosa cara de Víctor, y a la vez no paraba de pensar en Samuel. No debía incumplir el contrato; sin embargo, deseaba a Víctor como no había deseado nunca a un hombre. La atracción era poderosa, sabía que estaba enamorada de él y lo único que quería era caer en sus brazos, comérselo a besos y dejar que la amara, como parecía que él también deseaba. Sin embargo, una extraña mezcla de ternura y lástima le corroía el alma cuando pensaba en Samuel. Aunque, contradictoriamente, ver que perdía la ocasión de amar al hombre que hacía cimbrear a su ser, la irritaba. Una amalgama de sentimientos encontrados la estaba estrangulando, le oprimía de tal manera que ofuscaba su pensamiento. Había llegado a un punto en el que ya ni siquiera sabía qué hacer, si ser fiel al acuerdo y a su conciencia o dejarse llevar por lo que su corazón no paraba de gritarle. «Mente fría.» Las palabras que Lara le había dicho en más de una ocasión y que en el último *whatsapp* le había vuelto a repetir, se infiltraron en su cerebro. Penetraron como una masa fluida que pretendía aportar, que trataba de esclarecer y despejar dudas. Pero fue imposible: la incertidumbre siguió gobernando las reflexiones de Silvia. Sabía lo que quería, pero también que no podía sucumbir. Mejor dicho, no debía. Y así pasó todo el trayecto, debatiéndose entre lo que deseaba con ganas y lo que le estaba tan vedado como prohibido.

Víctor, por su parte, cómplice del silencio que reinaba, pensaba que no podía dejar escapar la oportunidad con Silvia. Estaba seguro de que si insistía terminaría rindiéndose a él, lo había visto en sus ojos. Ella sentía lo mismo que él, su negativa solo era por Samuel, únicamente su hermano se interponía. De forma paradójica, Samuel lo había lanzado a los brazos de Silvia y a la vez interfería entre ellos. Su hermano se había convertido en el muro a derribar, y pensaba echarlo abajo. Lo haría porque necesitaba tener a Silvia. Pero no quería acabar en la cama con ella por ganar a Samuel, sino porque Silvia le gustaba mucho, demasiado. Había sido una de las pocas mujeres capaces de hacer que su corazón se balancease y la única que había actuado como un bálsamo en sus heridas, consiguiendo que su alma se abriera y se desahogase del dolor. Era consciente de que poco a poco se había convertido en una persona importante para él, casi imprescindible; la primera que le despertó los sentimientos. Anhelaba hacerle el amor precisamente por ese novedoso y ardiente sentir, pero no solo quería tener sexo con Silvia, deseaba sentirse parte de ella, acariciarle el alma. Tenía que lograrlo. Tenía que hacerla suya emocionalmente, sentimentalmente, pasionalmente... Y mientras meditaba la forma de conseguirla, fantaseó con saborear la ambrosía

que guardaba en su boca, con paladear cada rincón de su piel. Imaginó sus cuerpos desnudos regalándose caricias... De nuevo sintió un golpe de deseo que lo sacudió entero. Deseaba a esa mujer, pero no quería únicamente su cuerpo, ahora también sabía que necesitaba adueñarse de su espíritu.

Dentro del ascensor gobernó el mismo silencio que en el automóvil. Un mutismo que les oprimía el pecho, les estrangulaba las entrañas y les taponaba los oídos por lo estruendoso que llegaba a ser. Era el ruido del silencio preso de la duda, de la expectación y la indecisión. Era un silencio que pesaba demasiado, casi imposible de soportar por más tiempo, que chillaba y clamaba por una palabra, por una solución a la tensión que estaban sufriendo.

De nuevo el silencio fue el protagonista al entrar en el apartamento de Víctor. Un silencio gutural, estridente, que proclamaba a voces que escucharan a sus corazones y se olvidaran del resto del universo. Allí solo estaban ellos. Ellos y su deseo. Nadie más. En medio de la escandalosa mudez que se había apropiado de sus personas, Silvia levantó la vista y se encontró con los preciosos ojos de Víctor. Se detuvo unos segundos en ellos, llevaban impresos la frase «te deseo». Sin poder eludir su mirada, liberó un suspiro compungido, lleno de vacilación, de dudas.

Víctor, cauteloso por no saber qué sucedería de hacer un segundo intento, echó un pie hacia delante para acortar el espacio que los separaba. Silvia no bajó la mirada, se la sostuvo meditando cuánto lo deseaba. Eso animó a Víctor a dar un segundo paso, y un tercero, y otro más..., hasta que redujo tanto la distancia que sus rostros comenzaron a empañarse con el aliento del otro.

El corazón de Silvia latía cual caballo desbocado, con velocidad vertiginosa. Sabía que ese acto de acercamiento de Víctor era una invitación a continuar lo que mínimamente habían comenzado, o a terminar con lo que ambos estaban imaginando: amarse. Cerrando las manos con fuerza, apretándolas tanto que las uñas comenzaron a clavarse en la carne, agachó la cabeza frustrando el intento, cabreada por no darse la oportunidad. Pero el sentimiento de traición le desquebrajaba el alma y le impedía avanzar hacia sus deseos.

—Buenas noches, Víctor —dijo rompiendo el tenso mutismo de contención, de querer y no poder, de desconcierto ante lo deseado y no

permitido. Girando sobre sus tobillos, se encaminó a la habitación furiosa, decepcionada, amilanada... Se sentía desdichada al despreciar lo que ansiaba, al hombre del que se había enamorado.

Víctor no dijo nada, solo observó como Silvia se alejaba de él, aunque en ese momento sintió que algo se le rompía por dentro. No soportaba estar alejado de ella. No soportaba no acariciarla. No soportaba no besarla. No soportaba no sentirla como parte de su piel. Le desesperaba la situación. La necesitaba. Necesitaba tener a Silvia. Estaba convencido de que lo único que se interponía entre ellos era el grotesco contrato de Samuel y debía encontrar una solución a ello. Pensó durante unos segundos qué hacer, porque tenía que hacer algo. Cuando escuchó que la puerta del dormitorio de Silvia se cerraba no pudo refrenarse más, decidió ir en su busca y cargar con todas las consecuencias.

Silvia se sentó en el borde de la cama, no tenía fuerzas para mantenerse de pie, el abatimiento se las mermaba. No paraba de hacer reflexiones entre Víctor y Samuel, dándose y quitándose razones, y se preguntó por qué. Por qué había firmado aquel contrato, por qué aceptó esas cláusulas. Con celeridad, se contestó, cómo no iba a hacerlo estando en la situación que por entonces se encontraba y siendo su única salida. Rechazarlo hubiera sido de locos. Pero cómo iba a figurarse ella que en el único momento de su vida en el que no podía fijarse en un hombre se enamoraría de verdad. Cómo imaginar que esa persona le expondría sus sentimientos y que, para colmo, se encontrarían solos dentro de un apartamento y con el deseo quemándoles las venas. A qué Dios retorcido se le había ocurrido esa idea, cuál era tan vengativo que le apetecía divertirse destrozándole el corazón. Creyó que todo en su vida pasaba a destiempo, cuando no procedía, porque a alguien del más allá le satisfacía herirla. Con el cúmulo de pensamientos sintió una pena iracunda tan abisal que le perforó las entrañas y, soportando ese dolor, le emergieron unas repentinas ganas de llorar.

La puerta se abrió de golpe y Víctor apareció tras ella. Quieto, mirándola fijo, la vehemencia que sentía se expandió de sus ojos a dentelladas, sus pupilas respiraban con tanta agitación como él. Silvia se levantó de la cama con urgencia y lo contempló en silencio, dudosa, deseosa, indecisa, ansiosa...

—Me gustas, Silvia, y quiero que sepas que te deseo. Te deseo con ganas —declaró Víctor, dando un par de pasos al frente.

Silvia, con pasos cortos y sin desviar la mirada de los ojos azules casi transparentes de Víctor, se acercó despacio a él. Víctor la contempló lleno de ardor y dulzura y, dando una zancada, se quedó a unos centímetros de su cara. Silvia fue consciente del temblor que le estaba sacudiendo el cuerpo, su lucha interior era importante. Sabía que debía controlar a su corazón, impedirle dejarse llevar por el impulso de anhelo y dominarlo con la razón y el orden. La razón decía que no estaba bien traicionar a Samuel; el orden, además, clamaba por que ese incumplimiento fuera con alguien tan próximo como su hermano. Pero el corazón no atendía a esos preceptos cuando latía de forma acelerada por una persona, por unos sentimientos, por un amor.

—Te aseguro que no hay nada en el mundo que me apetezca más que tú —prosiguió Víctor, esperanzado de que si persistía en su empeño la conseguiría.

Tras hacer un considerable ejercicio de reflexión, el corazón de Silvia se sublevó, se liberó de las cadenas que lo ligaban al contrato y empuñó las riendas de su vida. Rogando a Dios que el pulso recobrarla la normalidad y no terminara reventando por la presión, decidió no reprimirse más. Se miró en los ojos de Víctor y dejó que su corazón se saliera con la suya y que la razón y el orden perdieran la batalla. Sintió que su alma se desarmaba, todo tipo de escudo cayó a sus pies, dejándola indefensa. El muro que ella había interpuesto entre ambos se desvaneció en un mero segundo. Se encontraba rendida a él, vencida por las ganas incontenibles que sentía por ese bello hombre que aceleraba el motor de su cuerpo poniéndolo a más de mil por hora.

—Yo también te deseo, Víctor, mucho —admitió con voz trémula.

Sin pensarlo, Víctor se lanzó a su boca. Sus varoniles manos sujetaban su fino y delgado cuello mientras los labios se acariciaban de manera desatada, saboreando el cálido y dulce sabor de sus salivas. El empuje de deseo los llevó contra una de las paredes, y la espalda de Silvia quedó pegada a ella mientras sus bocas eran incapaces de desimantarse. Aunque, de vez en cuando, la de Víctor quería curiosear y conocer otros lugares y se paseaba por el cuello de Silvia durante unos segundos, después volvía a encajarla de nuevo en sus labios.

Las manos de Víctor se deslizaron por el cuerpo de Silvia con la intención de conquistar territorios. Con una delicadeza experta levantó su

minifalda y descubrió intimidades, colonizándolas y derramando caricias por ellas para disfrute de ambos. El deseo de Silvia se descontroló al notar la excitación que gobernaba a ese hombre tan hermoso. La alterada libido le hizo entrelazar las piernas a las caderas de Víctor, ofreciéndole su cuerpo sin reservas, quedando suspendida en él; entonces supo que ya no había marcha atrás. La pasión acababa de tomar el control, el acto apenas había levantado el telón y no sabían ni les interesaba cuándo llegaría a término la función. Tan solo eran conocedores de la necesidad que tenían por sofocar el arrebató de lujuria, pero sin ninguna prisa por acabarlo.

Rauda, se quitó el fino jersey dejando sus pechos prácticamente a la vista, el sujetador de encaje semitransparente no ocultaba mucho. Víctor encajó la cabeza entre ellos y aspiró el aroma que desprendía. Olía a femineidad. Era un delicioso olor floral que terminó tensando de forma extrema su virilidad, preparada para satisfacer a esa mujer que por fin se entregaba a él. Silvia sentía el aliento de Víctor en sus pechos, le estaba acariciando la piel de la misma forma suave y delicada que empleaban sus labios. Pero quería sentirlo más, necesitaba sentirlo todo. Con gran facilidad, desnudó sus pechos para deleite de Víctor, que creyó estar en el paraíso al observar semejante hermosura. Turnó su boca en ellos en medio de los jadeantes suspiros de Silvia, sonidos que le empapaban los oídos, excitándolo más. Llegado ese momento, creyó que debían irse a la cama antes de acabar en el suelo, haciéndolo como salvajes. Sin dudarle un segundo, tomó a Silvia en brazos, que rio sorprendida, y se la llevó a su habitación. Terminaron de desnudarse el uno al otro entre besos y ardientes caricias, se tumbaron en la cama, enardecidos, enredados en los cuerpos, y comenzaron a batallar. Bocas, lenguas, manos, pasión... Víctor recorrió el cuerpo de Silvia a besos; a desesperados y húmedos besos deseosos de amor, no solo de placer. Besos que casi siempre trazaban la misma senda, de los muslos al ombligo, de este a los pechos, de ahí subían al cuello y terminaban haciendo una larga parada en la boca de esa deidad de mujer.

Las manos de ambos no paraban de descubrirse ni los cuerpos de pelear, de revolcarse de un lado a otro de la cama. Con las bocas adheridas cual ventosas y las lenguas lidiando sin descanso, rodaban variando de posición: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Ella encima de él; él apoderándose de ella. Era un momento en el que solo podía hablar la piel, el deseo irrefrenable, insaciable y egoísta incapaz de sustraerse después de

conquistar, de ocupar, de habitar y ser habitado. Un deseo que crecía con cada golpe, con cada embestida, que aceleraba el ritmo con vehemencia haciendo derramar exaltados sonidos. La danza del amor comenzó a anegar la habitación con el son de los cuerpos. Respiraciones entrecortadas. Pasión a raudales. Gemidos complacientes. Cadencia acelerada. Jadeos como banda sonora. Deleite en abundancia, a borbotones. Compás frenético, lujurioso, ardoroso. Placer, placer, placer, placer... De pronto, estallido. Vibración. Silencio. La mudez del clímax... El orgasmo. Silvia y Víctor se quedaron inmóviles, el acto les había alcanzado con una fuerza inconmensurable, como jamás habían sentido. El elevado placer los atrapó con tal ímpetu que los redujo a nada. Sin mover ni una pestaña, dejaron que el caudaloso torrente pasional se fuera aletargando mientras posaban con sosiego los sentimientos que afloraban de sus almas. Después se contemplaron llenos de satisfacción, se besaron con ternura y terminaron sonriendo felices. Con delicadeza, Víctor se echó a un lado y suspiró fuerte, pensando en lo mucho que le había gustado hacer el amor con Silvia. Ella meditaba casi lo mismo cuando posó la cabeza sobre el escultural pecho de Víctor y él la abrazó. De ese modo, envueltos en un silencio profundo y apacible, escucharon las palpitations de sus corazones, que por fin comenzaban a reponerse y recuperaban su habitual latido.

—Ha sido increíble, ¿no crees? —le preguntó Víctor, risueño.

—Desde luego —contestó ella, pensando en lo mucho que lo amaba.

Silvia alternó la felicidad y el sentimiento de amor que le emergía con el de culpabilidad y traición. Amaba a Víctor. Había hecho el amor con él porque estaba enamorada y por ello se sentía feliz y dichosa. Pero con su acto había incumplido el contrato con Samuel. Había infringido una de sus cláusulas, quizá la más importante, y eso la hacía sentirse triste y rastrera. Ahora debía atenerse a las consecuencias, y le inquietaba pensar en cuáles serían y cómo se desarrollarían los acontecimientos. ¿Se enteraría Samuel? ¿Se lo diría su hermano? ¿Podría callarlo ella? ¿Y qué pasaría ahora entre Víctor y ella? Demasiadas preguntas sin respuesta, era mejor no pensar, al menos por el momento. Y con esa difícil digestión de sentimientos y emociones terminó claudicando a un intranquilo sueño. Eso sí, lo hizo en los brazos del hombre que deseaba y quería.

Víctor abrió los ojos despacio, con parsimonia, y lo primero que vio fue la preciosa cara de Silvia frente a él, dormida. Sus labios se desplegaron de inmediato, no pudieron esquivar la sonrisa. Se sentía feliz, dichoso como hacía tiempo, quizá como nunca. Pero en medio de su alegría, de pronto pensó en Samuel, y todo cambió. Por un lado se sintió aliviado, le había ganado la apuesta y por fin dejaría de retarle. Sin embargo, había otro pensamiento que le causaba una gran incertidumbre, pues no quería que lo suyo con Silvia terminara en Nueva York. Entonces le asaltaron las preguntas que nunca se había planteado: ¿Qué iban a hacer? ¿Seguiría Silvia con Samuel? ¿Se casaría con él? ¿Se rompería el contrato? ¿Le haría su hermano pagar la indemnización que requerían las cláusulas? ¿Era mejor callarlo o decírselo? ¿Qué sería lo más conveniente para ella? Una angustia le recorrió el cuerpo con tanta pregunta avasallándolo, con el cúmulo de cuestiones para las que no tenía respuestas y que había irrumpido en su mente.

Meditando, observó de nuevo a Silvia, la mujer con la que había pasado una noche apasionada e increíble, y suspiró fascinado por su hermosura. Se quedó embobado viéndola dormir a su lado de forma tan plácida. Unos sentimientos desconocidos navegaron por sus adentros, le taladraron la médula calándole hasta los tuétanos. Fue víctima de un fortísimo escalofrío y entonces lo vio más claro que nunca. Había subestimado la situación, creyó que podía salir vencedor e indemne al mismo tiempo, pero se equivocó. Confundió la atracción con los sentimientos, y era obvio que esa mujer con la que había despertado no solo le gustaba, sino que despertaba en él mucho más. Había ganado a su hermano, sí, pero a cambio también había perdido algo: el corazón. Ahora ese órgano ya no era suyo, no le pertenecía, era por completo de Silvia. Instantáneamente le entró miedo; temía las consecuencias de su sentir. Samuel estaba en medio y no podía consentirlo. No. De ningún modo. Al cuerno con la apuesta. A paseo con ella. El maldito reto ya no existía, quedó anulado cuando él invirtió un solo sentimiento, y su hermano tendría que entenderlo. Por supuesto que Samuel lo entendería. Él sabía perfectamente lo que era el amor, las locuras que se cometían en su nombre y lo poderoso que era. Samuel lo comprendería, claro que sí..., se repitió como

si fuera un mantra.

De nuevo, la angustia golpeó a Víctor. Suspiró con fatiga, a la par que se masajeara las sienes; había demasiadas cuestiones en el aire y requería paz para pensar. Decidió levantarse y, con la intención de no despertar a Silvia, salió de la cama con cuidado. Como atuendo eligió algo ligero, un bóxer y una camiseta de algodón. Abandonó el dormitorio andando de puntillas y, tras cerrar la puerta, se encaminó al salón, lugar que acogía a su magnífico piano de cola. Desde siempre, lo que más ayudaba a Víctor en los momentos que precisaba de calma era oír música. Pero desde hacía unos años, crearla se convirtió para él en su vía de escape, una huida de la realidad y de los amargos recuerdos que escondía en los cajones de su memoria. Por eso en ese tenso instante no solo le apetecía tocar, sino que necesitaba hacerlo para relajarse. Cerró la puerta corredera con suavidad para aislar el sonido y no despertar a Silvia. Se acercó al piano, tomó asiento y levantó la tapa. Mientras hacía estiramientos con las manos para calentar los dedos, pensó qué pieza musical tocar. Beethoven penetró en su mente. Era su compositor y pianista preferido. Segundos después de decidir cuál de las sonatas iba a ejecutar, comenzó a acariciar las teclas. Con diligencia, la atmósfera se cargó de un sonido tan dulce como celestial.

Silvia abrió un ojo poco a poco y descubrió que estaba sola, el otro lado de la cama se encontraba vacío. Se incorporó de golpe, confusa, asustada. Por un momento pensó que todo había sido un sueño y que la noche de amor desmedido no había sucedido, solo había sido fruto de su imaginación. Tras un rápido paseo visual, comprobó que no estaba en su habitación ni en su cama, sino en la de Víctor. Asimismo, sus ojos le confirmaron que las ropas, las de ambos, estaban tiradas por el suelo, y además, ella estaba desnuda. Evidentemente, Víctor y ella habían hecho el amor, no lo había soñado.

Tumbándose de golpe sobre la cama, se llevó las manos a la cabeza y sopló aturullada. Por su alma peregrinaba tal cantidad de sentimientos contradictorios que era difícil explicarlos, también comprenderlos. Se sentía feliz, mucho; y a la vez tan traidora, tan miserable. Y lo peor era reconocerse a sí misma que aun sintiéndose despreciable volvería a repetir cuanto había hecho con Víctor. Deseaba amarlo una y otra vez, esa era la verdad. Se moría por que él quisiera repetirlo, por pasar el tiempo que les quedaba en Nueva York de esa forma: sin dejar de amarse. Sonrió al pensarlo e imaginó estar de nuevo bajo el cuerpo de Víctor, sintiéndose poseída por él, notándolo vibrar

con tanta fuerza como lo había hecho la noche anterior. Había sido mágico, estupendo. No era la primera vez que hacía el amor con un hombre, sin embargo, con Víctor fue diferente. ¿Por qué razón? Meditó buscando un porqué. Quizá fuera por su delicadeza, dulzura y entrega tan especial. O a lo mejor por la forma de tratarla, la había hecho sentir única. Pero a quién pretendía engañar, se preguntó. Allí solo estaban ella y su conciencia, y ambas sabían de sobra por qué había vivido ese amoroso acto de manera distinta: porque estaba enamorada. Sí, esa era la causa. Por primera vez en su vida, lo estaba. Por primera vez era consciente de sentir verdadero amor por un hombre; amor incondicional.

Sin dejar de recordar lo maravilloso que había sido amar a Víctor y lo mucho que disfrutó, Silvia se levantó de la cama y se encaminó al baño. Le pareció escuchar música de fondo y se acercó a la puerta de la habitación que comunicaba con el pasillo. La abrió y aguzó el oído; en la lejanía le pareció oír el sonido de un piano. De inmediato se puso la braguita y, tras tomar del suelo la camisa de Víctor, se cubrió con ella. El aroma dulce, meloso y con matices de madera que desprendía la prenda penetró en sus fosas nasales, embriagándola. Era un olor que, asociado al recuerdo, le trajo a la memoria la primera fiesta de compromiso y a Víctor prestándole su americana, poniéndola encima de sus hombros desnudos. Aquel perfume le cautivó los sentidos y ahora la tenía embelesada por ser el aroma del hombre que amaba. Despojándose del ensimismamiento, salió de la habitación en dirección al salón, de donde provenía el sonido. Al llegar deslizó la puerta corredera para abrirse paso y descubrió a Víctor tocando el piano. Sintió un escalofrío solo con ver la imagen: el hombre al que se había entregado hacía unas horas, del que su cuerpo aún conservaba vestigios, estaba creando una música maravillosa. Se acercó despacio hasta él y, con suavidad, posó las palmas de las manos sobre su espalda. Víctor, que no había escuchado su llegada, se sobresaltó y paró al instante de tocar.

—¡Vaya, no te esperaba! —exclamó girando la cabeza, contemplando los ojos azabache de Silvia que tanto le cautivaban.

—Creo que recordarás que he dormido aquí, es fácil contar con mi presencia —bromeó ella, sonriendo.

Víctor la cogió por la cintura y la hizo sentarse encima de sus piernas.

—Recuerdo perfectamente que has dormido aquí, en mi cama, junto a mí.

—Se besaron con dulzura—. No creo que lo pueda olvidar nunca —añadió al separarse de su boca.

—Yo tampoco creo que pueda hacerlo —admitió Silvia en un susurro—. Y tampoco creo que olvide lo bien que tocas porque me fascina. ¿Qué era? —preguntó con curiosidad.

—Beethoven —contestó con orgullo—. La pieza se llama *Para Elisa*, es una composición breve para piano del que considero uno de los mejores genios musicales del mundo.

—Beethoven —repitió con asombro—. El mismo que compuso el *Himno de la alegría*, ¿no?

—Exacto. Tema incluido en su...

—Novena sinfonía —atajó Silvia, y ambos sonrieron.

—Chica lista —entonó Víctor.

—No era algo difícil —aclaró sin parar de admirar sus iris azules, y añadió—: Te encanta tocar, los ojos te destellan cuando lo haces.

—Me apasiona, es cierto —convino.

—No entiendo cómo tu padre no te permitió tocar el piano —soltó sin meditar.

Víctor borró con celeridad la sonrisa de su boca y Silvia se regañó por sacar a su padre a colación, sabía que no le gustaba hablar de él ni recordarlo.

—Perdona, lo siento, no tenía que haber tocado ese tema —se disculpó en voz queda.

—No, tranquila, ya no me duele. —Negó con la cabeza—. Dejé de sentir dolor hace tiempo. Quedan las cicatrices, como ya comentamos, solo eso. Además, hablarlo contigo me hace bien —afirmó sosteniéndole la mirada, y le preguntó—: ¿Quieres que te cuente el porqué? ¿Por qué mi padre nunca nos permitió elegir lo que queríamos y solo supo imponernos lo que él deseaba? Bueno, el porqué según mi psicólogo —matizó.

—Como tú quieras, Víctor —expresó con evidente compasión.

—Según el doctor Patterson, cuando muere una persona a la que amas tu alma inicia un proceso de duelo. Las primeras etapas son la negación y la ira. Posteriormente va la depresión y por último la aceptación. Según él, tras la

muerte de mi madre, mi padre nunca pasó de las primeras etapas. En consecuencia, la ira lo llenó de rencor y lo convirtió en un hombre amargado. Y eso era lo único que sabía mostrarnos, a cada uno de una forma, pero siempre lo evidenciaba. Yo era su arma arrojada contra Samuel, y la humillación que recibía mi hermano era el bate que me apaleaba gracias a la perpetua rivalidad instigada por nuestro padre. Como ya te dije, yo recibía por ambos lados —explicó con implícita pena.

Cada vez que Víctor hablaba de su padre, o de la relación con su hermano, el asomo de tristeza en su voz era tan evidente que a Silvia se le rasgaba el corazón. Aunque él tratara de asegurar que ya no le dolía, para ella era obvio que aún le molestaba.

—Por favor, a pesar de ser la culpable de sacar el tema, te pido que lo aparquemos y que hablemos de algo más divertido.

—¿Como qué? —demandó Víctor en tono incitador.

—¿Por qué no retomamos la conversación inicial? —preguntó con un susurro muy sensual.

—¿Y de qué hablábamos? —interpeló él de forma traviesa.

—Creo que de no poder olvidar lo que ocurrió anoche.

—¡Oh, es cierto! —exclamó con voz ronca y suave, igual que una caricia—. Lo de anoche fue increíble —comentó, y empezó a dar pequeños besos al cuello de Silvia, logrando encresparle la piel y hacerla reír.

—Pienso que está muy bien recordar, señor Alvarado, pero en mi opinión, refrescar la memoria todavía está mejor —anunció con una pícaro sonrisa—. ¿No cree?

—Por supuesto —contestó él, sujetándola por las piernas y levantándola para apoyar las preciosas y firmes nalgas de Silvia sobre las teclas del piano, originando así un sonido fuerte y turbio que cargó la estancia.

—A eso seguro que se le llama tocar como el culo —bromeó Silvia, y ambos se echaron a reír.

Tras las risas llegó el silencio, un tiempo que cada uno empleó en el otro: Víctor, acariciando la cintura y caderas de Silvia; un terreno ansiado, hipnótico, fértil y recién conquistado al que había nombrado su última morada. Ella, enredando los dedos por el cabello de él; le encantaba su pelo,

la suavidad, el tono de intrigantes matices rubios, la melena tan seductora que le caía hacia un lado y le tapaba la nuca.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le preguntó Silvia un poco alterada. Las yemas de los dedos de Víctor comenzaban a jugar por los bordes de su braguita.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Yo quiero muchas cosas, pero si tengo unas no puedo mantener las otras —aseveró seria.

Víctor sabía perfectamente de lo que hablaba Silvia y, posando la cabeza en el vientre de ella, meditó unos segundos. De su interior emergió una oleada de gratitud que lo llevó, casi en un acto reflejo, a besar el ombligo de Silvia repetidas veces. En cierto modo, esos besos eran una muestra de agradecimiento por estar con él, por que ella hubiera violado los términos más importantes del contrato con su hermano, por haberle elegido. Silvia, sin remedio, se estremeció al sentir sus cálidos y aterciopelados labios en su piel.

—Pero sabes que nunca se puede tener todo en la vida, Silvia —advirtió en un susurro, bajando lentamente su braguita hasta retirarla.

—Lo sé —respondió temblorosa, con la libido abriéndose paso a golpe de catana, mordiéndose el labio inferior mientras Víctor se perdía a besos por su monte de Venus.

—¿Y qué es lo que más deseas alcanzar? —le preguntó levantándose, haciéndose hueco entre las piernas de Silvia para meter el cuerpo y aproximarse a sus labios.

—Me debato entre mi deber con Samuel, algo que ya he incumplido, y lo que más deseo: seguir contigo, amarnos sin parar —confesó. El anhelo le abrasaba las entrañas.

—Yo vuelvo a repetirte lo mismo que te dije anoche, Silvia, no hay nada en el mundo que me apetezca más que tú. —La besó con pasión entretanto serpenteaba sus manos por debajo de la camisa; su propia camisa, que tan bien le sentaba a ella—. Y si me dejas opinar —añadió nada más separarse de su boca—, creo que estamos condenados a repetir lo de anoche, no podemos liberarnos de la pena de amarnos. Los dos lo sabemos. Los dos lo deseamos. Los dos lo sentimos. Por eso también creo que debemos olvidarnos de Samuel y disfrutar de estos dos días que nos quedan. Seamos egoístas por una

vez. ¿Qué te parece?

Silvia hizo equilibrios entre el miedo y la esperanza, ambos luchaban por ganar el mando de su corazón. Tenía miedo de enfrentarse a las consecuencias de su acto, pero no quería perder la esperanza de salir bien parada de él. Después de unos segundos pensativos, la ilusión se proclamó dueña de la situación y se alzó vencedora.

—De acuerdo. —Asintió, aspirando el dulce aroma que libraba la boca de Víctor—. Olvidémonos de todo y durante estos dos días solo pensemos en nosotros. En nadie más.

—Eso está muy bien. ¿Y sabes qué más tendríamos que hacer? —Exhibió una sonrisa maliciosa.

—No, ¿el qué? —Silvia sonrió también.

—No salir de aquí en todo el día y no parar de hacer el amor. Tenemos muchos sitios para amarnos, puedes elegir, no quiero que te aburras —habló guasón.

—Acepto tu propuesta —confirmó, sintiendo cómo su alma daba palmas—. Es más, voto por empezar ya mismo, en la ducha, ¿qué me dices? —Arqueó las cejas de forma insinuante.

—Que pienso pasar el día entero disfrutándote, Silvia. Así que empecemos cuanto antes porque me muero por ti —contestó, mirándola embelesado.

Silvia y Víctor volvieron a besarse con pasión, con exceso de ella. Sus bocas perdían toda cordura cada vez que se unían y las lenguas entraban a formar parte del beso. En medio del mutuo enardecimiento, ella entrelazó las piernas a la cintura de Víctor, él la levantó del piano y la sujetó posando las manos en su precioso y desnudo trasero. Con ella enlazada a su cuerpo, y sin dejar de comerse a besos por el camino, llegaron al cuarto de baño y entraron en la ducha. Mientras proseguían con la contienda labial, se despojaron de la poca ropa que vestían y quedaron desnudos, piel con piel. De pronto, Víctor abrió el grifo y el agua tibia cayó sobre ellos. Primero repiqueteó encima de sus cabezas, luego se deslizó por sus ardientes cuerpos. Y bajo ella, resbaladizos y empapados, se amaron como la noche anterior: sin medida.

Silvia y Víctor cumplieron su promesa y no salieron en todo el día de aquel apartamento enclavado en uno de los mejores barrios de Manhattan, ni tampoco pararon de amarse. Estuvieron más de veinticuatro horas turnándose entre besos, caricias, arrumacos y placer. Su pasión solo fue capaz de detenerse para nutrir los estómagos con algo de comida que solicitaron a un restaurante, aunque el mutuo juego de miraditas colmadas de propósitos no cesó. Todo lo contrario. Ese compás de espera sirvió de combustible para avivar las llamas del deseo, anunciando de forma silenciosa pero concisa lo que vendría a posterior.

A cada momento Víctor era más consciente de lo que sentía por Silvia, algo hermoso y grande, irrevocable: amor. Por eso le encantaba hacerla disfrutar, darle placer; le fascinaba arrancarle la sonrisa a besos. Porque Silvia no paraba de reír entre sus labios, y a él le maravillaba escuchar el alegre cascabel que manaba de su boca, le parecía el sonido más bonito del mundo. Aunque aún le trastornaba más oír sus gemidos, esos sí eran el son más celestial para él. Uno que ni la mejor sinfonía del mundo podría ejecutar. Era por eso que Víctor no paraba de meterse bajo la piel de Silvia, para no dejar de escuchar su armoniosa respiración que le inundaba los oídos.

De esa forma, entre besos, abrazos, susurros, confesiones y caricias, se forjaba otro asalto. Combates amorosos que se turnaban dominando cada vez un púgil. A veces eran los labios de Silvia los que trabajaban donde más gustosamente le hacían suspirar a Víctor. Recorrían el cuerpo de ese adonis que se deshacía de placer, se paseaban por su torso a la par que le contaban los músculos y bordeaban sus oblicuos hasta dejarlo noqueado. Entonces se proclamaba ganadora. En otras ocasiones era Víctor quien ejercía el poder en la lucha, flagelándola con su lengua sin piedad. Tan pronto estaba tomando la cima de las perfectas y redondas cumbres de Silvia, como hacía una larga parada en su valle. Todo valía para anegarla en placer, para nombrarse vencedor. Ella replicaba con fervor, enardecida, locamente exaltada... Y todo comenzaba de nuevo. Víctor se adueñaba de su interior, la pasión galopaba a ritmo frenético y el placer los poseía. Era entonces cuando los jadeos de Silvia le trastocaban al completo, cuando el goce se esparcía a borbollones y,

abrazado a ella, estallaba librando la pasión contenida. Silvia ya vibraba, ya tocaba las puertas del cielo cuando Víctor le entregaba su orgasmo. Tras las carnales convulsiones, ambos descansaban abrazados, quietos, esperando que las ardorosas almas recuperasen el sosiego. Había llegado el fin del combate, aunque ninguno pretendía con ello acabar la contienda. Ese periodo de tiempo tan solo servía para darse una tregua con la que descansar antes de volver a la batalla amorosa.

Entre esos momentos de reposo, Víctor compartió con Silvia más retazos amargos de su vida. Ella hizo lo propio con él, le abrió su corazón y puso en su conocimiento la importancia de su padre y lo odioso que le resultó compartir la vida con su madre. Ambos desalojaron los pesados y molestos sentimientos que guardaban en su alma, se desahogaron en un intento por saber más de ellos, por conocerse. Después de las significativas confesiones, en unas ocasiones Víctor y en otras Silvia, la búsqueda de besos y caricias daba paso a las sonrisas y a la pasión. De nuevo todo lo demás se disipaba para abrir camino al placer, a la satisfacción de disfrutarse, de amarse sin medida; y una vez más, el acto apasionado volvía a iniciarse.

Bien entrada la noche, y siendo conscientes de que se habían desgastado por tanto uso, decidieron relajarse y mantuvieron una larga conversación; circunnavegaron cada uno el alma del otro. Tumbados en la cama, abrazados, charlaron de muchas cosas, salieron a la palestra sus gustos, aficiones, manías... Y cabalgando de una conversación a otra, y casi sin pretenderlo, se atrevieron a hacer planes de futuro. Un tiempo en el que se visionaban juntos, felices, amándose, siendo pareja.

—Suelo alquilar un yate de vez en cuando para perderme unos días por el Mediterráneo —comentó Víctor, pensando en lo vitales que para él eran esas escapadas, poder alejarse de todo aunque fuera por un corto espacio de tiempo, y añadió—: Me gustaría que pasásemos unos días navegando juntos, tú eres una enamorada del mar, como yo. ¿Qué me dices? —le preguntó. Silvia se echó a reír—. ¿Qué te hace gracia? —demandó intrigado.

—Nada —contestó entre risas—. Bueno... No sé... Es que de repente me he visto en ese yate como en la película *Titanic*, en la punta de la proa con los brazos abiertos, y tú a mi espalda, abrazado a mí. —Siguió riendo.

—¿Como la famosa imagen de Leonardo DiCaprio y Kate Winslet?

—¡Exacto! —Se carcajeó con burla.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no me lo quiero ni imaginar —respondió sin dudar.

—Eres poco romántica. Mejor dicho nada, ¿verdad?

La hilaridad de Silvia se cortó al momento, sintiendo el peso de la mirada de Víctor sobre sus ojos. Sabía que llevaba razón con lo que acababa de decirle, pero oírlo en voz del hombre por el que suspiraba no le había gustado, incluso la hizo reflexionar. Apartó la vista de los garzos ojos de Víctor y, en silencio, paseó sus dedos por los lunares que él tenía justo encima del pecho y que, trazando una ficticia línea, formaban un triángulo. Deslizó la yema de su índice una y otra vez por ellos, mientras en su fuero interno reconocía que ese hombre cuyos lunares la hipnotizaban sí había conseguido despertar unos sentimientos que jamás hubiera imaginado tener. Para ella, esa clase de amor solo pertenecía a los cuentos en los que las doncellas encontraban a su príncipe azul, y ese tipo de hombre no existía en la realidad, por supuesto que no. Aunque sin saber ni cuándo, ni cómo, ni de qué manera, ella había declarado a Víctor su príncipe azul. Su mente se lo venía gritando desde hacía un tiempo, se lo chillaba a pleno pulmón. Él era el hombre que quería a su lado, para toda la vida, el padre de sus hijos, su eterno compañero... Y eso comenzaba a despertarle una vena sentimental ignorada hasta la fecha.

—Sí soy romántica —respondió comedida—. Lo que ocurre es que no soy empalagosa o sensiblera empedernida, que es distinto —aclaró en su defensa, dejando de deslizar su dedo por los seductores lunares de Víctor.

—Pues entonces, si eres romántica de verdad, demuéstalo.

—¿Cómo? —preguntó extrañada.

—Una verdadera romántica estaría encantada de disfrutar de esos días juntos en uno de nuestros lugares favoritos: el mar. —Sonrió mientras le acariciaba la mejilla—. Solo el mar, el cielo, el viento y la mejor compañía: tú.

—Es una bonita idea, sí —afirmó, pensando que deseaba surcar el cuerpo y alma de Víctor más que el mar.

—Es la mejor. Tú y el mar. Tu amor y el mar. Amor con vistas al mar —anunció risueño.

—¿Qué? —Silvia lo miró boquiabierta—. ¡Por favor, Víctor, qué pedazo

de cursilada! —le reprochó en medio de risas—. ¿Ves? A eso lo llamo yo ser empalagoso, no romántico. Amor con vistas al mar —canturreó de forma burlona. ¿Te das cuenta de que eso suena a novela rosa y cursi? —siseó.

La cara de Víctor esbozó una pincelada de descaro, y advirtió:

—Veo que no te gusta el rosa —chistó provocador—. Tú prefieres otro color, ¿a que sí?

—¿Cuál crees tú?

—El rojo —contestó asintiendo—. Es el color de la pasión, y tú una mujer muy vehemente, ¿a que no me equivoco?

—Sí, ese color es más intenso, me gusta mucho —contestó sin parar de reír.

—¡Oh! Sé lo que estás buscando, niña traviesa —enunció con voz ronca y sexi—. Prefieres que me ponga seductor y picante.

—Empiezas a conocerme bien, Víctor, porque eso me gusta mucho más. ¡Dónde va a parar! —admitió entre risas.

—No hay punto de comparación, ¿a que no? —preguntó, comenzando a acariciar la desnuda piel de Silvia.

—Ninguno, obviamente —bromeó ella, guiñándole el ojo.

Víctor la besó arrebatado de ganas, de la misma forma que ella le correspondió. Ambos se deseaban con una pasión que no entendía de límites y que empezaba a trabajar rauda. De esa forma, las caricias se derramaron con el ímpetu de una cascada y los besos se repartieron en remolinos, sacando a flote las respiraciones entrecortadas y los gemidos placenteros. La pasión entró en erupción cual volcán, abrasándoles las venas, el corazón y el alma. De nuevo se amaron con la misma intensidad, esa que no entendía de límites, que no tenía medida ni proporción, la que les hacía entregarse sin piedad ni consideración. Simplemente buscaban un interés común: amarse hasta la saciedad. Y al acabar de consumir y consumir su vesania, después de aquel loco día en el que la absoluta protagonista fue la lujuria, ambos durmieron rendidos por tanto desgaste.

A la mañana siguiente, Silvia se despertó con lentitud, como era su costumbre. Abriendo un ojo poco a poco y después el otro, admiró a Víctor, que estaba frente a ella. Un mechón rubio, casi platino, le caía por encima de la frente y le tapaba uno de sus ojos, cerrados en ese momento; dormía de forma apacible. Lo contempló durante unos segundos, embelesada, y suspiró.

Levantándose despacio, volvió a vestirse con la camisa de Víctor. Después se asomó a la ventana para deleitarse con las vistas; Central Park destacaba al fondo. Sus ojos no eran capaces de dejar de admirar aquel gran pulmón de la ciudad de Nueva York, a la vez que su mente no cesaba de pensar. Pasados unos minutos, se sorprendió al sentir unos fuertes brazos rodeándole la cintura.

—Buenos días, caballero —dijo Silvia con aire burlón.

—Buenos días, mi bella dama —respondió Víctor, y comenzó a besarle el cuello. Silvia se estremeció con su contacto—. ¿Qué haces? ¿Observas la ciudad? —Ella se giró para verle la cara.

—Disfruto de este momento. Del maravilloso sueño que se esfumará mañana al volver a Barcelona —contestó entristecida, descendiendo la mirada.

—¡Eh, no quiero verte así! —suplicó, y con el dedo índice le levantó la barbilla—. Tenemos todo el día y la noche por delante, muchas horas aún para estar juntos.

—¿Y después qué? —Silvia hizo la temida pregunta. La que estaba machacándola desde que había despertado.

—Después ya lo pensaremos —resolvió Víctor en voz baja, abrazándose más fuerte a ella—. Ahora estamos aquí, solos tú y yo, sin después, sin preguntas, sin pensamientos. Solo me importas tú y lo que despiertas en mí, Silvia.

—¿Y qué despierto? —preguntó en voz queda.

—Algo completamente distinto —contestó acariciándole la cara, amándola con los ojos—. He tenido otras relaciones, pero siempre me ha faltado algo. Y ese algo que no sé describir, pero que sabía que me faltaba, lo he encontrado en ti —aseguró satisfecho.

—Tus palabras son muy bonitas y halagadoras.

—Es lo que siento aquí. —Posó su mano en el corazón—. Me has seducido, eres preciosa por fuera y aún más por dentro —añadió sin parar de contemplar su bonito rostro—. Y tú, ¿qué sientes por mí? —interpeló con cierta trascendencia.

—¿La verdad?

—Desde luego. —Asintió.

Pero a Silvia le dio miedo afrontar la verdad, decirla en voz alta, y pensó que era mejor disfrutar de las horas que les quedaban y borrar la seriedad que de pronto había tomado el asunto.

—Pues yo... Yo puedo decirte que mi corazón se tambalea cada vez que ve tu maravilloso culo —bromeó.

—¡Qué! —exclamó asombrado.

—Que tienes un culo de infarto y se me van los ojos tras él. ¿Qué quieres que te diga? —Sonrió de oreja a oreja, burlona.

—¡Vaya! —Víctor silbó mostrando cara de circunstancia—. No sé si alegrarme o molestarme tras esa sincera confesión.

—¿Molestarte? —Silvia enarcó las cejas denotando desconcierto.

—Hombre, tú dirás —contestó él arrugando los labios—. Parece que te has fijado más en mi culo que en mi cara, no sé cómo tomármelo. —Chasqueó la lengua.

—Como lo que es, un piropo. —Le guiñó el ojo y ambos se echaron a reír. Víctor la observó destilando alegría y excitación a partes iguales—. ¿Por qué me miras de esa forma? —interpeló con una nota de jocosidad.

—No sé, quizá porque me encanta admirar tu belleza. Sí, igual va a ser por eso, porque me cautiva contemplar tus ojos negros como la noche, tu pelo azabache y tus rosados y sensuales labios tan provocadores. —Se acercó a su boca.

—Me alegra que te guste la vista —respondió risueña.

—No te puedes hacer una idea de cuánto disfruto de ella. —Sus manos bajaron con rapidez hasta las nalgas de Silvia y comenzaron a acariciarlas.

—¿Qué haces? —preguntó ella con perspicacia.

—Buscarte —contestó rotundo, pegando su cuerpo al suyo—. Quiero

ampliar mis vistas. O mejor aún, quiero volver a refrescar la memoria —le recordó la frase que ella había utilizado el día anterior.

—Pues si me buscas vas a encontrarme, que lo sepas. —Sonrió con descaro.

—Justo lo que quiero, encontrarte para perderme por tu hermoso cuerpo. —Terminaron riendo de nuevo.

Las risas dieron paso a los besos, abrieron el coto a las caricias y una vez más los cuerpos se prepararon para amarse. La cama fue escenario de otro apasionado encuentro entre Silvia y Víctor, uno que los abrasaba, exaltaba, enardecía, sobrecitaba... Los consumía. La atracción y el deseo entre ellos eran tan fuertes que nunca se veían colmados el uno del otro, siempre deseaban más.

Tras una ducha decidieron salir a que les diera un poco el aire, a disfrutar de la ciudad y a comer algo. Mientras se vestían, Silvia miró fija a Víctor y decidió manifestar algo.

—¿Sabes? Durante estos días no he parado de preguntarme por qué, siendo tan dulce como eres, fuiste tan desagradable conmigo el día que nos conocimos.

—¡¿Perdona?! —espetó Víctor confuso—. Tú fuiste desagradable conmigo. Mucho —recalcó con asombro—. Yo solo pretendía ayudarte y casi me muerdes. Por no mencionar que me mentiste de forma descarada, no habías señalado el giro —indicó. Silvia no pudo evitar echarse a reír—. ¿Encima te hace gracia? —La miró boquiabierto—. Pues tu manera de atacarme me puso de muy mala leche, te lo garantizo. —Estiró los labios al ver que ella seguía carcajeándose.

—Me río porque es cierto, te mentí. No señalicé el giro —reveló entre risas. Pero de inmediato intentó ponerse seria, el tema lo requería si pretendía dar una explicación—. Debo confesarte que pagué contigo todo el malhumor que me había despertado mi hermana. Como has podido comprobar, tampoco suelo ser así, normalmente no voy atacando a la gente. —Lo observó un instante en silencio y agregó—: Pero es que además me pareciste tan creído —siseó.

—¿Te das cuenta de que eres una gran mentirosa?

—Yo diría que convincente faltando a la verdad —respondió con

chulería.

—Mereces un castigo.

—¿Un castigo? —preguntó arqueando las cejas.

—Sí —respondió categórico.

—¿Y qué clase de castigo? —runroneó, aproximándose a sus labios.

—Uno ejemplar —aseguró con picardía.

—¿Cómo de ejemplar?

—Por ejemplo, unos cuantos azotes en tu precioso culo, que por cierto también es de infarto —puntualizó, pegándose a su boca y besándola con pasión. Al separarse, Víctor soltó un suave azote en el trasero de Silvia.

—¡Eh, ten cuidado, pijito! —protestó ella con mofa, trayendo al recuerdo las palabras que se propinaron el día que se conocieron.

Víctor captó al vuelo su juego y, sin dudarlo, decidió unirse a él.

—Es mi culo, deslenguada. Aquí y aquí —posó las palmas de las manos en cada una de las nalgas de Silvia— pone «propiedad de Víctor Alvarado», o sea yo, el arrogante de mierda.

—¡Oh! Eso te lo tendrás que ganar, muñeco —anunció con altivez. Víctor intentó besarla de nuevo, pero Silvia posó el dedo índice sobre sus labios y se separó de él—. Vámonos, necesitamos salir de aquí o no sé cómo acabaremos.

—¿Me estás rechazando? —preguntó él con sorpresa.

—No exactamente. —Le guiñó el ojo.

—Entonces, ¿me quieres tener deseoso? —demandó burlón.

—Por ahí vas bien —contestó Silvia con una perspicaz sonrisa, y empezó a caminar para salir de la habitación.

—¿Cómo de deseoso? —interpeló tras ella.

—Mucho —habló sin parar de caminar y sin mirarlo, siguiendo su trayectoria hasta la puerta.

—Define cuánto es mucho.

—Hasta verte arder de deseo por mí. —Contuvo la risa.

—¡Caray! —Silbó—. Me estás excitando por momentos.

—Pues guarda tu excitación para la vuelta —dijo girándose, clavando sus ojos en los de Víctor, que en ese instante le centelleaban—. Si eres buen chico igual tienes premio. Quizá pueda nombrarte el dueño de mi culo, muñequito —explicó con arrogancia, guiñándole una vez más el ojo.

Girando una vez más sobre sus talones, Silvia posó la mano en el pomo de la puerta, la abrió y salió. Víctor se quedó perplejo por su chulesca actitud. Le había sorprendido que se dirigiera a él utilizando la palabra *muñeco*, pero oírle decir su diminutivo le pasmó. Segundos después, cuando se desprendió del asombro, emitió una sonora carcajada, pues en verdad le encantaba el juego que acababa de iniciar Silvia. Le maravillaba esa mujer. Debía reconocer que le tenía fascinado, cautivado hasta la médula.

Silvia y Víctor pasaron el día entre gratos paseos, cogidos de la mano, como cualquier pareja de enamorados. De igual modo, decidieron hacer alguna que otra compra en la que Víctor tuvo un gran papel de intérprete entre Silvia y los dependientes. Aunque en una de las tiendas que visitaron los empleados hablaban español a la perfección, y él los dejó a su disposición y solo actuó de observador.

Silvia quería llevarle un regalo a Lara, aunque el remordimiento de conciencia la llevó a comprar primero algo a Samuel. Meditó mucho qué regalarle y por fin se decantó por una preciosa pajarita jaspeada en tonos azules y granates. Luego se marchó a la sección femenina, alejada del lugar donde permanecía Víctor. Sin que ella se percatara, mientras observaba fascinada todo tipo de ropa y complementos con la intención de elegir algo para su amiga, él aprovechó para comprarle un regalo que escondió en el bolsillo de su abrigo.

A lo largo del día pararon a comer un par de veces. Una fue por la calle: el típico perrito caliente americano que Silvia tenía el antojo de degustar; la otra, en una elegante cafetería, sentados, disfrutando de un buen plato y descansando los pies. De regreso al apartamento, sin parar de sonreír ni de soltarse de la mano, Víctor meditó una vez más lo que sentía por Silvia, esa mujer que de primera impresión le había parecido una desvergonzada y que ahora se había adueñado de su corazón para siempre. Paró un momento y la admiró, se perdió en sus ojos negros, que lo tenían encandilado. Justo en el momento de mayor extravío, tuvo la imperiosa necesidad de darle a conocer sus sentimientos.

—Silvia, me he enamorado de ti —pronunció en un susurro.

Ella notó que la respiración se le entrecortaba debido a la velocidad cardiaca. En medio de la agitación interna, observó los alrededores, los edificios, los interminables rascacielos de Manhattan, la gente que paseaba mientras ellos permanecían quietos en medio de la calle, esquivándolos para no chocarse. Con semejante escenario, y por ridículo que pareciera, creyó estar dentro de una película. Uno de esos largometrajes románticos que a

Lara le encantaban y que ella evitaba ver en más de una ocasión.

—De nuevo volvemos al romanticismo —pareció recriminarle, aunque en tono jocoso.

—No, de nuevo eres tú la que no eres nada romántica —le recordó Víctor.

—Sí lo soy, salvo que a mi manera.

—¿Y cuál es esa manera? —preguntó curioso.

—Siendo práctica —alegó en su defensa.

—¿Práctica? —preguntó con una risita liviana que sonaba a desconcierto—. No creo que ambas palabras, romántico y práctico, puedan estar incluidas en la misma frase.

—Pues yo sí. Soy romántica siendo práctica, ¿lo ves? —dijo con orgullo.

—Continúo sin verlo —recalcó él, negando con la cabeza.

—Es muy sencillo, ya te lo expliqué ayer. Soy romántica, pero no creo en cuentos. ¿Lo entiendes ahora?

Víctor la observó, cargado de admiración, y dijo:

—Entiendo que eres una mujer increíble con salidas para todo.

—Así soy yo, muñeco —respondió burlona, simulando envanecimiento, y ambos se echaron a reír.

Pero en cuanto las risas se extinguieron, Víctor posó una mirada seria en ella y comentó:

—Sin embargo, lo mío no es un cuento, Silvia, te lo aseguro.

—Me alegro de que no seas un mentiroso como yo —bromeó.

—No miento y estoy hablando completamente en serio. Te quiero —reveló, y guardó un brevísimo silencio—. Te quiero, Silvia, y me gustaría saber si tú sientes lo mismo. —Su tono rogaba una contestación.

Los labios de Silvia permanecieron inmóviles unos segundos, un tiempo que a Víctor se le antojó una eternidad.

—Sí. Yo también te quiero —pronunció al fin en voz baja, casi en un murmullo, consciente de la compleja coyuntura a la que debían enfrentarse a partir de ese momento, habiendo expuesto sus sentimientos.

Víctor prefirió no añadir más, metió las manos por el cuello de Silvia, se acercó a su cara y la besó. Primero lo hizo agradecido, aunque el beso se agrandó hasta llenarse de enardecimiento. Amaba a esa mujer y ella lo amaba a él. Se sentía afortunado por ser correspondido, por haber encontrado el amor sin ni siquiera buscarlo, cuando menos lo esperaba. No había más que decir, todo lo demás podría arreglarse, se resolvería. Siguió besándola con vehemencia. Con tanta, que logró volver a derretirla en sus labios y hacer que lo deseara con ganas. Rezumando el ferviente anhelo, destilando de sus cuerpos ebrios de pasión una avariciosa lujuria, cogió a Silvia de la mano y echaron a correr calle arriba, cual chiquillos. El apartamento no estaba lejos de allí y no había tiempo que perder para apaciguar su febril deseo.

Dentro del ascensor, el fogoso apetito que ambos sentían era incontenible, y, encendidos, se devoraron las bocas. Las lenguas lidiaban sin descanso, se acariciaban sin cesar intercambiando su locura, daban paso a los dientes que mordisqueaban los labios y a unos besos que consumían. Besándose como locos, igual que si estuvieran poseídos, entraron en el apartamento. La mutua excitación no les dejó ni andar dos pasos, ya habían esperado demasiado. Se despojaron con rapidez de los ropajes más necesarios e imprescindibles, y allí mismo, en el recibidor, de pie, teniendo como apoyo una de las paredes, consumaron su amor de una manera tan dulce como enajenada, llena de ternura y alejada de toda cordura y razón.

—Te amo, Silvia —derramó la boca de Víctor tras notar el temblor de ella, a la vez que escuchaba su trepidante jadeo preludio del fin. Al momento, y a ráfagas, descargó el ardor que Silvia había concentrado en su virilidad; se vació. Juntos y abrazados vibraron satisfechos. Lo hicieron tanto por el placer carnal como por el espiritual, ese que llenaba de gozo sus almas por saber que se amaban.

Por la noche, mientras ambos hacían la maleta y el silencio había pasado a gobernar el lugar, Víctor, un tanto nervioso, decidió dar su regalo a Silvia. Se acercó hasta su dormitorio y, al verla, se le encogió el corazón. La tristeza imperaba en el rostro de Silvia, y él conocía la razón. Intentando sonreír, alargó la mano, cogió una de las de Silvia y depositó en ella una pequeña cajita. Sin separar los labios, pero llena de sorpresa, ella la abrió. Contenía un

anillo. Un fino anillo de oro con dos pequeñas alianzas entrelazadas. Lo sacó despacio, con incompreensión, aturdida, y observó que en el interior había grabado algo: «Quédate conmigo». Silvia prosiguió sin abrir la boca, más callada aún de lo que ya estaba. No sabía qué decir. O sí lo sabía, pero no le apetecía hablar de ello. Todo estaba siendo demasiado duro de soportar.

—Pruébate, ¿no? —preguntó Víctor al ver su quietud. Su preocupante quietud.

Silvia cerró los ojos y suspiró despacio, meditando.

—Mira, Víctor, no sé si esto significa lo que creo que parece, pero antes de nada te aclararé una cosa: no creo en el matrimonio. —Sacudió la cabeza con los ojos vidriosos—. El matrimonio es un cautiverio plagado de sufrimiento. Sé de lo que hablo, lo mamé de cerca con mis padres —explicó, conteniendo el nudo que por momentos quería desalojar por sus ojos—. Yo tan solo creo en el amor. Abogo por un amor sin nombre, sin firmas y sin testigos.

Víctor fijó los ojos en ella, confundido, pero antes de aclararle nada iba a mostrarle su opinión.

—Yo creo que el matrimonio es un vínculo entre dos personas de espíritus afines, dos buenos amigos que se convierten en amantes y en auténticos compañeros —replicó serio—. El matrimonio no debe ser un cautiverio ni una jaula, sino el camino para compartir la vida con la persona que eliges. Y si la has elegido es porque la amas, porque lo es todo para ti —expuso mesurado—. Pero yo también te aclararé que mi intención con este anillo no es pedirte matrimonio, como al parecer has entendido, sino tomar una decisión respecto a nosotros. Tan solo es algo simbólico, no he pretendido convertirlo en un compromiso. Siento haber hecho que lo entendieras así.

Silvia soportó su mirada en silencio. Se sentía del todo estúpida. Cómo había podido pensar que Víctor quisiera pedirle matrimonio si ni siquiera sabían hacia dónde iba su relación, qué ocurriría a partir de ahora, al regresar a Barcelona, al volver de nuevo con Samuel. Hasta en circunstancias normales, en las que no existiera un contrato y tan solo fueran dos enamorados llenos de pasión, sería descabellado haber pensado semejante locura. No entendía qué la había llevado a suponer tal cosa.

—Y ahora que sabes cuáles no son mis intenciones, ¿te lo vas o probar?

¿O acaso no te gusta? —interpeló Víctor.

—Me gusta. Claro que me gusta —afirmó ella en voz queda, mirando al anillo y sin poder desprenderse de la sensación de ser estúpida. Avergonzada, pero sin permitirse mostrarlo, alzó la vista y le preguntó—: Pero quiero saber qué significa lo que hay grabado.

Emitiendo un suspiro casi mudo, Víctor cogió el anillo de las manos de Silvia, tomó uno de sus dedos y lo deslizó por él hasta dejárselo puesto. Era de su medida, le quedaba bien.

—Esta mañana comentaste que solo quedaban unas horas para que el maravilloso sueño se esfumara —dijo acariciando el anillo a la par que su mano—. Ahora yo te respondo que eso puede ser al revés; volver puede ser el inicio de nuestra relación. De modo que esto, Silvia, significa lo que pone. Quiero que te quedes conmigo.

Silvia se sentó en el borde de la cama; la aflicción que se había acomodado en su cuerpo pesaba demasiado para ser soportada. Sin tardanza, Víctor se sentó a su lado.

—Desde luego que no pensaba casarme con Samuel —confesó, negando con la cabeza—. No después de lo ocurrido. No estando enamorada de ti —reconoció de seguido—. Lo que no sé es lo que va a suceder a partir de ahora, cuando regresemos a Barcelona, cuando haya que contarle la verdad a tu hermano. Tengo un contrato con unas cláusulas que dicen...

—Yo pagaré lo que haya que pagar por incumplimiento —la interrumpió—. Por eso no debes preocuparte.

—Cómo que no —exclamó incrédula—. He incumplido el acuerdo que tenía con Samuel, lo he traicionado, puede que hasta hiera sus sentimientos. —Elevó el tono—. Y encima lo he hecho contigo, su hermano. —Enterró la cara entre las manos. En ese momento recordó los sabios consejos de Lara, los que le habían avisado de lo peligroso que era jugar con los sentimientos, justo lo que estaba sucediendo.

Con delicadeza, Víctor le apartó las manos del rostro, la miró y le dijo:

—Silvia, has incumplido un acuerdo laboral, nada más, y en ellos no existen los sentimientos —resolvió con calma—. Hay cosas imprevisibles que no se pueden controlar, que escapan de nuestras manos, y una de ellas es el amor. Uno no elige de quién se enamora ni cuándo, simplemente sucede. Y

eso nos ha ocurrido a nosotros.

—Me da miedo contárselo —admitió con un quiebro de voz—. Me da pena hacer daño a Samuel porque él se ha portado muy bien conmigo..., pero sé que debo decírselo.

—Desde luego que debemos hacerlo, porque yo te quiero conmigo, a mi lado siempre. —Le acarició la mejilla—. Me alegra mucho que hayas tomado esa decisión, Silvia, porque yo no dejaba de pensar la forma de convencerte para que no te cases con Samuel. No puedo permitirlo, amándote. —Sacudió una y otra vez la cabeza—. Por eso he mandado grabar «Quédate conmigo» en el anillo. Es mi forma de pedirte que iniciemos lo nuestro, que demos una oportunidad a nuestro amor, que al menos lo intentemos.

Silvia caviló unos segundos antes de hacer una confesión.

—¿Sabes? Es cierto que no soy romántica, al menos no como otras mujeres, nunca me he permitido serlo. Pero debo reconocer que tú lo has cambiado todo.

—Conozco ese sentimiento, tú has hecho que lo experimente —reveló Víctor con franqueza.

—Pues no sé a ti, pero a mí me tiene temblando —respondió con recato, trémula.

—Entonces ya somos dos, Silvia —reconoció él, mirándola casi con veneración, apartándole con delicadeza un negro mechón de su preciosa cara—. Y te juro que en mis treinta y dos años nunca me he sentido tan feliz —añadió en un cálido susurro.

—Yo tampoco —bisbiseó estremecida.

Silvia besó a Víctor con dulzura y luego se abrazaron llenos de amor. De amor y de dudas. De amor y de temor. De amor y de incertidumbre. Estando abrazados, cada uno supo lo que pensaba el otro, el palpitar vibrante de sus corazones se lo gritó de forma nítida, sin dudas para la confusión. Ambos deseaban llegar a Barcelona para contarle a Samuel lo sucedido, su inevitable enamoramiento y el cambio de planes que ocasionaba; y a la vez ansiaban que ese momento no llegara nunca y el tiempo se detuviera allí, en Nueva York, en ese apartamento que se había convertido en el escenario de su amor.

Antes de coger el vuelo de regreso a la ciudad condal, Víctor debía pasar por la compañía a solventar unas cuestiones y se llevó a Silvia con él. Will, el chófer, estacionó en el aparcamiento de The New Technology Company y los esperó dentro del vehículo, a su regreso, debía acercarlos al aeropuerto. Esa mañana Silvia y Víctor compartían una extraña combinación de sentimientos que hacía malabares entre la tristeza, la pasión y la desesperación. La rara mezcla se debía a que, en unas horas, los idílicos días pasados en Nueva York serían desterrados por algo que aún desconocían cómo iba a resolverse. Por eso, a pesar de la aflicción y la angustia que sostenían sus cuerpos, cualquier momento era bueno y apropiado para besarse con voluptuosidad y acariciarse con ternura.

Nada más entrar en el despacho, Víctor cerró la puerta con pestillo y bajó las persianas. Quería intimidad para besar a Silvia, no había dejado de desearlo mientras subían en el ascensor, pero, por desgracia, no iban solos. Con rapidez, tras quedar provistos de privacidad, se lanzó a su boca y ambos pelearon con un ímpetu desmedido.

—En fin, será mejor que me calme y firme todo ese montón de papeles —dijo al separarse de los labios de Silvia, mirando a la mesa con desgana—. De lo contrario no haré nada y puede que hasta se nos haga tarde y perdamos el vuelo.

—Cierto, calmémonos y haz tu trabajo. Para eso hemos venido, ¿no?

Silvia se sentó en el sofá negro de piel que había próximo a la mesa de Víctor y se desabrochó dos botones de la blusa, dejando asomar el sujetador.

—De esa forma no me ayudas nada, ¿sabes? —comentó él, sin parar de contemplarla.

—Pues no me mires —respondió—. Tengo calor, me has acalorado mucho —reveló, aireándose con la prenda el torso a base de hacer movimientos repetitivos.

—Qué casualidad, a mí me ha ocurrido lo mismo —recalcó perspicaz, sonriendo. Antes de acomodarse en el sillón, Víctor se quitó la americana, se

aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó el primer botón de la camisa—. A ver si así consigo enfriarme un poco.

—Debemos enfriarnos.

—Más nos vale. —Sonrieron los dos.

Víctor se sentó y Silvia lo contempló en silencio. Observaba cómo estampaba firmas en todo tipo de documentos, cómo se paraba un momento a leer, cómo apartaba unos papeles y otros... Era tan guapo, tan sexi. Le encantaba su pelo rubio de infinitos matices, sus ojos azules, sus labios gruesos e incitadores... Y, vestido de esa forma, sin americana, con corbata y en vaqueros, tenía un matiz canalla que le daba un morbo tremendo. Suspiró una y otra vez en medio de las fantasías que ya anidaban en su cerebro, alterándola con presteza. Y no pudo reprimirse, en cuanto vio que Víctor firmaba el último papel, se levantó, se quitó la blusa y se acercó a él.

—¿Qué pretendes hacer, niña traviesa? —le preguntó con picardía.

Silvia no habló. Cogió su corbata, tiró de ella haciendo que él se levantara del sillón y continuó tirando igual que si fuera la correa de un perro. Víctor, medio sonriendo, la siguió hasta el sofá.

—¡Oh! ¿Qué buscas, Silvia? —Posó las manos en sus nalgas cubiertas por el pantalón.

—¿Tú que crees? —interpeló desabrochándose el sujetador, dejando sus pechos al aire y a él tan sorprendido como excitado. A continuación se tumbó en el sofá, dando respuesta a su pregunta: necesitaba volver a amarlo antes de abandonar la ciudad que los había unido.

—Creo que quieres perderme —contestó tumbándose encima de ella, enredándose en besos de labios y lenguas, deseosos de disfrutar y complacer.

Las manos de Víctor comenzaron a perderse por el cuerpo de Silvia; la boca de ella por el cuello de él, que, gustoso, gemía sintiendo la pasión que desprendían los labios de su amada.

—Si sigues no voy a poder parar —le avisó, sobrecitado.

—Y quién te ha dicho que quiero que pares, muñeco. —Se besaron con más pasión, enloquecidos, derramándose caricias que empezaron a buscar intimidades.

—Nunca lo he hecho aquí, en mi despacho —añadió Víctor en medio de

suspiros.

—Vaya, yo tampoco lo he hecho nunca en él —aclaró Silvia bromista, y agregó—: Ni en ningún otro, que yo recuerde.

—Entonces no perdamos tiempo para experimentar los dos algo nuevo.

Víctor acarició los pechos de Silvia con delicadeza, contrapeando distintas maneras para hacerla disfrutar, para satisfacerse él. Cuando lo hacía con las yemas de los dedos, volvían a entregarse las bocas de forma desmedida, batallando de forma insaciable. Pero cuando la sedosa piel de sus labios entraba en juego y contactaba con los turgentes pezones de Silvia, ella solo sabía hacer una cosa: jadear deleitosa.

En ese momento en el que la pasión los dominaba con fuerza, sus cuerpos habían sido expropiados de la cordura, Silvia comenzaba a desabrochar los vaqueros de Víctor y el placer estaba clavando la bandera indicadora de la posesión, intentaron abrir la puerta. El picaporte giró una y otra vez con insistencia, pero, al no conseguirlo, sonaron unos ruidos fuertes: alguien había empezado a golpearla con los nudillos. Silvia y Víctor se quedaron inmóviles, petrificados.

—¡Víctor! ¿Estás ahí? —preguntó la voz de Emilio.

—Sí, voy.

Desprendiéndose de su paralizante quietud y con una urgencia desproporcionada, ambos se levantaron del sofá y se colocaron la ropa a una velocidad pasmosa. Pero la erección de Víctor era difícil que se evaporase en segundos, y por desgracia, resultaba demasiado evidente bajo un pantalón vaquero que no le quedaba holgado, como los de pinzas. Haciéndoselo comprender a Silvia a través de unos veloces gestos, se acercó hasta su sillón y se sentó; la mesa se encargaría de tapar esa parte de su anatomía que resaltaba en abundancia. Luego pidió a Silvia que abriera la puerta.

—¿Por qué has cerrado...? —Emilio calló al ver a Silvia en lugar de a Víctor—. ¡Ah!, hola, Silvia —saludó con afecto, y le dio dos besos.

—Hola, Emilio, buenos días —contestó ella, y él pasó para dentro.

—He cerrado para que no me molestara nadie y así no perder tiempo —explicó Víctor.

—Pues yo necesito robarte un minuto para comentarte algo. ¿Puede ser?

—Sí, para ti sí, por supuesto. Cuéntame.

Emilio ni siquiera se sentó, permaneció de pie mientras hablaba con Víctor, que aguantaba sentado a pesar de mantener el cuello alzado para poder mirar a su ingeniero a la cara. Tras una breve charla empresarial, Víctor por fin se levantó para despedirse de Emilio con un apretón de manos. Parecía que el peligro ya había pasado, o al menos disminuido de tamaño. Luego, el ingeniero se acercó a Silvia, que había permanecido de pie porque su desbocado corazón le impidió tomar asiento, la miró extrañado y le dijo:

—Tienes el pelo un poco revuelto.

Con celeridad, Silvia se llevó las manos a su negra melena, intentando arreglársela. Y buscando qué pretexto poner, soltó lo primero que se le ocurrió.

—Es que me pica mucho la cabeza y me rasco con fuerza, y el pelo se me alborota —dilucidó, empezando a rascarse el cuero cabelludo con ímpetu, encrespándose más—. Debe de ser por el champú.

—Sí, seguro —contestó él, observándola con el mismo semblante de asombro—. A veces ocurre eso, claro.

—Tendrá que cambiar de marca, ya se lo he dicho antes —apostilló Víctor.

—Sí, será lo mejor —agregó el hombre—. En fin, que tengáis un buen vuelo de regreso.

—Muchas gracias, Emilio. —Silvia volvió a rascarse para dar mayor credibilidad a sus palabras.

El ingeniero abandonó el despacho y ella cerró la puerta. Sin tardanza, volteó su cuerpo y fijó los ojos en Víctor.

—¿Por qué no me has dicho nada sobre mi pelo?

—Porque no me he dado ni cuenta hasta que lo ha mencionado Emilio. Bastante tenía yo con pensar cómo ocultar lo mío. —Resopló.

—¡Dios, casi se me sale el corazón por la boca! Espero que piense que tengo piojos y no sospeche que estábamos dándonos un revolcón.

Ambos, de repente, mirándose, se echaron a reír. Rieron por el temor, las prisas, el patente problemilla de Víctor y la absurda excusa de Silvia. Las carcajadas inundaron el despacho, saltaron y recubrieron todas y cada una de

las paredes hasta empantanarlo.

—¡Cielos, estamos locos! —exclamó él sin parar de reír.

—Sí, parece que un poco —convino Silvia entre risas.

—Un poco no, mucho. —Víctor rio de continuo. Y la risotada por el momento de inconsciencia mutua se alargó por un buen rato, era imposible de frenar. La hilaridad los acompañó hasta abandonar la compañía.

El regreso a Barcelona alternó muchos tipos de momentos entre Silvia y Víctor. Momentos para el silencio, los besos, las dudas, las confesiones, el temor, el cariño, la esperanza... Momentos para todo.

Al pisar el suelo del aeropuerto de El Prat, Silvia sintió un nerviosismo acerbo que casi la hizo desmayarse. Creyendo que las piernas podrían fallarle en cualquier instante, buscó sujeción en el brazo de Víctor, que, gustoso, se entrelazó a ella. Después, él desplazó el brazo hasta tomarle la mano, y Silvia no rechistó por la falta de equilibrio que notaba. De esa forma, con las manos entrelazadas como cualquier pareja de enamorados, anduvieron hasta la zona de recogida de maletas. Al llegar, ya más calmada, Silvia se soltó de Víctor y miró alrededor; nadie estaba pendiente de ellos, cada uno andaba a lo suyo, y eso le alivió. Tras unos segundos observando a la gente allí congregada, desvió la vista hasta fijarla en el hombre que la hacía suspirar y lo contempló con un matiz de sarcasmo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él.

—Porque me alegra saber que aunque viajéis en primera clase tenéis que esperar las maletas como cualquier turista.

—Como cualquiera no, a los que viajamos en primera nos las entregan antes que a nadie. —Arqueó las cejas.

—¡Vaya! La compañía aérea tiene la deferencia de seguir haciendo que os sintáis unos privilegiados, qué gentil —ironizó, pensando que bien podían hacer la pelota a sus adinerados clientes con el precio que tendrían esos billetes.

—Pues sí, tienen ese detalle. —Le guiñó el ojo.

—Bien dicen que cuanto más tengas, más te darán, y es cierto. El mundo al revés. —Hizo un aspaviento.

—Anda, calla, protestona —advirtió Víctor con ternura—. Te pones sumamente sexi cuando hablas así, y eso es peligroso, me hace perder la cabeza. —Sonrió, y ella también lo hizo, de forma sutil.

Mientras aguardaban allí de pie, Víctor admiraba lo guapa que era Silvia meditando el sentimiento tan hondo que le provocaba. Y, sin quitarle los ojos de encima, deseó sus labios con una fuerza arrolladora. Desde que habían pisado suelo barcelonés no había parado de preguntarse cuándo podría volver a besarla, amarla de nuevo, sentirla bajo su piel. Después de la locura de su despacho habían tomado la decisión de hacer una pausa en su reciente idilio, hasta contarle a Samuel la verdad. Aunque no podía pasar mucho tiempo, pues en once días sería la boda, y debían abordar el tema cuanto antes. Pero, aun así, sabiendo que el periodo de espera iba a ser breve, que a lo sumo en una semana podría disfrutarla para siempre, estaba impaciente por saborearla otra vez y no podía reprimirse. Observó a la gente que estaba a su alrededor y comprobó que nadie los miraba en ese instante, que cada uno estaba en sus asuntos y nadie tenía puestos los ojos en ellos. Sin dudarlo, aprovechó la ocasión y la besó por sorpresa.

—¿Estás loco? —preguntó Silvia nada más separarse de su boca.

—Sí, por ti, pero eso ya lo sabes.

Los labios de ella no pudieron eludir la sonrisa que los sobresaltó.

—¿Ya no recuerdas lo que hemos acordado? Antes de continuar debemos hablar con Samuel.

—Lo sé, pero aún estamos en terreno neutral, cariño.

—Pues en suelo neutral o no, contrólate. —Le soltó un pequeño cachete en el trasero—. Y haz el favor de no ponerte vaqueros porque te marcan un culito que me pone a mil. Al menos por el momento, ¿vale?

—Y ¿cómo quieres que vaya, desnudo? —interpeló entre risas.

—No seas provocador, Víctor, por favor —contestó en tono engatusador—. Viste con tus asiduos trajes, con esas corbatas que me invitan a fantasear y con pantalones de pinzas. Esos, aunque debo reconocer que te sientan de muerte, no perfilan tus redonditas y prietas nalgas.

—¡Vaya!, ¿mis corbatas te provocan fantasías? —inquirió picarón.

—Pues sí.

—Entonces, la próxima vez que me desnude para ti, me la dejaré puesta —le susurró en el oído.

—¡Calla! Me estás alterando imaginándote así, con esa corbata rozando tu fibroso torso. ¡Uf! —Sopló.

—¿Piensas otra vez en mi culito que tanto te gusta? —runroneó.

—¡Cállate de una vez! —Estiró los labios, empezando a sentirse sofocada.

—Vale, me callo. Solo una última cosa a propósito del tema, ¿me he ganado ser el dueño del tuyo? —bisbiseó de forma seductora.

Silvia lo miró, aguantando la sonrisa que le provocó la inesperada pregunta.

—¡Ah, ah! —canturreó—. Eso todavía está por ver. Como te dije, para ser el dueño de mi culo aún tienes mucho trabajo pendiente, muñeco —entonó la última palabra con énfasis.

—¡Oh, señor! —exclamó jubiloso—. ¿Por qué no te he conocido antes? Eres la mujer que siempre he soñado, perspicaz e incitadora. —Acercó su cara para volver a besarla, pero Silvia se separó.

—Guardemos las apariencias, te lo suplico, Víctor —dijo seria.

De repente, las maletas empezaron a salir por la cinta transportadora y ambos, regalándose una mirada cómplice, dejaron de flirtear y se aproximaron a recogerlas.

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando Mirian recibió una llamada de Joan, su amigo con derecho a roce, al que últimamente tenía un poco olvidado; no obstante, él nunca se olvidaba de ella.

—¿Qué quieres? —preguntó Mirian de malas maneras, sin ni siquiera emitir un inicial saludo.

—A ti, bomboncito. ¿O aún no lo sabes?

—¡Oh, corta el rollo, Joan! —profirió desganada—. Si me has llamado para que echemos un polvo, paso, tío. Si quieres algo conmigo, ponte a la cola, cariño —advirtió con insolencia.

—Tengo una información que será valiosa para ti y que quizá me quieras agradecer de forma muy especial, cielo.

—No creo que tú puedas tener nada que a mí me importe o interese. ¡Chao!

—¡Mirian, Mirian, no cuelgues! Es sobre tu hermana —añadió raudo.

—¿Mi hermana? ¿Qué sabes tú de mi hermana? —preguntó en tono desdeñoso.

—Pues que ahora mismo la estoy viendo.

—Cómo que la estás viendo. ¿Estás en Lloret de Mar? —inquirió intrigada.

—No, estoy en mi trabajo, en el aeropuerto, y ella está aquí. Y no va sola. Está acompañada por un tío con pinta de ricachón, y se han besado.

—¿En el aeropuerto? ¿Con un tío? —Se quedó extrañada—. ¿Estás seguro de que es Silvia? —interpeló de seguido.

—Por supuesto, la recuerdo muy bien —respondió, pensando que nunca olvidaría a la mujer a quien dejó su bicicleta porque estaba muy buena—. Y según las maletas que están esperando recoger, vienen de Nueva York.

—¿De Nueva York?! —La confusión habló por ella.

—Sí, Mirian, de la ciudad de Nueva York —confirmó Joan—. Parece que tus sospechas sobre el trabajo de tu hermana van a ser ciertas. Para mí que ejerce de señorita de compañía, como dicen los ricos para no llamarlas putas —explicó, seguro de que con su belleza no le faltarían clientes.

Mirian calló y empezó a sacar conclusiones sin más tardanza.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que me engañaba! —repitió en grito—. ¿Recuerdas que te lo dije, Joan?

—Sí, te lo acabo de decir.

—Y llevaba razón —aseguró con firmeza—. Sabía que esa ropa que viste es cara, por no mencionar que siempre lleva el pelo arreglado de peluquería, y la manicura, y huele a perfume, no a simple colonia barata. Y todo eso no

puede estárselo pagando la señora para la que trabaja, como Silvia quiere hacerme creer. Y mucho menos costárselo ella con el dinero que se supone se queda cada mes. ¡Ja! Eso no se lo cree ni loca —replicó rabiosa—. Ahora, también te digo una cosa, que mi hermana trabaje de puta tampoco me cuela.

—Entonces..., dime tú qué. Se olfatea a distancia que ese tío tiene pasta. Y tu hermana, que yo sepa, no se codea con ese tipo de gente.

—No sé —contestó con sequedad—. Desde luego que no tengo la menor idea de lo que está pasando. Lo que sí sé es que no ha venido este lunes por eso mismo, no por la excusa que me dio, sino porque iba a estar de viaje. ¡Y nada menos que en Nueva York! Será mentirosa y golfa —clamó furiosa.

—En fin, no dirás que no te he dado una noticia importante que merece un premio. Uno de los buenos —expuso, regurgitando con sus palabras una alta desvergüenza.

Durante unos segundos, el silencio se adueñó de la situación. Pero, con urgencia, la astucia de Mirian, esa que solo se movía por sus propios intereses, asomó.

—¿Quieres ganarte un apetitoso premio, Joan? —preguntó con voz sensual.

—¡Buf! Lo estoy deseando, nena. Acabo mi turno ya, en cinco minutos, en veinte puedo estar en tu casa. —Se mostró impaciente.

—No tan rápido, terroncito mío —respondió melosa—. Como acabas tu turno, antes de venir a mi casa para conseguir tu premio, quiero que me hagas un favor.

—¿Cuál?, dime. Hago lo que quieras, Mirian —habló acelerado. Se le nublaba el sentido viéndose en la cama con ella. El poco sentido que tenía y que se concentraba de forma exclusiva en su entrepierna.

—No pierdas de vista a mi hermana, síguela, por favor. Quiero saber a qué lugar va con ese ricachón que tú dices. Luego, cuando hayas hecho tu trabajo, ven a verme y me lo cuentas. Mami sabrá hacer un buen trabajo contigo —declaró incitadora, y la excitación de Joan despertó al instante.

—De acuerdo, bomboncito, voy a seguir a tu hermana y a enterarme de todo lo que pueda para tenerte muy contenta. No te voy a defraudar —declaró orgulloso—. Nos vemos luego.

—¡Chao, tigre mío! —Colgó.

Mirian estampó el teléfono contra el sofá. Estaba enojada, cabreada, enrabiada..., pero sobre todo desorientada. Su hermana le estaba mintiendo, la engañaba, ¿por qué?, se repetía con reiteración. Tras meditar unos minutos, llegó a una conclusión, la única que parecía tener coherencia: Silvia le omitía la verdad para vivir a cuerpo de rey. No podía ser por otra causa, claro que no. Si era cierto que su hermana le estaba ocultando que salía con un tío con pasta, la única razón posible era que quisiera vivir rodeada de comodidades y alejada de las penurias de su familia; o sea, de ella. Deducir e imaginar tal posibilidad la encolerizó, y, de la misma rabia, se tiró del cabello con fuerza. Cómo podía ser Silvia tan caradura y egoísta, se preguntaba una y otra vez, contrapeando el interrogante con el pensamiento de hacerle pagar por su engaño. Aún no sabía cómo ni de qué manera, pero tenía muy claro que iba a pagar cara su invención, iba a enterarse de quién era su hermana y cómo se las gastaba si le mentían.

De forma súbita y en un acto sin reflexión, llevada por la ira que le corroía, Mirian tomó el teléfono para hablar con Lara. Pero un rayo de iluminación cruzó por su cerebro y creyó que hacer esa llamada no sería buena idea. Si Lara sabía la verdad de Silvia, que era lo más probable, nunca se lo diría a ella por una razón: no la soportaba. Un sentimiento conocido por todos y además mutuo. Reflexionando un poco más, se convenció de que preguntar tal cuestión sería poner sobre aviso a Silvia; lo último que deseaba. Ella quería pillarla infraganti en lo que estuviera haciendo, en su engaño. De ese modo, con las manos en la masa, su hermana nunca podría negar la evidencia. La conocía y sabía que, de ocurrir, de ser desenmascarada, los remordimientos la carcomerían y la tendría el resto de su vida comiendo de la palma de su mano. Además, si de verdad estaba liada con ricachones, podía sacarle mucha pasta y vivir de esas rentas. Con solo imaginarlo se sintió muy feliz y deseó con ganas la llegada de Joan para saber qué había descubierto, para empezar a tejer un ardid que le sirviera de mullido colchón económico, de plan de pensiones de por vida.

50

Los nervios consumían a Silvia cuando por fin Víctor y ella entraron en el ático. Filiberto salió veloz a recibirlos y a cogerles las maletas. Mientras andaban y el hombre se quejaba de que no le hubieran pedido ir a recogerlos al aeropuerto, Silvia garbeaba la mirada de un lugar a otro en busca de su pactado prometido.

—Filiberto, ¿dónde está Samuel? —terminó preguntando.

—Acaba de marcharse a la cama, señorita —contestó, cambiando el gesto.

—¿No se encuentra bien? —preguntó Víctor con celeridad, dejando a Silvia con la misma demanda colgando en la punta de la lengua.

—Hoy en particular, no —respondió serio—. Estos días de atrás se ha sentido bien, pero hoy estaba cansado y apagado.

—Pues habrá que ir a ver cómo se encuentra. —Silvia aceleró el paso y se dirigió al ala derecha. Víctor fue tras ella. Filiberto prefirió dejarlos solos y se marchó con las maletas.

El dormitorio de Samuel se encontraba a oscuras, ni siquiera un hilo de luz entraba por los pequeños huecos de la persiana, que estaba bajada. Silvia se debatió entre apretar el interruptor o avisarle antes de su llegada, pero, una vez más, Víctor se le adelantó.

—Samuel, ¿estás despierto? —preguntó en tono medio.

De repente, la luz se encendió. Samuel acababa de pulsar el interruptor que tenía junto a la cama.

—¡Qué sorpresa, ya estáis aquí! —exclamó débil.

Silvia se apresuró a llegar a su lado y lo saludó con dos besos que le partieron el alma. Le había cogido cariño, mucho afecto durante los meses de convivencia, y verlo ahora, con la fragilidad que supuraba, le fracturaba el ser. Comprendía que Samuel no estaba en sus mejores momentos; además, hoy tenía peor cara que cuando lo dejó en el hospital, y para colmo lo había traicionado. Se sintió tan miserable, tan despreciable, que en ese instante notó

surgir con violencia las ganas de llorar. Hincó la mirada en los ojos del joven Alvarado y vio como emanaba de ellos cierta alegría por verla. Aunque era obvio que desprendían más dolor, el que iba ligado a su enfermedad, a encontrarse peor.

—¿Cómo estás, Samuel? —le preguntó ahogada.

—Bueno, voy, que no es poco.

—Filiberto nos ha dicho que hoy no te encuentras bien —añadió ella.

—¡Joder, este Fil es un bocazas! —soltó molesto.

—Filiberto ha hecho lo que debía, contarnos la verdad, Samuel —aseguró Víctor, sintiendo una extrema pena viendo a su hermano tan vulnerable.

—Vale, es cierto, lo reconozco, hoy no he tenido un buen día, pero ya me siento mejor teniéndote aquí —le dijo a Silvia, dedicándole una calurosa sonrisa—. Y estaré en perfectas condiciones para casarme contigo dentro de once días, no te preocupes. Vamos a pasar una luna de miel increíble. —Le acarició la mejilla con delicadeza.

De forma inevitable, se hizo un silencio que para Silvia y Víctor fue de lo más incómodo y doloroso debido a lo que ocultaban. En contraposición, para Samuel y su ignorancia, la omisión de palabras resultó de lo más placentera, al creer que estaba más cerca de ganar a su hermano, al confiar en que Víctor aún no se había acostado con ella y nunca lo lograría.

Una lágrima se escapó de los ojos de Silvia, le fue imposible aguantarla, aunque se la limpió con extrema rapidez. Aun así, fue evidente a ojos de Víctor y Samuel, y cada uno la achacó a una causa. Samuel pensó que estaba triste por verlo de esa forma, postrado en la cama, débil. Víctor, en cambio, supo que esa lágrima era producto del sentimiento despedazador que la roía al sentir que había traicionado a Samuel. Además, Víctor sabía que tal y como estaba ahora su hermano iba a dificultarlo todo, pues él mismo no creía que fuera el momento más oportuno para comentarle nada respecto a ellos. Sería demasiado cruel por ambas partes.

—Ni se te ocurra llorar, Silvia, por favor —anunció Samuel, intentando incorporarse un poco. Ella y sus remordimientos lo ayudaron con cariño a acomodarse—. No me estoy muriendo todavía, no vayas a pensar algo semejante.

—Ya lo sé, tonto —contestó sintiendo una punzada de dolor en el

corazón. Sabía que acababa de partírsele.

—Pero tampoco me insultes, que estoy muy sensible. Vete tú a saber, igual hasta estoy ovulando —bromeó, y Silvia terminó riendo con la vista enturbiada por la laceración.

—Eres muy bobo, ¿lo sabes?

—Soy tu tonto y bobo futuro marido —enunció, mirando de reojo a Víctor—. Y no quiero verte triste cuando no me encuentre bien, Silvia —habló serio—. Seguramente durante el año que dure nuestro matrimonio me dará alguna crisis más, empeoraré, pero si te veo afligida me partirá el alma.

—En fin, mejor os dejo solos —avisó Víctor, sabiendo que no era momento para hablar y pensando que él estaba de más.

—Sí, mejor vete a descansar —confirmó Samuel—. Aunque tienes todo el día de mañana para holgazanear; es domingo y no creo que vayas a acudir a la compañía.

—No, por supuesto. Mañana intentaré despejarme del *jet lag*. —Turnó la mirada entre su hermano y Silvia. A distancia, se notaba la angustia que se había apoderado de ella, y eso le hizo sentir una pena extrema.

Víctor dio las buenas noches y abandonó la habitación. En dirección al ala izquierda, mientras caminaba por el largo pasillo que conducía a su alcoba, rogaba al cielo para que su hermano mejorase. Lo deseaba meramente por dos razones: la primera y principal, por Samuel, porque su salud no empeorara; la segunda, más egoísta, por contarle la situación, hacerle partícipe de la verdad y anular la boda cuanto antes. Con ese aluvión de pensamientos penetrando por su mente igual que olas agitadas y embravecidas, entró en su dormitorio y cerró de un fuerte portazo. Tan agresivo fue, que los tabiques retumbaron. Dando unas amplias y bruscas zancadas se dirigió al equipo musical, metió un CD en el reproductor y la música de Beethoven comenzó a llenar el ambiente. Con la intención de calmar su estado de ánimo, se sentó en el sofá a escucharla; sin embargo, la rabia no se desprendió de él, tan solo tornó a seriedad y tristeza. Al sonar *Para Elisa*, recordó a Silvia en Nueva York, en su apartamento, en el piano, semidesnuda, sentada sobre las teclas mientras él la acariciaba... y sucumbió a la pena. La aflicción extrema agolpó las lágrimas en sus ojos, y él les permitió salir de su escondite. Dejó que se deslizaran por su rostro, llevaba años impidiéndoselo, prohibiéndoselo, pero ya no podía más. Necesitaba

llorar. Precisaba hacerlo. Llorar por amor. Por el amor que acababa de entrar en su vida y al que no estaba dispuesto a renunciar. Por el amor que nada ni nadie le iba arrebatarse.

Al día siguiente, Samuel se encontraba por un estilo, falto de energía, y se levantó muy tarde, casi a la hora de comer. Su ausencia sirvió para que Silvia y Víctor hablasen de la situación con la que se habían encontrado; viéndolo de esa forma, ninguno se atrevía a comentar nada. No obstante, los dos entendían que era preciso hacerlo, tan solo restaban diez días para la boda y Silvia tenía muy claro que no quería casarse con él. Se dieron un margen de cuatro días; el viernes deberían decírselo sí o sí. No podían esperar al día de antes del enlace, debía haber al menos una semana de por medio para poder anular todo y ocasionar los menores perjuicios en el orgullo de Samuel. Con ese firme compromiso, y suplicando a Dios porque recobrase la salud en esos días y por consiguiente se encontrara más fuerte de ánimo, Silvia y Víctor apartaron el tema; aunque, como era obvio, no fueron capaces de sacarlo de sus mentes.

Nada más terminar de comer, Samuel decidió tumbarse otro rato, esta vez en el *chaise longue* del sofá del salón a escuchar como Silvia le leía un libro. De ese modo pasaron la tarde, hasta que, tras la cena, él decidió marcharse a la cama, y ella, arrastrando el lastre que le suponía su traición, lo acompañó.

Cuando Víctor se encontró solo decidió beber un trago de whisky, necesitaba algo que le hiciera olvidar por un rato. Cogió la botella de Jack Daniel's y llenó medio vaso que se bebió de un trago. Volvió a rellenarlo y de nuevo se bebió el contenido de golpe. Cuando lo llenó por tercera vez decidió sentarse, aunque no pensaba hacerlo solo. Eligió como compañera a la botella, de la cual pensaba dar buena cuenta. Ya en el sofá comenzó a beber el whisky a sorbos en lugar de a tragos, con la intención de alargar el contenido en medio de la marabunta de pensamientos.

Bebiendo el cuarto vaso y, sin apartar de su memoria a Silvia, a Samuel y lamentándose por él mismo, oyó llegar a Filiberto.

—Si no necesita de mis servicios, me retiro, señor —le anunció.

Víctor lo miró con los ojos velados.

—Necesito una cosa —contestó en voz baja, apagada—, pero dudo que tú puedas ayudarme. —Se echó otro trago de whisky.

—También dudo que el alcohol pueda hacerlo —le reprochó Filiberto con incomprensión, observando lo que quedaba de la botella que él mismo había repuesto esa mañana; estaba casi por la mitad.

—No, tampoco puede —convino Víctor—. Aunque intento que me haga olvidar por un momento —declaró muy serio.

—¿Tan grave es, señor? —Se acercó a él.

Víctor siseó airado, sacudiendo una y otra vez la cabeza. De pronto escapó de su boca una risa estridente que le sorprendió, pero al segundo tuvo que asfixiar unas inusuales ganas de llorar. En el tiempo que duraba realizar un simple pestañeo, todo un tsunami de emociones lo sacudió, lo engulló y lo arrastró hasta la orilla de la desolación.

—¿Quieres juzgarlo tú mismo? —Alzó la mirada a Filiberto.

—Sabe que puede contarme lo que quiera, señor. Como siempre, nada de lo que escuche saldrá de mí.

—Lo sé, de eso no me cabe duda —repuso, y calló un segundo—. Me he acostado con Silvia —soltó sin más rodeos. Filiberto hizo intención de abrir la boca, pero Víctor levantó la mano para impedirselo; el hombre guardó silencio y esperó—. Silvia y yo nos hemos acostado en Nueva York, ha sido imposible evitarlo, los dos nos atraíamos mucho.

—Disculpe mi atrevimiento, señor, pero ¿acaso usted ha querido evitarlo en algún momento? —La pregunta era un completo reproche.

—No lo entiendes, Fil —contestó, llamándolo de esa forma más informal que su hermano usaba siempre—. No entiendes que no ha sido la apuesta con Samuel ni una mera aventura, sino unos maravillosos días en los que nos hemos conocido íntimamente y en los que no hemos parado de amarnos. —Volvió a beber un buen trago de whisky—. Me he enamorado de ella. Nos hemos enamorado, Fil. —Le tembló la voz. Filiberto permaneció callado, sabía que Víctor no había terminado, tan solo no sabía cómo seguir, de qué forma desalojar lo que le estaba quemando por dentro—. No quiero perder a esa mujer —continuó después de un breve lapso de tiempo—. Pero ¿cómo se lo digo a Samuel? —preguntó confundido, cargado de ansiedad—. ¿Cómo le digo que la amo? ¿De qué forma le cuento que el contrato se va a la mierda,

que ella no va a casarse con él? Porque ni Silvia quiere ni yo puedo permitirlo; la amo —susurró, y apretó los labios con la intención de contener los sentimientos que lo estaban avasallando sin piedad—. Si ya resultaba difícil pensar en decírselo, cómo lo vamos a hacer ahora estando como está. —Enterró la cara entre las manos y suspiró con vigor. Después, al apartarlas de su rostro, se llenó el vaso de nuevo—. Pero no puedo renunciar a ella —negó con la cabeza—, Silvia está tatuada en mi corazón y no quiero vivir sin su amor —afirmó, y volvió a beber un largo trago de whisky—. Soy consciente de a lo que me enfrento, acepté este reto porque tenía hambre de paz, pero si Samuel no es capaz de ponerse en mi pellejo, mi acto sembrará más guerra, más rencillas, más rivalidad... —Un trago más—. Y ahora, por favor, di algo porque me estoy volviendo loco. —Resopló, con un nudo comprimiéndole las entrañas.

Filiberto, de inmediato, recordó lo que le dijo en el hospital, aquellas palabras sobre que no era bueno jugar con los sentimientos de nadie, y meditó un instante sobre el dolor que todo eso iba a ocasionarles a los tres; uno, como ya le avisó, irreparable. Tuvo la tentación de decirle: «se lo advertí», pero calló al verlo tan abatido, al contemplar al arrepentimiento acomodándose en su gesto. No era cuestión de hacer más leña del árbol caído.

—¿Quiere que le dé un consejo? —preguntó con gravedad.

—Te lo ruego —suplicó, mostrando una mueca de impaciencia que le desfiguró el rostro.

—Señor, en la vida, indiscutiblemente, lo mejor es ir con la verdad por delante; y en su caso, cuanto antes se ponga de manifiesto, mejor para todos —aseguró con firmeza—. Las mentiras hacen daño, laceran de forma irreparable. Aunque la verdad pueda doler, siempre lo hará en menor medida que el engaño. —Asintió sin apartar los ojos de sus retinas—. Y si piensan suspender la boda, deben decírselo a su hermano lo antes posible.

Filiberto se sintió mezquino en cuanto terminó de hablar, no pudo eximirse de la culpa y bajó la cabeza. Pensó que quizá si él hubiera dicho la verdad, si hubiera avisado a Silvia en lugar de callar la situación no habría llegado a tal extremo, no sería tan dañina, no segaría las ilusiones que Samuel había depositado en ese fingido matrimonio ni le haría degustar los sinsabores de su estúpido desafío. Aunque, en honor a la verdad, él mismo se

lo había buscado; pero no Silvia. Eso, en realidad, era lo que le producía el sentimiento de culpabilidad.

—Es cierto, debemos decírselo a la mayor brevedad, será lo mejor para todos —confirmó Víctor pausado, como si por dilatar las palabras se fuera a alargar el tiempo, y volvió a beber—. Pero quiero que sepas una cosa, Fil, y que nunca la pongas en duda —declaró con cierto ahogo en la voz, y se aclaró la garganta antes de proseguir—: Yo quería ganar la apuesta con mi hermano; sí, de acuerdo, pero me he acostado con Silvia porque me siento muy atraído por ella. ¡Dios, la deseaba como a ninguna otra mujer! ¡Solo pensaba en amarla, en estar entre su cuerpo! —Lanzó una gran bocanada de aire que sonó a abatimiento—. Sabía que jugaba con fuego y que esto podía ocurrir, pero no pude evitarlo, o no quise hacerlo. —Las palabras vibraron entre sus labios, corroborando que estaba herido, y tragó saliva en un intento por sofocar su remordimiento—. Pese a todo, no quiero que pienses que lo he hecho para fastidiar a Samuel, te juro que estoy enamorado como jamás lo he estado. Amo a Silvia. La amo por encima de todo. Estando con ella soy feliz. Muy feliz —expresó contundente.

Filiberto captó la sinceridad que abundaba en cada una de las palabras que retumbaban y se desprendían de las cuerdas vocales de Víctor. Lo que empezó siendo un reto más en las vidas de los hermanos lo había cambiado todo al encontrarse con algo que ninguno esperaba: el amor. Y contra el amor no se podía batallar, solo claudicar.

—Señor, hable con su hermano sin mayor demora y dígame cuanto me acaba de decir a mí y de la misma forma, hablando con el corazón —explicó, observando el amor que afloraba de Víctor, y que nunca había visto en él—. Aunque en un principio el señor Samuel pueda molestarse, terminará comprendiéndolo. Y lo hará porque él ha estado enamorado, conoce ese sentimiento y sabe que es imposible luchar contra él. —Asintió de seguido—. Si le cuenta lo que me acaba de revelar a mí, verá lo mismo que acabo de ver yo, que ama a la señorita Silvia.

—¿Tú crees? —preguntó inquieto, instalándose la duda en su expresión.

—Desde luego. Pero pongan fin a la situación sin más dilación. Y, si me permite otro consejo, también deberían poner distancia por un tiempo. Me consta que su hermano ha cogido cariño a la señorita Silvia y al principio le costará asumirlo, más si los tiene que ver aquí a diario; si bien, con el tiempo,

lo terminará aceptando.

La razón de Víctor comenzó a aplaudir las palabras de Filiberto, que, como era habitual en él, siempre sabía aconsejarle cuando lo necesitaba. Aquel hombre era una mezcla de padre y amigo que lo había ayudado mucho en los momentos difíciles de su vida. Aunque, en verdad, no solo lo ayudó a él, sino a los dos, a su hermano también. En realidad tuvo el ingrato papel de estar siempre en medio de ambos, pero él supo, como nadie, actuar de conciliador; y en muchas ocasiones lo logró. Filiberto se convirtió en el adhesivo que nunca les permitió separarse, en la masa que los ensamblaba, en la amalgama que, de forma perpetua, los unió como hermanos.

—Llevas razón, Fil —coincidió Víctor—. Debemos hablar con Samuel cuanto antes y zanjar esto ya. Y una vez hecho, tal y como has dicho, pondremos tierra de por medio. Nos iremos una temporada a Nueva York, al menos hasta que las aguas se calmen.

—Buena decisión —resolvió, viendo a Víctor hacer ademán de rellenarse una vez más el vaso de whisky—. Y ahora, si me lo permite, creo que ya ha bebido bastante por hoy. —Filiberto le retiró la botella y se encaminó a guardarla en el mueble bar—. El alcohol no le va a solucionar el problema, solo usted y la señorita Silvia pueden hacerlo. Háganlo, se lo ruego —le pidió en un tono que insinuaba más mandato que súplica—. Buenas noches, señor.

Apesadumbrado e inquieto por lo que se avecinaba, Filiberto abandonó el salón. Víctor permaneció allí sentado, pensando de qué forma abordar el tema para contarle a Samuel la verdad. Debía hablarlo antes con Silvia, pero mañana era su día libre y no la vería hasta la noche, y no era una cuestión para tratar por teléfono. Decidió que en cuanto llegara, sin más tardanza, se lo comunicaría. Y al día siguiente, y de forma inaplazable, deberían hacérselo saber a Samuel. Ni un día más tarde, ni uno más, le repitió su conciencia durante largo rato.

51

Mirian esperaba en su casa la llegada de Silvia, y lo hacía con ansia. Gracias a Joan, ya tenía parte de la información que necesitaba. Su amigo los había seguido desde el aeropuerto hasta la exclusiva zona Diagonal Mar, donde ambos, con el portero del edificio cargando con sus maletas, habían subido al ático. Allí vivían los hermanos Alvarado Gray: Víctor y Samuel, información que Joan había obtenido del propio portero usando una excusa absurda; ahora bien, con cuál de los dos estaba su hermana aún era una incógnita, pero con el plan que Mirian había tramado, esperaba descubrirlo.

Silvia entró en su piso de la Barceloneta cerca de las diez de la mañana y se sorprendió al encontrarse a Mirian en el salón. Normalmente, cuando llegaba aún estaba en la cama o, como mucho, empezaba a salir de ella. Pero ahora estaba sentada en el sofá, y parecía que aguardándola.

—Buenos días, Mirian, qué madrugadora, ¿no?

—Dicen que a quien madruga Dios lo ayuda. —Sonrió con descaro.

—¡Vaya, me dejas sin palabras! —exclamó, acercándose a ella, y le dio un beso.

—La que cada día me deja a mí sin palabras eres tú, Silvia.

—¿Yo? —preguntó desorientada.

—Sí, tú, hermanita —contestó con acritud.

—¡Eh, no me gusta ese tono!

—Ni a mí pasar dificultades mientras veo lo bien que tú vives. —Se levantó y se puso frente a ella, con cara de desafío.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Silvia algo temerosa.

—Que no sé en qué hostias estás metida en realidad o en qué consiste tu trabajo, pero es innegable tu tufo a dinero. Lo dice tu ropa, tu pelo, tus uñas, tu perfume... Joder, Silvia, ¿a quién te estás follando? ¿A un tío forrado de pasta? —Alzó la voz.

—¡Cómo! —Silvia se quedó boquiabierta, hasta el corazón se le paró por unos segundos.

—¡No me tomes por tonta, coño! —gritó—. Ya sé que aquí tú eres la lista y yo la ignorante, pero no te confundas, no lo soy hasta el punto de ser gilipollas —escupió con rabia.

—Yo no te he dicho nunca que seas así, tan solo algo descerebrada y una gran egoísta —chilló ella también, atacándola para defenderse—. Todo esto que ves son regalos de la amable señora para la que trabajo, ya te lo he dicho. Me tiene mucho cariño y es muy generosa. —Trató de parecer creíble.

—¡Ja! —Mirian le hizo un buen corte de manga—. ¡Y una mierda! Para ya tu sarta de mentiras.

Silvia, nerviosa aunque disimulándolo, iba a cargar contra su hermana cuando el timbre de la puerta sonó con insistencia.

—Ve a abrir —le exigió Mirian—, seguro que es tu amiguita y compinche —dijo malhumorada.

Callando la boca, Silvia se fue hacia la puerta soportando idéntica cantidad de preocupación y temor. Parecía que había subestimado a su hermana, Mirian no era tan tonta como aparentaba. Lara, sonriente, apareció al otro lado y, sin meditarlo un segundo, se lanzó a los brazos de su amiga, feliz de verla. Sin embargo, al estrecharla contra su cuerpo notó que estaba temblando.

—¡Eh! ¿Qué te ocurre, florecilla? —interpeló preocupada.

—Nada —contestó Silvia en voz queda, cerrando.

—No me digas que no te sucede nada porque sabes que no es cierto, estás temblando, y tu cara está seria y pálida.

Silvia puso su dedo índice en los labios, pidiéndole silencio. Lara, rápida en sacar conclusiones, dedujo de inmediato el problema: Mirian. Caminando unos pocos pasos, los justos para visualizar el salón, la vio al fondo, y por su gesto de envanecimiento parecía estar muy crecida. Ni corta ni perezosa, caminó veloz hacia ella. Silvia no pudo detenerla.

—¿Qué coño le has hecho a tu hermana? —interpeló Lara, cabreada.

—Esta vez yo no le he hecho nada, sino al revés, ella es la que me está ocultando cosas a mí y no entiendo por qué —respondió estirando su orgullo—. Aunque tú lo sabrás todo, como de costumbre, ¿a que sí? Tú sí sabrás en qué trabajo anda metida.

Lara calló debido a la sorpresa que le provocó la noticia, pero su mudez duró un simple pestañeo.

—Pues claro que lo sé —contestó con absoluto convencimiento, fingiendo a la perfección, pensando que Mirian no podía haberse enterado de nada—. Trabaja de interna en Lloret de Mar, en casa de una pareja de jubilados alemanes que la aprecian como a una hija.

—¡Oh, oh, Lara! —canturreó el sarcasmo de Mirian, que sonreía de forma cínica—. O eres una ingenua o mientes tan bien como mi hermana. Y apuesto todo lo que tengo por lo segundo. —Asintió sin borrar la sonrisa—. Pero está bien, seguid tomándome las dos por tonta, ya conseguiré yo enterarme de la verdad. Y entonces, cuando lo haga, veremos quién se ríe de quién.

—¿Es una amenaza? —preguntó Lara a la defensiva.

—Tan solo una advertencia. —Mirian no dejaba de observarlas.

—¿Así me agradeces cuanto hago por ti? —le reprochó Silvia, aniquilándola con los ojos.

—¿Y se puede saber qué haces tú por mí? —demandó con desdén.

—¿Qué? ¿Estás de broma? —Silvia se quedó patidifusa con sus palabras y el tono empleado, aunque reaccionó rápido—. Todo lo que hago y he hecho ha sido por ti, desagradecida —anunció furiosa, pronunciando la última palabra con énfasis.

—No se te ocurra darle ni una explicación más a esta egoísta de mierda, Silvi —le aconsejó Lara—. Y tú —se dirigió a Mirian—, haz el favor de marcharte de aquí antes de que te suelte una hostia y te lleve yo misma de los pelos a la calle, sinvergüenza —manifestó con violencia.

—No te preocupes, me marchaba ya. Tengo muchas cosas que hacer hoy, no os podéis imaginar cuántas —advirtió en tono mordaz, cogiendo el bolso—. Que os lo paséis muy bien.

Mirian abandonó el salón y se dirigió a la salida. Se escuchó como se abría la puerta y después un portazo. Parecía que se había marchado, pero, usando su interesada astucia, lo simuló y permaneció escondida donde nadie podría verla, lo bastante cerca para escuchar lo que hablaran Lara y su hermana. Ella ya había calentado el ambiente para que sus bocas se soltaran.

—¡Qué hija de puta es tu hermana! —escupió Lara nada más oír el portazo—. Me dan unas ganas de estrangularla... ¡Buf! —Sopló enfurecida.

—Desde luego, es más lista de lo que yo creía. Está sospechando de mi trabajo, y como se entere la vamos a liar. —Resopló sujetándose las sienes—. Era lo que me faltaba, la madre que la parió, la muy necia siempre me complica la vida. ¡Dios, Dios, Dios! —Elevó la voz.

—¡Eh, tranquila, flor! —expresó con calma, viéndola tan furiosa—. Puede que nos haya sorprendido, pero tu hermana no es tan lista para deducir todo lo que esconde tu trabajo. Nunca se enterará, nadie más que yo lo sabe y no he abierto la boca.

—Ya sé que tú no has dicho nada a nadie. Eso no se me pasaría nunca por la cabeza. Mirian sospecha por mi cambio de aspecto: la ropa, la peluquería, todo eso. No se cree que me lo esté pagando la generosa y ficticia señora para la que yo le he hecho creer que trabajo, piensa que estoy liada con un tío. Uno con pasta.

—¡Qué astuta, la muy golfa! —espetó con los ojos como platos—. ¿Cómo lo habrá supuesto? Aunque esa no es la auténtica verdad. Estás liada con un tío forrado de dinero, pero liada solo en apariencia, aclaremos.

Silvia guardó unos segundos de silencio antes de hacer su confesión.

—Liada en apariencia con uno, y con otro en realidad —reveló, sentándose en el sofá de golpe.

—¡Cómo! ¿Qué has dicho? —gritó Lara.

—Lo que has oído. Me he acostado con Víctor.

—¡¡¡Joder!!! —masticó la palabra—. Si ya lo presentía yo. Sabía que el viaje a Nueva York no iba a acarrear nada bueno. —Se cruzó de brazos, en postura de reproche y reprobación, mientras meditaba un instante—. ¿Y ahora qué? —inquirió con desazón.

Silvia emitió un fuerte suspiro y, aclarándose la voz antes, le respondió:

—Ahora estoy enamorada de Víctor hasta la médula y no me puedo casar con Samuel. —Sacudió la cabeza—. Ahora tendré que apechugar con las consecuencias de haber incumplido el contrato, la cláusula que exigía celibato. Y lo he hecho con su hermano, y encima me he enamorado de él. —Sopló con angustia a la vez que aliviada, una extraña combinación de

sentimientos, de sensaciones, y recostó la cabeza en el respaldo del sofá sin dejar de mirar a Lara, que se había quedado muda—. Ahora he perdido la indecente cantidad de dinero que iba a percibir por casarme con Samuel, la remuneración económica que sería mi salvavidas. Pero el corazón no atiende a ese tipo de preceptos cuando late a ritmo desmedido por alguien. Y Víctor pone mi corazón a mil; lo amo, y él a mí también —aseguró sin dejar de asentir—. Luché porque no sucediera, lo juro, aunque fue imposible, Lara, los dos lo deseábamos con fuerza. Han sido unos días maravillosos, pero ahora viene lo difícil: debemos hablar con Samuel y contarle la verdad.

Mirian, que seguía escuchando escondida, se sintió muy feliz con aquellas confesiones que le habían permitido despejar sus incógnitas y comenzó a frotarse las manos con avaricia. Había olvidado los insultos que inicialmente le habían dedicado y que le habían hecho cabrearse. Había ignorado todo para concentrarse solo en una cosa: qué precio tendría esa información.

Los ojos de Lara examinaron a Silvia y terminaron haciendo un juicio indulgente, exento de condena. Contemplándola de forma cariñosa, terminó mostrándole un gesto de apoyo. Ella también sabía que no se podía luchar contra el amor, aunque, asimismo, entendía que la situación de Silvia no era nada fácil. No obstante, debía intentarlo. Nunca se tiraba la toalla hasta que no quedaba más opción.

—Mira, Silvi, flor, yo creo que las cosas suceden porque son nuestro destino, no por casualidad. Dime si no. Tu destino era conocer a Víctor, tu amor, pero, de no ser por Samuel, su anuncio y ese contrato, jamás lo hubieras conocido —expresó segura—. Porque, desde luego, no creo que Víctor frecuente la Barceloneta ni sus bares de copas —bromeó.

Silvia calló unos segundos.

—Quizá lleves razón y Samuel haya sido el hilo conductor que me ha llevado a conocer al hombre de mi vida. Pero me siento tan mal cada vez que pienso en contarle la verdad que en ocasiones me planteo callar, casarme con él y acabar el contrato —afirmó con los ojos vidriosos—. Luego Víctor y yo podríamos retomar lo nuestro.

Mirian creyó haber oído suficiente; ya disponía de bastante información, más de la que hubiera imaginado, y era el momento de usarla sin dilación. Y ya sabía quién la iba a ayudar. Con mucho cuidado para no hacer ruido, abrió

la puerta, salió y la cerró con suavidad. Bajó las escaleras llena de felicidad y llamó a Joan, su cómplice; no había tiempo que perder.

Tras escuchar a Silvia, Lara la miró aturdida. No podía comprender lo que acababa de decir, ni que hubiera pensado por un segundo en mentir de aquella forma tan flagrante que causaría un daño irreparable en los tres.

Al ver la cara de desaprobación que Lara mostraba por instantes, una que no paraba de juzgarla, Silvia habló:

—¿Qué? ¡Dilo! Tus ojos ya lo están gritando, Lara.

—No puedes hablar en serio —enunció con gravedad.

—Pues claro que no. Lo he pensado, pero jamás lo haría, no podría. Bastante mal lo estoy pasando, casi no puedo mirarlo a la cara por lo traidora que me siento, como para cargar con ello durante un año. Pero tengo tanto miedo...—Emitió un suspiro atribulado.

Lara se sentó a su lado, le cogió las manos y le dijo:

—Silvi, cariño, te voy a recordar algo que mi madre dice sobre el miedo y la vergüenza, que eran verdes y se las comió un burro. —Torció una sonrisa—. No importa que te dé miedo hacerlo, pero hazlo igualmente. Nunca te cierres las posibilidades, por muy temerosas que resulten, amiga.

—Es cierto, lo sé —admitió al borde del llanto—. Esta semana hablaremos sin falta con él, debemos hacerlo. Solo espero que esté un poco mejor, Samuel no está bien desde que tuvo la crisis.

—¡Vaya por Dios! Entonces cruzaremos los dedos por que mejore rápido, no puedes decírselo el día de la boda.

—No, desde luego. —Calló, meditabunda.

—¿Y ahora qué piensas?

—En que vaya aterrizaje he tenido; Samuel no está en las mejores condiciones y Mirian sospecha de mi trabajo. Si lo sé me quedo en Nueva York, a seis mil doscientos kilómetros de los problemas.

Sonriendo, Lara le soltó un codazo.

—Y hablando de Nueva York, ¿qué tal te lo has pasado con Víctor? ¿Te ha elevado a seis mil doscientos kilómetros o te ha hecho alcanzar la luna? Y quiero todos los detalles. Todos, todos —subrayó, sonriendo de forma pícaro. Silvia no pudo contener la sonrisa y al final ambas se echaron a reír.

Mirian llegó al ático de los hermanos Alvarado y llamó a la puerta. Segundos después, Filiberto le abrió y contempló a una joven y bella mujer con una deslumbrante sonrisa y una vestimenta un poco inapropiada, demasiado escasa para su gusto. Con su habitual educación, el hombre le preguntó quién era y qué quería. Mirian solicitó hablar con Samuel Alvarado Gray porque tenía que decirle algo muy importante. Filiberto insistió en saber quién era, algo que ella no quería revelar salvo al propio Samuel. En medio del intercambio de palabras, las peticiones de uno y las súplicas de otra, Samuel llegó hasta el lugar de donde procedían las voces.

—¿Qué ocurre? —interpeló turbado.

Filiberto volteó la cabeza de inmediato, y Mirian se quedó impactada al ver a un guapo hombre sentado en una silla de ruedas.

—¿Tú eres Samuel Alvarado Gray?

—Sí, el mismo. ¿Y tú quién eres? ¿Nos conocemos?

—No, pero seguro que te interesará oír lo que tengo que contarte. Déjame pasar y hablemos.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre.

—Me llamo Mirian —respondió, mostrando una leve sonrisa.

—¿Y de qué quieres que hablemos, Mirian? —Le dio un repaso visual de arriba abajo, era una mujer bastante guapa, aunque la ropa que lucía le hacía parecer una furcia.

—De Silvia, soy su hermana —reveló al fin, dejando a Filiberto y Samuel mudos—. Tengo algo muy importante que decirte, y después de escucharme me lo agradecerás.

Después de que Filiberto acompañara a Mirian a la salida, Samuel no pudo disimular más su perplejidad. Digiriendo cuanto había escuchado y sucedido, se quedó turbado. No entendía qué estaba pasando, por qué su hermano se había callado el hecho de haberse acostado con Silvia si eso le daba la victoria; era el ganador de la apuesta. El silencio de Víctor no paraba de carcomer a Samuel, que, de forma insistente, se preguntaba a qué se debía. ¿Por qué no se lo había restregado ya? ¿Por qué la dilatación? ¿Qué estaba pasando? Sintió que las tripas le escocían con las preguntas, cada demanda fue como echar agua hirviendo en cada una de sus vísceras. Si bien debía reconocer que lo que más le había irritado era la actuación de Silvia. Ella lo había traicionado. Había llevado a cabo un acto que él no esperaba, que le había cogido con la guardia bajada y, por lo tanto, sorprendido de forma bárbara. Él la tenía por una mujer de palabra, se fiaba de ella, siempre habría estado seguro de su lealtad, le parecía una persona íntegra. Justo por esas cualidades, de darse un hipotético caso de incumplimiento del contrato, también confiaba en su honradez y sinceridad para comunicárselo. Además, él creía que Silvia lo apreciaba, aunque, visto lo visto, tenía la impresión de haberse equivocado de pleno.

Samuel estaba desconcertado en extremo. No comprendía ni la actuación de Víctor ni la de Silvia. No comprendía nada. Nada de nada. Solo entendía, por el dolor que supuraba su amor propio, que Silvia acababa de fracturar su confianza; en realidad, la había hecho añicos. El dolor que le provocó su deslealtad no solo le entristeció, también le enrabetó; tanto, que le hizo chillar. Samuel dejó escapar por sus cuerdas vocales todos los agresivos sentimientos que le corroían, y de la misma rabia lloró. Permitió que unas lágrimas cargadas de resquemor abandonaran sus ojos y se deslizasen por sus demacradas mejillas. Limpiándoselas con urgencia, miró el reloj. Aún no era ni la una del mediodía, quedaban muchas horas hasta la noche, hasta que Silvia regresara, y él sentía la imperiosa necesidad de hablar con ella. Requería una explicación para saber qué había sucedido, qué ocurría ahora, qué iba a pasar después... Pero que lo hiciera, que confesara su pecado, su incumplimiento.

Mientras proseguía meditando trajo al recuerdo las últimas palabras que le dijo Víctor antes de partir a Nueva York con ella: «Nos estás arrastrando a los brazos del otro y pretendes que no ocurra nada, estás más loco de lo que a veces pienso. Deberías saber que a la pasión no se le puede poner barreras, recuérdalo cuando vuelva diciéndote que me he acostado con Silvia y he ganado la apuesta». En ese instante, Samuel se dio perfecta cuenta de que él mismo había forzado la situación, había sido el instigador para que ambos acabaran en la cama. Había hostigado a su hermano con una campaña de acoso y derribo que había terminado dando unos frutos que no deseaba ni imaginaba probar. Pero había sucedido, se habían acostado, y ninguno de ellos se lo había contado. Se había enterado por una extraña que lo único que pretendía era sacarle dinero por dicha información, además de por guardar silencio. Silencio. Eso precisamente era lo que no podía entender, y lo que le malhumoraba; el silencio de su hermano, el de Silvia. Con esa insistencia en el tema, no paraba de machacarse la mente con las mismas cuestiones: ¿Acaso pensaban ocultárselo? ¿No iban a decirle nada? ¿Habrían decidido seguir viéndose a sus espaldas? ¿Eso querían? ¿Querían convertirse en un trío bajo su ignorancia? Un trío. Con esa palabra retumbando en su sesera le asaltó un escalofrío. Odiaba esa composición. Un trío se componía de tres, era un número impar, y, como a cualquier impar, lo detestaba, aunque a ese con mayor ahínco. Toda su vida, desde que tuvo uso de razón, su familia se compuso de tres miembros: su padre, hermano y él componían un trío. De ahí su aversión al tres y, por consecuencia, a todos los números impares.

Con todo ese caos rigiendo su cerebro, sin entender el mutuo mutismo, o, de forma inconsciente, sin querer comprenderlo por lo que pudiera implicar, Samuel reflexionó profundamente. Precisamente por ser el promotor de la maniobra de seducción, también estaba en la obligación de ser indulgente. Debía perdonar. Debía perdonar a Silvia. Debía hacerlo y seguir como si no hubiera ocurrido nada entre su hermano y ella. Lo haría de cumplirse una condición indispensable para él: siempre y cuando Silvia, siendo una mujer con principios, como él consideraba, se lo contase y no se lo ocultara. Solo de ese modo podría hacer borrón y cuenta nueva por su papel de alcahuete, una actuación que jamás pensó que llegaría a tal fin. Estaba decidido, esa noche, cuando Silvia llegara a casa, le daría la oportunidad de confesarse.

Teniendo encauzada a una de las partes, Samuel siguió pensando en la otra. Podía comprender, aunque no compartir, los motivos por parte de Silvia

para guardar silencio, pero seguía sin entender la mudez de Víctor. Era el ganador de la batalla y aún no se lo había dicho, ¿qué ocurría? ¿Dónde estaba el problema? Su comportamiento era ilógico. De estar él en su lugar, ya lo habría hecho. Es más, le habría faltado tiempo para escupírselo, igual hasta se lo habría contado desde la cama, nada más acabar de acostarse con Silvia y proclamarse ganador de la apuesta. Sin embargo, Víctor no era como él, no actuaba de la misma forma; lo sabía. Su hermano solo se lo diría cara a cara, pero ni así lo había hecho. Era muy extraño. Mucho. Porque su silencio implicaba más que una omisión de la noticia, no daba pie a la condición ligada, a lo que más deseaba Víctor: la resolución del reto. Un acto que irremediablemente llevaría a Samuel a cumplir con su palabra: enterrar el hacha de guerra con su hermano de una vez y para siempre. Ese mutismo le resultaba tan incomprensible que ya no sabía ni qué pensar; ansiaba recibir explicaciones.

Las horas pasaron lentas, demasiado para la paciencia de Samuel. Las agujas del reloj parecían anquilosadas, o al menos esa era la impresión que él tenía y, por deducción, se inclinó a pensar que el tiempo no corría. Fueron unas horas que se le hicieron meses, años; lo llevaron al borde de la desesperación. Durante esa larga espera no dejó de meditar, de reflexionar, de barajar hipótesis, de cambiar de idea... Las horas iban dando y quitando razones a todos sus argumentos, creyó volverse loco de incomprensión.

Por fin, cuando el reloj estaba a punto de dar las nueve de la noche, escuchó llegar a Silvia. Rauda, salió a su encuentro y la esperó en el pasillo, frente a la puerta del salón, donde había permanecido toda la tarde junto a sus machacantes pensamientos, que lo habían terminado aplastando.

—Buenas noches, Samuel, me alegro de verte despierto.

—El que se alegra de verte soy yo, no puedes imaginarte cuánto —admitió adusto.

—¿Y eso? —preguntó un poco tensa; la cara y el tono de Samuel no le gustaron.

—Porque como no me he encontrado bien apenas hemos hablado de tu viaje a Nueva York. Pero hoy estoy mejor. Hoy tengo muchas ganas de que me lo cuentes todo. Todo —recalcó.

Silvia no sabía de qué forma interpretar el enfático «todo» que acababa de pronunciar Samuel, si con arreglo al sentido estricto de la palabra o como

le daba la impresión que sonaba: pidiéndole que confesara la verdad.

—Vale, como quieras —expresó con acatamiento.

—Anda, pasemos al salón y charlemos un rato —anunció Samuel, entrando mientras ella iba detrás de él—. ¿Quieres tomar algo?

—No gracias, no me apetece nada —aseveró cautelosa.

—Está bien, entonces beberé solo.

Samuel sacó la botella de Jack Daniel's, cogió un vaso y lo llenó hasta casi la mitad.

—No debes beber, Samuel, con tu medicación no puedes tomar alcohol —le recordó Silvia.

—Bueno, no creo que pase nada por un vasito. Hay cosas peores que el alcohol y que pueden hacer más daño, te lo aseguro —resolvió con sequedad.

El tono que empleaba Samuel era cada vez más áspero, y a Silvia no le gustó nada. Con presteza, se preguntó si sospechaba algo de lo ocurrido en Nueva York o si Víctor habría hablado con él y tan solo esperaba su reacción, su testimonio.

—En fin, empieza a contarme qué tal te lo has pasado en la ciudad de los rascacielos y qué has visto y hecho. —Bebió un sorbo de whisky y posó su mirada en ella, esperando a que hablara.

—Han sido unos días maravillosos, Nueva York es una ciudad increíble —respondió, notando unas brucas sacudidas por las vísceras; los agresivos nervios la habían poseído—. He visto todo lo que debía ver, incluida la compañía, como ya te dije por teléfono. La verdad es que vengo alucinada. —No mostró ninguna emoción en sus palabras.

—Vaya, parece que no lo dices muy entusiasmada —comentó, y echó otro trago—. Espero que mi hermano no te haya aburrido durante esos días. Él no es como yo, es un muermo.

—Sois distintos, sí —admitió, aunque sin entrar en ningún detalle.

—Espero que haya sido capaz de mostrarte la noche neoyorquina. La vida nocturna en Manhattan es una pasada. —Asintió.

—Sí, salimos una noche al 230 Fifth —confirmó—. Las vistas de la ciudad desde allí son increíbles.

—Y sus cócteles magníficos —añadió Samuel—. Aunque se suben rápido a la cabeza; espero que no te emborracharas. —Estiró de forma leve los labios, a la par que notó un fuego interno abrasándolo. ¿Era dolor? No. En esta ocasión no lo era. Si había que llamar a las cosas por su nombre, sabía que la palabra adecuada para denominarlo era *indignación*.

Silvia no podía más. Aguantar el peso de la mentira la estaba ahogando. Se sentía miserable callando, omitiéndole a Samuel lo que era inevitable hacerle saber más pronto que tarde. No quería silenciarlo más. Ya no soportaba la terrible sensación de agobio que la oprimía y asfixiaba.

—No, no me emborraché. —Hizo una pausa para tomar aire, acababa de decidir que era el momento de revelar la verdad—. Pero, verás, Samuel, en Nueva York ocurrió algo.

—¿Algo? —preguntó haciéndose el ingenuo.

—Sí, algo que cambió todo para mí. —Asintió. En su interior, la inquietud y el temor hacían equilibrios con la alarmada ansiedad de quien está a punto de confesar un terrible e hiriente secreto.

—¿El qué? —interpeló él, imaginando que estaba a punto de oír la confesión de Silvia, las palabras que le harían ganar su perdón.

—Te pido que no me interrumpas y me dejes contártelo de seguido, por favor —sugirió ella en una súplica, antes de arrancarse a hablar—. Luego, cuando acabe, podrás decirme lo que quieras.

—De acuerdo, habla —le pidió Samuel.

—Víctor y yo nos hemos acostado —soltó a bocajarro, sin paños calientes, sin dar digresión al asunto—. No sé cómo ocurrió, pero sucedió, y no ha sido una sola vez, no ha sido algo puntual o aislado —comentó de forma atropellada, tomando una rápida bocanada de aire para poder continuar—. Te he traicionado, he incumplido el contrato y el matrimonio debe anularse. Lo siento. Lo siento mucho, de veras. Te pagaré la parte correspondiente como penalización por incumplimiento de cláusulas —concluyó entristecida, temerosa y descorazonada.

Samuel sintió una extraña y confusa combinación de rabia y pena. Una parte de él se sentía enojado con la confirmación de la traición; la otra, sin embargo, quería aliviar el desaliento que imperaba en Silvia.

—Bueno, es algo que ya sabía —confesó, para asombro de ella, que lo

observó perpleja, dando por hecho que Víctor se le había adelantado—. Solo quería saber si me lo ibas a decir y, aunque has tardado un par de días, lo has hecho y es lo que cuenta.

—Perdóname por no haberlo hecho antes, Samuel, no me vi con fuerzas. O no te vi a ti con fuerzas de oírlo —aclaró con pesar—. Pero desde luego que pensaba contártelo; de hecho, me estaba carcomiendo y volviéndome loca.

—Me reconforta saber que no pensabas ocultármelo, de verdad. Sin embargo, como es obvio, esto supone un cambio. Comprendo que eres joven y tienes necesidad de sexo, pero...

—No solo ha sido sexo; estoy enamorada de Víctor —contestó sin dudar, con rapidez, cortando la explicación de Samuel—. Ambos nos hemos enamorado, por eso no puedo casarme contigo.

—¡¡¡Cómo!!! —exclamó él, estupefacto, contemplándola boquiabierto.

—Que debemos anular la boda cuanto antes, Samuel —advirtió, e hizo una brevísima pausa—. Lo siento mucho, de verdad. Quiero que sepas que te aprecio y te tengo cariño, pero no puedo luchar contra lo que siento, contra el amor.

Samuel cerró la boca y zarandeó repetidas veces la cabeza. En un segundo, su cara se tiñó de sarcasmo.

—De verdad que te creía más sensata y menos ignorante, Silvia —enunció incisivo—. Sensata para no incumplir el contrato por un simple polvo. Porque eso es lo que ha habido entre Víctor y tú; un polvo, o unos meros polvos —declaró con una crueldad liberadora.

Silvia lo observó destilando un desconcierto humillante.

—Te estás equivocando, Samuel; estamos enamorados. Tu hermano y yo nos hemos enamorado —subrayó—. Por eso he incumplido el contrato, porque el amor no atiende a razones, solo a impulsos.

—Ves como eres una ignorante —siseó con rabia. Silvia se sintió atacada con su actitud.

—¿Y tú qué sabrás? —escupió con malhumor.

—Sé que Víctor no se ha enamorado de ti. Tan solo se ha acostado contigo por un reto que hicimos —reveló gustoso.

—¿¿¿Un reto??? —preguntó Silvia chillando. Las palabras resonaron con fuerza en la estancia, con la misma violencia que el restallar de un látigo. Incluso, y pese a no encontrarse cerca del lugar, llegaron a oídos de Filiberto, que, preocupado, se apresuró a conocer el motivo de las voces. Tenía el presentimiento de que la visita de Mirian había desvelado algo inapropiado y, en consecuencia, había desencadenado los gritos.

—Sí, un reto —contestó Samuel, asomando su arrogancia. La inesperada y reiterada declaración dejó a Silvia desencajada, aturdida, desorientada...—. Mi hermano me desafió, me dijo que tú solo me aprecias y eras simpática conmigo por el dinero que te pago. Aseguró que, si durante el tiempo de duración del contrato, se cruzara un hombre en tu vida que despertara tus sentimientos, me engañarías. —Silvia lo miró sin dar crédito; y Samuel siguió—: Me dijo, con mucho orgullo, que el amor está por encima de cualquier precio, por alto que fuera. Le comenté que entre tú y yo empezaba a haber algo más que lo establecido en un contrato, que afloraban sentimientos de aprecio y cariño. Insistió en que tú estabas conmigo por lo que estabas, porque era un trabajo bien remunerado, pero que nunca llegarías a sentir algo por mí, dejando entrever que mi estado de salud —señaló la silla de ruedas— sería un obstáculo para ti. ¿Qué quieres que te diga? Me jodió. —Alzó la voz. Ella proseguía azorada con todo lo que estaba oyendo—. Le pedí a Víctor que me lo demostrara; que te sedujera, te enamorara y se acostara contigo. Le pedí que probara cuanto decía obligándote a incumplir el contrato. —La miró impertérrito—. Y aceptó —añadió satisfecho—. Es más, mi hermano me aseguró que antes de la boda te tendría en su cama volviéndote loca de placer. —Sonrió. El gesto se lo otorgó la felicidad de haber sido lacerante con lo manifestado.

Silvia tuvo que sentarse, no podía sostener el peso con el que su cuerpo acababa de cargarse. El atroz dolor que su corazón soportaba estaba a punto de rompérselo. La confesión de Samuel retumbaba en su cerebro una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez... Cada palabra le desgarró el alma como si fueran dientes finos, incisivos y cortantes que hacían jirones su ser. Se quedó tan impactada que enmudeció, no podía verbalizar nada, los vocablos se escurrían hasta el fondo del estómago como una pesada bola.

—¿Lo comprendes ahora, Silvia? —Suspiró con vigor—. Parece que tú te has enamorado de Víctor, pero, desde luego, mi hermano no lo está de ti. Todo lo que has vivido con él ha sido una fantasía, su estrategia para llevarte

a la cama y proclamarse ganador del reto —concluyó sin dejar de observar su falta de respuesta, parecía estar ida—. Y ¿sabes una cosa más?, tengo la impresión de que mi hermano no quiere darme las acciones que pusimos como precio a la apuesta, porque él aún no ha sido capaz de decirme una sola palabra de todo esto —expresó con malhumor.

—¡¡¡Cómo!!! ¿Que él no te lo ha dicho? —pronunció por fin, perdida por completo—. Entonces, ¿quién? —inquirió veloz.

—No, no me he enterado por Víctor. —Negó con la cabeza—. Me lo ha contado una mujer que ha venido hoy a visitarme. Creo que tú la conoces, se llama Mirian y dice ser tu hermana —reveló, cubierto de impasibilidad.

Silvia recibió la impensable noticia como si fuera un golpe brusco con la mano abierta que no solo la dejó impactada, sino que prácticamente la hizo perder el sentido. Aturdida, de nuevo no era capaz de articular palabra. Filiberto, quien no se había atrevido a pasar ni pensaba hacerlo, pues sabía que esas cuestiones no eran de su incumbencia, decidió que tampoco podía seguir escuchando más; aquello era más hiriente de lo que él había calibrado. Cabizbajo, con paso lento y con el alma agitada por pensar en el dolor que se le había ocasionado a Silvia y que no merecía, se marchó a su dormitorio acongojado.

—¿¿¿Mi hermana??? —interpeló reaccionando—. ¿Mi hermana te lo ha contado? ¿Ha estado aquí? —insistió llena angustia, incredulidad, rabia... La acerba presión le fragmentó el corazón con sus altos decibelios.

—Exacto —respondió categórico—. Me lo ha contado, y he podido comprobar la joyita que tienes como pariente directa, porque no se ha ido de aquí hasta sacar un buen pellizco económico —enunció sulfurado—. Ahora, avisada está, y espero que no se le vuelva a ocurrir soltar la boca si no quiere lamentarlo de por vida —expresó amenazante—. Te recuerdo que firmaste una cláusula de confidencialidad y tú misma me dijiste que tu hermana no sabía nada de todo esto.

—Yo no se lo he contado, no sé cómo ha podido enterarse —respondió aturdida, elevando la voz. Aunque al segundo lo supuso—. ¡Oh, esa zángana mentecata ha debido de espíarme mientras hablaba con Lara! —gritó enfurecida.

Considerar ese acto tan desvergonzado por parte de su hermana fue el detonante que hizo explotar a Silvia. Entremedias de las peores maldiciones e

imprecaciones que jamás habría imaginado soltar por la boca, que eran capaces de dañar los tímpanos hasta taladrarlos, estalló a llorar. En ese momento, en el que creyó volverse loca por tanto dolor, escuchó llegar a alguien al salón; era Víctor. Víctor con cara de incompreensión, aturdido por oír sus violentas palabras y su desgarrador llanto. Veloz, y arrastrando la pesada losa de la traición, Silvia se acercó a él sin dar crédito aún a cuanto estaba sucediendo.

—¿Te acostaste conmigo para ganar un reto con Samuel? —gritó enfurecida, desencajada.

Víctor se quedó mudo, aterrado al verse descubierto. Su mirada se volvió huidiza, quería escabullirse de los ojos acusadores de Silvia, que con rabia pugnaban por una respuesta.

—No lo niegues, hermano, lo sabe todo —añadió Samuel con calma.

—¿Cómo has podido, cabrón? —vociferó, rasguñándose las cuerdas vocales por la fuerte entonación.

—Escúchame —alegó Víctor dirigiéndose a Silvia—, eso fue así en un principio, pero luego...

—¡Maldito bastardo! —sentenció, interrumpiéndolo y clavándole sus ojos negros como si fueran espadas, traspasándole el alma con ellos sin ningún tipo de piedad. No dudó un segundo en cargar su mano con el enérgico dolor que la invadía y le soltó un vigoroso bofetón que le ladeó la cara. En ese instante, la ira y la laceración se tambaleaban sobre los pedazos de su corazón, haciendo oscilar en su cabeza la misma cuestión una y otra vez: ¿cuánto le había engañado el hombre del que se había enamorado?—. ¡Hijo de puta! —espetó con una amalgama de desazón y decepción.

—Silvia, déjame que te explique, por favor —suplicó Víctor con urgencia, sin camuflar el miedo que imperaba en él.

—Ni se te ocurra decirme una sola palabra, malnacido —escupió con amargura, ensamblando con rapidez los pensamientos en su mente—. ¡Ahora lo entiendo todo! —Se llevó las manos a la cabeza, fuera de sí—. Los dos habéis jugado conmigo desde el principio —aclaró, mirándolos. Samuel se acercó a ellos negando repetidas veces—. Sí, claro que sí —insistió con una rabia descomunal, que no paraba de pujar ante la comprensión de los hechos—. Por eso incluisteis la dichosa cláusula en el contrato, para que el reto

fuera aún mayor.

Las voces de Samuel y Víctor se pisaron la una a la otra para negar tal acusación. Samuel no dejaba de repetir que ellos no eran tan retorcidos; Víctor suplicaba a Silvia que le dejara explicarse.

—¡¡¡Callaos!!! —chilló con estridencia.

—No pienso callarme, no voy a dejar que me acuses de algo que no es cierto —advirtió Samuel muy digno.

El enfebrecido ímpetu de Silvia también le soltó a él otro bofetón que lo dejó aturdido.

—Y por eso insististe tanto en que me fuera a Nueva York con Víctor, ¿eh? —preguntó, agujereándolo con la mirada. Samuel no abrió la boca, tan solo miró a Silvia con la mano posada en la mejilla que le acababa de palmear—. Todo ha sido un maldito juego; y yo, vuestro juguete. —Turnó la vista, puntiaguda como una lanza, entre los dos.

—Eso fue idea de Samuel, no mía —se defendió Víctor—. Yo pensaba abandonar el reto porque sabía que me gustabas. Lo que ha ocurrido entre nosotros es verdadero, Silvia —anunció con ansiedad.

—¿Os habéis reído bastante de mí o todavía no? ¿Os lo habéis pasado bien jugando con mis sentimientos? —Los observó con desprecio, ignorando cuanto Víctor había dicho—. Pues quiero que sepáis que solo sois dos niños ricos malcriados que quisisteis comprar a una muerta de hambre para demostraros a vosotros mismos quién la tiene más larga. He sido una ingenua, una estúpida, toda una ilusa —admitió furibunda, estirándose de su larga melena morena—. Os he regalado mi corazón y vosotros lo habéis acuchillado sin piedad. ¡Qué imbécil he sido! —se regañó a sí misma, gesticulando una mueca a medio camino entre la furia y la tristeza—. Pero ¿sabéis qué? En verdad me dais pena. —Asintió repetidas veces—. Seréis muy ricos, pero tenéis el alma tan vacía que no sois nada —sentenció.

—Silvia, no llevas razón, las cosas no son como cuentas —aseguró Víctor con la voz cargada de arrepentimiento—. Es verdad que todo empezó siendo una apuesta, pero luego cambió.

—¡Cállate de una vez y sé franco contigo mismo! —replicó a voz alzada—. No me interesan tus explicaciones, ya sé todo lo que debo saber —regurgitó áspera—. Pero os voy a decir algo más a los dos: mejor sería que

hablarais entre vosotros y arreglaseis vuestra mierda de vida en lugar de ir jodiendo la de los demás. Sois patéticos —pronunció con énfasis.

—Silvia, perdónanos, te lo ruego —suplicó Samuel—. Perdóname y olvidemos todo esto, hagamos como si no hubiera ocurrido y sigamos con el contrato adelante, por favor.

—¿Tú estás loco? —preguntó pasmada, boquiabierta—. ¿Tú... tú... tú sabes lo que acabas de decir? —tartamudeó por los nervios y la incoherencia—. Desde luego que todo ha cambiado, que nada de esto se puede olvidar y que no pienso casarme contigo. ¡A la mierda el contrato! —gritó—. Ya me dirás cuánto debo pagarte y, cuando pueda, saldaré mi cuenta.

Samuel emitió un lánguido suspiro con el que dio todo por perdido.

—No debes pagarme nada. Al revés, yo te pagaré la mitad del finiquito —asumió en voz baja, un tanto avergonzado.

—Métete tu dinero por el culo, Samuel —dijo irritada—. Seré pobre pero tengo dignidad y me sobran principios, algo de lo que los dos carecéis.

—Silvia... —Víctor intentó hablar.

—¡Ni me hables! —le cortó tajante, y, antes de proseguir, lanzó una mirada fulminante a los dos hermanos—. Ahora buscaos a otra con la que divertiros porque yo me marchó de aquí para siempre.

Sacudida por el dolor, Silvia abandonó el ático corriendo, llorando, sintiéndose rota, destrozada, herida de muerte.

—¡Silvia, Silvia! —gritó Víctor, haciendo el amago de salir tras ella, pero la mano de su hermano lo atrapó de inmediato por el brazo, reteniéndolo—. ¡Suéltame! —Se zafó de Samuel con un brusco zarandeo.

—Déjala marchar, Víctor, no ves que está muy dolida.

—¡No quiero dejarla, estúpido! —bramó con furia—. ¿No lo entiendes? La amo, me he enamorado de ella y no quiero que se marche sin saber la verdad.

Samuel lo contempló aturdido.

—¿De verdad te has enamorado de Silvia? —preguntó sorprendido.

—Sí, me he enamorado de ella, ¿qué pasa? —formuló a la defensiva—. ¿Acaso no puedo? ¿Acaso es algo tan descabellado? —Sus ojos lo retaron.

—No, pero...

—Pero ¿qué? —lo interrumpió brusco—. ¿Que tu ridículo reto lo ha fastidiado todo? —recalcó con agresividad—. Pues claro que sí, ese es el «pero». Igual que tu absurdo contrato, esa mierda de pacto que solo ha servido para jugar con los sentimientos de una persona, una mujer increíble.

—¡Oye, tú aceptaste mi reto! —Le echó en cara—. Que yo me acuerde, no utilicé ningún tipo de matonismo para obligarte.

—Sí, lo sé, no me recuerdes lo insensato que he sido —dijo sulfurado—. ¡Maldita sea! —proclamó con rudeza.

—Y, para tu información, Víctor, te aclararé que yo no he jugado con los sentimientos de nadie. Esa mierda de pacto, como tú lo has llamado, fue leído, aprobado y firmado por ella también. Yo me sentía solo y necesita disfrutar de compañía antes de morirme —reveló resentido—. No creo que sea algo tan reprochable.

—¡Venga ya! —habló con menosprecio—. Los dos sabemos por qué has montado toda esta maldita historia del contrato matrimonial. Y sí es reprochable, claro que lo es. ¡Claro que lo es, joder, desde luego! —chilló alterado—. Y gracias a ti, a ti, a ti... —Se detuvo momento, al ser consciente de su agresividad; su dedo señalaba a Samuel como si fuera un arma con la que poder atacarlo. Su hermano lo observó desencajado; nunca antes había visto ese grado de violencia en él. Esos segundos de silencio fueron el tiempo justo que necesitó Víctor para comprender su culpa, y cargó con ella—. Mejor dicho, y hablando claro: gracias a los dos la hemos perdido —explicó, regurgitando una amargura que, sin piedad, le flageló el corazón hasta hacérselo trizas. El despiadado dolor le empujó a seguir arremetiendo contra su hermano, aunque en un tono más medido—. Y como los dos sabemos de lo que estamos hablando, te diré algo más: si tú puedes vivir sin Judith sabiendo que la cagaste con ella, me parece perfecto, pero yo no quiero vivir sin Silvia, ¿te enteras? Menos aún pensar que le he hecho daño y que posiblemente me llegue a odiar por ello. ¡No puedo ni quiero! ¡No quiero, no quiero! —exclamó con la mandíbula en tensión, y salió corriendo del salón en medio de las voces de Samuel que no paraban de llamarlo.

Víctor llegó a la calle en busca de Silvia. Recorrió las inmediaciones del ático con angustia, llamándola a gritos, como una persona falta de juicio, como un demente. Pero ella ya no estaba, se había marchado. Desesperado,

intentó localizarla con el móvil y realizó una llamada tras otra, aunque con nulo éxito, puesto que ella no contestó. Exhaló desesperanzado, pero no podía darse por vencido, debía buscar la manera de encontrarla. Pensó, pensó y pensó, apretándose las sienes con ambas manos, como si tratara de estrujarse el cerebro que en ese momento se encontraba bloqueado y no era capaz de darle soluciones. De pronto, recordó el contrato. Cómo no había caído antes, se preguntó, pues en él, entre los datos de Silvia, se hallaba su dirección, y seguro que ella se había ido a su casa. Con diligencia, Víctor entró de nuevo en el portal y regresó al ático. Samuel lo vio entrar como una exhalación, directo a su despacho, y se apresuró tras él. Viéndole rebuscar entre los archivadores, no paró de demandarle una y otra vez qué hacía, qué quería encontrar, pero Víctor ignoró sus ruegos y preguntas y, con desespero, siguió a lo suyo. En cuanto dio con el domicilio, lo anotó y se marchó con urgencia, dejando a su hermano desconcertado y un tanto afligido al ser espectador de aquella inusual alteración en su ánimo.

Samuel permaneció durante largo rato allí, en su despacho, meditando lo ocurrido. Nunca creyó que Víctor terminaría en la cama con Silvia, y mucho menos imaginar que se enamoraría de ella. Tales escenarios jamás se habían dado en su mente, resultaban del todo inviables. Sin embargo, parecía que su juego, con el que pretendía humillar una vez más a su hermano, se había convertido en una daga envenenada contra él. Por su culpa, Silvia había salido lastimada y la había perdido, aunque con ello también había dañado a Víctor de una forma que no deseaba. Hasta cabía la posibilidad de que su hermano no se lo perdonase nunca. Tal y como le había visto de exaltado, de exasperado, podía ocurrir. Quizás esa noche, y gracias a su estúpido afán por creerse mejor que su hermano, había perdido a dos personas importantes para él.

Silvia llegó a su casa con el alma desgarrada, sufriendo un dolor inhumano, inaguantable, inmedible... Llevaba los brazos cruzados firmemente sobre el pecho, como si con esa postura intentara contener en su interior los innumerables pedacitos de su corazón. Porque cada palabra de la confesión de los hermanos se había convertido en una esquirla de cristal, una astilla afilada que le había atravesado ese órgano infinitas veces, hasta triturarlo.

Por suerte, Mirian no estaba allí, circunstancia que Silvia agradeció mucho, pues ahora mismo, si la veía, no sabía lo que sería capaz de hacerle. Con su miserable acto, su hermana había sobrepasado el límite de su aguante, traspasado la amplia línea de su tolerancia.

Dando vueltas por el salón, perdida, desorientada en la confusión, sintió al inconsolable dolor compitiendo con una tristeza iracunda que no paraba de emerger. Tras dos asaltos, ganó una rabia henchida de tormento que, adelantándose para alzarse vencedora, subió los peldaños que llegaban hasta la ira; y Silvia gritó con fragor. Chilló de forma resonante, repetidas veces, arañándose la laringe, intentando expulsar el sufrimiento que la oprimía, que la ahogaba. Pero al final se rindió a la pena que se instaló en ella, que la encarceló, la hizo su prisionera; y los gritos pasaron a ser llanto desgarrador, excesivamente cruel. Las lágrimas brotaban con tanta violencia que resbalaban sin tregua por sus mejillas. Y al contrario que en otras ocasiones, dejó que el llanto aflorara cuanto quisiera, a mares, a borbotones, que le inundase el rostro, que le empapase la ropa, que hiciera un charco en el suelo... Ni tan siquiera se iba a preocupar de enjugárselo, le daba igual. Todo le daba igual. Todo en ese momento, tras saber que Víctor, el hombre del que estaba enamorada, había jugado con sus sentimientos, le daba absolutamente igual.

La puerta sonó en el conciso instante en el que Silvia pensaba meterse en la cama para no volver a salir nunca más de ella. Sabía perfectamente quién llamaba, por la insistencia, además de por haberle advertido de lo sucedido a través de un corto *whatsapp*; sería Lara. Tras abrir la puerta y verla, Silvia se

arrojó a sus brazos con desesperación, como un náufrago se agarraba a una tabla a la deriva. Arropada por el profundo abrazo de su amiga, de nuevo rompió a llorar.

—¡A ver, a ver!, ¿qué ha ocurrido, flor? —demandó Lara en tono protector.

—Se han reído de mí, Lara. Los dos —aseguró llena de dolor; su alma herida sangraba de forma copiosa—. Yo me he enamorado y ellos estaban jugando conmigo —prorrumpió en sollozos.

Lara sintió cómo se necrosaba su corazón al ver tan hundida a Silvia.

—Vamos a calmarnos, a sentarnos y me cuentas todo con detalle. —Se adentró en el salón con Silvia colgada a su cuello, y tomaron asiento—. Dime, ¿qué ha pasado con Víctor?

—No me hables de ese maldito cabrón, por favor, ni me lo menciones, Lara. —Siguió llorando, formando con cada lágrima una bola de odio en sus entrañas—. Me ha fastidiado la vida, me ha roto el corazón —gimió con un alarido que encogió el alma de su amiga.

Sentadas en el sofá, Lara permitió que Silvia llorara cuanto precisase, sin dejar en ningún momento de acariciarle el cabello, buscando la manera de consolarla. Y, viéndola tan rota, tan abatida, le pareció haber retrocedido en el tiempo. Silvia se encontraba igual de desconsolada que cuando su padre la abandonó. Lloraba con el mismo ímpetu, con la misma rabia y pena royéndole el corazón. Jamás había vuelto a verla llorar desde entonces, mucho menos de esa forma, y hacerlo ahora era difícil de soportar.

Pasado un largo rato, con Silvia desahogada y algo más calmada gracias al amparo de su buena amiga, la puerta del piso volvió a sonar. Silvia y Lara se miraron aturdidas, no esperaban a nadie a esas horas y Mirian, como era obvio, tenía llaves.

—¿Quién coño podrá ser? —preguntó Lara.

—Ni idea —dijo Silvia, incorporándose.

—Tranquila, ya voy yo.

Lara se encaminó a la puerta y, al llegar, miró por la mirilla, pero estaba tan arañada y opaca que era imposible ver nada. Preguntó quién era, aunque nadie contestó; y ante la curiosidad por saber, abrió la puerta de forma

cautelosa. No pudo evitar el susto que le sobrevino al encontrarse con Víctor de frente.

—¿Qué haces aquí? —interpeló de mala manera.

—Vengo a hablar con Silvia y no pienso marcharme sin hacerlo — anunció, y con un empujón abrió la puerta de golpe. Lara no pudo detenerlo y él, con celeridad, entró y se dirigió al salón, el lugar de donde provenía una fuerte luz.

Silvia se levantó al oír voces, la de Lara y la de un hombre que no percibía con claridad. Sin tiempo para reaccionar, se encontró con los ojos azules de Víctor frente a ella.

—¡Vete, vete! —repitió en alto, con vigor, sintiendo al suplicio acrecentarse al verlo.

—No me voy a marchar hasta que me oigas, Silvia. Lo juro —avisó con plomiza seguridad.

Consternada, Silvia se sentó de nuevo; seguía sin poder soportar el dolor, le pesaba una tonelada. Y cargada con ese padecimiento sobrehumano, enterró la cara entre sus manos.

—Silvia, lo primero que quiero pedirte es perdón. Perdóname, te lo ruego —suplicó Víctor con desolación, colmado de arrepentimiento—. Lo segundo que quiero decirte es que nunca antes había sentido lo que siento por ti, me he enamorado, es algo nuevo en mi vida, pero te amo de verdad.

—No puedo creerte, Víctor. —Negó con la cabeza, levantando la mirada. En su rostro se apreciaba una expresión de desánimo y recelo, igual que si esperase otro revés—. Te acercaste a mí solo por una apuesta, para demostraros tu hermano y tú de lo que sois capaces. Nunca lo hiciste porque yo te interesara.

—Es cierto, no te lo voy a negar, no soy ningún cínico —declaró en un susurro, herido por el miedo y lleno de temor—. En un principio me acerqué a ti por el absurdo reto de Samuel, pero gracias a eso te conocí. Gracias a ese estúpido desafío yo no perdí la oportunidad de conocer a la mujer de mi vida. Porque en eso te has convertido para mí, Silvia —confesó, supurando sinceridad.

—¡Oh, por favor! —exclamó ella con acritud, levantándose del sofá de golpe. En ese momento necesitaba moverse para desprenderse de la tensión a

la que estaba acogida—. No pretendas ganarme a base de halagos o cumplidos, Víctor, yo no soy de esas mujeres a quienes cuatro palabras bonitas les hacen olvidar todo —replicó con un repunte de orgullo y valor—. He sido un juguete para ti y eso no se puede echar en olvido así como así. —Zarandéó la cabeza.

—No trato de regalarte el oído, solo te digo la verdad.

—¿La verdad? —siseó Silvia con fuerza—. Bonita palabra, aunque dudo que tú conozcas su significado —le reprochó enfurecida.

—Silvia...

—¡Calla y déjame hablar! —alzó la voz, interrumpiéndolo. Víctor calló de inmediato—. La verdad es lo que pienso y siento. No paro de pensar en cómo te has burlado de mí, y siento un extremo dolor en el pecho por ello. Uno que escuece, quema, que no para de hacerme sentir humillada, utilizada, ultrajada... —Asfixió las ganas de llorar que le volvían a resurgir—. De ese modo se encuentran mi alma y mi corazón. Gracias a como me has utilizado para quedar por encima de tu hermano me siento rota. Y aún tienes la desfachatez de venir aquí a hablar conmigo y declararme que solo dices la verdad —le reprobó con una expresión que rayaba en la más absoluta hostilidad—. Te odio —pronunció con énfasis, arrastrando una a una las letras cargadas de sinsabor.

Víctor escuchó fracturarse a su alma con esos vocablos cuya entonación era dañina, hiriente, igual que puñales clavándose en él.

—No digas eso, Silvia, por favor —le rogó con la garganta anudada.

—Lo digo porque esa sí es la verdad. Te odio —repitió, masticando la palabra con crueldad—. Te odio por haberme roto el corazón. Te odio y me odio a mí misma por haber sido una estúpida y caer en tu red, por haberme enamorado de ti. —La voz se le quebró y el llanto veló sus ojos, los inundó; estaba a punto de llorar.

—Silvia, no llevas razón —anunció Víctor, sintiendo el retorcido dolor de la impotencia desgañitándose por su interior—. Es cierto que me acerqué a ti por la apuesta entre mi hermano y yo, pero terminé enamorándome, esa es la verdad —aseguró mientras los nervios aceleraban su respiración y lograban que el corazón le latiera presuroso.

—¡Calla! —Volvió a exclamar en alto, elevando las manos sin saber qué

más decir—. Calla y no digas nada, por favor —suplicó sumida en tristeza—. Te pido que te marches de una vez y nunca más intentes hablar conmigo. Tú y yo ya nos hemos dicho todo lo que nos debíamos decir —explicó con un dolor agónico.

—Pero, Silvia, te lo ruego, me tienes que creer —protestó, intentando que su pulso recuperara el ritmo normal, pensaba que iba a darle una taquicardia por la tensión de ver que la perdía—. Te pido perdón una y mil veces.

—Demasiado tarde para lamentarse cuando ya me has herido a conciencia. —Apretó los labios para contener las lágrimas que insistían en saltar al vacío.

—Lo sé. Sé que ya no puedo corregir mi error ni reparar el daño. Sé que debía habértelo contado antes de acostarnos y aclararte que me había enamorado de ti de verdad, lo sé. Pero ya está hecho. Y ahora lo único que puedo hacer es pedirte perdón y suplicarte que me creas. —Emitió un suspiro derrotista y añadió—: Ojalá pudiera cambiar mis actos.

—Nunca has querido cambiarlos, Víctor; si no, lo hubieras hecho —sentenció con dureza.

—Silvia, no...

—No, claro que no —lo interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Los hechos son los que dictaminan los actos, las palabras se las lleva el viento. Si no lo hiciste fue por algo, y ambos sabemos por qué. Vete y no me mientas más —regurgitó con violencia.

—Cierto, lo tendría que haber hecho, pero juro que te quiero, te amo —habló ansioso.

—¡Corta el rollo y lárgate de una vez! —rugió histérica—. ¡Fuera, fuera! —Empezó a empujarlo hacia la salida.

Lara, que había permanecido en un lateral de la puerta del salón, pensó que jamás había visto a Silvia en ese estado, estaba fuera de sí.

—Silvia, por favor...

—¡Que no te atrevas a decirme una palabra más! —vociferó a la vez que continuaba empujándolo—. Y si tienes un poco de dignidad, abre la puerta y vete, no me hagas echarte de una patada. —Se le quebró la voz. Pero debía contener el sollozo y siguió luchando por conseguirlo.

—Te quiero, Silvia, te quiero —repitió él, revolviéndose—. ¿No lo ves? —Fijó en ella sus ojos—. He venido a pedirte perdón porque te amo, porque te has adueñado de mi corazón y ahora mismo lo tienes colgando en tus manos. —Víctor no quería darse por vencido, debía convencerla de que no mentía.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —Notó un azote, un tremebundo latigazo que le cortó la respiración—. Ha sido mi vida la que ha estado colgando de vuestras manos —le reprendió severa—. Habéis tenido mi corazón pendiendo de ellas y los dos habéis jugado con mis sentimientos sin la menor vacilación.

—No, eso no ha sido así, te lo he repetido mil veces. ¡Escúchame, por amor de Dios! —suplicó en alto, desesperado.

Silvia emitió un profundo suspiro, entrecerró los ojos y apretó los labios en un conato por sosegar. Sintió que las lágrimas se habían quedado colgando de sus pestañas, pero, por suerte, no resbalaban por su semblante. Enfurecida por si Víctor se percataba de ellas, lo observó con una cruel seriedad y, apelando a la indiferencia, enunció:

—Cállate, por favor. Cállate y vete —solicitó impasible—. Déjalo ya y márchate, Víctor, no me hagas suplicártelo. Al menos déjame intacto un poco de orgullo —concluyó.

—De verdad que te quiero, Silvia, te amo —confirmó con voz rasgada.

—¡Vete, vete, vete! —repitió de seguido, llevándolo hasta la salida con un par de empujones y echándolo al fin de su casa.

En cuanto la puerta se cerró, Silvia se arrojó a los brazos de Lara y lloró como jamás creyó que se pudiera llorar, creyendo que se moriría con cada lágrima que derramaba.

Víctor permaneció quieto en el rellano de la escalera y sopló con dolor, desolado, lleno de amargura y pesadumbre. Sabía que acababa de perder a Silvia y entenderlo era sumamente lacerante. Comprendía que ella no era mujer de segundas oportunidades, menos aún si su amor propio había sido herido y ofendido, y así se sentía su dignidad. Había perdido cualquier oportunidad de enmendar su error y de hacerle entender que era su amor verdadero, todo cuanto quería y necesitaba a su lado.

Sujetándose con fuerza a la barandilla, Víctor comenzó a bajar la

escalera. El sufrimiento de perder a su amada era tan fuerte, traspasaba su pecho con tanto ímpetu, que el cuerpo entero le temblaba; las fuerzas le flaqueaban por segundos. Al llegar al portal, una lágrima cargada de congoja decidió resbalar por su mejilla hasta llegar al mentón. En ese instante, la rabia, unida al padecimiento inconmensurable que le inquietaba, le hizo sentir ganas de chillar. Necesitaba dar rienda suelta a la frustración a través de un grito capaz de desocupar la ira, el desconsuelo y el odio que sentía hacia él. Entró en su vehículo encolerizado, arrancó el motor y se puso en marcha. Cogió la autopista sin rumbo definido, y en medio de ella terminó soltando todo lo que guardaba. Lo hizo a golpe de grito. Gritos que incluían insultos y palabrotas que se turnaban con golpes al volante con saña. Hasta que el dolor acabó haciendo resurgir a las lágrimas, aquel líquido acuoso al que Víctor había abierto la veda hacía unos días; y lloró como un niño pequeño.

Unas horas más tarde, Víctor entraba de nuevo en su casa, pero siendo otra persona distinta de la que se fue. Dolía tanto ser consciente de lo que había perdido que no podía ser el mismo de antes. Sin quitarse el abrigo, tomó asiento en el sofá del salón, con la mirada perdida, ausente en la nada. Tras un largo espacio de tiempo, sus ojos se fijaron en el piano, y se acercó hasta él. De nuevo tomó asiento, esta vez en la banqueta. Levantó la tapa y comenzó a tocar con rabia, más bien aporreaba furioso las teclas. Pretendía que las notas lo calmaran como en otras ocasiones le había sucedido, pero esto no era nada parecido a otras veces, a otras situaciones. Aquí estaba tratando con el amor, o mejor dicho, con el desamor, y eso dolía en exceso. El alma le escocía, le quemaba. Y el corazón de Víctor, ardiendo de dolor, no dejaba de gritarle que no había música en el mundo capaz de apaciguar aquello. Había perdido a Silvia por aceptar la ridícula apuesta de Samuel, que solo había servido para enamorarle y romper el corazón de su amada. Comprenderlo le laceraba de la misma forma que un hierro candente atravesando su carne.

El fuerte sonido de las notas musicales en el silencio de la madrugada, como era de esperar, despertó a Samuel y a Filiberto. Ambos se levantaron y acudieron a ver qué ocurría. El primero en llegar al salón fue Filiberto, quien se quedó impactado con la imagen que recibieron sus ojos. Contemplar a Víctor con el abrigo puesto, martilleando las teclas del piano sin cesar, además de haber escuchado desde la distancia de su cuarto las voces propinadas por los hermanos horas antes, le hizo presagiar lo peor.

—Señor, ¿qué sucede? —preguntó acercándose a él.

Víctor ni se inmutó. Continuó tocando, cada vez con más rabia y furia, con la misma que no paraba de correrle por las venas quemándole la sangre.

Samuel, en su silla de ruedas, también entró en el salón. Filiberto lo miró aturdido, encogiéndose de hombros, sin entender nada. Con un gesto, Samuel le pidió que lo dejara a solas con su hermano. Filiberto, desorientado y preocupado pero ante todo obediente, se marchó.

—Víctor, para de tocar, por favor —le pidió Samuel, sujetándole un brazo—. ¿No ves las horas que son? Nos has despertado a Filiberto y a mí, y si sigues así el resto de los vecinos vendrá a protestar.

Víctor aporreó las teclas con los puños, con ira, creando un sonido estridente, sin ninguna clase de melodía ni armonía, y apartó las manos del piano. Con cólera, bajó la tapa emitiendo un ruido estrepitoso, dejando las manos y la mirada encima de ella.

—Me tenías preocupado —dijo Samuel—, llevas desaparecido casi cuatro horas. Te he llamado al móvil pero no me lo has cogido —le explicó, observándolo, aunque Víctor continuaba con la mirada fija en la tapa del piano—. ¿Se puede saber dónde has estado? —preguntó inquieto.

—La he perdido —contestó en voz queda y sin mirarlo.

—¿Has estado con Silvia? ¿Has podido hablar con ella?

—La he perdido —repitió, poniéndose en pie y comenzando a andar hacia su habitación. Samuel fue detrás de él.

—¿Qué le has dicho? ¿O qué te ha dicho ella? —Volvió a preguntar, pero Víctor guardó mutismo y así llegaron hasta su dormitorio—. ¿Me vas decir algo? —interpeló Samuel, molesto.

—¿Qué parte no has entendido? —preguntó Víctor mirando al fin a su hermano, ensartándolo con los ojos—. ¿O estás sordo? —La acritud brotó a bocajarro por su boca—. Te he dicho que la he perdido —respondió una vez más—. No vuelvas a preguntarme —añadió.

—Pero...

—Pero ¿qué mierdas quieres? —interpeló encolerizado, cortándole bruscamente—. Soy yo a quién debes respuestas, imbécil, no al revés. ¿Por qué le has tenido que contar a Silvia nuestro reto? ¡Dime! ¡Contesta! —

chilló.

—¿Perdona?! —Samuel lo miró asombrado—. Eráis vosotros los que me estabais engañando, los que me ocultabais haberos acostado. Y me he tenido que enterar por una tercera persona en lugar...

—¿Cómo! ¿Qué has dicho? —preguntó Víctor aturdido.

—Veo que has hablado poco con Silvia.

—Que ¿qué has dicho? —inquirió con violencia, engancho a Samuel de la pechera.

—¡Suéltame, joder! —protestó, empujando las manos de su hermano. Víctor se apartó de él de inmediato.

—Me quieres aclarar lo que acabas de decir —demandó con los dientes apretados.

—Que me he enterado de lo vuestro gracias a la golfa de la hermana de Silvia —explicó mientras Víctor se quedaba lívido con la noticia—. Sí, una desvergonzada caradura que ha venido a contármelo con la intención de sacarme dinero por ello y por su silencio —aclaró.

—Su hermana —comentó incrédulo.

—Sí, la misma. Una tal Mirian que nada tiene que ver con Silvia, desde luego y gracias a Dios. Por lo visto, la muy zorra la espió mientras mantenía una conversación con su amiga Lara, en la que le contaba lo vuestro.

—¡Hija de puta! ¡Maldita oportunista! —escupió con furia.

—Sí, eso también. Una niñita de mucho cuidado. —Asintió—. Y qué quieres que te diga, después de oírla me enrabieté viendo vuestro silencio. Un silencio que no lograba comprender y que me estaba volviendo loco. —Levantó la voz.

—Y por eso le contaste a Silvia lo del reto, ¿verdad? —Víctor gritó de nuevo.

—Lo hice cuando ella me dijo que la boda se anulaba, que os habías enamorado —chilló también—. Creí que era una ignorante que se había dejado engatusar por ti, que se había enamorado de una mentira. ¡Cómo iba yo a imaginar que tú te habías enamorado de ella! Se suponía que no la soportabas, te marchaste de aquí precisamente por eso —le reprochó—. Pensé que todo este tiempo en el que hablabas y reías con ella era parte de tu

estrategia para conseguirla y ganarme. ¡Cómo leches iba a pensar yo que a ti te gustaba de verdad!

—Estabas deseando decírselo, no mientas —vociferó con agresividad.

—Estaba dolido por vuestro silencio, por eso se lo terminé contando. — Se defendió a gritos.

—¡Y una mierda! —Víctor soltó un brusco puñetazo en la pared por no dárselo a su hermano—. Querías joderme de todas formas y ya lo has conseguido. Bravo, Samuel, lo has logrado. —Asintió una y otra vez en medio de un aplauso—. Esta vez no solo has quedado por encima de mí, me has pisado sin compasión. Gracias a tu «dolor por nuestro silencio» has conseguido que pierda a la primera mujer de la que me he enamorado. Cuélgate tu medallita y vive feliz. —Entró en su dormitorio con premura, cerró la puerta con un brusco golpe y echó el pestillo.

—¡Víctor, eso no es así! ¡Víctor, abre! ¡Víctor, joder, abre y escúchame! —exclamó a voces, aporreando la puerta sin cesar.

Pero Víctor ignoró a su hermano y a todas sus palabras. Se acercó a la cama casi arrastrando los pies, más bien el alma, y se arrojó en ella tal cual estaba, enfundado en su abrigo y calzado. De esa forma permaneció toda la noche, bocarriba, mirando al techo, maldiciéndose sin parar y permitiendo alguna que otra vez que una lágrima le bañase el rostro. No podía ni quería hacer nada más, tan solo deseaba flagelarse sin piedad y compadecerse hasta el extremo. Había perdido a Silvia.

Las manillas del reloj acariciaban las once de la mañana cuando Mirian entró en su casa de la Barceloneta. Venía muy alegre y contenta, la mandíbula le dolía de tanto sonreír. Porque no había dejado de hacerlo desde que salió de casa de Samuel; la felicidad se instaló en ella entonces y todavía no la había abandonado. Al revés, se acrecentó cuando Joan la llevó a un increíble restaurante a degustar las más succulentas *delicatessen*, y aumentó de forma irremediable al pasar la noche en un lujoso hotel de la ciudad condal. Pero Mirian estaba llena de dicha sobre todo porque tales gastos no habían salido de su bolsillo, sino por cortesía de Samuel Alvarado Gray. Por cortesía de los diez mil euros que le había sacado extorsionándolo. De ahí provenía toda su alegría y júbilo, de haber logrado un buen pellizco, uno inimaginable.

Pero la felicidad de Mirian cesó de inmediato al ver a su hermana y a Lara en el salón, de pie, esperándola.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? —preguntó confundida.

Silvia se acercó despacio a Mirian, hasta ponerse frente a su rostro. No apartó sus iris de las retinas de su hermana, contemplándola unos segundos en silencio. Una férvida furia se derramó por ella y, de forma inesperada, llevó la mano hasta la cara de Mirian, cruzándosela con un contundente bofetón que le ladeó la cabeza con violencia. Lara se sorprendió; era la reacción que menos esperaba de Silvia, pero lo mínimo que se merecía su hermana, aunque al segundo se desprendió de la sorpresa para sentir envidia. Le hubiera encantado emular a Silvia, más aún, estar en su piel en ese momento en el que, por fin, la ira se rebelaba contra la egoísta de Mirian. Hubiera pagado por ser ella misma quien le hubiera cruzado la cara. No obstante, ver el desconcierto de Mirian al volver a mirar a su hermana, captar su rostro de incompreensión y el gesto de dolor que supuraba y contenía con una de sus manos posada en la mejilla que había sido sacudida, la hizo reír de satisfacción.

—Pero ¿qué hostias haces, loca? —interpeló Mirian furiosa, casi en grito, cuando volvió en sí.

—¡Cómo te atreves a ir a casa de Samuel para contárselo todo! ¡Cómo

has sido capaz de chantajearlo! ¿Eh? —chilló Silvia, alterada. Mirian hizo intención de abrir la boca, pero su hermana se la tapó con la mano—. Eres una maldita majadera que no se entera de nada. Has estado comiendo durante estos meses gracias a él, vives en este piso en lugar de en la calle gracias a él, y podíamos haber vivido muy bien durante un largo tiempo gracias a él, estúpida. —La taladró con la mirada—. Pero tú lo has fastidiado todo, como siempre. Constantemente, de una forma u otra, sabotearas mi vida.

—Me estabas engañando, no seas cínica —soltó malhumorada tras retirar, de malas formas, la mano de su hermana.

—¿Qué sabrás tú, imbécil? —escupió Silvia, irritada—. Eres una malcriada y consentida; ese fue mi gran error —enunció, regañándose por haber hecho el papel de madre en lugar de hermana—. Tú no has pasado las mismas necesidades que yo, ni las angustias de no llegar a fin de mes, ni los quebraderos de cabeza para poder pagar y que no nos cortaran la luz ni el agua. Tú siempre has tenido la tripa llena y has ido con dinero en el bolsillo; no puedo decir lo mismo de mí —declaró con amargura—. Y ¿cómo me pagas mis sacrificios? Espiándome para hacerme daño, para conseguir dinero. —Sus ojos volvieron a aniquilarla.

Mirian se quedó callada tras oír a su hermana, tras ver su gesto de hostilidad desconocido para ella, tras ser sabedora de ciertas penurias de las que no tenía constancia. Sintió un extraño sentimiento recorriéndole las tripas, uno que indicaba lástima, pena... Y su mirada resbaló hasta el suelo de forma lenta.

—Yo solo quería...

—Tú eres una zorra —la interrumpió Silvia de forma tajante. Ella ascendió la cabeza con rapidez, incrédula ante el adverso e inusual comportamiento de su hermana—. Tú solo querías lo de siempre, Mirian: dinero —aseguró asintiendo—. Nunca te sientes agradecida, estás viviendo a la sopa boba gracias a que yo te mantengo, pero no te basta y has ido a incordiarne por una única razón: porque querías más dinero.

—Me molestó mucho saber que me engañabas, Silvia, y eso me hizo perder la cabeza —se defendió en alto.

Silvia sonrió de una forma extraña, cínica y desvergonzada. A Mirian aquel estiramiento de labios le causó, casi a partes iguales, miedo e inquietud. La mordacidad que afloraba por el semblante de su hermana no solo no le

gustó, sino que llegó a intimidarla.

—¿Por qué te ríes así? —interpeló Mirian a voz alzada.

—Nada, por un pequeño detalle —contestó, desprendiéndose del sarcasmo que había brotado en su sonrisa para mostrar un gesto serio—. Porque, aparte de la cabeza, has perdido algo más: tu inagotable fuente de ingresos, o sea, a mí —aseveró orgullosa, dejando a Lara y Mirian boquiabiertas: la primera, por felicidad; la segunda, por incomprensión. Y subiendo con un dedo la barbilla de su hermana para cerrarle la boca, prosiguió—: De modo, Mirian, que ya puedes estirar el dinero que le hayas sacado a Samuel mientras repartes currículos para encontrar trabajo, porque yo no pienso darte un euro más. —Zarandeo la cabeza—. A partir de ahora te vas a buscar la vida tú sola, que, visto lo visto, no se te da nada mal —expresó con ironía—. Si quieres seguir teniendo techo y comida, tendrás que hacer lo mismo que todo el mundo: aprender a mantenerte. Yo no voy a hacerlo más. Nunca —concluyó, estirando sus labios de oreja a oreja, sintiéndose satisfecha con su decisión.

—¡Joder, madre mía, qué exposición más buena! ¡Qué digo buena, excelente! ¡Bravo! —exclamó Lara aplaudiendo y riendo sin parar—. ¡Oh, Mirian! Se te ha acabado el chollo, pobre de ti. —Se carcajeó.

—¡Cállate, gilipollas! —anunció Mirian, enfurecida.

—No, la que se va a callar la boca eres tú —añadió Silvia—. Porque como cuentas una sola palabra de todo esto, Samuel te va a empapelar, y yo le ayudaré con mucho gusto. Así que chitón —avisó, apretándole los labios con los dedos índice y pulgar, a modo de pinza—. Y ahora me marchó, que te vaya bien en tu nueva vida independiente, hermana.

Silvia y Lara se encaminaron a la puerta. Los aplausos y felicitaciones de Lara coreaban sin cesar junto a los lamentos de Mirian; disculpas que, a la par que los vítores, manifestaban su idea de darle una lección para que no la tratara de tonta, pero con las que al mismo tiempo se exculpaba de querer hacerle daño. Silvia, ante el cúmulo de contradicciones que estaba oyendo por parte de su hermana, decidió no añadir una sola palabra más, y Lara y ella se marcharon, dejándola sola.

Cuando la puerta se cerró, Mirian, con los labios palpitando, calló. Ya no había nadie a quien implorar, sus ruegos no habían surtido efecto. Dejó caer su cuerpo a plomo en el sofá y pensó qué iba a ser de ella a partir de ahora, en

qué iba a trabajar, cuánto podía ganar partiéndose la espalda día tras día, trabajando como mínimo ocho horas diarias, estando pendiente de un horario, de unas obligaciones... Una angustia acerba la sacudió, y entonces se dio cuenta de lo caro que le había salido querer dar una lección a Silvia. Era más, resultaba que la lección, de nuevo, se la había dado su hermana a ella. Asustada al comprender los acontecimientos, al entender que Silvia le acababa de soltar la mano y que a partir de ese momento debería andar sola y desprotegida, situación que nunca había vivido, Mirian acabó llorando.

En el rellano entre el primer piso y el segundo, Lara abrazó a Silvia con fuerza, orgullosa del paso que acababa de dar.

—¡Felicidades, flor! —exclamó con efusividad—. Por fin has hecho lo que debías con tu hermana: ponerle los puntos sobre las íes. Y la hostia que le has soltado ha sido soberbia. —Se echó a reír con fuerza.

—¿Tú crees? ¿No me he pasado un poco?

—¡Pero ¿qué dices?! —replicó asombrada—. Ni de coña te has pasado, se merece el doble o el triple de lo que le has hecho.

—Ya, pero ni siquiera le he dicho que estaré en tu casa, al menos para que sepa dónde encontrarme. —La vacilación comenzó a acomodarse en Silvia, que de inmediato hizo intención de dar la vuelta para subir de nuevo al piso, pero Lara la detuvo.

—¡Para! Ni se te ocurra, Silvi —avisó seria—. Ni te has pasado ni tienes que darle explicaciones a Mirian de ningún tipo. Si quiere encontrarte sabrá hacerlo. Tan solo has obrado haciendo lo que deberías haber hecho hace tiempo —añadió rotunda.

Silvia meditó unos segundos antes de contestar.

—Es cierto, llevas razón. —Asintió—. Si lo hubiera hecho cuando tú me lo dijiste me habría ahorrado todo el dolor que ahora me invade, me habría evitado conocer a Víctor. —La voz se le rompió.

—Silvi, ya te lo he dicho, pero volveré a repetírtelo: conocer a Víctor era tu destino.

—¿Mi destino era que un hombre me partiera el corazón? —interpeló con desconcierto.

—Tu destino era ser feliz con él, pero a veces la felicidad es traidora y te

da la espalda cuando menos lo esperas.

—Pues qué destino más alentador el mío —declaró irónica, aunque sonando fatalista.

—¡Oye, valora todo! —la regañó Lara—. También tu corazón ha estado muy vivo mientras has estado junto a él —advirtió, aunque ahora con cariño—. Ha estado vivo como nunca, lo vi en tus ojos, en tus chispeantes pupilas cuando me contaste lo nuestro en Nueva York. Pero el amor es así, Silvi, tiene su cara y su cruz, duele tanto como alivia.

—Yo he sentido amor; él no. Yo soy la que sufre por su culpa —corrigió con aflicción, y los ojos se le velaron.

—No estás siendo justa, yo creo que él...

—¡Calla y no digas más! —interrumpió con urgencia, con la misma que le hacía sentir el dolor y su alma en carne viva—. ¡No quiero hablar de él, no quiero, no quiero!

Silvia comenzó a correr escaleras abajo, hacia la salida, sin parar de murmurar entre dientes y reprimiendo el sollozo como buenamente podía. Lara, sin abrir la boca, la siguió veloz, con la única intención de darle una vez más consuelo, de ayudar a su amiga a superar el amargo sabor del desamor.

Filiberto fue el encargado de anular los preparativos de la boda y de avisar a los pocos invitados de la cancelación del enlace. Una vez más, tenía un ingrato papel, se encontraba en medio de Víctor y Samuel, puesto que el menor de los Alvarado ya se había encargado de ponerle al corriente de todo y desahogarse con él. Filiberto, conocedor de antemano del asunto, creyó que quien más ayuda moral precisaba era Víctor; al fin y al cabo, él había perdido a la persona de la que se había enamorado. Daba igual que al principio no se hubiera acercado a Silvia con buena intención, era indiferente que hubiese sido un reto lo que le permitió conocerla, lo único importante era que el amor había surgido, a pesar de que nadie lo buscara. Como solía ser habitual en pasiones así, el amor llegaba sin aviso ni indicación y le daba la vuelta a la vida del que lo acogía, sacudía hasta los cimientos más firmes. Y eso le había ocurrido a Víctor. Por eso ahora estaba sufriendo de amor, y por la misma razón requería apoyo y ayuda. Samuel podía sentirse dolido al no esperar tal revés, pero quién salió damnificado, además de Silvia, indudablemente, fue Víctor. De ellos dos, la parte más lacerada tras el reto había sido él; y a él pensaba ayudar Filiberto con ahínco. Por primera vez en todo el tiempo que llevaba junto a los hermanos Alvarado, decidió posicionarse a favor de uno de ellos.

Los días pasaron y, trascurridas casi dos semanas, la actitud de Víctor se había vuelto rutinaria y deprimente. Todos los días los pasó de la misma forma: callado, ausente, negándose a escuchar a Samuel, a Filiberto, encerrado en su habitación, sin ir a trabajar a la compañía, eludiendo sus responsabilidades y subiendo de vez en cuando a la terraza. Solo le apetecía admirar las bellas vistas que le ofrecía el mar en el frío mes de diciembre. Un mes que acababa de abrir las puertas a la estación invernal.

A lo largo de esos días, en los que se había apartado de todo y todos, Víctor se convirtió en la viva imagen de la tristeza, la vulnerabilidad y el

remordimiento. Samuel decidió que, quisiera su hermano o no, debían hablar, y en una de sus visitas a la terraza se atrevió a subir bien abrigado. Aquella situación no podía alargarse por más tiempo, Víctor no podía seguir eludiéndolo. La actitud de su hermano no estaba favoreciendo a nadie, y a sí mismo, al que menos.

Cuando Víctor escuchó la llegada de su hermano, optó por abandonarla de inmediato. Sin mediar ni una palabra ni mirar a Samuel, se giró y se dirigió a la salida dando unas largas zancadas.

—Para de evitarme de una vez, tenemos que hablar —anunció Samuel con firmeza.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —contestó Víctor, siguiendo su camino.

—Pero yo sí, ¡joder! —soltó airado, reteniendo a su hermano con fuerza por el antebrazo.

—¿Qué quieres? —preguntó con acritud, zafándose de él.

—Ya te lo he dicho: hablar.

—¿Hablar o reírte de mí? —interpeló Víctor de forma incisiva—. Porque seguro que debes de estar disfrutando muchísimo viéndome así, hundido. Pero ¿sabes qué? Me da igual lo que creas, pienses o sientas, de veras. Me importa todo una mierda —escupió con resquemor.

—No me he reído de ti en ningún momento, lo creas o no —aseveró Samuel—. No me gusta verte así, desde luego que no. Ni pensar que yo, en parte, soy el responsable.

—No, el responsable soy yo por haber jugado con los sentimientos de Silvia —reveló, cargando con una tonelada de arrepentimiento sobre sus espaldas—. Me lo he ganado a pulso y ahora debo sufrir mi castigo: perder su amor. —Suspiró resignado, abatido.

—¿Por qué no vuelves a hablar con ella? Han pasado casi dos semanas, estará más calmada y quizá...

—¡Déjalo, Samuel, te lo ruego! —lo interrumpió. De inmediato recordó cómo le habló y lo echó Silvia de su casa; sintió que le bullían las entrañas.

—Pero, Víctor...

—¡No, no, no! —repitió de seguido, cortándole una vez más—. ¡No

quiero tus consejos ni los de nadie! ¡No quiero nada! —exclamó a gritos, andando de nuevo para abandonar la terraza.

—¡Víctor, joder, lo siento! —chilló Samuel. Su voz hacía equilibrios entre la irritación y la tristeza. Pero Víctor hizo caso omiso a sus palabras y su hermano volvió a insistir a gritos—: De veras que lo siento. ¡Perdóname!

Esa última palabra, que jamás le había oído decir a su hermano, quedó flotando en el ambiente y hasta obligó a Víctor a detenerse, lo dejó inmóvil. Despacio, volteó la cabeza hacia Samuel y lo contempló con una nota de menosprecio que acabó en indiferencia.

—Quizá ya sea tarde para pedir perdón ni para perdonar —sentenció con gelidez. Sus ojos azules se transformaron con rapidez en un iceberg, dos montañas de puro hielo plagadas de impasibilidad.

Sin más tardanza, Víctor echó a andar y se marchó del lugar. No paró de caminar hasta llegar a su habitación, donde estampó su cuerpo en la cama, con rabia. Allí permaneció el resto del día y toda la noche, sin salir de entre las sábanas que lo aislaban del mundo, lo desconectaban de él por completo.

De idéntica forma, con Víctor abstraído de la realidad que lo rodeaba, evitando a su hermano y a cualquier persona del servicio, sin salir a la calle, únicamente subiendo a la terraza a que le diera el aire de vez en cuando, el calendario se desprendió de su última hoja y el nuevo año se abrió paso en la vida de todos. Samuel no podía soportar aquella situación por más tiempo, ni tampoco Filiberto; jamás habían visto a Víctor de semejante manera. Parecía un alma en pena, un muerto en vida. Los remordimientos acechaban a Samuel cada minuto, viendo a su hermano de esa forma. Debían acabar con la agonía que había ocupado el lugar de Silvia, que permanecía con ellos desde que ella no estaba y usurpaba la vida a Víctor.

Cuando Ramón terminó su habitual sesión de fisioterapia con Samuel, Filiberto, con celeridad, le comunicó que su hermano se encontraba en el salón; era el momento para abordarle de nuevo. Samuel no se lo pensó un segundo y, girando las ruedas de su silla con extrema velocidad, se dirigió hasta allí. Víctor estaba sentado en el sofá, como si esperase la llegada de alguien. Samuel entró, cerró la puerta y se quedó delante de ella, con la

intención de bloquear una posible huida de su hermano.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Víctor al verlo parado allí, sin entrar al salón.

—Mira, Víctor, esto no puede seguir así —avisó serio, observando el descuidado aspecto de su hermano; se había abandonado por completo—. ¿Tú te has visto? Pareces un pordiosero. Ni te afeitas, ni te lavas, vas siempre con la misma ropa... ¡Por Dios, espabila! —clamó—. Aquí no se acaba el mundo, joder, tienes toda una vida por delante. Eso es mucho más de lo que yo puedo decir, hermano. —Suspiró de forma pesarosa—. Perdóname, lo siento —se lamentó con franqueza—. No era mi intención que esto ocurriera. ¡Cómo iba a pensar algo así! —exclamó apesadumbrado, mientras Víctor seguía callado, contemplándolo cruzado de brazos—. No ves que yo no podía imaginar que os fuerais a acostar, no creía a Silvia capaz de incumplir el contrato, y mucho menos que tú te enamorasas de ella. O que ambos os enamoraseis —puntualizó en un murmullo.

—¿Has acabado, Samuel? —preguntó levantándose del sofá.

—No hasta que encontremos una solución para esto —respondió tajante, negando con la cabeza—. No saldremos de aquí hasta que me perdones, porque mi intención no era dañarte de esta forma y necesito que me creas.

Víctor volvió a sorprenderse al oír las palabras de su hermano implorándole perdón, pidiéndole su remisión. Su cerebro no las había olvidado ni había dejado de darles vueltas desde hacía semanas, desde que se las oyó decir por primera vez.

—¿Sabes que en toda tu vida nunca me has pedido perdón y ahora, en poco más de un mes, lo has hecho en dos ocasiones?

—Lo sé. —Asintió—. Y lo he hecho porque yo no buscaba esto, te lo juro, Víctor. No pretendía verte así y por eso te pido que me perdones. Y si es necesario, lo hago una tercera vez: perdóname, hermano.

Las palabras de Samuel le sonaron sinceras a Víctor, jamás le había hablado de esa forma, mostrando el remordimiento a corazón abierto.

—Si eso es lo que te preocupa, ya lo he hecho, Samuel —aseveró, acercándose a él—. Pero yo no puedo perdonarme a mí mismo —confesó con pesadumbre—. Me pongo en la piel de Silvia y estaría tan dolido como ella. A mí tampoco me gustaría que jugasen así conmigo.

—Tú no sabías que ibas a enamorarte de ella. —Samuel intentó consolarlo.

—Te equivocas. Yo ya sabía que sentía una gran atracción hacia Silvia y que ella despertaba en mí sentimientos, pero, aun así, seguí adelante. —Cerró un instante los ojos y apretó los labios, recordando, cargado de dolor, y agregó—: Y lo hice porque deseaba ganarte, para que me dejases en paz de una puñetera vez. Pensé que ella jamás se enteraría de nuestro ridículo y patético reto —siseó con malestar—. La engañé por partida doble, a conciencia, y eso es lo que no me perdono.

Samuel contempló el suplicio que portaba Víctor y se sintió miserable. Él había sido la mano ejecutora de ese daño que no había llegado nunca a imaginar. El remordimiento le hizo sentir seca la garganta y, antes de seguir hablando, se vio obligado a aclarársela con un suave carraspeo.

—No sé si te aliviará, pero, por mi parte, cumpliré lo acordado; se acabaron mis provocaciones y desafíos para siempre.

Víctor asintió en silencio y dijo:

—Yo estaba esperándote en el salón para hablar contigo, quería comunicarte la decisión que he tomado.

—¿Decisión? —Samuel lo miró confuso.

—He pedido que traspasen el veinte por ciento de mis acciones a tu nombre, tal y como habíamos acordado. —Samuel hizo intención de hablar, pero el gesto de Víctor le pedía silencio—. No he terminado, por favor —subrayó—. He decidido estar un tiempo alejado de los negocios, necesito pensar qué voy a hacer con mi vida. Esto me ha dejado muy descolocado y no me veo con fuerzas para centrarme en nada. Me voy a Nueva York, sacaré billete para la semana que viene. Necesito recolocarme.

—Lo que necesitas es volver a hablar con Silvia y explicárselo todo —replicó su hermano.

—Ya lo hice, y no me cree —respondió Víctor, entristecido.

—¡Pues insiste, joder! —Samuel levantó el tono—. ¿O acaso eres un gallina?

—¿Empezamos de nuevo? —le reprendió con dureza, tanto de palabra como con la mirada—. No vas a cambiar nunca, Samuel, ¿verdad? Nunca vas

a dejar de retarme, nunca vas a entender mi difícil papel en esta peculiar familia, nunca vas a ver que yo siempre he sido el más perjudicado; hostigado por nuestro padre y vapuleado por ti. Yo recibía por partida doble, pero a ti no te dio la gana verlo, era más fácil creer que solo tú eras la víctima, en lugar de admitir que ambos lo éramos. Yo siempre supe que tu papel era ingrato, mucho; aunque el mío lo era tanto o más sin que ninguno reparaseis en ello. —Por primera vez, Víctor le estaba confesando sus sentimientos a su hermano.

Samuel suspiró en silencio, sin dejar de observarlo, contemplando el dolor que acompañaba a sus palabras; esas que contaban hechos que él sabía que eran ciertos. Debía hacérselo saber. Debía revelarle sus sentimientos, los que llevaba años callando. Tragó saliva antes de destapar su corazón.

—Sí lo hice, Víctor —confesó en voz queda, endeble debido al arrepentimiento con el que cargaba—. Lo hice, pero me lo callé. —Bajó la cabeza, avergonzado—. Por eso había momentos en los que deseaba estar bien contigo; sin embargo, nuestro padre no lo quería y...

—Nuestro padre quería que creyéramos desunidos —lo interrumpió de forma brusca, haciendo que Samuel ascendiera la vista con prisa—. Nuestro padre quería que no pudiéramos contar el uno con el otro, que nos sintiéramos solos. Tan solos como él se sentía —explicó, poniendo en su boca las mismas palabras que en su día su psicólogo le había dicho a él; una conclusión que estaba seguro que era cierta.

El silencio se adueñó por unos segundos del ambiente, de los hermanos, de sus sentimientos y resentimientos, de todo cuanto acogían sus almas.

—Lo sé. También lo sé —admitió Samuel, rompiendo la espeluznante mudez y para sorpresa de Víctor, que lo observó patidifuso—. Pero me cegaban sus menosprecios, no podía evitarlo. Pensaba que si le demostraba mi valía todo cambiaría, al fin me dejaría en paz. Lo vencería. Quedaría por encima de él y ya no me menospreciaría más, y a nosotros, dejaría de azuzarnos. Ganaría y me liberaría de él, y eso me permitiría unirme a ti. Por eso no paraba de desafiarte, pero lo hacía buscando el fin de su guerra.

—Pues nunca lo conseguiste. Nunca lo logramos. —Víctor negó una y otra vez con la cabeza—. Y lo más irónico es que murió hace más de seis años y seguimos igual que entonces —siseó molesto—. Yo creí que tú y yo podríamos intentarlo a partir de ese momento, tras enterrarlo, pero hemos

seguido con los ridículos desafíos.

—Víctor, lo he intentado, de verdad —declaró sincero—, pero cuando regresaste de Nueva York dándome lecciones de moral y creyéndote superior a mí, no pude controlarme. No soporto esa actitud tuya de creerte mejor que yo, y ahora, desde mi maldita posición, postrado en esta silla de ruedas, menos que nunca.

—Nunca me he creído mejor que tú, eso es lo que nuestro padre te hizo creer y tú creíste, Samuel. Sin embargo la realidad es otra: yo siempre he sabido que tú eres una gran persona, y sobre todo más valiente de lo que yo seré nunca. De hecho, yo... —se le trabó la lengua—, yo... —Le costaba articular las palabras, unir los sonidos.

—¿Tú qué? —interpeló, sorprendido por lo que acababa de oír e intrigado por lo que a su hermano tanto le costaba decir.

—He precisado de ayuda psicológica tras la muerte de nuestro padre —confesó por fin.

Samuel lo miró pasmado.

—¿Has ido a un psicólogo? —preguntó perplejo.

—Sí. Necesitaba ayuda, no podía cargar más con todo el dolor que arrastraba —contestó, aunque de inmediato se puso en posición de defensa—. Pero no intentes dañarme con eso porque no pienso consentírtelo.

—Desde luego que no voy hacerlo —observó, sin salir aún de su sorpresa y pensando que Filiberto había ejercido con él ese papel. A él también le era imprescindible desahogarse, notar que alguien le tendía una mano. En el último año, hasta Ramón, su fisioterapeuta, había sido fiel oyente y consejero de cuanto vaciaba su alma.

—Ahora ya no podrás aunque lo intentes, hermano, conozco pautas, sé llevar el dolor de otra forma. —Víctor calló un segundo, pensativo—. Aunque no existe una norma o modelo que ayude a sobrellevar el peso de lo que hemos hecho, las consecuencias de este último desafío. Porque ¿qué hemos logrado con él, Samuel? —preguntó resentido.

Su hermano agachó la cabeza sintiendo un punzante y doloroso penar en su interior. La respuesta a esa pregunta era tan triste como despedazadora.

—Hacer daño a quien no se lo merecía —contestó con apuro.

—Exacto. Dañar a una tercera persona, a una persona maravillosa. Una mujer increíble que no tiene culpa de nada de lo que haya ocurrido entre nosotros, en nuestra melodramática vida. Una hermosa mujer de la que estoy enamorado. —Víctor aspiró el aire con tanta fuerza que sintió que el alma le escocía.

—Desde luego que Silvia es una mujer fantástica que ha cambiado nuestras vidas —corroboró Samuel, levantando la cabeza—. De no ser por ella, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación, no nos estaríamos sincerando el uno con el otro —reconoció con amargura—. He sido un auténtico necio, yo también siento cariño por ella y la he dañado. Todo ha sido por mi culpa, ¡joder! —se maldijo para sus adentros.

Víctor, sin apartar la vista de su hermano, asintió antes de opinar.

—No voy a rebatirte ni una sola palabra porque cuanto has dicho es cierto. Por ella nos hemos abierto y nos hemos atrevido a hablar del daño que nos hicieron y nos hicimos. Y nosotros, como agradecimiento, le rompemos el corazón. —Sopló desasosegado—. Los dos somos un par de cretinos integrales.

—Unos capullos de marca mayor, sin duda —reafirmó Samuel.

—Y yo, además, no sé qué voy a hacer sin ella. La amo. —Su voz se terminó quebrando.

—Ya te he dicho lo que debes hacer. Habla con ella, no seas un puto cobarde —insistió una vez más.

—¡Samuel! —le amonestó con dureza. De nuevo estaba utilizando esa vía tan habitual para él, la del desafío—. Tus retos han llegado a su fin, hermano. Hicimos un trato y debes cumplirlo, te cueste o no —afirmó categórico.

—Lo haré, lo haré —aclaró sin tardanza—. De verdad que mi intención al pedirte hablar con Silvia no era retarte. Tan solo opino que deberías volver a intentarlo; yo en tu caso lo haría, Víctor.

—¿Que tú lo harías? —inquirió sin poder creer lo que estaba oyendo—. ¿Cómo? ¿Como hiciste con Judith? —le reprochó con severidad.

—No metas a Judith en esto, Víctor —repuso molesto, con la mandíbula en tensión.

—Cómo que no. Ahuyentaste a Judith, la echaste de tu vida, y cuando te diste cuenta de lo mucho que la cagaste, no hiciste nada por recuperarla —explicó cabreado—. ¿Y quieres darme lecciones a mí? ¿Tú pretendes darme lecciones? —preguntó en grito, clavando la mirada en las retinas de Samuel como un arma ofensiva, puntiaguda y cortante—. Pues aplícatelas a ti primero, hermano, porque si tuvieras agallas lo habrías hablado con ella hace tiempo. Ya le tendrías que haber dicho que sigues enamorado. Eso es lo que deberías haber hecho en lugar de montar un teatrillo de boda a través de un contrato de mierda que solo ha servido para dañar a otra persona —escupió airado—. Tú querías tener a alguien a tu lado, y la mujer de tu vida estaría contigo si no te compadecieras tanto de ti mismo por tu enfermedad, apartando de ti a los que te quieren —concluyó con rigor.

Samuel agachó de nuevo la cabeza, era incapaz de soportar los censuradores ojos de Víctor, que actuaban como machetes hincándose en su carne. Además, no sabía de qué manera rebatir lo expuesto por su hermano, no podía defenderse porque todas y cada una de las palabras vertidas por su boca eran ciertas. Desde su enfermedad, él se menospreciaba más que nadie, tal y como había apreciado Silvia, y por eso apartó a Judith de su lado. Ella lo abandonó porque no le dejó otra opción, pero él la seguía amando y no había sido capaz de mover un dedo por recuperarla, aun sabiendo que ella regresaría con él en cuanto se lo propusiera, en cuanto le dijera que nunca había dejado de quererla.

Sin ser capaz de levantar la vista y con voz débil, Samuel añadió:

—Entonces no cometas el mismo error que yo, por favor, Víctor.

—No —pronunció tajante su hermano—. No voy a hablar con Silvia porque no quiere saber nada de mí, y no pienso crearla más dolor ni angustia —aseguró con una sinceridad implacable—. En unos días me marcharé a Nueva York, a ver si poniendo tierra de por medio soy capaz de retomar mi vida.

—¡Joder! No solo vas a poner tierra de por medio, sino todo un océano —replicó Samuel ascendiendo la cabeza, mirando a su hermano con tanta tristeza como sentimiento de culpabilidad.

—Espero que eso sea suficiente; a día de hoy, lo dudo —admitió afligido—. Creo que aunque me marchase a la luna nunca podría separar mi alma de ella.

—Víctor...

—No quiero hablar más —le cortó, alzando la voz, y Samuel calló al instante. Víctor intentó sosegar y dijo—: Y ahora, si me permites, necesito asearme y que me dé un poco el aire. Por favor, apártate para que pueda salir.

Samuel movió la silla de ruedas hacia delante para desbloquear la puerta del salón. Víctor salió de forma apresurada, con un dolor insondable que le consumía hasta los tuétanos. Pese a que había pasado algo más de un mes, aún le dolía en exceso hablar de Silvia, más todavía asimilar que había perdido a la mujer que amaba, a la única que le había entregado su corazón.

Días después, Filiberto, que conocía el resultado del encuentro entre los hermanos Alvarado, y viendo que la partida de Víctor a Nueva York era inminente, decidió extralimitarse en sus funciones con la intención de enmendar la situación. Con precaución para que nadie lo viera, entró en el despacho de Samuel y husmeó en el singular contrato para encontrar la dirección de Silvia y su teléfono. Aunque en realidad ese número no era el de ella, sino el de Lara, pero él desconocía ese pequeño detalle. Durante unos minutos se debatió entre llamar o ir a verla. Al final se decantó por lo primero, prefería llamarla antes que presentarse en su casa de improvisado. Era mejor idea acordar una cita con su beneplácito, así hablarían cara a cara y con calma. Sin dudar, en la seguridad de su habitación, donde nadie podía escucharlo, marcó y esperó paciente a que Silvia descolgara.

—¿Quién es? —preguntó una desconocida voz al otro lado.

—Disculpe, ¿la señorita Silvia Ribas? —Filiberto, confuso, pensó que igual se había equivocado al marcar.

—No, yo soy Lara, su amiga. ¿Y tú quién eres? —interpeló intrigada.

—¡Ah, la señorita Lara! Soy Filiberto, trabajo para los hermanos Alvarado. No sé si me recordará.

—¡Anda, Filiberto! —expresó con sorpresa—. Claro que te recuerdo, tu nombre no puede olvidarse así como así, es muy peculiar —añadió con su habitual espontaneidad—. ¿Y qué quieres?

—Pues verás, quería hablar con la señorita Silvia, aunque preferiría hacerlo en persona —respondió—. De modo que llamaba para ver si le apetecía y, de ser así, cuándo y dónde podíamos vernos.

—Ahora Silvia está viviendo en mi casa... y te garantizo que no está pasando por uno de sus mejores momentos —expuso entristecida.

—Me imagino. —Suspiró apenado—. ¿Sabe si querría hablar conmigo? Es muy importante —aseguró con gravedad.

—En este momento no está en casa, sino buscando trabajo, repartiendo currículos, ya sabes... —Hizo una pausa—. Pero si vienes esta tarde a partir

de las seis la encontrarás aquí.

—Ya, pero presentarme sin que lo sepa de antemano, no sé...

—Yo le puedo decir que vas a venir. Además, no creo que tenga problema alguno en hablar contigo —dijo convencida.

—Perfecto. Entonces esta tarde me paso por ahí. ¿Le importa darme la dirección?

—No, claro, apunta.

Filiberto anotó la dirección, le dio las gracias a Lara, colgó y regresó a sus quehaceres. Pasó el día deseando que llegara la hora de hablar con Silvia, y a la vez, temiendo su actitud y respuesta. Casi a las cinco y media de la tarde, alegó tener que resolver unos asuntos y se marchó de casa de los hermanos Alvarado. El taxi solicitado ya lo aguardaba abajo cuando llegó a la calle. Filiberto entró en él y abandonó Diagonal Mar con dirección al barrio de la Barceloneta.

No eran todavía las seis cuando tocó el timbre del piso de Lara, que le abrió la puerta con una sonrisa y, de golpe, le anunció no haber mencionado a Silvia nada acerca de su visita; se le había olvidado. Ese desconocimiento por parte de ella puso a Filiberto más nervioso, pues pensó en la posibilidad de que pudiera molestarle su presencia. No obstante, ya estaba allí y no podía marcharse. Tanto para bien como para mal, debía enfrentarse a las consecuencias de su acto de intromisión.

Al entrar en el pequeño salón de aquel piso viejo y algo desconchado, se encontró a Silvia tumbada en el sofá, casi hecha un ovillo. Con esa postura parecía una persona desvalida, alejada por completo de su carácter y vitalidad, y le hizo sentir pena. Silvia, en un principio, se quedó paralizada al verlo, algo aturdida al ser una visita inesperada. Sin embargo, se sacudió con rapidez su sorpresa, se incorporó y se levantó para saludarlo. Aunque, sin poder evitarlo, el saludo acabó en un abrazo; ambos se habían cogido afecto después de convivir unos meses.

Tras la calurosa bienvenida, Silvia le solicitó a Filiberto sentarse y él lo hizo de inmediato. Lara le ofreció una bebida; el hombre, con su habitual cortesía, la aceptó. Y en ese momento, con la tensión inicial disipada, su mirada contempló con atención a Silvia. Estaba cambiada. Su aspecto era distinto, desmejorado, más delgada, ojerosa, con una mirada que desprendía

tristeza a raudales... No había que esforzarse para percibir su sufrimiento, saltaba a la vista de forma notable.

—¿Qué te trae por aquí? O mejor dicho, ¿cómo sabías que estoy viviendo aquí? —inquirió ella con curiosidad.

—Yo le he dado la dirección —atajó Lara, y se marchó a por el refresco.

—Es cierto, hablé con ella por teléfono y me la dio.

Tras un torcimiento de boca que denotaba cierta desaprobación, Silvia sintió la necesidad de saber de alguien. Observó a Filiberto, sabía que él podía saciar su curiosidad, y, sin más dilación, le preguntó:

—Y Linda, ¿cómo está?

—¡Oh, bien! Su perrita está muy bien —contestó él—. No se preocupe por ella.

—Vale, me alegro. —Suspiró y, envuelta en el mutuo silencio, vaciló antes de continuar—. Y ahora, Filiberto, dime para qué quieres verme. Y espero que no te haya mandado Samuel o Víctor —anunció a la defensiva.

—No, desde luego que no —respondió con rapidez—. De hecho, ellos no saben que estoy aquí y me gustaría que siguiera siendo así, que esto quedase entre nosotros —le propuso.

—Por mi parte nadie lo sabrá, tienes mi palabra —aseguró, y esperó expectante la explicación de su visita.

—Estoy aquí porque necesito hablar con usted —anunció solícito.

—Pues empieza porque me tienes en ascuas.

—Verá, sé que no es un asunto de mi incumbencia y no quiero que piense que me meto en lo que no me importa, pero me duele demasiado ver al señor Víctor tan desolado. —Exhaló una bocanada de aire—. Me consta que está enamorado de usted, señorita, muy enamorado. Me lo confesó a su regreso de Nueva York.

—Jugó conmigo —subrayó Silvia con celeridad, notando sangrar de nuevo la herida que día a día trataba de cerrar.

—No trato de defender su actuación, de verdad, solo quiero que se dé cuenta de que la ama. Está hundido desde que la ha perdido —dijo en voz queda.

—Y yo herida en mi amor propio. Mucho —señaló molesta.

—Lo sé, lo imagino —afirmó Filiberto, que percibía lo afectada que estaba Silvia—. Yo venía a pedirle que vuelva a hablar con él, que intenten darse una oportunidad, y que lo haga antes de que Víctor se marche a Nueva York. Quiere apartarse de los negocios por un tiempo para intentar reponer su alma y ha decidido marcharse de aquí —explicó bajo la atenta mirada de Silvia, que no demoró su respuesta.

—No puedo, Filiberto. —Sacudió la cabeza—. El dolor que siento es tan grande que me impide ceder, aunque tú no lo puedes entender. —Un sollozo le agitó la voz.

—Yo solo entiendo que somos humanos, que a veces nos equivocamos y herimos sin pretenderlo.

—Una cosa es equivocarse y otra cometer un error intencionadamente —puntualizó en tono de regañina—. Porque eso es lo que ha hecho Víctor conmigo, herirme a conciencia.

Filiberto suspiró en silencio y meditó unos segundos.

—Mire, señorita Silvia, el amor suele ser como las rosas. Las rosas son las flores más bellas que existen, y el amor la más bella de todas las pasiones. Pero al igual que las rosas, por desgracia, el amor tiene espinas, y algunas de ellas pueden clavarse muy profundamente. Aun así, aunque las espinas de una bella flor nos dañen y nos hagan sangrar, nos siguen gustando las rosas. Pues con el amor sucede lo mismo, inevitablemente, nos causa dolor, pero merece la pena vivirlo —confirmó sin apartar los ojos de ella—. No lo mate sin darle una oportunidad —le aconsejó con ternura, poniendo la mano encima de la suya—. Hágame caso, por favor.

—No puedo, Filiberto, de verdad —volvió a insistir, notando que le faltaba el aire—. Ahora mismo no sé si siento más rencor que amor. El dolor me tiene muy confundida.

—Intente posar el dolor y perdonar, recuerde que todos erramos. Y quien esté libre de culpa, que tire la primera piedra —expresó levantándose, a la vez que Lara llegaba con el refresco.

—¿Te marchas? —le preguntó Lara sorprendida.

—Sí, me voy ya. Siento las molestias por el refresco que al final no me voy a tomar.

—No te preocupes por eso, me lo beberé yo —dijo, pensando que a lo mejor había dejado pasar mucho tiempo con la intención de que hablaran a solas.

—Gracias por venir, Filiberto —añadió Silvia, levantándose también—. Sé que lo has hecho con la mejor intención, aunque espero que me entiendas.

—Entiendo a todas las partes, y desearía que todas las partes se entendieran entre sí —declaró de forma sabia, con cariz amable en la voz.

Filiberto se despidió, salió del salón y se marchó de casa de Lara sintiéndose frustrado en su cometido. Sin embargo, no quería perder la esperanza de haber sembrado algo bueno en lo más hondo del corazón de Silvia. Quería pensar que sus palabras al menos habían llegado dentro de ella, quizás no al fondo, pero sí a las inmediaciones de su corazón; le valía con que fuera en un lugar donde hubiera cabida para el perdón y la oportunidad. De haberlo conseguido, sabía que, tarde o temprano, terminaría germinando.

Lara observó a Silvia, que no había dicho ni una palabra desde que Filiberto se había marchado. Tan solo estaba cabizbaja, pensativa, absorta en una meditación que le aislaba de cuanto la rodeaba en ese momento.

—Silvi, ¿me permites darte un consejo, flor? —preguntó con cautela, rompiendo el mutismo y las reflexiones de su amiga.

—¿Cuál? —demandó ella sin levantar la vista.

—La tristeza es una mala compañera que a veces ofusca. De modo que pon las cosas en perspectiva y date la oportunidad. No te cierres en banda, no te encabezones —le aconsejó en un ruego.

—No puedo hacer más de lo que hago. —Ascendió la vista—. ¡No puedo, vale! —exclamó con un timbre más elevado. Los ojos se le velaron y en su cara se fraguó un constreñido gesto que supuraba dolor.

—Vale, vale, tranquila, no quiero que te alteres. —Lara la envolvió con los brazos, arrojando su tribulación. Silvia se abrazó a ella de forma desesperada, con angustia. De manera inevitable, las lágrimas saltaron a su rostro, y terminó llorando.

Víctor no podía dejar de pensar en Silvia. Lo intentaba, pero no lo lograba. Lo hacía cada día, aunque sin ningún resultado. Además, su apartamento le recordaba a ella continuamente. Mirase donde mirase, cada estancia, cada rincón, cada centímetro cuadrado de la vivienda le hacía recordar aquellos maravillosos días en los que se amaron apasionadamente. De esa forma todo se hacía más difícil de llevar, pero, a la vez, y casi de forma masoquista, quería permanecer entre esas paredes, pues aquel era el único lugar que le unía a Silvia, el único que contenía sus recuerdos.

Como cada mañana desde que había llegado a Nueva York, salió a correr por Central Park. Solo durante ese tiempo lograba no pensar en nada. Echaba a correr con el viento de cara y corría y corría hasta desgastarse. Cuando paraba estaba fatigado hasta el extremo, y en más de una ocasión creyó que el corazón iba a reventarle. Una vez que retomaba el aliento, regresaba a su apartamento, esta vez a un paso ligero en lugar de extenuante, pero del mismo modo: sin fijarse en nada ni en nadie, como si el mundo hubiera dejado de existir. Dado que Víctor llegaba con la ropa deportiva pegada al cuerpo por el sudor, se iba directo al baño, se desnudaba y tomaba una ducha. Allí pasaba largo rato, bajo los chorros del agua, con las manos apoyadas en los azulejos, la cabeza agachada y los ojos cerrados, apretando con fuerza los párpados con la idea de no ver para no sentir. Sin embargo, mientras el agua tibia le recorría el cuerpo, el mundo volvía a existir. Todo lo sucedido regresaba de golpe a su mente con el mismo vigor y contundencia que una pedrada en la sien. No lograba despojarse de la tensión, del doloroso recuerdo de haber perdido a Silvia; era inútil porque nunca la borraba de su memoria.

Tras consumir un día del todo rutinario, Víctor se marchó a dormir. Como de costumbre, le costaba conciliar el sueño por la pena tan honda que le inundaba, pero después de dar unas cien vueltas en la cama, al final claudicó a Morfeo. Al despertar, como desde hacía casi tres meses, la primera imagen que acudió a su mente fue la de Silvia. Aunque no solo pensaba en ella cada mañana, también lo hacía a mediodía, por la tarde y por la noche; no podía parar de pensar en ella a todas horas, era imposible e inevitable. Tan inviable como retomar su vida encontrándose así de descentrado. Llegado a

ese punto, Víctor solo se regodeaba en un único pensamiento, tan recurrente como anhelado: poder estar al lado de Silvia y amarla eternamente.

Víctor se ajustó la chaqueta deportiva y salió otro día más a correr por Central Park. La primavera ya se había abierto camino en la ciudad y las flores eclosionaban llenándolo todo de color. Corriendo a galope tendido por uno de los senderos, intentando machacar sus músculos con el propósito de liberarse del dolor que le oprimía, llegó al jardín de Shakespeare, un precioso parterre que recibía el nombre del famoso dramaturgo y poeta inglés. El corazón le palpitaba a mucha más velocidad de la permitida, le retumbaba por la sien, por todo el cuerpo, sin excepción. Empezó a sentir los gemelos tan duros que parecía que los músculos se hubieran solidificado. De seguido, comenzaron a dolerle como nunca, y las zancadas largas y veloces variaron a cortas, después a lentas, hasta que se vio obligado a parar. Víctor no tenía más resistencia, la había consumido entera. Fatigado, prácticamente exhausto, comenzó a hiperventilar. De súbito, se sintió mareado y las rodillas se le doblaban por el gran esfuerzo que acababa de hacer. Sin tiempo de buscar un lugar para sentarse, se dejó caer en el suelo, sudando y tembloroso, y en él permaneció hasta encontrarse mejor. Cuando percibió que tenía la suficiente estabilidad, se levantó y se acercó a un banco donde se sentó a descansar hasta reponerse. En medio del reposo, su olfato captó el perfume de las flores, una fragancia con infinitos matices que le hizo recordar el aroma que desprendía Silvia, aquellas notas florales impregnadas de femineidad que destilaba su cuerpo. Entonces, por primera vez desde que iba a correr cada mañana, se fijó en la gente que ocupaba el lugar; personas haciendo *running* o simplemente dando una vuelta, padres jugando con hijos, jóvenes paseando perros o patinando, parejas de enamorados cogidos de la mano y besándose de vez en cuando, exudando amor. Eso le hizo recordar con más pujanza el satinado tacto de la piel de Silvia, el sabor de sus labios, su feliz risa, la dulzura de su mirada, su pasión, su manera de bromear... A Víctor le faltó el aire de nuevo, aunque esta vez por pura añoranza y anhelo. Y observando a la gente, a las parejas, a la vida, un latigazo lleno de pesadumbre y desesperación le azotó el cuerpo, y lo hizo tan hondo que le alcanzó el corazón. Se sintió más desgraciado que nunca, pues, estando aislado, como se había autoimpuesto, no presenciaba situaciones que aumentaran su perjuicio por hacerle desenterrar recuerdos. Decidió marcharse de inmediato; cuanto menos viera, menos detrimento le causaría. Con la cabeza baja y arrastrando los pies, puesto que le costaba sostener el dolor que aportaba un corazón

flagelado y un alma rota, Víctor se marchó a casa.

Al llegar, entró en la ducha, como cada día. Sin embargo, en esta ocasión sus pensamientos se revelaron, le pidieron una actuación en lugar de su habitual compasión. Le gritaron que debía hacer algo, al menos intentarlo. Quizá debía hacerles caso, porque su corazón estaba roto, pero él no hacía nada para aliviarlo. O sí lo había hecho, pensó. Se había autoimpuesto la lejanía, una distancia lo suficientemente larga, de miles de kilómetros, que le impidiera volver a verse con Silvia, la mujer que se había quedado con los pedazos de su corazón. Esa había sido su única actuación: huir. Tenía que estar luchando por la mujer que amaba, no alejándose de ella. Debía convencerla de cuánto la quería, de lo arrepentido que estaba por el daño ocasionado, arrodillarse si era necesario, llorar para conseguir su perdón..., pero no huir. Estaba perdiendo a la mujer de su vida por no intentarlo, cómo podía ser tan estúpido, se preguntó con rabia.

Con rapidez, Víctor salió de la ducha, envolvió una toalla a sus caderas y fue a por el móvil. Había tomado una decisión y pensaba llevarla a cabo hasta sus últimas consecuencias, fueran las que fuesen.

Silvia llegaba muy cansada a casa de Lara. Había sido un día agotador de búsqueda de trabajo, aunque venía contenta porque en una cafetería le habían asegurado que la llamarían. Dado que la temporada turística estaba a la vuelta de la esquina, la demanda de camareros, como era obvio, se ampliaba. Si bien ella era prudente y nunca vendía la piel del oso antes de cazarlo. Por eso, y a pesar de sentirse contenta, prefería comedir su felicidad hasta firmar el contrato.

Cuando entró en el salón no pudo dar crédito a lo que vieron sus ojos. Se quedó boquiabierta, sorprendida, aturdida, pasmada... El lugar de paredes descascarilladas se había convertido en un hermoso jardín lleno de flores de todo tipo, repleto de color y fragancia.

—¡Lara! —chilló Silvia sin salir aún de su asombro. Su amiga apareció por la otra punta, por la puerta que daba a la cocina, sonriendo sin parar—. ¿Qué es todo esto?

—Flores. Un montón de flores —contestó feliz.

—Ya veo que son flores, no estoy ciega.

—Pues lo parece, porque acabas de preguntarme qué son.

—Vale, formularé la pregunta correcta: ¿qué hacen todas estas flores aquí? —interpeló con aspavientos.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Eso me lo tendrás que decir tú, porque son para ti —aclaró, acercándole un sobre.

—¿Para mí? —preguntó desorientada.

—Eso he dicho. No estás ciega ni sorda, doy fe —añadió bromeando, estirando de nuevo los labios.

Silvia cogió el sobre sin entender nada y sacó la tarjeta que había dentro. Nada más ver la rúbrica que ponía de manifiesto el nombre del remitente, el corazón se le encogió. Aunque todavía se le comprimió más leyendo dicha tarjeta: «Por favor, perdona a este gilipollas que está perdidamente enamorado de ti. Hablemos, te lo ruego. Víctor».

—Son de Víctor —bisbiseó.

—Ya lo sé —afirmó Lara, ensanchando la sonrisa.

—Y ¿cómo sabe la dirección? También se la has dado tú, ¿verdad? —sonó a reproche.

—Pues sí, se la he dado yo, Silvi. Esta es mi casa —recalcó, pero sin ningún tipo de acritud—. Víctor ha regresado de Nueva York y se quedará unas semanas. Me llamó, me dijo que necesitaba hablar contigo, que lo ayudara, y eso estoy haciendo. —Asintió—. Quería mandarte un ramo de flores con el que disculparse y pedirte que hablaras con él. Lo que no me dijo es que pensaba enviarte la floristería entera. —Se carcajeó.

—A mí no me hace gracia, Lara.

—No tiene por qué hacértela, solo debes disfrutar de las preciosas flores y hablar con él. No me dirás que todo esto —señaló los ramos y centros— no es como mínimo para darle las gracias. ¡Vamos, flor! No te das cuenta de que tú eres la verdadera flor entre todas las flores —añadió entre risas.

—¡Ja, ja, ja, qué risa me da! —canturreó, burlándose con sarcasmo—. No sé si estrangularte o ahogarte, de verdad, Lara —comentó un tanto sulfurada.

Pasados unos segundos, la incipiente irritación de Silvia mutó a serenidad. Amparada en esa calma observó con detenimiento las flores que

habían tomado el salón. Casi sin darse cuenta, se acercó hasta un precioso ramo de rosas rojas, su flor favorita, y olió su fragancia, el maravilloso olor que desprendía.

—¡Anda, si te encantan, Silvi! No te hagas la dura, joder —le recriminó su amiga.

—Vale, me gustan, sí —respondió, volviendo a aspirar el aroma de las aterciopeladas flores.

—Y el que te las ha mandado también te gusta mucho.

—Ese es un tema bastante espinoso aún —contestó tensa, contemplando las puntiagudas púas que emergían del tallo de las rosas, recordando el símil que había utilizado Filiberto.

—Han pasado más de tres meses, Silvi, debería ser un tema olvidado —le recriminó—. Borrón y cuenta nueva; en vuestro caso, inicio nuevo. —Lara esperó una respuesta de su amiga, pero Silvia no habló, no levantó ni siquiera la vista de las rosas, y ella insistió—. ¿No ves que Víctor te ama?

—Mi visión está emborronada por el dolor —advirtió, dirigiendo la mirada hacia Lara.

—Con el tiempo transcurrido y la claridad de los sentimientos de Víctor, ese dolor ya debería estar borrado y finiquitado.

—No me agobies, Lara. —Elevó el tono, regañándola—. No tienes derecho a decirme qué debo hacer —expresó seria.

—Perdóneme usted, no era mi intención —se disculpó de forma sarcástica—. Tan solo trato de que seas feliz, pero disculpa mi atrevimiento —declaró a la defensiva.

Entre las dos se instaló un inmediato silencio que las invitó a meditar. Lara pensó en lo terca que estaba siendo su amiga; no podía cerrarse en banda así, comportándose como un ser irracional. Mientras tanto, Silvia cavilaba la decisión a tomar. Se encontraba en un punto en el que no sabía qué hacer. Se debatía entre dos opciones: llamar a Víctor para darle las gracias, sin más; o darle las gracias y, además, dejarle hablar. Los pros y los contras forcejeaban entre sí una y otra vez sin aclararle nada. Lo único evidente era que sus dudas las había terminado pagando su amiga, algo injusto.

—Perdona, lo siento, Lara —se lamentó, acercándose a ella y abrazándola—. No quería hablarte de esa forma. Discúlpame tú a mí.

—Disculpada. Pero al menos, y sabes que llevo razón, debes llamar a Víctor y darle las gracias. Luego ya decidirás si quieres o no hablar más con él.

—Es cierto, llevas razón. Lo llamaré para darle las gracias por las flores.

—Eso está mejor. —Sonrió separándose de ella—. Y, hablando de llamadas, ¿sabes quién me ha llamado hoy a mí? —Arqueó las cejas.

—No, ¿quién? —demandó Silvia con curiosidad.

—Alejandro, el amigo de Víctor —anunció envanecida.

—¡Alejandro! ¿Y qué quería?

—Salir conmigo —respondió orgullosa.

—¿Salir contigo?! —expresó sorprendida—. ¿Y qué le has contestado? —interpeló Silvia veloz.

—Que no podía, que ya estaba saliendo con alguien. —Gesticuló un mohín.

—¿Y por qué le has mentado? —Silvia se quedó confusa.

—No le he mentado, flor —contestó, estirando los labios de forma pícara—. Estoy saliendo con Rafa, mi encargado —reveló sin parar de sonreír.

—¡¡¡Cómo!!!

—Lo que has oído —resolvió casi riendo.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué no me lo has contado? ¿Desde cuándo sales con él? —Silvia no daba de sí a formular preguntas.

—¡Eh, para y toma aire que te vas a asfixiar, Silvi! —Se echó a reír—. No te lo he contado antes porque ocurrió el mismo día que estalló lo de Víctor y Samuel. Entiéndeme, no creí que fuera el momento apropiado para decírtelo.

—¿Tres meses? ¿Llevas tres meses saliendo con tu encargado? —preguntó su perplejidad.

—Tres meses y casi una semana, flor —adicionó, exultante de felicidad.

—¡Caray, qué sorpresa!

—Sí, eso mismo me ha dicho Alejandro. —Chasqueó los labios—. Es más, ha añadido que si lo llega a saber me hubiera llamado mucho antes.

—¡Vaya! —Silvia silbó—. Ahora que te llama un tío rico tú estás pillada por otro —dijo en tono jocoso.

—¡Hija, qué le vamos a hacer! Mi Rafa no será tan guapo ni tendrá mucho dinero, pero en la cama no tiene precio. ¡Buf! —Sopló, abanicándose con la mano. Las dos se echaron a reír—. ¡Mujer! —exclamó elevando los brazos al cielo—. Es la primera vez que ríes en estos meses, florecilla. ¡Cuánto me alegro! —avisó con dicha.

—Y yo —asintió Silvia, sin apartar la sonrisa que últimamente había dejado de rondar por su cara.

Ambas se abrazaron con ganas y fuerza, felices, contentas... Cada una con pensamientos distintos en la cabeza, aunque de manera similar. Lara creyendo que Silvia debía hablar con Víctor, no podía cerrar de esa forma la puerta que el amor le había abierto; y Silvia, en cambio, pensando qué hacer con sus sentimientos, su lastimado orgullo los mantenía perdidos en un mar de confusión.

Unos días después de que las flores mandadas por Víctor hubieran acaparado todo el salón de Lara, Silvia decidió llamarlo. Al menos debía dar la cara, no era de esas personas que escondían la cabeza bajo tierra como los avestruces. Siempre había sabido enfrentarse a los problemas y ya llevaba muchos meses huyendo de ese. No obstante, el dolor al que había tenido que hacer frente se lo había impedido, la batalla que se libraba en su interior la imposibilitaba para dar un paso. Aunque también era consciente de que Víctor se había filtrado en sus venas de tal manera que, a menos que se las arrancase, no iba a deshacerse de su recuerdo, de él. A ratos ni siquiera sabía si quería olvidarlo o perdonarlo y amarlo. Amarlo para siempre. Pero el latente dolor le impedía tomar una decisión, la llenaba de ansiedad, la asfixiaba. Nunca habría imaginado que el amor, enterrado en medio de un querer y no poder, lacerase tanto; no quería recordar a Víctor pero era imposible olvidar lo que sentía por él. Eran sentimientos de ardua asimilación, complejos, de los que desesperaban y acababan destrozando el corazón. Simplemente, eran aniquiladores.

Antes de hacer aquella llamada que tenía pendiente, se acercó a la habitación que compartía con Lara y sacó la cajita con el anillo que él le regaló en Nueva York. Se encontraba dentro de otra caja mayor donde, ante todo, guardaba recuerdos de su padre, fotos y algún objeto que simbolizara y representara algo importante para ella. En una medida mucho menor, bastante escasa, también había cosas de su madre. La llamaba «la caja de los recuerdos que hay que olvidar». Un nombre curioso por la contradicción que presentaba, pues, si conservabas algo, era precisamente con la intención de no querer olvidarlo.

No había vuelto a ver el anillo desde que todo acabara entre Víctor y ella, no había podido, no se sentía preparada. Pero ahora creía que había llegado el momento de hacer frente al pasado; habían transcurrido más de tres meses. Abrió la cajita despacio, casi con miedo, y lo observó. Sus ojos se velaron mientras lo admiraba, a la vez que recordaba los maravillosos días que compartieron y el amor que Víctor despertó en ella. Grande, intenso, hondo, vehemente... Uno como jamás había vivido antes y que, creía, era

correspondido por él con idéntica intensidad. Sintió un profundo dolor al leer la grabación en su interior «Quédate conmigo», y, de forma irremediable, una lágrima saltó a su mejilla. Limpiándosela con urgencia, Silvia lo guardó de nuevo en su cajita, la cerró, volvió a exiliarla a la caja de los recuerdos que pretendía ignorar, aunque no lo lograba, y se marchó al salón.

Suspirando hondo, llenando los pulmones de aire entretanto hacía acopio de coraje, marcó el número de Víctor. Con el cuerpo tembloroso, hecho un manojo de nervios, esperó a que descolgara.

—Hola, Silvia —contestó Víctor algo trémulo, con cierto nerviosismo también.

—Hola y gracias —dijo ella de manera seca.

—Las gracias me imagino que serán por las flores, ¿verdad?

—Imaginas bien. —Volvió a ser parca en palabras.

—Veo que no te apetece hablar y puedo entenderlo, Silvia. Pero yo necesito que me escuches, por favor.

—Pues habla —contestó, una vez más de forma escueta.

—No creo que sea una conversación para hablar por teléfono, sino en persona —aseveró Víctor con templanza.

—¿Y por qué no podemos hablarlo por teléfono? —preguntó alterada. No sabía si quería verlo, si podría soportarlo, si estar frente a él no haría todo mucho más doloroso de lo que ya estaba siendo oír su voz. Su suave y ronca voz que tanto le gustaba.

—Porque estas cosas son para explicarlas con calma y cara a cara —aclaró él, rogando a Dios que accediera a su petición.

Silvia suspiró en silencio mientras meditaba qué hacer, qué respuesta darle.

—Silvia, te lo ruego, dame al menos una oportunidad —insistió con el mismo tono suplicante.

—Está bien —accedió al cabo de unos segundos—. Dime cuándo y dónde nos vemos.

El corazón de Víctor aplaudió ilusionado. Para él se acababa de entreabrir una puerta a la esperanza, y se sentía dichoso. Aunque sabía que el hecho de verse no significaba que Silvia fuera a tenderle los brazos para que él se

acurrucara en su pecho, pero al menos debía reconocer que era un paso en la buena dirección.

—Si quieres puedo acercarme a casa de Lara hoy mismo, cuando a ti te venga bien —respondió más animado.

De nuevo Silvia calló, pensando. Miró el reloj; eran casi las siete de la tarde.

—Vale, puedes venir cuando quieras. Por hoy ya no voy a salir de aquí.

—En menos de media hora estoy allí —dijo Víctor presuroso—. ¡Hasta ahora! —Colgó.

Silvia se sentó para intentar calmar los nervios que la estaban agitando de forma bárbara. En pocos minutos estaría frente a Víctor, lo volvería a ver y no sabía de qué manera le iba a afectar. Tan solo hablar con él la tenía temblando, ¿qué ocurriría cuando lo tuviera a su lado? Cavilando en lo que se le avecinaba, terminó arrojando su cuerpo en el sofá; se sentía anímicamente agotada, sin fuerzas.

Víctor se presentó en casa de Lara en menos de veinte minutos, estaba deseoso de ver a Silvia. Tanto, que su corazón palpitaba descontrolado, cabalgaba en el pecho cual caballo salvaje, indomable. Pero todavía fue peor cuando ella le abrió la puerta y se encontró frente a su hermoso rostro, que denotaba el sufrimiento vivido. Ahí su corazón hizo intención de escapar por la boca para postrarse a sus pies, para gritarle cuánto la amaba, cuánto sangraba por el daño ocasionado y pedirle perdón un millón de veces.

Silvia notó un vertiginoso mareo al verse de nuevo con Víctor. El aire se negó a entrar en sus alveolos y la sangre comenzó a regurgitarle con tanta violencia que el corazón se le desbordaba. Tenerlo a su lado era igual de agresivo que una bravía ola en alta mar, en medio de la tempestad. Una ola gigante que te engullía, te arrastraba y dejaba tu cuerpo a su merced, haciendo que fueras incapaz de defenderte de su fiereza por mucho que luchases.

Tras un breve saludo, Silvia le indicó a Víctor que pasara y, en un silencio sepulcral, ambos llegaron al salón, donde tomaron asiento.

—¿Qué tal estás? —preguntó Víctor, interrumpiendo el incómodo mutismo que les ensordecía los tímpanos.

—Bien —contestó ella con sequedad—. Aunque he tenido épocas mejores —añadió de seguido—. Y, por favor, Víctor, no hagamos esto más difícil de lo que es. Arranca a hablar de una vez y dejémonos de banalidades —declaró emulando firmeza, pese a su asfixiante nudo interior.

Víctor contempló sus ojos brunos, grandes y almendrados que le tenían cautivado, prendado por entero. Con disimulo, se aclaró la garganta, a la vez que intentaba templar los nervios y rogaba toda su ayuda al universo.

—Silvia, sé que ya te lo he dicho muchas veces, pero una vez más te pido perdón —declaró sincero.

—Sí, es cierto, eso ya me lo has repetido bastante —advirtió con desánimo.

—¿Y puedes hacerlo? ¿Puedes perdonarme? —preguntó temeroso.

—Aún no tengo una respuesta para eso, lo siento —contestó recelosa, apretando los labios y bajando la cabeza.

Víctor, percibiendo de forma clara su sufrimiento, la observó dolido. Con rapidez, meditó de qué forma hacerle entender lo que ella suponía para él y cuánto la amaba.

—Tú has cambiado todo mi mundo, Silvia —expresó de manera tierna—. Me has hecho sentir cosas que ninguna mujer había logrado antes, me enamoraste. Y enamorarme de ti ha sido lo mejor que me ha ocurrido en la vida —aseguró—. Jamás imaginé sentir algo así, cómo despertaste mis sentimientos, pero te metiste bajo mi piel hasta alcanzarme el corazón, y ahora no sé vivir sin ti. —Sacudió la cabeza—. A diario me pregunto qué era yo antes de conocerte, y mi respuesta siempre es la misma: nada —confesó con un toque amargo—. Sí, yo creía que con mi posición y dinero era suficiente para vivir, para alcanzar la felicidad, ¡qué ingenuo! —siseó consternado—. Pero en realidad no era nada, no tenía nada hasta conocerte a ti. Me di cuenta de ello al perderte, al no tenerte a mi lado. —Se detuvo un instante para paralizar un repentino gimoteo—. Silvia, tú eres todo para mí. Todo. Absolutamente todo —recalcó—. Mira, no voy a decirte que sin ti me moriría porque nadie muere por amor; sin embargo, te aseguro que si no te tengo viviré amargado y vacío el resto de mi vida. Te amo y te necesito.

Puedo vivir sin ti, pero no quiero hacerlo. Te quiero conmigo, quiero ser parte de ti y hacerte feliz cada uno de tus días.

Víctor calló unos segundos esperando la respuesta de Silvia, una reacción a su confesión corazón en mano, pero ella no abrió la boca ni levantó la vista. Necesitaba que creyera en su franqueza, que se convenciera de las palabras expulsadas de lo más hondo y abismal de su alma. Pero a pesar de cuanto había vaciado, pese a su declaración de amor, ella continuaba muda y sin mostrar ningún tipo de emoción. Comenzó a sentirse descorazonado, desesperanzado, desalentado... No obstante, no podía rendirse a la desesperación. Debía luchar. Debía hacerle saber hasta el último de sus sentimientos. Al ver que los segundos pasaban y el silencio de Silvia se acentuaba cada vez más, decidió proseguir en busca de su perdón, anhelando poder expiar el perjuicio causado.

—Nunca te mentí con respecto a mis sentimientos. Nunca, Silvia, lo juro; necesito que me creas —habló con una acelerada aflicción—. Es cierto que acepté el desafío de mi hermano, pero, gracias a él, lo que comenzó siendo una mera apuesta me llevó a enamorarme de ti. Te estoy siendo franco al cien por cien, créeme, por favor —suplicó en un susurro—. Los dos estamos enamorados, nos queremos, demos una oportunidad a nuestro amor —le rogó.

—No sé —pronunció Silvia al fin—. No sé, Víctor —repitió en bajo, dirigiendo despacio la mirada hacia él—. Durante estos meses he pensado mucho y ya no estoy segura de lo que siento por ti. No sé si eres mi salvación o mi perdición. Te has convertido en una dolorosa y dulce agonía que me está volviendo loca. —Calló para evitar un sollozo—. Me hiciste mucho daño —confesó temblorosa—. Bueno, me lo hicisteis los dos, Samuel y tú. Me sentí el juguete de ambos, alguien de quien os podíais burlar y reír.

—No, eso no fue así, de verdad, Silvia —se defendió.

—Por favor, déjame continuar —solicitó en un ruego. Víctor asintió en silencio—. Me entregué a ti como a ningún otro hombre y... —vaciló—, y cuando me enteré de vuestra humillante e hiriente apuesta... —Apretó un segundo los labios para frenar su palpitación—. Llegué a sentirme sucia. —Se acongojó por el dolor que aún salía a la superficie—. Me sentí como la chica de compañía de ambos, una mujer que podíais intercambiar cuando quisierais y os viniera en gana. Jamás me he sentido tan ofendida en mi vida

—concluyó con una imperante tristeza.

Tras escucharla, Víctor sintió un profundo dolor que no solo le acosaba, le emponzoñaba acribillándolo sin piedad. Negando con la cabeza una y otra vez, habló:

—No estoy defendiendo nuestro acto, que conste, sé que es despreciable y mezquino —aseveró de forma categórica—. Pero te prometo que nuestra intención nunca fue hacerte sentir mal ni herirte; lo cierto es que ni pensamos que eso pudiera ocurrir. Te estoy diciendo la verdad, Silvia, créeme. Mis sentimientos son puros, te amo. Te amo de una manera que no sé ni explicar porque es... —resopló—, es indescriptible e inmedible. Te ruego, te suplico que me perdones —insistió de nuevo—. Te pido las veces que sean necesarias y de todas las maneras posibles que lo intentemos, por favor.

Indescriptible e inmedible. Las palabras retumbaron en el cerebro de Silvia de igual manera que los truenos en una tormenta de verano, con exceso de vigor. Sabía que la encarnizada contienda con la que lidiaba su corazón también podía denominarse de esa forma: indescriptible e inmedible.

—Víctor, necesito pensar con claridad, el dolor aún no me deja hacerlo. —Suspiró hondo, frotándose los nudillos con ansiedad—. Te agradezco las flores y que hayas venido aquí para darme tus explicaciones, pero ahora que ya te he oído, será mejor que te marches. —Se levantó, invitándolo a irse—. Además, no nos engañemos, sabes que lo nuestro nunca hubiera funcionado. Yo no tengo nada que ver con tu vida, no pertenezco a tu mundo, a tu posición social —añadió para terminar.

Víctor gesticuló una mueca de confusión y zarandeó la cabeza repetidas veces, molesto, casi furioso.

—No, por ahí sí que no, Silvia —contestó en alto, poniéndose de pie—. ¡A la mierda mi estatus! —anunció rabioso—. Aquí no hablamos de posiciones económicas que poco me interesan, estamos tratando con sentimientos y esos no entienden de nada más. Nunca he sido de los que piensa eso de «tanto tienes, tanto vales». La valía de las personas está en cómo son, no en cuánto acumula su cuenta corriente. Las personas no se miden por su posición, sino por su integridad, y de esa... —calló mirándola con admiración—. De esa nos has demostrado que tienes mucha y que no hay dinero que pueda comprarla —aseguró asintiendo—. Ojalá pudiera decir lo mismo del mundo en el que me muevo, ojalá en él la integridad estuviera por

encima del vil metal. —Exhaló un áspero golpe de aire—. Tú nos has dado una lección que ninguno de nosotros dos podrá olvidar, te lo garantizo.

—Yo mejor me ahorraré decir lo que vosotros me habéis enseñado a mí —enunció resentida. Su conciencia le gritaba *no*, su corazón se desgañitaba a decir *sí*, y sin darse tregua, siguieron batallando con crueldad—. Y ahora será mejor que te vayas.

Víctor hizo ademán de hablar para defenderse de nuevo. Sin embargo, la actitud adusta de Silvia, más la amonestación de su mirada, le hizo callar, convirtiéndolo en cómplice de su silencio. De esa forma compartió la verdad de todo lo que Silvia había expuesto, otorgó callando. Y no solo calló por el gesto desaprobatorio de ella, sino porque se quedó sin argumentos capaces de contradecirla. Aun llevando Víctor razón, sabía que Silvia tenía motivos para sentirse dolida y utilizada, y ante tales sentimientos, no podía refutar.

—De acuerdo, si es lo que deseas, me marchó —avisó él—. Pero quiero que siempre recuerdes algo: nunca te he engañado con mis sentimientos, Silvia. Me acosté contigo porque me gustabas mucho, porque sentía algo por ti, y luego comprobé que estaba enamorado, te amaba —confesó con un leve quiebro de voz—. No quiero perderte —rogó.

Sin saber por qué, Lara se presentó en la mente de Silvia. La imaginó siendo espectadora de aquel tenso encuentro, una reunión plagada de confesiones pero anclada en un punto muerto del que no sabía cómo salir, o no podía. La veía hablando, dándole sus razonamientos a sabiendas de que no le gustaría escuchar todo. Pero su amiga no era de las que regalaban el oído, sino de las que zarandeaban la mente gracias al don de la sinceridad. De pronto y sin pensar, Silvia se oyó hablar.

—¿Sabes lo que Lara y su habitual positividad dirían ahora?

—¿Lara? —preguntó Víctor desorientado.

—Sí, Lara. Mi gran amiga, capaz de encontrar algo bueno hasta en la mayor desgracia.

—¿Y qué diría?

—Seguramente que solo pensemos en lo que hemos ganado, no en lo perdido. —Silvia sorbió la mucosidad del lamento. Pese a estar vetado, el sollozo pretendía hacer acto de presencia.

—¿Y qué hemos ganado? —interpeló él, confundido.

Silvia hincó la mirada en sus ojos azules, casi transparentes.

—Unos maravillosos días en los que nos amamos apasionadamente, con una intensidad que muchos no tendrán en toda una vida —resolvió en bajo.

Víctor estranguló un suspiro atribulado. Era tan duro pensar que no volvería a tenerla entre sus brazos, que no la amaría nunca más, que se angustiaba. Colgando aún de su tímpano la frase dicha por Silvia, y sin que los ojos de ella dejaran de atravesarlo, se preguntó de qué forma interpretar sus palabras y su gesto, si connotando la carencia o solo denotando lo explícito. Por eso, antes de darse por vencido, decidió quemar su último cartucho.

—Si tú quisieras podríamos amarnos siempre de esa manera, Silvia. Toda nuestra vida podría transcurrir como en esos increíbles días de Nueva York —aseveró atormentado, sintiendo que su corazón estaba quemándose a lo bonzo por haber perdido a la mujer de sus sueños. Comenzó a andar hacia la salida, escuchando los pasos de ella detrás, y, rozando el pomo de la puerta, se dio cuenta de que necesitaba añadir algo más, no podía marcharse sin decirlo. Volteó el cuerpo, volvió a mirarla y dijo—: La última vez que nos vimos me pediste que me marchara de tu casa, me dijiste que no te hiciera suplicarlo, que al menos te dejara intacto un poco de orgullo. Pues bien, a mí no me importa perder todo mi orgullo y dignidad mendigando tu amor. De modo que si por un casual reflexionas y comprendes que si he venido hasta aquí, suplicándote, es porque te amo de verdad, búscame, llámame, dímelo, por favor. Yo te estaré esperando. —La voz se le quebró con la última sílaba—. Adiós —dijo en un tono apenas audible, teñido de la debilidad que imprimía la desesperanza.

Bajo la atenta mirada de Silvia, Víctor se marchó del piso. Al cerrarse la puerta, ella rompió a llorar, no podía aguantar más. No sabía qué pensar, cómo sentirse, qué hacer... Todo era tan complicado, tan lacerante, tan martirizante... Las palabras de Víctor le habían arañado el alma, pero las últimas, en particular, lo habían hecho de una manera bestial. Le había dicho que mendigaba su amor, que no le importaba perder todo su orgullo y dignidad por él. Esa frase le había caído encima como una pesada losa, una muy difícil de soportar, y la había aplastado. Eran palabras hermosas que hablaban de su amor hacia ella, que contaban sus sentimientos en apariencia ciertos; aunque el rancio sabor dejado por el dolor de sentirse un juguete en sus manos no terminaba de disiparse, el regusto persistía.

Silvia se acurrucó en el sofá y siguió llorando. Se sentía perdida entre el maremágnum de sentimientos que se revolvían en sus adentros. Quería arrancarse a Víctor del corazón, lo deseaba con fuerza, aunque, por más que lo intentaba, le era imposible. No sabía cómo iba a poder vivir así. Cómo podría retomar alguna vez su vida si el nombre de Víctor Alvarado Gray se había tatuado en ella de forma indeleble, pero su inservible orgullo, el que no conseguía bajar la guardia, el que más dolor le ocasionaba, no lograba retirarse y ceder, se negaba a rendirse al amor de Víctor. De qué forma podía conciliar ambos sentimientos para vivir en paz. A esas alturas, Silvia se veía incapaz de encontrar la manera de armonizarlos.

Por fin, Silvia comenzó a trabajar en una cafetería del mismo barrio de la Barceloneta. El sueldo era más bien escaso, y el horario, horroroso, pues estaba obligada a trabajar de siete de la mañana a siete de la tarde, doce horas. Además, su jefe era un tirano que lo mismo la tenía sirviendo mesas que fregando platos, a pesar de haberla contratado únicamente como camarera. Aun así, Silvia se sentía contenta por haber conseguido un trabajo, por muy ingrato que fuera.

Llevaba trabajando una semana y había congeniado bien con los compañeros, una mujer dominicana muy cariñosa y un joven alto y desgarbado pero con gran corazón: Geraldine y Jaume. Ese día, el décimo desde su llegada a la Cafetería Pleamar, era un miércoles de primeros de abril y el sol, aun a esas tempranas horas, se sentía generoso, pues las manecillas del reloj no rozaban las once de la mañana. La temperatura era idónea para estar sentado en la maravillosa terraza con vistas a la playa de la Barceloneta, disfrutando de un desayuno o aperitivo.

Silvia estaba vaciando su bandeja de los platos y tazas que había recogido de las mesas cuando Geraldine y su meloso acento se acercaron a ella.

—Mi linda niña, hay un tipo bien bello en la mesa ocho que pregunta por usted —dijo guiñándole un ojo.

—¿Por mí? —Estiró la cabeza para observar la terraza. En ese momento unos clientes se levantaban para abandonar su mesa y le impidieron ver quién ocupaba la número ocho.

—Silvia, ¿me copiaste?

—Sí, claro que te he entendido, Geraldine.

—¿Y qué hace acá? ¡Ay, mamacita, parece estar caída del zarzo! —Le dio un pequeño empujón con la intención de que arrancase a andar.

—¡Eh, oye! Cuida tus formas —protestó.

—¡Vamos, llégale! —insistió, con otro empujoncito.

—¡Pero bueno, esto es el colmo! —espetó—. ¿También vas a mandarme

tú que vaya a atender? —le preguntó con deje de reprimenda—. Pues te aviso que me basta y me sobra con que lo haga el jefe, Geraldine —replicó, y salió a la terraza de la cafetería portando cierto malestar en su interior y el block de pedidos en la mano.

A Silvia le cambió la cara cuando descubrió quién ocupaba la mesa ocho. Por un instante, mientras lo observaba, hasta se olvidó de respirar. Era Samuel. Samuel estaba a unos pasos de ella, solo; bueno, en realidad venía acompañado de su inseparable silla de ruedas. Silvia se quedó parada sin saber qué hacer, dudaba entre atenderlo o llamar a Jaume para que lo hiciera. Automáticamente, desvió la mirada hacia su compañero y comprobó que estaba bastante liado. A Geraldine la descartó de inmediato. De ningún modo le iba a pedir el favor porque, si lo hacía, se vería obligada a explicarle el porqué de no querer atender la mesa. Esa era la especialidad de la dulce camarera dominicana, someter a los compañeros al tercer grado para saber de sus vidas, y ella no estaba dispuesta a contarle su pasado reciente. Viendo que no le quedaba más opción que atenderlo ella misma, se armó con su orgullo, se disfrazó con una fingida impasibilidad y, decidida a hacer frente a la situación, o sin quedarle más remedio, se acercó a la mesa.

—Buenos días, ¿qué desea tomar? —preguntó igual que si no lo conociera, como si fuera cualquier cliente.

—¡No me jodas, Silvia! ¡Que soy yo, Samuel! —exclamó con una irónica sonrisa.

—Lo sé, te he conocido, pero aquí eres un cliente más —declaró muy seria; quería parecer fría e indiferente a ojos de Samuel. Pretendía aparentarlo para que no pensara que después de cuatro meses todavía sufría por lo ocurrido y para que no captara que aún estaba enamorada de Víctor. Temía que se burlara de ella si lo percibía.

—Pues ponme un café expreso, por favor —pidió él.

—Muy bien, ahora mismo se lo traigo, señor.

Antes de pedir el café, Silvia tomó nota a otra mesa. Después entró, preparó los pedidos e intentó convencer a Jaume de que los llevara él. El joven se disculpó; no podía perder un minuto porque Sergi, el jefe, le acababa de pedir ayuda para preparar las comandas de una mesa con doce turistas alemanes que querían almorzar. Viendo agotadas las alternativas, tomó con resignación la bandeja que portaba los cafés, sabía que, de nuevo y de forma

inevitable, tenía que ver la cara a Samuel. Debido a la colocación de las mesas, el suyo lo sirvió en último lugar.

—Aquí tiene su café expreso, caballero —avisó Silvia de forma mayestática, dejándolo encima de la mesa de una manera arrogante y altiva.

—Señor, caballero —parodió Samuel con desprecio—. Mira, basta ya de tonterías, Silvia —enunció gruñón—. No te pega el papel de orgullosa ensoberbecida, está fuera de lugar en ti. Y, como imaginarás, no estoy aquí para tomar un café, sino para hablar contigo.

—Lo que no sé es cómo te has enterado de que trabajo aquí —soltó molesta.

—Muy fácil, tenemos una amiga en común a la que le he preguntado dónde podía encontrarte, y me lo ha dicho.

—¡La madre que parió a Lara! —escupió cabreada. Había descubierto de forma inminente a la chivata—. Cuando la vea pienso matarla —habló entre dientes.

—Silvia, me da igual que no me mires para hablar conmigo, que te dirijas a mí de usted y como si no me conocieras, además de con aires de superioridad, pero quiero que me oigas —anunció severo, casi en una orden.

—Estoy trabajando, no puedo perder el tiempo, Samuel —respondió malhumorada.

—¡Hostia, que solo te pido un minuto! —Alzó la voz.

—Quieres bajar el tono. —Le regañó sulfurada, mirando con disimulo alrededor.

—¿Me vas a oír? —preguntó del mismo modo, fuerte.

—Sí, vale. Pero baja la voz y habla rápido —le exigió.

—Muy bien, sintetizaré todo lo que pueda —se comprometió, aunque sabía que cuanto quería decirle le iba a llevar bastante—. Estoy aquí por Víctor, porque hace casi tres semanas que habló contigo y tú le volviste a rechazar. Ya sé que él te lo habrá dicho, pero yo quiero repetírtelo, Víctor te quiere, está enamorado de ti, Silvia. No soporta haberte hecho daño, ni haberte perdido. Está hecho polvo, amargado, es un pobre desgraciado desde que lo apartaste de tu vida —reveló esperando un ápice de compasión.

—Vosotros tuvisteis la culpa de que yo os apartara —le increpó,

poniéndose a la defensiva.

—Vale, sí, es cierto. Y si me apuras, el mayor culpable y canalla fui yo, lo reconozco —confirmó—. Pero no puedo ver a mi hermano de esa forma, jamás lo he visto así.

—Vaya, parece que tu hermano te importa —comentó con una mezcla de reproche y sarcasmo.

—¡Pues claro! —espetó Samuel—. Tenemos una relación difícil, sí, pero, aun así, lo quiero —aseguró.

—¡Oh, qué tierno y bonito! Igual me pongo a llorar —declaró de manera cínica.

—Es la verdad, Silvia, lo creas o no. Y por esa razón, porque a pesar de todos los pesares quiero a mi hermano, no puedo ser espectador de su incapacidad para superar tu rechazo. Ha dejado todo aparcado de forma indefinida: la compañía, su vida, el mundo... ¡Joder! Se pasa la vida entre su habitación y la terraza, contemplando el horizonte, las musarañas. —Resopló furioso.

—¡Anda! Esos sentimientos me suenan, ¿por qué será? ¡Ah!, porque yo también he pasado por ellos, claro, qué tonta. —El sarcasmo no era capaz de apartarse de su boca.

—Si me vas a interrumpir a cada momento nos eternizaremos —recalcó Samuel.

—Usted perdone —replicó en tono ácido.

Samuel torció la boca de mala manera antes de proseguir.

—Aunque Víctor lo ignora, alguna vez le he visto secarse las lágrimas. Sobre todo cuando está en la terraza y empieza a contar cuánto te gustaba a ti ese lugar y sus vistas al mar. Es entonces cuando le da por hablar de tu risa, de tus ojos y hasta de tu razón; cuando le atrapa el ahogo y los ojos se le desbordan, y se marcha de nuevo a su habitación. Allí imagino que llorará sin que nadie lo vea y maldecirá sin pudor —explicó sin dejar de observarla, con la intención de amonestarla si le volvía a cortar, pero Silvia guardó silencio—. ¿No te das cuenta? ¡Está destrozado! De seguir así, va a entrar en una depresión. Y no creas que estoy exagerando, Filiberto opina igual que yo.

—Silvia —dijo de repente la voz de Sergi—, pasa la cuenta a la mesa

cuatro.

—Sí, ahora mismo. —Hizo ademán de irse, pero Samuel la sujetó con fuerza por la muñeca.

—Aún no he terminado —añadió con un humor de perros.

—Estoy trabajando —protestó ella, soltándose de su mano—. Ya te he dicho que no puedo perder el tiempo.

—¿Para ti hablar de la vida de Víctor es perder el tiempo? ¿Para ti estar sabotando vuestra relación es una tontería? —preguntó sorprendido.

—Yo no estoy sabotando nada, vosotros lo hicisteis —respondió enojada, reprendiéndole.

—Sí, muy bien, también es cierto, ya me lo has dicho antes. Fuimos nosotros, sí. Nosotros la jodimos —declaró Samuel con resquemor—. Pero todo eso ha pasado y estás viendo que mi hermano no te engañó; se enamoró de ti, te ama. —Se encogió de hombros y la miró perplejo, comenzando a negar—. ¿Qué te ocurre? ¿Quién se está sabotando ahora? ¡Reacciona de una vez, Silvia! —exclamó exigente.

—¿Algo más que decir? —demandó hostil. Estaba cabreada, aunque en ese instante no sabía si con Samuel o con ella misma.

—Sí, he venido para pedirte un favor.

—¿Cuál? —Mostró las uñas con la palabra.

—Que seas sincera.

—¿Sincera con qué? Te aviso que no estoy para adivinanzas, Samuel, así que suéltalo ya.

—Necesito saber si amas a Víctor, si piensas volver con él o no. Hay que tomar una decisión, yo no puedo verlo de esa forma, hundido. —Meneó la cabeza—. Si solo pretendes castigarlo y vas a terminar volviendo con él, hazlo pronto, Silvia, por favor, el castigo ya dura demasiado. Pero si por el contrario, no piensas darle ni una oportunidad, entonces me veré obligado a tomar otras medidas con mi hermano. Habrá que llevarlo a un médico, a un psicólogo, a alguien que lo ayude a salir del pozo en el que está metido —manifestó irritado y entristecido—. De modo que dame una respuesta cuanto antes.

—Silvia —volvió a llamarla su jefe—, la mesa cuatro sigue esperando la

cuenta y a la diecisiete hay que tomarle nota. ¡Vamos, espabila! —emitió con aspereza.

—Ya voy, Sergi, ya voy.

—No vas a moverte de aquí hasta que me des una contestación —anunció Samuel con la mandíbula en tensión—. Víctor pretende volver a Nueva York en unos días y yo no puedo estar pendiente de él. Ahora menos que nunca.

—Perdona mi falta de tacto, Samuel, pero creo que tú nunca has estado pendiente de tu hermano salvo para incordiarlo —escupió.

—Sí, una vez más eso también es cierto. —Asintió sin dudar—. Y siendo del todo sincero, debo reconocer que esto que ha sucedido me ha hecho reflexionar mucho y abrir los ojos. Sé que le he hecho cosas muy feas a mi hermano, de las que no me enorgullezco. La peor de todas fue intentar dañar la compañía que mi padre casi le había entregado a él, quería hundirla para que Víctor la perdiera —confesó en un susurro, avergonzado—. Durante más de tres años los escándalos fueron protagonistas en mi vida con la única intención de que The New Technology Company perdiera valor en bolsa, y lo conseguí. Pero mi hermano supo contrarrestar el ataque y, en algo más de un año, logró doblar el precio de las acciones, me ganó —reveló con amargura—. Viéndome derrotado, me di aún más a la mala vida, si bien dejé de hacerlo de forma pública. Luego llegó mi enfermedad, y mi hermano fue en mi busca sin el menor resentimiento por el daño causado. Quería que regresara a su lado, a mi hogar. —Suspiró hondo, vencido—. Con el tiempo me he dado cuenta de que Víctor es la única familia que tengo, y cuando crees que puedes perder lo único que tienes sueles reaccionar; y eso me ha ocurrido, Silvia.

—Pues cuanto me alegro, ahora seréis unos hermanos felices —añadió sarcástica.

—Tampoco exageremos. —Sonrió con una pizca de cinismo—. Es obvio que nunca seremos como otros hermanos, las heridas dejan huella, pero se acabaron los retos y mi manía de atacarlo —aseguró rotundo—. Debo reconocer que Víctor siempre ha sido más generoso que yo en nuestra relación, aunque jamás se lo haya dicho. Ni pienso hacérselo saber nunca, y si tú lo haces, lo negaré. —Dejó asomar su orgullo—. No quiero que se le vaya a subir la tontería a la cabeza y no pueda aguantarle. —Chasqueó la lengua.

—Genial. Vuestra relación como hermanos ha avanzado gracias a que has madurado un poquito. Creo que al final voy a llorar de la emoción, Samuel.
—Se mofó de nuevo.

—¡Silvia! —dijo Jaume acercándose a ella—. ¿Qué te pasa, tía? La terraza se está llenando y Sergi comienza a impacientarse.

—Ya voy, Jaume, no te preocupes —contestó. Pero de nuevo Samuel la retuvo por el antebrazo.

—Jaume, ¿quieres ganarte cincuenta euros? —Samuel lo observó con elocuencia. El joven miró sorprendido a Silvia, después, con inquietud en los ojos, tornó la vista hasta Samuel—. ¡Hombre, que no te voy a pedir que hagas nada ilegal! —siseó sin dar crédito a su desconfianza—. Tan solo debes atender tú a las mesas mientras yo termino de hablar con tu compañera. Hazlo rápido, así tu jefe no se impacientará.

—Vale, por qué no —respondió, tendiendo la mano para que Samuel le diera lo prometido.

De inmediato, el pequeño de los Alvarado sacó el billete de la cartera y lo depositó en la mano de Jaume. Con una amplia sonrisa y mucha celeridad, el camarero se marchó a atender las mesas.

—Y ahora, por favor —dijo Samuel a Silvia—, vas a dejar de ser mordaz conmigo y a contestarme a lo que te he preguntado.

—No, tú me vas a contestar antes a mí —anunció ella desafiante—. ¿Quieres hablar?, pues hablemos, Samuel. Hablemos con claridad.

—De acuerdo. —Asintió.

—Dime por qué planteaste un matrimonio por contrato, con una cláusula en la que quedaba prohibido mantener relaciones con terceras personas, y luego desafías a tu hermano para incumplirla. Acláramelo porque yo no lo entiendo, por más vueltas que le he dado, sigo sin comprenderlo —demandó con soberbia.

Con algo de congoja, Samuel emitió un lánguido suspiro.

—Quizá fue por mi imperiosa necesidad de hacer ver mi valía. Seguro que ella, una vez más, ideó tal plan para quedar por encima de mi hermano —declaró en bajo—. Si te sirve de consuelo, te diré que no me siento orgulloso de lo que hice; al contrario, me avergüenza. Aunque debo admitir que las

consecuencias de mi acto han servido para darme cuenta del dolor que ha causado mi actitud. —Sopló resignado—. Silvia, vuelvo a pedirte disculpas por el daño que te haya procurado mi estúpido desafío.

—Espero que esto te haya servido de lección. Espero que te haga olvidar la manía de estar midiéndote continuamente. Pero sobre todo, deseo que te haya valido para que dejes de menospreciarte y compadecerte de ti mismo. Tu orgullo herido te ha cegado, y eso ha causado daño a todos los que te rodean.

—Lo sé, y estoy rectificando, créeme —añadió sincero, circunstancia que Silvia no pasó por alto; al contrario, le caló.

—Sí es así, acepto tus disculpas —aseveró—. Y lo hago por una razón, porque ahora sé que no pensabas herirme a mí; lo único que pretendías era humillar una vez más a Víctor.

—Y a mi hermano, ¿lo perdonas? —preguntó sin tardanza. Ella guardó silencio ante su pregunta capciosa—. ¡Vamos, Silvia, dímelo! Deja tú también tu herido orgullo a un lado y dime de una vez por todas si quieres a Víctor.

—Eso no es algo de tu incumbencia. No es a ti a quien debo decírselo, sino a él.

—Sí es de mi incumbencia, y mucho. Porque si no es así, si no piensas volver con él, yo necesito hacer algo con mi hermano antes de marcharme. ¿Lo entiendes? —Alzó la voz.

—¿Marcharte? —preguntó Silvia confusa.

—Sí, me marcho a Londres. Voy a participar en un programa experimental sobre un medicamento que está dando muy buenos resultados con mi enfermedad —explicó frotándose la barbilla.

—¿Vas a hacer de conejillo de indias? —Lo observó boquiabierta.

—Sí —confirmó Samuel tajante—. Mejor eso que nada, ¿no crees? Al menos es una esperanza a la que aferrarme —expresó asertivo.

—¿Y con quién vas? ¿Solo? —preguntó a renglón seguido.

Samuel calló unos segundos.

—No... Claro que no... Iré... —titubeó.

—¿Con quién? ¿Con Filiberto?

—No. Fil no va a acompañarme. —Negó con la cabeza—. Voy a ir con Judith —reveló al fin, contemplando la cara de sorpresa de Silvia.

—¿Con Judith, tu exnovia, la que te abandonó? —Se quedó atónita con la noticia.

—Bueno, quizá no te conté la historia tal y como sucedió. Debo reconocer que tampoco me porté bien con Judith, no se lo puse fácil, casi laforcé a abandonarme —confesó, soltando una brusca bocanada de aire—. Yo me menospreciaba más que nadie por tener esta enfermedad que me ha cambiado la vida. —Hizo una pausa. Esos segundos de silencio llevaron a Silvia a recordar las palabras de Emilio, el ingeniero y amigo de Víctor. Él ya le anunció algo parecido a lo que Samuel estaba poniendo en su conocimiento—. Hace un par de meses la llamé para pedirle perdón —prosiguió—. Hemos hablado largo y tendido desde entonces, y hemos aclarado muchos aspectos que nos han llevado a arreglar lo nuestro. Parece ser que el amor entre nosotros no se ha extinguido. Dicen que donde hubo fuego siempre quedan rescoldos, ¿no? —Sonrió con sutileza—. Estamos juntos y se va a venir conmigo a Londres. Quiere estar a mi lado, como lo quiso siempre, salvo que ahora, y gracias a ti, a lo que me has enseñado, se lo he permitido.

—¡Vaya! —expelió malhumorada—. Desbaratarme a mí la vida ha conseguido arreglar la tuya, ¿no es sarcástico? —siseó un poco airada.

—Tú puedes arreglar tu vida, Silvia, solo tú, está en tus manos —afirmó convencido—. Decide si quieres que Víctor esté en ella o no, pero decídelo ya. ¿A qué esperas?

Silvia se quedó callada observando a Samuel, meditando sus palabras, midiéndolas a conciencia. Tras el largo combate que se había librado en su interior durante meses, de súbito, la realidad la sacudió. Lo hizo igual que una ola grande y fuerte que decide escupirte a tierra cuando tú ya dabas todo por perdido, cuando te creías muerto. Repentinamente, noqueó a su amor propio, telonero de un dolor ya posado, y, de forma inapelable, comprendió que no quería una vida sin que Víctor estuviera en ella. No quería perderlo. No lo había querido nunca. Se sentía tan dolida que fue incapaz de tomar una decisión, de borrar el daño, de dar un voto de confianza a las imploradoras palabras de Víctor, a su insistente perdón. Pero ahora lo veía todo con claridad. Ahora sabía que no podía seguir así. Ahora comprendía que no

podía desprenderse de su enamorado, ni arrancárselo de su corazón y convertirlo en un recuerdo. Víctor no podía quedar en una triste remembranza. Víctor no. No. Víctor, Víctor, Víctor... La piel se le encrespó al recordar los felices días vividos en Nueva York, a su lado, con él, Víctor, el hombre que la había enamorado, el que estaba sufriendo de amor tanto como ella. En ese instante algo explotó en su alma haciendo añicos a su inútil orgullo, convirtiéndolo en polvo. La bandera blanca indicadora de la rendición se alzó, la portaba su corazón, que acababa de resurgir de las cenizas de la degradación, vivo de amor. Era el momento de decidir y todo su ser lo acababa de hacer. Deseó volver a sentir a Víctor. Quería amarlo, disfrutar de su ternura, reír con él, dormir a su vera, amanecer enredada a su cuerpo, ver sus ojos al despertar...

—¡Silvia, ya está bien! —gritó Sergi con bruscas formas, sobresaltándola—. Se supone que trabajas aquí de camarera, que te pago para atender a los clientes, no para charlar con ellos.

—Filiberto está esperando al final de la esquina, en el coche —agregó Samuel—. No lo pienses más, Silvia, no seas tan terca como yo lo fui con Judith. Pero sobre todo, no pierdas a Víctor por mi culpa —le aconsejó en un ruego—. Si quieres ir en su busca, Fil estará encantado de llevarte. De hecho, te espera con impaciencia. —Asintió de seguido—. Por mí no te preocupes, me buscaré otro transporte de vuelta. —Le guiñó el ojo.

Con premura, y bajo la inquisidora mirada de Sergi y la risueña de Samuel, Silvia comenzó a quitarse el delantal; las ganas por estar cerca de Víctor se le amontonaron de golpe.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó su jefe sulfurado.

—Lo siento, pero me tengo que ir —avisó ella, dejando el delantal en manos de Sergi y echando a correr por la calle en busca de Filiberto.

—Debe atender un asunto de vital importancia —explicó Samuel mostrando una sonrisa radiante.

—¡Oye, Silvia, te descontaré esto de tu sueldo y mañana hablaremos seriamente! —gritó su jefe, cabreado. Pero ella ignoró el comentario y, veloz, siguió su camino.

—Haga el favor de calmarse y cóbreme. —Samuel cogió la cartera para pagar.

—Son dos euros —habló malhumorado.

Samuel sacó un billete de doscientos euros de su cartera y se lo ofreció al jefe de Silvia.

—¿Me toma el pelo? —Paseó la vista con desdén por Samuel—. No aceptamos billetes tan grandes, y mucho menos por un simple café —explicó tirante.

—Entonces quédese con la vuelta.

Sergi lo miró asombrado.

—¿Bromea? Son ciento noventa y ocho euros de propina. Está de guasa, ¿verdad?

—No, no lo estoy. —Samuel sacudió la cabeza—. Pero no será una propina, sino la cantidad que compensará la ausencia de hoy y de mañana de Silvia, su camarera —explicó orgulloso.

—¿Mañana tampoco piensa venir?

—No creo que después de arreglar el asunto que tiene pendiente pueda salir de la cama mañana, se lo aseguro. —Samuel se echó a reír pensando en la cantidad de sexo que se practicaba después de una reconciliación amorosa, el desgaste que ocasionaba una noche de amor sin medida como la que estaba seguro les esperaba a Silvia y a su hermano—. ¡Como para poder salir de la cama! —exclamó a carcajadas, como si Sergi supiera de lo que él hablaba.

Silvia encontró el vehículo de los hermanos Alvarado al final de la calle, tal y como le había anunciado Samuel. Filiberto esperaba fuera de él, apoyado en el auto mientras leía el periódico.

—Hola, Filiberto —saludó, falta de aire por la carrera.

—¡Señorita Silvia! —exclamó feliz, cerrando el periódico al instante—. Celebro que haya venido —añadió, sonriendo como jamás Silvia le había visto sonreír.

—¿Me llevas a ver a Víctor? —preguntó, devolviéndole la sonrisa.

—Ahora mismo —contestó entusiasmado, apresurándose a abrirle la puerta del coche.

Silvia entró en el vehículo con celeridad, con la misma rapidez que Filiberto se puso al volante y condujo hasta Diagonal Mar.

Al llegar al ático, Silvia lo recorrió con Filiberto pisándole los talones. Sin dar con Víctor por ninguna de las estancias, ambos llegaron a su dormitorio, ocupado en ese instante por Amanda y Celia, las asistentas.

—¡Silvia, qué alegría verte! —enunció Amanda, lanzándose a sus brazos. Celia hizo lo mismo acto seguido.

—Yo también me alegro de veros a las dos —declaró emocionada.

—Ni siquiera te despediste de nosotras —le reprochó Celia.

—Lo siento, no era mi intención, perdonadme. —Su mirada solicitaba indulgencia.

—Y el señor Víctor, ¿sabéis dónde se encuentra? —les preguntó Filiberto.

—Vino de correr hace un rato y, como estábamos limpiando la habitación, se marchó a la cocina. Dijo que iba a beber algo —contestó Amanda.

—Aunque no sé si continuará allí —añadió Celia—. De eso ya hace un rato.

—Os veo luego, voy a ver si lo encuentro —anunció Silvia, saliendo de la habitación y echando a correr por toda la casa hasta llegar a la cocina. Filiberto, de nuevo, fue detrás de ella.

En la cocina, lo primero que recibió a Silvia fue el habitual y rico olor de la comida de Berta, capaz de despertar el apetito en menos de un segundo. Después lo hizo la propia cocinera, con una sonrisa que casi le tapaba su dulce rostro.

—¡Silvia, mi niña, qué gusto verla! —exclamó, abrazándola.

—Hola, Berta —saludó, estrechándola con ganas.

—¡Oh, cuánto la he extrañado! —confesó la mujer.

—Yo también me he acordado mucho de ti, de verdad —aseguró Silvia, y se separaron.

—Berta, ¿no está por aquí el señor Víctor? —volvió a preguntar Filiberto.

—No, acaba de marcharse hace un minutico —respondió—. Cogió una bebida energética y se fue.

—¿Sabes a dónde? —interpeló Silvia.

—Pues no sé, está tan raro, triste, decaído y poco hablador. —Lanzó un suspiro de pena—. Igual ha subido a la terraza, pero no se lo puedo asegurar, mi niña.

—¡Claro, cómo no he caído antes! —exclamó el hombre—. Seguro que está allí, últimamente es el lugar que más frecuenta.

—Luego hablamos, Berta. —Con esa frase, Silvia se despidió de ella.

Silvia y Filiberto se marcharon de la cocina con prisa y, tras recorrer el largo pasillo, llegaron al ascensor. Silvia subió y Filiberto, sonriéndole, se quedó fuera. Ya no la iba a acompañar más; era el momento para ellos dos solos. Pero no hacía falta explicarlo con palabras, sobraban todas ellas, y Silvia lo entendió. Estirando con nerviosismo los labios y gesticulando una despedida, apretó el botón para subir a la planta de arriba. El ascensor cerró sus puertas, se elevó y llegó a su destino en menos de cinco segundos.

Nada más poner los pies en la maravillosa terraza, Silvia descubrió a Víctor al fondo, apoyado en el pasamanos de acero de la baranda. Aún vestía el atuendo de correr, un culote y una camiseta que ya no tapaba su torso, Víctor se la había quitado y la sostenía en una mano. Admirando su

musculada espalda, Silvia se estremeció; era tan adorable la imagen del hombre que amaba que lo deseó como nunca. Los cuatro meses que había permanecido distanciada de él, lejos de olvidarlo, solo habían servido para anhelarlo más. Ahora era consciente. Ahora sabía que ansiaba contemplar sus ojos azules enmarcados por los anillos color carbón tan característicos. Por fin se permitía sentir el deseo de ver aquellos ojos desperezándose cada día de su vida, a su lado.

Silvia se abrió camino hacia Víctor entre suspiros. Suspiraba de amor por él, lo amaba y no tenía solución. Mirándolo de hito en hito, como si él fuera lo único que ocupaba la terraza y el mundo, siguió andando en su dirección. Se acercó sin dejar de admirar su cabello de intrigantes tonos y destellos entre el rubio y platino, mientras una repentina ráfaga de viento le azotaba a ella la melena en ángulos.

—Vas a constiparte con este aire y estando sudado —dijo viéndose obligada a sujetarse el pelo con la mano para que no le tapase los ojos, llena de nervios, sin saber de qué forma empezar a hablar con él.

Víctor se volteó *ipso facto*, sorprendido al oír esa voz; la voz de Silvia, de su amada. Observándola, el corazón se le escapó por la boca y se postró a sus pies, pidiéndole perdón, gritándole cuánto la amaba y suplicándole una vez más una oportunidad. Silvia lo miró fijamente a los ojos, la mirada de Víctor albergaba dolor; no era un secreto. También observó algo nuevo en su rostro, una incipiente barba que le cubría mandíbula y mentón, y debía reconocer que le daba un aspecto de lo más atractivo, si es que aquello era posible. Volvió a contemplar los ojos de Víctor, lo hizo de forma tan profunda que se perdió en los iris azul cielo que tanto le gustaban, los mismos que empezaban a desprenderse de la angustia conforme ella los miraba. El corazón de Silvia palpitaba de forma acelerada, con un ruido vigoroso que retumbaba en sus oídos. Y las chispas empezaron a saltar. Lo hicieron en cuanto Silvia derribó el muro del dolor guardado. El dolor que ya había echado en olvido. El dolor que por fin había sepultado. Y una vez destruida esa muralla que los separaba, solo quedaba una cosa: atracción. Una fuerte, magnética, y por lo tanto imposible de eludir; y el amor nacido, tan mayúsculo que difícilmente algo les podría separar. Se convencieron de ello al verse allí, frente a frente, en silencio, sin necesidad de palabras superfluas. La única voz importante se concentraba en sus corazones, que no dejaban de gritar, locos y agitados.

Se abrazaron con desesperación, se aferraron el uno al otro como si

fueran los únicos seres humanos que quedaran en el planeta y tuvieran que protegerse para no extinguirse. Sus cuerpos, unidos de forma extrema, destilaban tal cantidad de amor que embriagaron a la atmósfera. Víctor contempló los oscuros ojos de Silvia y, despacio, aproximó sus labios a la boca de ella; estaba tan deseoso de probar de nuevo su sedosidad, su sabor, que el cuerpo le temblaba. Pero Silvia, con delicadeza, posó sus dedos en los perfilados y tentadores labios de Víctor, parándolo, dejándole confundido. Ella también quería besarlo, pero antes de hacerlo necesitaba vaciar su sentir para así poder entregarse a él sin reservas.

—La última vez que nos vimos me dijiste que te buscara si por un casual reflexionaba. Y eso vengo a decirte, que he reflexionado, y lo primero que debo recalcar es que me hiciste mucho daño, Víctor —reveló, adquiriendo sus ojos un cariz tristón.

Víctor, una vez más, se sintió miserable. También confundido respecto a la reflexión de Silvia, a su porqué de estar allí, a lo que su mirada expresaba. En un principio le pareció que sus ojos hablaban de amor; sin embargo, su boca había comenzado a decir lo contrario. Estaba desorientado.

—Lo sé, Silvia, lo sé —repitió apesadumbrado—. Sé que te hice daño y me cuesta perdonármelo —aseguró con franqueza.

—Quiero que sepas que he intentado odiarte durante estos meses, y a ratos lo conseguí.

—Me lo merezco. —Asintió avergonzado—. Pero te juro que si me perdonas y das una oportunidad a lo nuestro me pasaré la vida entera resarciéndote de ello —imploró.

—He dicho que he intentado odiarte y que a ratos lo conseguí, pero nunca he dejado de amarte. Eso ha sido imposible —confesó en un susurro con el que su mirada cambió, de nuevo se enterneció.

—Te amo. Juro que te amo, Silvia. —Las palabras resbalaron por la boca de Víctor con sedosidad.

—Te creo. —Lo contempló, llena de amor.

—¿De verdad? —preguntó conmovido.

—Eso he dicho. —Asintió.

—Entonces, ¿lo intentamos? —demandó, sintiendo un ramalazo de

felicidad, de agitación por las entrañas.

—Sí, claro que sí. Yo también te amo —reconoció, mostrando una sutil sonrisa.

Víctor metió las manos por la negra melena de Silvia y unió sus labios a los de ella con dulzura. Y la dulzura dio paso al anhelo por degustarse las lenguas. Y el anhelo los introdujo en una pasión que los llevó a devorarse las bocas. Al separarse, Víctor posó su frente en la de Silvia, aliviado. No la había perdido, lo iban a intentar, y estaba seguro de que saldría bien, se amarían hasta el final de sus días. Se sentía tan dichoso en ese momento que sonrió y lloró a un tiempo, fue inevitable. Silvia terminó acompañándolo, empapó su rostro de emoción mientras sonreía sin parar. De nuevo se besaron. Lo hicieron con pasión, comiéndose las bocas con un enajenado enardecimiento, con las manos de Víctor pegadas a las caderas de Silvia mientras las de ella se recreaban en el desnudo torso de él, subiendo y bajando caricias.

Por fin apartaron sus labios, tomaron aire e irremediamente volvieron a sonreír. Sentirse como se sentían era tremendamente gozoso; y en medio de su felicidad, sus corazones recuperaron el aliento y el ritmo normal. La mano derecha de Víctor se acercó hasta la mano izquierda de Silvia, invitándola a unirse a ella. Silvia lo hizo gustosa y formalizaron la unión. Con ellas entrelazadas, echaron a andar, sonrientes. Entraron en el ascensor sin dejar de mirarse a los ojos, regalándose algún que otro beso, conscientes del lugar al que se dirigían, la habitación de Víctor, y lo que pensaban hacer en su interior, dar rienda suelta a la pasión que les había invadido, amarse sin tregua, indefinidamente. La impaciencia hizo que terminasen corriendo los últimos metros que los separaban de su guarida pasional. Con las mismas prisas que entraron, empezaron a desvestirse el uno al otro, a sí mismos, todo estaba permitido para acelerar el acto de lucir la piel. Una vez desnudos, se miraron tan fijamente que sus ojos quedaron imantados por largo rato. Su anhelo se elevó con el prolongado contacto visual, sin ningún otro tipo de roce o caricia. Y, comprendiendo que estaban a punto de entrar en el ring amoroso en el que iba a convertirse la cama de Víctor, sus respiraciones se agitaron y un golpe de deseo los hizo estremecer. Al fin, Víctor y Silvia se lanzaron. Lo hicieron directamente a la boca, con locura, desatados, encendidos por la pasión, derrochando una vehemencia desmedida, besándose una y otra vez sin pretender finalizar. Sus lenguas luchaban

impiadosas cuando, enredados en sus cuerpos, cayeron en picado sobre el colchón. Las manos se dedicaron a reconquistar el terreno casi olvidado, batallando sin descanso, atrincherándose en lugares estratégicos que hacían temblar a la otra parte. De repente, sus febriles bocas se separaron unos segundos, y sonrieron. La alegría que invadía a Silvia y a Víctor tenía el mismo ímpetu que una gran ola rompiendo en la orilla, su entusiasmo era tan colosal que no paraban de desplegar los labios. De nuevo se miraron a los ojos, con detenimiento para comprobar que no estaban soñando. Y, cerciorándose de la realidad, volvieron a unirse con más apetito; esta vez se reventaron a besos. Tras sofocar esa ansia por degustarse, inevitablemente deseaban y demandaban otro tipo de entrega, y, acomodados en sus miradas y cuerpos, dieron comienzo a la danza amatoria. Se poseyeron de igual forma que el mar chocaba contra las rocas: con extremo vigor. El baile fue tan dulce como frenético; les arrancó jadeos hasta robarles el aliento, les hizo estallar de placer dejándolos al borde de la lasitud, avasallados por un tsunami de sensaciones. Acabaron agotados pero sumamente complacidos, exhaustos de felicidad en brazos del otro.

—Te amo, Silvia —dijo Víctor fatigado, levantando su mano y acercándola a ella.

—Yo también te amo —enunció Silvia en un susurro, acercando su mano a la de él, juntando las palmas y cerrando los dedos en torno a ellas; unidos.

Epílogo

Los primeros rayos del sol penetraron por los ventanales de la habitación chocando con el rostro de Silvia, quien lentamente abrió los ojos. Despacio, giró la cabeza hacia el otro lado y contempló a Víctor, que dormía plácidamente. Parte de su cabello de infinitos matices rubios había tomado su cara y le tapaba uno de los ojos. Silvia suspiró mientras lo admiraba, recordando las horas que acababan de vivir juntos, sin salir de la habitación, sin dar tregua a su amor. Sonrió evocando la conversación que había tenido con Víctor horas antes, justo después de la última vez que habían hecho el amor, casi de madrugada. Estaban bromeando con estar a punto de deshidratarse debido a tanto acaloramiento, y, aprovechando la hilaridad del momento, Víctor bajó las manos hasta las nalgas de ella, las acarició con suavidad y, empleando un tono sagaz, dijo:

—Y después de estas horas extras de pasión igual ya he hecho méritos para...

—No, aún no —le cortó Silvia.

—¿Qué? —demandó perplejo. Acababa de obtener la respuesta a una pregunta que ni siquiera le había dejado formular.

—Que todavía no eres el dueño de mi culo. ¡Ah, ah! —Negó con la cabeza—. Aún te queda mucho trabajo que hacer conmigo para ganarte tal título, Víctor Alvarado —declaró con una irónica vanidad.

—¿Más? —preguntó asombrado.

—Mucho más —respondió categórica.

—¡Buf! Entonces no me deja otro remedio que emplearme a fondo, señorita Ribas —susurró con gran picardía, sin cesar las caricias por su trasero.

—Pues empléate.

—¡Por Dios, deja que me recupere! —exclamó casi en una súplica, y empezaron a carcajearse.

Pobre, pensó Silvia sin apartar los ojos de él. Debía de estar agotado

después de todas aquellas horas sin parar de amarse. Seguro que sí. En realidad, se habían agotado mutuamente. Desde que entraron en la alcoba fue lo que más hicieron, amarse. Hubo alguna conversación que otra, pero lo que abundó no fueron precisamente las palabras. Y las pocas que sus bocas derramaron lo hicieron aprovechando los momentos en los que pararon para retomar fuerzas. A mediodía apenas si almorzaron; la cena, en cambio, fue algo más fuerte, y ambas comidas las hicieron sin abandonar la habitación que los había acogido. El servicio se encargó de aprovisionarlos, el propio Filiberto lo hizo en persona. Y no solo se ocupó de proveerles de comida, se tomó la licencia de llevar mayor surtido de agua, refrescos azucarados y bebidas energéticas. El hombre sabía que el azúcar y los minerales les aportarían energía, y con ellos repondrían fuerzas y vigor. Víctor se lo agradeció mucho, aunque ni siquiera dijo una sola palabra para hacérselo saber. Bastó el brillo que se alojó en sus ojos y la sonrisa que de golpe se dibujó en su cara para darle a conocer a Filiberto su gratitud por el detalle.

Pero desde la cena hasta el amanecer habían pasado unas cuantas horas, demasiadas para tanto desgaste, y Silvia escuchó el rugir de sus tripas en protesta; tenía hambre. Sin pensarlo dos veces, salió de la cama con cuidado de no despertar a Víctor. Una vez más, lo observó y sonrió como una boba al recordar lo que habían vivido, había sido maravilloso estar de nuevo entre sus brazos. De nuevo. Esperaba que siempre. Y ahora sin esconderse de nadie. Llegó a su memoria lo que Víctor le había comentado entretanto cenaban, unas palabras que a ella le sonaron más a propuesta y que se dedicó a rebatir por estar en desacuerdo. De pronto le asaltó una pregunta: ¿qué garantía tenía su relación? Ninguna, pensó, contestándose. Aunque ella sabía que lo amaba, que estaba enamorada, y mejor respaldo que el amor no existía. Suspiró hondo, llena de ternura mientras lo admiraba.

De repente, Víctor se movió, aunque sin abrir un ojo, dormido. Dio media vuelta, quedándose bocabajo, y extendió los brazos; su cuerpo tomó la cama entera. Silvia estuvo tentada de acercarse a él y tirar de la blanca sábana enredada a sus caderas. Pensó en retirársela lentamente para dejar al descubierto sus desnudos glúteos, esa parte de la anatomía de Víctor que tanto le gustaba, que era perfecta, de infarto, pero al final se contuvo por si lo despertaba. Volvió a observar su rostro, el sol le perfilaba las facciones, sus párpados seguían cerrados, su labios entreabiertos... Tenía cara de niño bueno. Sin remedio, emergió el profundo amor que sentía por él, y volvió a

lanzar un suspiro.

De puntillas, Silvia se acercó hasta el armario y, sin hacer ruido, buscó algo que ponerse; no quería vestirse con su ropa, sino con algo más ligero, entre otras cosas porque pensaba volver a la cama en breve. Eran poco más de las siete de la mañana, demasiado pronto para comenzar el día, y además estaba cansada para hacerlo, su musculatura se sentía debilitada. Pero tampoco podía pasearse por la casa semidesnuda, era obvio, por eso tomó prestada una camiseta y un culote de Víctor, y se vistió con ellos. Cogiendo sus manoleínas estampadas, y de nuevo de puntillas, salió de la habitación y cerró la puerta con sumo cuidado. En cuanto se calzó, se dirigió a la cocina.

Después de dar buena cuenta a un riquísimo bizcocho de zanahoria hecho por Berta y de tomarse un gran vaso de leche con el que acompañarlo, a Silvia le apeteció subir a la terraza. Había echado de menos las maravillosas vistas del mar que se veían desde allí. Ayer, cuando subió, solo pudo ver a Víctor, sus ojos no fueron capaces de observar nada más. Así lo decidió y así lo hizo, se presentó en la terraza en un minuto. De nuevo, al igual que le sucedió la primera vez que puso un pie en ella y descubrió el mar de fondo, su inmensidad la sacudió. Accedió hasta el final, hasta la baranda de cristal templado, y apoyó sus manos en el pasamanos de acero. Contempló el Mediterráneo, aspirando hondo la brisa, empapándose del aroma a salitre que llegaba hasta aquel marco inigualable. Se sintió llena. Tan llena como se encontraba de amor. Su amor hacia Víctor era como el mar, insondable, y albergar tanta profundidad lograba que le doliera el pecho. Aunque esta vez era un dolor gozoso, cargado de ilusión y esperanza. Y meditando, pensó que debía hablar con Víctor para dejar las cosas claras desde el primer momento. Nadie les podría dar garantías de que su historia saliera bien, pero, desde luego, no cometería más errores por su parte.

Sin apartar la vista del horizonte durante unos minutos, de pronto Silvia notó unos fuertes brazos envolviéndola y un musculoso pecho pegado a su espalda. Giró la cabeza y se encontró con la bella imagen de Víctor sonriéndole. La invadió un suspiro antes de pegar los labios a su boca.

—Buenos días, madrugadora.

—Buenos días, dormilón —bromeó ella.

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Para comer, me moría de hambre.

—Y ¿qué haces aquí?

—Me apetecía subir a la terraza, adoro este lugar, ¿tú no?

—Yo solo te adoro a ti. —Volvieron a besarse.

Silvia le miró a los ojos y dijo:

—Tenemos que aclarar algo antes de continuar, Víctor.

—¿El qué? —preguntó él un poco inquieto.

—Ayer decidimos intentarlo, pero quiero que sea con mis reglas —advirtió seria.

—¿Y cuáles son? —preguntó Víctor intrigado.

—Sin papeles, sin firmas y sin testigos —respondió segura—. No quiero contratos. Ni necesito que nadie me diga eso de que vivieron felices para siempre. Yo solo quiero y necesito amor, sin más florituras.

—Pero...

—Sin peros —atajó ella.

—Es por ti, Silvia, por regularizar...

—Sé que lo dices por mí, ayer lo repetiste unas cuantas veces, de pasada, pero lo hiciste, pero soy yo la que no quiero, Víctor. No busco dinero, sé apañarme con poco.

—¡Eso ya lo sé, Silvia! —espetó tan asombrado como ofendido por si ella lo dudaba.

—Y yo sé que lo sabes, pero quiero dejarlo patente, Víctor. Yo solo quiero amor, y ese no tiene precio ni se lo voy a poner —declaró con adustez.

Víctor dejó escapar un suspiro de rendición.

—De acuerdo, con tus reglas. Solo amor.

—Perfecto —avisó, alzando la barbilla, sintiéndose ganadora.

—Un amor profundo, embelesador —puntualizó él, admirando el Mediterráneo y aspirando su fresco aroma.

—Amor con vistas al mar —enunció Silvia, evocando la misma frase que Víctor le dijo en Nueva York y de la que ella se burló.

—¡Oh, qué bien suena eso! Tu amor y las mejores vistas del mundo, en verdad es todo cuanto necesito para vivir —admitió Víctor enorgullecido.

Silvia, feliz, posó sus manos en los brazos de él para estrechar el abrazo. De esa forma contemplaron el maravilloso mar que tanto les cautivaba—. Y, hablando de lugares dónde vivir nuestro amor, ¿qué te parece si nos vamos una temporada a Nueva York? Me encantaría volver contigo a la ciudad que vio nacer nuestra relación. Además, yo debo regresar para arreglar algunas cuestiones en referencia a las acciones que he cedido a Samuel. Ahora por fin casi tenemos el mismo porcentaje.

—O sea, que ya no eres tan asquerosamente rico, solo rico a secas. Me alegro. —Silvia ensanchó los labios.

—Perdona, pero debo corregirte —dijo de inmediato—. Ahora voy a ser extraordinariamente rico, voy a tenerte a ti, florecilla —bromeó.

—¡Oye! ¿Qué te dije ayer? No me gusta que me llames por ese apodo —protestó—. En Lara suena bien, pero en ti no. —Negó con la cabeza—. Voy a darte un consejo, será mejor que no vuelvas a decírmelo, muñeco —expresó graciosa.

—¿Y tú? A mí nadie en mi vida me ha llamado muñeco.

—¿Y no te gusta que te lo diga?

—Ni me gusta ni me disgusta. —Se encogió de hombros—. Lo que me fascina es el tono chulesco que empleas al decirlo.

—Si prefieres puedo usar otros apodos: bomboncito, churri, cari, tigre, caramelito, gatito mío...

—¡Oh, por favor! —exclamó riendo—. Prefiero que me sigas llamando muñeco, al menos es más original.

—Como quieras, muñeco. —Ella también rio—. Pero a mí no vuelvas a llamarme florecilla —insistió.

—Juro que no lo volveré a hacer.

—Perfecto.

—Aunque con una condición.

—¿Cuál? —interpeló Silvia intrigada.

—Tienes que decirme de una vez dónde quieres que empecemos a vivir juntos.

Silvia borró la sonrisa de la boca y admiró sus fantásticos ojos, que la

tenían hechizada.

—Cualquier lugar me parecerá bueno siempre que tú estés en él —expresó con absoluta sinceridad.

—¡Eh! ¿Te estás poniendo romántica? —entonó sorprendido.

—Eso parece —contestó—. Pero no te acostumbres, pijito arrogante —bromeó.

Víctor sonrió con descaro, le encantaba esa Silvia tan chula que le dejaba boquiabierto y le nublaba los sentidos.

—Lo que tú digas, verdulera deslenguada —respondió, agrandando la sonrisa y guiñándole el ojo.

—¡Cómo! ¿Yo verdulera? Desde luego que eres insoportable —ironizó.

—Pues anda que tú, ni te cuento. —Víctor la abrazó más fuerte; sus cuerpos estaban plenamente unidos.

—Niñato.

—Barriobajera.

—Y tú... —Víctor posó la mano sobre la boca de Silvia para no dejarla hablar.

—Eso sí, sin lugar a dudas, eres mi barriobajera favorita, la cínica y desvergonzada mujer de mis sueños —declaró, henchido de amor.

Silvia le apartó la mano de su boca y respondió:

—Y tú eres el chulito que siempre busqué, el pijo engreído y hombre de mi vida —declaró guasona.

—Siempre tienes que tener la última palabra, ¿eh?

—Por supuesto, creído.

Víctor posó las manos en el hermoso rostro de Silvia y la admiró con devoción.

—No me hace falta ningún papel que diga que me amas o que yo te amo a ti. ¿Y sabes por qué, Silvia? Porque las buenas historias, las historias como la tuya y la mía, nunca tienen fin.

—¡Oh, señor! Ahora eres tú el que se pone sentimental —se quejó sarcástica.

—Completamente empalagoso, eso parece —advirtió entre risas, Silvia lo acompañó.

—¿Te confieso algo? —formuló de repente ella.

—Estás tardando, mi amor.

—Empieza a gustarme esto del romanticismo. —Enarcó las cejas.

—Entonces ¿voy por el camino correcto?

—Va a ser que sí, muñeco —contestó risueña.

—Me alegro. Me alegro mucho —enunció contento.

Víctor cogió la mano de Silvia, se la llevó a la boca y la besó en el dorso, como un caballero de novela. Ella, encantada con ese gesto tan bonito y dulce, se lo agradeció lanzándose a sus labios, y volvieron a besarse. Después, abrazados con todas sus ganas, miraron al mar que tenían frente a ellos, que tanto les fascinaba, que era tan bello, tan brioso, tan inconmensurable como su amor, y suspiraron. Se sentían felices de estar juntos, de tenerse el uno al otro, de estar enamorados. No sabían lo que les depararía el porvenir, y poco les importaba en ese momento, tan solo se sentían dichosos por empezar a compartir su vida. Lo que primaba no era el futuro, sino iniciar el presente, luego el tiempo diría. Un tiempo que, a tenor de lo experimentado, les había hecho comprender que lo que sentían era fuerte, intenso, verdadero... Por eso estaban pletóricos de alegría, por haber dado una oportunidad al amor; a su amor con vistas al mar.

El verdadero amor solo atiende a un precepto:
amar incondicionalmente.

Eva Zamora

FIN



Eva Zamora (Madrid, 1972) se crio en Arganda del Rey y actualmente vive en la localidad de Campo Real. Su sensibilidad como mujer y su profundo conocimiento del corazón femenino la han convertido en una de las autoras más destacadas del este de la Comunidad de Madrid, como demuestran sus obras *Todo por Daniel* (2015) y *Perdida en mi desconfianza* (2016), ambas publicadas en Imágica Romántica y claros ejemplos de su buen hacer como narradora de los sentimientos y las emociones.

También es autora de *La esencia de mi vida* (2014) y *Lo que oculta la verdad* (2017), en Imágica Intriga, en las cuales demuestra su enorme capacidad para las tramas de misterio, siempre aderezadas con amplias dosis de amor y pasión.